This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

# REVISTA DE CUBA.

# REVISTA

# DE CUBA

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, DERECHO, LITERATURA Y BELLAS ARTES

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

EN LA EXPOSICION DE MATANZAS

DIRECTOR:

DR. JOSE ANTONIO CORTINA.

TOMO XIV.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA DE SOLER
calle de Ricla número 40.
1883

CANJE

327310

# JORGE MANRIQUE Y H. W. LONGFELLOW.

En los periódicos habaneros que se han ocupado de nuestros ramos literarios, hemos visto el nombre del insigne poeta anglo-americano como un tipo del poeta contemporáneo, entre juicios retrospectivos que condenan al olvido á los poetas que le han precedido, que fueron la expresion más ó ménos recomendable de sus épocas respectivas. El haber escrito en una de sus bellas composiciones como *título* y *estrivillo* la palabra «Excelsior», ha servido acaso de prueba, tal vez de indicacion de *progreso*. No será quien esto escribe el que se oponga á ese juicio favorable del *más popular* de los poetas americanos, que ha aceptado la pensadora Inglaterra en su rica literatura, como á uno de sus hijos entre los más apreciables de la época. Creemos exactísimo el juicio de sus contemporáneos, entre los cuales, Griswold, le considera como el que mejor ha conservado en la poesía nacional el título de artista.

Y no por eso se ha olvidado de los poetas de otros tiempos: son muchas las traducciones que ha embellecido con sus formas admirables, de otras naciones y lejanas épocas, por ejemplo, una de sus primeras publicaciones, las célebres coplas de Jorge Manrique. Esa elegía demuestra que en la unidad humana lo bello, lo bueno, lo verdadero, son los únicos objetos de la observacion; y que hay *una perpétua*

*novedad* para el génio: las *Coplas de Jorge Manrique* vivirán tanto como las obras de Longfellow; como la «Tanatopsis», de Cullen Bryant y sus poesías americanas.

La tan citada composicion *Excelsior*, ¿á quién no recuerda la oda de las *Estrellas*, de Melendez, y las confesiones de San Agustin, de donde tomó el pensamiento? Buscaba San Agustin á Dios: y en bellísimo clímax desde los séres más humildes, sube en demanda de él á los cielos y en ninguna parte se le enseña, y lo supone aún más elevado; Melendez Valdés, en época más reciente, va preguntando desde la tierra á los séres que encuentra: ¿á dónde está Dios? Y hasta la garza que se oculta en las nubes

«Está más adelante, le responde».

Longfellow nació en Maine (Estados Unidos), en 1807. Fué profesor de lenguas y literatura moderna en la Universidad de Harvard (Cambridge), despues de haberlo sido en el Colegio Bowdin en Brunswich. Luego de haber colaborado en varios periódicos, publicó (1833) la traduccion de las *Coplas de Jorge Manrique* que imprimió en Boston, con el original al frente. Trabajo que mereció los más sinceros y merecidos elogios de Ticknor en su historia de la literatura española. Más tarde, en 1845, ha dado á luz su *Spanish Student*. Como su profesion lo hacía ocupar de la literatura moderna, á menudo escribió poemas con *Evangelina* y estudiando, con Cullen Bryant y Cooper los paisajes y escenas de su patria natural, escribió tambien libros como *Hiawatha (Jiaguata) vida américo-indiana* de un personaje indígena cuya *silvestre* melodía han aplaudido sus compatriotas.

En virtud de la citada publicacion de las coplas de Manrique se ha popularizado este poeta español, siendo ocasion de curiosas *inquisiciones* hasta acerca del número de estrofas del original. El reverendo J. A. Todd D. D. (doctor en Teología), publicó en Agosto de 1882 en Nueva York un interesante artículo, en *The Christian at wort* con el título *Longfellow and the coplas de Manrique* en que se ocupa de este asunto, de la admirable traslacion con un *poco de crítica*. Habia fallecido el popular poeta y le dedicó Mr. Jenkin, en dicho periódico un

buen artículo en que hacía referencia á las *coplas*. "notable produccion tanto en lo español de Manrique como en lo inglés de Longfellow." El Dr. Todd estaba años hacía empeñado en buscar una completa edicion de las coplas en español por sólo conocer algunas. Creyó lleno su objeto al encontrar la *Antología española* de D. Cárlos de Ochoa; pero fué grande su desencanto cuando al ver el libro en su casa echó de ménos sobre diez y seis de las cuarenta y dos coplas ó dobles estanzas equivalentes á las treinta y dos arregladas por Longfellow.

El Dr. Todd se fundaba para la designacion de las cuarenta y dos coplas en la autoridad del autor de lo "admirable", historia de la Literatura Española, Mr. Ticknor, y efectivamente este célebre escritor le da ese número y hasta explica el plan de una obra *completa*, de una elegía mientras se trata de una *elegía que es lo publicado* por D. Cárlos de Ochoa *á la muerte de su padre*, y adiciones posteriores sobre *esa composicion* y otras escritas visiblemente despues.

Coincidió con el deseo del Doctor el de la Sra. Henry L. Clapp, una grande admiradora de Longfellow que murió pocos dias antes que él, que buscaba tambien una copia completa ó ejemplar de la obra española. No hallándose en Boston ni otras librerías americanas, recurrieron á D. Nestor Ponce de Leon que tampoco tenía el libro pero que les manifestó que habia una obra en Madrid con las *coplas* y notas y glosas. Tal es la historia de una investigacion *bibliográfica*, que si de todo punto inútil, pues no *existe* la obra buscada, demuestra el interés despertado por el estudio de una sencilla, bella y popular obra genuinamente española.

Las *coplas* españolas á diferencia del romance eran octosílabos con la *ligadura* ó *cópula* del consonante: teníase como la forma más genuina de la poesía española, la defendió contra los versos de arte mayor, el fácil y simpático Castillejo; estableció D. Baltasar del Rio, obispo de Escalas, *Justas literarias* con premios *honrados* á las mejores *coplas castellanas*, segun nos lo dice Gonzalo Argon de Molina, que escribió sobre poesía castellana un discurso.

La copla regular castellana fué la redondilla, y se llamó de pié quebrado, cuando se le intercalaban versos de ménos sílabas que ocho, por lo comun de cuatro. Así es que Nipho al insertar en su ameno

*Cajon de Sastre*, una de las más correctas impresiones de las coplas de Manrique las llama "Coplas de pié quebrado, especie de endechas Dodecásticas Castellanas". A ellas acompañó la glosa del P. D. Rodrigo Valdepeñas.

El P. Valdepeñas sólo glosa las veinte y cinco estrofas primeras de las actuales recolecciones que comprenden la obra *compuesta á la muerte de su ilustre padre* el *Maestro* D. Rodrigo de Manrique; comentó la adicion á la veinte y seis y veinte y siete D. Rodrigo de Osorio. La elegía termina por completo y todas las ediciones que citaremos ponen á *veces sin glosar las diez y nueve coplas que siguen* de Jorge; á ocasiones las glosan (1).

Hay casos en que aparecen sin numeracion todas las coplas: la edicion que se encuentra en las *adiciones* de los *Claros Varones* de Fernando del Pulgar pág. 314, por ejemplo. Cree el benemérito editor D. Antonio Sancha que ésta y la edicion de Nipho son las más correctas; pero no me lo parece. Primero, porque *recopila* sin division todo lo atribuido al hijo en el elogio del padre; segundo, porque se coloca trastornada una de las estrofas y yo le corrijo la errata que se nota en la cuarta estrofa en donde, para que sea consonante *poetas* con *secretas* es preciso que esté esta palabra en plural, como se vé en la edicion del mismo Sancha y la de Nipho.

Sin necesidad de esas investigaciones, basta tener á la vista la edicion de Sancha (1779), Madrid, titulada: "Coplas de D. Jorge

---

(1) El célebre Quintana en sus *Poesías selectas* castellanas copia las *coplas* de Manrique hasta la estrofa XXVII y suprime las XIV más que él mismo incluyó en la coleccion de Fernandez. En la edicion de las *Poesías castellanas* se ofrecen esas supresiones en general. El hábil humanista Blanco (White) en su interesante periódico *Variedades* (Lóndres de 1824) copia, corrije y no siempre acertadamente, las coplas de la coleccion de Fernandez, y reproduce un buen artículo sobre la poesía castellana que atribuye á Quintana. Comparado el texto de Manrique en la *Antología* de Ochoa y el de las *Poesías selectas* que terminan *Un leon* etc., se vé que no son reproducciones. El exclérigo White prefiere la copla española al endecasílabo: cree que los que cultivaron este metro son sólo imitadores de los italianos, miéntras que Quintana lamenta que no escribiese endecasílabos el apreciable Manrique. Quintana suprimió las estrofas en que luego anotó White la desigualdad y prosaismo del poeta, ámbos sacrificaban á las gracias.

Manrique, hechas á la muerte de su padre D. Rodrigo Manrique, con las Glosas en verso" para notar y demostrar que se ha creado un ente de razon buscando lo que faltaba á la edicion de Ochoa de las *Coplas hechas al Maestro* á su fallecimiento: nada les falta y las nuevas coplas agregadas con obra distinta que tambien incluyó en su version el ilustre Longfellow. El interesante prólogo que precede á la coleccion en que se nota, por lo ménos la cooperacion del distinguido escritor valenciano Mayans y Siscar, si bien no ofrece la lista bibliografica de las ediciones de las Coplas, nos dice que murió el poeta en MCDLXXIX y nos determina la colocacion de las poesías de Manrique en el *Cancionero General* (de Amberes 1573); clasifica las poesías amorosas de que prescinde y sólo se atiene á las *Coplas* que se glosan en seguida ó se *insertan* sin glosar y áun se ponen otras de su *género* en quintillas por ser muy elegantes *sentencias*.

Para evitar repeticiones, pues publica *cuatro glosas*, pone en la página XLVI del prólogo, obra de Manrique: "Coplas de Don Jorge Manrique." Desde la estrofa primera á la XXVI inclusive, se lee la elegía hecha por el respetuoso hijo á su amante padre. Precede á la estrofa XXVII el título siguiente que expresa la solucion de continuidad:

"Copla sobre los que alaban á su padre, y de aquí comienzan las diez coplas que han quedado hasta ahora por glosar, que glosadas son cuarenta." Desde esa pág. 12 hasta la pág. 20 se colocan las estrofas con *títulos especiales* y llegan á XLIII, una más de las citadas generalmente.

El concepto de cada una no tiene más enlace con la elegía determinada que *ser coplas* del mismo autor relacionándose á un propio objeto encomiado.

No todos los glosadores comentan las cuarenta y tres coplas. Don Francisco Guzman, camentador de la glosa 1ª, al llegar á la pág. 59, pone fin á la glosa núm. XXIV

Al Maestro Don Rodrigo
Manrique perdon yo pido
si en mi glosa
de sus virtudes no digo....

Dejó sin glosar diez y nueve coplas.

El padre cartujano Valdepeñas, autor de la 2ª glosa, al llegar á las diez adicionales, suspendió su tarea, es decir, que sólo se ocupó de las que comprenden desde la primera á la veinte y seis estrofa (pag. 105) y la continuó de la XXXVII á la XLIII.

El protonotario Luis Perez es el único que glosa las cuarenta y tres coplas pero con separacion de títulos que hemos notado ántes y que determinan su diferencia ó especialidad.

La glosa cuarta del L. Alonso de Cervantes, dejó de glosar "las diez coplas que hay desde el núm. 27 al 37 y sigue desde este." Esa variedad muestra la disparidad de juicios que inspiraba la falta de unidad en la coleccion de Coplas del mismo escritor y con un propio objeto encomiástico.

Esperaba el Dr. Todd encontrar con su investigacion, especialmente al examinar el libro de que tuvo noticia por Ponce de Leon, que suponemos sea el que hemos analizado, no habria hallado un ejemplar más completo, sino otra desilusion, conociendo que no es trunco el trabajo publicado por Ochoa, sino uno de los que se han coleccionado con el nombre de *Coplas de Manrique*, como se llamaron las de Mingo Revulgo y cuantas se imprimieron en España en ese siglo.

El Dr. Todd elogia la traduccion de Longfellow como Ticknor y como todo el que la conozca: sin embargo, siente que el escritor americano haya alterado y hecho perder su sencillez encantadora al original en dos de sus coplas. El autor, original, habla de la invocacion de Dios ó de las deidades falsas, es decir, mitológicas, que suelen verse en los poetas, y manifiesta que él no invoca más que á la verdad y prescinde de aquellas invocaciones.

«Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores:
No curo de las ficciones
Que traen yerbas secretas
sus sabores;

«A aquel sólo me encomiendo,
aquel sólo invoco yo
Que en este mundo viviendo
El mundo no conoció
su deidad.»

El teólogo siente que la idea de nuestro *Salvador* y la mente del poeta se hayan adulterado en la traduccion: único defecto que nota. No contraria el pensamiento pero lo expresa de muy diferente modo á su juicio. Por lo demás, no hay quien iguale la traduccion de Longfellow.

El Dr. Todd, dice: «Cuando consideramos que este poema fué escrito por Manrique á la muerte de su padre en 1476 y se imprimió 15 años despues, en 1492 año en que Colon descubria la América, tenemos razon para creer que el génio y la piedad no están reducidos á la décima nona centuria.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

Marianao, Julio de 1883.

## A LUCILA CORTES

### EN EL DIA DE NUESTRAS BODAS.

«¡De aquí no pasarás!» dijo el Eterno
Al través de la bruma
A la bullente mole de los mares,
Y al mandato sumisa
Orló sus bordes con alegre espuma,
Cambió su estruendo en himno sonoroso,
Y besó mansamente la ribera
Do la mandaron reposar.
Mi vida,
Imágen del abismo tormentoso,
Rodó tambien perdida
Recorriendo al azar costas oscuras.
Cuando sonó la voz de las alturas,
De las alturas santas,
Ordenando á las olas de mis dias
Detenerse y morir junto á tus plantas.
¡Oh, mil veces bendito
El génio tutelar de mi carrera
Que á tan segura playa me condujo!
Tierno césped, tapiz de la pradera,

De balsámicas flores salpicado,
Resplandeciente con la luz de aurora
De tus brillantes ojos,
Era el límite oculto
Para mi errante andar predestinado!
Tú mi verde ribera,
Descanso de mi antigua pesadumbre!
Tu alma el eco sonoro que recoge,
Cuando la tarde á declinar empieza,
Los últimos suspiros
De una vida de estudio y de tristeza!
Tú las nubes opacas arrebolas
En mi Oriente sombrío;
Devuelves á las pálidas corolas
De mi agostado estío
La frescura y matiz primaverales;
Y á tu luz bendecida
Vuelve á marcar las horas matinales
La sombra del cuadrante de mi vida.
Con tu amor reverdece
La hermosa estacion muerta
De inocencia y candor, cuando mi alma,
A la ilusion del porvenir abierta,
Soñaba con un ángel de otros mundos
Que me diese la mano
Para andar los profundos
Precipicios sin rota de los tiempos.
Ensueño juvenil, que los pesares
Disiparon ayer, y que hoy revive
Coronado de rosas
Y blancos azahares,
Regando en mi existencia
Aromas de una nueva adolescencia.
¡Qué dulce debe ser, amiga mia,
La vida de la tierra al lado tuyo!

¡Es perfumar con embriagantes nardos
Las inodoras auras del ambiente!
¡Es tener en el cielo
Una alba pasajera cada dia,
Y en la ruta sombría
Una alborada eterna!
¡Es poner á los dias alas de oro,
Volar con ellos, y subir radiante
Más allá de la bóveda infinita!
¡Es arrancar un sol al firmamento
Para alumbrar la oscuridad del alma!
¡Es pedir al Señor prestado un ángel
Y traer al hogar el Paraiso!
Mas.... Lucila, perdona
Esta lágrima ardiente que mis párpados
Han dejado caer en tu corona.
Sobre el arpa la mano vacilante
Que tañía la cuerda de los himnos,
Declina al diapason de las endechas,
Y mi voz se interrumpe
Como rápidas flechas
Que tropiezan en muro de granito.
Permítele al recuerdo el desahogo
De un dolor infinito;
Deja un instante concentrar mi alma
Y volverla del lado de las tumbas.
Alguien me falta aquí, la que fué un dia
Compañera de penas y de gloria,
Mi más cara memoria,
Y el sólo, el sólo sér, amada mia,
Tan adorado como tú.... Sus brazos
Te hubieran estrechado ardientemente
Cuando tu propia madre con los suyos
Ciñó tu niveo cuello, y de sus manos
Una flor más hubiera recibido,

Luciente y perfumada,
Tu corona de vírgen desposada!
Rasga esa azul cortina de los cielos
Que te esconde á mis ojos anhelantes!
Arroja ese sudario
Que tus formas encierra,
Y ven al nuevo hogar donde te aguarda
El sér que más te amó sobre la tierra!
Sí, ven á bendecir tu nueva hija!
Ven á abrazar mi esposa!
Estampa un dulce ósculo en su frente,
Tan casta cual la tuya,
Y háblale en la amorosa
Lengua que sabes tú, las cosas dulces
Que fueron el arrobo de mi infancia!
Ven! sin tí nuestro hogar está vacío!
Tú me sentaste niño en tu regazo,
Siéntate al lado de los dos ahora,
Y dános juntos maternal abrazo!
Entúrbianse mis ojos
Con el fuego del llanto y del deseo,
Y allá en las claridades infinitas
Su forma alzarse entre las sombras veo.
Es su voz, su mirada,
Es su adorada boca
Que cual ántes sonríe
De verme tan feliz. Su santa mano
Sobre tu frente pálida coloca....
Tiendo los brazos á estrecharla en ellos,
Estrecharla por siempre,
Sentir sus pulsaciones todavia
Antes que el loco delirar concluya,
Le digo entre sollozos: *Madre mía!*
Y me encuentro en los brazos de la tuya!
Gracias, Lucila! Mi esperanza ansiosa

A tu inocente corazon pedia
Un latido no más, uno siquiera,
Y tú, con el afecto de la esposa,
Me brindas placentera
Otro amor que faltaba á mi alegría.
Devuélvesme una madre cariñosa,
Me devuelves un padre
Y el perdido calor de una familia.
No pudo soñar tanto
Quien tras luenga vigilia
De plegarias inútiles
Ya pensaba que nadie escucha al hombre
Tras las cerradas puertas de los cielos.
Gracias, divina mensajera, gracias
Por tan grande ventura!
Yo me postro de nuevo, como el dia
En que juré á tus piés mi pasion pura,
Y otra vez te consagro
Mi porvenir, mi fé, mis esperanzas,
Todo mi corazon, toda la hoguera
De mi alma enardecida,
Y el pensamiento de mi vida entera!

RAFAEL M. MERCHAN.

Bogotá, Mayo 26 de 1883.

# CONFERENCIAS FILOSOFICAS.

**(Segunda série).**

## LECCION VEINTICUATRO.

SUMARIO.—Imaginacion ó inventiva.—Sus antecedentes en la formacion de las imágenes é ideas concretas.—Efectos de la disociacion en las representaciones.—Parte que corresponde á la memoria en las construcciones de la inventiva.—Los ensueños.—Descripcion y análisis de dos casos de ensueños.—Predominio en ellos de impresiones afectivas.—Cómo funciona la inventiva.—Leyes que regulan su ejercicio.—Ley de atraccion de la imágen más simpática.—Descripcion y fórmula de esta ley.—Ley de degradacion de las partes ménos interesantes.—Análisis y fórmula de esta segunda ley.—Ley de reconstruccion, su descripcion y fórmula.—Papel de la inventiva entre las diversas actividades mentales.—Dos direcciones en su ejercicio.—Previsiones y proyectos.—Construcciones científicas.—Fantasías.—Invencion artística.—Ideal en el arte é ideal en la vida.—La inventiva en la forma de asociacion que se ha llamado constructiva.—Totalidad de las transformaciones de la percepcion.—El sujeto condicionado por el medio se adapta y se modifica.

SEÑORES:

En este largo proceso de las transformaciones de la representacion, sólo nos queda por estudiar la última fase; precisamente la más compleja y la que, por tanto, ofrece mayores dificultades. Hasta aquí, podemos decir que no se nos ha roto el hilo que une los estados sucesivos, imágenes, ideas concretas, ideas abstractas, nociones, conceptos, juicios, al estado inicial, la percepcion: hemos aprendido á resolver cada uno de estos estados en sus elementos perceptivos. Pero vamos

ahora á considerar un fenómeno que, á primera vista, rompe toda conexion con estados anteriores y parece revelar una propiedad, ó por lo ménos una actividad nueva del sujeto.

A cada paso vemos que se desarrollan en nuestro espíritu imágenes ó séries de imágenes que no corresponden á los objetos de nuestras percepciones: un indivíduo que jamás hemos encontrado, un paisaje que jamás hemos visto, un edificio de construccion totalmente desconocida, una escena de que nunca hemos sido actores ni espectadores.

Esto es lo que constituye, en su más simple expresion, ese poder constructivo del sujeto que se ha llamado imaginacion, y que preferiremos llamar *inventiva*, para especializarlo del poder de conservar y reformar las imágenes.

Considerando atentamente el fenómeno, pronto echaremos de ver que ya hemos estudiado una operacion semejante. La imágen total, completa, que reproduzca en sus menores partes el objeto percibido, mejor dicho, nuestra percepcion del objeto, existe, pero no es lo frecuente; la imágen comun tiene ya algo de vago, de indeterminado, que nos permite llegar, por la fusion de imágenes semejantes, á la idea concreta. La imágen de una hermosísima aróidea que tengo plantada en casa, se dibuja en mi representacion con suficiente nitidez para recordar sus menores partes; la idea que tengo de ese tipo vejetal tendrá siempre por núcleo la imágen de mi aróidea, pero como he visto muchas más y ménos grandes, con las hojas más y ménos lanceoladas, de un verde más y ménos subido, más y ménos carnosas, &, resultará que la idea carece de la precision y relieve de la imágen; puede compararse perfectamente al resultado obtenido por Galton cuando recibe la imágen de diversas personas sobre una sola plancha fotográfica: los rasgos comunes se acentúan, los desemejantes se dilúen en la penumbra. Lo que aquí nos importa es observar que la imágen no se fija de un modo indestructible como todo individual: vemos que en mi conciencia puede surgir la imágen de mi aróidea, pero tambien el tipo de las aróideas; y como ya hemos dicho en otra ocasion, para que esta idea concreta tome los caractéres de la imágen, necesario es que vayamos acumulándole circunstancias que la determinen, su tama-

ño, su color, su forma exacta, y ménos claramente el lugar en que se encuentra, las otras plantas que la rodean, &; de donde inferimos, que para pasar de la imágen á la idea, ha sido forzoso que todas esas circunstancias se hayan ido borrando. Ya conocemos el mecanismo de esta descomposicion y composicion.

Ahora bien; si toda percepcion es una síntesis de elementos sensibles, de viejas percepciones y áun de juicios y raciocinios, si sus elementos pueden separarse y se separan, y reunirse y se reunen, y ya conocemos las leyes en cuya virtud todo esto se opera; lo que nos importa ahora es ver si podemos determinar las condiciones ó la condicion de estas nuevas construcciones imaginativas. En el caso de la formacion de la idea, del tipo, hay una funcion permanente, que ya nos es conocida; las partes semejantes de los objetos que se combinan hacen vibrar una misma region cerebral ó regiones conexas, aumentan su energía potencial, así quedan más impresas y más aptas por tanto para entrar en el campo de la conciencia. Pero en el caso en que construimos una nueva imágen ó combinamos de diversa manera distintas imágenes, ¿qué es lo que nos conduce á esa asociacion que algunas veces queda, y otras, las más, es tan fugaz y pasajera? Aquí es donde está la diferencia y la dificultad. Ya vemos la posibilidad de que ocurra el fenómeno, sin que entre en juego ningun poder misterioso; puesto que la idea concreta no es propiamente la copia de ninguna percepcion; pero aquí vemos en juego una propiedad conocida del sujeto, la aglutinacion de lo semejante; en la imágen fantástica, ¿qué ha determinado la union de los elementos que se han asociado? La contigüidad objetiva parece, con más razon, que debe dejarse á un lado.

Antes de emitir una opinion que ha de tener, por fuerza, mucho de conjetural, nos importa fijar en lo posible este otro punto. ¿Qué parte toca á la memoria, que sólo guarda datos perceptivos, en las construcciones de la inventiva? Vamos á considerar, para tratar de esclarecerlo, las construcciones que parecen más inconexas, más remotas de toda realidad: las del ensueño.

No hay séries de representaciones que puedan compararse con éstas en lo vago, en lo desordenado, en lo irregular de la construccion.

Vemos en sueños lugares que jamás hemos visitado en realidad, ó vemos trocados los lugares que nos son familiares, pasamos de un punto á otro, próximo ó remoto, sin saber por dónde, platicamos con los ausentes y los muertos, los objetos cambian su forma habitual; los hay que se nos desvanecen entre las manos y se transfiguran; las metamórfosis de Ovidio parecen pálidas comparadas con las trasmutaciones y maravillas que realiza la mente de un rústico dormido. Todos los elementos son perceptivos, su combinacion es la que no obedece á más ley que el capricho. Pero el único medio de descubrir si podemos eliminar este término anticientífico es considerar esos mismos elementos, y tratar de poner en claro sus conexiones con la realidad.

Me permitiré relatar un ensueño que he tenido esta noche próxima, no por sus caractéres, que nada tienen de notable, sino porque está bastante fresco en mi memoria, y he podido hacer en él el análisis que deseaba.

Me hallaba en un carro de tranvia acompañado de mi esposa, y allí nos encontramos con un literato muy conocido en esta ciudad y una señora cuyas facciones no recuerdo y á quien no reconocí en el ensueño; ella ó el literato me hablaron de provocaciones estampadas contra mí en un periódico de esos dias. Despues bajamos mi esposa y yo en un lugar descampado, cerca de una especie de barrera; mi esposa se quedó en una casa que surgió de pronto y donde me parece que habitaba ó estaba un amigo mio; subí yo una especie de colina, me parece que á hablar con un gobernador ú otro funcionario, porque aquí es muy confuso mi recuerdo. Bajaba despues, ya con mi señora, hasta el camino, entrada la noche, y á tiempo que venia un carro; hícele señas y pasó de largo. Entónces me proveí en una casita contígua, donde despachaban contraseñas, de una banderita para hacer señales, y con ella llamé otros dos carros que pasaron tambien sin detenerse. Entónces, ó poco ántes, estuve viendo dos papeles, como documentos de policía, en el reverso de uno de los cuales estaba anotado algo como el nombre de un pueblo muy próximo á la Habana. Despues no recuerdo nada más.

He referido este ensueño, porque lo he analizado cuidadosamente, y puedo referir casi todas sus representaciones á hechos reales más ó

ménos próximos, y sobre todo á impresiones afectivas de esos hechos. De modo que vamos á ver que hay tanta reproduccion, como invencion, y que todo ha sido determinado por estados de sensibilidad.

Lo capital y lo que más me preocupó en el ensueño fué el acto de que pasaran varios carros, dejándome allí; y es de saber, que anoche precisamente he estado en el Tulipan, y al aproximarme á la calzada pasó un carro á algunos metros de mí, haciéndome perder más de diez miuutos en aguardar otro, con la consecuente impaciencia; tanto mayor cuanto que, en tésis general, experimento cierta repugnancia á viajar en tranvia, á causa de esos accidentes. Tenemos, pues, viaje en tranvia, y de esa suerte habia viajado esa misma noche; pero en el ensueño iba acompañado de mi esposa; ahora bien, como un mes há, fuí con ella por el tren de Marianao al mismo Tulipan; lo cual es muy raro en sus hábitos, pues contadas veces sale de la Habana. En el ensueño nos encontramos con un literato y una señora que no reconocí; en el viaje con mi esposa nos encontramos con ese literato y su señora, á quien ví por primera vez entónces y de quien sólo conservo un vago recuerdo. Estuvimos hablando de asiento á asiento, como en el ensueño referido. El tema de esta última conversacion fué el ataque de un periódico; y en la tarde de ayer estuvo en casa un amigo que me habló de que un periódico del dia me atacaba; despertando mi curiosidad por conocer los términos. Bajamos en un descampado cerca de una barrera; y hará unos cuatro domingos que fuí á visitar la Escuela de Agricultura, dejando el tren en el Cerro, y dirigiéndome luego por la calzada hasta el edificio que está en descampado y cerca de una barrera. Surge la casa de mi amigo, que es el amigo con quien he estado en la tarde y noche anteriores, y el cual vive fuera de la Habana, en las Puentes. Quedan la visita al funcionario, la banderita de señales y los documentos. En estos dias pasados he ido tres ó cuatro veces á una alcaldía, donde me he provisto de documentos—práctica que es para mí muy desagradable;—y además el dia de la visita á la Escuela, estuvimos mis compañeros y yo, haciendo señas con un pañuelo al tren que venía y debia recojernos. No queda más que la especie de anotacion en el documento del lugar á donde parece que me dirigia; y esto se refiere sin duda á que durante la guerra pasada no era posible

salir del lugar de mi residencia sin este requisito, ni áun para los lugares más próximos.

Aquí tenemos, pues, que en este cuadro, tan bien coordinado, hay bien poca inventiva. Facil me ha sido ir refiriendo las representaciones á percepciones anteriores; lo único nuevo es su asociacion. Pero áun aquí es de notar que el punto de partida es una impresion reciente que me afectó, y los puntos culminantes se refieren á percepciones en que entra un elemento afectivo, la compañía de mi esposa, el ataque del periódico, los documentos y su nota. Respecto á ésta, que es el elemento más antiguo, obsérvese que se refiere á un hecho que ha debido impresionarme poderosamente, tanto por las circunstancias en que se producia y su frecuencia, como por lo que tiene de molesto y vejatorio. Dado el núcleo, las asociaciones por contigüidad y semejanza y las funciones lógicas del pensamiento, en ausencia de toda percepcion y pasion que vinieron á afectarlas, han hecho lo demás. El carro, mi esposa, el literato, la señora, la conversacion sobre el periódico, mi amigo, su casa, el descampado, la barrera, las señales y los carros que pasaban se van uniendo por contigüidad. Una circunstancia cualquiera que no recuerdo se asoció por contigüidad ó semejanza con las representaciones de la época en que se necesitaba un permiso para moverse á un kilómetro de distancia, y esto se asocia por semejanza con mis visitas recientes á la alcaldía y los documentos actuales. Aquí está toda la armazon de mi ensueño; aquí teneis todo lo que debe á la memoria.

Veamos otro caso mucho más notable. Refiere Delbœuf haber tenido un ensueño en que vió el patio de su casa cubierto de nieve, y dos lagartos, sus preferidos entre varios que se entretiene en domesticar, casi cubiertos por ella. Los recoge, los calienta y los conduce á su madriguera, y para hacerles agradable la estancia en ella, introduce algunos fragmentos de un pequeño helecho que crece en los muros, y cuyo nombre científico es *asplenium ruta muraria*. Poco despues descubre que un ejército de lagartos se dirige á aquel sitio, atraido por el olor de la planta que ha crecido y se ha multiplicado hasta formar macizos en el claro de una floresta.

Hasta aquí lo que nos interesa del ensueño. Resultó, que Delbœuf

lo escribió á la mañana siguiente, y como no es botanista y conoce pocos nombres técnicos de plantas, al escribir *asplenium ruta muralis*, que así fué como escribió, entendió que era un nombre que habia forjado en su ensueño. ¿Cuál no seria su sorpresa al cerciorarse poco despues de que existia un helecho parásito de los muros que llevaba ese nombre, con el único cambio de *muraria* por *muralis?* Es verdad que el color de las hojas diferia en el ensueño, pues aparecia de color rojo cereza, y se pulverizaba con la mayor facilidad; pero no por eso dejaba de ser sorprendente en el más alto punto, pues no recordaba haber aprendido nunca ese nombre. Mucho despues vino á encontrar Delbœuf la clave de esta coincidencia maravillosa. Cae en sus manos cierto herbario, y recuerda que dos años ántes de su ensueño lo habia llevado á su casa una señora que lo destinaba á un su hermano estudiante, el actual poseedor. Delbœuf se habia ofrecido á poner el nombre científico de cada planta al lado del vulgar, contando con la asistencia de un botánico; y se habia ocupado en esto varios dias. Busca y dá con el nombre *asplenium*, escrito de su puño y letra. Aquí está el nombre, el color de hoja seca y lo quebradizo del helecho. Aquella percepcion que no habia dejado huella conscientemente surge luego á la conciencia: la invencion es un acto de memoria. Todavía queda la extraña procesion de lagartos. Pues bien, hojeando un volúmen antiguo de un periódico de viajes, se encuentra un dia nuestro psicólogo con un grabado que representa precisamente una floresta y una multitud de lagartos que parecen precipitarse en una direccion determinada: busca la fecha, es de solo algunos meses anterior á su ensueño. No hay tampoco inventiva; ha sido una rememoracion. Analizadas así esas fantásticas construcciones de nuestros ensueños, encontraremos siempre un considerable sedimento de percepciones reales.

Si pasamos ahora á los productos más comunes de la inventiva, á las creaciones artísticas, si tuviéramos los suficientes datos autobiográficos, como los tenemos para muchas obras de Gœthe, por ejemplo, podríamos analizarlas, como lo hemos hecho con los ensueños citados. Séame permitido volver á tratar de mi experiencia personal. Sin detenerme ya más en esta suerte de disecciones, puedo aseguraros que no me sería difícil descubrir el núcleo real, debido á la percepcion, de

la mayor parte de las descripciones en que abundan mis *Paisajes cubanos*. Algunos escogidos intencionalmente, otros, los más, no. Sobre todo, ténganse en cuenta los mil caminos por donde puede llegar una imágen al sensorio; no sólo una escena real, sino una pintura, una relacion, etc., pueden proporcionar numerosos elementos imaginativos.

Mucho se equivocaria el que entendiese que vamos á despojar de todo poder á la inventiva; pero es de todo punto primordial hacer ver que á su base está el registro de las impresiones orgánicas. Ahora ¿qué determina la aparicion de un ensueño, ó de una série de imaginaciones, y sus diversos cambios de direccion? En el caso mio ya hemos visto que las impresiones dominantes son afectivas; lo son en el caso de Delbœuf, que tiene una decidida aficion á esos reptiles; y me parece que hay que buscar siempre un primer impulso emocional. En el ensueño hay una interrupcion más ó ménos completa entre el sujeto y el mundo circunstante; en la meditacion concentrada del artista, en el divagar del ocioso, hay tambien una atenuacion de todas las percepciones, que parecen embotarse; de modo que el trabajo interior, ya porque se destaquen las representaciones sobre un fondo más oscuro, ya porque adquieran mayor lucidez, es mucho más activo, el influjo de las ideas sobre los demás estados puramente mentales y de éstos sobre las ideas es mucho mayor, los sordos estímulos orgánicos se hacen obedecer más, el sentimiento puede obrar de un modo incontrastable.

En consecuencia, quizás todo el trabajo de la inventiva pudiera resumirse así: Una imágen sirve de núcleo y la vamos rectificando, retocando, segun las solicitaciones de la sensibilidad. Estoy contemplando un jardin; y me voy diciendo mentalmente: este jardin estaría más bonito con un surtidor en esa glorieta; aquí haria el mejor efecto una hilera de cactus, etc. Y es que me agradan los surtidores, ó me acaba de llamar la atencion uno que he visto en otro lugar; y soy muy aficionado á los cactus por sus formas extrañas ó por cualquier otra circunstancia. Si al mismo tiempo consideramos que, en una representacion, unas partes nos han de interesar más que otras, comprenderemos que las ménos interesantes han de salir con más facilidad de la conciencia, se han de degradar, se han de borrar más pronto, dando lugar á la reconstruccion imaginativa.

De modo que aquí podemos determinar, por lo ménos, tres leyes: una que pudiéramos llamar, ley de atraccion de la imágen más simpática; otra, ley de degradacion de las partes ménos interesantes; otra, ley de reconstruccion. Dado el impulso inicial, la disociacion y la asociacion hacen lo demás.

Consideremos el estado en que se encuentra el sujeto. Las solicitaciones del exterior, que determinan por lo general la série de sus estados mentales, son débiles, á veces nulas; bien ocurra una hiperestesia del órgano de la ideacion, bien una anemia de los órganos sensoriales. Los estados que en lo normal son débiles se acentúan poderosamente; todos los estímulos internos adquieren nueva energía. Supongamos en el sujeto un estado pasional, la representacion que objetive ese estado —amor, íra, ambicion, sacrificio, codicia—surgirá, puesto que nada la contraría, y servirá de punto de partida á la série sucesiva. Supongamos en el sujeto un estado de indiferencia: los estímulos orgánicos tienen lugar de actuar con plena libertad; todo funciona bien, hay disposicion al regocijo, la primer imágen risueña que atraviese el campo de la conciencia basta para fijar la atencion, es la que cobra cuerpo y la que evoca sus asociadas; hay una víscera que padece, cualquier desarreglo funcional, todo se va tiñendo de negro, las imágenes tristes vendrán de por sí á aumentar el malestar del paciente. Supongamos en el sujeto un estado de cansancio; su mente ha estado ocupada largo tiempo con cierta clase de ideas impuestas por sus negocios, por sus hábitos de vida; en ese instante cualquier imágen que contraste con las anteriores, se hace agradable, se fija, y dá el tono á toda la série. Siempre vemos que el movimiento inicial parte de una imágen más simpática en ese momento, ya porque sea el objetivo de una pasion dominante, ya porque se acuerde con el estado accidental, ya por su misma novedad, incentivo poderoso para un espíritu fatigado.

Esta ley pudiera formularse así:

"Supuesta la posible abolicion de las percepciones, la representacion más simpática adquiere el grado mayor de claridad en la conciencia y determina la série sucesiva."

¿Pudiéramos concebir cómo se verifica esta determinacion? Por lo ménos, en muchos casos. La complejidad de la representacion nos dá

el hilo que necesitamos. Porque, aquí no se trata de una imágen que reproduzca fielmente su original objetivo, ese sería un caso de rememoracion; tratamos de entender las nuevas y á veces jamás vistas combinaciones á que nos entregamos. La imágen de un amigo que ví pocas horas ántes, vestido de negro, vuelve á mi mente; esa imágen consta de diversas partes; la presencia mental de mi amigo me es grata en ese momento, pero el vestido negro que trae, no; contrasta con la disposicion de mi ánimo; en este conflicto de las representaciones, sucumbe la más débil, que es entónces la ménos interesante; y el traje de mi amigo cambia de color, y como el traje de ese color que le conozco es quizá de forma distinta, tras el cambio de color viene el cambio de forma, y ya tenemos á mi amigo trocado de piés á cabeza; con este nuevo traje vienen nuevas asociaciones, y por poco que estén en consonancia con mi estado actual correrán sin diques, llevándome á mil leguas del punto de partida. Ahora bien; esta modificacion ó modificaciones de la imágen por degradacion de una ó muchas de sus partes puede ocurrir á cada paso en la série, y así entrevemos cómo puede la imaginacion entregarse á las más insólitas y rápidas combinaciones. Esto mismo que aquí pasa espontáneamente, lo hacemos intencionalmente siempre que es necesario; transformamos á nuestra guisa la imágen y la adaptamos al cuadro que estamos trazando mentalmente. Así procede el artista; así el que forma un proyecto.

Esta es la ley de degradacion de las imágenes, que pudiéramos enunciar así:

"La representacion, sin los estímulos de la percepcion, tiende á degradarse por aquellos elementos ménos simpáticos con el estado actual del sujeto, determinando así su propia transformacion."

Dada la imágen inicial, y el movimiento interno que condiciona sus cambios más ó ménos radicales, entra en actividad la verdadera construccion que dejamos para la última, no porque esté separada de la ley de degradacion, sino porque ahora vemos mejor como puede funcionar. Las dos obran simultáneamente, pero si la imágen permaneciera en su integridad no habria combinaciones nuevas, porque la imágen entera provocaria sus asociaciones naturales, las objetivas. La imágen transformada suscita nuevas asociaciones ya por contigüidad,

ya por semejanza; y aquí vemos cómo pueden tener lugar esos cambios de direccion que nos sorprenden por lo imprevisto en las construcciones imaginativas. Donde quiera que en la nueva série surge una imágen que tenga los caractéres necesarios para resaltar, un nuevo núcleo se forma, y una de estas dos fuerzas tiene que vencer, el hábito, si se trata de una imágen familiar que tiene sus conexiones sólidamente establecidas, ó la novedad, si estamos ya fatigados, porque se hayan ido haciendo monótonas las ideas anteriores. De aquí el atractivo, más aún, la necesidad de los episodios y los maravillosos efectos del contraste.

La ley de construccion viene á ser, pues, la siguiente:

"La representacion transformada determina las asociaciones sucesivas, hasta tanto que una imágen de las evocadas se hace más simpática, cambia la direccion de la série y produce nuevas construcciones."

Mediante la aplicacion de estos tres principios creo que podemos darnos cuenta de las invenciones de la imaginacion, ya se aplique á las fantasías de un desocupado, ya á los proyectos de un hombre de mundo, ya á las creaciones de un artista.

Ahora podremos ver más individualmente cómo interviene la inventiva en la realidad de nuestra vida subjetiva, cuál es su papel entre las diversas actividades mentales.

Dado el impulso emocional, las construcciones pueden irse produciendo espontáneamente, ó la emocion puede despertar la voluntad, é intervenir la atencion en la série constructiva. Este último es el caso más frecuente, quizás el único, pues podemos suponer en el primero una voluntad ménos intensa, pero que se revela en la persistencia y complacencia en el estado imaginativo.

De todos modos podemos señalar dos direcciones á la aplicacion de la inventiva. En la una miramos á la práctica, deseamos volver de las regiones de la fantasía al mundo de la percepcion, construimos en vista de un fin objetivo; en la otra nos contentamos con nuestras propias imaginaciones, nos complacemos en ellas, y nuestras construcciones, áun cuando se objetiven, guardan como su carácter esencial, la cualidad de subjetivas.

Tipo del primer caso son nuestras previsiones y proyectos. En la

prevision proyectamos hácia el porvenir las representaciones, fruto de nuestra experiencia anterior; la parte de la inventiva es corta, aunque existe, puesto que construimos las circunstancias en que preveemos que ha de tener lugar tal ó cual acontecimiento. "Si voy á Paris (donde nunca he estado) este verano, daré largos paseos por los Campos Elíseos con mi amigo X (que reside allí)". Esta es una prevision que casi confina con un proyecto. Por eso lo he puesto de ejemplo. Vemos cómo por insensibles graduaciones pueden irse restringiendo los elementos experimentales, y aumentando los imaginativos. Proyectos hay que apenas se diferencian de una verdadera fantasía; y pudiéramos distinguir dos tipos de caractéres humanos atendiendo á la parte que toman en sus designios la prevision, que tiene cuenta de los antecedentes, y la inventiva, que tiene cuenta de los deseos. El elemento emocional, en estos casos, está en las necesidades del indivíduo primordialmente, en sus gustos, posicion, &, despues.

Las construcciones científicas vienen inmediatamente despues en la misma direccion. Hemos indicado ya la parte que toca á la inventiva en esta region que parece tan remota de sus dominios. Las concepciones simbólicas construyen con elementos sensibles representaciones que tienen un valor simbólico, convencional. Las hipótesis son verdaderas construcciones hechas con ideas abstractas, como en la de la conservacion de la fuerza, ó con elementos perceptivos, como la de los torbellinos. Bain ha hecho notar que muchas hipótesis son meras *ficciones representativas.* La emocion grave, pero intensa, que encadena á tantos hombres sobre su bufete ó en el gabinete del experimentador, la pasion científica es el poderoso estímulo que lleva á las construcciones hipotéticas. En este punto de confluencia se encuentran el soñador y el sábio. Los metafísicos se tienen por hombres de ciencia, y muchos lo han sido.

El hombre activo que descansa despues de la fatiga, ó el ocioso que siempre está fatigado, por lo mismo que nunca trabaja, nos presentan en sus imaginaciones el tipo del segundo caso. Lo que hacen es lo que en castellano se llama *soñar despierto.* A falta de otra actividad, la imaginacion hace y deshace las más caprichosas figuras, teje y desteje los más variados grupos, las situaciones, los acontecimientos, las

catástrofes se atropellan, surgen y se desvanecen sin dejar nada tras sí. Y todo sin objeto, por matar el tiempo, por satisfacer estímulos que parten de lo más íntimo, porque no es posible dejar de idear, de imaginar; en fin, la realizacion completa del *arte por el arte*.

Y en efecto, si damos un paso más ya estamos en la esfera de la invencion artística. En la fase meramente imitativa del arte, hay ya eleccion de la imágen ó imágenes más agradables; y con poco que intervenga la emocion, empieza el sujeto á retocar su representacion, á acomodarla mejor, á combinarla y concertarla con lo que le sirve de cuadro. Así es como el artista devuelve á lo objetivo los elementos que le proporcionó, marcados con el sello de su personalidad; ha sabido combinarlos y ordenarlos en vista de un efecto emocional que ya ha sentido en sí propio y que se propone producir en los demás. Lo que se llama ideal en el arte no es sino una construccion imaginativa en que los elementos de la realidad se conciertan de modo que forman un todo que emociona poderosamente al artista, á veces á una escuela entera, á veces á un pueblo, á veces á toda una época. Y el ideal en la vida es tambien una construccion que traduce las necesidades morales y afectivas en una forma que tiende á realizarse en la más grande de las obras de arte, en una vida armónica, bella y fructuosa.

Paréceme que bastan estas meras sugestiones, para que abarqueis con una sola ojeada todo el campo á que se extiende la inventiva; todo lo que puede esa forma de la asociacion que se ha llamado constructiva.

Despues que estudiamos las transformaciones de la percepcion, hemos considerado su actividad, y nos hemos encontrado con un doble y simultáneo movimiento de descomposicion y composicion. La fase positiva, por ser la más visible, es la asociacion. Ahora podemos darnos cuenta plena de su modo de funcionar.

Desde el momento en que objetivamos el ser pensante, el sujeto, inducimos una gran generalizacion, le aplicamos el mismo atributo que á lo que llamamos materia: la tendencia á subsistir, á permanecer; pero como no está, ni lo podemos considerar aislado, para poder subsistir, tiene que modificarse segun las solicitaciones del medio ambiente, y este medio es interno y externo; y el externo es cósmico y social; de aquí la necesidad de la adaptacion.

Abora bien, concebimos una ley primordial en el sujeto, la de reproduccion ó repeticion de los estados mentales; cada uno de estos se reproduce si se renuevan las condiciones en que se produjo. Apliquémosla á las representaciones. Estas debian ser la repeticion neta de las percepciones. El órgano repitiendo sus vibraciones, la representacion repitiendo la percepcion. Pero aquí surgen la vivacidad de nuevas impresiones, los estímulos orgánicos, la reviviscencia de antiguas ideas, diversos estados que entran en conflicto y deterioran, degradan la representacion y dan nuevo curso á las ideas, determinan nnevas asociaciones. Ya entonces la asociacion no reproduce siempre la contigüidad objetiva, y por semejanza, por contraste, por simpatía, se producen las variadas combinaciones que hemos estudiado. La representacion tropieza con obstáculos, es solicitada por desviaciones, y lo que empezó mera copia de la realidad, acaba creacion ideal de la fantasía.

Así en el fondo de la asociacion descubrimos el sujeto que permanece, para permanecer se adapta, y adaptándose se modifica.

## LECCION VEINTICINCO.

SUMARIO—Las emociones; su lugar entre los otros estados anímicos y sus relaciones con ellos.—La conmocion fundamento de la emocion.—Antagonismo entre la conmocion y la percepcion.—Los objetos que nos conmueven responden primordialmente á las necesidades orgánicas.—Necesidad de conservacion, estados orgánicos y afectivos que produce.—Necesidad de reproduccion, sus derivados afectivos La emocion es una representacion placentera ó dolorosa.—Los antecedentes objetivos de los estados emocionales nos dan los elementos para su clasificacion.—El medio ambiente.—Análisis de esta nocion: medio interior, medio exterior y sus subdivisiones en cósmico y social.—Grados en la esfera emocional.—Inclinaciones, estados afectivos preconscientes.—Influjo en ellas de la herencia psíquica. La emocion en el estado sub-consciente.—El remordimiento, como prueba de esos estados.—Los sentimientos son el tono general de nuestra sensibilidad con respecto á una clase entera de ideas y acciones.—Análisis, como ejemplo, del sentimiento de la justicia.—Complejidad de los sentimientos.—A las transformaciones de la representacion corresponden las evoluciones de la emocion.—La aficion; la pasion.—Distincion entre el sentimiento, la aficion y la pasion.—Tránsito gradual de la aficion á la pasion.

SEÑORES:

Bien recordareis que he aceptado, aunque á título provisional, y para mayor comodidad de nuestra exposicion, la division puramente

empírica de los estados mentales en receptivos y activos. Estudiadas ya todas las modificaciones de que es susceptible la receptividad, es decir, las transformaciones de la percepcion, parece que sería tiempo de abordar los árduos problemas que se refieren á la actuacion, y ver cómo concurren las percepciones, imágenes, ideas, juicios, raciocinios y construcciones á determinar los actos con que responde el sujeto á los estímulos objetivos. Pero, si así lo hiciéramos, habríamos dejado en la sombra uno de los más vastos dominios de la vida psíquica, particularmente relacionado con la actividad, pero que recibe de la inteligencia lo que pudiéramos llamar su forma.

Estas circunstancias le señalan su lugar en el punto á que hemos llegado; al mismo tiempo nos hará volver los ojos á aquellas primeras manifestaciones de la sensibilidad, cuya fórmula abreviada es un placer ó un dolor. Es decir, que vamos á tratar de las *emociones*, estado eminentemente complejo, cuyas raices se encuentran en la sensibilidad, cuyo desarrollo tiene lugar mediante el influjo de la inteligencia, y cuyo resultado son los impulsos más rápidos y vehementes que sacuden el yo.

Vimos mucho tiempo há que el circuito más corto que podia recorrer un acto psíquico era: una impresion, una sensacion placentera ó dolorosa, un movimiento. Esto es casi esquemático, porque sólo en los primeros tiempos de la vida extra-uterina, puede suponerse que sean tan informes las percepciones, que obren las sensaciones *per se*, y sólo entonces ó en casos morbosos puede admitirse que tengan primordial preponderancia las excitaciones orgánicas, cuya representacion es luego tan confusa. Pero, á medida que van predominando las percepciones y sus sustitutos las representaciones, el circuito se complica, y aunque va pasando al segundo plano, no por eso deja de intervenir la sensibilidad; ántes al contrario, la respuesta es siempre tanto más enérgica, cuanto más intervenga el placer ó el dolor. Y aquí se presenta á nuestra vista una observacion de la más alta importancia.

Un objeto presente es percibido. Esta percepcion nos deja indiferentes, y de aquí resulta que sus caractéres intelectuales se destacan maravillosamente, distinguimos claramente el objeto y sus partes, lo clasificamos, lo conocemos. La percepcion nos afecta placentera ó do-

lorosamente, sus caractéres intelectuales se oscurecen, no lo distinguimos bien. Hay, pues, antagonismo entre estos dos estados, sin que haya una oposicion radical. El segundo es lo que debemos llamar propiamente una *conmocion*, y es el fundamento de la emocion. Diremos, pues, que la percepcion y la conmocion son antagónicas. ¿Quién no advierte cuán falsos son los juicios hechos bajo el imperio de una conmocion? No podemos decir que son opuestas en absoluto, porque la conmocion es una especie de percepcion, influye á veces tanto como la apercepcion más escrupulosa para el registro orgánico de las impresiones. Un objeto desconocido y terrible que una vez, una sola, nos ha amedrentado y llenado de espanto persiste tenazmente en la memoria, quizás más tenazmente que un objeto que ha sido materia de estudio detenido.

Tal vez pudiera encontrarse la razon de este fenómeno considerando que esa percepcion, aunque confusa, hace una impresion intensísima y afecta á la vez todo el organismo, el cual concurre á darle relieve en la conciencia, guardando, por decirlo así, la memoria del efecto que produjo; es decir, que la resonancia de toda la sensibilidad contribuye á su rememoracion.

Mas aquí se plantea un problema interesantísimo. ¿De dónde viene que determinados objetos nos conmuevan tan poderosamente?

Sin duda de que responden á una necesidad orgánica. Para el sér organizado relacionarse adecuadamente con su medio no es una mera propiedad, es una condicion forzosa, es una necesicad: de otra suerte no existiria. Pero á medida que la organizacion es más compleja, más se diversifica el medio, y surgen nuevas y variadísimas relaciones. Entónces las hay que son primordiales, que dominan la vida entera, de esas no se puede prescindir; las hay secundarias y terciarias que van siendo cada vez ménos necesarias. Ahora bien, esas relaciones fundamentales se diferencian y se diferencian tambien los órganos con que el organismo acude á ellas; cuando uno de esos órganos funciona como es debido, se dice que el cuerpo satisface una necesidad; cuando funciona mal, se satisface mal; cuando no funciona, queda sin satisfacer esa necesidad. Todos estos estados tienen su resonancia en la concienica, en la forma que ya conocemos, placer ó dolor. A medida que ade-

lanta la organizacion de la vida psíquica, la asociacion de los objetos con las relaciones en que entran con respecto á nuestro organismo es más estrecha, su vista ó contacto, &, nos dice si favorecen ó contrarian determinadas funciones; de aquí á su presentacion la súbita conmocion, respuesta del organismo entero al ser afectado de un modo provechoso ó perjudicial; puesto que en las necesidades primordiales, á pesar de la division, en regiones el organismo entero es el interesado.

Veamos ahora cuáles son las relaciones fundamentales, desde el punto de vista psíquico; y advertirémos si sus resultados corresponden á lo que llevamos indicado. El organismo mantiene un cambio constante con su medio ambiente para su nutricion; condicion primera de la vida, las relaciones de nutricion se manifiestan en lo psíquico por una necesidad fundamental, que se ha llamado instinto de conservacion, y que yo llamaría necesidad de conservacion. En los organismos superiores, donde el cambio nutricio es rapidísimo é incesante, se ha establecido un medio interior, que está en contacto con las partes más profundas del organismo, y el cual requiere una comunicacion constante con el medio exterior de donde toma los elementos útiles, y al que devuelve los inútiles: la respiracion es por tanto la condicion más constante de la nutricion, es una forma de la nutricion, y tan íntima y necesaria que la parálisis de ninguna otra funcion amenaza más séria y rápidamente la vida. De aquí que la necesidad de la conservacion se revele con caractéres excepcionales cuando lo objetivo afecta favorable ó desfavorablemente esa funcion. La vista de un objeto de gran pesadumbre que amenace sofocarnos, la inminencia de un naufragio ó de un incendio paralizan de terror al hombre; una profunda mazmorra, cuyo ambiente mefítico llega á nosotros inspira la más invencible repugnancia. En cambio una extensa pradera por donde corra una fresca brisa bien cargada de fragancia, el mar sereno con sus emanaciones salinas, todo objeto que prometa expasion al pecho y aire oxigenado, nos es particularmente grato y apetecible.

Si pasamos á la nutricion en su sentido restricto, a la ingestion de los alimentos, vemos que la intermitencia con que hace sentir esta necesidad primordial su aguijon, y los períodos porque pasa el organismo entre sus primeros avisos y su final satisfaccion determinan estados ya

grandemente dolorosos, ya grandemente placenteros; y en lo psíquico podemos recorrer una ámplia escala de sentimientos, desde la ira furiosa en la lucha por la presa, hasta el regalo de una buena comida y el reposo de una digestion fácil. La necesidad de comer, como la de respirar, nos predispone á recibir de lo objetivo las más variadas conmociones.

Como una extension necesaria de la necesidad de conservacion, que da por resultado el crecimiento del organismo, surge la necesidad de reproduccion, que presenta la segmentacion como límite del crecimiento. Llegando al hombre, la satisfaccion de esta funcion necesaria, supone y requiere el contacto con individuos semejantes, pero en situacion completamente distinta á las relaciones que ya establece la lucha por la presa; de aquí estados anímicos diametralmente opuestos, que serán á la plena luz de la conciencia, la ternura y todos sus derivados, ó los celos con todas sus torturas secundarias.

A medida que el individuo se relaciona más con el medio en que se desenvuelve, estas necesidades primarias evolucionan, adoptan nuevas formas, y de aquí surgen necesidades, que dan por resultado nuevas funciones, cuyo ejercicio, cuya satisfaccion favorece ó contraría el bienestar orgánico; de aquí nuevas fuentes de conmocion á la presencia de lo objetivo. Vemos, pues, que, cualquiera que sea el carácter de un movimiento de esta especie, si buscamos su raiz, la hallarémos en una necesidad del organismo, primaria ó derivada.

Ahora bien, si la conmocion responde á la presencia de un objeto que nos afecta placentera ó dolorosamente, esto es decir que no es sino una forma de la percepcion en que predominan los elementos sensibles; y debemos prometernos que evolucionará como cualquiera otra percepcion, pasando á la esfera de la representacion. En efecto, la imágen del objeto capaz de conmovernos produce á su vez ese estado anímico que llamamos *emocion*. De modo que aquí se nos presenta naturalmente la explicacion más llana y natural de este estado á primera vista tan complejo. La emocion es una representacion placentera ó dolorosa.

Fijémonos en esto: la percepcion puede dejar predominar los elementos sensibles; por consiguiente tambien la representacion que es

una percepcion debilitada; ahora comprendemos que todas, todas las ideas pueden producir placer ó dolor, y estamos así en el dominio de la emocion, cuyos límites no son ménos extensos que los de las vastas regiones de la ideacion.

Necesario es ahora, pues conocemos su naturaleza, que veamos si tenemos algun medio de determinar el carácter de las diversas emociones; y si en ellas existen los grados que en los estados ideacionales sus correspondientes. Sólo entónces nos será dado ensayar una clasificacion, indagar si nos son conocidas sus leyes, y fijar su papel en el funcionamiento total del espíritu.

Dado el predominio del elemento sensible por excelencia, el placer ó el dolor, en los estados emocionales, fácil nos será determinar su carácter, y áun necesario, por los antecedentes objetivos. Y digo necesario, porque el placer ó el dolor no se distinguen con facilidad cualitativamente, sino cuantitutivamente, y hay que buscar las diferencias en sus causas objetivas. Cuando un fisiologista distingue un dolor dilacerante de uno desgarrante, esto es, mas una comparacion que se refiere á los instrumentos con que puede inferirse una herida y á la forma que ésta toma, segun el instrumento, que una verdadera distincion.

La division más científica del dolor en dos grupos, dolores periféricos y centrales, y éstos á su vez en espontáneos y traumáticos, confirma nuestra manera de ver; pues, sólo se funda en el lugar afectado por una causa siempre objetiva, sea una contusion, herida, quemadura, ó el funcionamiento anormal de un tejido. El medio ambiente con sus variadas influencias nos dirá, pues, siempre, los caractéres con que debemos distinguir un estado emocional. Pero aquí conviene precisar más el término *medio*, por el cual debemos entender tanto el medio externo, como el interno, y distinguir el medio cósmico del social.

El modo de funcionar nuestros aparatos orgánicos, ya normal, ya anormalmente, es una de las causas más poderosas y constantes para dar carácter y relieve á nuestras emociones. Sabido es que determinadas afecciones morbosas van acompañadas invariablemente de estados afectivos especiales: el pavor de los asmáticos, el humor atrabiliario

que acompaña los desórdenes del tubo digestivo pueden servir de ejemplo. Los cambios totales de carácter y áun de sentimientos en el órden moral no son raros, en las observaciones patológicas. Sin buscar excepciones tan considerables, el paso de la niñez á la pubertad se caracteriza en la generalidada de los casos por un cambio emocional que salt á la vista. Despues de lo que llevamos dicho en el curso de esta conferencia, seria inútil que nos detuviésemos en este punto que está ya suficientemente explicado.

Las influencias del medio exterior no son ménos considerables. Aunque el hombre sea un animal cosmopolita, la latitud y las diferencias climatéricas, la elevacion sobre el nivel del mar, la orientacion de los lugares, el régimen de vida en habitaciones, vessidos y alimentos, las ocupaciones habituales, todas las necesidades, en fin, que crea el lugar del globo en que el indivíduo se desarrolla, traen su contingente más ó ménos considerable á la forma y color de sus emociones. El hombre de las pampas ó del desierto, no tiene los mismos caractéres del montañes, el ciudadano se diferencia del campesino, el marinero se distingue del que pasa toda su vida en tierra. Las migraciones de los pueblos merecen estudiarse desde el punto de vista de los cambios que produce la diferencia de lugares y habitacion en la manera de sentir. El *cœlum, non animum mutant, qui trans mare currunt* del poeta es sólo una verdad superficial.

Pero la fuente, si no más profunda, más visible de los diversos estados emocionales es el medio social. No es escasa la influencia de este medio en los otros estados mentales, por ejemplo, el testimonio de los circunstantes para corroborar y afirmar la percepcion, y aún convendria que el psicólogo lo tuviese más en cuenta: pero al tratar de las emociones, es de todo punto imposible desatenderlo. Prescindamos de que toda emocion, como cualquier otro estado mental, supone una constitucion especial del sistema nervioso, que tanto tiene por lo mismo de adquirida como de heredada de los padres y antepasados, es decir que depende ya de una forma de la asociacion, y á la cual se deben las distinciones más profundas en la parte intensiva de la emocion. Pero aún fijándonos sólo en lo que aquí nos ocupa, los caractéres extrínsecos de los estados emocionales, vemos que en su mayor parte

sufren la influencia constante de las relaciones sociales. Actos, imágenes é ideas que conmueven poderosamente á un hombre civilizado, que le impelen irresistiblemente á la accion, dejan indiferente al salvaje, y vice versa. En dos épocas diversas, dos pueblos cultos sienten de distinto modo actos fundamentalmente idénticos. Un golpe, una bofetada no eran un insulto para los refinados atenienses del tiempo de Sócrates. Costumbres muy lícitas descubrimos en esa misma república, cuna de nuestra civilidad, de nuestras artes y áun de nuestra filosofía, que nos parecen hoy el colmo de la degradacion moral. Es imposible que nadie lea sin desagrado y rubor los términos en que describe Platon la primera entrevista entre Sócrates y el jóven Cármides. El hombre sólo es hombre en el trato de sus semejantes, por eso sus emociones más gratas ó más dolorosas, las mejor definidas, las que dejan tras si huella más duradera son debidas á la comunicacion social.

Si queremos, por tanto, buscar una base de clasificacion, no olvidando nunca el elemento variable, como individual, que hemos señalado: la constitucion de los elementos nerviosos, necesario será que nos dirijamos á los distintos estímulos que pueden provenir de los diversos medios. Pero ántes, paréceme conveniente estudiar los diversos grados que una emocion cualquiera puede presentar con respecto á la conciencia.

El mecanismo ya conocido del funcionamiento del aparato nervioso, cuya cualidad predominante es la intermitencia, nos indica que ha de haber *grados* en la emocion, como en los demás estados anímicos. A veces un objeto que nos era indiferente va poco á poco convirtiéndose en grato ó ingrato. Aquí descubrimos una acumulacion de pequeños momentos pre-conscientes, que han acabado por invadir la conciencia. Su trabajo debe ser constante y su dominio amplísimo. Sólo así nos explicamos esos fenómenos afectivos que llamamos *inclinaciones*.

Los puntos de contacto del sujeto con el objeto son tantos, tan várias las imperceptibles impresiones que á cada instante preduce ese contacto, que muchas veces me he referido á una como resonancia orgánica, sobre la cual se destacan nuestras sensaciones y percepciones. Ahora bien, cada uno de esos momentos produce su accion plena, cada una de esas fracciones de sensacion, sea de temperatura,

sea de presion, sea de impulsion, sea orgánica, etc., afecta el sistema, y debe producir una fraccion de estado de sensibilidad, ya placer, ya dolor, que no llegará á la conciencia, sino por aumento y aglomeracion de sus partes, pero que va incesantemente predisponiendo el sujeto á sentirse mal ó bien al llegar á una percepcion ó representacion en que entran como elemento esas sensaciones infinitesimales. Si aceptamos la acumulacion de estas inclinaciones pre-conscientes y su trasmision por herencia, comprenderémos esas súbitas revoluciones que parecen verificarse en un indivíduo: en un momento dado se encuentra poseido por una aficion, á veces por una pasion que no sospechaba. ¡Cuántos sordos movimientos de placer no se habrian producido en el espíritu del Corregio, á la vista de pintorescos paisajes y telas hermosamente coloreadas, ántes del memorable dia en que un cuadro de Rafael produjo en él esa conmocion violenta que le reveló su decidida vocacion! Muchas veces nos encontramos por primera vez con un desconocido, que nos inspira cierta tibia repulsion, un principio de deseo de esquivarlo; y más tarde, cualquier dia, una frase trivial, una ligera disputa, nos hace estallar en su contra con un terrible movimiento que nos revela un ódio de que no podemos darnos cuenta. Si fuera posible analizar un caso semejante, quizás hallaríamos que ya determinada faccion de su rostro, ya la forma de su cabeza, ya sus actitudes habituales, ya sus ademanes, ya su gusto en el vestir, ya las opiniones que ha sustentado, ya el timbre de su voz, ya un parecido más ó ménos vago con otra persona á quien no queremos bien, ú otras mil pequeñeces todas desagradables, vienen á ser el núcleo á que se han ido adhiriendo otras y otras sensaciones ingratas, hasta producir la repulsion manifiesta. La simpatía más súbita, como la antipatía más inmotivada, no pueden explicarse de otro modo. El objeto—áun cuando lo veamos por primera vez—ha venido á reunir en un haz sensible multitud de pequeñas impresiones que nos habian estado afectando: ciertos matices, sonidos, formas, movimientos, signos etc.; todo lo cual hemos podido encontrar ántes disperso y aquí por primera vez reunido. "Este es el ángel de mis ensueños" dice el poeta; "este hombre realiza el tipo del malvado", dice un observador; áun cuando, para hablar con propiedad, debiera decir: *mi* tipo del malvado.

Otras veces nuestras inclinaciones parece que deben buscar su raiz en los gustos de nuestros antepasados. Spencer encuentra entre los componentes del placer que produce el espectáculo de una bella campiña ó de un espeso bosque los hábitos de nuestros abuelos cazadores, latentes aún en nosotros en forma de inclinacion. Las aficiones insólitas y anómalas de ciertos indivíduos quizás se explicarian de esta suerte. En el hombre mejor educado, en personas de una gran rectitud de principios y de conducta acrisolada; ¿no se suelen encontrar aberraciones incalificables, como la propension al hurto, al embuste, á la truhaneria y á cosas peores? Es muy conocido el ejemplo de la familia de Montaigne, en que se trasmitia de unos en otros la desafeccion á la medicina. «Este arte, dice él mismo, repugnaba á mis antepasados, por alguna inclinacion oculta y natural; porque mi padre se horrorizaba á la simple vista de una droga.» «Es posible, dice más adelante, que yo haya heredado de ellos esta *dispatía* natural á la medicina.» De una familia de Escocia se registra la inclinacion irresistible á la antropofogía, que habia costado la vida á varios de sus miembros.

Aceptada la existencia de inclinaciones pre-conscientes, es decir, de estados emocionales incipientes, sólo nos falta comprobar la existencia de la emocion en el estado subconsciente; lo cual será mucho más fácil.

Dominados por un impulso irresistible ejecutamos una accion reprobada. La pasion dominante lo absorbe todo, y su satisfaccion nos deja tranquilos. Mas, para satisfacerla, hemos desatendido mil sordos llamamientos de hábitos y opiniones contrarios, hemos contrariado nuestras inclinaciones más naturales; y á medida que va serenándose el espíritu, todos esos movimientos afectivos van haciéndose más y más perceptibles; el recuerdo de nuestra accion empieza á no sernos grato, y acaba quizás por sernos de todo punto insoportable. Los estados emocionales que predominan, por lo general, en nosotros habian caido en la region de la sub-conciencia, de donde surgen ahora que se debilita el imperio del intruso, para torturarnos con lo que se ha llamado poéticamente la voz de los remordimientos. Vemos, pues, que el remordimiento no consiste en otra cosa que en el predominio que vuelven á adquirir nuestros estados emocionales más comunes, despues de

haber sido momentáneamente oscurecidos por una conmocion ó emocion de naturaleza contraria. Esto nos explica como hay indivíduos que no sienten absolutamente el aguijon de los remordimientos. Su naturaleza y su educacion los han hecho indiferentes á las emociones generales en nuestra especie; les son desconocidos esos movimientos de simpatía, de ternura y piedad que nos ennoblecen y dignifican; los actos antisociales que cometen no entran, ni al ser perpetrados, ni despues, en conflicto de ninguna especie: á no ser con el terror de los suplicios, que tantos psicólogos inexpertos han confundido con la emocion que analizamos. Por otra parte ya vemos la prueba concluyente que nos suministra de que todos los estados emocionales pueden existir virtualmense, es decir, en la sub-conciencia.

Siendo esto así, no nos sorprenderá que ciertas emociones más familiares á un indivíduo, á una raza, á la misma especie humana, se agrupen por sus semejanzas en un estado emocional más complejo, que existe, por decirlo así, en nuestro espíritu, como abstraccion, pero que se realiza á cada paso por medio de manifestaciones constantes de amor ó despego. Hé aquí lo que entiendo por un *sentimiento*. Es el tono general de nuestra sensibilidad, con respecto á una clase entera de ideas y acciones; así, el sentimiento de la justicia, de la belleza, de la religiosidad, del deber.

La disposicion á sentirnos agradablemente afectados por la contemplacion ó relato de las acciones justas y desagradablemente impresionados por las injustas, constituye ese estado emocional permanente, aunque virtual, que llamamos sentimiento de la justicia. Las tristes y dolorosas reminiscencias de las primeras y tempranas injusticias que sufrimos, los premios y alabanzas por los actos de equidad que desde niños ejecutamos, el encarecimiento con acciones y palabras en nuestros padres, maestros y conciudadanos, en los libros que leemos, en las solemnidades jurídicas, para todo lo que brilla con la cualidad de justo; la reprobacion y las penas para todo lo que afea la calidad contraria, van templando nuestro espíritu para que se complazca y satisfaga con todo lo que participe de esa propiedad ó propiedades. Vienen luego los discursos de la razon, las experiencias del buen éxito que la práctica de la justicia proporciona en las relaciones humanas, y todo

eso constituye una suma de impulsos que nos llevan á apetecer preferentemente lo justo. Bien cerca estamos ya de la definicion ideal del derecho romano: *constans et perpetua voluntas*, la voluntad constante y perpétua de dar á cada uno lo suyo.

Este sólo ejemplo nos demuestra que no hay estado más complejo en el ánimo, que un sentimiento; y que éstos han de variar grandemente en complejidad. A medida que el hombre progresa en la raza, en la edad, en la cultura, sus sentimientos van complicándose, distinguiéndose y matizándose; el mayor número de relaciones que traba con lo objetivo aumenta sus estados emocionales, éstos se auxilian ó se contrarian, se modifican y evolucionan, á veces se distinguen totalmente de sus elementos; de aquí que cuando llegamos á los que ocupan la cúspide, aquellos que son como la florescencia y ornamento del sér humano, los sentimientos estéticos y morales, las dificultades del análisis aparecen casi insuperables. Mucho hemos hecho ya, sin embargo, mostrando que todo sentimiento es una síntesis de emociones y conmociones elementales; que el análisis, por tanto, debe tender á llegar ó aproximarse á las unidades de sensacion.

Hasta aquí hemos visto la evolucion de las ideas repercutiéndose en los estados emocionales, y llegar en cierto modo á las regiones de la abstraccion, puesto que á cada sentimiento corresponde una idea típica; pero no estaria completa nuestra enumeracion, si no habláramos de estados que pueden considerarse como intermedios, entre los efectos emocionales de la representacion y los de la generalizacion.

Así como ciertas imágenes nos asedian, y apénas desaparecen, vuelven á la conciencia y parece que la ocupan y llenan con imperio exclusivo, así la emocion reiteradamente producida por un objeto dado suscita ese estado especial que en su grado mínimo llamamos una aficion ó desafeccion, y en su grado máximo, una pasion. La aficion en esta esfera es lo que la imágen familiar ó habitual en la esfera de la inteligencia; la pasion lo que la idea fija.

Conviene distinguir con cuidado la diferencia que establezco entre el sentimiento y la aficion ó la pasion. El primero es una disposicion á sentirnos bien ó mal con motivo de ciertas representaciones ó percepciones, ha sido largamente elaborado, y no está sujeto á cambios

bruscos, suele hasta durar toda la vida, no ya del indivíduo, sino de la especie; el contenido objetivo cambia en cada ocasion, el estado subjetivo es el permanente. La aficion y más aún la pasion es un estado actual, en acto, que se aplica á un objeto ú objetos especiales, determinados; cambia, se trueca en su contrario, se apaga, revive, todo segun las solicitaciones de lo objetivo.

La ternura es un sentimiento; es tierna la persona á quien mueva y predisponga favorablemente la vista de cualquier objeto débil, gracioso, delicado; este es un estado virtual de su ánimo; pero cuando ese estado se aplique á un objeto determinado, á un niño desvalido, á una jóven huérfana, el sentimiento se ha actualizado, se ha trocado en una aficion. Es así como tengo la nocion de la virtud, y como me represento una determinada accion virtuosa.

Entre la aficion ó desafeccion y la pasion no hay más que una diferencia de grado; así vemos que, lo que comenzó como preferencia, apego, acaba por convertirse, mediante la repeticion, en ese movimiento irresistible y dominador que llamamos pasion. Es verdad que en ocasiones, más raras de lo que se afirma, parece presentarse de súbito la pasion é invadir todo el ánimo. Pero ya hemos visto que á la emocion pueden preceder y preceden estados afectivos pre-conscientes, y éstos nos bastan para explicarnos la súbita irrupcion de las pasiones. Multitud de sordas inclinaciones, áun de estados de sensibilidad determinados, han venido abonando el terreno en que ha de germinar á su tiempo esa aficion desordenada. En los casos anómalos, hay que considerar tambien los trastornos que se producen en el organismo y que pueden dar por resultado la súbita conglomeracion de elementos latentes. Así, por ejemplo, un jóven, hijo de un hombre aficionado á las bebidas espirituosas, se muestra de pronto, y tras una grave enfermedad, dipsómano declarado.

En el término medio entre la aficion tibia y la pasion desencadenada es donde debemos colocar ese estado del ánimo que lo caloriza y predispone á los grandes aetos con respecto á determinados objetos; suficiente para impulsar el entendimiento, pero no bastante poderoso á ofuscarlo; que sirva de espuela, pero que no comunique un impulso ciego é incontrastable. De éste, y sólo de éste hablaba Pascal, cuando

decía que sin la pasion nada grande hacemos, porque sin ella las ideas atraviesan el espíritu dejándolo indiferente; y no se fijan.

Ya vemos, pues, que todos estos estados tan varios y complejos suponen la conmocion y la emocion, que la repite, en ausencia del objeto; ni más ni ménos que los estados meramente intelectuales que ya conocemos suponen la percepcion y la representacion su primer derivado. Si ahora nos proponemos, como lo he indicado, establecer las bases fundamentales de una clasificacion de ellos, el estado que mejor se presta, porque puede ser más fácilmente aislado para las necesidades del análisis, es el sentimiento.

Por tanto, en nuestra próxima conferencia tratarémos de la clasificacion de los sentimientos, y continuarémos hasta terminar el estudio de las emociones.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

# EL ESCLAVO

(EN UN INGENIO).

Miradlo allí!.... Sucédense las horas;
(Es del verano abrasador un dia),
Y aunque ya fatigado, todavia
El triste siervo en su faena está.
Tiene hambre, tiene sed, siente el influjo
Del pertinaz y dominante sueño,
Mas.... fuerza es proseguir, que así su dueño
En sus arcas el oro aumentará.

---

Del siervo el rostro de sudor se baña,
Quiere enjugarlo, pero el bronco acento
Escucha de su guarda, que, violento,
El látigo restalla infamador;
Y empuña nuevamente, y suspirando,
El rústico instrumento, presuroso,

Que el sonido del látigo, estruendoso,
Infunde al infeliz hondo pavor.

. . . . . .

. . . . . .

---

La faena cesó.—De la campana
El són lo anuncia dilatado y lento....
A buscar va el esclavo su alimento,
Y el lecho en que acostumbra descansar.
Descansar? ¡Oh sarcasmo! ¡Cuántas veces
En su adverso destino meditando,
Y suspiros vertiendo, y sollozando,
El alba lo sorprende al retornar!

---

El alba no.... Las aves en sus nidos
Ocultas permanecen y medrosas,
Aún reinan las tinieblas pavorosas,
Y el dia ya comienza para él;
Se lo advierten las voces, las blasfemias
Del guarda activo y de feroz semblante,
Y más que nada, el látigo quemante
Con que lo azota su verdugo cruel.

---

Enfermo á veces, á su angosto lecho
Llegan cantos y risas y armoniosa
Música alegre.... En la *vivienda* hermosa
Del dichoso *señor*, brilla el placer.

Y prosigue la fiesta.... En el banquete
Hierve el champagne.... El oro se prodiga....
¡Y tosco lienzo al africano abriga!
¡Otro lienzo no pudo merecer!

---

¡Y pensar que á ese sér desventurado
Debe el dueño el gozar de la opulencia!
Del enervante sol á la inclemencia
Un dia y otro el desdichado está,
Y el sudor.... no el sudor, la sangre vierte
Aplicado á titánicas labores;
Y por tantos afanes veladores,
¿Cuál el premio, decid, que se le dá?

---

Para el negro infeliz, desheredado,
Hay rigor nada más; su gran delito
No pregunteis, ¡oh no!.... Mirad!.... Escrito
Lo lleva en el semblante.... ¡Es el color!
El así lo conoce, y con tristeza
Baja en presencia del *señor* los ojos,
O bien postrado ante sus piés de hinojos,
Calmar procura su eternal rigor.

---

Y en vano! ¡No hay piedad! Es su destino
Sufrir, siempre sufrir.... Y su consuelo,
Es volver las miradas hácia el cielo,
Recordando.... ¡que un dia morirá!

Recordando que un dia venturoso
El término hallará de sus dolores;
¡Que al dormir en la tumba, sus horrores
No allí la esclavitud le llevará!

. . . . . .

---

Vosotros.... ¡ah! vosotros que en el alma
Un templo al *oro* consagrais y culto,
Y oprimiendo al esclavo, horrendo insulto
Lanzais á la piadosa humanidad,
¿Decís que debe su riqueza Cuba
A la execrable institucion odiosa?
¡Maldita esa riqueza portentosa
Que el deshonor publica y la maldad!

---

¿Qué es mi pátria ante el mundo? En estos valles
Sus ojos al fijar el extranjero,
Vé presentarse el despotismo fiero,
Fiero así como nunca lo creyó;
Y un sentimiento de desprecio abriga
Por este pueblo que nombrar oyera
¡La region venturosa y hechicera!
¡El paraiso que del mar brotó!

---

Oh ¡basta!....¡basta yá!.... No más el mundo
Al pronunciar el nombre del cubano
Sonría con desden.... El africano,
¿En servidumbre siempre gemirá?

Sus cadenas romped!.... Esplendoroso
Luzca por fin de redencion el dia!
Raza cruel de Caines, turba impía,
De codicia y deshonra.... ¡basta yá....!

CARLOS RAFAEL.

1876

# BIBLIOGRAFIA.

**Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo. Por D. José Antonio Saco.—Habana.—Establecimiento tipográfico de la Viuda de Soler.—1883.—Un volúmen en 4°. con 343 páginas.**

El movimiento bibliográfico operado en nuestra capital durante el primer tercio del presente año, no ha sido poco considerable, si se tiene en cuenta que ordinariamente sólo de tarde en tarde se dan á la estampa obras de verdadera importancia y utilidad para nuestro progreso intelectual; obras en que la simple lectura del título hace ver al ménos versado en letras, que no ha sido la especulacion el móvil de sus editores. A los *Estudios Literarios y Filosóficos* de Varona, ha sucedido el segundo tomo de los *Elementos teórico-prácticos del derecho administrativo vigente en Cuba*, de Govin, y á éste una obra del eminente publicista José Antonio Saco: la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*; y es casi seguro que no pasarán muchas semanas sin que tengamos el placer de registrar en nuestras columnas la aparicion de otro libro que por su índole podrá contarse entre los citados.

Volviendo ahora al nuevo libro de Saco, diremos, primeramente, que esa publicacion se debe al entusiasmo que en bien de nuestras letras anima siempre al distinguido y perseverante bibliógrafo Dr. D. Vidal Morales y Morales, quien despues de obtener del albacea de Saco, el Ldo. D. José Valdés Fauli, la competente autorizacion para publicar

el manuscrito, igual concesion alcanzó del Dr. D. José Antonio Cortina, para que, capítulo por capítulo, fuera viendo la luz en la acreditada *Revista de Cuba*, y luego corrigiendo las pruebas con gran detenimiento y anotando con discrecion muchos pasajes de la obra, hoy tiene la nobilísima satisfaccion de poder presentar, no solamente una nueva produccion de Saco,—que esto ya fuera bastante para merecer las felicitaciones de los amantes de las glorias cubanas,—sino un libro más, que viene á ser el tomo quinto de la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias*, esa empresa verdaderamente monumental, á la que largos años de su existencia, consagró el insigne estadista bayamés.

El tomo que examinamos ya hemos dicho que es la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo.* Divídela el autor en once capítulos, y en toda ella se observa el mismo plan trazado desde el primer tomo, y que es sin duda el más conveniente á las producciones de este género, segun puede verse por el extracto de las materias contenidas en cada capítulo, á saber:

El capítulo primero contiene lo relativo á la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo, en época muy anterior á la del descubrimiento y conquista por los europeos.

El segundo estudia la esclavitud de los indios bajo la dominacion española.

El tercero explica cómo empezó el tráfico de esclavos indios en el Nuevo Mundo.

El cuarto trata de la introduccion de esclavos indios en la Española, Puerto Rico y Cuba; Reales Cédulas que autorizaron dicha introduccion; Requerimiento de Alonso de Ojeda, y funesta influencia de la Audiencia de Santo Domingo en la suerte de los indios.

El quinto abraza la descripcion de la Isla de Cubagua; el fomento de la esclavitud en dicha Isla, con motivo de la pesca de las perlas; el orígen del Consejo de Indias; los proyectos del Padre las Casas sobre la colonizacion de una parte del continente; fervor con que fueron acogidos por los ocho predicadores del Rey; interesante escena de éstos en el Consejo de Indias; se firma al fin su asiento, en la Coruña; obstáculos con que tropieza en la prática; desastres de Cumaná; éxito fatal

de la empresa de las Casas; decídese á tomar el hábito de la Orden de Santo Domingo; expedicion de Jácome de Castellon á Cumaná; Real Provision del 17 de Noviembre de 1526.

El sexto se ocupa de la esclavitud de los indios de Pária, Cumaná, Venezuela y Santa Marta.

El séptimo, de esa misma esclavitud en Darien ó Castilla del Oro y Cartagena.

El octavo, en Nueva España.

El noveno, en Honduras, Nicaragua y Guatemala.

El décimo, en el Rio de la Plata y Paraguay.

El undécimo se contrae á la época en que cesó la esclavitud de los indios en los dominios españoles, que fué en Chile y á fines del siglo XVII, como lo comprueban las leyes de 9 de Abril de 1662 y de 1 y 5 de Agosto de 1663.

Por último, finaliza la obra con un apéndice en el que se incluye el *Memorial* de Gonzalo Hernandez de Oviedo, cuyo original se conserva en el Archivo General de Simancas y se halla publicado en el tomo 76 de la *Coleccion* de Muñoz, pertenecciente á la Real Academia de la Historia, de Madrid.

Hé aquí, brevemente extractado, cuanto abraza el tomo quinto de la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias*, y "en el cual—como dice muy bien el Dr. Morales y Morales en la *Advertencia*—su autor continúa revelando la misma erudicion benedictina que en los anteriores," y en cualquiera de sus capítulos se manifiestan las cualidades que no debe olvidar nunca el historiador si pretende ser estimado: la más extricta imparcialidad, el juicio recto y detenido, y profundo conocimiento de la materia de que se trata.

Todas estas condiciones las hallará el que lea la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*, enriquecida á la vez con la cita, publicacion ó reproduccion de documentos inéditos ó raros, consultados ó copiados de los archivos y bibliotecas de España por el mismo Saco, ó por el inolvidable Domingo Del Monte, una de las notabilidades á la que más deben la Historia y las Letras cubanas, y cuyas obras, desgraciadamente, parecen condenadas á no ver la luz pública nunca, apesar del deseo expresado por él en su testamento.

Pero la edicion del tomo que examinamos, dista mucho de ser tan numerosa como la de los anteriores: sólo consta de SESENTA Y CINCO EJEMPLARES, numerado cada uno, y de ellos sabemos que ya se encuentran colocados más de la mitad: pues como el propósito de los Señores Valdés Fáuly y Morales y Morales es enviar á la familia de Saco el producto de la venta, despues de cubiertos los gastos, la simple enunciacion de tan loable pensamiento ha sido suficiente para que muchos hayan acudido con el objeto de adquirir el nuevo libro, contribuyendo así á la vez á la realizacion de una idea tan patriótica, como es la de socorrer á la familia de uno de los más beneméritos patricios de Cuba.

Para concluir sólo nos resta enviar nuestras felicitaciones al entusiasta y laborioso bibliógrafo Dr. D. Vidal Morales y Morales, por el notable servicio que acaba de prestar á nuestras letras con la publicacion de dicho libro, del que hemos tenido la suerte de ser los primeros en dar cuenta al público.

DOMINGO FIGAROLA Y CANEDA.

*(De El Triunfo.)*

# CARTAS

## SOBRE EL CUIDADO DE LAS FLORES.

Sr. Editor de *El Fanal* de Puerto-Príncipe.

Muy señor mio:

Una jóven señora de mi amistad me ha pedido le dé algunas nociones acerca del *cultivo de las flores*, y deseando complaeerla y al propio tiempo contribuir á propagar en otras de su sexo, tan necesitadas en lo general de algun correctivo, en los placeres naturales y honestos, á los facticios del sentimiento y la imaginacion, que beben en las novelas, y que llevados, como se llevan en esos escritos, á sus últimas exageraciones, son tan desastrosos en máquina tan frágil, el gusto y el arte de aquel ameno pasatiempo, por considerarlo más saludable que muchos métodos higiénicos, y más grato y moralizador que muchas homilías, me permitirá V. valerme con este doble fin de su estimable periódico, como el mejor medio de publicidad y circulacion, para cumplir con la una y dirigir á las otras, no *lecciones sobre el cultivo*, esto es muy pretensioso, sinó algunos *consejos sobre los cuidados* que demandan la conservacion y medro de aquellas producciones preciosas, gala de la creacion, símbolo de la inocencia y de los gustos sencillos, que hablan y rien al corazon y espiritualizan en cierto modo la materia cantando á su divino autor; que dan una diadema á la belleza, cultos

á la religion, vida y alegría al campo, y solaz y recreo al amigo de la naturaleza; que para todos los sexos, para todas las edades tienen goces purísimos, manantial perenne de salud para el cuerpo, de paz para el alma.

Propagador ilustrado de toda idea útil, espero que V. dará á este escrito la forma de impresion que cuadre mejor á los fines que me he propuesto al trazarle. Aunque ligero y desaliñado, respira en él el amor de la bella naturaleza y una tierna compasion por la mujer, esa dulce mitad de nuestro corazon, elemento condicional de la felicidad del hombre y de todo bien humano; tan expuesta á desorientarse de las fáciles vías de su dicha, y llevada hoy al viento de la crinolina tan lejos de su verdadera senda, que no es su cuerpo ni el volúmen de sus hechizos.

Yo sólo aspiro á proporcionar á la madre de familia en el grato pasatiempo de su huerto alguna distraccion á sus penas y trabajos, á la jóven célibe gustos sencillos, que la vuelvan á los inocentes instintos de su selecta naturaleza, despertándola del ensueño funesto, en que la tienen abismada las idealidades engañosas de la novela.

Acaso no sea del todo inútil y perdido nuestro trabajo; acaso alguna madre ó hija, al sentirse más sosegada y feliz en su jardin que antes en el sarao, ó al respirar extasiada el ramo de flores cultivadas por sus manos, nos asocie en sus recuerdos ó en su gratitud: ni V. ni yo podemos desear más.

Con esta esperanza quedo como siempre su afectísimo amigo y S. Q. B. S. M.—*Manuel de Monteverde.*

## CARTA I.

Puerto-Príncipe, 15 de Julio de 1857.

Mi querida C....

Te has dedicado, me dices, al cultivo de las flores, y me pides algunas lecciones sobre este arte. Aplaudo y áun bendigo este nuevo gusto, inspiracion sin duda de tu buen ángel; pero tú conoces mis

ocupaciones, y un *Tratado*, por pequeño que sea, sobre cualquier cultivo nos llevaría muy lejos, porque áun el más simple de todos comprende la aplicacion de multitud de principios de un gran número de ciencias, y sólo conseguiria fastidiarte, cuando tú no quieres más que divertirte, y basta para ello un corto número de indicaciones sobre los cuidados generales, que demanda toda planta, principalmente aquellas á las cuales no pedimos sino hojas verdes para recreo de nuestros ojos, y flores para nuestro adorno; así me limitaré por ahora, á darte algunas ideas generales sobre estos cuidados; pero como ellos hacen necesarias algunas nociones sobre la influencia en la vegetacion de los *climas*, las *exposiciones*, las *tierras*, la *formacion de los canteros*, su *plantacion*, la *multiplicacion de las plantas*, su *riego* y los *cuidados generales del jardin* y los *instrumentos* que lo facilitan; el trabajo, aunque ligero, tiene para ser útil, que ser metódico: trataré, pues, estas várias materias en una sucesion de cartas. Esta primera, con todo, no será sinó en honor de las flores y apología de su cultivo, para confirmarte en tu nuevo gusto y hacerle nacer en otras.

Dáme sin embargo mucho cuidado el pensar de dónde saque la amenidad, que el asunto requiere, en medio de las enojosas preocupaciones de mi espíritu y á vueltas de los quehaceres que me rodean, quehaceres tan serios, que no han conocido la sonrisa, ni han respirado jamás una flor, tan serios y mal humorados, como que tienen barbas, entrecejo y espejuelos.

Pero sean como fueren estas cartas, tú las admitirás en gracia de mi buena voluntad y cariño. ¡Y quiera Dios no sean tan desabridas y fastidiosas, que lleguen á enemistarte con el cultivo de las flores, porque perderias mucho y yo no me consolaria jamás! Aunque estas cartas no sean lo que debieran ser, llévalas en paciencia, que las flores te pagarán el sacrificio: ellas, yo te lo aseguro, llegarán á ser tus amigas, tus queridas compañeras, las guardas y hasta cierto punto las institutoras de tus hijas. Madre de familia, no será la parte ménos rica de la herencia que les dejes, el gusto que contraerán á tu lado por el cultivo de las flores, placer diario, fuente de goces purísimos, preservativos de otras pasiones.

Es tan natural al hombre el cultivo de la tierra, su primera y su

postrera vocacion; hay tal incentivo, y, por decirlo así, tal virtud en el de las flores, que al paso que el trabajo que nos piden nos le truecan en recreo, va apoderándose poco á poco del corazon un sentimicoto de ternura y fraternidad, que nos identifica con ellas y su bien ó malestar, y las llegamos á amar y cuidar como á séres vivos, capaces de cariño y gratitud. Estos sentimientos, incompatibles con otras pasiones ménos dulces ó humanas, con otros gustos ménos inocentes y sencillos, nos van haciendo amantes, compasivos, mansos, sufridos, religiosos; en una palabra, mejores.

¿Y cómo podria dejar de ser así? El cultivo de las flores, como el de todas las plantas, en que no interviene la voluntad ni el capricho del hombre, sinó las leyes de la naturaleza, obra de Dios, nos ponen y conservan en más directa é inmediata relacion con él, despertando á cada instante en nosotros sentimientos de admiracion y de gratitud por sus prodigios y sus beneficios, de paciencia y conformidad en nuestras penas y trabajos, como consecuencias del órden providencial: él nos da las estaciones; él nos dá el sol y la lluvia que hacen vivir las plantas, que pintan sus bellos colores, que acendran sus ricos jugos: él nos da las frescas auras que las alegran y que difunden su fragancia y su contento en el corazon del que las ama.

Y no nos equivocamos al juzgarlas agradecidas, porque en efecto ellas nos devuelven en salud y placeres los pequeños cuidados que les dispensamos.—En salud, porque nos dan la del alma, que no es sino el sosiego, la paz del espíritu, que el trato de las flores va difundiendo insensiblemente en nosotros al espectáculo de sus bellezas, á la contemplacion de las bondades del divino autor de todo lo creado, en pocas cosas tan claras y manifiestas como en la sucesion de los fenómenos de la vida vegetal, que nos ofrecen en la germinacion de las plantas la esperanza; en su florecencia, la promesa; en su fructificacion, la dádiva de tantos bienes como por ella recibimos de su pródiga mano, sin union directa del hombre, que nada puede en el órden de la naturaleza, sino por obra de su infinita bondad y sabiduría, mediante el poder y la virtud que ha dado á los principios y elementos de la vida en todas sus manifestaciones. — Y con la salud del alma nos dan tambien la del cuerpo por el grato y variado ejercicio que nos imponen los di-

versos cuidados del jardin, y por la expansion y bienestar que su amenidad y sus galas derraman en todo nuestro sér. Contento el corazon en medio de nuestras flores, respirando en sus balsámicas emanaciones un aire más puro y salubre, circula nuestra sangre con más facilidad y más rica en principios de vida que en la viciada atmósfera de los salones.

Pero si nos dan las flores tantos bienes, no les hareis el grave cargo de que ajarán vuestra belleza. No, por el contrario: la paz y la salud, que respirareis en medio de ellas, darán á vuestras mejillas rosas más bellas que las que jamás logró imitar el arte de los afeites, y á toda vuestra tez ese brillo encantador, más suave al ojo que el de la seda, que trasparenta la vida y el sentimiento y hace más ricas todas las carnaciones. La angélica serenidad y dulzura que difunde en el semblante la contemplacion de las bellezas naturales y los dulces tintes de la ternura, la gratitud y el placer que ellas escitan en el corazon y que salen vívidos al rostro, le embellecen muy más que todo el arrebol y el arte de la coquetería.

Este arte no ha hecho jamás una belleza; costra opaca de pintura, marchita, oscurece, en vez de realzar, el rico carmin de la salud y el brillo electrizador de la alegría, y si no consigue dar á las más dulces facciones la dureza é insensibilidad de una máscara, les roba al menos esa gracia encantadora, esa expresion hechicera, que imprime al rostro la movilidad de las impresiones y le hacen un cuadro mágico, de irresistible poder al corazon.

Ya veis que como mujer y como bella ganareis, en vez de perder, con el cultivo de las flores, y que en regarlas, aderezarlas, mimarlas, llenareis mejor vuestros ocios que al pié del tocador, ese potro de tormento de tantas de vosotras, lidiando con un rizo rebelde, con una onda temeraria, apurando vuestro ingenio para convertir en un donaire alguna línea que el espejo acusa de incorrecta, y procurando variar el tipo de gracia peculiar á vuestro conjunto, al juego de vuestra fisonomía, que ningun arte puede enmendar ni suplir con ventaja.

Como madre, no os será ménos útil el ameno pasatiempo de vuestras flores. Debeis ejemplos y enseñanzas á vuestras hijas, y ellas os los ofrecerán copiosos. Léjos de pervertirse, ganarán con su trato. Las flores

son agradecidas, sencillas, leales: dan sus más hermosas puchas á los que las cuidan y aman: todo en ellas es verdad: su color no es una falsificacion, como el de tantas; su fragancia no es una hipocresía, ni una adulacion, ni pedida prestada al perfumista, como suelen otras de su sexo: no distinguen la mano de la pobre huérfana de la de la reina poderosa, ni dan más precio al riego y á los cuidados de la una que á los de la otra; con ellas se aprende á ser bueno, fiel, reconocido y manso, dotes inestimables, que no dá siempre la enseñanza y suele pervertir la sociedad.

La flor es tambien emblema y dechado de la mujer virtuosa: retirada en su huerto, vive feliz en él. Sin hacer gala de su belleza, ni provocar, liviana, los homenajes ni las solicitaciones, su perfume la descubre al amor honesto y puro y el ruiseñor les canta sus más tiernas melodías. Hilando, recojida y hacendosa, el lino y la grana de su vestido, atesorando, prudente, gérmenes de vida y de salud para su prole, el dia la ve en su ramo, la noche la aduerme en él, y tras su sueño tranquilo el alba las saluda fresca y hermosa, no ajada y descompuesta, como una moza trasnochada.

Entre tantos méritos tienen tambien las flores el de ser un modelo de buen gusto, cosa que para una mujer es negocio capital. ¿Quién en efecto se prende mejor qne el rosal, ni se teje y arregla con más gracia una guirnalda que la madreselva ó la estefanota? ¿Quién viste con más sencillez y elegancia que el lirio de Florencia, ni se pone con más gusto una flor ó una espiga que el jazmin del Cabo ó la ruselia?

Ejemplo de virtud doméstica, de inocencia y sencillez, de modestia y de gracia virginal, las flores son todavia más bellas cuando las cuida y agasaja una mano cariñosa. Tímidas y endebles ¡cuánta delicadeza y dulzura no demanda su trato! El del hombre por su sexo y brusquedad alarma su pudor y no conviene á su frágil estructura. Sólo la mano de la mujer, flor tambien de la especie humana, es propia para su cuidado: las simpatías de sexo, belleza y destino, porque las flores son en la vida de las plantas, lo que la mujer en la del hombre, las fraterniza y relaciona como miembros de una propia familia. Deban las tuyas á mis consejos una hermana más que las ame y me ayude á propagar su gusto y su cultivo morigerador. *Tuyo—M.*

## CARTA II.

Puerto-Príncipe 17 de Julio de 1857.

Mi querida C.....

Iniciada por mi carta anterior en el culto de las flores, voy á hablarte hoy de la circustancia que más influye en su vida, en su belleza y lozanía, que es el

CLIMA,

*ó sea el conjunto de las condiciones físicas y meteorológicas de cada lugar*, que muchas veces no les es propicio.

No se tiene en efecto un clima á placer como un vestido, que uno se manda hacer de hilo, algodon ó lana, segun se lo pide el cuerpo ó lo requiere su salud. Cada localidad tiene su propio clima por la ley inflexible de su latitud geográfica ó por su elevacion sobre el nivel del mar. No estoy disgustado con el nuestro, y si pudiera cambiarse por otro sólo lo quisiera tres ó cuatro grados más arrimadito al *Norte;* pero no le trocaría ni áun por los mejores de Europa ó de los Estados Unidos, sin otra razon sinó que acá nadie ha muerto todavía ni de calor ni de frio, como sucede por allá muy amenudo; pero unas son las necesidades y conveniencias del hombre, otras las de las flores, séres endebles, naturalezas de Sílfide, que se mantienen de las auras del cielo; tan delicadas y sensibles, que áun la luz etérea las ofende y lastima, si no les viene filtrada por la gasa de las nieblas, que nuestro sol no consiente.—En esta parte sí es menester confesar que las zonas *templadas* les son más favorables que la *tórrida*, en que vivimos, bañada del sol á toda hora, y cuya luz y calor aumenta lo ménos en cinco grados la espléndida cintilacion de tantos ojos hermosos, como los de alguna que yo me sé. Sin otras pruebas de esa ventaja que da su clima á las zonas *templadas* para el cultivo de las flores, bastará comparar la estadística de sus riquezas en este ramo hechicero de las producciones de la naturaleza con la nuestra, compuesta en su mayor y su mejor parte de dádivas y préstamos de otros climas.

El Sol en verdad no se hizo sino para los labriegos; para las flores, apénas el necesario para realzar su carmin y calentar su tierna línfa: delicadas y tímidas, aman la sombra como recatadas doncellas, y bajo su ala amiga es donde ostentan mejor todos los tesoros de su perfumado seno.—Pero el clima no lo constituyen sólo los grados de su calor: los frios del invierno, los vientos y las lluvias de sus varias estaciones concurren tambien á su constitucion, y si las flores no aman la luz reverberante, que lastima su rubor y aja su frescura, dándoles el aire descocado de una cortesana, el frio, antipático de su naturaleza juvenil, cuando es intenso, las aflige aún más que el sol radiante, porque marchita sus gracias y apoca su frágil vida. Pusilánimes y ruborosas, el viento, como toda familiaridad y profanacion, tambien las ofende y entristece, miéntras las auras matinales y vespertinas las alegran y vivifican.

Empero aunque el clima no se hace, se modifica á fuerza de cuidados y precauciones. Las zonas templadas tienen bajo este respecto otra ventaja sobre la nuestra: miéntras sus habitantes pueden disfrutar en su suelo de nuestras más bellas y ricas producciones, porque pueden preservarlas de los crudos frios de sus inviernos con el recurso de sus *invernáculos*, que son una especie de *colgadizos* con todo su frente al aspecto más meridional de su horizonte, y enteramente cerrados y cubiertos, paredes y techos, de vidrieras, donde se hace á nuestras plantas un clima artificial y tan cálido como lo requiera cada una; nosotros no podemos darles á las suyas la fresca temperatura de su suelo nativo, ni libertarlas completamente de los ardores de nuestros estíos, ni áun abrigándolas en ésta dura estacion en verdaderos *vernáculos*, formados en su totalidad de celosías de cristal verde, que diésen fácil paso y entrada al aire ambiente y amortiguasen los rayos solares. Mucho se conseguiría, pero no modificar del todo nuestro clima tropical, por la sencilla razon de que el *calor*, como cosa *positiva*, se puede hacer y dar en el grado que se apetezca, miéntras el *frio*, como cosa *negativa*, no se puede crear de una manera constante y sin costos escesivos, que pocas fortunas podrian sobrellevar.

Mas si no se puede crear el frio, se puede moderar el calor por cuidados y artificios bien entendidos, siendo el principal de todos la

EXPOSICION.

Por ésta palabra se entiende *la relacion de situacion y aspecto de un lugar con alguno de los puntos cardinales del horizonte*, ó sea la mayor ó menor proporcion en que recibe la accion solar, la de los vientos y de los demás fenómenos atmosféricos por su configuracion y su mayor ó menor abertura á los puntos del horizonte de dónde vienen el sol, los vientos &., y como teniendo aquel astro una direccion aparentemente fija del Este al Oeste, y viniendo del Norte los vientos más frios del año, ha de ser y es en efecto la *esposicion-setentrional* la más fresca de todas, escójase de preferencia ésta para el jardin, si el terreno de que podemos disponer para él tiene su declive general hácia el polo N.: si no le tiene, guarézcase el jardin á los otros rumbos con paredes ó con setos de plantas vivas, que le filtren los rayos del sol y atenúen su fuerza con sus hojas, porque el verde tiene la feliz propiedad de reunir y combinar en sí la luz y la sombra; por eso es tan grato de mirar.

En los meses estivales, ó desde mediados de Junio á la primera mitad de Setiembre, fuera un bien inestimable para las flores, y casi la caridad lo pide, ya que no abrigarlas durante el dia en vernáculos bien construidos, correrles á lo ménos una persiana ó una estera clara, que sin impedir el acceso y circulacion de la brisa, las cubriera enteramente desde las once de la mañana á las tres de la tarde de los rayos del sol, casi verticales en esas horas de fuego. ¡Oh cuánto sufren las infelices en su salud y rubor, expuestas hora tras hora á las ardientes miradas del sol tropical! Celoso como un turco, devora sin piedad los hechizos que le enamoran: los hombres somos así.

Si tu situacion ó tus atenciones no te permiten hacer el gasto de aquellos abrigos, ó tomarte el trabajo de cuidados tan prolijos, y han de vivir tus flores á la inclemencia, defiende al menos su pudor entre verdes pabellones, de movible follage, á cierta distancia que no las aprisione ni cautive. Un cortinaje de plantas altas, delgadas y flexibles, que velen el sol á ratos y á ratos le descubran, ó una fresca colgadura de elegantes pámpanos ú otra planta voluble, que rompa y

quiebre la fuerza del viento y les cierna la luz como una celosía, cuadra bien á su salud y modestia, y aumenta su bienestar. Esto es económico, está al alcance de todos, y el amigo de las flores padece con verlas sufrir: una mujer debe llorar, que ellas son sus hermanas y no nacen, ni se cubren de sus tiernas galas, sino para su adorno y placer.

Pero aún muchas ocasiones no bastan estos abrigos generales.—Hay plantas que padecen más que otras, principalmente cuándo están en flor, como en general todas las rosas de olor, de raza europea. Las hay de constitucion muy delicada, por lo comun, como sucede en la sociedad, las más bellas y distinguidas. Para éstas á lo ménos prevente de frescas sombrillas, que las protejan en esas horas aciagas contra las insolaciones y las fuertes lluvias que puedan sorprenderlas desabrigadas; así, llegada la hora del paseo, del baile, ó de la tertulia, tendrán tus flores su frescura nativa, toda la riqueza de sus colores y todo su perfume, como si hubieran nacido en tu seno ó en tu cabeza.—Dios que nos dió el sol y la piedad, nos dió tambien los vástagos rectos y ligeros del *güin*, ó sea el bohordo ó espiga de una de nuestras cañas, que con un disco de papel, atado en su estremo superior, hace una sombrilla sin costo ni peso alguno, que se ata al ramo florido y le guarece de los rayos del sol, y del azote de las lluvias y los vientos.

Pero basta por hoy. Ya sabes que nuestro clima es demasiado caliente para la mayor parte de las flores de jardin, y que si quieres darles en el tuyo una hospitalidad amiga, y no el horno de los niños de Babilonia, has de formarles una buena exposicion, abrigándolas con una cortina de *enredaderas* de los lados del Este y del Oeste, dejándoles franco el Norte que en los climas frios es el enemigo mortal de toda vejetacion. Así como en los antíguos palenques se partía el sol entre los combatientes, así debe partirse en el jardin entre las flores: á unas *medio sol*, como á las rosas, dálias y claveles, y en general á toda flor de pétalos caedizos; á otras *un cuarto*, como al jazmin del Cabo y los geránios; á otras, apénas la luz refleja, como á las Camelias y la Hortensia.—El sol entero no conviene ni áun á las flores indígenas ó de climas análogos al nuestro; ellas arrostran es verdad frente á frente todos sus dardos, pero sus colores son más vivos cuando pueden guarecerse de ellos algun rato: ténlo pues presente, como el cariño de tu—*M.*

## CARTA III.

Puerto-Príncipe 19 de Julio de 1857.

Mi querida C....

Indicadas ya las condiciones generales de la habitacion que han menester tus flores, para que la vida les sea fácil y agradable, y te den reconocidas sus más bellos y fragantes ramilletes, vamos hoy á tratar de su alimento, que el hombre ni la mujer, ni sér alguno organizado vive sólo de fresco y sombra. Pero las plantas no son andariegas, ni acostumbran ir á buscar su provision al mercado: modelo de constancia, caseras como buenas madres de familia, viven sedentarias en su puesto, y es menester que en él encuentren recursos para su subsistencia. Ocupémonos pues de las calidades del suelo en que han de pasar la vida, ó sea del

### TERRENO DEL JARDIN.

Uso de ésta palabra algo ambiciosa, por no tener otra y no decir *parterre*, que es voz francesa y yo escribo en español. Para los que se propongan tener un verdadero *jardin* sobran libros, guías y jardineros: mi jurisdiccion no pasa de la *era*, el *cantero* ó *arriate*, que cualquiera puede formar en un corto trecho en nuestros patios ¡gracias á Dios! todavía desahogados. Y tú, mi querida, vives en un pueblo que principia ahora á asentar sus reales, ó mejor, sus *tiendas*, y dó reina aún toda la generosidad y franqueza del desierto; en donde el terreno no se vende todavía por varas como el batista, ni como en otras partes más caro que el punto de Bruselas, si nó que se da gratuitamente al que le pide, no te verás estrecha para formar tu huertecillo, y, créeme, no te recreará ménos que al magnate su parque inglés ó su jardin pintoresco, que los goces modestos están más á la medida del corazon que el lujo y el fausto en cualquiera de sus formas y exageraciones.

Las plantas sacan en lo general más alimento de la atmósfera por sus hojas, que del suelo por sus raíces; pero con todo, este no les es del todo inútil; además de encontrar en él su cimiento y apoyo, algo

extraen de su sustancia por medio del agua que les sirve de vehículo para llevarles los principios disolubles, que contiene ó se le dan; y es menester por tanto que sea apropiado á sus diversas exigencias y servicios.—Las flores, séres endebles, de organizacion más delicada que las plantas destinadas á satisfacer las groseras necesidades del estómago, son más sóbrias y melindrosas en punto á su nutricion, como que no crian ni elaboran patatas, ni berzas, sino nacar, carmin, oro, conchas y plumas para su adorno y el vuestro.—Su alimento por lo tanto ha de ser fino, de fácil y ligera digestion, como conviene á su complexion femenil, así como su lecho aseado y mullido, que no va á recibir á un gladiador; rehecho tres ó cuatro veces al año con toda la solicitud y esmero de una buena camarera.

Estas condiciones las reune y facilita el terreno llamado vulgarmente *delgado* ó *ligero*, es decir en el galimatías de la ciencia, *silíceo-arcilloso*, que traducido en cristiano, es aquel en cuya composicion entran solamente la *arena*, la arcilla y algun poco de cal, predominando en la mezcla la arena, como lo es el de esta ciudad y sus alrededores.—En Nuevitas, hoy tu residencia, predominan la arcilla y la cal, pero si le agregas una poca de basura, reducida á tierra y alguna arena de las orillas del mar, tienen cuanto puede apetecerse para una buena vegetacion.

Con esta mejora tan fácil y barata, y merced á las partículas salinas, que lame el viento en la bahía é impregnan la atmósfera á mucha distancia en contorno de la poblacion, y que se convierten en un riego perenne é insensible para todas las plantas, medrarán mejor que tierra-adentro tus rosas, lo mismo que las parras y las higueras, plantas litorales, que aunque no son de adorno para una dama, dan unas producciones que pueden pasar por flores entre las frutas; tan bellas son en su forma y colorido y además tan gratas al paladar, que me parece que no habrá de sentirlo el amigo de las flores; porque has de saber que cuando lo útil luce como secundario entre lo bello, le comunica un doble precio, que trasciende hasta él.

Pero por bueno y apropiado que sea el terreno, no basta para las exigencias y necesidades de las plantas, si se las quiere lozanas y hermosas, el sembrarlas así sin ninguna precaucion. Muchos lo hacen de

esta manera, pero así son sus flores, éticas y macilentas como salidas de un hospital. Conviene, pues, dar una labor ó cava profunda á todo el terreno destinado al jardin (de tres cuartas á una vara); extraerle con una zaranda todas las piedras y cantos gruesos, y, por una separacion conveniente de las capas que vaya presentando, todo el barro ó greda que suele haber bajo la de la superficie.—Hecho esto, se pone en el fondo una camada, como de media á una cuarta, de tejos menudos ó de arena gruesa, para que por ella se filtre la humedad sobrante del riego ó de las aguas naturales, pues son más las plantas que mueren por tener las raices encenegadas en el lodo que suele formarse en los fondos gredosos, que las que mata el sol, que mata tantas.

Sobre este filtro ó escurridera de tejos, que se ha indicado, se echará entonces hasta llenar el vacío, la tierra para el sembrado, la cual será una mezcla proporcionada de la mejor de la superficie, unida y bien revuelta con basuras y estiércoles podridos, otra parte de *mantillo* de hojas, reducidas ya á tierra, y un poco de mezclas ó escombros de fábricas, bien pulverizados, y alguna porcion de arena, si estuviere muy escaso este principio en la composicion natural del terreno, y aunque no, siempre se aumentará en aquella parte ó puntos del jardin, que se destinen para las dálias y en general para todas las plantas bulbosas ó de cebolla.

Si no se pudiese hacer todo este trabajo en todo el cantero ó los canteros, se cavará para cada planta (se entiende de las perennes, como los rosales, etc.) un hoyo de tres cuartas de profundidad y de media vara de diámetro, y en él se practicará cuanto se ha dicho para todo el cantero ó el arriate. Preparado y dispuesto el fondo, vamos á la

### FORMA DE LOS CANTEROS.

En lo general la forma, figura ó trazo que debe dárseles se subordinará al punto de vista, bajo el cual deba verse el sembrado de las habitaciones donde habitualmente reside la familia. La forma de abanico con un óvalo de césped fino, bien verde y bien entretejido, que ocupará el lugar del varillaje, es de un lindo efecto para el golpe de vista general. Mas sea cual fuere su forma, y todas son buenas con tal que llenen esta condicion capital, lo demás se reduce á formar un

marco á cada cantero y otro general al jardin, y enarenar y apisonar las calles que los dividan y que han de servir para el tránsito y paseo y para la limpieza que debe hacérseles.

Los marcos se pueden hacer con ladrillos de canto, y para disimularlos se sembrará al pié, de la parte exterior, y lo mismo á los parciales, que al general de circunvalacion, un cordon de plantas pequeñas, perennes, siempre verdes y que florezcan á menudo: las llamadas vulgarmente *brujas* (Amarillis) de las cuales las hay rosadas, blancas y amarillas, mezcladas entre sí y á tres ó cuatro de fondo, cumplen muy bien el propósito de esta siembra, de pura delineacion. El marco ó arriate general se formará y disimulará con este propio recurso, siguiendo la línea del cuadro del jardin, cavado y relleno como los canteros parciales y de un ancho de media á una vara.

Para disminuir la evaporacion de los unos y del otro y para que al propio tiempo las plantas aprovechen mejor las aguas de las lluvias y de los riegos, el terreno de todos debe dejarse dos ó tres pulgadas más bajo ó profundo que el suelo de las calles que los dividan: precisamente lo contrario de lo que comunmente se hace entre nosotros, copiando servilmente el arte europeo, sin reflexionar la diametralidad de las condiciones de nuestro clima respecto del de la Europa y demás países templados.

Preparado y dispuesto así el terreno de nuestro jardin, y trazados sus compartimientos, conciliando su servicio con su mejor efecto general, nos ocuparémos ahora de su plantacion, pero ésta quedará para otra carta, porque es tarde, tengo sueño y ya la pluma rehusa expresar otra cosa que el cariño con que me digo tuyo

—*M.*

## CARTA IV.

Puerto-Príncipe 21 de Julio de 1857.

Mi querida C....

Ya tenemos, supongo, trazado el jardin á la exposicion más conveniente en nuestro clima, es decir, franco al N., medio cubierto al E. y

al O. y cavado el terreno en la manera que te he recomendado, para que tus flores sean hermosas, vivos y puros sus colores, odorífero su seno, hechizo tuyo y envidia de cuantos las vean. Pero ántes que tenerlas es sembrarlas; vamos á tratar hoy de su

PLANTACION.

Obedeciendo á la conveniencia del punto de vista general de las habitaciones en que residas la mayor parte del dia, y donde procurarás fijar tu salon de recibimiento, harás la siembra de tus plantas de manera que resulten graduadas por sus dimensiones; es decir, sembradas de menor á mayor en los canteros, ocupando las más altas el último término de la perspectiva, tomada de las habitaciones. Pero las plantas suelen tener como ustedes, sus caprichos, y á veces áun las más pequeñuelas quieren competir con las que la naturaleza hizo más crecidas, y áun excederlas, si nó en la parte sólida de sus miembros, ó en sus tallos, á lo ménos en su follage, cargándose tambien, en lugar de la clinolina que ustedes se han reservado, monopolizándola sin piedad de tantas necesidades, con hojas y brotes exuberantes, que aumentan su volúmen ó, como si dijéramos, su *bullerengue*, y con los cuales se edifican además, para ganar altura, unas *cocas* desmesuradas, como las de muchas á quienes Dios ha dado el lustroso cabello para que sea su diadema y le convierten en una gorra de granadero, que las aplasta y humilla, que es una compasion. Las picaruelas no contentas todavía con esta falsificacion de su tamaño, coronan el falaz edificio con tantas flores, que las desmedran y agotan para el resto de sus dias. En este caso conviene tener carácter para domar su soberbia, ó castigar su orgullo. En esto se les hace un bien, que no puede haber dicha donde no hay moderacion.—Toma tus tijeras y contenlas en su justa medida, cortándoles esos ramos pretensiosos á la altura conveniente, para que no oculten ú ofusquen á sus vecinas, quebrantando la ley suprema de la perspectiva del jardin; de suerte que desde las habitaciones pueda verse de una ojeada todo el sembrado desde la primera á la última de las plantas de cada cantero.

Algunos horticultores no se contentan sólo con escalonar en ellos las plantas, sembrándolas en el órden gradual de menores á mayores

respecto del punto de vista de la casa, sinó que las disponen *por colores* en cada uno; esto es, en un cantero aquellas en que el matiz principal y dominante es el *rosado;* en otro el *punzó;* en otro el *azul*, etc.; pero esta es materia de gusto, que quiere decir, de libertad: yo prefiero una grata y confusa variedad de colores en cada uno, que la naturaleza, nuestra mejor maestra en esto, como en todo, no nos presenta sinó en los rayos de la aurora, y eso con cierta indecision, esas fajas de colores únicos; en el campo, reino de las flores, morada del hombre, los colores y las formas se mezclan y combinan en un cierto desórden, que el ojo y el corazon encuentran bello y espansivo.—Sigue tú á la naturaleza que me parece más digna de confianza que el hombre, animal caprichoso, acaso por su parentezco *con quien le dije á usted*, y que no quiero nombrar por puro respeto y sumision.

Pero si los canteros exigen la severidad de esta ley de la perspectiva, y te ha de dar algun trabajo mantener el órden y disciplina en ellos, el arriate circunvalar y contínuo, con que has de rodear todo el jardin, ménos del lado de las habitaciones y que trazarás de media á una vara de ancho, rellenándole en el modo que he dicho para los canteros, te concederás más desahogo y á las plantas con que ha de poblarse, más libertad.—Destinado el arriate á dar abrigo lateral á los arbustos de los canteros, en la mayor parte originarios de los países templados, se sembrará de *enredaderas* de climas tropicales ó próximos á los trópicos, como la *madreselva* de China (que es la que tenemos y tú conoces) el *coralillo*, (1) el *jazmin*, llamado por error, *de Italia;* la *Estefanota*, la *pasionaria azul.* Estas y otras plantas volubles, pero de la clase de las perennes, desempeñan perfectamente su oficio de *abrigos*, y hacen un lindo efecto, ora como fondo del sembrado de los canteros, ora en sí mismas por su propia gracia y gentileza, y todavía más si se les entremezclan algunas de las enredaderas silvestres de nuestras *sabanas*, como la *carne de doncella*, del *rosado* más puro y fino, que le envidian todas las flores; la *banistería*, la de los corimbos de

(1) *Ipomœa rœcmosa.* Destinado este pequeño escrito para una señora agena á la Botánica, he escusado de intento todo nombre científico, usando solamente la nomenclatura jardinera ó vulgar, bajo la que todos conocen en el país las plantas á que me contraigo en estas cartas.

oro, que el viento codicioso quisiera arrebatarle, y no hace sino divertir; los *clavelitos de sabana*, del terciopelo punzó más rico en tinte y más suave en felpa, que el ojo no comprende nacido entre las piedras, no siendo un rubí. Estas plantas, gala de la dehesa cubana, con otras muchas que hacen de cada una un jardin, y sobre todo, un *polígono*, sin nombre vulgar, pero que todos conocen y celebran, muestra olvidada del guerrero *siboney*, que se alza en ellas orgulloso, cubierta militarmente la cabeza con unos bellísimos plumeros, del carmin más vivo, hacen con su belleza rústica el más gracioso y simpático efecto, asomadas por entre aquellas flores, que podemos llamar más civilizadas. Pero quiero de paso decirte que no las siembres en la tierra preparada y artificial del arriate (no quieren tanta fertilidad), sino en macetas de poco diámetro, rellenas de tierra de *sabana*, de preferencia, la *colorada de polvillo*, y las enterrarás hasta el borde en los puntos que les destines en el arriate.

Trazada á grandes rasgos la ordenacion del sembrado, ó la distribucion metódica de las plantas que han de ocupar los canteros y el arriate circunvalar, ocupémonos ahora de lo material de la plantacion, que por lo comun se reduce á trasplantes de matas, ora sembradas en el suelo, ora en macetas ó *sinitos* cónicos; pero acerca de cada uno de estos casos poco hay que advertir, como que todo es de sentido comun. Segun te he dicho, los canteros se pueblan en lo general de plantas nacidas ó crecidas fuera de ellos y que exigen su ttaslacion al lugar que á cada una se destine. El espacio que ha de dejarse entre ellas lo determina el tamaño ordinario ó comun de la especie, cuidando de no amontonarlas, sino dejarles el trecho necesario, para que las bañe en la medida que les convenga la luz, y que el aire pueda circular libremente entre ellas, así como para que no obstruyan con sus ramos las calles de servicio y paseo del jardin.

El trasplante sí demanda algunas precauciones. Para extraer una planta de su sitio y trasponerla al jardin, se empezará por darle un riego copioso, y que se repetirá tres ó cuatro veces en una hora. Hecho esto, se irá cavando en derredor de ella, á distancia que no baje, si la planta es ya adulta, de media vara, y extrayendo la tierra de la zanja circular, que se va formando, teniendo el cuidado de no estropear las

raíces que acaso la crucen, sino cortándolas con un instrumento bien afilado, que corte limpio y no las desfleque. Luego que se ha profundizado como una tercia ó media vara, se introduce la barreta (ó un espeque de madera y de la forma de aquella, que es mejor) por el fondo de la zanja con direccion al centro del círculo formado, y con un movimiento de palanca, pero suave y que se repetirá por los cuatro rumbos de la planta y se irá aumentando en presion, se levantará poco á poco, con la mayor parte de su tierra, si es posible.

Logrado que sea, se trasportará con cuidado al hoyo que ha de recibirla, y que se habrá abierto de antemano, de la profundidad que demande el tamaño de la planta y regando en su fondo como tres pulgadas de la tierra más rica y mullida, que se tenga. Asentada que sea sobre esta capa de tierra, se le irá echando de la propia tierra en derredor hasta llenar la mitad del hoyo; se le dará luego una compresion hácia abajo con una fuerza gradual, y en seguida un riego abundante con el pico de la regadera, continuándose despues el relleno del hoyo hasta enrasar con el nivel general del suelo y formándole en derredor una olleta, se concluirá con otro riego abundante.—Nunca se consentirá que se le levante con la tierra excedente cono ni peana á la planta, pues esta forma aleja por su declividad el agua de las lluvias y del riego de su pié y de la corona de las raíces donde reside la vida de todo vegetal.

Si al conducir la planta al hoyo en que se le va á trasponer se notaren algunas raíces colgantes, se cortarán en lo vivo las que estuvieren maltratadas, y las otras se repartirán en el hoyo conforme á su direccion ó sea su orientacion natural.

Si las plantas que han de trasponerse al jardin no estuviesen fijas en el suelo, sino en macetas ó vasos cónicos, entónces es más fácil y más seguro el trasplante y su éxito.—En el primer caso, practicado que sea el hoyo, de la dimension de la *maceta* ó *clavelera*, como dicen en el país, pero algo más profundo, y rellena la diferencia de tierra y bien mullida y sustanciosa, se acercará al hoyo el vaso de la planta, y dándole un riego moderado y comprimiendo la masa ó mota de la maceta con las palmas de ámbas manos, con el fin de solidificarla bien, se romperá con un martillo ú otro cuerpo duro el vaso, y á medida que

se le vayan sacando pedazos, se apretará la tierra en la parte descubierta, para que no se desgrane ni se salgan las raíces.

Si la planta fuese de mucho mérito ó precio, se tendrá prevenido un paño de algodon ó hilo, y extendiéndole en el suelo, despues de bien mojado, se pondrá sobre él la maceta, y á medida que se vaya rompiendo ésta y extrayéndosele los pedazos, apretada que sea la tierra en la parte descubierta, como se ha dicho, se levantará el canto del paño y se aplicará contra esta parte con el fin de sujetar la tierra adherida á la planta y que no se desmorone, descubriendo las raíces, siguiéndose esta precaucion, segun vaya progresando la rotura del vaso, hasta que extraidos todos los tiestos, se pueda recoger el paño por todas sus puntas y levantar con él la planta y su mota y colocarla con él en el hoyo, dejándole el paño y rellenando los huecos y vacíos laterales con buena tierra; hecho lo cual, se dará á la planta y su mota una compresion suave hácia abajo, para que no quede vacío alguno en el fondo, completándose la operacion con un buen riego.

Si la planta estuviese en *sino* cónico, lo material de su trasvase al hoyo se reduce á dar un pequeño riego y compresion á la tierra del vaso, y cubrir con la palma de la mano izquierda la boca de éste, pasando el tallo de la planta por entre el dedo índice y medio, ó de éste y el anular, para sujetar la tierra y que no se desmorone; y tomando el fondo del *sino* con la derecha, volverlo sobre la mano izquierda, y en este estado, darle unos golpecitos secos en los bordes contra cualquier cuerpo duro y al sentir separada ya del vaso la mota de tierra con la planta, extraérselo con la derecha, y colocarlo en el suelo ó cualquier otro lugar, manteniendo entre tanto en la izquierda la planta y su mota, volver á ponerle la derecha en el fondo del cono de tierra y enderezándola sobre aquella, se coloca en el hoyo la planta, procediendo en lo demás como respecto de la trasvasada de la maceta.

Pero tanto á estas, como á las sacadas de otro terreno suelen romperse algunas raíces, ó desarreglarse de la posicion que habian tomado y tenían, y como la planta sufre mucho por ámbas causas, y en este estado las raíces no le llevan alimento en los primeros dias de su trasplante y puede perecer, recalentándose con el sol ó el calor la sávia no renovada y sin circulacion, que tienen sus tallos y hojas, con-

viene en estos casos dar una poda fuerte á la planta para disminuirle el caudal de sávia y cubrirla por algunos dias del sol.—Así nos cubra á todos en los dias de desgracia el ala de la amistad.

*Tuyo—M.*

## CARTA V.

Puerto-Príncipe 23 de Julio de 1857.

Mi querida C...

Para gozar de las bellezas del jardin, de la grata variedad de sus escenas, de los nuevos encantos que cada estacion le presta y de los anhelados tesoros de su florescencia, no basta haberle llegado á plantar: del gérmen al fruto hay muchas leguas de distancia; de la esperanza al goce, muchos dias, muchos trabajos, muchas inquietudes é ilusiones. ¡Felices cuando dias, trabajos, ilusiones é inquietudes todos son goces, y variedades de placer, como lo son para el amigo de las flores sus dias, sus tareas, sus cuidados desde la plantacion! Ocupémonos, pues, de estas tareas y de estos cuidados, y sobre todo del principal de todos, el

### RIEGO.

En toda clase de cultivo una de las operaciones más útiles es el riego, y tanto, que algunos agrónomos se han atrevido á avanzar que con irrigaciones se puede conseguirlo todo en agricultura y áun pasarnos de abonos.—El *agua*, en efecto, suavizando la tierra, y haciéndola más permeable, llevando á las raíces, disueltas en su linfa, los jugos nutritivos depositados en el terreno y sirviendoles ella misma de alimento, es de la más justificada necesidad.—Los árboles son ménos exigentes; sus raíces, profundizando mucho en la tierra, pueden atraer hácia ellas la humedad que nunca falta en su seno, conservada allí por la eterna sombra y la ninguna evaporacion de su masa. Los arbustos y plantas de adorno, por la inversa, pequeños en lo general, más blandos y penetrables que los árboles, y con sus raíces en proporcion, profundizan poco en la tierra, nadando por decirlo así en la costra superficial, y siente allí por lo mismo todos los efectos desecantes de los

rayos del sol y de los vientos que la caldean y pulverizan, arrebatándole en vaporosa niebla toda su humedad. De aquí la necesidad del riego y de su frecuencia.

Pero el riego, para ser útil, no debe ser grueso, ni grosero; entonces es más bien un vapuleo que un halago, y á las damas se les ha de tratar con dulzura, que así se les arranca hasta el corazon, y las flores son de su sexo, y tienen todos sus gustos, sus caprichos y sus debilidades.—Naturalezas orientales y ardientes, aman el baño como odaliscas que son del harem de Céfiro; pero no el baño que se receta á los dementes para abatir y domar su exaltacion; sino el sentirse fresco, humedecido el cuerpo gentil, sin ruido ni brusquedad; sin sospechar, si es posible, la mano del hombre, que el pudor lo pide así y sus delicados miembros se recienten de la menor violencia.

Aman el agua que tan lindas las retrata; pero unas son las conveniencias del placer, otras las necesidades de la vida; una cosa es la endeble organizacion de los ramos, hojas y flores, otra las exigencias del suelo que las sustenta. Para las primeras, el riego ha de ser más bien menuda llovizna, que abundoso chorro; en cuanto al segundo, bien puedes humedecerle á tu sabor, con tal que escojas la hora y la estacion, aprendas á inclinar el gallardo cuerpo y modifiques el aparato de riego segun tengas que refrescar la tierra ó las plantas.

Pero unas están sembradas en el *suelo* de los canteros y arriates, otras en *potes* y *macetas*. Tratemos con separacion de las unas y las otras, pero hay tres reglas generales, que las comprenden á todas: la una, que el riego dado *á la tierra* de toda planta, ya algo crecida, se ha de hacer con el *pico* de la regadera, no con la *poma*. Este riego se llama *de pié*, y ha de hacerse tan próximo al suelo, que más bien sea el agua *derramada* que no *caida*, porque pocas cosas aprietan y endurecen más la tierra que el golpe ó choque del agua.

La otra, peculiar á nuestra abrasada zona, que el riego, ora sea al cuerpo de la planta, ora al suelo que la sostiene, ora sembrada en cantero, ora en pote ó clavelera, ha de hacerse siempre *por la mañana temprano, nunca de tarde ni de noche*, porque reverberando todavía en estas horas todos los cuerpos que han estado expuestos á nuestro sol, y lo mismo la tierra que las plantas, el resultado del riego en ellas les

es fatal á éstas, si se las riega ántes de haberse refrescado ellas y el suelo con la espesa sombra y el sereno de la noche. Caliente la tierra, hace hervir el agua, y ésta cuece las raíces de la planta, como se pudiera en una cafetera: recalentadas por otro lado estas con la larga insolacion y el calor radiante del dia y de las primeras horas de la noche, el riego (que nunca puede ser tan abundante y continuado como un aguacero, que por su prolongacion acaba al fin por enfriar lenta y sucesivamente tierra y plantas) produce en ellas cambios súbitos de temperatura, que como en nuestro cuerpo, producen dañosas consecuencias en su frágil organizacion.

La otra regla, en fin, es que en el estío sea el riego más copioso que en el invierno, y solo se se suspenda algun dia en el caso raro de que el frio sea muy intenso para la temperatura habitual de la estacion.

Comunes y generales estas reglas para todas las plantas, ora estén sembradas en el suelo de los canteros, ora en macetas ó tiestos, te diré ahora las diferencias que deben observarse entre unas y otras en punto á riego.

Para las primeras sé pródiga en la cantidad, que en muy raras ocasiones puede perjudicarles, si los canteros han sido bien hechos, es decir, si se les puso en el fondo el *filtro* de tejos y cantos, que te he recomendado; para las segundas, ten la mano más sóbria, pero más frecuente en los socorros: la razon de esta diferencia es, que en el primer caso el agua sobrante de la que pueda absorber la tierra correrá hácia un lado ú otro del cantero, que supongo bien plano, y si arrastra alguna tierra, en él se ha de quedar; miéntras si rebozas mucho y seguido los potes ó macetas, el agua rebozada, que caerá fuera de ellos, se irá llevando en disolucion ó en grano alguna tierra y esto los empobrece y hará falta á sus plantas.

Pero, como te he aconsejado, lo que les ahorres en cada vez, compénsaselo en la frecuencia con que los riegues, porque sobre ser escasa la porcion de tierra de los potes y macetas, estos vasos, hechos de barro cocido y medio vitrificado, son mejores conductores del calórico que la tierra cruda, y llevan por lo mismo á la planta más calor del que necesitan y promueven en ella y su tierra una traspiracion excesivas, que las seca y agota, sino neutraliza el daño la frecuencia del rie-

go. Esta es una de las muchas causas de la pequeñez de nuestros *claveles*. Por esta frecuencia no quiero significar muchos riegos al dia, sinó el regarlos en todos, áun cuando, por durarles la humedad de los riegos anteriores, no haya necesidad de hacerlo en alguno ú algunos á las plantas de los canteros. Si estas están en cajones de madera, la necesidad no es tanta como cuando están en potes de barro.

Mas el riego no se administra, ni aún á las sembradas en el suelo, así á la ventura: remedio de una necesidad, tiene su tiempo, y su sazon, *cuando la necesidad se pronuncia;* y la señal, la voz de socorro de la tierra al hombre cuando el cielo no la oye, es su aspecto exterior, á saber, cuando la superficie pierde el color que le da la humedad y *se aclara:* entónces pide agua y es obra de misericordia *dar de beber al sediento;* pero no se la des con enfado, como algunas limosnas que arranca la porfía más que la compasion; sinó suavemente, poco á poco, pues perderías parte de tu agua, de tu trabajo y lo que es peor, de la tierra de la planta, porque la tierra *seca*, cuando es *delgada*, como la que conviene á las flores, es *poco absorbente*, y de pronto repele el agua, y corriendo ésta en chorros rápidos, arrastra toda la tierra que encuentra á su paso, sin humedecer la del pié de la planta, que es lo importante.

Así, empieza por regar con la *poma* de la regadera, muy baja y muy ligeramente, dando tiempo á la tierra para absorber el agua, y luego que ya ha absorbido alguna y se uniforma su color, ese color tan conocido de la *humedad*, quita entonces la *poma* y sigue regando con el *pico*, suspendiendo y continuando alternativamente siempre que veas que el agua corre en vez de sumirse en la tierra, que es señal de que la cantidad excede á su capacidad de absorcion en aquel momento.

Pero hasta aquí hemos venido hablando de plantaciones estables, ó de plantas *perennes* como los rosales, etc. Si quisieres acumular el placer duradero del cultivo de estas plantas al gusto fugaz de las flores *anuales*, *semi-anuales* y *trimestrales*, como las *estrañas*, los *amarantos*, las *madamas* y otras mil y mil, á cual más lindas, que enriquecen por puro lujo de colores los jardines, graciosos caprichos de la naturaleza y desesperantes emblemas de la cortedad de la vida y de la falacia de las ilusiones; y para ello, como es preciso, hicieres *semilleros*, quiero

decirte cómo se riegan estos y todas las de *simientes pequeñas*, para que el riego les aproveche y no les dañe.

Si los regaras á chorro *directo*, por finos que sean los hoyuelos de tu regadera, te expondrías ó á hacer saltar y perderse tus semillas, ó á arrastrarlas á un lado ú otro del semillero, donde se amontonarian con perjuicio de su germinacion y de su trasplante. Para evitar este doble peligro el modo de regar estos semilleros es tender sobre ellos un lienzo muy ralo y regar sobre él, no levantándolo en seguida del riego ni mientras esté húmedo, porque se llevaría pegadas á él la tierra y muchas semillas, sino despues que se haya secado completamente.—De esta manera cada semilla conserva su puesto en el semillero, se humedece sin choque ni trastorno y el paño le atenúa la fuerza del sol y sale limpio, sin llevarse consigo ninguna semilla.

Mas olvidábaseme haberte dicho, y lo debo á tí, novicio en jardinería, que aquellos *ojos* que ves en el fondo de las *claveleras* ó *maceteras* tienen relacion con el riego de las plantas que se siembren en ellas: son para que escurra el agua sobrante ó excedente de la que pueda absorber la tierra del vaso; y por lo mismo es menester que no los tupa ni obstruya esta tierra. Al efecto, cuando se va á llenar una clavelera, ó se le pone en el fondo, y es lo mejor, una cama ó capa de tejos menudos hasta algunas líneas más arriba de los ojos; ó se tapan estos por la parte interior, aplicando sobre ellos algun tiesto grandecito, para que la tierra apelmazada caiga sobre él y no cierre el desagüe de la clavelera.

Hecha esta advertencia, quiero darte algunas recetas fáciles y económicas para restablecer la salud de tus plantas, ya las tengas en el suelo, ya en macetas, siempre que las veas tristes ó amarillentas. De *médico* y *poeta* ¿á quien le falta su poco? Felices cuando no nos sobra mucho de *loco*.... Y va de recetas: si el mal de tus plantas no proviene de algun gusano que les haya roido ó esté royendo las raices (en cuyo caso no hay otro remedio eficaz que extraer la planta, buscar y matar el enemigo, cortar las raices dañadas, podar los ramos y volver á sembrarla, sacando antes la tierra en que vivía el roedor y que puede abrigar otros en gérmen, y reponiéndola con otra sana, rica y bien mullida) sino, como á menudo acontece, por falta de jugos apropiados

en la tierra, ó algun principio vicioso en su masa, haz disolver en agua, perdon mi querida, un poco de *estiércol fresco*, y riega con esta disolucion por varios dias, pero moderadamente, la planta enferma.

Si no se restablece y puedes estar segura que no proviene el mal de algun gusano ó de las *hormigas* ó *lombrices de tierra*, que suelen albergarse en las raíces de las plantas, principalmente de las sembradas en potes ó macetas, en lugar de estiércol, haz disolver dos onzas de *caparrosa* en una *botija* de agua ¡cuidado, que la *caparrosa* es veneno! y riega con la disolucion tu planta por algunos dias, pero no seguidos, sino alternando con otros de agua limpia y pura.

Cuando el mal tenga visiblemente por causa las *hormigas* ó las *lombrices de tierra*, cosa fácil de conocer, porque se ven los orificios de salida de las unas y las otras, si la planta está en pote ó clavelera, que es cuando más daño le hacen, prepara una vasija más profunda que el pote ó la clavelera y llénala de agua, y hecho esto, sumerje en ella el vaso de la planta enferma, de modo que el agua exceda de su altura, y mantenlo en este baño por un par de horas. A poco de la inmersion tienen que salir los animales alojados en el vaso, y los que no salgan, se ahogan y sirven de abono á la planta. Así pudiéramos con el fácil y grato recurso de un baño fresco desalojar los enemigos interiores de nuestro cuerpo, ó de nuestro reposo. ¡Felices las plantas que no tienen en la vida más que estos pesares, que el fresco, la sombra, el agua bastan á consolar!

*Tuyo.—M.*

## CARTA VI.

Puerto-Príncipe, 28 de Agosto de 1857.

Mi querida C....

Sembrado ya tu jardin, estudiada la influencia que ejercerán en él el clima, la exposicion, la calidad del terreno, sus abrigos y su riego, y en la visualidad de su paisaje la forma de los canteros y la distribucion de su plantas, parece que, pudiendo acontecerte la necesidad de repo-

blar algunos de ellos y no teniéndose siempre á mano ni el número, ni la clase de las que se desean, debemos ocuparnos hoy de los varios medios y modos de

SU MULTIPLICACION.

Este capítulo de la *horticultura* es muy extenso y muy fastidioso, tratado *á fondo* en todos sus pormenores.—Ya me guardaré yo de entrar en ellos, que ni lo comporta el plan de estas cartas, y yo conozco tambien á fondo el decálogo de la ley de nuestro sexo para con el vuestro, en cuyo primer mandamiento, en el cual se encierran casi todos los demás, dice la mujer al hombre «*no me fastidiarás*».—Acaso haya incurrido yo en este pecado en algunas de mis cartas, si no en todas, pero te juro en mi ánima y conciencia que habrá sido por error de la mente y contra toda mi voluntad, obedeciendo á algun poder más fuerte que ella.

Pero, ¿qué tiene que ver el poder de la voluntad, ni del hombre, ni de la mujer con el inmenso *poder de vida*, que ha depositado el Criador en las plantas, para reproducirse y multiplicarse?—La especie humana sólo tiene el seno de la mujer por foco y hogar de las nuevas existencias. En la planta, desde la raíz á la flor, del renuevo á la semilla, todo, por decirlo así, es *seno*. Ellas se reproducen de sus *simientes*, de *acodos*, de *estacas*, de *hojas*, de *ingertos*, es decir, *de todas las partes de su cuerpo*. Aunque no tan general, sólo Adan tuvo este privilegio en el *suyo;* pero parece que la *costilla* no es buena *cepa de hembras*, porque al pobre hombre no le fué bien con la suya, segun cuenta la historia y lo estamos pagando nosotros.

Yo quisiera, con perdon tuyo, preguntar al Supremo horticultor en qué pensó al elegir para gérmen y simiente de la mujer un hueso tan tenaz é insumiso como la costilla: aunque sería muy digno de ponerse ántes en platos limpios, si fué una de las *verdaderas*, como piensan algunos, ó de las *falsas*, como discurren otros, la que sirvió para la creacion de *ese tipo de todo lo bello*, y del cual dicen todos los inclinados á esa última opinion que la *falsedad* es tambien *típica*, si la *belleza* no es otra *falacia*.... ¡Deslenguados!.... que no saben sufrir y callar ó distraer sus cuitas ocupándose de *cosa ménos ingrata*, ó como voy á

hacerlo yo, de los medios y modos diversos de multiplicarse las plantas.

Hijas de la tierra, emblemas de amor y fecundidad, á la inversa de los amores humanos, amenudo tan estériles, sino funestos para la vida, las plantas derraman á manos llenas dó quiera, de cualquier modo y por cualquiera punto que se pongan en contacto con el *materno seno.* El hombre ama, y á veces su amor es un gérmen de muerte: sus más íntimas comunicaciones, sus más tiernas caricias suelen dar orígen al dolor y marchitar la existencia; las flores se tocan y salta de ellas la vida y el placer; se miran y al trueque de su mirada, místico himeneo, se aspiran en mútuo deleite sus fragantes esencias y confundiendo su ser en misterioso beso, se puebla de gérmenes su fecundo cáliz. ¡Dichosas flores!.... Pero veamos de cuántos modos se realizan estos misterios de su multiplicacion.

Ya te he dicho ántes que ellas se reproducen de *semilla*, de *acodo*, de *estaca*, de *ingerto:*—tratemos, pues, con separacion de cada uno de estos medios de multiplicacion.

### POR LAS SEMILLAS.

Este es el medio más natural, espontáneo en la planta, en cuanto no necesita del auxilio del hombre, sino de las leyes físicas de la materia, de las generales de la vegetacian, y de las providenciales de la naturaleza, que bastan para hacer caer por su gravedad la semilla al pié de la planta madre, donde ya con su propia sustancia, ó sean los despojos de sus hojas le ha preparado un fértil mantillo para su germinacion y el abrigo de su sombra para resguardar su débil infancia; pero entre todos los medios de reproduccion éste es, aunque más económico, por más fácil, el ménos provechoso al jardinero, pues al paso que las plantas nacidas de semilla son más tardías para florecer, conservan y *trasmiten ménos las cualidades y ventajas que el cultivo les ha dado, que las primitivas de su tipo silvestre*, volviendo, por decirlo así: atrás en la vía de su progreso hortícolo y jardinero, las flores *dobles* y que lo serían aún más, multiplicadas por los otros modos, suelen salir *sencillas;* y lo mismo que sucede con la flor, se observa en las otras partes del vegetal, cosa de importancia cuando estas partes son comestibles como en las hortalizas y legumbres.

Pero al fin, como en muchas plantas no hay otro medio de reproduccion, y tambien hay calidades primitivas que constituyen una belleza peculiar, miéntras que indudablemente las nacidas de *semilla viven más* que las *multiplicadas de acodo, estaca* é *ingerto*, y por ese medio se han obtenido todas las *variedades* conocidas y pueden obtenerse otras, tratemos de los

SEMILLEROS.

El *semillero*, aunque temporal, es una plantacion formal como cualquiera otra y tiene por tanto sus condiciones *especiales*.

La primera es que el *terreno* sea convenientemente dispuesto. Destinado para la *germinacion* de las semillas, esta circunstancia exige que sea muy mullido, sin piedras, ni cuerpo alguno duro ó impenetrable á las raicecillas y á la plúmula ú hojuelas en que se desarrolla el gérmen enterrado allí, cosas ámbas de indecible tenuidad y blandura al romper el huevo vegetal. Por lo mismo debe ser la tierra, salvos algunos casos, *delgada* ó ligera, y bien tamizada; muy *horizontal*, para que el riego (1) se reparta con igualdad y no arrastre las semillas, ni desordene su colocacion relativa; *no abonada*, para que no sea acaso más rica en jugos nutritivos que aquella á que se trasponga despues la planta, así porque las semillas y lo que ha de nacer de ellas, no necesitan mucha sustancia en la tierra, como porque debiendo experimentar la planta una transicion al cambiar de terreno, conviene más que sea ganando que perdiendo, como indudablemente perdería, si pasase de una tierra buena á otra mala ó mediocre.

La segunda condicion es que la semilla sea *bien escogida* y *sana:* la primera de estas calidades se obtiene no destinando para la reproduccion sino la simiente de la *flor primera* ó *más lozana* y *vigorosa* de la planta que se quiera multiplicar: con este fin suelen algunos horticultores no solo dar un cultivo más solícito en cuidados y abonos á la planta madre, sino cercenarle *desde que apuntan los botones* el mayor número de ellos, para que los pocos que les dejan, llamen á sí y empleen la mayor y mejor parte de sus jugos.—La segunda calidad se

(1) Véase la carta anterior.

averigua y acredita por medio de la inmersion de las semillas en agua: toda la que está *picada* ó *vana sobrenada* ó *flota;* las que se van *á fondo* están sanas.

La tercera condicion de todo semillero de esperanza es que, ora se haga la siembra en pequeños surcos ó rayas, ora en hoyuelos, ora en fin simplemente regado, *no queden las semillas á mayor profundidad de la que conviene, ni amontonadas, sino repartidas con igualdad y á distancias proporcionadas.* La regla en el particular pide que *miéntras más pequeña sea la semilla, más somera debe sembrarse;* en el concepto de que vale más pecar por defecto que por exceso. Para echarles la tierra con que se han de cubrir el mejor medio es un tamiz fino, lo mismo que para sembrarlas bien repartidas, mezclándolas en este caso con un poco de tierra bien seca y pulverizada, la cual interponiéndose entre ellas, las cierne con la conveniente separacion.

La cuarta condicion es *el mantener el semillero en un grado de moderada y constante humedad* por medio del riego que se hará con las debidas precauciones, para que las semillas conserven su posicion y no sean arrastradas del lugar en que se sembraron ó cayeron, principalmente, si han empezado ya á germinar.

La quinta condicion y tan necesaria, si no más que el terreno apropiado, la semilla sana y el riego conveniente, es *un buen abrigo contra el sol,* principalmente en las horas fuertes del dia. La multiplicacion natural de las plantas, que conserva las especies sin ayuda del hombre, contiene una buena leccion en esta parte: ella se verifica bajo la sombra que da al suelo la copa del árbol ó orbusto de que caen las semillas despues de la madurez del fruto.

La sexta condicion es la *época* en que se han de hacer los semilleros: en nuestro clima puede establecerse por regla general que las simientes grandes, de *hueso* ó *almendra,* desde el tamaño de un guisante para arriba, se han de sembrar *al principio de las aguas de la primavera;* y las que sean de menores dimensiones, *de fines de setiembre á principios de octubre;* pero unas y otras abrigadas del sol.

Este órden y sucesion de las condiciones de un semillero no establece entre ellas relacion de primacia y ventaja especial: todas se coad-

yuvan y son de conjunta conveniencia para el buen éxito de la germinacion y desarrollo de las plantas.

### MULTIPLICACION POR ACODO.

El principio en que descansa este medio de multiplicacion se deriva del hecho fisiológico de la *ascension de la sávia*, sangre de los vegetales, de la raíz á la extremidad de los ramos, *por el centro ó canal medular de las plantas*, y *de su descenso* de los ramos á la raíz *por la corteza*.

La práctica de este medio de multiplicacion, que en el país llaman *rama echada* ó *rama doblada*, pura industria del hombre, y que la naturaleza presenta rara vez, tiene por objeto el multiplicar ciertos vegetales que no se propagan *con sus calidades útiles* ó *agradables* por la vía de las *semillas*, ó que no las dan *fecundas*, y tambien aquellos que son muy tardíos para llegar á dar flores y frutos, cuando se les reproduce de simiente.

Toda la teoría de esta operacion del *acodo* consiste en determinar ú obligar por medio de la humedad, del calor, de una tierra apropiada, do incisiones y ligaduras al ramo doblado ó puesto en tierra, á echar raíces y á proporcionar así nuevos indivíduos *dotados de todas las calidades de la planta madre*, ó de la cepa de que proviene, sin separarle de ella hasta que pueda vivir por sí.

Como las condiciones de la tierra, del riego y de los abrigos son los mismos para los *acodos* que para los *semilleros*, nos referiremos en esta parte á lo que dejamos dicho acerca de estos, y nos limitaremos á describir las principales clases de acodos usados por los horticultores.

El acodo *más simple* de todos consiste en doblar una de las ramas más próximas al suelo, de manera que pueda entrar en una zanja hecha á su pié, ó en un cajon ó tiesto apropiado, cubrirla de tierra, y asegurado en ella con cualquier peso ó sujecion, volver á levantar la extremidad del ramo fuera de la superficie, dejándole solamente uno ó dos ojos ó yemas al descubierto.

Como el fin del acodo, segun se ha dicho, es forzar el ramo doblado á echar raíces y éstas las ha de producir *la sávia descendente*, para lograrlo en algunas plantas rebeldes, la razon hortícola dicta aislarle

en lo posible de la rama madre, y detener en ella el paso á la sávia descendente. A este fin se practican en la porcion enterrada varios géneros de *insiciones trasversales;* unas, superficiales, que no atacan sino la corteza; otras, más profundas, que penetran hasta la mitad del espesor de la rama y así se hacen acodos *por amputacion* y acodos *por incision.*

ACODOS POR AMPUTACION.

Llámanse así cuando á la rama doblada se le hace en la parte que toca á la tierra y en la mitad de la porcion que ha de quedar introducida en ella un *corte trasversal*, que se profundiza hasta la mitad de su espesor. Con el fin de impedir que vuelvan á reunirse los labios del corte y conseguir interceptar toda comunicacion á la *sávia descendente* entre la parte superior de la rama y la inferior, ora se le hace una *hienda longitudinal*, del corte hácia á la parte de la rama adherida á la mata, como de media á una pulgada de largo, que deja desprendida en forma de una *lengüeta* la parte inferior del corte, y se introduce en ella una pequeña astilla ó cuñita de madera, que separándola de la línea recta, abre los labios de la herida trasversal á una distancia que no puede salvar la sávia, y obligándola á detenerse en los bordes de la parte superior del corte, forma allí un reborde granulento de donde poco á poco empiezan á brotar las raíces; ora, en vez de la hienda longitudinal y del auxilio de la cuñita, se repite otro corte trasversal tres ó cuatro líneas más abajo de donde se dió el primero, y se arranca ó separa la porcion intermedia entre ambos cortes: el fin y resultado de ambas operaciones son los mismos. Con una lámina ó figura de cuatro rasgos te habria ahorrado la molestia de estas enfadosas y oscuras explicaciones y tú quedarías mejor orientada; pero esta imprenta no tiene litógrafo, porque no se lo pagan ni áun sus letras.

ACODOS POR INCISION ANULAR.

Esta se reduce á sacar á la rama echada en la porcion que se ha de introducir en tierra *un anillo de corteza* de una línea ó dos de ancho. El fin es el mismo de la *amputacion;* pero es más fácil y á mi juicio más eficaz, atendidas las leyes de la circulacion de la sávia. En lugar

de la incision se suele sustituir una *ligadura* fuerte con un alambre, que cortando anualmente la corteza de la rama, produce los mismos efectos que la *incision*.

Pero sea cual sea el método que se haya seguido, á los *tres meses*, por lo comun, está ya bien arraigado el acodo, y se separa de la planta madre, cortándole á tres ó seis pulgadas de la parte inferior de la rama, prévio exámen de si está ó nó bien arraigado, pues muchas veces suelen quedar fallidas las esperanzas mejor concebidas de su arraigo. Cortado que sea, se sembrará en el lugar que se le destine, con su cajon, si en esta clase de envase se hizo el acodo, y si en tiesto ó maceta, con los cuidados que se han recomendado en la carta relativa á los trasplantes.

### ESTACAS.

La *estaca es un acodo separado de la planta madre*. Este medio de multiplicacion, casi igual en poder al *semillero*, al cual suele reemplazar con ventaja en muchos casos, es de un uso cada dia más general. Esparcida la vida vegetal en todas las partes de las plantas, se obtienen estacas fecundas *hasta de simples hojas provistas de sus peciolos*.

### PREPARACION DE LAS ESTACAS.

Por un principio general se han de plantar las estacas *con el menor intervalo posible del corte á la siembra*, y jamás se debe invertir su posicion ó direccion natural, es decir, poner en tierra *la parte superior* de la rama y dejar fuera de tierra *la inferior*. Compendiando las reglas que debes observar, además de las dor anteriores, te diré prefieras siempre las estacas de *rama hecha*, esto es, *que tenga ya un año, cuyas hojas hayan caido naturalmente y cuyos ojos ó yemas estén bien hinchados*. Aunque de *simples retoños* se obtienen tambien buenas estacas, como despues verás, pero aquellas dan indivíduos más lozanos.

En cuanto al *tamaño ó longitud* de las estacas no se puede determinar con precision, porque unas especies las demandan mayores que otras; pero todas se deben arreglar *por el número de yemas que tengan;* en el concepto de que no deben quedar *ménos de tres ó cuatro en tierra y de dos fuera de ella, y que las estacas más largas son las mejo-*

*res;* aunque si no puedes conseguirlas con tantas yemas, siembra las que tengas, que *más vale ensalada que hambre* y yo he obtenido muchas plantas de estacas de que no pude enterrar sino *una sola yema.*

Aunque *cortadas por ambos extremos* se dan bien algunas estacas, se dan mejor si se les conserva intacta *la yema terminal;* y mejor todavía cuando queda adherida á la estaca una pequeña porcion de madera y la corteza del ramo sobre que había nacido la que vas á sembrar, como cuando forma con ella *horqueta*, que se procura dividir de un tiron, si es posible, y si no, cortándola con un poco de madera de la base y una *lengüeta de la corteza del ramo* de la parte inferior al punto de insercion, en que se abre ó bifurca la horqueta. La vista ocular ó una laminita sería mejor explicacion que toda esta palabrería.

Pero ora en el caso dicho, ora cuando la rama es *simple ó no bifurcada*, se procura limpiar bien el corte con una cuchilla bien afilada y limpia; si la rama es *sencilla*, en corte de *pluma de dientes*, y si arrancada con apéndice ó *talon* de otra rama, recortando bien todas las desgarraduras y astillas que saque, conservándole el reborde de la base y la lengüeta.

Si la planta de que has de arrancar las estacas fuese pobre de ramas, y quisieres libertarla del extrago que le ha de causar el dividirlas por las *horquetas* ó *crucetas*, hay un medio de conciliar las ventajas de las *estacas de talon* con la conservacion de la rama madre, y es hacer á la que piensas dedicar á estaca y con un año de anticipacion *una ligadura* ó *incision anular* una ó dos pulgadas más arriba del punto por donde has de cortarla despues: de esta manera se forma inmediatamente sobre la ligadura ó la incision un *reborde carnoso*, que aumenta las probabilidades del arraigo de la estaca.

Por último, tambien se dan con mucha facilidad las estacas de *simples retoños de la estacion*, cortándolos de la rama en que han brotado con un pedacito de su madera y corteza como las estacas de horqueta; pero siendo demasiado acuosos y tiernos estos retoños, necesitan más cuidados que las estacas de madera *hecha:* es preciso guarecerlos de las variaciones de temperatura, cubriéndolos con una campana ó vaso de vidrio, dentro de los cuales se les forma una atmósfera ménos variable que expuestos *al aire libre* y al sol desnudo.—La experiencia ha acre-

ditado que si el vidrio es de color *morado* el éxito de la estaca es más seguro.

Pero sea cual sea la clase de estaca que tengas ó prefieras, conviene mucho preservar la parte cortada, que se ha de enterrar, de los efectos funestos de la humedad y de los ácidos del terreno, y para esto usan con el mejor suceso algunos horticultores el *barnizar* con un pincel aquella *porcion cortada* con una disolucion algo consistente de *colodion*, ó simplemente de *goma arábiga, espolvoreándola despues con carbon vegetal bien pulverizado.*

Pero ya esto pasa de carta, amiga mia, y los quehaceres que me hicieron interrumpir esta correspondencia, en vez de amainar, se me han aumentado sin piedad. Cortarémos, pues, aquí esta reseña de los medios de multiplicacion de los vegetales, y pues sólo me falta hablar de los *ingertos*, y ellos por sí me darán materia para otra carta, me despido por hoy, repitiéndome como siempre

*tuyo.—M.*

*(Continuará.)*

# CRITICA DE LA IDEA DE SANCION.

La humanidad ha considerado casi siempre la ley moral y su sancion como inseparables; á los ojos de la mayor parte de los moralistas, el vicio trae como su consecuencia racional el dolor, la virtud constituye una especie de derecho á la felicidad. Así es que la idea de sancion ha parecido aquí una de las nociones primitivas y esenciales de toda moral. Es verdad que, segun los estóicos y los kantistas la sancion no sirve de ningun modo para fundar la ley; sin embargo, para Kant es su complemento necesario: el pensamiento de todo ser razonable une *a priori* la desgracia al vicio, la felicidad á la virtud por un juicio sintético. Es tal, para Kant, la fuerza y legitimidad de ese juicio que, si la sociedad humana se disolviese por su propio consentimiento, debería primero, ántes de la dispersion de sus miembros, ejecutar el último criminal encerrado en sus prisiones; debería liquidar esta especie de deuda del castigo, que le incumbe, y que incumbirá más tarde á Dios.

Hasta ciertos moralistas deterministas, que en suma niegan el mérito y el desmérito, parece, sin embargo, que ven una necesidad intelectual legítima en esta tendencia de la humanidad á considerar todo acto como seguido de una sancion. En fin, hay utilitarios como Mr. Sidgwick, que parecen admitir tambien no sé que lazo místico entre tal género de conducta y tal ó cual estado de la sensibilidad feliz ó desgraciado; el filósofo citado llega á creer que puede apelar, en nom-

bre del utilitarismo, á las penas y recompensas de la otra vida: la ley moral, sin una sancion definitiva, le parecería caer en una contradiccion fundamental.

Como la idea de sancion es uno de los principios de la moral humana, se encuentra tambien en el fondo de toda religion, cristiana, pagana ó budista. No hay religion que no admita una providencia, y ésta no es sino una especie de justicia distributiva que, despues de haber obrado incompletamente en este mundo, toma su desquite en otro; esta justicia distributiva es lo que los moralistas entienden por la sancion. Se puede decir que la religion consiste esencialmente en la creencia de que hay una sancion metafísicamente ligada á todo acto moral; en otros términos, que debe existir en el órden profundo de las cosas una proporcionalidad entre el estado bueno ó malo de la voluntad y el estado bueno ó malo de la sensibilidad. Sobre este punto parece, pues, que la religion y la moral coinciden, y que sus exigencias mútuas se conforman; más aún, que la moral se completa con la religion; la idea de justicia distributiva y de sancion, colocada habitualmente en el primer rango de nuestras nociones morales, llama en efecto naturalmente, bajo una ú otra forma, la de una justicia celeste.

Quisiéramos bosquejar aquí la crítica de esta importante idea de sancion, para purificarla de toda especie de alianza mística. ¿Es cierto que existe un lazo natural ó racional entre la *moralidad* del querer, y una *recompensa* ó una *pena* aplicadas á la *sensibilidad?* De otro modo, el *mérito* intrínseco tiene derecho á verse asociado á un goce; el *desmérito* á un dolor? Este es el problema, que se puede proponer tambien en forma de ejemplo, preguntando: ¿Existe alguna especie de razon (fuera de las consideraciones sociales) para que el mayor criminal reciba, á causa de su crímen, un simple alfilerazo, y el hombre virtuoso un *premio* por su virtud? El mismo agente moral, fuera de las cuestiones de utilidad ó de higiene moral, tiene con respecto á sí el deber de castigar por *castigar* ó de recompensar, por *recompensar?*

Quisiéramos demostrar cuán condenable es moralmente la idea que se forman de la sancion la moral y la religion vulgar. Desde el punto de vista social, la sancion verdaderamente racional de una ley no podria ser sino una *defensa* de ella, y esta defensa, inútil con res-

pecto á todo acto pasado, verémos que alcanza únicamente al porvenir. Desde el punto de vista moral, *sancion* parece significar sencillamente, segun la misma etimología, *consagracion*, *santificacion*; ahora bien, si, para los que admiten una ley moral, el carácter santo y *sagrado* de la ley es lo que le da verdaderamente fuerza de ley, debe implicar, segun la idea que nos formamos hoy de la santidad y de la divinidad ideal, una especie de renuncia, de supremo desinterés; miéntras más sagrada es una ley, más desarmada debe estar, de tal modo que, en lo absoluto y fuera de las conveniencias sociales, la verdadera sancion parece que debe ser la completa *impunidad* del hecho consumado. Así verémos que toda justicia propiamente *penal* es injusta; más aún, toda justicia *distributiva* tiene un carácter exclusivamente social y no puede justificarse sino desde el punto de vista de la sociedad: de una manera general, lo que llamamos *justicia* es una nocion completamente humana y relativa: la *caridad* solamente ó la *compasion* (sin el significado pesimista que le atribuye Schopenhauer) es una idea verdaderamente universal, que nada puede limitar y que presenta á nuestro espíritu, con razon ó sin ella, un carácter absoluto.

## I.

### SANCION NATURAL.

Los moralistas clásicos acostumbran ver en la sancion natural una idea del mismo órden que la de la expiacion: segun ellos, la naturaleza comienza lo que la conciencia humana y Dios deben continuar; todo el que viola las leyes naturales se encuentra, pues, castigado ya de una manera que anuncia y prepara, si damos crédito á esos filósofos, el castigo que resulta de las leyes morales.

Segun nuestra manera de ver, nada es más inexacto que esta concepcion. La naturaleza no castiga á nadie, ni tiene que castigar á nadie; por la razon de que no hay verdadero culpable contra ella: una

ley natural no puede ser violada, ó deja de ser una ley natural; la pretensa *violacion* de una ley de la naturaleza no es nunca sino una *verificacion*, una demostracion visible de ella. La naturaleza es un gran mecanismo que funciona siempre, y que la voluntad del indivíduo no es capaz de detener ni un sólo instante: tritura tranquilamente al que cae en sus engranajes; ser ó no ser, no conoce otro castigo ni otra recompensa. Si uno pretende violar la ley de la pesantez, inclinándose demasiado por encima de la torre de Saint Jacques, muy pronto tendrá que ofrecer la verificacion sensible de la ley, cayendo de cabeza contra el suelo. Si pretendemos, como cierto personaje de un novelista moderno, detener una locomotora á todo vapor, presentándole una lanza de hierro, se experimentará á expensas propias la inferioridad de la fuerza humana con respecto á la del vapor. Así mismo la indigestion de un gloton ó la embriaguez de un bebedor no tienen, en la naturaleza, ninguna especie de carácter moral ni penal; permiten sencillamente al paciente calcular la fuerza de resistencia que pueden ofrecer su estómago ó su cerebro á la influencia perniciosa de tal masa de alimentos ó de tal cantidad de alcohol; no es tampoco sino una ecuacion matemática que se plantea, más complicada esta vez, y que sirve para verificar los teoremas generales de la higiene y de la fisiología. Por otra parte esta fuerza de resistencia de un estómago ó de un cerebro variará mucho segun los individuos; nuestro bebedor aprenderá que no puede beber como Sócrates, y nuestro gloton advertirá que no tiene el estómago del emperador Maximino. Notemos que nunca las *consecuencias naturales* de un acto están ligadas á la *intencion* que lo ha dictado; si uno se arroja al agua sin saber nadar, sea por abnegacion ó sencillamente por desesperacion, se ahoga con igual presteza. El que tenga un buen estómago y no esté predispuesto á la gota, podrá casi impunemente comer con exceso; por el contrario, el dispéptico estará condenado á sufrir sin cesar el suplicio de la inanicion relativa. Otro ejemplo: cedemos á un exceso de intemperancia, esperamos con inquietud la «sancion de la naturaleza;» algunas gotas de tintura medicinal la conjuran, cambiando los términos de la ecuacion que se plantea en nuestro organismo. La justicia de las cosas, por tanto, es á la vez absolutamente imposible desde el punto de vista matemático, y abso-

lutamente corruptible desde el punto de vista moral. Mejor dicho, las leyes de la naturaleza, como tales, son inmorales, ó si se quiere a-morales, precisamente porque son necesarias; son tanto ménos *santas* y *sagradas*, tienen tanto ménos una *sancion* verdadera, cuanto son de hecho más inviolables. El hombre no ve en ellas sino una traba movediza que trata de alejar. Todas sus audacias contra la naturaleza no son sino experiencias felices ó desgraciadas, y el resultado de ellas tiene un valor científico, y de ningun modo moral.

Sin embargo, se ha tratado de mantener la sancion natural, estableciendo una especie de armonía secreta, descubierta por la estética, entre la marcha de la naturaleza y la de la voluntad moral. La moralidad comunicaría necesariamente á los que la poseen una superioridad en el órden mismo de la naturaleza. «La experiencia, dice M. Renouvier, comprueba una dependencia tal entre el bien moral y el bien físico, entre lo bello ó lo feo expresados materialmente y lo bello ó lo feo en el órden de las pasiones y de las ideas, y se ve tambien que los órganos se modifican, se modelan segun sus funciones habituales, que no es dudoso que la vida humana prolongada, *si pudiera serlo bastante*, y el abandono cada vez más instintivo de ciertos hombres á todos los vicios, y la dominacion adquirida por ciertos otros, ó sus facultades dirigidas al bien, no nos mostrasen á la larga, por una parte mónstruos, hombres verdaderos por otra (*Science de la Morale*, *I*, 289).» Notemos desde luego que esta ley de armonía entre la naturaleza y la moralidad, que se esfuerza por establecer Mr. Renouvier, es válida ántes para la especie que para la vida individual, ni aún prolongada: se necesita una série de generaciones y de modificaciones específicas para que una cualidad moral se exprese por una cualidad física, y un defecto por una fealdad. Además Mr. Renouvier parece confundir completamente la *inmoralidad* con lo que se puede llamar la *bestialidad*, es decir el abandono absoluto á los instintos groseros, la ausencia de toda idea elevada, de todo razonamiento sutil. La inmoralidad no es necesariamente así; puede coincidir con el refinamiento del espíritu, puede no abatir la inteligencia; ahora bien, lo que se expresa en los órganos del cuerpo es más bien la depresion de la inteligencia que la desviacion de la voluntad. No nos representamos una Cleopatra ni un Don

Juan, como debiendo necesariamente dejar de ofrecer el tipo de la belleza física, áun cuando se prolongase su existencia. Los instintos de cólera, violencia y venganza que encontramos en los italianos del sur no han alterado en nada la extraordinaria belleza de su raza. Por otra parte muchos tipos de conducta que nos parecen vicios, en el estado social avanzado en que nos encontramos, son virtudes en el estado natural; no puede, pues, salir de ellos ninguna fealdad verdaderamente chocante, ninguna alteracion señalada del tipo humano, al contrario, las cualidades y á veces las virtudes de la civilizacion, si se las llevase al exceso producirían fácilmente monstruosidades físicas. Ya vemos cuán frágil es la base sobre la que se apoya M. Renouvier, cuando trata de inducir la sancion moral y religiosa de la sancion natural. «Es lícito ver en la remuneracion futura una prolongacion natural de la série de los fenómenos que, desde ahora, ponen las condiciones fundamentales y áun las condiciones físicas de la felicidad bajo la dependencia de la moralidad (*Ibid*, 290)».

## II.

### SANCION MORAL Y JUSTICIA DISTRIBUTIVA.

Bentham, Mill, Maudsley, Fouillée, Lombroso han combatido ya la idea de castigo moral, han querido quitar á la pena todo carácter expiatorio y la han convertido en un simple medio social de represion y reparacion; pero para llegar á esto se han apoyado generalmente en las doctrinas deterministas, todavía discutidas hoy; así M. Janet, en nombre del espiritualismo clásico, ha creido que debía mantener á pesar de todo, en su última obra, el principio de la expiacion reparadoradora-crímenes libremente cometidos. «El castigo, dice, no debe ser solamente una *amenaza* que asegura la ejecucion de la ley, sino una *reparacion* ó una *expiacion* que corrija su violacion. El *órden* turbado por

na voluntad rebelde es *restablecido* por el padecimiento, consecuencia de la falta cometida. (*Traité de Philosophie*, p. 707).» (1)

«La ley moral es la que sobre todo, dice á su vez M. Marion, necesita de sancion.... No es una ley *severa* y *santa* sino con la condicion de que el castigo esté adscrito á su violacion, y la felicidad al cuidado que se toma cada cual de observarla. (*Leçons de Morale*, p. 157»).

Creemos que esta doctrina de la remuneracion sensible, sobre todo lo de la expiacion, es insostenible, desde cualquier punto de vista en que uno se coloque, y áun suponiendo que la ley moral se dirija imperiosamente á seres dotados de libertad. Es una doctrina materialista opuesta mal á propósito al pretenso materialismo de sus adversarios.

Busquemos, fuera de toda preocupacion, de toda idea preconcebida, qué razon *moral* habría para que un sér *moralmente* malo recibiera un padecimiento *sensible*, y un sér bueno un exceso de gozo; verémos que no hay razon para ello, y que en lugar de encontrarnos en presencia de una proposicion evidente *a priori*, estamos ante una induccion groseramente empírica y física, sacada de los principios del *talion* ó del *interés* bien entendido. Esta induccion se disfraza bajo tres nociones que se pretenden racionales: 1ª la de *mérito;* 2ª la de *órden;* 3ª la de *justicia distributiva.*

1.—En la teoría clásica del mérito, la frase: *Yo he desmerecido*, que primero expresaba sencillamente el valor intrínseco del querer, toma el sentido siguiente: «Yo he merecido un castigo,» y expresa además una relacion de dentro á fuera. Este tránsito brusco de lo moral á lo

(1) «La primera ley del órden, había dicho V. Cousin, es permanecer fiel á la virtud; si se falta, la segunda ley del órden es expiar su falta mediante el castigo..... En la inteligencia á la idea de injusticia corresponde la de pena.» Dos de los filósofos que han protestado más en Francia contra la doctrina segun la cual las leyes sociales han de ser *expiatrices* y no simplemente *defensivas*, Franck y Renouvier, parecen admitir, sin embargo, como evidente el principio de una remuneracion adscrita á la ley moral. «No se trata de saber, dice M. Franck, si el mal *merece* ser *castigado*, porque esta proposicion es *evidente* por sí misma (*Philos. du droit pénal*, p. 79).» «Sería ir contra la naturaleza de las cosas, dice tambien M. Renouvier, exigir de la *virtud* que no *esperase remuneracion* (*Science de la Morale*, p. 286)». M. Caro va más léjos, y en dos capítulos de los *Problêmes de morale sociale* se esfuerza, apoyándose en M. de Broglie, por mantener á la vez el derecho moral y el derecho social de *castigar* los culpables.

sensible, de las partes profundas de nuestro sér á las partes superficiales, nos parece injustificable. En la hipótesis del libre arbitrio lo es aún más que en las otras. En efecto, segun ésta, las diversas facultades del hombre no están verdaderamente ligadas, ni determinadas unas por otras: la voluntad no es el puro producto de la inteligencia, que ha salido á su vez de la sensibilidad; la sensibilidad no es tampoco el verdadero centro del sér, y se hace difícil comprender como puede responder por la voluntad. Si ésta ha querido libremente el mal, no es culpa de la sensibilidad, que no ha representado el papel de causa, sino el de móvil. Añadamos el mal sensible del castigo al mal moral de la falta, so pretexto de expiacion, y habrémos duplicado la suma de los males, sin reparar nada: seríamos como un médico de Molière que, llamado para curar un brazo enfermo, cortara el otro al paciente. Sin las razones de defensa social, el castigo sería tan censurable como el crímen, y la prision no valdría más que los que la habitan en ella; digamos más, los legisladores y los jueces, al herir á los culpados de propósito deliberado, se harían sus iguales. Es imposible ver en la sancion expiatriz nada que se asemeje á una consecuencia racional de la falta; haciendo abstraccion de la utilidad, es una simple secuencia mecánica, ó, por decir mejor una repeticion material, una copia cuyo modelo es la falta.

M. GUYAU.

Continúa.

# MISCELANEA.

## CARTAS SOBRE EL CUIDADO DE LAS FLORES.

La Revista de Cuba, consecuente con sus propósitos y deseosa siempre de rendir su tributo de respeto y gratitud á cuantos han contribuido en cualquier tiempo á la cultura pátria, empieza hoy la reproduccion de una obra tan notable como poco conocida; la que lleva el título del epígrafe. Fué su autor uno de los escritores más notables del período que ilustraron en Cuba los Saco, la Luz, Pozos Dulces, Betancourt Cisneros, Sagarra, etc., amigo de todos ellos y colaborador asíduo en la obra de nuestros progresos intelectuales; su nombre, don Manuel de Monteverde. Natural de Santo Domingo, vino niño á Cuba, en la época de aquella notable inmigracion á que debemos familias tan beneméritas como los Delmonte, Bernal, Sterling, Pichardo, Arredondo y tantas otras. Adquirió extraordinaria y variadísima cultura, siendo á la par naturalista y literato distinguido; profesó con acierto y probidad suma la abogacía, fué en sus últimos años periodista, y desde su más tierna edad escritor notable por la abundancia de su estilo, no muy correcto á veces, pero siempre vigoroso, rico y lleno de frescura y colorido. Nuestros lectores podrán juzgar de la exactitud de este juicio, por la obra que hoy les ofrecemos, escrita en edad provecta con todo el calor y la fantasía de un mancebo. Vivió y murió Monteverde en Puerto Príncipe, que debe eterna gratitud á su memoria. Sus últimos años fueron tristes y borrascosos; pues apegado con rigidez á sus principios políticos—que no eran los de la generalidad de sus convecinos—tuvo que vivir en grande aislamiento, viendo derruirse en torno suyo el edificio, á cuya sombra habia pensado reposar en la ancianidad. Monteverde, en épocas tranquilas, hubiera sido un liberal-conservador; moderado por temperamento, doctrinario por principios, amaba, sin embargo, la libertad, y la hubiera servido con lealtad y conviccion. Pero lo envolvió ya muy anciano el torbellino de la revolucion, y se espantó de sus estragos, por lo que retrocedió casi hasta

el reaccionarismo. Nada hay en esto que aminore su valor cívico; Cuba le debe mucho, y nosotros, tan distantes de apreciar como él los problemas políticos y sociales de nuestra pátria, nos complacemos en tributarle aquí el homenaje de respeto que merece su honrada memoria.

### DESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO.

Segun leemos en una revista semanal ilustrada, cerca de Francfort, sobre el Oder, en la comarca de la Lusacia, un campesino hizo meses atrás un hallazgo, que trae algo preocupado y dividido el mundo arqueológico. Una mañana, al levantar la reja de su arado, vió caer un objeto. Acercóse á él, le recogió, examinóle, y al punto reconoció la forma de un pez brillante, con algunos dibujos é inscripciones. Llevóle á la ciudad, hízole examinar por un perito inteligente, y se vió que el tal objeto era, en efecto, un pez de oro, pero de una rareza tal, que muchos le aconsejaron que ántes de venderle ó hacerle fundir, lo presentase á alguna corporacion científica. Hízolo así, y el Museo arqueológico de Berlin le dió por él, y en moneda sonante y contante, 6,000 marcos. La historia no dice si el campesino de Lusacia diría lo que fray Luis de Leon:

«Si me holgué con el hallazgo,
no hay para qué decirlo;»

pero sí que el tal pez ha venido á provocar sérios conflictos de opiniones entre los arqueólogos; pero poniéndose todos de acuerdo en cuanto á su procedencia probable. ¿Cómo podia hallarse allí un objeto producto de una civilizacion que data de muchos siglos? ¿A qué época pertenecia? Y en fin, ¿por qué vía habria llegado allí? *Ecco il problema.* De un objeto, á veces romancesco, esclarécese á veces un hecho histórico. De la idea de un pez, por asociacion nos viene la del mar. El objeto no admite duda: es griego, y es un pez que mide 40 centímetros de largo, y en cuya cabeza, cuerpo y cola presenta una série de dibujos que representan escenas de caza, y en las cuales se ven figuras alegóricas de tigres, ciervos, pájaros, etc. Despues de varias discusiones, ha surgido la idea de que el tal pez no podía proceder sino de las comarcas griegas situadas en los bordes del Ponto Euxino, hoy Mar Negro. Tras del caldero vá la soga, y la cabra tira siempre al monte. Por consiguiente, una idea vá tras de otra. Y de ahí el que de ese hallazgo del campesino del Oder sea una especie de *Mascota* para dar á la luz una nueva opinion, que tambien hay mascotas, vulgo Providencia, para los sabios. Hasta ahora no habian existido más que simples hipótesis científicas sobre la existencia en tiempos remotísimos de una gran vía de comunicacion, una inmensa ruta entre los bordes del Mar Negro (antíguo Ponto Euxino) y los mares bálticos, al través de los valles del Dnieper, del Vístula y del Oder. El pez de oro, unido á otros hallazgos arqueológicos anteriores, parecen confirmar esta hipótesis.

---

Habana, 31 de Julio de 1883.

*Director propietario:* Dr. José Antonio Cortina.

# DESFIGURACION

**á que está expuesto el idioma castellano al contacto y mezcla de las razas.** (1)

---

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

El Dr. Hugo Schuchardt, de la Academia Imperial, se dirige desde Austria á esta Corporacion, pidiéndole datos para sus trabajos lingüísticos, en carta de 15 de Noviembre (de Graz) 1882; concluye así: «Repito finalmente que en primer lugar me importa conocer las desfiguraciones á que está expuesto, con la gente de color, el más hermoso idioma del mundo».

Al darse cuenta en la junta ordinaria del mes de Febrero próximo pasado, nos instruyó el Secretario, que se habian dado las referencias pedidas á Santo Domingo y Puerto-Rico, y fuí nombrado para que informase sobre el particular, ó sea para que procurase satisfacer en primer lugar, al ilustrado académico aleman: la designacion del Sr. Presidente no tuvo otro fundamento que el haber leido un artículo mío, en el *Almendares*, titulado: «¿Cómo los proverbios y cantares de los pueblos expresan su antiguo modo de ser?» En ese trabajo no me ocupé pre-

---

(1) Leido en la SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA de la Habana.

cisamente de las modificaciones del idioma, de las torturas y descomposicion que sufre entre unas bocas poco educadas, de que resultan corrupciones de recomposicion característica.

Si estuviera en nuestras manos reunir las canciones y los proverbios de nuestros negros, tendríamos que llegar á los mismos resultados. Para nadie es más exacto que el trabajo está impuesto como pena, por la Providencia: es más que un dogma, es un hecho para el negro. Era á los ojos del esclavo una idea terrible la que perseguía aún entre sueños el *chasquido del látigo*. El trabajo si podia perder su pesadumbre para el espíritu del negro era cuando olvidaba su esclavitud. «Quién fuera *blanco*, (es decir libre) aunque fuera catalan, (es decir aunque fuera él *blanco* más trabajador). El honrado y más laborioso, blanco, que trabajaba sin cesar: el industrioso catalan, era el tipo más infeliz para el esclavo, *porque trabajaba;* y sin embargo, como era libre se elevaba á sus ojos como objeto de envidia.

«El negro es la carne, y el blanco el cuchillo:» refran muy favorito del esclavo, y lo son otros por el mismo estilo. El contacto de las razas tiene que hacer que la distinta actividad de productos diferentes influyan en las ideas como en las palabras. En las diversas tribus de que se trasladaron negros á Cuba, se conservaron siempre diversas aptitudes para aprender nuestra lengua y asimilarse á las nuevas costumbres; desde el antropófago carabalí, el mahometano mandinga, el idólatra mina, el robusto gangá y el ligero y alegre y comunicativo congo tenía que enumerarse una série de aptitudes muy determinadas: esto tuvo que influir en la mayor ó menor propiedad con que aprendian la lengua; nadie se los enseñaba por otra parte. El P. Duque de Estrada lo manifiesta en sus obras catequísticas: «Por lo que mira á la pronunciacion todo lo pronuncian si el catequista los mira con lástima» y da consejo para que no enseñen al negro «á decir disparates.—Explicacion de la Doctrina cristiana, página 6».

La mayor parte de los negros conservan los cantares de su tierra, con los aires y lenguas respectivas: pero los congos por lo comun se unían á los criollos y *la letra* de sus *tangos* en las fiestas de campo, cuando se regocijaban los domingos, era en el castellano que hablaban. Cuando los amos asistian á sus fiestas era un medio de hacerles sú-

plicas y pedirles justicia. Si el mayoral era malo, los *cantores* hacian acompañar á los ecos de sus tambores palabras significativas: «mayorá como gente»—«mayorá so malo» etc.

Pero es singular que las modificaciones de la lengua, al aceptarla el negro, no fuesen las mismas para el bozal ó africano que para sus descendientes, y que estos introdujesen otras sobre las que la gente ménos culta, especialmente de las provincias de fuera de Cuba ya habian generalizado. El negro bozal hablaba el castellano de un modo tan distinto al que sus hijos usaban, que no hay oido cubano que pudiesen confundirlos. No era sólo la expresion trastornada, sino aun la inflexion *el dejo* especial de cada interlocutor: á oscuras, con los ojos cerrados, de cualesquiera modo podria conocerse á ese negro y si era bozal ladino ó criollo. Difícilmente podria explicarse por qué el bozal empleaba la *o* y la *u* supliendo otras vocales; más difícil sería dar una razon de que el criollo, tras la aspiracion de la *h* pronunciada como los andaluces y los isleños del pueblo, sustituian la *i* á la *l* en los artículos y las combinaciones finales de las palabras.

Algunos escritores del país, no con objeto filológico sino en agradables burlas, imitaron su lenguaje corrompido en poesías populares, como lo hicieran los españoles en sus piezas dramáticas que reflejaban las costumbres, y los portugueses que antes llenaron de negros á Lisboa. En las piezas dramáticas de Lope de Rueda, aparecen criados negros y áun dueñas, cuyas frases se parecen mucho á las de sus semejantes que hemos conocido en Cuba: la criada Eulalia en la EUFEMIA; la dueña Guiomar de *Los Engaños* estropean la lengua con las mismas mudanzas de letras que en los siglos siguientes en América los indivíduos de su raza. No en valde *Grim*, creyó poder estudiar las *Leyes* de esas variaciones de las lenguas, reglas que han aceptado los gramáticos históricos ingleses. Si se han copiado con fidelidad las escenas aludidas, se vé que los negros en España á la *h* la convertian en *f*: de haciendo decian *faciendo*, y esto me parece que venía de Portugal, pues fueron los importadores portugueses, que hacen lo mismo y han dado orígen á *fetizo* en vez de hechizo ó sortilegio. Palabra mal tratada por los extranjeros que se ha transformado en *fetiche*. El español en boca de la Giomar de Rueda, se hablaba así: «Ay Siñor Jesucristo!

¿qué faciendas me lo pides?» contesta á una pregunta.—«Primero por las mañanas ¿no barremos la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?»—Sigue el diálogo en que repite ese despues transformado en *enapué* muchas veces. Repárese que lo mismo ha sucedido para el africano ladino en Cuba. Ha suprimido las *es* finales; ha convertido á la *h* de los portugueses en *f*, como aquí la *j* de los andaluces; ha suprimido y maltratado la palabra despues; y la *l* de platos se vuelve *r*.

En otro lugar dice la negra que vivió en Portugal, donde tuvo un hijo que estaba en Puerto-Rico: y es el caso que agrega en otra parte: «que vosamerced *pare ventana*, que queremo hablar con eya.—¿Que me pare á la ventana?».. Vése, pues, que allí como aquí *pararse* era *ponerse de pié*.

Como los negros se multiplicaron en Cuba más de lo conveniente á la isla, los criollos tuvieron que hablar algo mejor que sus padres, y así el dialecto de los unos llega á diferir como se ha indicado. ¿Hasta dónde se separan del castellano esas corrupciones que expresan los antecedentes de los interlocutores? La poesía popular á que antes hice alusion, nos proporciona los medios de su demostracion.

Varios escritores han empleado en sus horas de buen humor el lenguaje de los bozales ladinos y el de los criollos negros: se hizo una vez en un diálago y se nos facilita el ejemplar que necesitamos. En Matanzas se publicó el diálogo de donde copiamos los ejemplos y aunque se dijo que era parte de un libro que debia imprimirse por *una musa juguetona*, no ha llegado á mi noticia esa publicacion.

CRIOLLO.

«Venga uté á tomai seivesa
Y búquese un compañero,
Que hoy se me sobra ei dinero
En medio de la grandesa.
Dió mirando mi probesa
Me ha dado una lotería

Y en mi radiante alegría
Me ha convertido en poeta;
Y aquí está mi papeleta, (1)
Que no he cobrao entuavía.»

AFRICANO.

«Ah! si oté no lo cubrá,
Si oté tovía no fué,
¿Pa que buca que bebé?
¿Con qué oté lo va pagá?
Cuando oté lo cubra, anjá.
Antonsi ma qui ti muere
Bebe oté como oté quiere,
Come oté como dan gana,
Y durmí oté una semana
Ma que lan tempo si piere.»

No es posible confundir un lenguaje con el otro: la supresion de letras, la conversion de otras, no es peculiar de todo negro: la *i* final por la *l*, propiedad del criollo, es lo esencial que le toca; la *o* por la *u* en combinacion al principio de la palabra y el trastorno de los pronombres y los sexos en ellos, predominan en el africano. Por lo demás, tiene que confesarse que una gran parte de sus alteraciones las inicia la generalidad de la gente del pueblo, con especialidad la del campo. Fueron andaluces los más de los pobladores, y siguiéronles los isleños, los catalanes y otros malos hablistas, que dejaron huellas, que van desapareciendo, aunque no tanto como debia esperarse, en las clases más desatendidas. Hubo aquí en la Habana un escritor poco escrupuloso en ciertas cosas públicas y privadas, pero que sería una injusticia grande negarle talento y travesura: publicó un periódico de funesto recuerdo, el que tituló *El Tio Bartolo*. Era un isleño huevero el que

(1) Las personas pobres compran cédulas de lotería en sociedades de especuladores y valen una fraccion de los billetes de la del Estado.

personificado un vendedor de huevos, cuyo tipo ya no existe. En el diálogo que entablaba todas las mañanas con un cura, empleaba el lenguaje en que los isleños de la época *traducian* el castellano: voy á poner una muestra que servirá para comparar con el idioma mismo mal traido por la gente de color.

Copio del número 18 (1820). Debo advertir que no tiene fecha en el encabezamiento, sino el año al fin.

«Lo uno que me jallé un tocallo en el espital de los soldaos que es señó Bartolo Espárrago, y me voy á jacer su camaráa por la majomia de indilgar, y lo voy á engatusar con pollitos y güevitos pa que me cuente las cosas que jacen dentro de esa casa, en que diz que es contaor, porque me han asegurao que allí hay muchas cosas que jablar, ya me ijo que es Ispetor un señó Amaor García, mayordomo un señó Fulano Viaje, y yo como quien no quié la cosa voy á sonsacarle del buche cuanto puea».

La lengua castellana se ha modificado mucho entre los diferentes climas y lugares porque ha pasado y en que se ha vulgarizado: la América educada ha cultivado con cariño su estudio, y no se escribe hoy mejor en Castilla que en Carácas y en Colombia por ejemplo. Los elementos de color ó las razas le han sido contrarias, y á tal punto que el ilustrado filológo aleman que ha dado ocasion á este escrito lo crée objeto de estudio respecto de los negros. Empero si él desea conocer hasta qué punto puede trastornarse la hermosa lengua trasplantada á América, debe fijar su atencion en el dialecto que se ha formado en Curazao con el nombre de *papiamento*, en el que se han publicado periódicos.

Me propuse reunir todas las excentricidades, los provincialismos y neologismos americanos, y empecé por escribir la historia de la lengua entre los hombres cultos, reservándome escribir ó no sobre sus alteraciones para más adelante. La lengua que se habla en Curazao es el extremo á que puede llegar la corrupcion del castellano: este es mi juicio, y creo que será el de los que hayan leido algo sobre el particular, que serán los ménos, pues en mi dilatada vida, ni oí hablar del *papiamento*, ni hubiera conocido su existencia á no haber salido de Cuba.

Tengo á la vista el número 23 de un periódico que se publicaba en 1873 en *Curazao:* voy á copiar su encabezamiento y las condiciones de la publicacion, lo que será bastante para mi prueba.

CIVILISADO

COURANTE DI PUEBLO.

*Órden.—Trabaw.—Instruccion.—Progreso.*

«Prys di e courant aki ta f. 8.—Na anja-Pa seis loena f 4.—Pa trees loena f. 2.—Oen noember sota koosta djeseis cens.

«Meeste paga trees loena adelantá.

«Prys de anuncio ta djees cens para kada regel; ma pa di doas i di trees ponementoe sienko i cens. Djasabra atardi».

«Artikelnan mandá pa pone adeen mees te ta entregá nakoe. Editor prome loe Djara soon.

«Prys de artikelnan koe no poor ta pone por nada, ta segoen convenio.

«Pa letter grandi i figura ta paga segoen loega koe nan ta toema.

«No ta deboolve ningoen manuscrito, ni di artikulei koe no á bini deen courant: lo kima é últimonan aï».

Hay una nueva Liorna en América, que es *Corsow* (Curazao) en que se reproduce la lengua franca de la Edad Media, en la que si predomina el español, tambien entran voces de todas las naciones. El artículo de fondo del citado periódico está en *papiamento*, y siguen las noticias en la misma forma. En los comunicados se imprime «el Genio de la America.» Versos en castellano, en otros idiomas y anuncios que reproducen la confusion de las lenguas de Babel.

Como la base del lenguaje de Curazao es el castellano, son más las palabras que ofrecen corrompidas en este idioma, puesto se encuentran de otros orígenes como en el antiguo idioma *franco*, en que domina

el italiano, que monopolizaba el comercio del Oriente en el Mediterráneo.

Finalizo, pues, pidiendo á la Sociedad que me conceda su indulgencia por este ensayo, por si no he acertado en corresponder á su esperanza en mi criterio.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

# MI VUELTA A CUBA.

**Leida por el Sr. D. Nicolás Azcárate en el Nuevo Liceo de la Habana.**

Al fin te vuelvo á ver ¡oh Cuba mia!
Y respiro los aires perfumados
Que tu floresta virginal me envía.
Veloz la nave corre;
Y á ver alcanzan ávidos mis ojos
La cumbre, el templo, la distante torre.
Tras gigante atalaya,
El puerto miro ya, y oigo las olas,
Con estruendo, rompiéndose en la playa.
Prende en el fondo el ancla corva punta;
Y al rápido rodar de la cadena,
Mi corazon palpita y me estremezco:
Esa barca que viene, presurosa,
Conduce á mi familia. El tierno grupo
En la popa, bellísimo resalta:
El viento los impele y presto llegan:
Este me besa, aquel me abraza.... alegre,
Un mísero africano

Me tiende ansioso la callosa mano....
¡Y mi Tula gentil, fruto primero
De un amor acendrado, tiembla y gime,
Convulsiva solloza,
Y al corazon estática me oprime!
¡Oh Cuba! vuelvo á tí sumido en llanto,
Y como tú infeliz. Soñé contigo,
Al ir de pueblo en pueblo, moribundo,
Por los senderos ásperos del mundo,
Sin dulce hogar, ni verdadero amigo.
Con su garra el pesar marcó mi frente,
Mas nunca te olvidé. Soy el poeta
Que, inspirado, canté, con tierna lira,
De tu raza aborígene la historia:
El dulce amor de tus beldades castas,
Y al fuerte campesino, que domeña,
Entre las zarzas y la inculta breña,
Al bravo toro, de tremendas astas.
El que admiré de humilde ribereña
El sencillo cendal, la simple toca,
El palpitar del pudoroso seno,
La blanda risa de la vírgen boca.
El que he pintado al indomable potro
De crin copiosa y casco reluciente.
Al fiero can que el cazador azuza,
Y al jabalí que, con rencor aguza
El doble filo de acerado diente.
Todo lo reconozco: desde el monte
Que á las nubes, magnífico se encumbra,
Coronado de cedros, al arroyo
Que, susurrando armónico, se pierde
En el confin de la alameda verde.
En el misterio de tus noches tristes,
Aún mi espíritu flota, aquí suspira,
En estas aguas, con la tibia luna,

Que pálida argentea,
O va con el relámpago de fuego,
Que en medio del espacio centellea.
Van aquí mis recuerdos adorados,
Prendidos de la flor de las naranjas,
O en el limon, silvestre y oloroso,
Que tiñe el sol con amarillas franjas.
Siento sombras amigas,
Que pasan, silenciosas por las selvas,
Moviendo lentamente las espigas;
Y más allá, paréceme que miro,
Bajo la arcada del hermoso templo,
A mi esposa, temblando de alegría,
Como en el bello dia
De sus bodas; mas cámbiase la escena,
Y oigo elevarse cantos funerales,
Y convertirse, en lúgubres blandones,
Las antorchas nupciales.

Aquí se acerca el coro de poetas
Amigos de mi infancia. Este á Polonia
Entona un himno, con ardiente saña:
Ese llora á Fidelia, al dulce rayo
De triste luna, que su losa baña;
Aquel corona á Marta: en la colina
En la playa, en el mar, en el otero,
Vive y palpita mi pasado entero.
El ave sola, que un gemido exhala,
Tiernísima memoria en mí despierta
Al sacudir el ala;
El céfiro, que cruza en vagos giros,
Me dice en grato idioma, que otras veces
Recogió, susurrando, mis suspiros;
El rumor de los sauces, que se agitan
Por saludarme, al retornar á Cuba,
Mil séres adorados resucitan.

Llega entre ellos mi madre, y cariñosa
Me reconoce y besa con ternura;
Y á pesar de su pálido semblante,
Su débil voz, su marcha vacilante,
Está llena de amor y de hermosura.
Todo está como ayer. Oigo el tañido
De la campana mística, que toca
La cristiana oracion.—Allí la iglesia
Se eleva, con su tosco campanario,
Y escucho el santo rezo
De toda mi familia, arrodillada
Ante el altar. Las límpidas corrientes
Aquí murmuran, de mi patrio rio;
Y la hilera de pinos florecientes
Aun á la entrada está del hogar mio.
De aquel hogar, que entre el fragante ramo
Del mango en flor, modesto se escondía,
Y por el sol dorado, relucía
Al borde de las aguas del Bayamo.
Aquí corrí por la espaciosa vega,
Festonada de rústica verdura,—
O tendido en el césped, la mirada
Espacié con placer por la llanura:
Aquí, en dulce embeleso,
Se abrieron á la par, por vez primera,
Mi espíritu al amor, mi labio al beso.
Aquí vibró la simple melodía
De mi primer idilio,
Como, en las ondas del famoso Tibre,
El blando són del arpa de Virgilio,
Bajo bóveda azul y en campo libre.
Errante y sin amor, me vió la tierra:
El Sena, el Rhin, el Ródano, el Gironda,
Del San Gotardo la nevada sierra,
Y el Monte-Blanco, de la frente blonda

La cúspide pisé del Apenino,
Donde el águila apresta garra aleve,
Y la vírgen montaña de Interlaquen
Con su manto limpísimo de nieve.
Ví, entre lagos y flores extendidos,
Los frescos valles de la antigua Helvecia;
Y radiantes basílicas de marmol
En Génova y Milan, Roma y Venecia.
Mas no pude olvidarte, hermosa Cuba:
Siempre mis ojos, con amor volvía,
Entre tanta riqueza al Occidente;
Y así como tras gasa transparente,
Al través de los aires te veía.
Por encima del rico mausoleo,
Del minarete moro,
De la torre ojival, del alto muro,
Miraba ¡oh Cuba! tus campiñas de oro
Sobre el caribe mar. Si tú no ostentas
Góticas catedrales,
Tus montes son mis templos y tus cumbres,
Mis torres de marfil y arcos triunfales.
¡Al fin te vuelvo á ver! Mas ¡qué vacío
Siento en mi corazon! Fueron mis años
Rubias mieses que seca un soplo frío.
¿Dónde aquel delirar, libre de penas,
En que ceñir mi sien imaginaba
Con un lauro inmortal, y me soñaba
Horacio en Roma, Píndaro en Atenas?
¿Dónde la grata y misteriosa cita
En oculto jardin; y el tembloroso
Beso, robado á la inocente vírgen,
Que con delirio amé.... y aquellas noches
De loco carnaval, en que traidora;
En vivo afan, me sorprendió la aurora,
Al compás fascinante

De la música dulce y tentadora?
¿Dónde están las campestres correrías,
Por las tortuosas florecientes calles,
Saltando, alegres, el vecino muro?
¿Dónde aquel escalar, con pié seguro,
Los rudos cerros de los patrios valles?
¿Dónde aquel recorrer fértiles costas,
Que besa el mar azul; y en las arenas,
Calientes todavía,
Buscar, con jubilosa vocería,
La frágil concha de encarnadas venas;
Y aquel bogar en índicas piraguas,
Entre un coro de vírgenes, hermosas
Como nacientes rosas,
y más frescas y limpias que las aguas?
Todo ha pasado, y mi ánimo sombrío
Mira mis campos fértiles desiertos,
Seca y talada mi natal orillla,
Mi hogar en tierra y mis amigos muertos
Del cañon la mortífera metralla
Derribó los altares, fragorosa
Cayó rota en pedazos la muralla
Y la sencilla aldea;
Alumbrando la escena pavorosa
El cárdeno fulgor de roja tea.
Pero incólume queda, y sin mancilla,
La imágen de la patria.... ¡Oh cara Cuba,
Al fin te vuelvo á ver!.... No vengo, ansioso,
Soñando conquistar ínclitas palmas;—
Sino á verter mi lágrima postrera,
Sino á llorar con las sencillas almas.
Vengo á morir al pueblo en que he nacido,
Al calor de mi patria y mi familia!
¡Vengo á morir, en los risueños bosques
Que me ofrecieron sus tempranas flores,

Y de perfumes y de luz, llenaron
Mis primeros amores!
Que admiré en mi niñez, que canté adulto,
Y templaron mis lágrimas, y han sido
Toda mi admiracion, todo mi culto!
Como el indio de América salvaje,
Quiero mi fosa yo, bajo el follaje
De ceiba secular, donde retumba
En alta cima el trueno, y pueda el rayo
Iluminar espléndido mi tumba.

JOSÉ FORNARIS.

Junio de 1883.

# CARTAS

## SOBRE EL CUIDADO DE LAS FLORES.

---

### CARTA VII.

Puerto-Príncipe, 31 de Agosto de 1857.

Mi querida C....

Cumpliendo la oferta de mi última carta, voy á cerrar en ésta las noticias que te debo sobre la multiplicacion de las plantas con su último capítulo,

#### LOS INGERTOS.

El *ingerto* no es, por decirlo así, sino *una pequeña estaca, sembrada en otra planta, en lugar de serlo en el suelo.* Los hay de diversas formas, pero, sea cual sea esta, todos descansan en un mismo principio, *hacer vivir un vegetal á espensas de otro, poniendo en comunicacion sus vasos sáveos;* de este modo recibe el *ingerto* parte de su alimento de las raíces del *patron* y parte por sus propias hojas.—Llámase *patron* la planta que recibe, é *ingerto*, la porcion de otra planta, que se incorpora en el patron.

Pero no todas las plantas pueden ingertarse indistintámente entre sí.—Como *el agente único* de la trasmision que se hace de la vida una planta á otra es la *sávia*, líquido que difiere mucho de un vegetal á otro, no puede la trasmision realizarse, sino entre aquellos cuyos jugos y órganos tienen entre sí una grande analogía; y por lo mismo, *el ingerto no prende bien sino entre las variedades y subvariedades de una misma especie: entre las especies de un mismo género se notan á veces repugnancias*, que llegan á ser *antipatías completas entre géneros en apariencia muy próximos.—Entre indivíduos de familias diversas es imposible el ingerto:* esto te hará comprender todo lo que tiene de embeleco y ensueño el orígen que da el vulgo á la *guayaba del Perú*, que suponen producto del ingerto *del manzano ó el peral* con *nuestro guayabo silvestre*, que es planta de muy diversa familia de la de aquellas. Esta última es de la de *mirtos* y las otras de las de las *rosas*.

Aunque, como te he dicho, hay muchas clases de ingertos, nuestro clima no consiente sino muy pocas, ora porque la fuerza del sol, la viveza de la luz y la constancia de los vientos de nuestra zona endurecen pronto y mucho las cortezas de las plantas; ora porque estas mismas causas desecan rápidamente los labios de la herida necesaria para la inoculacion del ingerto, cerrando y obstruyendo así la comunicacion de sus vasos, y evaporando al mismo tiempo la sávia que ha de trasmitirle la vida.—Pero como tú no has de cultivar sino *flores*, arbustos tiernos, por lo comun de muy delgada y blanda corteza, fácil de desprender, y ningun ingerto es más fácil que *el de yema*, que por otro lado tiene la ventaja de no *sacrificar necesariamente*, como sucede con los más de los otros, el *patron*, áun cuando no prenda, por cuyo motivo es *el verdadero ingerto del jardin*, no me contraeré sino á este

### INGERTO DE YEMA.

Este ingerto llamado por los jardineros *de escudo* ó *escudete*, por tener aproximadamente esta forma, puede hacerse en todo tiempo, pero dá más seguros resultados *en las épocas del movimiento de la sávia*, que aunque en nuestra zona es constante, pues no descansa jamás, se pronuncia con más fuerza de Marzo á Abril, de Julio á Agosto, y de

Diciembre á Enero.—Ahora, como miéntras más abundante sea la sávia relativamente, más seguro es el éxito del ingerto, y á pesar de cuanto se ha dicho contra la influencia de las *lunaciones* en la vegetacion, para mí por repetidos hechos de experiencia, es cosa demostrada que en las *crecientes* hay más abundancia de sávia en el tronco y ramas de las plantas, que en las *menguantes*, y en ambos períodos mayor todavía respectivamente, *en las horas de la pleamar*, que en las *de baja marea*, escogerás bajo mi responsabilidad aquellas épocas y estas horas para hacer tus ingertos.—Pero veamos ya la parte material de esta maravillosa operacion.

PRÁCTICA DE LOS INGERTOS.

Los *escudos* que llevan *el ojo* ó *yema* que ha de ingertarse, se cortan de los ramos ó renuevos *del año*, y se hará bien en *despuntarlos con la uña* por su extremidad superior algun tiempo ántes, para forzarlos á madurar ó sazonar completamente su madera. En Europa y demás países templados, suelen algunos preparar de una vez muchos escudos, para no tener que interrumpir las operaciones subsecuentes; pero en nuestro clima *no debe dejarse intervalo entre la preparacion del escudete* y *su colocacion* y *ligadura en el patron.*

Todos los ojos ó yemas no son igualmente buenos para ingertos: los mejores son *los de la porcion media de la rama*; los de la extremidad superior no están todavía bien formados; los de la inferior están ménos nutridos. Aquí, mi querida, vuelvo á sentir la falta de láminas que tantas palabras me ahorrarían á mí y tanto fastidio á tí.

Para *sacar* la yema y su escudo se toma una cuchilla bien angosta de hoja y bien amolada y limpia, y colocando su filo dos ó tres líneas más arriba de la yema, se corta hácia abajo, procurando sacarla con la corteza que la rodea, intacta, corriendo la cuchilla hasta seis ú ocho líneas más abajo de la hoja que guarece y defiende la yema y sacándola por ese punto fuera de la rama. Como esto es muy difícil, si no se profundiza algo el corte en ella, sale siempre el escudo con alguna madera de la rama, pero se preferirá ésto á exponerse á cortar el que llamaremos *huevo del ojo*, ó *núcleo de la yema*, que los sabios tienen el mal

gusto de apellidar *corculum*, y que encierra el gérmen la planta que se quiere propagar.

Pero como si toda la faz interna del escudo estuviera cubierta de la madera de la rama, de que se sacó la yema, esta no prendería, se procura limpiar el escudo de toda su madera, extrayéndola poco á poco en delgadísimas astillas; pero cuidando mucho de no dejar *vacío* ó *ciego el ojo*, que suele arrancarse adherido á la madera que lo cubre. En precaucion de este riesgo vale más pecar por defecto que por exceso; es decir, más bien dejar en contorno del ojo ó yema alguna partecilla de madera, que no sacarla enteramente si se toca alguna resistencia en desprenderla, pues en este caso por lo comun sale el núcleo de la yema pegado á la madera y se pierde irremisiblemente el ingerto.

Para evitar estorbos en operacion tan prolija y porciones tan diminutas, conviene ántes de sacar el escudo, cortar la hoja, inserta en él debajo de la yema, *no á raíz, sino dejándole el peciolo*, que sirve despues para facilitar la colocacion del ingerto.—Arreglado ya el escudo, se prepara el lugar que ha de recibirle. A este fin se escoje la rama *más lozana* y *más jugosa del patron*, y en el espacio más *liso* de ella (mientras más abajo y próximo al suelo, mejor) se hace *en la corteza* un corte en forma de T, es decir, por medio de un tajo horizontal y otro vertical *en proporcion al ancho* y *largo del escudo*, y procurando no internar la cuchilla en la madera de la rama, sino, como se ha dicho, *en el espesor de la corteza*.

Practicados estos cortes, se vuelve entonces la cuchilla por su *espátula*. (Las cuchillas de ingertar tienen estas dos partes: de un lado la hoja de acero y del otro una hoja de marfil, ébano ú otra madera dura) y con la punta de esta última hoja se van levantando con suma delicadeza los labios de la herida, sin hacer mucho esfuerzo contra la rama, hasta que se calcule que puede introducirse debajo de ellos el escudo, y quedar bien ajustado el corte superior y horizontal de este á la línea que forma el *brazo* ó *brazos de la T*, prolongándolos si fueren cortos, y *el pié*, si el largo del escudo lo requiere.

Hecho esto, se toma el escudo *por el peciolo adherente de la hoja*, que se dejó, y volviendo á levantar con una mano los labios del corte de la rama, se va introduciendo bajo ellos con la otra lámina ó el del

escudo hasta que quede bien ajustado contra la madera descubierta de la rama y en inmediato contacto la línea de los brazos de la T con la línea superior del escudo; logrado lo cual, se aplican los labios de la corteza herida sobre la epidermis de aquel, y tomándose una tira angosta y como de media vara de largo de un lienzo suave y gastado, se dan en rededor de la cicatriz de la herida las vueltas necesarias para sujetar los labios y con ellos la lámina del escudo, de modo que no puede moverse de su posicion, ni despegarse del patron; pero no es preciso para ello apretar mucho la ligadura; por la inversa, si así se hiciera, se extrangularia la corteza de la rama y no daria paso á la savia que ha de alimentar el ingerto.

Además de este cuidado, que es capital, se procurará que *la ligadura no caiga sobre la yema, ni la cubra.* Para mayor defensa de la luz y el aire, que tanto contribuyen á desecar los cortes del ingerto, usan muchos untar todo el apósito con un ungüento llamado *de ingeridor* ó ingertador, que se hace de varios simples, siendo el más sencillo una mezcla de arcilla y boñiga de vaca fresca, bien batida. Si se usase este ó cualquiera otro ungüento, se cuidará mucho de *dejar descubierto el ojo ó yema del ingerto,* pues de lo contrario moriria asfixiado.

Terminada así la operacion, *se despunta* entonces la rama del patron, que ha sufrido el ingerto; *se suprime el riego* por *cuatro* ó *seis dias* á la planta y se la deja tranquila hasta los diez ó doce en que se vuelve á visitar el ingerto: *si éste se conserva verde y se le ha caido naturalmente el peciolo de la hoja, que se le dejó, no hay duda de que ha prendido.* Si está *verde, aunque esté seco* y *adherido al peciolo* todavía hay alguna esperanza. En uno y otro caso *se afloja la ligadura* y *se le deja el trapo hasta los tres ó cuatro dias,* y si al cabo de ellos *está todavía verde, se cercena entonces la rama hasta tres ó cuatro ojos más arriba del ingerto;* y luego que se le notare *hinchado,* como para retoñar, ó *apuntado el retoño,* se le corta el pedazo de rama hasta un ojo más arriba de la soldadura del ingerto, cuidando enseguida, como desde que se pone éste, *de no consentir ningun renuevo en la parte inferior al ingerto,* y *luego que retoñe, ninguno tampoco en la parte superior,* ó sea el chicote de rama, que se le ha dejado.—Con esto termi-

nan las operaciones y cuidados de un ingerto, y desde entonces queda confiado á la Providencia y á la generosidad de la planta que lo ha recibido y ha de alimentarle de sus propios jugos.

Y ya que hemos tratado de los *ingertos*, y que conoces el inmenso sacrificio que hace la planta que franquea su cuerpo y presta su sustancia para dar la vida á otra planta, acaso preferida del jardinero, voy, confiado en tu bondad, á hacerte una confidencia; pero eso sí, bajo formal promesa de guardarme el secreto, *que yo no quiero pleitos con la vecindad.*

Al practicar, como á menudo lo hago, esta operacion de los ingertos y tocar la mansedumbre, humildad y silencio con que la sufren las plantas; y sobre todo, cuando volviendo luego á visitarlas á los pocos dias, suelo encontrarme, en lugar de la pequeña y disimulada yema ingertada, un bello y rozagante renuevo, muchas veces coronado de botones, me he sorprendido diciéndome á mí mismo «¡Cuán felices seríamos los hombres, si Dios nos hubiera dotado á la mujer de la inefable bondad de las plantas, que no conocen ni los *vapores*, ni los *ataques de nervios*, ni el *histérico*, ni los *caprichos*, ni sobretodo, los *celos*, los celos, torbellino del corazon!»—Ellas, en efecto, con una dulzura angelical, *siempre sumisas á su dueño y señor*, no sólo admiten sin repugnancia, sino en la más estrecha amistad y connivencia, como unas buenas *Mormones*, *una*, *dos*, *mil rivales*, y llega á tanto su abnegacion y generosidad, que despues de prestarles su propio seno para encarnarse en él, les prodigan con una ternura verdaderamente maternal su misma sangre para alimentarlas y embellecerlas, mientras que la mujer, al sólo nombre de una rival pierde el color, y se le aguzan los dientes como una leona, si no se desgaja en lágrimas como una Dolorosa. ¡Desdichada condicion! Pero ya se vé; ¿qué habia de resultar, cuando, en vez de habernos formado Dios la mujer de *manjar blanco*, tuvo la rara humorada de fabricarla de un hueso y de un hueso tan mal perjeñado como la *costilla?* ¡Pobre humanidad, de aquí proceden todos los males y miserias que hacen del paraiso de la vida un pequeño purgatorio, si no un infierno grande!

Todo esto, por supuesto, lo digo yo, porque lo he oido decir á otros, y *quédese la verdad en su lugar;* que en cuanto á mí, simple amigo de

las flores, sólo he tratado á éstas y no conozco á fondo á las mujeres; aunque por tí y algunas más que he logrado ver de lejos, se me hace muy difícil concebir que haya entre ellas y las flores, como suponen muchos, *tanta semejanza en la apariencia* y *tanta diferencia en la realidad;* y áun, meditando en esta contradiccion de los planes y analogías de la creacion, no estoy ¡perdóneme Dios! muy distante de creer que todo eso que se dice de las mujeres no sea más que una pura calumnia de los hombres, que quisieron la vida sin represalias. ¡Pobrecitas! ¡Quién sabe cuántas serán en el secreto de su hogar *plantas ingertadas* de pesadumbres, regadas no más que con lágrimas, y que sin embargo, dulces modelos de paciencia y conformidad, se las beben y disimulan para sonreir al duro jardinero y recabar su perdido amor! ¡Dichosa tú, única flor del huerto de tu esposo, que conservas cada dia más vivo y tierno su cariño! Pero no dejes por eso de estudiar á menudo este capítulo de los *ingertos:* es consejo de tu amigo—*M.*

## CARTA VIII.

Puerto-Principe, 1 de Setiembre de 1857.

Mi querida C . . .

Estamos aproximándonos al fin de la grata tarea que me impuso mi cariño en esta correspondencia. Hemos terminado el largo artículo de la *multiplicacion de los vegetales*, y corresponde ahora tratar de su *poda*, que al fin es tambien medio y modo de otra *multiplicacion*, la de *las flores.*—Pero este capítulo de la poda que en cuanto á los *árboles frutales* es en Europa cosa muy vasta y con sus puntas y ribetes de científica, por cuyo motivo nosotros, hijos mimados ó mal criados de una naturaleza rica y pródiga, hemos entregado la de los nuestros á la mano brutal del huracan ó á la iroquez de nuestros siervos, que suele cortar el árbol para cojer el fruto; es cosa muy ligera y trivial en cuan-

to á los *arbustos de adorno*, como las plantas de jardin, que son las únicas que tú has de cultivar.—De consiguiente poco tendré que indicarte y tú que aprender, pero te advierto que cuanto te diga de la poda se refiere *principalmente* á la de los *rosales*, por ser casi la única planta que necesita estos cuidados, como base primera y principal de nuestros jardines.

La *poda* más comun en ellos se reduce á simples *despuntes*, aunque de cuando en cuando convenga ser más severo con ellos, que en esta vida mercantil, que vivimos, *todo se ha de comprar:* el placer con el dolor; el bienestar con el trabajo; la salud con las privaciones y hasta las flores con las crueldades y padecimientos de la poda. Esta es *parcial* ó *total*: te hablaré de cada una.

### PODA PARCIAL.

Exuberantes y pródigas á veces, de puro agradecidas ó coquetas, suelen las plantas estenuar su endeble naturaleza con una floracion excesiva; á veces, caprichosas y testarudas, se engestan y no quieren florecer.... ¡cosas de mujeres!.... En el primer caso, la higiene y áun la buena moral demandan que las enseñeis á tener sobriedad y modestia en sus adornos y pretensiones: en el segundo, aunque os duela el corazon, que las castigueis.

Para lo primero cercenadles algunas flores, *siempre las ménos adelantadas en su desarrollo*, como cuando, sin medir sus fuerzas las loquillas, brotan racimos ó panojas demasiado cargadas de botones, que se les suprimen *con la uña* los pequeñuelos de cada subdivision del racimo, dejándoles solamente los de las puntas de las ramificaciones. Así los que queden te darán flores más grandes, más rellenas y de tintes más vivos, y no pálidas y cloróticas como acontece casi siempre que se le dejan á una panoja todos los botones que le hace arrojar á las plantas la pasion del lucimiento ó de la vanidad, perdicion de tantas.

Contenidas así en los límites de la moderacion, que por fortuna son tambien los del *buen gusto*, no se resentirán tus plantas de esa especie de atonía en que quedan despues de ese excesivo consumo de fuerzas y de vida, que hacen por parecer más ricas y más bellas ó por atraerse

¡imprudentes! todas las miradas y los homenajes. Ellas no saben que á quien prendan las prodigalidades del lujo y la inmodestia, no agradarán despues la sencillez de la vida, ni los modestos encantos de la virtud, prendas únicas de la felicidad conyugal.

Dirigidas por tí, no caerán en ese vicioso extremo, y cuando hayan lucido sus galas y empiecen las flores á perder su frescura, quítaselas aunque lo sientan: corta el ramo ó la pucha, ya usada y marchita, algunas pulgadas más abajo del punto de florecencia, que privadas de esta manera por algunos dias de sus adornos, los encontrarán despues más bellos: la naturaleza es así, y Rousseau llamaba con mucha propiedad este cálculo de añadir quilates al placer por las privaciones *el epicureismo de la razon.*

Para el caso de la terquedad en no florecer, como cosa de puro capricho y mala condicion femenil, ya que la persuasion no basta, que la dulzura y los halagos son cosa perdida, como suele suceder con algunas de tu sexo, que se plantan en jarras como una manola y le espetan un *no me da la gana* al hijo del sol, aunque yo no soy partidario, que digamos, de la teoría preconizada del foete, como el instrumento civilizador por excelencia, reconozco que es menester castigarles la obcecacion con algunos azoticos, que no digo á tí, que tienes faldas, pero áun al hombre «*con tal que non la mate nin la licie*» permite la ley de Partida castigar á la mujer. Sí, señor; y pues que la ley lo autoriza, coje tus tijeras, que son las disciplinas de las flores, y sin piedad ni reparo despúntales hasta ocho ó diez pulgadas hácia abajo todos los ramos que te vengan á la mano, que al fin el valor de la mujer más está, como sabes tú, en la boca que en el corazon, y áun suelen algunas ser más amables y condescendientes con el que las trata mal, que con el que las trata bien. Con sólo ese vapuleito verás como á poco se enjugan las lágrimas y, más suaves que un guante, se cargan de renuevos en todos los puntos donde las cortó la tigera, y los renuevos se coronan de botones con una expontaneidad y un salero, que te compensarán con usura el sacrificio de haberte mostrado cruel con ellas.

Con todo, si repugnare á tu blando y compasivo natural tan duros extremos, puedes ponerlas *en penitencia*, que parece cosa más civil, y al cabo es más de *moda*. En lugar de *chapodearlas*, como lo aconsejan

los más de los horticultores, siguiendo la máxima de la antigua escuela «*la letra con sangre entra*» ponlas *en cruz*, que en materia de plantas quiere decir, que se les extiende los ramos hácia afuera, atándoseles en el extremo, como se hace en los colegios, un peso para que no puedan alzar ó recojer los brazos. Con el peso se van doblando en curva las ramas penitenciadas, y con sólo esta operacion se les ve arrojar renuevos de todas las yemas de la parte encorvada; y luego que broten estos retoños, despúntalas hasta un ojo ántes del más próximo á la extremidad.

Empero si á veces una planta *jóven* y *lozana* tiene el capricho de no querer florecer y es preciso obligarla con ciertas maneras poco galantes, otras no florece la pobre, *porque no puede;* porque han pasado ya los primeros años de su mocedad; y aunque Balzac con pluma tan feliz como la suya ha pintado *los hechizos de la mujer de treinta años*, ni yo soy Balzac, y las flores, no por falta de *gracia*, sino de *vida*, no pueden conservarlas tanto tiempo, y con el ingénito, perdurable, inextinguible deseo de lucir, alma é instinto de su sexo, si no se les ayudara, padecerian las infelices *los tormentos del purgatorio*, que atribuye un necio *á la mujer hermosa* en el período *de los veinte y cinco á cuarenta años;* todo, por no saber contar el badulaque, pues que la edad de la mujer no progresa siempre *dia por dia* como la del hombre, recibiendo una unidad más cada doce meses, sino se estaciona en los *veinte y tres*, sin adquirir *ningun año más* hasta que no llegue á los *treinta*, adonde arriba de un salto, pero de un salto lleno de monadas y gracejo, con raudales de ternura en los ojos, de donaire y hechizos en cada movimiento; con una frente despejada y serena, en que para más encanto se ve asomar el pensamiento sério, que comprende ya el precio y los fines de la vida y al amor honesto como su más bello empleo; y se le ve asomar para mayor seduccion por entre las flores y las sonrisas de la adolescencia, mientras en la dulce fisonomía se le pincelan tiernas y simpáticas las llamas del sentimiento y la piedad: que es decir, señor sacador de cuentas, que la mujer no llega á tener jamás ni *veinte y cuatro*, ni *veinte y cinco*, ni *veinte y seis*, ni *veinte y siete*, ni *veinte y ocho*, ni *veinte y nueve años*, sino que de los *veinte y tres* llega con *un año de setenta y dos meses* á los *treinta* á pesar y despe-

cho de su fé de bautismo, del calendario y de la aritmética envidiosamente inexorable de sus rivales.

Mas si las flores no pueden conservar tanto tiempo sus encantos como la mujer, tienen en cambio la facultad de *regenerarse en sus miembros con sólo cortárselos oportunamente.* ¡Cuántos envidiarán esta facultad, por no reflexionar que si fuera comun á la especie humana, ella haria intolerable y horripilante la vida entre tanto cuerpo mútilo y desfigurado, principalmente de los de las pobres mujeres! Ninguna, ninguna tendria cabeza hasta no conseguir, costárale lo que le costase, otra, precisamente, *de bella porcelana de Sevres*, con los carminados tintes del caracol; *ó esta ó ninguna;* y áun así al primer amago, á la primer sospecha de una mancha, de una peca, de una arruga, se destrozarian de nuevo el bello rostro, por no saber que para el hombre á veces un lunar, un pequeño pliegue, un ligero estravismo son una pucha de gracias, un grano de rica especia, que salpimenta la fisonomía de nuevos hechizos, y que no trocaria en su amada por el más terso cútis ó el ojo más limpio y de más recto mirar.

Cuando veas, pues, que alguna de tus plantas no florece, estúdiala en todos sus ramos, para averiguar si es por capricho, ó por impotencia: al capricho opondrás el castigo; á la impotencia una mano compasiva, que la cirujía sabe tambien hacer sus obras de misericordia: cercénales todos aquellos ramos que hayan servido ya mucho tiempo y cuya rugosa corteza indica que la vida no circula en ellos tan abundante y enérgica como ántes, dándoles en seguida *apropiados fomentos* con aguas ligeramente alcalinizadas, que al paso que los limpien, los entonen, y *múlleles el lecho*, que su estado valetudinario así lo requiere. Esta es una de las operaciones que entra ya en la

### PODA FORMAL Ó TOTAL.

A veces tambien, á parte de la impotencia por vejez, suelen las plantas, principalmente á la aproximacion del invierno, sentirse poseidas de las melancolías de la naturaleza en los últimos dias del otoño y abandonándose á sus tristezas, dejan caer amarillentas sus hojas, y disminuyéndose así la traspiracion que ellas les proporcionan, se cargan

de linfa y se entumecen y abotagan algunos de sus miembros.—Entonces es menester asistirlas con esmero, economizándoles el riego, y áun si es preciso, despojándolas de todos esos ramos pletóricos, que te servirán para reproducirlas, dividiéndolos en estacas de doce á quince pulgadas.

Este corte *á la vez* de todos esos ramos, así como el de los que por lo rugoso y áspero de la corteza están pregonando que la vida interior batalla en vano con la muerte ó la dolencia exterior, es lo que se llama más propiamente *poda total ó general*, y se practica *desde las horquetas ó crucetas más bajas*, cortando los ramos *á uno ó dos ojos más arriba de la bifurcacion*, y limpiándoles despues todas las espinas y todos los musgos é insectos que acaso les queden de las horquetas abajo; aunque si son muchas las manchas de musgo ó los nidos ó huevos de insectos en algun ramo, suprímeselo sin piedad, para que no quede en la planta gérmen ni simiente que pueda reproducir el daño.

El rosal, mi planta querida, suele plagarse de un insecto de poca apariencia, pero fatal para su vida ó su salud: más que insecto parece una planta criptógama; se asemeja á una pequeña lentejuela, medio rojiza ó amarillenta, pegado á la corteza, sin medios aparentes de locomocion, pero que así se propaga hasta cubrir enteramente los ramos, quitando á sus poros toda traspiracion y privándolos así del medio de renovar los principios que entretienen su vida.—Persíguele de muerte, cercenando con brio y resolucion todos los ramos en que veas esos puntos ó parchecitos rojizos ó amarillentos.

Pero hay dos *podas generales*, una *de necesidad* para la planta, otra *de conveniencia* para su dueño. Ya he tratado de la de necesidad: la de conveniencia la determinan en nuestro Camagüey sus festividades ó ferias más populares, como la *Semana Santa*, *el San Juan*, *la Caridad y las Páscuas*; tiempos de procesiones, los unos, de paseo y bullanga, los otros, y todos de lucimiento para nuestras bellas y de contribucion para nuestros jardines, encargados del honor de ataviarles el seno hebéo y las airosas cabezas, que no es poco en los tiempos de despilfarro, que alcanzamos, en que cada una necesita de *un jardin entero*, si no de dos, para decirse *bien prendida*, que yo diria *bien presa*, tanta es la carga de flores que las agobia.

Esta poda se practica en los rosales *cuarenta ó cincuenta dias ántes de la época ferial, á que se destinen las flores;* pero no la hagas á la vez en todas las plantas que tengas, sino compártelas entre las cuatro festividades, pues *una misma planta no puede sufrir impunemente* dos podas en el año, á ménos que sea una vez en unas ramas y la otra en otras.

Ahora, en cuanto al *período lunar*, en que convengan hacerla, ya te he dicho que no la intentes así á la ventura y en cualquier tiempo, sino *en los dias de menguante y en las horas de baja marea*; de consiguiente, ten el calendario á la vista para practicar tus podas, que él te dirá la menguante en que convenga hacerla con relacion á la festividad para que quieras tus flores.

Pero muchas veces necesitamos cortar algun ramo, *no con el fin de obtener flores*, sino *con el de hacer estacas* para propagar alguna variedad preciosa, y aunque esto corresponde al capítulo *de la multiplicacion de las plantas*, tratado ya, como se me pasó una circunstancia tan importante como la del tiempo en que convenga cortar estos ramos, quiero suplir aquí este olvido.—Los períodos de luna y marea, en que deben prepararse las estacas son precisamente los *inversos* de los de la poda, por el sencillo motivo de que cada una de estas operaciones, esto es, *la poda y la siembra*, tienen un fin *diverso:* la una *para regenerar la planta*, la otra, *para propagar sus ramos*: para lo primero conviene conservar á aquella todo el caudal de sus jugos *en las raices*; por eso se escoge para cortarla la *menguante de luna* y las horas de *la baja marea;* para lo segundo, *en las ramas*; por eso se escoge para preparar las estacas la *creciente de luna* y *las horas de la plea-mar;* de este modo tiene uno *la savia* donde la necesita.

Y volviendo á las podas, ya sean éstas parciales, ya generales, la operacion provoca en la planta podada el nacimiento de nuevos ramos, gruesos, rollizos y tiernos, que en la estacion siguiente se cubrirán de flores bien dobles, bien nutridas y ricamente pintadas; y, como siempre, por la ley inevitable de las compensaciones habrá nacido la flor de una herida, como el placer del dolor. ¡Dichosos aquellos cuya vida es la práctica realizacion de esta ley providencial; alguna vez gozarán! y no como la de otros, copa rebozada de acíbar, apurada dia por dia sin

otra esperanza que el derramarla de un golpe en su tumba, para no llegar á las heces en su última hora!.... ¿No habrá una flor siquiera para estos desgraciados?.... Dios tenga misericordia de ellos.—*M.*

## CARTA IX.

Puerto-Príncipe 11 de Setiembre de 1857.

Mi querida C...

Amiga de las flores y habiendo de hablar de ellas amenudo, debes conocer algo de su estructura, para dar á cada cosa su nombre propio y no cometer equivocaciones en una materia, que por trivial, ha entrado ya en el caudal comun de la lengua y en los elementos de la educacion de las nuevas generaciones. Por lo mismo me ha parecido que ántes de tratar de los *cuidados generales del jardin*, que será el asunto de la próxima y última de estas cartas, debia darte algunas ligeras nociones de nomenclatura, así como de los instrumentos más indispensables para el cultivo de tus flores; y como esta no es una declaracion de amor, que necesita tantos preámbulos, porque cuando el amor es verdadero y profundo, hace tímido y balbuciente á un atleta, y cuando falso, exige la larga tramitacion del verdadero, para no hacerlo sospechoso, entraré desde luego en materia y Dios sea con nosotros.

En *lo general* todas las plantas se componen de *raices, tronco ó tallo, hojas y flores;* pero yo no te hablaré sino de estos dos últimos órganos, por ser tan importantes en la economía vegetal y venir tan amenudo en la conversacion de los que cultivan flores ó se adornan con ellas.

Las *hojas* son los principales órganos de la mayor parte de las plantas, porque ellas les proporcionan los alimentos necesarios á su vida, *aspirándolos* de la atmósfera *por su cara inferior*, y *escretando por la superior* los que les sobran ó no han menester.

La *ciencia*, mujer habladora y pispereta, si las hay, las considera como una *espansion del tallo ó la dilatacion de una ó muchas de sus fibras*.... La *espansion* y la *dilatacion* serán la de su intemperante lengua, que no calla jamás. ¡Qué mujer!

La *hoja*, segun ella, se compone de *peciolo, disco y nervios*,..... ¿qué necesidad habia de tantos términos, cuando podia decir y sobraba, que *las hojas son las hojas*, cosa tan clara para todos los que conocen *el verde* y han visto un árbol? ¡Paciencia, hija, que la mujer está de charla y es menester seguirla en todos sus circunloquios y sus *peciolos!*

El *peciolo* es aquella *tirilla delgada por donde principia la hoja y se adhiere al tallo.*

*Disco, la lámina verde*, llamada más generalmente *hoja* por el *vulgo*.... ¡Buena desvergüenza llamar *vulgo* al género humano desde Adan inclusive, que dió nombre á todas las cosas, y apellidó *hojas* y no *discos* á las que poblaban los árboles y arbustos del paraiso que le sirvió de cuna! Todo este trastorno de nomenclatura, como de tantas otras cosas peores, que nos están pasando desde entonces, puedo equivocarme, pero me imagino yo que trae su orígen del vértigo que causó al pobre hombre la envenenada poma que con sus fines particulares, le hizo tragar la buena de su linda mitad.—¡Qué consecuencias ha traido este mal ejemplo! Dios no se lo haya tomado en cuenta á la buena señora.—¡Cuántas *pomas* y hasta *pomos* enteros de hiel y vinagre, han hecho tragar de entonces acá sus bellas hijas á la infeliz descendencia del primer bobalicon de marido que hubo en el mundo! (1)

Pero por fin, ya que las pobres hojas, de *simples hojas* que eran, se han encontrado con que tienen *peciolos, discos y nervios*, acabemos y

---

(1) Te hablo con tanta franqueza de las fechorías de tu sexo, porque no te confundo con la generalidad, considerándote mejor que las más y *tan buena* como *un hombre*, que es cuanto hay que decir: en punto á *bondad* no hay más allá.—¿Qué tal han estado los toros?—«*Muy buenos*: han matado cinco caballos, estropeado tres chulillos y el espada estuvo á pique de perecer en los cuernos del último toro *¡tan bueno era* que le devolvió la cuchillada!» ¿Si la *bondad de los hombres* será como esta de los toros? Tú lo meditarás.

sepamos que cosa son estos *nervios* que me tienen con mucho cuidado, no sea que estén sujetos á aquellas horripilaciones y singultos, que los han hecho tan odiosos y temibles en tu sexo.

*Nervios* de la hoja son *las ramificaciones del peciolo.* (¡Dale con el peciolo!) *que forman del disco un tejido venoso de mallas muy finas, que sirve de esqueleto á la hoja....* Ahí me las den todas.

Por *su insercion en el tallo*, se dividen las hojas en *opuestas;* (esto está en el carácter del *género femenino*, á que pertenecen) como las del *jazmin del Cabo*, del *café*; y en *alternas*, como las del *rosal*, *el Mar-pacífico.* Algun malqueriente diria que en el género femenino ó en la mujer, *la alternacion* es entre lo *malo* y lo *peor:* pero yo que por lo que tienen de flores, las quiero tanto, y porque mi linda madre era una de tantas flores, no proferiré semejante blasfemia. Por la inversa, en honor suyo y tuyo, pido de rodillas perdon al sexo en masa por cuanto arrebatado por la corriente de la opinion de la mayoría de los hombres, haya dicho hasta aquí, ó diga en adelante contra él.

Por *su forma* ó *composicion* se dividen las hojas en *simples*..... ¡qué ironia! y en *compuestas* ó *aladas.* Esto sí que es *fielmente descriptivo*, segun pretenden los que se quejan de los forros y *dobleces*, que diz que tienen, y de lo *alígeras* y volubles, que diz que son las *hembras* en general, sea cual sea su nombre y especie en la naturaleza. ¡Buen decir, cuando yo he visto tantas que de puro *simples* ó sencillas, de puro ingénuas y verídicas, no querian ni aún disimular sus formas y vestian de aire y luz como el cristal! ¿Puede haber mayor inocencia y sinceridad, ménos dobleces ni más candor? Y en cuanto á eso de las *alas*, los ángeles tambien las tienen y nadie los ha tachado de inconstantes ni volubles. Pero basta de bromas y vamos á escribir con toda seriedad.

Las *simples* son aquellas hojas, cuyo *peciolo* no lleva sino *un solo disco* ó *lámina*, como las del *naranjo*, el *jazmin de Italia*, la *camelia*, el *adelfa:* las *compuestas* ó *aladas*, aquellas que llevan *muchas hojuelas* de un lado y otro del peciolo, como el *rosal*, la *guacamaya*, la *dalia.*

Bajo ambos conceptos, esto es, el de su *insercion en el tallo* y de su composicion ó estructura, tienen las hojas numerosísimas divisiones y

subdivisiones, cuyos nombres, pura pedantería científica, no saben bien en los labios de una señorita que no esté dando su curso de botánica. Ya conoces la *hoja*, vamos á tratar de la *flor*.

La *flor*, idealidad de la belleza, símbolo de la inocencia, augurio del placer, se compone de diversos órganos, de los cuales los principales y que más te importa conocer, son:

El *cáliz*, prolongacion de la corteza, destinado á proteger los órganos delicados de la fructificacion. Llámase así aquella pequeña *cubierta más exterior* de la flor: por lo comun es *verde*, como en la rosa y el clavel, tiene formas muy variadas y sirve en las más de las flores de receptáculo á

La *corola*, diadema de la flor, que es aquel *cerco de hojuelas coloreadas* de los más ricos matices, amenudo fragante y siempre lleno de gracia y gentileza, que encierra dentro de sí aquel primoroso manojo de hilos de plata con una lentejuela de oro por remate, que tanto donaire añaden á la flor.

La *corola*, *por su forma*, tiene diversos nombres, pero á tí te bastará con saber que *unas son enterizas*, de la figura de un vaso, de una copa, y de otras análogas, que la escuela llama *monopétalas*, que quiere decir en cristiano, *hechas de un solo pétalo entero*, doblado y recogido, como la hoja de un cartucho, en aquella graciosa forma que nos presentan las *campanillas* de nuestros campos, la blanca flor del *chamico*, y la escarlata del *mar-pacífico*.

Las otras son *compuestas de varios pétalos ú hojuelas*, *separadas entre sí*, que la ciencia llama *polipétalas*, como el *clavel* y la *rosa*.

Los *hilos del interior*, órganos importantes, tienen diversas funciones y nombres: los que acaban en una lentejuela ó pajilla dorada, se llaman *estambres*, y están insertos en la circunferencia interior de la corola, ó interpuestos entre sus pétalos. En el furor ó prurito de dividir y subdividir que tiene la ciencia, llama al hilo *filamento* y á la lentejuela, que vacila en su cima, *antera*.

Pero en el centro de ellos se levanta otro hilo plateado, algo más grueso, de forma columnaria, que termina por la parte superior en un pequeño anillo ó labio circular, por lo comun verdoso ó de un medio color, y en cuyo centro se descubre un hoyuelo diminutísimo.—Este

filamento se llama *pistilo*, y la mania científica apellida á la columna *estilo*, y al labio ó boca superior *estigma*.

Comunmente no tiene la flor, sino un solo *pistilo*; pero tiene muchos *estambres*. Cuando las mujeres estudien *historia natural* ¡cuántos argumentos no han de sacar de este hecho y de otros análogos de la familia ó matrimonio *legal* de las abejas sobre la legitimidad del *amor panthélico*, de que los hombres las sospechan y que ellas procuran negar por falta de un texto auténtico, en que apoyarse para levantar la voz y confesarlo á la faz del mundo como una virtud.... ¡Maldita sea la virtud del amor panthélico!

Pero entre tanto concluyamos este pequeño vocabulario, que es de noche, hay mucho silencio en mi cuarto y estoy en voz.

Como la *hoja* adhiere al tallo por el *peciolo*, la *flor* lo hace por el *pedúnculo*, nombre feo á la verdad; pero así se llama aquella *colita* por donde os las colocais en el cabello y nosotros las tomamos para presentároslas.

Tú te imaginabas, sin duda, que una flor era *una flor*, es decir, la cosa más linda y *más sencilla* del mundo: sin embargo has visto que la ciencia le ha descubierto tantas otras, que el ojo profano no sospechaba: que tiene *cáliz*, y dentro del cáliz una *corola*, y dentro de la corola muchos *estambres* y *un pistilo*; y como la naturaleza nada hace en vano, ni varia sus formas por lucir su habilidad, sino apropiando cada cosa á su destino, cada medio á su fin, alguno debe haberse propuesto al tejer esa tela admirable de los *pétalos* y recortarla en hojas tan caprichosas y elegantes, pintándolas con los colores más ricos de su paleta: al adelgazar en su divina filera esos hilos de plata cristalizada, que ha colocado con tanto donaire dentro de la *corola* y colgarles en balancin sobre su cima esas graciosas borlitas de oro de las *anteras*, que tanto movimiento y vida dan á la flor: al llenar esos depósitos aéreos de un polvo más sutil que el aura etérea, que algun objeto debe tener: al martillar, bruñir y nacarar la columna del *pistilo*, y taladrarla de un extremo al otro con instrumento tan fino, que todavía no le ha podido encontrar el arte humano; al cincelar, finalmente, y cubrir de ricos esmaltes el engaste del *estigma*, todo con un primor de dibujo y una gracia de ejecucion, á que no llegó jamás el buril de *Benvenuto*

*Cellini*, ni alcanza el de *Froman Meurice*: algo debió proponerse la naturaleza al emplear tanta ciencia y tanto trabajo en la construccion de estos órganos.

No te diré yo sus funciones, pero sí que entre ellos se celebran bajo el ojo de Dios recónditos misterios á que deben su orígen *todos los frutos* y *simientes*, base de la alimentacion del hombre y de otros muchos séres, y medio principal de la conservacion de las especies vegetales: tambien te diré que estrechando, confundiendo y combinando entre sí más íntimamente estos órganos sus afinidades é influencias sexuales conforme al deudo de lo que llamaremos los vínculos de su consanguinidad y familia, producen amenudo esas mil *variedades* de flores y frutos que todos los dias enriquecen el ramillete de Flora y la cesta de Pomona.

La especie humana no sabe hacer ese milagro: desde el principio del mundo hasta hoy, ni el amor bíblico, ni el amor panthélico, ni el amor exclusivo, ni la union del plebeyo y la noble, ni del monarca y la aldeana, ni de los grandes; ni de los pequeños entre sí, ni la mezcla de las razas, ni su pureza han dado otra cosa que hombres feos y hombres bonitos, mujeres bellas y mujeres feas, más ó ménos blancos, más ó ménos trigueños, ora con el cabello lacio, ora con la vedija frisada; pero feos y bonitos, nobles y plebeyos, blancos y negros con los propios sentimientos, con los propios vicios, con las propias virtudes: *nada nuevo, nada mejorado con carácter nativo:* la especie, y sus artes y ciencias tan decantandas, no han sabido prestarse esa eficaz cooperacion, esa fecunda coovacion que han obrado la naturaleza y el cultivo *en las plantas:* ¡mengua nuestra!

Mientras *ellas*, incorporándose elementos nuevos de la tierra y del aire, del sudor humano y de los óxidos metálicos de los instrumentos de labor, han sabido, enmendando los antiguos modelos, los tipos primitivos, *acrecer el tamaño de sus frutos*, afinar sus jugos, *pulir* y *embellecer sus formas*, y soltando en fin la piel silvestre, *el pelo de la dehesa*, han logrado hacer de nueces raquíticas y ásperas, de cáscaras leñosas, de hojas pequeñas y magras, la dulce manzana, la almibarada pera, el jugoso melocoton, el blanco y esférico repollo; de granos diminutos y ácidos, de bagas cartilaginosas, propias sólo para el pico ó el diente

de una ave agreste, ó un cerdo montaraz, la rica y balsámica uva, la cremosa breva; (1) de flores *sencillas* y microscópicas, la *flor doble* y *llena*; de la *rosa canina*, la *rosa de cien hojas*, y *la musgosa*, bello ideal del género; el hombre y su educacion, y sus ciencias y sus máquinas no han alcanzado *añadir siquiera una pulgada más á la talla humana, ni una virtud nueva á su corazon.*

¡Qué cuesta arriba se me hace, despues de haberme regalado con tantas frutas, pasar todavía con la boca dulce á hablar de cosa tan dura y agria como el hierro, ora en bruto, ora labrado; pero te lo ofrecí y «al buey por el asta, y al hombre por la palabra».—Por fortuna poco

(1) Amigo de frutas como un *Carpintero* (por supuesto, el *pájaro*, no esos comedores de virutas). ¡Cuánto me sonrien á la imaginacion y *al paladar* las mejoras que diviso allá á lo lejos *en las nuestras* por obra y efecto del tiempo y del cultivo, cuando tengamos *cultivo* y hayan pasado los años necesarios á obrar la metamórfosis que han experimentado las de Europa y el Asia!—Si de drupas ó bagas pequeñas, secas y astringentes, de raices leñosas y granos amargos ha sacado allá el cultivo tanta almíbar, tanto perfume, y carnes tan blandas y tiernas, ¿qué hará de los nuestros *natural* y primitivamente tan ricos en jugos y en esencias? -Se me hace agua la boca.—Al *mamey amarillo* le veo del tamaño por lo ménos de una *bomba de á placa*, disminuido su hueso á la cuarta parte de lo que es hoy, y la dorada pulpa, sacada á cubos del hondo depósito, desafiando con jactancia á todos los melocotones de Persia.—Al *mamey colorado*, conserva del cielo, servido en tajadas, como un melon, y haciendo, él solo, los honores y las delicias de una mesa de quince cubiertos.—Al *caimito*, al turgente caimito, modelado sobre el seno de Vénus, y elevado en volúmen á la quinta potencia como la ubre de una vaca holandesa, haciendo olvidar por su esquisito perfume y su azucarada crema las mejores brevas de Smirna.—Al *níspero ó zapote*..... ¡Dios nos asista!..... del diámetro de una cabeza estúpida, arrebatando con su pasta hiblea la admiracion de todas las compotas del mundo, y el homenaje de todos los confiteros tan afamados del Celeste Imperio.—Al *anoncillo*, rival en tamaño de las mayores toronjas, y en jugos muy superior al *chanelas de Fontainebleau*, y al *malvasía de Sitges*, llena la amplia odre de este *Falerno* americano, ejercitando á la química estática, para descubrir el oculto principio de ese ácido inimitable, más tentador que el pecado, que hechiza al paladar, sin cansar jamás el estómago.—Al *anon*, en fin y *la piña*; al anon, émulo de la chirimoya, cuadruplicado en volúmen, adelgazada la escamosa tez, libre de pepitas, y pudiendo entrarle francamente en el fragante y nevado seno un cucharon de mesa; á la piña, del tamaño y figura de un pan de azúcar de dos arrobas, pirámide de líquido topacio, manando por todos los poros *real* y *verdadero néctar*, hurtado de la mesa de los Dioses, desde aquí los veo, la boca llena de agua, el uno al Oriente, la otra al Occidente; el uno en la *Punta de Maisí*, la otra en el *Cabo San Antonio*, haciendo despoblar el mundo para venir á iniciarse en el sabor perdido de la *ambrosía*; y desempeñando para la feliz Antilla el mejor sistema de colonizacion imaginable, atraer á oleadas la inmigracion universal y fijarla en su suelo, como por un talisman, al solo olor de sus fragantes jugos, filtro poderoso de la Hada Cubana.

es lo que tengo que decirte sobre este duro metal, porque son pocos los instrumentos de que habré de hablarte.

Como tú no has de hacer en tu jardin los trabajos de instalacion, sino los de puro entretenimiento, no será larga la lista.—Apénas se diferenciará de una nota ó factura de ferretería.

Por punto se reducen á

| | | |
|---|---|---|
| Tijeras de jardin..... | 2 | pares. |
| Cucharas de idem..... | 2 | „ |
| Escardillo..... | 1 | „ |
| Almocafre..... | 1 | „ |
| Regaderas..... | 2 | „ |
| Sierra de mano..... | 1 | „ |
| Cuchilla de ingertar..... | 1 | „ |

Como para el sastre y la modista, el primer instrumento del jardinero es un par de tijeras «de jardin».—Las de construccion norte-americana son más fuertes, demás fácil manejo y de mejor resultado que las francesas, abiertas siempre, como una boca hambrienta, por un resorte que tienen y las hace incómodas á la mano.—Las tijeras son el «vade mecum» del floricultor, y ningun otro instrumento las suple: cortan sin golpe, ni conmocion; lo hacen en el punto preciso que uno quiere y con tal suavidad y tan recta y limpiamente como en cera.

Las hay «de hojas» y de «brazos».—Las de «hojas» son para cojer las flores, suprimir los ladrones y ramas secas hasta la altura de la persona, cuando estos no pasan del grueso de media pulgada; para los de mayor dimension, ó para los que se quiere cortar á cierta altura, adonde no llega fácilmente la mano, ó que están rodeadas de otras ramas, cuyas espinas se temen, se usan las de «brazos de madera» que aunque son de la propia construccion en las hojas que las otras, son más dobles y con los brazos tienen cerca de tres cuartas de largo.

Las «cucharas» son de dos formas, unas anchas y «cóncavas», otras «planas» y angostas: su principal oficio es para trasponer plantas, y remover la tierra de los potes y claveleras. Son para estos fines un instrumento apropiado, que debe tenerse.

El «escardillo» es un peine de dientes con su mango ó cabo, para escardar la tierra de los canteros y arriates y extraerle las piedras y raices.

El «almocafre» es una pequeña azada, acabada en punta y con su correspondiente cabo: sirve para desyerbar las plantas cuando no se alcanzan con la mano, que arrancarlas con ella es lo mejor cuando se puede.

La «regadera»: su uso es demasiado conocido para explicarlo; pero tendrás dos; una grande, pero proporcionada á tu fuerza, y otra chica: la una para los riegos abundantes, la otra para el de los semilleros y plantíos todavía débiles.

La «cuchilla de ingertar» ya te he explicado su uso en la carta sobre los ingertos.

Una «sierra de mano», bien fina y cortante. A veces hay ramas que deben extirparse y que son tan gruesas que si se las quisiera cortar con las tijeras, las desenfilarian: para este caso es la sierra:

Y aquí dió fin
La ropa blanca,
Que trajo de Salamanca
Mi sobrino Crispin.

—*M.*

## CARTA X.

Puerto-Príncipe 19 de Setiembre de 1857.

Mi querida C....

Estudiadas ya, aunque ligeramente, como cumplía al pensamiento y plan de estas cartas, las condiciones y principales exigencias de un pequeño jardin de *aficionado*, ora respecto á su trazo, exposicion, terreno y abrigo, ora respecto de sus plantas, su siembra, riego, multi-

plicacion y poda, réstame solamente el trazarte á rasgos sueltos *los cuidados generales* de su entretenimiento, que son la condicion precisa de la prosperidad del sembrado y el verdadero manantial de los variados goces que buscas y hallarás en el cultivo de las flores. Este será el asunto de esta carta, complemento y epílogo de la pequeña coleccion que te he dedicado.

Por *cuidados generales* se entiende *la incesante solicitud del jardinero por sus plantas*, y esta solicitud comprende su diaria visita á cada una, su oportuno riego, la limpieza, remocion y renovacion convenientes de sus tierras; el buen régimen y la economía de sus abrigos; lo que puede llamarse el *tocado* de cada planta, ó sea su aderezo, aseo y espurgo; un mayor desvelo en fin por ellas en los casos de accidente ó enfermedad: en una palabra, la metódica aplicacion de las reglas del cultivo á cada una segun su estado y sus necesidades.

Pero para comprenderlas es preciso visitarlas; mas no con esas visitas que soleis haceros las señoras, puesto el ojo en el reloj, medio levantado el pié, y procurando llenar los breves y contados minutos con una fraseología banal, terminada por un par de besos de despedida, más banales todavía. No, obra de amor y de cariño, en que toma parte el corazon, el amigo de las flores, apénas se levanta de su cama, donde quizá ha soñado con una flor nueva, ó la resurreccion de la otra que creia perdida, no piensa sino en salir cuanto ántes de su cuarto á dar los buenos dias á sus plantas, á celebrar los retoños que haya desarrollado la noche y socorrer las necesidades accidentales.

Despues de pedir á Dios para sí y sus hijos y una buena estacion para su jardin, coje las tijeras en una mano y la regadera en la otra y entra en él lleno de un tierno interés y una dulce esperanza.... y no es menester que lo encuentre ameno y florido para gozar. Aun cuando esté recien formado, las plantas recien traspuestas; aun cuando no se vean en los canteros más que tallos cortados y hojas marchitas, sin un renuevo ni una flor, no es menor su interés y su anhelo.

Para el ojo ininteligente ó desapasionado este espectáculo es triste y árido para el floricultor tiene mil incentivos: á falta de ramos verdes, de potentes renuevos, de puchas de flores, ahí están para él la imaginacion y la esperanza con su coloreado prisma, para vestir y engalanar

los mutilados esqueletos: cada uno es para él objeto de una solicitud especial: á todos los visita uno por uno cada mañana: los examina y estudia con ansiosa prolijidad de arriba á abajo, de abajo á arriba en todos y sus más menudos ramos, como si dijéramos de la planta al cabello, espiando el momento gratísimo, en que reverdeciendo con húmeda frescura los al parecer marchitos tallos, pincelándose las secas ó amortiguadas yemas con las rojizas tintes de la salud, le hable, por decirlo así, la vida en cada una, y le diga gozosa «*ya estoy aquí*».

¡Cuán dulce instante para el amigo de las flores! Desde ese momento, colmada la esperanza, satisfecho el corazon, vive, por decirlo así, en cada yema, en cada brote de sus plantas, y goza con ellas éxtasis purísimos al ver desarrollarse fresco, tierno y lustroso cada renuevo. Lo mira, lo vuelve á mirar, cuenta las hojas que ha desenvuelto, las que desenvolverá al siguiente dia: nada se le escapa, sabe de memoria cuántos *ojos* tiene cada ramo, los que prometen más próximos retoños, y al brotar éstos, los ve crecer con el lente de la imaginacion, adivinando en cada hoja que despliega, en cada matiz que asoma, la clase, el tamaño, el color de la venidera flor.—Si esto no es gozar venga Dios y véalo.

Despues de esta santa visita, de esta piadosa peregrinacion por todo su jardin, inquiriendo con cariñoso interés por la salud y las necesidades de cada una de sus plantas, la primer dovocion del jardinero es consolarlas con su riego.—Tú no faltarás ni á aquel deber, ni á esta devocion. Identificada con la vida y la salud de las tuyas, tendrás un verdadero placer en regarlas: prueba y verás como gozas al ver la sedienta tierra absorber con delicia el agua que le des; sentirás refrescártese el paladar y la grata espansion de la sed satisfecha.

Aún mayor bienestar se difundirá por todo tu ser y te llenará el pecho al regar el follage de tus plantas, cuando las veas húmedas, limpias y salpicadas de gotas, graciosamente anidadas en los pliegues de las hojas medio abiertas, y realzado y enternicido el verde de estas y los colores de cada flor con ese dulce matiz que les da la humedad: todas estas imágenes comunicarán á tu cuerpo algo de la deliciosa sensacion del baño.

Cumplido el riego á la medida de la necesidad ó conveniencia de

cada planta, quedará tranquila tu conciencia de jardinera y de madre de familia, porque tus flores, fruto de tus cuidados, serán otras tantas hijas que no querrás ver sedientas y tendrás gusto en ver satisfechas y alegres: yo no le cedo á nadie el placer de regar las mias.—Y vaya un consejo para conciliar tus deberes con tu salud.

Para visitar tu jardin, principalmente en los tiempos de lluvias ó de frio, ten unos zapatitos de goma, ó mejor, de doble suela, y una blusa de algodon, un tanto corta, para que no te se humedezcan los piés, tengas en buena traspiracion el cuerpo y no te salpiques con el riego: si te pones además unos pantaloncitos y te atas el cinturon de la blusa, estarás confortablemente abrigadita y podrás sin peligro de ciertas exibiciones, ejercitar con entera libertad los varios movimientos y posturas, muchas de ellas poco académicas, que exijen los diversos cuidados del jardin.—Pero eso sí, nada, absolutamente nada de bullarengue, tanto porque con él no hay lugar para una mujer sino en una *sabana*, como porque las faldas, díscolas de suyo, andan siempre á pleito con los rosales y á veces se llevan prendidas en ellas las estacas y cuanto encuentran al paso.

Al visitar y regar sus plantas hace el jardinero sus observaciones y toma nota del estado de cada una.—«En un parage de los canteros han brotado algunas *yerbas* ó se presentan manchas de *verdin*.—En otros está la tierra muy endurecida; en otros ha bajado mucho de su espesor.—Una planta se ha ido demasiado en ramas y hojas con perjuicio de su florecencia, ó está sucia de polvo ó plagada de insectos: otra no tiene el abrigo necesario contra el sol; otra sufre mucho del azote del viento.—Otra tiene algunos ramos *secos*, otra, finalmente, está triste ó enfermiza»; y su solicitud le pide y manda que acuda á todas, estas necesidades en el órden de su importancia ó exigencia.

Ningunas más urgentes que las que dicen relacion con el terreno sobre que viven y contribuye á sustentarlas. Las yerbas y en particular algunas de ellas como la de *D. Cárlos*, el *corojillo* y la *Bahama*, calamidad de todo cultivo, y las placas de ese *moho verde renegrido*, que teje sobre la tierra una tela contínua y cartácea, que cierra sus poros á las influencias atmosféricas y aun á la lluvia, son fatales, y deben extirparse sin dilacion ni piedad.—Para las yerbas usa el *escardi-*

*llo* y el *almocafre*; pero si están á proximidad ó al alcance de tu mano, arráncalas de raiz más bien que cortarlas con los instrumentos. Para ello vuelve á dar otro riego abundante para ablandar la tierra y que puedan salir las yerbas enteras.

Al practicar esto, deja sin arrancar las matas que haya de aquellas tres maldecidas gramíneas (1) y cuando queden solas, toma la cuchara de jardin é introdúcela en la tierra hasta el mango ó cabo al pié de cada una de aquellas yerbas y extrayéndola con toda la sierra que coja el cubo de la cuchara, échala fuera del cantero en un cajon para mandar botarla lejos, pues probablemente habrás sacado junto con la planta el *rosario de corojitos* de la una, y las profundas y vivaces raices de las otras, por cuyo medio se reproducen, *eternamente* en el terreno de que se apoderen una vez.

Lo mismo harás con las planchas ó placas de *verdin*, planta criptógama, de la familia de los *musgos*, que se propaga con suma celeridad, si no se la extirpa completamente. Para ello, usando de la cuchara por su corte lateral, saca las planchas con media pulgada de tierra y échalas en el cajon de aquellas otras enemigas del sembrado.

Ahora, en cuanto al *endurecimiento* de la tierra ó la *diminucion* y *esterilizacion de su masa*, nada es tan fácil como conocerlo y repararlo. —Con pulsar la consistencia del terreno con la cuchara angosta ó con un palito, sabrás si está ó no dura. Si lo estuviere, remuévela con la misma cuchara hasta tres ó cuatro pulgadas de profundidad: haz lo mismo en los espacios ocupados por las manchas de *verdin*, que hayas extraido.

La disminucion ó empobrecimiento de la tierra de los canteros ó de los potes y claveleras se conoce, ora por lo que hubiere bajado en estos ó aquellos la masa de la línea á que llegaba ántes; ora por el color y simple *aspecto arenisco* de la superficie. El riego y las lluvias, disolviendo paulatina y sucesivamente la parte *soluble* de la tierra y llevándola á las profundidades del cantero, ó haciéndola correr por los ojos de desagüe de los potes y claveleras, producen este efecto, que es fatal para las plantas, reducidas á vivir en la estéril arena.—El remedio es

(1) El corojillo es una *ciperacea*.

fácil, volver á rellenar con buena tierra lo que se hubiese llevado el agua ó hayan consumido las plantas; pero ántes remueve bien esa parte empobrecida del cantero ó de los potes.

En estos y las claveleras se hace el relleno, quitando una ó dos pulgadas de esa arena superficial, y dando despues un riego para ablandar la masa del vaso, introduce en seguida en ella un cuchillo bien afilado como una ó dos pulgadas de la circunferencia interior y hasta cuatro ó cinco de profundidad y haciéndole girar en derredor, procura cortar la tierra y raices que se hallen en ese intermedio: y logrado que sea, extrae con una paletita la masa cortada y reponla con tierra bien rica, completando el relleno del vaso hasta sus bordes y dando en seguida un riego con el *pico de la regadera pequeña* y con la mano baja para introducirla y apretarla bien, tanto en el plano del vaso, como en la cortadura que se le hizo.

Por lo que hace ahora á los *abrigos*, que pueda necesitar alguna planta, ya por haberse desmejorado en algun punto *los generales del jardin*, ya porque, demasiado seca y ardiente la estacion, no basten estos; ya en fin porque el caríz del tiempo amenace alguna perturbacion atmosférica, me parece excusado recomendar á tu solicitud el acudir á cada una de estas necesidades y peligros con el oportuno remedio, aplicando en cada caso cuanto te he dicho en carta anterior sobre este particular de los abrigos. Pero sí quiero encarecerte la adopcion de mayores precauciones todavía para los peligros ó accidentes de *las noches*, en que las plantas quieren mucha quietud y aun recogimiento; si no, repara como su vegetacion es más lozana ó exuberante durante las *noches oscuras* que en las *muy claras*; en las de *calma*, que en las *agitadas* por la ventolina.—La noche, en efecto, que recata su *sueño*, *sus amores* y *desvaneos*, conviene que sea tranquila, más bien envuelta en espesas sombras, que alumbrada por la luna, luz curiosa y un tanto indiscreta, no tímida y pudibunda como la de las estrellas, flores del cielo, sus hermanas en los campos del éter: aquí parecen estar de acuerdo la moral y la física.

Creo haberte dicho otra vez, que el viento, como toda familiaridad, ofende y lastima las plantas, doncellas pudorosas; pero se me olvidó añadirte que no solo las ofende, sino que las enferma, cuando las agita

grosero, mimbreando su delgado talle.—Cuida, pues, mucho de evitarles este padecimiento, *atando sus flexibles ramas con suave cinta* y *lazada floja* á algun cuerpo fijo, pero que no sea *áspero*, porque puede herirles la blanda epidermis por su roce ó una excesiva compresion.

Empero si amenazare alguna tempestad, no descanses hasta no haberlas provisto de abrigos apropiados, que las guarezcan de una manera segura contra las injurias del vendabal, que no se las ha de dejar á la inclemencia como unas pobres expósitas, y ya has visto y llorado en la *Gracia de Dios* lo que puede sufrir una doncella abandonada y sola en medio de la noche, la lluvia y el huracan.

Mas todos estos cuidados puede decirse que sólo conciernen *al lecho* y *la habitacion*, que podremos decir de *puro arreglo y servicio de la casa.* Para ellas, aunque bajo tu vigilancia, basta la asistencia de una *buena camarera*: los demás tocan ya al *cuerpo y miembros* de las plantas, esto es, de las *señoritas de la casa*, que no pondrás en manos mercenarias.

Al aderezarlas, por ejemplo, ó corregir las irregularidades de un *follage ó bullarengue excesivo*, que rompiendo las proporciones armónicas de la talla, las deforma en vez de hermosearlas, como sucede á muchas de vosotras, siervas humildes de modas ilógicas con el carácter peculiar de belleza de cada una, que las cargan y abruman en lugar de idealizarlas; modas estúpidas, que por lo comun les impone, más que el buen gusto de una imaginacion pintoresca, el mercantilismo de las modistas y los fabricantes; al llegar, repito, á esos duros extremos, trátalas con dulzura y aun con mimo (que la mujer, acá entre nos, acostumbrada á dominar, es de suyo refractaria); y no con la brutalidad de aquel hotentote de marido, que, puesto en igual caso que tú, rechazaba las observaciones de su víctima acerca de la mayor sensibilidad de algunas de las partes de su cuerpo, para que no le diera en ellas, diciéndole por via de consuelo «*no tengas cuidado, que todo se andará como el palo no se rompa*».... ¡Quién se lo hubiera entregado á una prietecita que yo conozco!....

Cuando tengas, pues, que cortarles, sea tu mano suave y cariñosa como la de un amante, y en sus pequeñas enfermedades ligera como el ala de una mariposa y compasiva como la de una madre: las tijeras

siempre *bien afiladas* y *bien limpias*, y *no dejes de vendar las heridas que hicieres*, cubriéndolas con un lienzo humedecido en agua engomada, que se las preserve de los rayos verticales del sol y del azote de las lluvias.

Si la tristeza que notares en algunas de tus plantas proviene del *polvo*, que suele ahogar sus poros, ó de la contínua sucesion de algunos insectos, como sucede al rosal con la *mosca verde*, que vive de sus renuevos, lávalas y enjúgalas con aguas puras y cristalinas; pero usa para ello de una pluma blanda como la que acostumbran las de tu sexo pasarse por el rostro para suavizar y desleir los afeites; de lo contrario irritarias su delicada tez.

Pero hay situaciones todavía más críticas porque comprometen desde luego la vida ó la salud de las plantas, y se anuncia por un síntoma grave en las *estremidades*, ó en *las articulaciones*. Los horticultores divagan acerca de la causa por falta de sentido moral en sus observaciones, y pudieran dar con la verdadera al no poder asignar ninguna física al *desecamiento súbito* ó *paulatino de algunos ramos*. Yo por mi parte cuando *la física* me abandona, acudo á *la moral*: con mayoría de razon en este caso. La flor, que por su belleza, su fragilidad y su destino tan tiernas relaciones tiene con la mujer ¿por qué no habia tambien de tener su sensibilidad? ¿Y quién dice que no la tiene? ¿No sabe todo el mundo, hasta los chiquillos de la doctrina, que las flores no son sino *sílfides encantadas* (sin duda por algun pecadillo como el de la gran mamá del género humano). ¿Y cómo tales no podrían tener sus pesadumbres? Sí, señorita, que las tienen á veces muy grandes: herencia y legado comun *de todas las cosas terrenas*, el dolor, lo mismo visita al monarca que al súbdito, al malvado que al virtuoso, á la matrona que á la doncella; lo mismo al ave que al cuadrúpedo; lo mismo á la *rosa* que á la *violeta*.

¡Pobres flores! La ingratitud de una mariposa, el desamor del colibrí, la veleidad del Céfiro, una brutal caricia de Bóreas, ó una dura mirada del sol las afectan y entristecen.—Si no vuelve el ingrato; si no repara la amorosa pena, si no lava con sus besos la abierta herida, exacervado el pesar, dobla mústia la pobre flor la hermosa cabeza: en su dolor deshoja ella misma su guirnalda, y progresando el mal, mina-

da su existencia, pronto presentan sus miembros los negros cardenales de la hipocondría, toman sus hojas la tinte enfermiza de la ictericia y empieza la muerte á labrar su tumba en sus desecados ramos.

En nosotros empieza la gangrena por el corazon; en las flores por las extremidades; pero, como en nosotros, *cortándola á tiempo, se contiene.* Inhumanidad parece añadir afliccion al afligido; pero no hay otro remedio: corta, pues, el ramo enfermo, amputándolo *sobre la parte todavía sana*: si no lo haces así por una piedad mal entendida, se propaga el cáncer hasta llegar al corazon de la planta, y muere irremisiblemente.—*Este es el más útil y frecuente empleo de la tijera; no lo olvides.*

Con este y los otros consejos que te he dado en esta carta y con las reglas que detallan las demás para todos los casos y situaciones de un jardin, verás coronados tus esfuerzos, recompensados tus cuidados: sigue al pié de la letra mis reglas y mis consejos; pero grábalos más en el corazon que en la memoria, que las plantas quieren más cariño que ciencia: así tendrás tesoros de verdura, bellas y ricas carnaciones, colores puros, matices virginales en tus flores: ningunas serán más bellas que las tuyas, ningunas más fragantes; y no será este tu único placer, tu mayor riqueza. Tus amigas te envidiarán la pucha de tu seno, la guirnalda de tu cabeza, porque no saben cuanto más envidiable es la dulce calma, la inocente alegría en que rebozará tu corazon. La salud, el contento del alma te pintarán en el rostro sus encarnadas rosas, y ellas te conquistarán más simpatías y tierno interés que á otras la palidez de los insomnios y los colores facticios del sarao.

Pero este opúsculo sería todavía más incompleto de lo que lo es, si no te iniciase en uno de los más importantes secretos de las flores, cual es el de su *fragancia*, ese álito dulcísimo, que difunden y es uno de sus mayores hechizos.... ¿Y no sabes, en efecto, qué cosas son esos átomos invisibles, que vienen á halagar tus sentidos, sin percibirse la mano ni la fuerza que los impele y los trae á tú embriagado olfato? Voy á decírtelo, pero ¡¡muy en secreto!! que esto no es para los profanos, apénas iniciados en las teorías groseras del paladar y el mecanismo de la masticacion.

Cada flor.... acerca bien el oido.... Cada flor es un arcano mis-

terioso, en que se obran grandes prodigios.—Al sentir esas emanaciones balsámicas, que no se ven venir y llegan; que el vulgo llama *olor*, por decir un nombre, aunque no comprenda la cosa; repara bien, recoje los párpados, hazte con la mano un lente, y verás elevarse á bandadas del entreabierto seno de cada flor poblados enjambres de espíritus diminutísimos, de ala y cabellera perfumada, que salen loqueando á jugar á los ósculos, triscar y bullir en el jardin, embalsamando su ambiente.—Síguelos en sus fantásticas evoluciones y los verás, ora prenderse enamorados á tu cabello, ora libar picaruelos tus lindos labios; ora bañarse en las ondas de tu aliento, ora en fin columpiarse juguetones en los rayos de tu mirada, y al menor ruido, al más ligero movimiento huir despavoridos á esconderse en los pliegues de tu vestido, entre las flores de tu peinado, impregnándote toda de sus dulces esencias.

Entonces sentirás entrar á oleadas en tu pecho un aire purísimo, que lo dilata con un sentimiento inefable de placer y bienestar, y conocerás entonces que Dios nos ha hecho la dicha fácil y que la ha puesto más cerca de nosotros de lo que piensan los que la buscan en las satisfacciones de la ambieion, en los cofres de la riqueza, en las orgías del vicio ó en las fascinaciones de la escena y de la novela.

Y no me digas que aquí he dejado de ser historiador por ser poeta. Los poetas son tambien historiadores; lo que hay es que á ellos les es dado ver las cosas invisibles, y mantener comercio con los espíritus. Por eso no aciertan y se pierden en las materialidades de la vida vulgar, prosa mercantil, indigna de su lengua de oro. Pero poeta ó historiador, soy amante de las flores y he cedido á la mision que me sentía de predicar su culto, de propagar su aficion.... ¡Quiera Dios que no hayan sido vanos mis esfuerzos!.... aunque con haberte conquistado á tí á su amor y á que les erijas un templo en tu jardin, me doy por satisfecho, y más todavía, si alguna vez resuena en él el nombre de *Tu amigo*

MANUEL DE MONTEVERDE.

# CONFERENCIAS FILOSOFICAS.

**[Segunda série.]**

## LECCION VEINTISEIS.

SUMARIO. Clasificacion de los sentimientos.—Primera division: sentimientos primitivos y derivados.—Primer grupo: sentimientos de conservacion.—Segundo: sentimientos de acometividad.—Tercero: sentimientos de ternura.—Sentimientos derivados por diferenciacion.—Cuarto grupo: sentimientos estéticos.—Quinto: sentimientos de actividad.—Sexto: sentimientos intelectuales.—Evolucion de los sentimientos dentro de cada grupo.—Causas de esta evolucion: condiciones de la sensibilidad, leyes de la ideacion, diferenciacion orgánica y funcional en los individuos.—Los cuatro momentos de la sensibilidad representados en la evolucion de cada sentimiento.—Sentimientos derivados por composicion.—Análisis de tres grupos escogidos como ejemplos, para indicar su formacion.—Sentimientos religiosos.—Sentimientos artísticos.—Sentimientos morales.—Fórmula general de la actividad emocional.—Influencia de las emociones en los actos orgánicos y psíquicos.—Difusion emocional.—El tono emocional.—La ley del mayor interés.—Correlacion de todos los estados anímicos.

SEÑORES:

Cuando se considera la infinita variedad de emociones y afectos que agitan y mueven al hombre, durante todo el curso de su vida; la diversidad de aspectos que revisten; los casi imperceptibles matices que los diferencian; la complegidad de sus elementos ya sensibles, ya

intelectuales, ya volicionales; el mero deseo de reducirlos á clasificacion parece temerario empeño. Ya Spinoza advierte que es fácil describir un número de pasiones mayor que el de los términos corrientes con que se expresan; y si notamos que psicólogos tan sutiles en el análisis de los estados mentales como Bain y Horwicz se han quedado cortos en la tarea de enumerar los sentimientos, y no han logrado echar las bases siquiera de una clasificacion científica, podrémos apreciar debidamente la gran dificultad de nuestro propósito actual.

Sin embargo, reduciendo, como reducirémos, nuestras pretensiones á determinar los fundamentos de una síntesis de los estados emocionales y á señalar los diversos canales de su evolucion, nos bastarán las observaciones presentadas en la conferencia anterior, para basar una clasificacion, que vendrá á ser, con ligeras modificaciones, la que ha dado á luz recientemente el profesor ruso Grote.

El concepto mismo de emocion ó sentimiento excluye la simplicidad, puesto que se trata de estados complejos de por sí; no obstante, considerando que algunos traducen solamente esas necesidades primordiales del organismo que ya hemos reconocido, y otras tienden á manifestar ya necesidades derivadas, ya las resultantes de más de una necesidad, podemos separar grupos de sentimientos, y atribuirles el carácter de simples y primitivos, con respecto á los restantes.

La necesidad suprema, para todo organismo, de conservarse, y, por tanto, de adaptarse, se manifiesta en funciones correlativas, como son las de nutricion, crecimiento y reproduccion. Sordo es para la conciencia, pero no ageno su constante trabajo; á más de la resonancia orgánica del funcionamiento vital, cada vez que por exceso ó defecto el proceso de alguna de esas funciones adquiere un relieve temporal, el placer ó el dolor se encargan de advertirlo á la conciencia, para su posible perpetuacion ó cesacion; y como á más de las confusas representaciones del estado orgánico, se establecen desde temprano relaciones precisas entre los cambios internos y sus causas objetivas inferidas, á esos llamamientos de la sensibilidad se unen las percepciones y representaciones de esos objetos y vice versa; y de aquí esos estados compuestos que estamos estudiando, sometidos á la par á las leyes del placer y del dolor y á las leyes de la ideacion.

Así tenemos todo un grupo de conmociones, emociones y sentimientos que corresponden á cada una de las dos formas primordiales que toma al satisfacerse la necesidad de nutricion; y otro no ménos importante, que corresponde á la de reproduccion.

He dicho grupo, porque constituyendo la vida una rapidísima sucesion de cambios de estado en un organismo, determinados por las solicitaciones de su medio, la satisfaccion de una sola necesidad, áun la más primordial, reviste muy diversos aspectos, segun el acopio ó gasto de fuerzas mediante los cuales se verifique; y así se determina una evolucion necesaria dentro de cada estado emocional siendo imposible presentar uno dominante que dé nombre al grupo, donde todos son correlativos.

Colocarémos, pues, como primer grupo el de los sentimientos que acompañan á la asimilacion de la materia inorgánica, y que tienen por objeto servir á la conservacion personal, segun la definicion de Grote. Este autor restringe á este grupo el nombre de *sentimientos de conservacion*, que pudiera darse asimismo al siguiente, pero que conservarémos á falta de otro más adecuado. Aquí tenemos como términos opuestos, el sentimiento del peligro, que produce el miedo, y la seguridad, la confianza de que ninguno nos amenaza.

En segundo lugar viene el grupo de «los sentimientos que acompañan á la asimilacion de la materia orgánica, y que tienen por objeto secundarnos en la *lucha* por la existencia». En lugar de sentimientos de *irascibilidad*, como propone Grote, los llamarémos sentimientos de *acometividad*. Como tipos presentarémos, el sentimiento de la oposicion, que produce el odio, y la victoria, el contento por haber vencido el obstáculo.

En tercer término vienen los «sentimientos que acompañan el contacto orgánico, y que son necesarios á la conservacion de la especie, á la sociabilidad». Estos son los sentimientos de ternura, de que podemos dar como ejemplos el sentimiento que produce la ausencia de un sér querido, y el que se deriva de su presencia y posesion.

Estos son, en realidad, los grupos que podemos considerar como primitivos; dentro de ellos se produce una evolucion, que pronto estudiarémos, y que constituye momentos diversos de un mismo sentimien-

to genérico y su extension en la esfera objetiva, es decir, su traslacion á objetos distintos de los que le dieron orígen; pero á compás de la diferenciacion orgánica, y á medida que se extiende la esfera de accion individual, surgen sentimientos derivados, unos por diferenciacion de los órganos y funciones, otros por composicion de las mismas emociones que se consideran como primitivas ó más simples.

Los sentimientos derivados por diferenciacion pueden reducirse tambien á tres grupos; que corresponden á las tres formas derivadas de la comunicacion de los organismos superiores con el medio ambiente. La necesidad de conservarse, de triunfar y reproducirse subsiste, pero ampliando sus medios de manifestarse: hay una receptividad que nos da cuenta de las impresiones que hacen en nosotros los objetos, necesaria, en último término, para poder rechazarlos, esquivarlos, atraerlos ó acometerlos y que tiene á su disposicion los sentidos especiales; hay una actividad, que responde á esas impresiones, y que ejecuta todas esas acciones necesarias, servida por el sentido muscular; hay un centro de coordinacion de los resíduos de tan diversas impresiones, de las representaciones, que repite en lo subjetivo la vida objetiva, para influir poderosamente sobre ella, y reside en el aparato y los centros nerviosos. Cada una de estas formas más complejas del proceso vital posee su grupo de sentimientos.

Así tenemos los sentimientos que se derivan del ejercicio de los sentidos y que favorecen la inteligencia de los hechos objetivos; á que Grote ha dado el nombre de sentimientos *estéticos*, ateniéndose al sentido primitivo y etimológico de la palabra. Así, por ejemplo: la impaciencia que produce la falta de objetos nuevos que escudriñar, y la admiracion producida por los objetos dotados de novedad, belleza, fuerza, etc. Primer grupo derivado.

El segundo lo constituyen «los sentimientos que acompañan á la actividad y que favorecen la dominacion del organismo en el medio objetivo.» Son los sentimientos de actividad; donde encontramos como tipo, el insoportable estado á que nos reduce la inaccion forzada, y el sentimiento del valor propio, que indica la plena posesion de nuestras actividades en determinada direccion.

En el tercero aparecen los sentimientos que acompañan el ejercicio

de la inteligencia, como tal, y por medio de la actividad de los centros ganglionares dirigen todas las funciones precedentes, en vista de su armonía y coordinacion. Son los sentimientos que pudieran llamarse *intelectuales;* por ejemplo, la pena que produce la monotonía, y el placer vívisimo con que seguimos una peripecia interesante.

Tenemos así seis órdenes de sentimientos, tres que podemos considerar como realmente primitivos, y tres como inmediatamente derivados, por diferenciacion, y son: sentimientos de conservacion, sentimientos de acometividad, sentimientos tiernos, sentimientos estéticos, sentimientos de actividad, y sentimientos intelectuales.

Respecto á los tres primitivos creo haber indicado que sería posible extremar aún más la síntesis, comprendiendo los dos primeros en la denominacion de sentimientos de conservacion, pues tanto el acto de evitar ó recelar el peligro, como el de disputar la presa ó apoderarse de ella, dependen de la necesidad de conservacion; y áun si planteáramos el problema genético, quizás no sería difícil mostrar cómo los sentimientos tiernos pueden derivarse de los egoistas; pero, atendiendo á las necesidades del análisis que hemos emprendido, nos basta con la síntesis y division que dejamos transcritas.

Debemos ahora considerar, en primer término, la evolucion interna de cada uno de esos grupos de sentimiento, segun las diversas fases que reviste la sensibilidad; verémos despues las transformaciones objetivas que sufren, y cómo se verifica dentro de sus límites de clase el mismo proceso de diferenciacion ya conocido. Es decir, que vamos á ensayar una enumeracion dentro de cada grupo, segun los productos de la evolucion, de la asociacion y de la diferenciacion.

La primera division, la más natural, y la que puede precisarse más, es la que depende de los diversos momentos que puede presentar un estado emocional, segun la disposicion orgánica, y el acopio y gasto de fuerzas consiguientes, es decir, segun las condiciones ya conocidas, del placer y el dolor.

De una pena negativa, producida por el acopio de fuerza y falta de gasto, sabemos ya que podemos pasar á un placer positivo, cuando se equilibran el exceso de fuerza y el gasto abundante de ella; si éste continúa, y la fuerza acumulada llega á estar en defecto, un dolor po-

sitivo nos revela este desquilibrio funesto para la conservacion del indivíduo; pero si al defecto de fuerza respondemos con la disminucion ó cesacion del gasto, surge la forma de placer que hemos llamado negativo. En cada grupo de sentimientos deben producirse más ó ménos rigurosamente esas fases, reveladoras del estado de la sensibilidad general, si constituyen en efecto grupos naturales; pues de ese modo obedecen á las leyes que regulan el placer y el dolor. Pero aún no nos daríamos clara cuenta de este proceso, y nos pareceria extraña la inclusion de ciertos afectos bajo determinadas denominaciones, si no atendemos al influjo de las leyes de la ideacion, á la par de las de la sensibilidad. Por éstas, un mismo sentimiento va pasando insensiblemente de un objeto á otros; ocurriendo que á veces la sustitucion es tan completa, que ha llegado casi á desaparecer el objeto primitivo en la representacion que acompaña á la emocion. En las variadas relaciones del indivíduo con su medio, las relaciones de los objetos entre sí, ya de coexistencia, ya de sucesion, ya de causalidad, etc., hacen que un sentimiento pueda ir pasando de un término á otro de la série; en otros términos, que influyan en la representacion placentera ó dolorosa las leyes de disociacion, asociacion y construccion que le son inherentes.

Grote explica excelentemente este proceso con el siguiente ejemplo:

«Veamos la evolucion del sentimiento del *hambre*. Imaginemos el cachorro de un animal carnívoro, cuando se vé por primera vez obligado á proveer por sí mismo á su sustento. No conoce todavía los procedimientos que debe emplear para satisfacer su necesidad, para poner término al padecimiento que lo hostiga. Comienza á rondar por las cercanías de su guarida, pero corre, durante horas enteras, sin saber lo que busca, y su hambre permanece sin satisfacer. El dolor llega á ser insoportable y pasa á ese estado de intensidad que constituye la rabia, esa cólera sin objeto ni causa exterior que es un estado orgánico y no de orígen intelectual. Impelido por este sentimiento, redobla sus saltos y derriba cuanto encuentra en su camino. Supongamos que acaba por encontrar otro animal más débil y más pequeño. De súbito, siente que se despierta el instinto de la raza, el sentimiento de la rabia sin objeto se cambia por una metamórfosis natural en un sentimiento de odio por el objeto percibido, y se arroja sobre su presa. Supongamos

que logra su objeto, triunfa de su adversario y lo devora: el dolor se transforma en placer. Despues de muchos ensayos de este género, el sentimiento del hambre no podrá repetirse, sin que lo siga la idea del objeto que ha cambiado más de una vez esa pena en placer; y además como esa misma idea ha estado unida las veces anteriores al sentimiento del hambre, éste sufrirá ahora más pronto las metamórfosis que ha de sufrir y estará acompañado, casi desde el principio, de odio por el objeto posible de un encuentro deseado. Aquí tenemos, pues, un buen ejemplo de cómo se transforma una emocion sin objeto en un sentimiento con conciencia de la causa á que se refiere».

Es decir que la emocion ó conmocion producidas por las exigencias del apetito (objetivas, en cierto modo), resultan ahora de un nuevo objeto relacionado con el estado anterior del organismo. Pero vá mucho más léjos la sustitucion. Continuemos oyendo á Grote:

«Supongamos que el mismo animal, de que hemos hablado anteriormente, haya proseguido llevando la misma existencia durante muchas semanas, sin ningun accidente que lo haya destruido. Se ha alimentado con otros muchos animales, siempre más débiles que él, y que no podrán oponerle una resistencia séria; si se encuentra ahora con los mismos animales, sin hallarse atormentado en ese momento por la necesidad de nutrirse, no podrá, sin embargo, verlos sin sentir hácia ellos ese odio que se ha asociado tan estrechamente á su imágen. Pero como el odio no estará ya precedido en esos casos por ese otro sentimiento del hambre, que lo ha engendrado, es claro que despues de muchas repeticiones del mismo estado de cosas, el odio se habrá *disociado*, en parte, del sentimiento del hambre. Hay más; como el sentimiento del odio habia servido siempre de motivo á alguna lucha, en que el enemigo hacía resistencia, y como ésta debia producir mayor concentracion del odio, fácil venía á ser que ese sentimiento se asociase á la idea de resistencia *en general*. Desde entónces no podrá el animal encontrar obstáculo á su actividad sin experimentar odio por el objeto que lo causa, y cuando un árbol le intercepte el camino, experimentará hácia él ese mismo sentimiento que ántes sólo le inspiraban los objetos de su apetito. De este modo la emocion que estamos considerando se disociará poco á poco de las ideas que le han servido de punto de partida'

y se unirá á ideas de muy distinto género. Y si, por ejemplo, un animal que se habia nutrido de carne, pasa—durante muchas generaciones y bajo la influencia de un nuevo medio—á un régimen de alimentacion vegetal, de suerte que el hambre no necesite transformarse en odio para ser satisfecha, podrá suceder que la disociacion entre estas dos emociones vecinas llegue á ser completa, y que el odio se asocie para siempre y por una disposicion hereditaria á la idea de resistencia cualquiera, excepto la lucha con el objeto que debe servir de alimento. Esto nos explica por qué el hombre no experimenta casi nunca odio hácia el animal que mata en la caza, y es, sin embargo, amenudo víctima de ese sentimiento en otras distintas circunstancias«.

Consideremos además que, á medida que se acentúa la diferenciacion orgánica y funcional en indivíduos más perfectos, los grupos de sentimientos han de adquirir una más rica diferenciacion interna; así, por ejemplo, aunque dependientes todos de la funcion nutricia, los estados emocionales que se relacionan con los actos de la respiracion se diferencian en el hombre de los que dependen directamente de la circulacion; y de un modo más neto, en las emociones tiernas, las que se derivan primordialmente del contacto forman un sub-grupo muy diverso de las que provienen de los órganos especialmente afectos á la reproduccion. Así podrémos apreciar la riqueza y diversidad de estados emocionales que se comprenden en los diversos momentos de cada grupo de sentimientos. Veamos, pues, sumariamente su evolucion.

En el primer grupo, ó sea de los sentimientos de conservacion, representan la pena negativa, afectos como el temor, el recelo, el miedo; cuya transicion natural á un estado de equilibrio, es decir, al placer positivo, vienen á ser, la confianza, la esperanza. El dolor positivo en este órden está caracterizado por el terror, la desesperacion; y el placer negativo, por la calma, la tranquilidad de espíritu que produce la seguridad restablecida.

En el grupo de los sentimientos de acometividad, se colocan en el primer momento el hambre, la cólera; en el segundo, la saciedad, el contento por la victoria. El dolor positivo está representado, por el disgusto, el asco, la antipatía, el odio; y el placer negativo, por el sen-

timiento de la armonía restablecida, de la reconciliacion, de aquí el perdon, la clemencia, la bondad.

En el tercer grupo, que es el de los sentimientos tiernos, el de los sentimientos sociables, tenemos la pena negativa que nace de la ausencia del objeto querido, la tristeza, la afliccion; el placer positivo que da la posesion, el amor satisfecho, la ternura; el dolor positivo que se revela por medio de los celos, del desencanto, del conocimiento de una traicion; y el placer negativo, que se encuentra en la indiferencia, como término de un cariño extinguido.

En el grupo de los sentimientos que Grote llama estéticos, como es ya un grupo derivado, la complejidad es muy grande, pero escogerémos algunos que sirvan de tipos. Así el dolor negativo se produce aquí por la espectativa, la impaciencia, el deseo de novedades (en lo objetivo); el placer positivo, por la admiracion, elemento primordial del sentimiento muy complicado de la belleza; su contrario, por la discordancia, elemento importante en la repulsion que inspira lo feo; y el placer negativo, por ese afecto especial que nos produce el restablecimiento de la armonía en los objetos, la correccion inmediata de lo intencionalmente deforme ó defectuoso, la impresion de lo humorístico ó meramente jocoso.

En el quinto grupo, que es el de los sentimientos de actividad, tenemos perfectamente caracterizados los cuatro momentos: el de la pena negativa en la inaccion, en la quietud forzada; el del placer positivo, en la manifestacion de la fuerza, en la energía, en el valor; el del dolor positivo, en la fatiga que sigue al esfuerzo prolongado, en la debilidad, en la postracion; y el del placer negativo, en el reposo.

Los sentimientos intelectuales, que constituyen el sexto grupo, manifiestan el estado de dolor negativo, de falta de empleo de las fuerzas acumuladas, en el tédio y la monotonía; el placer positivo, en esos sentimientos que produce la novedad, la variedad y que caracteriza el interés; el dolor positivo, en el embarazo, la indecision, el sentimiento de contradiccion; y el placer negativo, en la terminacion del estado anterior, el acuerdo, el asentimiento.

Este rápido bosquejo de los sentimientos variadísimos que pueden comprenderse bajo cada uno de los grupos primitivos é inmediatamen-

te derivados, nos dá apénas una idea de la multiplicidad de los estados emocionales del hombre. Dije ántes que habia otra especie de sentimientos derivados por composicion; y aquí es donde ningun talento descriptivo bastaria á reducir á número su contenido. La correlacion de los órganos y funciones, las relaciones del indivíduo y su medio, las predisposiciones hereditarias, las asociaciones y disociaciones de ideas, todo contribuye á que elementos disgregados de los más distintos grupos emocionales concurran á formar una emocion, un sentimiento único, á que quizás dá tono y carácter la idiosincracia del indivíduo en que se produce. Así comprenderémos cómo tantos millares de artistas y poetas, en tan diversos tiempos y en pueblos tan desemejantes, han podido presentarnos tan innumerables ejemplares de las pasiones humanas.

Excusado sería, por tanto, que intentáramos una enumeracion de los sentimientos compuestos; pero debemos presentar algunos grupos característicos, cuyo análisis somero nos indique su manera de formacion. Escogeré para esto, esos sentimientos que se han considerado siempre como los culminantes en la evolucion del espíritu humano: los religiosos, los artísticos y los morales.

El hombre, débil y limitado ante lo objetivo que lo conmueve, lo sacude y lo aterra con fuerza irresistible, se siente poseido de una especie particular de terror que se ha llamado religioso, y que tiene tantas formas como grados hay en la escala de la civilizacion; á este núcleo van agregándose otros sentimientos no ménos eficaces: el reconocimiento, la gratitud por el mal que ese poder nos ha evitado ó por los beneficios que nos ha dispensado; la admiracion por su grandeza, por sus obras; el amor, á medida que esa entidad abstracta va siendo revestida por nuestra facultad constructiva de atributos cada vez más antropomórficos. Por muy apartados que parezcan, el sentimiento que domina al salvaje cuando se postra ante su fetiche ó lo escarnece y golpea, y el que enardece el ánimo de un san Agustin cuando proclama á Dios *causa subsistendi, ratio inteligendi, et ordo vivendi*, no son sino manifestaciones diversas de una emocion, cada vez más compleja, más rica de elementos, pero siempre la misma. El salvaje comprende lo limitado de sus medios de accion, y se representa como infinita la

fuerza objetiva, con cuyo auxilio espera llegar á la satisfaccion de todos sus deseos; el filósofo se humilla ante las limitaciones de su inteligencia é invoca una razon suma, un órden y una causa permanentes que le descifren los misterios de que se halla rodeado. He aquí cómo el sentimiento religioso, en cualquier forma, es un sentimiento de dependencia del sugeto con respecto al objeto, del yo al no-yo.

El sentimiento que despierta la contemplacion de la belleza no es ménos complejo. Es un movimiento de simpatía que nos llama hácia los objetos armónicamente conformados. El verdadero sentimiento artístico no consiste sólo en la admiracion, que proviene únicamente del objeto; á ésta se une un movimiento interno de imitacion que se traduce por la expresion; de aquí el poder educador de los objetos bellos; y de aquí que nadie encuentre bellos sino los objetos que se acomodan á su modo de ser físico, intelectual ó moral: el secreto de la belleza es la armonía entre el objeto y el sujeto; como depende de dos términos tan variables es eminentemente variable: no hay quimera que pueda compararse á la de la belleza absoluta. Ahora la escala de esa armonía es muy vasta; puede consistir en la forma, por la simetría, en el sonido, por el ritmo, en el color, en las imágenes, en los caractéres, en los acontecimientos; y nos afectará tanto más cuanto esté más patente, cuanto sea más expresiva. Segun que un objeto reuna el mayor ó el menor número de estos elementos, será más ó ménos bello: segun que el sujeto esté en mejor ó peor disposicion para apreciarlo, estará más ó ménos dominado por el sentimiento de la belleza.

Los sentimientos morales tienen su raíz en las emociones tiernas, pero se elevan cada vez más con auxilio de las intelectuales hasta constituir un ideal de solidaridad entre los miembros de la gran familia humana, que vivifica y activa incesantemente ese sentimiento que constituye el más alto timbre de nuestra especie: el sentimiento del deber. Puesto que dentro de poco hemos de fijar nuestra atencion en la ciencia que estudia especialmente estos estados anímicos, tanto considerados como nocion, cuanto como sentimiento, basta por hoy que hayamos indicado los primeros elementos de su composicion.

Como habreis notado no ha sido meramente descriptivo este estudio; estudiando la evolucion, diferenciacion y composicion de los senti-

mientos, hemos patentizado al mismo tiempo que esas diversas fases de estados tan complejos están regidas conjuntamente por las leyes de la sensibilidad y las de la ideacion. Si ahora quisiéramos una fórmula general, que pudiera aspirar á presentarse como la ley de este departamento del espíritu, nos bastaria decir que en él vemos constantemente á las leyes de la sensibilidad determinando todo el proceso ideacional, para provocar la accion. Evitar el dolor, mantener el placer, aparecen aquí como un propósito constante de nuestros actos anímicos. Réstanos ahora, ántes de considerar el influjo que todos los estados ya conocidos tienen en las determinaciones voluntarias, decir dos palabras de la influencia de las emociones tanto en los actos orgánicos, como en los psíquicos; así apreciarémos de una sola ojeada la perfecta unidad de nuestro estudio.

La conmocion y, por tanto, la emocion, hacen en nuestro sensorio el efecto de una poderosa descarga, que tiende á irradiarse en todas direcciones; de aquí el fenómeno que llama Bain *difusion emocional.* El trayecto de esta onda emocional puede seguirse en sus distintas direcciones, y la vemos ya afectando los músculos, ya interesando las vísceras y las glándulas, ya provocando la actividad de los mismos centros ganglionares y produciendo los más variados efectos psíquicos.

La descarga de la onda emocional por los músculos es visible en las contracciones faciales, actitudes y movimientos que todos interpretamos como el lenguaje de la pasion; esto es lo que se ha llamado la expresion de las emociones. Las modificaciones en la entonacion de la voz, cuando estamos agitados por un movimiento del ánimo, y los movimientos del diafragma en la risa, son otros ejemplos cotidianos.

Ménos aparente, pero no ménos cierto es el influjo de las emociones en las vísceras y glándulas. Las lacrimales, las mamarias, los órganos de reproduccion, los digestivos, la piel, el corazon y los pulmones son más ó ménos profundamente afectados por determinadas emociones. El miedo, segun Küss y Duval, paraliza los nérvios del intestino y particularmente sus vaso-motores, por lo cual produce la afluencia de productos líquidos en el tubo intestinal. «El corazon, dice Claudio Bernard, es el más sensible de los órganos de la vida vegetativa; es el primero que recibe la influencia nerviosa cerebral. El cerebro es el

más sensible de los órganos de la vida animal; es el primero que recibe la influencia de la circulacion de la sangre. De aquí resulta que estos dos órganos culminantes de la máquina viviente están en relaciones incesantes de accion y reaccion». Asimismo podriamos estudiar los efectos emocionales en las demás vísceras y aparatos glandulares; recuérdense las lágrimas, el sudor, el rubor, etc.

De este influjo constante de nuestras emociones en toda nuestra vida así vegetativa, como animal resulta ese estado general del espíritu que pudiéramos llamar el tono emocional, y que, cuando las solicitaciones de lo objetivo ó los mandatos de una voluntad enérgica y advertida no lo impiden, dirigen á su grado el proceso de nuestras ideas. Inútil sería presentar aquí ejemplos de cómo determinan la emocion y la pasion no sólo nuestros juicios y raciocinios, nuestras construcciones imaginativas, sino á veces hasta la produccion de imágenes tan netas que nos llevan á la alucinacion. Ya lo hemos indicado suficientemente, y es materia de fácil observacion. Lo que nos importa es notar que ésta es una de las causas más predominantes y ménos advertidas de nuestras asociaciones de ideas. De tantas como pudieran producirse, dada una igualdad de condiciones, la emocion dominante, el tono emocional, hace que una sea la preferida. Hé aquí cómo se explica la ley del mayor interés de que parecen en un momento dado revestirse ciertas ideas; y hé aquí cómo volvemos á notar que todo se encadena en nuestro espíritu; porque tantas y tan diversas funciones no son sino momentos correlativos de una actividad en ejercicio. El intelecto dá la imágen y como el contenido á la emocion; la emocion dá impulso, tono y calor á la inteligencia; y todo viene á resolverse en una determinacion interna que se traduce al exterior por un acto.

## LECCION VEINTISIETE.

SUMARIO.—Ultima fase del arco psíquico: respuesta del sujeto al estímulo transformado.—Ciclo de antecedentes que determinan un acto.—Primer momento, apeticion.—El apetito y su evolucion.—Gradualidad de la conciencia en estos estados.—Tendencias.—Diferencia entre las inclinaciones y las tendencias.—El deseo.—El deseo es la tendencia á realizar un acto útil ó agradable en sí ó en sus consecuencias.—Las previsiones que despierta el deseo se convierten en motivos.—Leyes de la vida mental en esta esfera de su actividad.—Ley del hábito: análisis y fórmula.—El carácter.—Ley de determinacion de los deseos.—Fórmulas y análisis de esta ley.—Conflicto de los motivos.—Casos que pueden presentarse.—El *equilibrium arbitrii* y el asno de Buridan.—Período de deliberacion.—Problema de la libertad moral.—Como llega el sujeto á escoger, determinándose.

SEÑORES:

Si hemos logrado formarnos un cabal concepto de la manera de funcionar nuestro espíritu, necesario es, una vez más, que tengamos presente el sencillo esquema que trazamos desde el principio, y que hemos procurado descubrir siempre debajo de la diversidad infinita de los estados anímicos más complejos: el arco psíquico, que corresponde al arco nervioso, un estímulo objetivo, una modificacion subjetiva, una accion subjetivo-objetiva.

Hemos considerado la multiplicidad de formas que puede tomar el estímulo, dadas las incesantes y varias relaciones del indivíduo con su medio; hemos seguido el largo proceso de las transformaciones que puede sufrir una sensacion incidente, y mejor dicho, una percepcion que es, para nosotros, la verdadera unidad psicológica; y ha llegado el momento en que nos ocupemos en la última fase, en la de la respuesta del sujeto al estímulo transformado.

Nótese que nos fué relativamente fácil aislar el primero de los tres momentos, y estudiar las sensaciones con bastante independencia de los estados anímicos subsecuentes; pero que ya en el período de los estados intelectuales y emocionales hemos tenido que volver muchas veces atrás, para dar la completa filiacion de un fenómeno cualquiera.

Al llegar al tercer momento, esta constante preocupacion de mostrar la perfecta unidad de todo estado subjetivo nos obliga con mayor fuerza á considerar los estados iniciales, para que así quede patente la perfecta dependencia de un acto, con respecto á los estados anímicos antecedentes, su perfecto determinismo.

Si consideramos el acto de cerrar los párpados súbitamente en plena vigilia, é inquirimos su antecedente, vemos que una luz repentina ha venido á ofender nuestra vista, ó un insecto impertinente ha irrritado las pestañas, ó una representacion del acto en sí se ha verificado en mi intelecto, seguido del deseo y la realizacion del mismo. Esta representacion ha podido ser provocada de muy diversas maneras.

En los dos primeros casos, en que el acto se llama involuntario, no hay duda de que ha sido perfectamente determinado por solicitaciones objetivas, y todos vemos allí una consecuencia necesaria de antecedentes dados. En el último caso, en que se llama voluntario, hay una solicitacion subjetiva: la representacion del acto, por lo ménos los signos verbales con que representamos el acto, y cuando no y en último caso, la tencion y disposicion muscular que deben preceder á los movimientos necesarios para realizarlo. En realidad, toda la diferencia entre esos casos estriba, en que en el último tengo conciencia de mayor número de las fases en que se divide la accion. Pudiera decirse que hay otra más importante, la de que pudo oponerme á mi deseo, á pesar de la representacion, y no cerrar los párpados. Esto se explica por la mayor suma de conciencia que permite que me dé cuenta de la nueva modificacion interna que sobreviene y tuerce el rumbo del fenómeno: el deseo de oponerme al primer deseo, de mostrar mi poder voluntario.

En el caso anterior, si sobreviene cualquiera modificacion, como no se verifica el acto, no tenemos conciencia de ello. ¡Qué sabemos de todos los actos reflejos que abortan? Una sensacion más fuerte solicitando otro sentido, puede impedir la accion refleja; así como podemos impedirla, cuando de antemano sabemos que se va á provocar y no queremos que se verifique. Es muy comun ver dos niños que se miran fijamente, apostando quién guiñará más tarde los ojos, ó contendrá

más tiempo la risa; es decir, quién resistirá más al estímulo aplicado á los músculos de los párpados ó de la boca.

Lícito parece, pues, afirmar que todo acto tiene su ciclo de antecedentes que lo determinan, y para la claridad del análisis es conveniente separarlo en momentos distintos. Estudiaremos así la *apeticion*, que es el período inicial, la fase de incubacion—en que pueden comprenderse todas las formas de la actividad psíquica ya conocidas,—la *determinacion* luego, que es el momento capital, el de la resolucion, el del mandato, y por último, la *actuacion*, que cierra el círculo.

La apeticion comprende todo el período de estimulacion, por consiguiente, todos los fenómenos que pueden determinar la representacion de un acto que se apetece; pero aquí nos limitaremos á considerar el desarrollo de los estados mentales solo en cuanto envuelven esa cualidad de apetencia. La primera forma en que conocemos un estado de esta clase es en la de tal *apetito*, que es la manifestacion de las necesidades orgánicas por medio de un estado que empieza por una desazon y acaba por un dolor.

Ya hemos visto de dónde arrancan las necesidades, y siendo como son consecuencia forzosa de la organizacion del indivíduo y sus funciones primordiales, no nos sorprenderá que manifiesten como carácter primero la intermitencia, sin la cual, la vida psíquica se reduciría á una sucesion de descargas nerviosas, á un movimiento vertiginoso de actos reflejos.

Desde el momento en que hay un intervalo entre dos manifestaciones del mismo apetito, concebimos la posibilidad, más aún, la necesidad de una evolucion. A los llamamientos imperiosos del primer momento que nos llevan á la satisfaccion de la necesidad por cualquier medio, sigue la experiencia de los que se han puesto en práctica para ese fin, y así cada apetito, como estado mental, entra en relaciones variadas con otros estados subjetivos, y forzosamente se modifica. Obsérvese la impetuosidad con que atiende á sus apetitos el niño ó el salvaje, cuan desemejante de la forma con que esos mismos apetitos solicitan al adulto educado, segun se revelan por los distintos medios que ponen en juego unos y otros para satisfacerlos. En esta fase de su evolucion, el apetito va á solicitar rememoraciones diversas, entran

en juego estados intelectuales, el circuito es más largo, y algo más se tarda la satisfaccion. Veamos lo que puede ocurrir en ese intervalo.

Dada la estructura de los centros nerviosos, una fuerza incidente que no encuentre obstáculos recorrerá su circuito en el mínimun de tiempo y con el máximum de energía, sufriendo el menor número posible de desviaciones; pero desde el momento en que los encuentra, ha de tardar más en su curso y su esfuerzo debe irradiar en distintas direcciones, de donde una vibracion más ó ménos prolongada de la masa ganglionar, ó de porciones de ella. Hablando ahora en lenguaje psicológico, miéntras el apetito estimula con fuerza incontrastable, los movimientos que han de darle satisfaccion se sucederán rápidamente y con grande energía; pero cuando ese estímulo se encuentra contrastado por rememoraciones de pasadas experiencias, ha de producir un retardo y se han de suscitar estados mentales concomitantes que modificarán el resultado final.

Estos estados pueden ser y son más ó ménos conscientes; pues dada la interpretacion fisiológica que hemos presentado del fenómeno primordial de la conciencia, es claro que, á medida que las vibraciones vayan dilatándose y perdiendo de su energía inicial, han de sucederse fenómenos conexos, pero cada vez ménos conscientes. Así es como un apetito, á más de fenómenos de órden intelectual ó emocional perfectamente delimitados, presenta fenómenos preconscientes y subconscientes de todas clases, que modifican el carácter total del estado de conciencia considerado en su integridad.

Ya hemos visto en lecciones anteriores todo el influjo que las inclinaciones tienen en la vida emocional; y aquí podemos considerarlas como verdaderos apetitos inconscientes, en el órden complejo de las emociones: ahora bien, estos apetitos sordos que entran en vibracion por influencia del apetito actual y preponderante, pueden concordar con él y aumentar su energía; pueden discordar, y neutralizarla, ó debilitarla, ó hacerla torcer de rumbo. Hé aquí cómo estados concomitantes é inapreciables para la conciencia plena, pueden deshacer toda la obra del más poderoso de los apetitos. Y claro es que si así no fuera, el hombre no sería susceptible de educacion, y sus impulsos tendrian el carácter arrebatado y ciego que distingue los del bruto.

Mas no solamente las inclinaciones, en el órden inconsciente, entran en juego para modificar el impulso inicial del apetito, hay otros estados subconscientes que desempeñan un papel importantísimo: *las tendencias.*

A primera vista parece que sólo por mera sutileza podemos distinguir estos estados; pero no hay tal: responden á esferas distintas de la vida mental. La inclinacion es preconsciente y supone siempre elementos de placer ódolor: la tendencia es subconsciente y se refiere siempre á la representacion de un acto; la una es del órden emocional; la otra del intelectual y áun debe contarse y se cuenta entre los elementos de la actuacion. «La tendencia, ha dicho excelentemente Colsenet, no es ni el amor, ni el ódio, sino la disposicion á producir un *acto* dado.»

Reconocida su existencia, salta á la vista su importancia para modificar el impulso inicial del apetito. Las tendencias son los resíduos que dejan nuestros actos frecuentes, una como tension del organismo nervioso en determinada forma, la direccion incipiente de la actividad muscular hácia tal ó cuál parte. Toda idea tiende á realizarse, mayormente si es idea de acto, si la representacion nos dibuja una série de movimientos coordinados; llevad este estado á una esfera inferior, en lo que á la conciencia se refiere, y tendreis la tendencia.

A cada paso vemos presentarse movimientos involuntarios que revelan la existencia de esos impulsos disimulados por actos más poderosos: así ciertos gestos en el que habla ó perora, ciertas expresiones en la conversacion, que se nos escapan á pesar nuestro.

Por poco que sea la tendencia favorecida por la emocion, su poder impulsor adquiere una gran suma de energía; y esta disposicion al acto ha de influir mayormente en el apetito, sea en pró, sea en contra de su direccion primera. Y si la frecuencia con que determinados apetitos se satisfacen de determinada manera ayuda á la formacion de esos estados que pronto estudiaremos, y que llamamos *hábitos*, los ya contraidos acuden á activar, impedir ó modificar el estado que nuevamente se produce.

Hé aquí cómo pierden los apetitos, sin salir del dominio de lo subjetivo, esa fijeza de direccion automática que los hace incontrastables

en ciertas ocasiones. Por otra parte, ya hemos hablado de la experiencia, la cual supone que diversos elementos objetivos concurren á la modificacion del acto mental, y es claro que la percepcion no puede de ningun modo ser indiferente. Una fiera, estimulada por el hambre, sentirá modificado su apetito, segun que corra en libertad en busca de una presa, ó esté detenida por los hierros resistentes de una jaula. Un hombre colérico que se apoderaria ávidamente de una pistola y quizás la dispararia sin titubear sobre su ofensor, se detiene, y quizás se sosiega á la vista de un niño que llora.

La ley de antagonismo de los estados mentales, que más de una vez hemos visto ya en juego, entra aquí, por lo expuesto, á desempeñar su papel, y provoca la seleccion, cuya consecuencia es la evolucion. En efecto; el apetito, modificado por todos esos nuevos estados de diversa especie que encuentra ó provoca á su paso, entra en una nueva é importante fase que se llama *deseo*.

Conviene evitar aquí una falsa interpretacion. No es esto decir que todo apetito haya de pasar por esa fase, sino indicar que el deseo es un estado mental derivado del que acabamos de estudiar. Así es en efecto, y aquí asistimos á una de esas notables trasposiciones á que nos ha acostumbrado la asociacion. Así como el apetito ciego se distingue porque se dirige á la accion, sin cuidarse de los medios; y el apetito ya templado por la experiencia tiene en cuenta la representacion de los modos de accion, y ha hecho, por decirlo así, el saldo de los estados placenteros y penosos que de ellos resultan; pero uno y otro tienen su raiz en la necesidad orgánica que levanta imperiosamente la voz; el deseo, orgánico en el fondo, se presenta á la conciencia como provocado por la representacion de un acto ó de una série de actos agradables. Estamos en plena actividad intelectual, el poder constructivo está en juego, la prevision enjendra el deseo. Parece que hemos trocado la série, y que la causa del acto viene despues de su efecto; pero es claro que la causa no es, ni puede ser, el acto que aún no se ha realizado, sino su imágen que despierta un estado emocional, que aguija la tendencia, y es ya un principio de realizacion. En todos nuestros deseos somos finalistas; pero ya vemos cuán equívoca es la expresion de causas finales. El deseo es la tendencia á realizar un acto

útil ó agradable en sí ó en sus consecuencias. Para que exista, basta la concepcion neta del acto y la experiencia directa ó indirecta de sus cualidades.

Pero entre la concepcion y la realizacion viene siempre una série más ó ménos larga de movimientos que pueden venir tambien á la mente, la prevision de sus modos y de las consecuencias del acto puede estar limitada por la energía de la pasion, ó no estarlo, merced á un estado sosegado del espíritu; es decir, que conjuntamente con el deseo, con la imágen del acto, pueden surgir por asociacion representaciones de las fases intermedias, de los medios posibles de realizacion y de las consecuencias posibles, y cada uno de estos estados mentales suscita su vibracion emocional, y obra como fuerza concurrente ó como fuerza antagónica; todo segun la mayor ó menor riqueza de resíduos experimentales. Hé aquí cómo el deseo va á despertar previsiones que se convierten en *motivos* ya favorables, ya adversos; y esto representa el estado más frecuente de un espíritu medianamente cultivado.

Pocas veces obra el apetito ciego, pocas aún el apetito experimentado; basta un deseo para provocar una verdadera ebullicion de representaciones, es decir, de motivos, y es lo comun, que más de un deseo nos solicite. Véase de cuántos estados intermedios no va precedida cualquiera accion.

Cada órgano puede dar orígen á diversos apetitos, cada apetito, atenuando su fuerza impulsiva, puede transformarse en deseo, la copia infinita de nuestras percepciones y de nuestros actos concomitantes concurren á diversificar estos últimos, y como si todo fuera poco, el sentimiento viene á pronunciar su palabra. ¿Quién es capaz de determinar el número y los matices del deseo? ¿quién de dar reglas para preveer cuál quedará triunfante en la concurrencia que entre ellos se establece? No es posible hacerlo con rigurosa precision, la psicología, sin embargo, establece algunas generalizaciones, que nos demuestran cómo puede establecerse la unidad, en medio de esta diversidad de llamamientos ó impulsos diversos, como no es juguete el hombre en su estado normal de todas las fantasías y caprichos que revisten la forma del deseo.

Observemos un niño. La idea del juguete brillantemente coloreado que abandonó la tarde anterior, le sonrie al despertar, y lo busca solícito. A poco el vuelo de una matizada mariposa atrae su atencion, deja el juguete, y va tras ella. En su camino, el sonido de una flauta llega á sus oidos, y se le representa el pitillo que le regaló su hermano; éste es ahora el objeto de su anhelo; á poco clama por el desayuno, y apenas satisfecha la necesidad de nutrirse, está ya deseoso de volver al jardin, al aro, al columpio, á la pelota. Todo lo deja por reñir con su hermanita que trae una linda muñeca; y el premio de su fácil victoria es abandonado por la perspectiva de un nuevo traje que el aya le muestra: sus percepciones y representaciones no dan tregua ni reposo á sus deseos, y así pasa esos dias tan largos y tan llenos de satisfacciones y dolores, tan grandes los unos como las otras.

En medio de este vértigo, notamos, sin embargo, que ciertos objetos y ciertos actos parecen adquirir cierta preponderancia y fijar más tiempo su tornadiza atencion: quién emplea más tiempo en sus volteretas, quién hojeando un libro atestado de hermosas estampas, quién rascando las cuerdas de su violincito, quién ataviándose con extraños trajes.

Poco á poco estas ocupaciones adquieren una primacía manifiesta sobre las otras, y el niño tiene sus gustos; lo cual no quita que á veces, y áun con frecuencia, una nueva impresion determine el abandono de todo lo preferido por satisfacer un deseo más imperioso. Aquí vemos dibujarse las dos leyes más generales de todo este dominio de la vida mental. La ley del hábito, sin la cual no habria unidad en el carácter humano; y la ley de determinacion, cuya ausencia nos convertiria en meros autómatas.

Podemos formular, desde luego, la primera en toda su generalidad: el mismo movimiento provechoso se repite en las mismas condiciones.

El niño siente un placer no contrariado, ni seguido de pena mayor, en determinados actos, en el manejo ó la contemplacion de ciertos objetos, y cuantas veces esté en condicion de verificar esas acciones, las verificará; y la repeticion será un motivo de mayor facilidad, la cual venciendo mejor las resistencias, acentúa el placer; y así existirán tendencias y disposiciones que modificarán fácilmente los impulsos, lle-

vándolos por un mismo camino. Suprimid esta ley, y el hombre no saldrá nunca de la infancia. Necesario es que ciertos gustos predominen para que surja un carácter, y la cualidad dominante en el carácter moral es la repeticion de determinados actos. ¿Qué carácter atribuiríamos al sujeto que colocado exactamente en las mismas condiciones, procediera de distinto modo?

Mas tanto las circunstancias extrínsecas como las disposiciones internas del sujeto cambian, y á pesar de la ley del hábito, á pesar de que estemos á punto de ejecutar un movimiento fácil y provechoso, puede surgir una representacion ó presentarse una percepcion, que desvien el movimiento iniciado para constituir un nuevo estado anímico de más fuerza, porque es más interesante, porque armoniza mejor con el estado general y accidental del organismo, ó por cualquier otra causa, y entónces surge la ley de determinacion y cambia más ó ménos totalmente el acto.

Esta ley, en lo que al deseo se refiere, podemos formularla así: el deseo más poderoso determina el nuevo movimiento.

Lo dicho anteriormente explica su necesidad; sin ella, el hombre degeneraría en un autómata. Es necesario que á la inmensa variedad de relaciones respondan actos variados de acomodacion. De aquí viene la indecision que caracteriza á los ancianos. Su riqueza de datos experimentales es tal, que fluctúan siempre solicitados por diversos deseos, mejor aún, por motivos diversos; y no acaban de tomar el camino. El ideal humano está en un carácter, fijo lo bastante para no desviarse á cualquier viento, y dar unidad y continuidad á la vida, pero flexible cuanto sea necesario, para adaptarse felizmente á las exigencias de cada nueva situacion. De estas dos leyes se derivan otras que veremos desarrollarse al tratar de la actuacion. Ahora nos importa ver como en los motivos que pueden influir en la realizacion de cada deseo se verifican tambien las leyes establecidas, como se libran entre sí los mismos combates y provocan estados mentales igualmente interesantes.

Dada la organizacion mental que ya conocemos, es fácil ver lo que, sin esto, nos dice la experiencia, la multitud de representaciones y emociones que cualquier deseo suscita, y que en forma de concomitantes ó consecuencias del acto ideado acuden á favorecerlo ó contrariar-

lo. Veo una fruta pendiente del árbol y deseo comerla; pero ántes de tender el brazo para asirla, he percibido que no está en su perfecta sazon y me he representado que, al gustarla, la encontraré ácida y astringente y tendré que dejarla. Me detengo, pues. Pero acto contínuo pienso que, si la dejo allí, podrá ser atacada por los pájaros ó los insectos, ó pasarse si no acudo á tiempo, y que puesta en lugar seguro y adecuado se madurará sin riesgo y á mi entera disposicion, y podré saborearla en tiempo oportuno; ya no titubeo, y la cojo. Este ejemplo, poco complicado, nos dice claramente cómo funcionan y el gran papel que en nuestras resoluciones desempeñan los motivos. Fácilmente advertimos que pueden concurrir en gran número, y producirse lo que se ha llamado con gran propiedad el conflicto de los motivos.

En efecto, dada esta evocacion de representaciones que acompaña al deseo, vemos que pueden producirse solamente dos casos, ó los motivos suman sus fuerzas, nos llaman en una misma direccion, y el deseo llega á su realizacion con una presteza proporcional á la energía concurrente de los estímulos, ó los motivos se contrarían con fuerza desigual; y el resultado será el que examinarémos dentro de poco. Parece que podría ocurrir un tercer caso, cuando dos motivos opuestos concurrieran con igual fuerza; pero este caso meramente hipotético, y que realizaría el *equilibrium arbitrii* de los antiguos, no se compadece con la instabilidad que caracteriza nuestros estados de conciencia; cualquiera de las innumerables influencias objetivas ó subjetivas á que está incesantemente sometido el espíritu haría inclinar de uno ó de otro lado la balanza.

Un autor coetáneo, Mr. Renard, ha estudiado discretamente el caso, valiéndose del antiguo apólogo del asno de Buridan. Oigamos sus razones:

Supone que los adversarios del determinismo le oponen el caso en estos términos: «Coloquemos un asno entre dos haces de heno perfectamente iguales. No tendrá ninguna razon para decidirse por uno más que por otro, y de consiguiente morirá de hambre en el sitio».

A lo que contesta Renard: «Colocad vuestro campeon entre sus dos haces de heno, pero de tal suerte que no sea atraido por uno más que por otro, y reconocerémos con vosotros que debe perecer de hambre.

Es verdad que la experiencia parece desmentir tan extraña conclusion; pero ¿estais seguros de que la experiencia se haya realizado, ni de que pueda realizarse?

»En primer lugar halladme dos haces de heno tan semejantes que tengan el mismo color, el mismo volúmen, el mismo perfume, el mismo número de briznas de hierba. Esta identidad perfecta es necesaria para que produzcan una impresion idéntica. No es muy fácil de realizar, que digamos, y sin embargo, no es eso todo, ni con mucho. Buscadme tambien un asno que tenga el ojo derecho precisamente tan bueno como el izquierdo, y no tenga el hábito de menear los miembros de un lado más gustosamente que los del otro; ponedlo á una distancia rigurosamente igual de los dos objetos tentadores; tened cuidado que la luz los hiera del mismo modo. Así podréis producir una irresolucion de un instante. Pero, atended; todo esto no es nada. Una mosca que vuele, una ráfaga de viento que pase, un ruido que se produzca, es más de lo que se necesita para destruir ese equilibrio instable, es más de lo que se necesita para atraer á derecha ó izquierda la atencion y el hocico de nuestro indeciso personaje. Supongamos, por más imposible que sea, que nada de esto ocurra; la cabeza de la pobre bestia tiene que sufrir la accion de la pesantez, se inclina, se mueve, y adios todos vuestros arreglos. Hay que rehacer la experiencia, y correis el peligro de moriros, ántes de haber reunido todas las condiciones indispensables para que sea concluyente».

De este modo queda resuelto no sólo el caso hipotético del equilibrio, sino el frecuente de la fuerza desigual de los motivos; éstos pueden aumentar ó decrecer su energía segun las nuevas representaciones, los nuevos impulsos, los nuevos sentimientos, en lo subjetivo, segun las nuevas percepciones en lo objetivo, y el deseo fluctuará entre las distintas previsiones, hasta que una se refuerce de tal modo que arrastre la resolucion. Este período en que el espíritu fluctúa entre los motivos es lo que se ha llamado deliberacion: el resultado obedecerá siempre á la ley de determinacion, que aquí debe formularse así: el motivo más poderoso determina la accion.

Ahora bien, ¿hay medios para graduar el motivo más poderoso? En el rigor de los términos, no, porque, en un caso dado, depende de todas

las circunstancias intrínsecas y extrínsecas que constituyen en ese momento la tonalidad psíquica del individuo; pero, en tésis general, y gracias á la ley del hábito, si podemos preveer, dado un carácter, cuales serán para él los motivos más poderosos.

Esto abre la puerta al trabajo de la educacion, y plantea, en los únicos términos asequibles á la ciencia psicológica, el problema de la libertad moral.

Si nos hemos dado clara cuenta de lo que es la deliberacion, no nos sorprenderán las conclusiones á que vamos á llegar. El deseo suscita una representacion del acto, ésta suscita otras y otras con ella conexas, y cada representacion, como ya sabemos, está dotada de su fuerza atractiva. Cada una de éstas hace contrapeso á las otras, y mientras más concurran, más difícil será que la resolucion sea instantánea, hay mayor lugar á la deliberacion, hay más campo para que ésta ó la otra se refuerce, para que hablen los sentimientos, para que exijan los hábitos, para que se hagan oir las máximas de conducta, para que las mismas solicitaciones de lo exterior traigan su contingente; y todas y cada una de éstas son probabilidades á favor de que el acto final resulte más acomodado, provechoso, útil ó moral. El único medio, pues, de quitar á nuestros actos la ciega precision de un movimiento automático, es enriquecer nuestro intelecto por la experiencia, de modo que en cada deseo surjan las más variadas representaciones.

Pongamos un ejemplo muy sencillo. Tenemos dos personas irascibles: la una conoce el título 9º del libro 2º del código penal, y sabe cómo se castigan los delitos contra las personas; la otra, no. Ultrajados uno y otro, y dada la igualdad de situacion y condiciones, el segundo se precipitará á tomar satisfaccion, porque ninguna representacion, ni prevision le sale al paso; el otro será más cauto, procederá con más tiento, porque la prevision de las consecuencias de su conducta le presenta una série de cuadros, que no existen para el otro; y estas representaciones ejercen sobre su espíritu la consiguiente influencia. Los preceptos religiosos y morales, las máximas de conducta, los ejemplos, todos los medios de educacion, vienen á ser otros tantos *motivos*, que entran en pugna y salen vencedores ó vencidos segun su fuerza actual. El hombre no puede por tanto sustraerse al determinismo, pero si pue-

de en cierto modo educarlo y guiarlo, que es aquí vencerlo. No es un autómata; pero para no serlo necesita cultivar tanto la inteligencia como el sentimiento: la educacion es su verdadera redentora.

Pero ¿es que el hombre no se siente libre? Hé aquí el gran argumento de los kantistas, al que basta, sin embargo, contestar, que el hombre no se siente libre, sino irresoluto, indeciso. Preve diversas soluciones posibles; y á todo lo más que alcanza es á una especie de tanteo, en que lo auxilia la atencion. Al fin se decide ¿porque quiere? Sí, puesto que ese querer no es otra cosa que dejarse llevar hácia el acto que ha adquirido de súbito mayor preponderancia, merced á cualquiera de las pequeñas ó grandes causas que hemos estudiado. Ampliando su esfera de experimentacion, en el sentido más lato de la palabra, se mueve más desembarazadamente el espíritu, y esta amplitud de movimientos es, en cierto modo, una mayor suma de libertad. Si he logrado exponer con claridad mi pensamiento, no os parecerá paradójica esta sentencia que lo resume: el hombre no es libre, pero *se hace* libre. Empieza por obedecer, acaba por escoger; pero no escoge por capricho, escoge determinándose.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

# EL MUCHACHO Y LA TORTOLA.

## FABULA.

Por qué tan dolorida,
A cada instante exhalas,
Oh Tórtola inocente,
Esas quejas amargas?

¿Qué tienes? ¿qué pesares
Te aflijen? ¿qué te falta?
¿Es por ventura estrecha,
Respóndeme, la jaula

Que mi amor te previno,
Y donde no te alcanzan
Del insidioso gato
Las traicioneras garras?

¿El grano no te sobra?
¿No es abundante el agua?
¿No procuro que gozes
El sol de la mañana?

De este modo un Muchacho
Que una Tórtola guarda,
Viéndola entristecida
Con interés le hablaba,

Y la Avecilla entónces
Contesta estas palabras:
—Es verdad; pero al cabo
Me tienes encerrada....!

—Y esa es, Tórtola, sólo
De tu dolor la causa?
El Muchacho replica:
¿Por qué me la ocultabas,

Sabiendo que el remedio
Es fácil y se halla
En manos de quien quiere
Verte alegre y ufana?

Así diciendo, luego
De la prision la saca,
Y mientras afectuoso
La acaricia y la halaga,

De la tijera al golpe
Las plumas de las alas,
Le fué cortando todas,
Sin que una le dejara.

—Desde este instante tienes,
Le dice, aquesa ansiada
Libertad que me pides,
Y que á tu dicha falta.

La echa al suelo, y llorando
La Tórtola así exclama:
—¿Me dás libertad, dices,
Y me cortas las alas.....!

JOSÉ MARÍA DE CARDENAS Y RODRIGUEZ.
(Jeremías de Docaransa).

Abril de 1851.

# BIOGRAFIA DEL GENERAL O'FARRILL.

Tan brillante como en el campo de las ciencias es nuestra plana de notabilidades en el ramo de la milicia; hombres hemos tenido cuyas virtudes y hechos si no obtuvieron una fama universal fué por lo limitado del círculo de accion á que se contrajeron. Pepe Antonio, Chacon, Urrutia, Duquesne, Zayas, Santa Cruz, Revillagigedo y otros, cuyas biografías cuidadosamente hemos recopilado, llevaron hasta el sumo grado de abnegacion el anhelo de servir á su país. ¿Qué más pudiera pedírseles? ¿Cuándo hicieron más los que más brillaron por abarcar mayor esfera? Bien que para el mundo tal vez no aparezcan como héroes, nosotros debemos ver en ellos los mártires del deber y del honor, las antorchas del patriotismo, y la santidad de éste no debe inspirarnos sino respetuoso homenaje hácia la memoria de sus hechos.

No necesitáramos sin embargo este exordio si se tratára exclusivamente del hombre cuya biografía vamos á trazar, puesto que su nombre salvando las orillas de su pátria, resonó con honor en todo el mundo civilizado, mezclado á los más grandes acontecimientos que refiere la historia de su época.

Nacido en la ciudad de la Habana en 22 de Enero de 1754, de una de las familias más distinguidas de la Isla, fué D. Gonzalo O-Farrill y Herrera (sus padres Juan José y María Luisa), desde su niñez destinado á la carrera de las armas y en tal virtud enviado muy jóven á

Francia, ingresó con 13 años de edad en la gran escuela de Soreze, donde desde luego se hizo notable por la viveza y alcance de su talento, así como por la bondad de su alma y la dulzura de su carácter: su inteligencia y aplicacion llegó á excitar la emulacion y perenne rivalidad de su condiscípulo el Gran Barris (quien le cita en sus obras) magistrado despues famoso en los fastos de la revolucion francesa y con cuya memoria se honrará perpetuamente aquella nacion.

Preparado allí para los estudios militares, el jóven O-Farrill pasó á España y sentando plaza de cadete, pronto patentizó de tal modo su instruccion y capacidad, que se le concedió entrada en la Academia militar de Avila, la que desde su fundador Carlos III, pasaba por uno de los más renombrados establecimientos del ramo. Luego que obtuvo allí con notable distincion el grado de oficial, fué empleado en la misma como profesor de matemáticas, y poco más tarde se le confió la direccion del Colegio Militar del Puerto de Santa María. Sentó en éste varias reformas é innovaciones útiles, y dirigió los primeros pasos de alumnos que despues fueron honra y prez de las armas españolas, distinguiéndose algunos de ellos, entre los más afamados capitanes de su tiempo. Con elevar aquel ya famoso templo de Marte á un grado de esplendor no visto por sus antecesores, el distinguido cubano ganó inmenso crédito y el aplauso y decidida proteccion del general D. Alejandro O-Reilly, á quien llegó á dar el dictado de su «segundo padre».

Allí hubiera permanecido O-Farrill mucho tiempo si no hubiera amado ante todo la gloria militar; pero activo, valiente, ardiendo por la guerra y los peligros, todas las distinciones y valiosas ofertas de O'Reilly no bastaron á impedir que renunciara el importante cargo que desempeñaba en Santa María del Puerto, para pedir en 1780 plaza de voluntario en el ejército francés, que debía operar un desembarco en las costas de Inglaterra.

Pasó con tal objeto á Francia en la primavera del mismo, y, no habiéndose realizado la expedicion, aprovechó su permanencia en dicho país, para perfeccionar sus conocimientos, visitando las grandes escuelas militares y fortificaciones de la frontera de Flandes y de la Champaña. Disponíase á pasar á Alemania cuando el año siguiente rompió su pátria hostilidades contra Inglaterra, obligada como se hallaba aque-

lla por el *Pacto de Familia* á favorecer en casos de guerra al país de su actual residencia (Francia). Armóse con tal objeto y secretamente en Cádiz (Junio de 1781) una escuadra que á las órdenes del general Duque de Crillon debía desalojarlos de la isla de Menorca, preparando así la toma de Gibraltar, que era desde hacía tiempo el sueño dorado del gabinete español.

O'Farrill regresando á la Península se incorporó seguidamente á dicho ejército, y bajo las órdenes de tan digno jefe, se halló en la toma de Mahon y desalojo del general inglés Murray, á principios de 1782, sobresaliendo despues por su valor y pericia en el memorable sitio de Gibraltar; por lo que fracasada aquella gigantesca empresa, se le nombró para la expedicion de cincuenta navíos que preparaba Florida Blanca contra las Antillas inglesas, la cual debia partir de Cádiz bajo las órdenes del general Conde D'Estaing; mas al hacerse á la vela dicha escuadra combinada (1783), pidió la Inglaterra la paz que le fué otorgada.

Pacificadas ya las naciones europeas, O'Farrill, que ya se hallaba en Cádiz, fué ascendido á Teniente Coronel y nombrado Comandante del Regimiento Infantería de Toledo que á la sazon guarnicionaba la plaza de Ceuta. Allí pasó los años 1788 y 89, y en el siguiente habiendo fallecido el Coronel del Regimiento de Asturias, víctima del horroroso temblor de tierra de Oran, que sepultó más de dos mil personas bajo las ruinas de la ciudad, fué nombrado por S. M. para reemplazarle el Coronel habanero.

De nuevo aquí, se presentó á O'Farrill ocasion de hacer resplandecer su pericia é indómito valor; pues los moros sabedores que las fortificaciones habian sido destruidas pretendieron aprovecharse del estado indefenso de las posesiones españolas y las invadieron; mas fueron denodadamente rechazados y hubieran sido del todo aniquilados, si la experiencia no hubiera patentizado á S. M. D. Cárlos III, la inutilidad y excesivos costos de aquellas colonias africanas, en las que, sin indemnizacion alguna, tanta sangre española se habia derramado, de donde la necesidad ó conveniencia de abandonarlas. Abandonóse en efecto aquel país, por tres siglos teatro de la bizarría española de otros dias, pero que encerraba tantos recuerdos tristes; y de regreso á España el

Regimiento de Asturias, fué destinado para la guarnicion primero de Cádiz y luego del Ferrol.

A su paso por la capital cuando se dirigía á Galicia, fué el valiente jefe, electo secretario de la Junta de próceres, que debia redactar el Reglamento de Milicias españolas, en cuya ocupacion sirvió todo el año 1792.

Declarada en el año siguiente la guerra entre España y la Francia, regida entónces por la Convencion Nacional, O'Farrill, siempre anhelante de peligros y gloria, obtuvo empleo en las milicias activas, y sirvió durante toda aquella campaña, del 93 y siguiente, en su calidad de Coronel y como jefe del Regimiento de Navarra; hallándose presente en casi todas las acciones memorables, y distinguiéndose particularmente en las batallas de Lecumbery y de Tolosa, de cuya última accion salió herido, siendo á consecuencia de sus hechos de armas en tal jornada elevado (1793) al rango de Mariscal de Campo. Despues del desastre ocurrido á las tropas españolas en Cataluña en 20 de Noviembre de 1794, se confió la árdua comision de reanimar al ejército y seguir hostilizando al enemigo, al general, hijo de Cuba, D. José Urrutia y este acreditado campeon que con honor se había batido en Rusia y recorrido despues con objeto de estudio diversos países, llamó á su lado á O'Farrill, comprendiendo cuánto podia esperar de su valor y conocida táctica. Y no fueron defraudadas sus esperanzas, pues el distinguido Mariscal cubano fué con justificados méritos promovido á Teniente general, despues de esta memorable campaña, en que dirigió como Comandante en Jefe la accion de Bañoles, en que fué parte importante en la de Bascara, desempeñando igual papel en la invasion de Cerdeña, y coadyuvando á la muy gloriosa toma de Puy-Cerdá por la que cayeron en poder de las tropas españolas 3,000 prisioneros. La campaña prometia aún larga cosecha de laureles, animados como se hallaban los soldados por el valor y confianza de sus jefes, cuando el 22 de Junio de 1795 se firmaron en Basilea los preliminares de paz entre España y la República.

Rápidamente se extendió desde entónces la fama del nuevo teniente general: el aura popular acarició propicia su nombre y le llevó á todos los ámbitos de la nacion, abriéndole entrada á todas las distincio-

nes y á los más encumbrados empleos de gobierno y administracion. Apénas restituido á Madrid fué segunda vez elegido miembro de la Junta de Generales para el nuevo Reglamento de Milicias, de cuya Corporacion dice el mismo O'Farrill en sus «Memorias» que jamás hubo en España otra que tuviera á su disposicion más medios para llevar á cabo su cometido»: nombrósele tambien y poco despues Comisario Régio para agenciar en la cuestion de límites entre España y Francia, y un año despues (1797) le fué confiada la árdua mision de recorrer los Pirineos para estudiar y designar los lugares que convenia fortificar como medida previsora para los casos de guerra con la nacion limítrofe.

En 1798 fué nombrado O'Farrill Inspector General de Infantería, y pocos meses despues, pero continuando de Inspector, se le confió el mando de una expedicion que debia, en favor de la Francia, marchar de Galicia contra Irlanda, en conformidad con el oneroso pacto de 19 Agosto de 1796, firmado en San Ildefonso entre Cárlos IV y la República, por el que se obligaba España á favorecer á aquélla con 15 navíos de línea, 6 fragatas, 4 corbetas, 18,000 hombres de infantería y 6,000 de caballería con provisiones para 6 meses: en su consecuencia partió O'Farrill, cuyo nombre de orígen irlandés le atrajo tal cargo, para el Ferrol, donde tomó el mando de la expedicion, y de aquí, conforme al Real decreto que le acompañaba, se trasladó á Rochefort.

En vano esperó allí la órden de partir contra Irlanda, que tal cosa no fué sino un pretesto para cubrir ulteriores miras, y así mediante las representaciones del embajador Asanza oponiéndose á la salida de la escuadra para Egipto, pues no era otro el proyecto del gobierno, francés, hubo de desistirse, y la expedicion recibió contra órden para ir por tierra á Brest, de donde se embarcó para España sin otra novedad (Julio 1799).

A su regreso y en Setiembre del mismo, fué el jefe de ella nombrado ministro plenipotenciario ante la córte de Berlin, reemplazando en este cargo al embajador D. Ignacio Muzquiz. En este suelo, donde aún palpitaban las hazañas del Gran Federico, se dedicó O'Farrill al estudio de la estrategia militar; recorrió los lugares de las más famosas batallas, y luego, obteniendo permiso de su gobierno para viajar, cuan-

do hervia ya en todos los corazones europeos el entusiasmo por las titánicas batallas é inauditas proezas de Napoleon, atravesó la Alemania, pasó á Italia, recorrió los recien-inmortalizados campos de Rivoli, Arcole y Marengo y otros no ménos célebres ya en los anales militares de Francia.

Durante este viaje de investigacion útil á la vez para él y para su pátria, dió cuenta á su gobierno de todas las mejoras importantes, las instituciones ventajosos y los adelantos de todo género que á su estudio se ofrecian: el general visitó despues á la Inglaterra y se hallaba en Lóndres, cuando ocurrió el desacato cometido por la marina inglesa apresando cuatro fragatas españolas que procedente de Montevideo transportaban dinero del real tesoro. Esto era un *casus belli* y O'Farrill comprendiendo que se declararia, consideró impolítica su permanencia en Lóndres, y partió acto contínuo para Francia, desde donde participó á su gobierno el armamento que se preparaba en Inglaterra contra Buenos-Aires, al mismo tiempo ofreciendo sus servicios al Rey. Visitó entónces al ejército francés que bajo el mando de Duroc amenazaba á Inglaterra, y luego salió para Madrid, á cuya capital llegó en Junio de 1805; en Noviembre del mismo pasó á Cádiz, donde se hallaban los heridos en el combate dado el 21 del anterior en Trafalgar, entre los cuales se contaba su amigo el almirante Gravina.

En Enero del siguiente (1806) fué nombrado general de la division de 5,000 hombres que marchaban sobre Toscana, en reemplazo de las tropas francesas que la guarnecian, y cuyo objeto era sostener en su efímero trono á la recien creada reina de Etruria, hija de Cárlos IV y de María Luisa, por cuyo ilusorio gobierno habia cedido España sus posesiones de la Luisiana. Llegado á Florencia el 10 de Febrero *(segun Toreno el 1º de Marzo)* quiso la reina confiarle la cartera de Negocios Extranjeros, mas renunció para atender al mando de su division, bien que siempre su dictámen prevaleció ante la Princesa y el Consejo.

Confiando en la buena fé de Napoleon, el Gabinete de Madrid, no sólo habia aplaudido su exaltacion al trono, sino que, en cumplimiento del tratado, coadyuvó con continuados auxilios á sus gigantescos planes, así como incautamente le abrió despues el camino del triunfo

dentro de su propio dominio: en vano, desde que en 18 de Octubre cruzó el Bidasoa sin causa justificada, la primera division francesa trataron O'Farrill y algunos otros leales patriotas destruir aquella ciega confianza del gabinete que tan prolongados males habia de acarrear sobre la nacion. En Noviembre de 1807 incorporada la Toscana al Imperio, la reina de Etruria, frágil juguete de Napoleon, fué nombrada para su nuevo y no ménos transitorio reino de Portugal, que nunca ocupó, y partiendo el 1º de Diciembre, acompañóla el general O'Farrill, dejando en Toscana la division, de la cual una parte fué al año siguiente enviada al Norte de Alemania y puesta á la disposicion del príncipe de Ponte-Corbo.

Poco despues de su llegada á Aranjuez, descubierta ya la maquinacion política y verdaderas intenciones del Coloso del Sena, cuando las primeras convulsiones de la pátria que se preparaba á una heróica defensa, O'Farrill, rehusando noblemente el cargo de ayo del jóven rey, que le ofreció el impopular Príncipe de la Paz, fué nombrado Director general de Artillería y destinado á la organizacion de tropas. En 17 de Marzo de 1808 tuvo lugar la revolucion de Aranjuez y con exaltacion de Fernando VII al trono entraron Asanza y O'Farrill á formar parte del nuevo ministerio. El 23 del mismo, Murat ocupaba pacíficamente á Madrid.

Pero largo sería y fuera de nuestro propósito seguir todas las raras peripecias por donde la epopeya comenzada en Marengo debia aproximarse á su sangriento desenlace de Waterloo, y para ocuparnos sólo de lo relativo á nuestra biografía, notaremos que aquí es verdaderamente donde la entidad española, cuya vida describimos, se agiganta y convierte en notabilidad europea. Nombrado ministro de la Guerra en esta azarosa época de nuestra historia, su nombre, como el del ex-virey Asanza, se liga al del capitan del siglo para gloria suya y baldon de éste. Tampoco corresponde á los límites que nos hemos propuesto en nuestra obra la relacion extensa de las acaloradas discusiones con Murat, duque de Berg, que reconocia á Cárlos IV, mediante la protesta de su abdicacion arrancada por la fuerza ó la astucia en Bayona, y O'Farrill, por el pueblo, que proclamaba á Fernando VII legítimo soberano. Nombrados ámbos próceres (Asanza y O'Farrill) por la Jun-

ta provisional de gobierno, para conferenciar con el Gran Duque sobre el asunto de la referida abdicacion del rey padre, ámbos y particularmente el segundo defendieron con toda la energía de leales españoles las prerrogativas del trono y del príncipe, cuyos derechos tan arbitrariamente se violaban. Estas entrevistas á que asistía el nuevo embajador francés Laforest, los frecuentes altercados que, aunque privados eran traslucidos por el público, fueron despues causa de dilatados folletos unos en pró y otros en contra de los dos citados campeones, respetados sin embargo, aún en su posterior inevitable decision, por Toreno, La Fuente, Muriel Lord Napier y otros historiadores desapasionados que para esta relacion hemos consultado.

Entretanto, los madrileños, hastiados ya de las tortuosas intrigas de Napoleon, que en España se propuso mancillar la gloria de Austerlitz por medio de tenebrosas maquinaciones, indignas del sojuzgador de Europa, al prepararse la salida del infante D. Francisco para Bayona, se alzaron en masa contra los maquiavélicos opresores cubriendo las calles de sangre y los corazones de luto: y escribieron con caractéres indelebles la página más brillante en la historia de las heroicidades españolas: tal fué el memorable Dos de Mayo, que rodeados de inmarcesible gloria lanzó á la posteridad los exclarecidos nombres de Daoiz, Velarde y el valiente cubano Rafael de Arango. Al grito de estos tres héroes, despertó de su letargo el Leon de Castilla y dejaron las Aguilas del Sena de considerar á la España como tierra fácil de conquistar.

Asanza y O'Farrill de hecho, pero nunca jamás de corazon, y sin mancillar por ello su reputacion, adheridos al partido francés, por creer que la precipitacion fuera la ruina de la capital, recorrieron á pié las calles acompañados del general Arispe, para calmar los ánimos, sembrar la esperanza y aconsejar la prudencia con la sumision temporal: su valor y prudente solicitud así como su mediacion ante el Gran Duque, fué la salvacion de innumerables víctimas.

No emprenderémos aquí su defensa contra los que tacharon su conducta de desleal. ¿Por qué, se ha dicho, Asanza y O'Farrill permanecieron en Madrid, y, si así, por qué no se pusieron á la cabeza del heróico movimiento popular que cubrió de gloria los nombres de Daoiz y Velarde? ¿Cómo consintieron en ser ministros de José Bonaparte?

Era preciso insertar aquí toda la «Memoria Justificativa» publicada en su vindicacion en 1814, cuando aún reinaba en Nápoles Murat, y vivia su ministro que habia sido en Madrid el conde de Laforest, y cuando aún no había tenido lugar en Waterloo el desenlace del drama, cuyo héroe había de ir de allí á morir en la solitaria roca de Santa Elena: pero ya que los límites de un artículo no nos permitan entrar en largas disertaciones para justificar su conducta, al ménos opondremos á las anteriores preguntas la siguiente de difícil contestacion: Asanza y O'Farrill, próceres de la nacion y de quienes todo se esperaba en tan lamentables circunstancias ¿se acogieron al partido francés por conservar su rango y dignidad ó se *resignaron* á ser temporalmente franceses por conjurar los males de la pátria? Quien quiera que detenida ó concienzudamente estudie la conducta que luego siguieron los dos *neógalos* comprenderá que haciéndose franceses llevaron su patriotismo hasta el sacrificio.

Los principios que rigen y conservan los estados suelen interpretarse de diverso modo en los casos excepcionales como aquel en que se encontraba la nacion española; pero la manera diferente de apreciar los peligros seguros á que se oponia la patria no deben excluir la fidelidad y el patriotismo en los hombres que parecen abrazar opiniones contrarias. Si Asanza y O'Farrill no hubieran *fingido* adaptarse al partido francés ¿á dónde hubieran llegado los horrores de aquellos funestos dias, quien hubiera contenido el furor de aquel fulminante *ukase* del Gran Duque, en el 3 de Mayo *que siguió al Dos*, aquel pregon de exterminio y sangre, «decreto draconiano» como dice La Fuente «proclama digna de Atila» como la llamaba Toreno?

Los que conozcan la historia de la monarquía española sabrán que, ántes de salir Fernando VII para Bayona (inducido por el Emperador y mediante las arterías del general Savarí, duque de Rovigo, lo que tuvo lugar en 10 de Abril de 1808) dispuso acertadamente que se nombrase una Junta Suprema de Gobierno, presidida por su tio el infante don Antonio y compuesta de los ministros del Despacho entre los que á la sazon ocupaba O'Farrill el de la Guerra y Asanza el de Hacienda: sabrán tambien que el tiránico Duque de Berg, despues de dar infinitas y acres quejas á la patriótica corporacion y de haber llamado en 18 de

Abril á O'Farrill para lamentarse con acrimonia ya de asesinatos en Madrid é inmediaciones, ya de acopios de armas y preparativos hostiles en Aragon y otros puntos pretendió colmar su despotismo á la partida del Infante, haciéndose miembro principal de la Junta sin anuencia del soberano á cuyo nombre obraba aquella (1). A ello se opusieron tenazmente los miembros de Asanza, Gil y Lemus y O'Farrill, los cuales hicieron al principio renuncia de sus respectivos destinos y continuaron despues ejerciéndolos por creer que así estaba en el interés de la nacion.

«No se nos podria acriminar, dice el mismo O'Farrill en la Memoria justificativa de 1814, ó al ménos era muy disculpable nuestra conducta al abrazar el partido de la sumision temporal, porque ya las transacciones de Bayona nos habian dejado sin rey, porque ya no nos quedaba que elegir sino entre los horrores de la anarquía ó los inciertos resultados de una guerra heróica, sin término ni éxito probable que habia de acarrear mayores males al país».

A esto se agregan las numerosas corroboraciones de los escritores de la época para probar que O'Farrill seudo-bonapartista no fué ménos patriota español que ántes de la invasion. El rey José le decia amenudo: «El emperador os detesta y os cree inglés de corazon»: palabras que revelando á la posteridad su repugnancia al adoptar el partido que se llamó, *afrancesado*, hacen al propio tiempo el mejor elogio de su lealtad, pues se comprende que en este acaso el mal súbdito francés era el buen ciudadano español. Así O'Farrill que al aproximarse el triunfador enemigo por Guadarrama y Somosierra, habia aconsejado al ministerio la retirada del ejército á Galicia y Andalucía porque de otro modo creia imposible la resistencia y prudente la rendicion, y que así mismo se ofreció á partir á Galicia para ponerse al frente de la tropa, jamás fué más francés de lo que Asanza fué bonapartista. Cuéntase de éste que cuando Napoleon en Bayona quiso condecorarlo con la Gran Cruz de la Legion de Honor, dijo:—«Sire, cuando me decidí á reconocer á

(1) La Junta Suprema en sus decretos y documentos firmaba «Yo el Rey» para no comprometerse diciendo cual, desde que circuló la protesta de Cárlos IV contra su propia abdicacion. (Toreno. *Revolucion de España*).

vuestro hermano por rey de España, hícelo sólo por el bien de mi patria que pensé librar de la devastacion y las desgracias que le amenazaban ¿no me sospecharian de ambicioso mis compatriotas si me viesen ornado con esa insignia?»—«Es el primero que ha rehusado mi Cordon» decia Napoleon á José algun tiempo despues.

Este notable prócer, ántes virey de Méjico, despues y por creacion de José, duque de Santa Fé, se vanagloriaba á menudo del descontento de Napoleon hácia los consejeros de su hermano, muchos de los cuales sólo pensaban en hacer la Península independiente del Imperio.

—«Comprendo y apruebo, le decia el emperador en una entrevista, que vos y O'Farrill, leales españoles, trateis de seducirle y querais la independencia de vuestro país, pero que franceses renegados olviden lo que deben á su patria.... eso es insoportable! (*Biografía del General O'Farrill*, por Mr. A. Muriel. Paris, 1831).

Mas para probar la integridad y buena fé del noble cubano si no fueren suficientes los anteriores argumentos, creemos que bastarán las siguientes citas de autores que le colocan con justicia en el número de los que áun errando se habian hecho por su lealtad acrisolada merecedores de alabanza y galardon. En la *Historia de la Guerra de la Península*, del coronel inglés Napier, publicada en Lóndres, tomo 3º, página 230, dice: «Siempre que el interés de los ejércitos franceses se oponia al de los españoles, lo que á menudo acontecia, se declaraban Asanza y O'Farrill lo mismo que el Rey, á favor de éstos, y con tal energía apoyaban su derecho que se temia en Paris que de un momento á otro se sublevaran y cayeran sobre las tropas del Emperador».

Que allí se les temia y se les vigilaba por antígalos es cosa indudable y en que parecen acordes cuantos han tratado la materia. «Su conducta, pudiéramos decir con F. Pacheco en su biografía de D. Alejandro Aguado (*Galería de españoles célebres contemporáneos*) fué igual á la de tantos otros hombres estimables que despues de haber defendido con entereza los derechos de la nacion, erraron tristemente abandonándola cuando lidiaba aún; mas nunca pudiera decirse de O'Farrill lo que el mismo Pacheco agrega de aquel gran economista, «que aceptó una dinastía consagrada á su juicio por la victoria y destinada en su imaginacion á hacer la felicidad de los pueblos peninsulares», sino ántes bien

que suspiraba con patriótico desvelo por el dia en que desvanecido el preponderante prestigio de las armas francesas asomara prometedora y espléndida la aurora de la redencion. «Ningun reproche, añade Muriel, pudiera con justicia hacerse á O'Farrill y Asanza, acerca de su conducta política, porque en las circunstancias extraordinarias que el país atravesaba, todo lo que se podia exigir de aquellos cuyas opiniones divergian era la buena fé, el desinterés y la pureza en las intenciones y esas nadie podia negarlas á los dos hombres de estado, que habiendo ya llegado á la cumbre de las dignidades civiles y militares de su patria nada más allá podian esperar».

«Y no era extraño, dice por otra parte La Fuente (*Historia general de España*) que los gobernantes de Madrid anduviesen fluctuantes y perplejos, viendo en elConsejo de Bayona tal contradiccion y tal incertidumbre». Si fué pues despropósito el que cometieron Asanza y O'Farrill, por su acendrado españolismo haciéndose franceses, nótese que en tal despropósito incurrieron muchos, y no fué el general Solano el único ciudadano español que perdió la gracia del pueblo, y pereció víctima del error de haber creido imposible la guerra contra Napoleon.

Aguado, cuya vida habia salvado O'Farrill en 1810, en Sevilla, cuando invadida la Andalucía por el mariscal Soult, cambió tambien de opinion y áun aceptó, como otros varios, empleo en la transitoria córte del rey José, cuyas banderas siguió hasta la caida de Bonaparte; y esto sin embargo no le impidió volver á su patria, para hacer brillante papel como hombre público, y servirla en calidad de uno de sus más distinguidos estadistas. (1) Hoy, á mayor distancia de los acontecimientos se puede ser «imparcial» con los hombres y con las cosas, y sin abandonar los que se creen verdaderos principios de conducta, es justo reconocer las miras rectísimas y estimables caractéres que se comprometieron en uno y otro partido.

El 23 de Abril de 1810 salió José de Madrid para Paris, acompañado de los ministros O'Farrill, de la guerra, y D. Mariano Luis de Urquijo, de Estado, so pretesto de felicitar á su hermano por el nacimiento del Rey de Roma, pero verdaderamente para reclamar los de-

(1) Véase *Galeria de Españoles Célebres Contemporáneos*. N. Pastor Diaz.

rechos que poco á poco le cercenaban. Llegó á Paris el 26 del mismo; mas, sin obtener nada, partió de aquella capital entrando en la de su reino el 15 de Julio. (1)

Despues de la paz de 1814 el general O'Farrill hubiera podido con ligero esfuerzo recobrar su puesto entre los legitimistas; pues en las excepciones de 18 de Abril de 1813 se excluian á los que á pesar de haber tomado partido con el enemigo hubieran hecho servicios á la patria, hubiesen dado pruebas de lealtad y patriotismo ó no hubiesen admitido nuevas dignidades», pero ya porque se hallaba hastiado de los negocios públicos ó porque «las recriminaciones contra los españoles que habian seguido á José eran de temple áspero como el ambiente que corria» (Toreno, *Revolucion de España*) tomó O'Farrill la resolucion de retirarse á Paris, donde vivió en una paz y tranquilidad solo interrumpida por el fallecimiento de su esposa Dª Ana Arricarte, de Madrid, que acaeció hácia 1827.

El amor y la consideracion que por su carácter benévolo se habia atraido siempre aquel hombre contra quien consta «que jamás se habia elevado una queja mientras estuvo en el poder», hicieron que muy poco tiempo le persiguiera la malevolencia de los que interpretaban erróneamente su conducta política ó desconocieron, ofuscados por engañadoras apariencias, la pureza leal de sus intenciones. Así fué que apénas la conclusion de las discordias civiles ahogó los rencores y disipó las prevenciones de las mazas, cuando la razon y la justicia acallaron los importunos reproches y de nuevo alzaron su nombre al rango que habia ocupado, rodeándolo otra vez con la aureola de la lealtad y patriotismo con que brillara en otros dias. S. M. D. Fernando VII le rehabilitó en todos sus empleos y dignidades: vuelto á la patria, ésta sin duda lo hubiera recibido con júbilo y debido acatamiento; porque no podian olvidar sus compatricios que áun en su simulada decepcion todo estuvo dispuesto á sacrificarlo por la nacion, que en el Dos de Mayo habia su intervencion salvado innumerables víctimas, y que en

(1) De los siete ministros de José, cinco, á saber: Cabarrús, O'Farrill, Mazarredo de marina, Urquijo y Asanza fueron los que despues de la derrota de Dupont se decidieron á seguirle (La Fuente).

la batalla de Ocaña habia expuesto su vida por librar, como libró de muerte segura, varias divisiones españolas envueltas y arrolladas por las legiones francesas al mando del cruelísimo Mariscal Duque de Dalmacia.

O'Farrill, sin embargo, permaneció en Paris, y en esta ciudad, despues de una existencia tan agitada y borrascosa como útil y meritoria, en que el aura de la popularidad á veces injusta ó errrada se volvió contra él, entregó su espíritu al Señor en el dia de 19 de Julio de 1831, tras cortas horas de enfermedad y legando á su familia un nombre ilustre por sus servicios á su país, ennoblecido en el purificante crisol del infortunio y por lo mismo recordado con respeto y estimacion por todos los buenos.

«Bajó al sepulcro, dice un su panegirista, con la plena conviccion de que su patria, rasgado al fin el velo, hacía justicia á sus virtudes, y le miraba como á uno de los hijos que la dieron lustre y merecieron su amor».

FRANCISCO CALCAGNO.

# MATANZAS DESDE 1512 (1).

Sábese que en 1512 los hijos antiguos de este país, ó sean los indivíduos de la raza autóctona cobriza siboney, daban al lugar en que hoy se alza *Matánzas* y tal vez á los sitios adyacentes, el nombre de *Yucayo*. Y natural era que, bien en el punto que ocupa esta ciudad, ó bien en el poético valle inmediato y riberas del San Juan y el Yumurí, tuviese numerosos *caneyes*, *cansíes y bojíos*, nombres que segun su forma y tamaño, daban á sus viviendas, y al mismo tiempo sus pequeñas sementeras ó *conucos*.

La historia apoya nuestra asercion, pues nos dice que el español García Mejía y dos señoras castellanas, resto de treinta náufragos, que cuatro años ántes de la conquista habian aportado á este lugar, fueron recogidos por Pánfilo de Narvaez, teniente de Velazquez en su expedicion reconocedora de la Isla.

Los cayucos ó canoas en que contrataron trasportarlos de una de

(1) El siguiente trabajo de nuestro respetable amigo D. F. J. de la Cruz, se publicó en *La Prensa* de la Habana del 3 de Noviembre de 1850, y se reprodujo en *El Club de Matánzas* del 1º de Marzo de 1881.—(Nota de la R. de la Revista de Cuba).

las costas á otra de la bahía, ó quizás de una ribera á otra de los rios, indican que habitaba un gran número de indígenas en las inmediaciones de la bahía, que hoy llamamos de Matánzas.

No admito la etimología que se quiere dar al nombre actual de esta ciudad, ni ménos á la del rio Yumurí; pues frecuentemente surgen falsas denominaciones debidas ó no á la corrupcion de vocablos, á hechos muy diversos de los imaginados. Bastará decirse que el rio San Juan se nombró en época pasada «rio de Matánzas», y que éstas fueron muy comunes aquí á principios del siglo XVI con respecto á cerdos y á otros animales domésticos, con el objeto de aprovisionar embarcaciones, como lo sabe el que haya leido con alguna extension la historia de Cuba referente á los años próximos á la colonizacion castellana.

Plácenos, sí, trasportar al lector á la época del «descubrimiento», como punto de partida, y traerlo de la raza salvaje del indio cubano en su primitiva sociedad á la presente de cultura y comodidades que hoy, en este mismo lugar, nos brinda la civilizacion, traida por nuestros abuelos de la madre Europa.

Paréceme que desde una de las más elevadas colinas del Oeste de la ciudad, diviso á Matánzas con sus barriadas, nombradas Versalles y Pueblo Nuevo, las amenas riberas de sus dos rios y los cercanos valles del San Juan y Yumurí.

En Versalles y las contíguas alturas, situadas detrás del hospital, descubro una enmarañada selva de gigantescos cedros, meciendo sus verdes copas al impulso de las frescas brisas tropicales. Entre esos majestuosos monarcas de los vegetales cubanos, asoman sus menudas hojas muchas caobas y maboas: y más allá, una inmensa variedad de jobos, jagüeyes, yabas almácigos, seibas, yagrumas, guamases y varaís no me permiten indagar cuáles son los puntos en que se elevan algunas columnas de humo; que á pesar del viento que las abate no bien asoman, marcan la existencia de otros tantos bajareques y bojíos de los indígenas.

Dirigiendo mi vista hácia la derecha, observo dos hilos de plata que corren mansamente entre un espeso bosque de palmas y mangles; y entre uno y otro, en la colina donde se halla hoy la Plaza de Armas,

limitada por edificios de regular apariencia, (1) nopales ó *cactus*, espinosos guayabos de doradas frutas, y uveros de playa, me estorban observar á mi placer un pajizo bojío, en cuyo plano batey algunos indios casi desnudos; juegan una partida de pelota ó *batos*, palabra de que han tomado el nombre los sitios en que acostumbraban los indígenas ejecutar esos juegos.

En la bahía diviso carios cayucos de seiba en que otros se entretienen en la pesca con anzuelos de hueso y redes; y hácia Pueblo Nuevo, en los portales de un *cansi* y *batey* contíguo, algunas indias, cubiertas solamente con delantares ó enaguas de algodon, preparándose, al parecer, para un bullicioso *areito* [baile]; miéntras que otras de más edad, despues de haber rayado una gran cantidad de yuca ágria en un *guayo*, echan la *catibía* ó harina dentro de un *sibucan ó macuto*, y la colocan en una especie de prensa con el objeto de extraerle la *naiboa*, (jugo). Otras, entretanto, despues de cernida por un *jibe* una porcion de dicha harina ya libre del jugo, se entretienen, extendiéndola sobre el *buren* para fabricar el *casabí* y comprimiendo suavemente las circulares tortas con la *cuisa*, ó paleta plana de madera.

¡Qué inmensa seiba aquella que cubre el *batey*, y lo defiende de los ardorosos rayos del sol!....

¡Ah! Allá hácia al N. O. descubro en los pequeños *conucos* de los indígenas sus sementeras de *ages*, guagüies (malangas blancas), yucas y boniatos; sus cercados de *janes* y todo ese paraiso, llamado hoy *Valle del Yumurí*: todo ese delicioso panorama, bello ideal de los poetas, realizado junto á Matánzas, quizá lago profundo, quizá, en las remotas edades, y cuyas aguas se abrieron paso hasta el mar á través de las rocas del Abra.... Pero detengamos la descarriada imaginacion, y volvamos á lo real y positivo.

En 1514, conquistada ya la Isla, si conquista llamarse puede una reduccion, en lo general, tranquila, y el acceso á ella de una raza nueva que viniera á poblarla, los castellanos establecieron varias *estancias* y *corrales* de criar cerdos en estas inmediaciones. Segun Herrera, en-

---

(1) En 1850, no existian la casa capitular, la Diana, la casa de los señores García.—Palleschi, Sanchez, etc., etc.

tre estos castellanos debemos contar al adelantado y primer gobernador de esta Antilla, Diego Velazquez de Cuéllar, (de la provincia de Sória); así es que, parece muy natural, que entre los manglares, tunales, yagrumas, guayabos, palmas y otras clases de arbolado y vegetacion, no faltasen desde esa época algunas casas de paja junto á la bahía, con sus sementeras y crianza de animales domésticos, procedentes de Europa. Lo cierto es que ya en 1515 se contaban por miles las cabezas de cerdos en la Isla, y los sucesos posteriores nos indican claramente que esas casitas fueron el embrion de la futura Matánzas de Manzaneda.

Compruébalo la expedicion del jóven capitan Juan de Grijalba, formada en Santiago de Cuba de órden del expresado Velazquez, la cual aportó á este sitio con cuatro embarcaciones y 250 hombres á mediados de Abril de 1518, «con el objeto de hacer provision de casabe y carne de puerco en las estancias y corrales de muchos castellanos, que allí (aquí) moraban», como dice el citado historiador. Todo para dirigirse á las costas mejicanas y poder descubrir y conquistar aqnel vasto país.

Acompañaban á Grijalba en esta arriesgada expedicion, sea dicho de paso, Bernal Diaz del Castillo, soldado y tambien historiador, algo incorrecto aunque sí muy verídico; Pedro Alvarado, conquistador poco despues de Guatemala; Francisco Montejo, que lo fué de Yucatan, y Alonso Dávila, dueños todos de *encomiendas* y terrenos en la Isla.

Compruébalo asimismo, el hecho de que al volver la expedicion de las costas de Méjico, en Octubre del propio año de 1518, de la boca del rio Jaruco, donde el dia 4 habia fondeado, pasó el 9 á este puerto, donde encontró al adelantado, despues de Honduras, Cristóbal de Olid; quien le entregó una carta de Velazquez en que le mandaba seguir hasta Santiago de Cuba y dejar la gente que traia en las estancias y corrales que aquí tenía; pues ya estaba preparando otra expedicion más poderosa al mando del célebre Hernan Cortés; la que salió de aquel puerto, en efecto, el dia 18 de Noviembre siguiente.

No creemos aventurado, por tanto, afirmar que el corral de Matánzas, que probablemente dió nombre al rio, á la bahía, y, por consecuencia, despues á la ciudad, por las matanzas de reses que él y otros veci-

nos se hacian entónces, perteneciese al adelantado Diego Velazquez. Su rádio de una legua provincial de largo, parece que abarcaba parte del barrio de San Francisco, teniendo su centro en el Valle del Yumurí.

Muchos corsarios y piratas holandeses, ingleses y franceses en las guerras que sostuvimos con esas naciones en los siglos XVI y XVII, dieron en visitar nuestro indefenso puerto y poco poblado país comarcano, con el fin de proveerse de combustible y víveres; y entre aquellos el más notable fué Sir Francis Drake.

Ya en 1607 no cabe duda de que existía aquí una pequeña poblacion, como se ve en una real cédula expedida en 8 de Octubre del citado año.

Llegó por fin el año de 1693, y el sábado 10 de Octubre el capitan general de esta isla, D. Severino de Manzaneda y Salinas, acompañado de varias autoridades de la Habana y del escribano-agrimensor Juan Uribe de Ozseta, procedió á trazar las calles y plazas de esta ciudad, por mandato del Rey Cárlos II, último vástago de la dinastía austriaca.

Repartieron entónces 31 solares para fabricar casas entre igual número de familias canarias, que se habia hecho venir con este objeto, y además, 33 caballerías de tierra en las márgenes del San Juan entre otros tantos indivíduos, para que las cultivasen.

Los Alfonso, García Oramas, Baeza, Rodriguez, Dominguez, Barroso, Perez, Mendez de Leon, Gonzalez y otros más, son los apellidos de esos colonos de los cuales existen no pocos descendientes.

Delineáronse solamente, en direccion E. á O. las calles, llamadas del *Rio*, *Medio* y *Gelabert*, sin ponerles nombre, y en direccion N. S. las llamadas hoy de *Matánzas*, *Jovellanos* y *Ayuntamiento*.

La iglesia y casitas levantadas en los puntos demarcados, fueron de paja. Parte del extremo occidental de Matánzas, á contar desde la calle del Ayuntamiento; la porcion que ocupa Versalles y Pueblo Nuevo, continuaron por muchos años proveyendo de combustibles, *viandas* y carnes, de aves y otros animales domésticos á la ciudad de los rios. En rigor, ésta con su título fastuoso de ciudad y Municipio desde 1693 hasta 1800, no fué más que una pobre poblacion ó mediana aldea.

Faltaba al país el libre comercio con las demás naciones.

Con rios y bahía abundantísimos de pesca, ocasiones hubo en que sus míseros habitantes carecieran de ella, y áun alguna vez aconteció no comerse *pan* por más de tres dias.

Sin embargo, y á despecho de todo, ya en 1802, su poblacion urbana casi llegaba á 3,100 personas, aunque en 1813 no pasaba todavía de 4,000. Pero, pocos años despues, merced á la declaracion del comercio libre y al acertado gobierno del señor Tirry, ya casi la poblacion urbana y rural ascendia á 20,000 almas.

Hoy, la primera sola puede pasar de 22,000. (1) Han desaparecido las selvas de Versalles y Cumbre contigua, las *maniguas* y nopales espinosos de la plaza de armas, las estancias y sitios de labor vecinos á este centro ahora de recreo; los manglares, palmas, uveros y yagrumas que no há muchos años cubrian parte de esas localidades, y en su lugar se alzan bellos edificios, se ven plazas simétricas, un ferrocarril valioso (hoy cuatro), puentes, muelle, iglesias con bonitas torres, hoteles, colegios donde se educa perfectamente la niñez de ambos sexos, sociedades de recreo é instruccion en que se goza de los placeres que brinda la civilizacion y la paz, el comercio y la agricultura, la industria y el saber, y otras mil cosas propias de los paises cultos.

FRANCISCO JAVIER DE LA CRUZ.

(1) De 40,000 en 1881 y 55,000 con la parte que ocupa su término municipal

## MISCELANEA.

### FACULTAD DE CIENCIAS DE PARIS.

El viérnes 27 del pasado Julio, M. J. Constantin ha sostenido, para obtener el grado de Doctor en Ciencias Naturales, una tésis cuyo tema es: "Estudio comparado de los talles aéreos y subterráneos de los dicotiledóneos".

### DISCURSOS Y ARENGAS POLITICAS DE GAMBETTA.

En todo este mes debe publicarse en París, por M. José Reinach, el tomo IX de los *Dircursos y arengas políticas de M. Gambetta.* En la casa bien conocida de Charpentier se editará la obra.

### VICTOR HUGO.

Ha salido á luz el último tomo de las *Obras completas* de Víctor Hugo. Contiene *Actos y palabras, Durante el destierro.* Sus editores, Hetzel y Quantin.

### DON LUIS GARCIA PEREZ.

De *La Entrega Literaria* de Carácas reproducirémos en el próximo número la imitacion de Gray, *El Cementerio del Campo*, obra de aquel poeta notable cubano, autor de una bellísima poesía titulada *El Grito de Yara.*

Habana, 31 Agosto de 1883.

*Director propietario*: Dr. José Antonio Cortina.

# DON JOSE DE LA LUZ.

**Documentos para su vida.**

A continuacion publicamos las cartas que en 1833 se dirigieron D. Antonio Casas y D. José de la Luz y Caballero, cuando por el mal estado de su salud encomendó aquel al sabio maestro de la juventud cubana la direccion del Colegio del Carraguao.

*Sr. D. José de la Luz y Caballero.*

Mi querido amigo: no he tenido aliento para despedirme en persona de mis compañeros, y de mis discípulos. Que lo haga la pluma en mi lugar, teniendo V. la bondad de leer en presencia de todos esta sencilla efusion de mis sentimientos: á bien que, como V. es el mejor intérprete de ellos, suplirá de viva voz cuanto me queda por expresar.

Siempre es triste y solemne el acto de la despedida, y más particularmente respecto de un Director de colegio, que bien puede considerarse como el padre de una familia numerosa. Yo lo soy de veras de Carraguao: yo planté el árbol, lo he visto crecer y desarrollarse; yo lo he visto prosperar, he recogido el fruto: yo lo he mirado con una pre-

dileccion paternal; yo le he dedicado mis más incesantes vigilias, y hasta le habria consagrado mi existencia, si V. no se hubiera prestado á reemplazarme.

Pero confieso que el éxito no hubiera coronado mis esfuerzos, si no hubiese yo contado con tan honrados como hábiles colaboradores. Así es que al separarme de en medio de ellos, no puedo ménos de manifestar la más cordial gratitud á todos los profesores y maestros, esperando que su comportamiento en lo sucesivo me hará ratificar más y más en el aventajado concepto que tengo formado del espíritu que los anima. Escusado parece advertirles que la "vigilancia y disciplina" son el alma de esta clase de establecimientos; y que semejantes ventajas no pueden conseguirse sin la "perseverancia," que es el nervio en que descansa toda empresa. Que el colegio de Carraguao sostenga como hasta aquí su carácter distintivo á los ojos del público, y que todo el mundo se persuada que si bien es un medio de subsistencia la educacion de la juventud, como cualquiera otra profesion, todavía existen estímulos más nobles y elevados en los que se dedican á este importante ramo. Pero basta, amigo, basta para hombres que sabiendo el valor de sus deberes, conocen al que los dirige ahora tanto como al que hasta aquí los dirigia. Ellos no ignoran que mi reconocimiento, que suele registrar en su memoria con los servicios ordinarios, no sepultará en el olvido los extraordinarios, que la circunstancia de mi partida les ofrece prestar al Instituto. La justicia fué siempre el norte de mis operaciones.

Sí, hijos mios, que no puedo dar otro nombre á mis discípulos, vosotros direis si es verdad que la justicia me guió siempre en el dulce comercio con vosotros; yo no he poseido otro secreto para grangearme á un tiempo vuestro amor y vuestro respeto: en mí hallásteis constantemente un verdadero padre, pero un padre recto que jamás quiso sino vuestro bien. Yo no he distinguido sino al que se ha distinguido; la aplicacion y la virtud, ahí están los únicos móviles de mi aprecio. Yo os viviré eternamente agradecido, porque habeis sabido corresponder á mis esfuerzos y á mi cariño; no pudiendo daros mejores prendas de mi afecto que las lágrimas que ahora mismo caen sobre el papel. Vosotros me interesais demasiado; y así no me era posible

dejaros entregados sino á unas personas, en quienes de seguro hallareis reunido cuanto teníais en mí, y cuanto en ellos teneis. ¿No es verdad que los amais tanto como á vuestro antiguo director? Permitid, hijos mios, que en momentos en que trato de cruzar los mares, se haga entender para vuestro bien una voz que tanto conoceis.

Redoblad vuestra aplicacion durante mi ausencia; sed dóciles á la voz de vuestros maestros, para que complaciendo á vuestros padres, pagueis mi afecto y el de vuestro nuevo director con progresos más rápidos, si es posible, que hasta ahora. Ni él ni yo queremos ser pagados en otra moneda; y miéntras vosotros esteis retirados en ese albergue de la instruccion, afanandoos por corresponder á mis deseos, yo andaré aprendiendo, y no me cansaré de recoger cuantas noticias sean provechosas á la mejora moral é intelectual de mis alumnos. Sabed que miéntras vosotros estudiais tambien estudia vuestro director, que el hombre miéntras vive aprende, y por mucho que aprenda, siempre le resta que aprender. Tal será el presente con que á mi vuelta compensaré vuestras fatigas.

Os vuelvo á recomendar muy especialmente la docilidad y la obediencia; sin estos dos requisitos no puede haber órden, y sin órden se viene abajo el edificio. Vosotros bien lo conoceis; pues por más que os agrade el jugar, si un maestro os lo permite hacer en clase, vosotros mismos le mirais con indiferencia, porque conoceis el perjuicio que os causa su condescendencia. Tambien debo recordaros la union entre todos vosotros; y á los mayores más especialmente encargo que ofrezcan un dechado á los más chicos de todas las virtudes que deben adornar á un jóven instruido y de buenas costumbres. Ellos no ignoran que por su edad puede exigírseles ya que sean unos verdaderos cooperadores de los maestros; bien persuadido de que ningun título puede serles más honorífico. Yo quisiera que los hijos de San Cristóbal se gloriaran de hacer quedar airosos á sus maestros y directores; que se empeñaran en que este plantel nuestro tuviese un nombre suyo peculiar, que ni el tiempo ni las vicisitudes de la suerte puedan arrancarle. Yo quisiera que este recinto contribuyera á la pátria con algunos hijos de su seno, para aumentar el número de aquellos que han de hacer palpar las ventajas, que llevará la generacion futura á la presente.

Yo quisiera, amigo mio.... yo quisiera cuanto se ocurre á un padre tierno que se aparta de sus queridos hijos.... pero no es posible continuar; el corazon se conmueve, tiembla la mano, y las lágrimas vuelven á bañar el papel. ¡Adios, amigo de mi alma!.... diga V. á esas interesantísimas criaturas que estas son las memorias que les deja,

ANTONIO CASAS.

---

*Sr. D. Antonio Casas.*

Mi muy querido amigo: si V. no tuvo aliento para despedirse, no sé cómo le tuve yo para leer la despedida. Pocas veces he tenido parte en una escena más patética é interesante. Eran las nueve de la mañana, y apénas terminado el desayuno, nuncié á nuestros alumnos que su antiguo director se habia alejado de nuestras playas dejándoles una memoria de su afecto, cuando de golpe sucediendo á un pequeño murmullo un silencio casi sepulcral, todos aguardaban ansiosos por el contenido de su carta. Yo estaba profundamente conmovido: tuve que apelar á toda mi resolucion para dar principio á la lectura, y sin embargo, me flaqueaba la voz á cada paso. V. conoce mi corazon, amigo mio, y así bien puede figurarse cuán vivamente excitarian las imágenes de amigo, director y alumnos que á un tiempo ocupaban mi fantasía y se apoderaban de toda mi máquina. ¡Ah, sí, V. bien sabe que no me es dable hablar de amistad, educacion y niños sin conmoverme hasta lo sumo! Hay una llama inextinguible dentro de mi pecho que sólo puede apagarla aquello mismo que le sirve de pábulo. Yo no puedo cumplir con mis inclinaciones sin hallarme perennemente entre la juventud, derramando las luces de la instruccion y amenizándoles la senda de los conocimientos. Pero el torrente de mis afectos me hace divagar de mi propósito.

Apénas comencé la lectura, corrian las lágrimas á raudales de los

ojos de nuestros discípulos; grandes y pequeños, sensibles y retenidos, todos, todos lloraron: hasta los respetables profesores hubieron de mezclar su abundoso llanto con el de estos vástagos inocentes. Cada palabra que salia de sus lábios era un nuevo dardo que tornaba á abrir la mal reprimida fuente de las lágrimas.

Una vez que salimos del comedor, se apresuraban todos á porfía á pedirme su preciosa prenda (que tal nombre merece la carta) para que copiándola á la mayor brevedad se grabasen más y más en el fondo de sus corazones los saludables documentos de sabiduría y moral que en ella se encierran. Aquel fué dia de estar continuamente enternecido: habia V. de ver cómo hasta aquellas tiernas criaturas, cuyos débiles dedos apénas pueden sostener la pluma para trazar los caractéres, se convirtieron en unos pendolistas «improvisados»; y los pocos que por su demasiada corta edad no eran capaces todavía de tantos esfuerzos; envidiando la suerte de sus compañeritos que bien ó mal podian trasuntar la carta de su «querido padre», les rogaban encarecidamente tuviesen la bondad de trascribírsela tan luego concluyeran la copia. ¡Qué milagros no obra, amigo mio, saber torcer las fibras de la sensibilidad á estas plantitas delicadas y sin lesion!

Pero no crea V. que son pasajeras las impresiones que ha producido su sentida epístola en el ánimo de los niños. A ella tambien se debe el haber vuelto á despertar el precioso amor al trabajo, adormecido con el ócio prolongado que les acarreó la tremenda epidemia. Así es que en estos dias se han agolpado á mí con entusiasmo, unos á alistarse en las clases de geografía, latinidad é inglés, otros pidiendo pasar á clases superiores del mismo ramo que actualmente estudian, y otros, en fin, fervorizados, proponiéndose planes de mejora para lo sucesivo. En resolucion, la carta ha sido un golpe eléctrico que á un tiempo ha conmovido toda la cadena del Colegio. Mas, todavía no pára aquí la excitacion que han producido esos renglones. Muchos de nuestros discípulos, particularmente los de la clase de composicion, de su propio *motu* y arrastrados sólo por la fuerza de sus sentimientos han querido tener el desahogo de contestar las ternísimas expresiones de su sensible director; y lo han ejecutado de una manera que tambien ha hecho venir las lágrimas á estos ojos que tanto han llorado de ternura. No

puedo ménos de acompañar á V. estas efusiones de nuestros hijos. Siempre fuí el mayor idólatra del lenguaje franco, abierto y no estudiado que caracteriza esa época inmaculada de la vida humana.¡ Sí, juventud querida, tú eres mi predilecta entre nuestra especie!

¡Cuánto, pues, no me prometeré yo, amigo mio, de tan favorables disposiciones fertilizadas con el riego que ellos y nosotros á la par hemos derramado tan copiosamente! Yo espero que á pesar de lo muy preparado que se halle V. para encontrar el Colegio en mejor estado, siempre le sorprenderán los progresos que precisamente ha de notar en nuestros alumnos queridos. Ellos prometen del modo más solemne redoblar su aplicacion, ser dóciles á la voz de sus maestros y dar ejemplo de fraternidad y concordia entre todos ellos. Los mayores en particular (á quienes se dirige V. por separado) se comprometen ante Dios y los hombres á presentar modelos edificantes de comportamiento y moralidad á los menores; sin degenerar por esta distincion que reclama su edad, en sentimientos de orgullo y menosprecio hácia estas tiernas criaturas; pues no deben olvidar que todos, todos somos hermanos, y más especialmente los que vivimos bajo el mismo techo y participamos de la misma mesa.—Jamás podrán decir que V. no les ofreció el modelo más cumplido de un padre bondadoso, á par que justo. En cuanto á mí, que tengo á dicha hallarme rodeado de estas interesantes criaturas, que no puedo ver sus adelantamientos sin que me lata el corazon regocijado, que me complazco en respirar el mismo aire con ellos, en esta hora y siempre con ellos, constantemente dispuesto á satisfacerles en cuanto se les ofrece, que declaren ellos mismos el lugar que ocupan en mi pecho.—Ellos saben mejor que nadie que para mí no hay lance más doloroso que aquel en que me ponen los inobedientes y desaplicados, forzándome á imponerles una pena. ¡Pluguiera á Dios que jamás tuviese yo que corregir ni uno siquiera de mis queridísimos alumnos, ni uno siquiera de mis hijos! Mi corazon se contrista y oprime tan sólo de pensarlo. Así es que no hay amonestacion que yo no les haga para impedir que llegue semejante caso. Por la misma razon nunca experimento gusto mayor que cuando todos cumplen con sus obligaciones. En esta propia carta tienen la prueba más convincente de que yo sé anotar prolijamente todos sus laudables procederes siendo buen testi-

go de ello, el minucioso relato que á V. hago de la impresion que les ha causado su despedida.

En fin, amigo mio, el Colegio marcha perfectamente: yo estoy contento con mis discípulos, y mis discípulos están contentos conmigo: estoy satisfecho de los profesores y maestros, y ellos lo están igualmente de su director. A ninguno de ellos se oculta que cada cual en su respectivo puesto es en extremo importante al instituto. En la complicada máquina de la educacion no hay rueda alguna indiferente, por más pequeña que parezca: todas han de conspirar simultáneamente á la unidad y uniformidad del sistema. Yo estoy persuadido que cada uno de los preceptores se halla bien penetrado de la trascendencia del papel que en esta escena le toca desempeñar, así escuso palabras que están de más para los entendedores *inteligentes*. Pero pueden vivir convencidos que si su antiguo director no sepulta en el olvido los servicios que se le prestan, el nuevo será el primero en tributarles su justo testimonio segun el mérito que contrajeren. Ni en mis palabras, ni en mis acciones traslucirán otros sentimientos que los de la amistad más acendrada, y los del más puro é incansable por la mejora del instituto que he prohijado. Hé aquí la clave de todos mis pasos, de todas mis operaciones. No hay otras miras, no hay otro fin.

Asi pues, amigo del alma, duerma V. tranquilo, y no se ocupe más que en su salud; en su salud, por la cual dirigen sus fervientes votos al cielo cuantos abriga este recinto. Es verdad que la persona de don Antonio Casas ha desaparecido de entre nosotros; pero su espíritu, su *espíritu* vive y vivirá en su instituto predilecto: él atraviesa de clase en clase para inflamar la aplicacion de sus discípulos: él está presente á su imaginacion al acostarse y al levantasse, en las tareas y en el recreo: él no los abandona jamás, él en fin, será el motor y el blanco de todas sus operaciones.

Vuelva V., pues, sano, salvo y sereno á los brazos de sus *amantes hijos*, y entónces verá por sus propios ojos, si son indelebles las memorias que les dejó su director. Ellas harán época en la vida de estos interesantísimos renuevos; y cuando por el trascurso de los años recuerden la tierna escena que pasaron, y los veamos entre los hijos escogidos de la pátria, haciendo palpar como V. dice, «las ventajas de la

generacion futura sobre la presente», entónces acabará V. de recojer los frutos de sus largas faenas, y yo bendeciré alborozado á la Divina Providencia por la pequeña parte que hubo de caberme en su cultivo. Hé aquí la respuesta de la familia de Carraguao y los votos de—José de la Luz.—Habana y Agosto 9 de 1833.—Esta es la que en contestacion á la de V. he leido hoy en la mesa á nuestros alumnos.

# COLON Y PINZON. (1)

En el tomo 10 de las «Memorias de la Real Academia de la Historia», se han colocado interesantes páginas en que se habla por extenso de esos dos navegantes. La Memoria contiene tres partes con objetos diferentes si bien subordinadas al descubrimiento de si desembarcó Colon en el continente ó tierra firme de Nuevo Mundo: tenian por objeto final contestar al Sr. D. Marco Aurelio de Soto la pregunta que formuló con el propósito de honrar la Memoria del primer Almirante, poniendo su nombre á unos departamentos.

La primera parte resuelve la cuestion en los términos que lo hizo la Revista de Cuba en Diciembre de 1882, publicando un artículo del que esto escribe. Para hacerlo con los mejores datos se trajeron á la Academia los procesos seguidos por el fiscal de S. M. para negar el descubrimiento de ese continente al insigne genovés, y nada podia ser más atinado. Conviene el Sr. Fernandez Duro en las omisiones que se notan en los historiadores, pero extraña tambien que no se corrigiesen pues el acto de posesion de esta tierra firme: «Consta por los probanzos del pleito, con la particularidad de haber declarado el maestro Hernan Perez *que despues que saltó en tierra este testigo y le trajo*

(1) Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, presentado á la Real Academia de la Historia, por el capitan de navío Cesáreo Tuz Duro, académico numerario (1883).

*neva de la tierra que era, el Almirante con hasta* 50 *hombres* SALTÓ EN TIERRA de Paria, e tomó una espada en la mano e una bandera, diciendo en nombre de SS. AA. tomaba posesion de la dicha provincia.» (Leg. 2, Pieza I.) Y es mucho más de admirar que estando esas palabras en la coleccion de Navarrete, t. III, pág. 582, como lo anotó el disertante, ni el Sr. Soto, ni los que lo han contradicho, citase ese pasaje tantos años há impreso.

La II parte comprende un interesantísimo extracto de todos los procesos é incidentes del pleito del que hace la historia: y aunque de él se han publicado relaciones y extractos por otros escritores, eran incompletos. Es laborioso el cotejo que con ellos establece el Sr. Fernandez, y comienza por el *libro de despachos de la Reina*, que, como de él aparece, continuaron sus sucesores. Es un documento interesante, en especial para rectificar fechas desgraciadamente equivocadas, de que ofrezco una prueba respecto de los títulos dados á Colon, usados en su cronología por los escritores especiales.

Sigue al libro el índice de legajos de los pleitos con D. Diego y D. Luis hasta su terminacion por arbitramento: en el libro se insertan las sentencias y sus posteriores modificaciones por convenio. Se extractan así mismo las probanzas respectivas, á que sigue el cotejo de estas, con lo que publicó D. Martin Fernandez Navarrete.

La parte III es un trabajo crítico sobre lo que pidió y lo que expuso el fiscal Ldo. Villalobos: la censura de sus desaciertos históricos es mesurada. La de los documentos que presentó peca de considerada y así tenía que ser ante la Academia Española. Para la buena crítica los interrogatorios queriendo hacer valer los derechos de Martin Alonso Pinzon, la cesion de sus derechos al gobierno ó á la Emperatriz, es una farsa tan inmoral por su objeto como ridícula, como fundada en vagas y supuestas aseveraciones inadmisibles en buena lógica judicial.

Rompió sus compromisos Pinzon separándose de la obediencia: lo dijo el Almirante y lo explicó Navarrete *hipotéticamente;* pero lo han querido probar sus sucesores haciendo decir á sus testigos que Colon temia seguir el viaje y que él lo *siguió*, por cuyo motivo se descubrió á Santo Domingo. Les hacen decir que envió canoas... y avisos al Almirante: éste el domingo 6 de Enero de 1493, dice: «Que mandó

subir á un marinero al tope.... y vido *venir* la carabela *Pinta* con Este á popa». Volvieron á *Monte Cristi*, donde estuvo el Almirante, y allí vino Pinzon á la Niña á escusarse diciendo que se habia partido contra su voluntad.» El empeño que tuvo en ir á la córte, que no se quiso entender con él, como que no era el caudillo, es sospechoso por lo ménos: á esa negativa atribuyen algunos su muerte *de congoja*.

Se esclarece aún más la autenticidad de la historia del Almirante por su hijo; fortaleciendo las observaciones de Fabié, editor benemérito de las obras de Las Casas; hace notar un descuido ú olvido del insigne Americanista *Harrise*, y por último se *eleva* el mérito de Pinzon á las esferas de la gloria en que dice debe *figurar en la base* de todos los monumentos que dediquen al Almirante. Si ese es un deber principiaria por los *dos frailes* á quien se confiesa deudor el Almirante al principiar la narracion de su cuarto viaje.

El Sr. Fernandez rectifica las exajeraciones é injusticias del célebre panegirista Roselly de Lorgues, analiza las pruebas de Pinzon y termina su laborioso trabajo arqueológico-histórico con la lista de las personas que acompañaron á Colon y las que quedaron en Santo Domingo.

Procuraremos demostrar lo que se deduce de la importancia del trabajo histórico del académico autor de *Colon* y *Pinzon*. Con vista del libro de la Reina y en cuanto á lo que se refiere á Pinzon lo cotejaremos con lo escrito por Goodrich y la suposicion de que se *arrogó* la divisa del escudo de los Pinzones, que describió sin comentarios el señor Fernandez.

El doctor don José Berni y Catalá escribió un enorme libro con el nombre de «Creacion, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla». En el fólio 194 párrafo 52, al hablar del *Ducado de Veraguas* y *Marqués de Jamáica* dice: que el primero fué don Diego Colon, segundo Almirante de Indias y Virey de ellas, Marqués de Jamáica por gracia de los Reyes Católicos, en 1497.

Don Antonio Ramos, presbítero, escribió otro infólio, no tan grueso, para corregir los errores y omisiones de Berni: lo llamó «Aparato para la correccion y adicion de la obra que publicó el doctor D. José Berni y Catalá».

El clérigo Ramos parece que fué curioso en todo, si es suya una obra que conservo inédita sobre matemáticas, las necesarias para la física, pues sobre ser bien pensada y escrita, es fecundísima en rasgos y arabescos en las letras iniciales y títulos de sus capítulos. Sea ó nó uno mismo el Ramos del manuscrito agrega aquel en el número 81 del órden marginal de sus párrafos: «Haro á quien cito (Berni), dice que el título de Veraguas fué concesion de Cárlos V, en 1517, y que en 28 de Setiembre de 1556 lo commutó el señor don Felipe II, en el Duque de la Vega de la isla de Santo Domingo, de que él libró Real Cédula, en 16 de Marzo de 1557, en favor de don Luis Colon, tercer Almirante de Indias (Alonso Lopez de Haro, libro 9, fólio 305 y 504.)

El Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernandez Duro ha publicado un extracto del *libro de Despachos de la Reina* de que resulta la explicacion histórica de esos *embrollos*. Nombrado para informar sobre el *desembarco* de Colon por la Academia pidió como hemos visto el proceso de don Diego y su hijo, reclamando los derechos de Almirante. En la sentencia arbitral que puso término al pleito, entre las cláusulas de la pronunciada en 7 de Julio de 1636, confirmada por el Emperador, en provision de 8 de Setiembre del mismo año se lee: «Que por la pretension de ser Virey, &, se le dé la isla de Jamáica, llamada Santiago, con título de Duque ó Marqués... que se le den 25 leguas de tierra en Veraguas.. y si quisiera de aquí el título de Duque ó Marqués y *no de Jamáica* se le dé (N. 3 y 4 de la sentencia, página 183, informe *Colon y Pinzon*, 1883).

Renunció de nuevo su pretension, don Luis, visto sus inconvenientes y entre ellas el Ducado de Veraguas, etc., etc. Por la recompensa se le dió el título de *Duque de la Vega* «que es un lugar en Jamáica. Y se le dió el título de Duque de la Vega en Valladolid, 26 de Marzo de 1557». (Página 100 idem.)

De cuyas notas auténticas resulta que se equivocaron las fechas y los títulos por los escritores especiales heráldicos, y que lo que de los nuevos datos inéditos aparece es que el Duque de la Vega no lo es de la Real de Haití, sino de Jamáica, y que se evaporaron los otros títulos de Ducados y Marquesados que precedieron al de 1557.

Si de pocos personajes se han escrito más historias que de Cristó-

bal Colon en que aparece pintado ya un misionero de Dios y un santo, ya un pirata ambicioso y vulgar, en ninguna se proponen los escritores más propósitos diversos y áun extravagantes. Para Bosi todo era *italiano* en el grave suceso del descubrimiento; para él no fueron sus auxiliares siquiera los españoles; *apesar* de ser obstáculos, constituyen de un modo *inconsciente* á la gloria de Colon que fué su víctima.

Para Goodrich, Martin Alonso Pinzon era muy superior á Colon y merece los honores del descubrimiento de América. Indudablemente fué un cooperador del ilustre genovés, marinero de Palos que tomó como sus hermanos parte en la empresa de Colon; como fueron sus colaboradores los sacerdotes Machuca y Deza; pero no puede adoptarse el pensamiento del severo crítico angloamericano, como tienen que rechazarse las exageraciones de patriotismo italiano de Bosi y del fanático entusiasmo católico del Conde Roselley de Lorges. Pero sólo nos ocuparemos de Goodrich y su juicio de Pinzon.

El declarado enemigo de la gloria de Colon, Mr. Aaron Goodrich, puso en la portada de su *A History of the character and Achievements of the so-caled Chistofer Columbus*, un monumento coronado por la estátua de América, el águila de los Estados Unidos, y una inscripcion que aquí traduzco:

Los Antiguos.
Hombres del Norte.
AMÉRICO
*Vespucio.*
PINZON.
COLON.
Cabot
Cabral.

El crítico coloca en el órden que cree cronológico la relacion que hace de los merecedores del descubrimiento de América. Coloca en primer término á Vespucio y sobre el de Colon áun al de *Pinzon* y si no coloca ántes que éste á Cabot y Cabral no es sin censurar la mediocridad ó inferioridad de dotes personales de aquel genovés pirata,

ambicioso, cruel y embustero. En cuanto á Pinzon le dedica muchas páginas para hacer resaltar su mérito superior á Colon, casi todo el capítulo VIII lo ocupan los Pinzones, y si el Ilmo. Sr. Fernandez Duro quiere que se coloque á Martin Alonso Pinzon en todos los monumentos de Colon en *su base* con la palabra *¡Adelante!*, el escritor norte americano lo coloca encima y apénas toleraria que se nombrase en la base como *decorado* ó accesorio al falso héroe, que creyó su época que llevó á Cristo en sus espaldas: *Christoferens.*

Supone Goodrich que cuando entró en España Colon, «sin amigos, sin un maravedí, trayendo en sí mismo una historia pirática y criminal.... fué á Palos, pequeña poblacion, ménos que una villa, situada cerca del mar; pidió en las puertas del convento de la Rábida pan y agua *para sí y un niño.* El prior llenó su deseo y este fraile, nombrado Juan Perez, fué interrogado por él acerca de las tierras del oeste de Canarias y quien lo puso en relacion con el jefe de la familia de los Pinzones.

El hecho es *cronológicamente* falso: intolerable despues de que el sabio y laborioso Navarrete ha escrito una de sus *observaciones*, es la V., sobre las declaraciones que publicó (t. 3º de su coleccion) extractadas del pleito de los Colones con el fiscal del Rey sobre el cumplimiento de los acuerdos con los Reyes Católicos y aunque la tuvo á la vista Goodrich ó no la entendió ó no le dió su valor. Navarrete dejó allí demostrado que la mayor parte de los escritores han seguido la relacion de don Fernando y han confundido las épocas. Ha probado que lo que se dice de la Rábida se refiere á los años de 1491 á 1492 y entónces no estaba recien llegado á España Colon. Le habia tenido á su servicio el Duque de Medinaceli dos años y como consta de documentos del propio Duque y de Colon pasó al de la Reina Católica: ya le habian dado auxilios pecuniarios. El obispo Deza y otros le protegian en sus proyectos. La atinada 5ª observacion fija muchas antigüedades históricas y le sirve de fundamento principal una declaracion de un físico testigo. En 1491 vió por primera vez Colon al P. Perez de Marchena (página 599, t. 3º, coleccion de Navarrete): entónces no era el hombre que nos diseñó Goodrich.

La observacion 6ª (página 604) es sobre los auxilios que prestó á

Colon Martin Alonso Pinzon: esta observacion se funda en las preguntas 14 y 23 del interrogatorio del pleito ántes citado.

Hay en una sola frase del marino español la medida que conjeturalmente determina los auxilios que prestó Pinzon: «no puede quedar duda alguna de los importantes servicios que prestaron los Pinzones.» De esto á suponer que sin ellos no hubiera salido Colon de Palos, hay un abismo. Todos tenian en aquella fecha exageradas ideas sobre las riquezas de las Indias: el mismo Pinzon decia que *eran de oro las tejas de sus edificios.* Colon *quiso poner la octava parte* de gastos para tenerlas en los provechos. Navarrete cree, y lo cree atinadamente que acaso fué la *mitad* ó el *todo de la octava* parte lo que cedió á los Pinzones. Era posible que nadie presumiese que iba á cederle la mitad de las *preeminencias personales* de virey, almirante y gobernador. Supone que tal vez por eso no le quiso recibir los *novecientos pesos oro* que le entregaba al reunírsele (página 608 ibidem).

El paralelo del escritor anglo americano entre Pinzon y Colon supone al primero la más generosa cooperacion miéntras que Colon no se agitó sino por interés y fijando condiciones: «gastan su dinero los Pinzones y su influencia, dejan su casa y lugar donde sus padres vivian respetados por generaciones, en lo aparente sin ningun interés, sin poner condiciones en recompensa. Ante su conducta ¿quién puede creer por un momento que Colon procedió por el deseo de promover la ciencia, hacer el bien, ni por otra cosa, sino que lo ocupaba sed de oro y de riquezas?»

Demuestra esa concupicencia hasta con el hecho de haber despojado al marinero Triana del premio que mereció por haber dado la señal de tierra, por cuyo motivo desesperado se hizo mahometano dejando el país—*se hizo turco*, dice, por la injusticia del almirante. Sin embargo no dejó flotar la idea, que se encuentra vaga ó contradictoria en otros de que no pagase el almirante el préstamo de sus servicios pecuniarios: ocúrresele una observacion de hombre práctico: «En los testimonio del pleito, ántes citado, se asegura que Martin Alonso estipuló con Colon tomar la *mitad* de los provechos que obtuviera éste. ESTO PUDO SER, pero en su habitual infidelidad Colon es causa de que se ignore esta condicion; pero no *habiendo sido* LUCRATIVA la expedicion, *no hubo*

*reclamaciones* por los Pinzones y la cosa *quedó en la incertidumbre.»* Sin embargo Pinzon tomó una suma que le dejó Colon, segun dice Navarrete.

No es tan suave el crítico en lo demás: supone que Colon se *atribuyó* la divisa del escudo que Cárlos V concedió á los Pinzones. Como nadie oyó hablar de los convenios de Martin Pinzon, como lo observó el P. Las Casas hasta que se puso el pleito al fisco por don Diego Colon, así nadie ha sabido de la concesion del Emperador á los Pinzones. Principiado el pleito se tramó por las personas á quien interesaba *formar* las pruebas de un derecho imaginario: Juan Martin Pinzon se prestó á declarar contra los Colones y hasta promover en 1532 un informativo para probar que le tocaba la mitad del almirantazgo, de todos los derechos personalísimos concedidos al almirante y su descendencia. Presentó testigos que declararon de *referencia á dichos* y cedió al monarca sus derechos. El fiscal Villalobos aceptó la cesion y la hizo figurar en las pruebas: y lo era de mala fé, de humana miseria y como ha observado el señor Fernandez Duro, innecesaria para su objeto, que tenía más eficaces fundamentos. La cesion se hizo y aceptó en 24 de Agosto de 1435. Todo consta, hecho á pedimento de Villalobos.

Aunque nadie ha hablado de reclamaciones de Pinzon contra el Almirante es la única excepcion D. Gil Gelpí y Ferro, que en su interesante libro *Estudios sobre Administracion*, (Habana 1864) dice: "Los pobres herederos de Pinzon (pag. 44. tomo 1º) se vieron obligados á seguir un largo pleito con los ricos herederos de Colon para cobrar *una parte* de lo que sus padres interesaron en aquellos buques". Agrega, que esto no lo dicen los extranjeros ni los españoles *exceptuando Washington Irving.* No señala el lugar: pero no lo dice en sus dos obras relativas á descubrimientos. *Life and voyages of Christofu Columbus* edicion *revisada* y *corregida* en 1835 en Filadelfia; ni en la obra *Voyages and descovery of the compains of Columbus* de la misma edicion. Por el contrario, sin desconocer el mérito de Martin, le juzga culpable de *desercion* respecto de Colon, como el mismo Sr. Gelpí, y en la primera de las dos obras citadas: «como no hubo provechos en la expedicion *no estableció reclamaciones y el asunto fué obviado».* Esta frase la copia Goodrich en la nota á que nos referimos en este ar-

tículo, si bien no lo cita. En la segunda obra dice que la desgracia de los Pinzones *cualesquiera que fuese* por las faltas de su padre, *sus buenos hechos* sobrevivieron. Si no pudieron tomar parte en las nuevas empresas de Colon por celosa hostilidad, «se abrió luego la puerta á empresas individuales que tomaron á su propia costa el permiso necesario, y de hecha esa hostilidad con Colon, le sirvió de la mejor recomendacion para obtener un ardiente favor del obispo Fonseca, para conseguir el permiso para su expedicion».

Limitándome á disipar la nota de usurpador de la divisa de su escudo á Colon, debe advertirse que Navarrete ha publicado las fechas de las concesiones. Se concedieron las armas á Colon en 20 de Mayo de 1493, en Barcelona. (pág. 37 t. 2); y á los Pinzones en 23 de Noviembre de 1519 (pág. 145, t. III).

Es unánime la expresion que atribuye á Colon el mote que no ha tenido que *arrogarse*, lo que no dejaria de expresar una verdad.

El escudo de Colon lo reproduce Charton, la divisa por orla: dice que la toma de Oviedo; carece del yelmo, timbre y corona, pues en la edicion de la Academia se vé con todos los adornos heráldicos con el yelmo, plumas á la diestra de los nobles legítimos y la misma divisa:

"A Castilla y á Leon,
Nuevo mundo halló Colon".

Este mote lo tiene por orla:

El capitan Galardi, (pág. 225 de la obra de Goodrich), no ofrece más diferencia notable que la *corona de Duque*, porque ya lo era en su casa y el *vocablo dió* en lugar de *halló*.

Escribió en 1666 (pag. 169) y era secretario del Duque. No dice ninguna de las reales concesiones que hicieran parte del escudo de los navegantes la *divisa* ó mote como lo llama Goodrich. Segun los maestros de heráldica, era lícito á los nobles: "desde el Duque al simple hidalgo, desde el Papa á la última abadesa, desde la reina á la hija del noble *elegir una divisa y agregar al blason de sus armas*. A. de la Porte *Tresor Heraldique* cap. 3, pág. 57.

D. Fernando Colon, en la Historia de su padre dice: (cap. VIII,

al final) que esas palabras fueron puestas de órden del Rey Católico, sobre su sepulcro en 20 de Mayo de 1505; y como la supuesta concesion á los Pinzones es de 1529, por la Emperatriz, no puede haber cuestion de cronología. Colon no tomó por divisa ya difunto la que copiaran los Pinzones de su sepulcro.

El *mote aplicado á Colon* inspiró al humanista erudito Académico D. Juan de Iriarte, isleño distinguido, un epígrama, el XIII de su coleccion castellana. Hay la variante de que puso *Aragon* en lugar de Leon. Su epigrama dice:

"Los genoveses no dan
Ni dieron en tiempo alguno;
Sólo el genovés Colon
Dió por todos, dando un Mundo".

El descubrimiento de América que enriqueció el mundo.

1º No fué una *obra de Romanos;*

2º Fué obra del genio, y ese genio era *Colon;*

3º Pinzon facilitó la realizacion del pensamiento del genovés, pero esa colaboracion *tomando parte* en lo que industrialmente y como socio tenia Colon no fué una condicion necesaria para el descubrimiento.

1º No fué *obra de Romanos* ni por los gastos que demandó, ni por los medios materiales de transporte. El ciudadano que decidió á la Reina, *Luis Santangel*, á proteger á *Colon*, que ya habia estado al servicio de un Grande, y de la misma Reina—"en algunas cosas cumplideras al servicio de sus Altezas." y recibido varios auxilios de dinero, se fundó *en lo poco que demandaba* el presupuesto de gastos. Santangel ofreció él *un cuento ciento cuarenta mil maravedis* de su peculio. Esa suma se reducia á más clara expresion diciendo que eran 5,000 ducados, que reduce á la mitad Las Casas, y eran equivalentes segun el sabio Peschel á $ 2844-17.

Sobre la poblacion de Palos pesaba una sentencia que la obligaba á tener al servicio de la Reina caravelas; y á pagar su equipaje, etc., cuya realizacion se puso á la órden de Colon. El Sr. Gil Gelpí, como

marino, las describe más gráficamente que nadie, siendo dos de ellas sin puente y poco más que falúas.

Colon debia costear una parte y la *cedió* en participacion á Pinzon.

No ha olvidado la historia la noble determinacion de la Reina de *empeñar* sus joyas, si no habia otro recurso, y lo impidió el entusiasmo del vasallo; que al recobrar su generoso préstamo de Alonso de las Cabezas *Tesorero de la Cruzada*, en el obispado de Badajoz, se vió pagado contemporáneamente con *Isac Abrahan*, que habia prestado mayor suma para los gastos de la guerra. (Navarrete t. 2, pág. 5).

El mismo historiador Peschel dice: "Facilitó sus aprestos (de Colon), el que una familia la más rica de Palos, considerada entre los marinos, le favoreció. Fueron Martin Alonso, Vicente Yañez y Francisco Pinzon, que tomaron á pecho la empresa. Habia adquirido Pinzon (Martin) una *carta* en Roma ántes, en que aparecia *Zipango*, isla aurífera á 95° de España. Así no *dudó tomar parte* en el proyecto, y por la confianza que merecia, fué fácil terminar el equipo".

2º No era el genio de Colon en aquellos momentos el mísero pirata que nos decribe Goodrich: ya se le contradice ántes: ahora es el enviado de una Reina que realizaba una idea hacía años emprendida y estudiada, que contaba con muchos simpáticos y los medios aunque poco valiosos que necesitaba. Habria tardado más, pero lo habria realizado, sin que sólo le hubieran acompañado *presidiarios*.

3º Redúcese el auxilio eficasísimo de los Pinzones á su *ejemplo*: ellos como Colon daban gran importancia á lo que decia la *carta de Roma* y *tomaron* una parte en lo que iba á lucrarse en la expedicion que sólo produjo gastos y no *ganancias*. Consideracion que figuró luego en nuevas concesiones al que siguió su pensamiento hasta el fin, al inflexible genio que comenzó su obra de exploracion.

Es Colon el genio, es Pinzon y cuantos auxiliaron al navegante, nombres históricos que contribuyeron á su obra y que nada irradian, que no sea el reflejo de aquel astro de primera magnitud en la Historia de los primeros descubrimientos del siglo en que,

"Entre el cielo y el mar se alzó otro mundo".

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

# IDILIO.

—

**A mi amigo M. Cruz y Fernandez.**

Es Liborio el criollo más galano
Que tiene el mayoral de la «Tinaja»;
Con el machete en la nervuda mano,
Ninguno en el ingenio le aventaja.
—¡Lista está la carreta!
¿Hay que pasar el matorral cercano,
La tortuosa cañada del riachuelo,
Y la ruda meseta
Del montecillo aquel, donde su vuelo
Detienen las *rabiches* gemidoras?
¡Nada importa! Liborio en breves horas
Si el aguijon empuña, rinde el viaje,
Salvando su pericia con buen tino
Las mil sinuosidades del camino.
—¿Muge el toro salvaje
Con indómita furia en el potrero?
Pues que deje Liborio la boyada,

Y calce sus espuelas de montero,
Y agite sobre el potro su lazada;
Y no hay ya que temer al bruto fiero!

---

Cruza la *gente* activa y afanosa
Por el ámplio batey de la «Tinaja».
La máquina se mueve poderosa,
Y todo el tren trabaja!
El humo nacarado
Que corona la altiva chimenea,
Por el aire impulsado
Como un penacho gigantesco ondea,
Lentas giran las mazas del pesado
Trapiche, y por él corre el esprimido
Dulce jugo, que luego el labio prueba
En sabroso *guarapo* convertido.
Hierve la miel, y de su espuma de oro
Se desprende un aroma delicado,
Que hasta el cielo se eleva,
Con el rico tesoro
De la virtud medicinal que lleva!
¡Dios quiere que con fuerza todo brote
Del seno de la tierra endurecida
Porque nunca se agote
El caudal misterioso de la vida!

---

No lejos del ingenio hay una vega
Que cultiva Ciprian el africano,
La más fértil del llano,
Porque un fecundo manantial la riega.
Es ya viejo Ciprian, y lo acompaña
su nieta, la negrita Telesfora;
Calor de una promesa que no engaña,

A quien Liborio con pasion adora:
Negrita que en el campo es un portento
Y un manojo de gloria en el bohío;
Porque si el tiple toca con destreza
Y *el punto* canta con sonoro acento,
Así maneja con pujante brío
El hacha y el machete, cuando empieza
En las mañanas del otoño artero,
La siembra del valioso semillero.

---

Esperando que acabe la molienda
Hace un mes que Liborio no visita
El sitio encantador de su negrita.
No queriendo que *el amo* lo reprenda,
Ni que le azote el látigo infamante
Del fiero mayoral,—que mira huraño
Y se complace en concitar el daño;—
Sin sombra criminal que su conciencia
Enturbie un solo instante.
Sufre callado la forzosa ausencia,
Que las leyes de Dios dando al olvido,
Indolente y tirana,
Así le impone la justicia humana
Para alejarle de su bien querido.

---

No lo olvida tampoco Telesfora;
De su acendrado amor la fiebre aumenta;
Y aunque no vé á Liborio, se contenta
Con mandarle las lágrimas que llora.
Para alejar la sombra de sus penas
En las noches serenas
Canta bajo las palmas del lindero,

O ayuda cariñosa en las faenas
Al viejo de sus cuitas compañero.
De aquel sencillo alcázar soberana,
Antes de recojerse, besa el bello
Rosario de cristal que lleva al cuello;
Y aguarda con paciencia,
Que el santo premio de su fe cristiana
Le otorgue la divina Providencia.

---

Y se lo otorga al fin; pues de repente
Nota que el perro gruñe en la cocina:
Con Ciprian que es valiente
Al platanal del fondo se encamina,
Y antes que ruido alguno la amedrente,
Oye un acento grato que la nombra,
Y vé llegar, con la alegría más pura,
Hácia ella la nítida blancura
De unos dientes que brillan en la sombra!
Es su amado! Es Liborio!
Que llega del forzado purgatorio;
Aquella misma tarde ha recibido
Las nuevas de su próspera fortuna.
Ya que no el hombre, Dios lo recompensa
Con la expresion de su bondad inmensa.
Libre Liborio, ya no le importuna
El férreo yugo á que viviera uncido,
Pues aunque tiene el corazon de un bravo
Y detesta la odiosa tiranía,
Sin aceptar el crímen, no podia
Sacudir la ignominia del esclavo!

---

Oh! qué dulce momento
Para esa trinidad de corazones
Que en el crisol de un mismo sentimiento
Funden sus generosas impresiones!
Pobre, modesto, con incultas fases,
Nunca el artista vió tan reducido
Cuadro de más hermoso colorido!
¡Para un tierno poema, cuántas frases!
¡Cuánto amoroso arrullo para un nido!

---

Ya la anhelada hora
Se acerca de dar fin á la molienda:
Ya no teme Liborio que se ofenda
Por su ausencia la linda Telesfora,
La nieta de Ciprian el africano,
Porque muy pronto le dará su mano
Para gozar en los felices dias,
Con ese amor que todo lo engrandece
Cuando hay un soplo oculto que enardece
El fuego de las mútuas simpatías!

PABLO HERNANDEZ.

# UN DISCURSO DEL LUGAREÑO.

El 8 de Diciembre de 1866 falleció en la Habana uno de los más ilustres entre los hijos de Cuba, varon egrégio, modelo de todas las virtudes domésticas y cívicas, cuyo nombre vivirá eternamente en nuestra historia y en el corazon de los patriotas cubanos: GASPAR BETANCOURT CISNEROS. *El Siglo* del dia once, publicó con ese infausto motivo, la noticia y el discurso que reimprimimos á continuacion, consecuentes con el propósito de recoger en nuestras páginas todos los documentos que puedan dar á conocer á la juventud de nuestra pátria el espíritu y la sabiduría de sus hombres insignes.

Decia *El Siglo:*

«Uno de nuestros mejores amigos, apreciable jurisconsulto de Puerto-Príncipe, á quien ligaban estrechos lazos con GASPAR BETANCOURT CISNEROS, nos ha favorecido con el siguiente escrito, que insertamos con mucho gusto, tanto por su oportunidad como porque el Discurso que incluye puede servir para revelar el alma del *Lugareño*, que sin quererlo se retrataba á sí mismo en los elocuentes rasgos con que pintaba al PADRE VALENCIA.

## UN DISCURSO DEL LUGAREÑO.

Nosotros tambien somos de aquellos que comprenden que no hay mejor consuelo al dolor que el dolor mismo.

Acabamos de depositar en una capilla de la Iglesia de Santo Domingo el cadáver de GASPAR BETANCOURT CISNEROS, con quien casi habíamos pasado las dos noches anteriores admirando la resignacion verdaderamente evangélica con que sufria los tormentos de la cruel enfermedad que lo ha arrebatado á su pátria y á sus amigos!

«Habíamos oido sus últimas palabras, habíamos recojido su última mirada, conservaremos eternamente en nuestros pechos su postrer suspiro. Y al verlos ahora sólos, buscamos los recuerdos del hombre, el sabor de aquella palabra siempre agraciada é insinuante, el resplandor de aquellos ojos en que ardia el fuego de una gran inteligencia y en que se reflejaba toda la bondad de un alma grande.

Pero ¡ay! aquellos ojos se han cerrado para siempre, la muerte ha extinguido aquella voz y las manos que momentos ántes estrechaban las nuestras cruzadas é inmóviles reposan ahora sobre su helado pecho. Deseábamos, sin embargo, oirlo, deseábamos admirar esa claridad que el sol deja en nuestro cielo cuando se hunde en el Océano y buscamos un libro que contiene muchos de sus escritos. De esos escritos que tantas mejoras morales y materiales iniciaron en nuestro país: de esos escritos en que con fácil estilo, con un donaire inimitable derramaba el Lugareño los raudales copiosísimos de su inteligencia y de su alma, dejando traslucir siempre en el fondo una mira benéfica ó civilizadora: de esos escritos que tan alto puesto le granjearon entre nuestros literatos más esclarecidos, y en que palpitan, por decirlo así, toda la vida y todas las legítimas aspiraciones del pueblo en que nació. Al azar abrimos ese libro y hallamos un discurso que BETANCOURT CISNEROS pronunció en los primeros dias de este mismo mes en el año de 1839 y en los momentos en que los camagüeyanos, estimulados por él mismo, rendian un merecido tributo de admiracion y cariño al varon evangélico conocido en toda la Isla bajo el nombre del *Padre Valen-*

*cia* sin otro motivo que el de haber visto la luz en esa bellísima ciudad de España.

Gaspar Betancourt Cisneros era amigo íntimo de Fray José de la Cruz Spit: su alma cobraba nuevo impulso, inspirada por la virtud evangélica del cenobita y cuando el hombre de Dios y el hombre del pueblo, confundian sus aspiraciones en un sólo sentimiento, no habia más que un objeto ante sus ojos,—el bien de sus semejantes. Betancourt cerró los ojos del padre Spit y le preparó una ovacion digna de él: su retrato fué conducido en triunfo por damas camagüeyanas desde la ciudad hasta la celda que ocupaba en San Lázaro, donde aún se encuentra, y en esos instantes el Lugareño pronunció un discurso que vamos á insertar aquí, siquiera sea para que la juventud presente conozca los verdaderos sentimientos del hombre á quien conducirá hoy al sepulcro. El cielo premie sus virtudes, así como la pátria recordará siempre su amor, su talento y su abnegacion.

DISCURSO.

«Señores: tened la bondad de concederme unos pocos minutos de atencion. Necesito decir algo, para desahogar los sentimientos de un corazon camagüeyano.

Ya la tribuna sagrada os ha presentado hermosísimas flores perfumadas con la elocuencia religiosa. La tribuna cívica tambien desea presentar sus ofrendas, que no por ser ménos fragantes, serán ménos aceptables á vuestra indulgencia.

Tambien tú las aceptarás, varon ilustre; porque son las ofrendas del entusiasmo, la expresion de un pueblo, que obligado por tus generosos beneficios, viene á traer el rico tributo de su gratitud sin límites.

Señores: ya habeis oido hablar á los elocuentes sacerdotes, del cenobita, del ermitaño de San Lázaro, del misionero apostólico: ahora voy á hablaros del hombre de mundo, del verdadero patriota. Examínese á una y otra luz al Reverendo P. Fray José de la Cruz Spit, siempre encontraremos la virtud sublime y el mérito incomparable.

Este es aquel hombre verdaderamente grande, porque aprendió á negarse á sí mismo y entregarse todo entero á la humanidad. De tal manera se habia identificado en ella, que el grande y el pequeño, el señor y el siervo, el rico y el pobre, el nacional y el extranjero, el bueno y el malo, el religioso y el impío, todos tenian igual derecho á su benevolencia, porque él aceptaba la humanidad con todas sus condiciones y flaquezas, con todos sus errores y miserias: su benevolencia era la luz, era el aire do que todos participábamos á título de hombres. Cuanto más desgraciada era la situacion, cuanto más abyecta y oscura la cuna, cuanto más descarriada y miserable la persona, mejores títulos llevaba para acojerse á su benevolencia, que siempre era otorgada con angelical sonrisa. A la manera que el fabuloso Orfeo con los sonidos melodiosos de su lira, así él con la dulzura de su benevolencia encantaba y subyugaba hasta á las fieras humanas.

Este es aquel varon constante, que armado sólo de su palabra y de su ejemplo, acometia las empresas más colosales. Recordemos, señores, la época en que estos desventurados lazarinos mendigaban de puerta en puerta el sustento diario. ¡Qué espectáculo tan triste! Por una parte el horror del contagio y la presencia de una enfermedad asquerosa; por otra, la miseria y el desamparo en que veíamos á estos dignos objetos de conmiseracion! El patriota cristiano vió todo el mal, conoció el peligro y trató de remediarlo. ¿Qué existia entónces en este sitio? un desierto enmarañado y unos miserables *bohíos*, donde se alojaban los pobrecitos lazarinos. Ved ahora lo que existe, y admirad, no sólo la virtud que concibió, sino tambien la virtud que realizó esta grande obra de consuelo para los enfermos y de preservacion para los sanos. Se necesitaba de toda la constancia del Padre Valencia para haber acometido y realizado este Lazareto con los recursos que entónces se presentaban á su ardiente deseo: voy á daros idea de ellos.

No encontró nuestro bienhechor otros arbitrios ni recursos de que echar mano, que salir con un amigo á pedir limosnas por el pueblo. Cuéntase que el primer dia sólo se recogieron seis reales. En vista de tan mezquina suma, el depositario de ella que le acompañaba con desalentado corazon le dijo: «ya vé Padre lo que hemos conseguido? «¿Cómo quiere emprender una obra tan costosa en un pueblo como

«este? Hombre de Dios, contestó el hombre de Dios, con que en tan «pocas horas y con tan poca diligencia, hemos juntado seis reales, y «todavía no cree Vd. que se hará el San Lázaro? Delo por hecho, her«mano, que Dios proveerá para todo». Este sólo rasgo pinta al hombre. Así sólo calculan los que ponen toda su confianza en la Providencia, los que se sienten impulsados de una fuerza de voluntad libre para el bien obrar, y de una constancia invulnerable para resistir á las contrariedades de los demás hombres y á los reveses de la fortuna. Aquí está la obra de seis reales, llevada á cincuenta mil pesos, para dar testimonio del hombre. Esta es la maravillosa creacion de la benevolencia y de la constancia, de la palabra y del ejemplo.

Maravillosa creacion, he dicho, y atendidos los recursos con que contaba su ilustre Fundador, nada tiene de hiperbólica mi expresion. Pero si grande era la constancia de este hombre sin igual, todavía era mayor su modestia. Jamás se atribuyó á sí mismo, ni áun la más pequeña parte de buen éxito. Para él siempre fué hechura de la Providencia divina y del pueblo cristiano: de la Providencia, que le empleaba como al instrumento ciego de sns altas y benéficas miras; del pueblo que se condolia de las miserias y simpatizaba con los desgraciados Lazarinos. Recuerdo que una tarde, como me despidiese de él dejándole en cama, le dije: «es preciso cuidarse mucho, padre mio, «porque hace muchísima falta á sus pobrecitos Lazarinos»—«¿Qué falta «he de hacerles yo, me contestó, miserable é inútil gusano, que me «estoy deshaciendo en polvo, cuando ellos tienen á toda una Provi«dencia que mire por ellos?» Tanta era su modestia que ni áun para los Lazarinos se juzgaba de importancia.

El deseo de hacer bien á este pueblo era inagotable en su corazon. Apénas hay entre nosotros necesidad pública sobre que él no hubiera fijado su atencion y escogitado algun proyecto para remediarla. La necesidad pública era para él, lo que el tesoro para el avaro: donde estaba la necesidad pública allí estaba todo su corazon: allí concurrian su profundo juicio y su infatigable constancia para reconocer todo el mal y sustituir el bien. Las mujeres pobres de nuestra comunidad, se acogian en sus enfermedades á una casita que debíamos á una alma generosa, pero que estaba situada en paraje sumamente húmedo, ya

deteriorada y casi en total abandono. El buen patriota de Puerto Príncipe se condolió de tanta miseria; combinó un vasto plan allá en su cabeza, buscó los primeros recursos, puso mano á la obra, y he aquí que como por encanto, parecía brotar espontáneamente de la tierra el hospitál del Cármen. Con su palabra mágica y su ejemplo seductor arrollaba cuantos obstáculos se le oponían y creaba cuantos recursos necesitaba. ¿Quién de vosotros no se rindió á su palabra? ¿Cuál de vosotros no imitó su ejemplo? El orgulloso aristócrata, la presumida belleza, la delicada matrona, todos se doblegaban al poder incontrastable de su palabra y de su ejemplo. Así es, que todos concurrieron con sus haberes, cual más, cual ménos, á levantar estos asilos de consuelo para la humanidad desvalida, y lo que es más, todos concurrieron á trabajar y servir personalmente ¿á quiénes? á unas personas de quienes nada tenían que esperar: porque ellos como su padre, el Cristo, bien podían decir entónces: «las aves del cielo tienen sus nidos, mas nosotros no tenemos ni áun donde reclinar nuestra cabeza».

A corta distancia de este sitio pasa un camino que en la estacion de las lluvias quedaba interceptado por las crecientes de un arroyo. El Padre Valencia vió el perjuicio grande que recibía el vecindario de esta incomunicacion con la ciudad, hizo levantar un puente sólido de cal y ladrillo, que franquea en todas las estaciones y á todas horas la comunicacion entre la ciudad y esa parte del distrito.

De este sucinto relato, vendreis, señores, en conocimiento de otra virtud característica que nuestro amigo poseía en un grado eminentísimo: la laboriosidad. El trabajo era para él, ley divina, era la mejor garantía que podia ofrecer una sociedad, era la fuente de las virtudes públicas y domésticas. Él decia que Dios honró el trabajo sobre la frente de Adan, y así es que no se desdeñaba de tomar en sus manos consagradas la barreta y el azadon, ni de cultivar flores y frutos y legumbres en este hospital, ni de ayudar personalmente á los artesanos en los diversos ramos de trabajo que aquí se empleaban, ni de lavar, asistir y servir á los enfermos y peregrinos. Despues que llenaba religiosamente los deberes de su ministerio, no buscaba el descanso como hacen los ociosos, sino el trabajo corporal y activo, que aumenta la salud, alegra el espíritu y conserva la pureza de costumbres, de cuyos

bienes no pueden gozar completamente estos ociosos privilegiados que á fuer de nobles ó de ricos, ó de devotos se figuran que han adquirido el derecho de no trabajar. El Padre Valencia amaba el trabajo porque el trabajo es una virtud y virtud eminentísima; pues mal puede suponerse que el interés tuviese cabida en el corazon de nn hombre que jamás decia: *esto es mio;* y que si alguna cosa se le regalaba la recibia con la condicion de llevarla á sus pobrecitos Lazarinos á quienes decia él que se la debia.

Dominado siempre de alguna idea humanitaria, y de su entrañable amor á este pueblo, lamentaba la situacion á que ya se veía reducido por su avanzada edad y sus penosas enfermedades. Bullian allá en su mente dos proyectos grandiosos: dos edificios públicos que á la verdad, señores, hacen notable falta y se echan de ménos en un pueblo culto y cristiano. Ya comprendeis, que la situacion del desventurado demente, y del infeliz criminal tenía afligido su piadoso corazon.

Él habia visto por nuestras calles á los pobres locos maltratados por hombres inhumanos, y escarnecidos por muchachos mal criados: él habia oido á estos infelices escandalizando con sus blasfemias y obscenidades á la casta doncella, á la pudorosa matrona, al inocente niño: él conocia todo el peligro que amagaba nuestra sociedad, un buen padre de familia, un ciudadano útil al Estado expuestos á caer víctimas de un arrebato involuntario de demencia. Él queria poner remedio á tantos males, y habia proyectado construir un edificio para los pobres dementes, un San Hipólito de que carece esta populosa ciudad.

Tambien habia observado la mísera situacion á que se ven reducidos los desgraciados criminales en una prision estrecha, oscura, fétida, húmeda y mal sana, entregados al ócio, gravitando siempre sobre la comunidad trabajadora, ó condenados á la vergüenza pública donde se prostituyen hasta los instintos de la dignidad humana, donde muere el gérmen de toda virtud y se pierden las esperanzas de toda reforma moral. El Padre Valencia sabía que entre las causas tentadoras del crímen, dos son las principales: la ignorancia y la indigencia. Partiendo de estos principios él habia concebido un vasto plan de cárcel con departamentos para la enseñanza religiosa é intelectual de los pobres criminales; departamentos para trabajos fuertes para el Estado, depar-

tamentos para el aprendizaje de artes ú oficios mecánicos, á fin de que cuando esos hombres volviesen al seno de su familia no trajesen mayores crímenes, sino virtudes, hábitos laboriosos y una industria de donde librar una subsistencia cómoda y honrosa que los librase de la necesidad y tentacion de perjudicar á sus conciudadanos.

Tales eran, señores, los misericordiosos é importantes proyectos que agitaban su cerebro y corazon en sus últimos años; cuando una muerte demasiado precoz vino á arrebatarnos al digno sucesor de aquel gran Padre las Casas, protector de los antiguos habitantes del Camagüey, como lo era Valencia de los actuales. La implacable muerte hundió en la tumba al mejor de los patriotas, y con él hundiéronse las más lisonjeras esperanzas de Puerto Príncipe. ¡Oh pátria mia! Yo te conduelo en tu inmensa pérdida! ¡Desapareció de tu suelo el Arístides de nuestro siglo, el único Justo por quien sería en todas ocasiones salva y perdonada la ciudad....! ¡Cayó, compatriotas, cayó el muro fuerte donde se estrellaban los vicios y se amparaba la virtud: secóse el brazo hercúleo que defendia al oprimido y desarmaba al opresor: enmudecieron los lábios que por todas partes difundian y propagaban la Santa Verdad é imponian silencio á la mentira, á la impostura, á la calumnia y á la hipocresía! Pobres, enfermos y oprimidos, no lloreis empero por él, entonad himnos de alabanza del que vivió para gloria de Dios y para honra y provecho de la humanidad: llorad, sí, por vosotros, llorad por los calamitosos y crudos tiempos que nos aguardan sin este punto de apoyo sobre la tierra....—¡Ah! No será así: creedme que no será así.... Escuchad sus palabras consoladoras, y grabadlas en vuestros corazones cual están archivadas en el cielo. «Los pobres, los enfermos, los oprimidos, tienen á toda una Providencia divina que mire por ellos». Sí: hay una Providencia divina, la misma que infundirá y perfeccionará las virtudes cristianas y sociales en los camagüeyanos: ellos aprenderán en las obras del Padre Valencia á erigir estas casas de misericordia para la humanidad desvalida: ellos conservarán las que su amor les ha legado: ellos realizarán los proyectos filantrópicos que él les indicó: ellos en fin concurrirán siempre á visitar este Lazareto, á consultar su tumba, y á dar á su memoria y á la pátria dias tan gloriosos como este. Entónces, pobres, enfermos y oprimidos; no digais

no, que habeis perdido á vuestro Padre Valencia, porque el espíritu y el poder de los hombres virtuosos, nunca mueren ni abandonan á los pueblos que saben resucitarlos en su corazon. Imitad sus virtudes cristianas y sociales, y bien podeis daros parabienes de que aún vive para la humanidad el Padre Valencia en los corazones de todos los camagüeyanos!

# CONFERENCIAS FILOSOFICAS.

**[Segunda série.]**

## LECCION VEINTIOCHO.

SUMARIO.—Segundo momento en el ciclo de antecedentes de un acto: determinacion. —Crítica de su explicacion segun la psicología tradicional.—Casos en que á la idea de un acto puede seguir inmediatamente su realizacion.—Primero: representacion de un movimiento ó de una série de ellos.—Segundo: representacion de un fenómeno fisiológico.—Tercero: idea de un hecho psíquico.—Teoría del vértigo mental, de Kenouvier.—Cuarto caso: percepcion de un acto ejecutado por otros. —La imitacion.—La anomatopeya.—Ley fundamental de la determinacion.— Actos cuya determinacion es inconsciente.—Pruebas de que entran en la ley enunciada.—Sonambulismo espontáneo y provocado.—Actos precedidos de deliberacion.—Como deja el hombre de ser un autómata.—Grado máximo de conciencia en el momento de la indecision.—Su consecuencia es una paralizacion del movimiento.—Teoría de Schlosser sobre las acciones inhibitorias.—Aplicacion de esta teoría fisiológica al acto psíquico de la indecision.—Las ideas antagónicas producen una accion inhibitoria.—Esta permite que cambie de curso la série mental.—La determinacion voluntaria solo se diferencia de las automáticas en que está precedida de un tiempo de indecision.—Entra en la ley general.— Objecion de los neo-kantistas.—Demostracion de que es completamente especiosa. —El deber considerado como motivo.—Su valor moral.

SEÑORES:

Nuestra última palabra ha sido en favor del determinismo. Necesario es, para abarcar en toda su extension el magno problema que esa palabra entraña, que nos demos clara cuenta de ese acto decisivo, de ese impulso resolutivo, que pone fin á todas nuestras dudas, y despues

del cual ya no encontrará el sujeto ningun obstáculo entre él los movimientos que han de realizarlo. Ya conocemos todo el período inicial: concretémonos al período de verdadera determinacion.

¿Tenemos conciencia de ese período? ¿podemos distinguir el punto preciso en que la tendencia, el impulso, el deseo, pasa á ser determinacion, y comienza el acto? La mayor parte de los psicólogos cree que sí; porque encima de los fenómenos psíquicos colocan una entidad, que interviene en este punto, verdadero *deus ex machina*, y pronuncia su decision: ha oido las partes y sentencia: ha considerado los motivos y quiere; para éstos la determinacion es un acto simple que se llama la volicion, testimonio de una espontaneidad que surge no se sabe de dónde, y rompe la trama de los estados anteriores de conciencia, para producir un acto que sólo tiene su razon de ser en la libertad del sujeto. Por mi parte creo que los que así opinan están deslumbrados por una gran ilusion, y que es vano buscar un acto simple é independiente en el tránsito de un estado mental á otro, en el punto de union de dos fenómenos enlazados por una causalidad inevitable. Cuando tenemos conciencia de la determinacion ya ha empezado á realizarse.

Para sostener la teoría indicada habria que dividir la vida psíquica en dos regiones distintas, en que se verificaran actos semejantes, pero determinados en una rigurosamente, y libres en la otra de toda determinacion. Ahora bien, salta á la vista que esta division sería completamente arbitraria; y que los actos semejantes de que tratamos ó han de estar sujetos siempre al determinismo ó han de ser libres siempre. ¿Dónde estriba la diferencia? Eso es lo que vamos á tratar de ver.

Consultemos los hechos.

Cuatro casos pueden ocurrir en que la idea de un acto vaya inmediatamente seguida de su realizacion. En el primero la representacion es de un hecho físico. Vemos dibujarse en nuestra mente una série de movimientos, y sin darnos cuenta de lo que hacemos, lo ejecutamos hasta en sus menores partes. Este caso, que en la vida normal está disimulado por los más frecuentes ó más conscientes en que hay conflicto y deliberacion, es muy comun en los estados anormales del espíritu. Ideas de acciones raras, extravagantes, dañosas y áun criminales, se apode-

ran del paciente y lo determinan incontrastablemente á la accion. Vénse casos en que el sujeto reconoce los caractéres anormales del acto, y se confiesa al mismo tiempo impotente para dejar de realizarlo. Cítase el caso de una señora atacada de dipsomanía, que rogaba encarecidamente á sus familiares que quitasen de su vista y de su alcance toda suerte de licores. Maudsley, en su *Patología del Espíritu*, cita el caso siguiente, que puede considerarse típico:

«Una señora de setenta y dos años de edad, en cuya familia ha habido muchos locos, estaba sujeta á frecuentes paroxismos de cólera convulsiva, durante los cuales hacía esfuerzos desesperados por estrangular á su hija, que la cuidaba con el mayor esmero, y á quien la enferma amaba tiernamente. Por lo general permanecia sentada con gran tranquilidad, abatida y quejándose del estado á que se veia reducida, tan débil en apariencia que apénas podia moverse. De súbito se levantaba furiosa, gritando: «¡Es preciso que la mate!» y se precipitaba sobre su hija para ahogarla. Durante este paroxismo era tan fuerte y se resistia tan activamente, que una sola persona con dificultad podia contenerla; pero, al cabo de algunos minutos de lucha, se dejaba caer extenuada y jadeante, diciendo: «Ya ven, ya ven, yo lo habia dicho; no quieren creer lo mala que soy.» Era imposible, añade Maudsley, descubrir en ella el menor delirio; el acceso tenía todas las apariencias de una convulsion mental. Esa horrible inclinacion, que le causaba el mayor horror, era la causa de su abatimiento y desolacion.»

La representacion puede ser de un hecho fisiológico y producirlo. Así la idea del rubor basta para sonrojarnos. Este es un caso muy significativo, que prueba la tendencia irresistible de la idea á convertirse en acto; su mecanismo nos es completamente desconocido, pero el hecho es evidente. Muy raro será encontrar una adolescente á quien se diga, sin motivo alguno: ¡Qué colorada se ha puesto V! y que no se ruborice inmediatamente. Así tambien se dán casos en que la idea del mareo provoca náuseas, y la de estar envenenado produce los síntomas del envenenamiento.

El tercer caso es cuando á la idea sigue un hecho psíquico. Se refieren numerosos ejemplos de personas en quienes la idea de una sensacion provoca la sensacion. A este influjo de la idea sobre los de-

más elementos psíquicos se refiere el contagio de las alucinaciones visiones, en las multitudes numerosas, de que ya hemos hablado e conferencias anteriores. No hay, quizás, punto más importante, en l que toca á los desórdenes del espíritu; y él sólo alumbra no pocas o curidades en hechos históricos de gran resonancia. Un visionario hac mil. Llenos están los libros sagrados de todas las religiones, de las mí extraordinarias apariciones, ante centenares de testigos. Los moderno espiritistas no se cansan de citar el testimonio de numerosas person congregadas, respetables por su carácter y buena fe, que *todas* ha visto, han oido y han tocado tales ó cuáles maravillas; como si la re petabilidad y la buena fe fueran antídoto seguro contra la alucinacio Es igualmente notable el influjo que una idea, que merezca más ó m nos el nombre de fija, puede ejercer sobre el estado anímico genera hasta provocar la creencia. Pascal, con su penetracion habitual, sosti ne que podemos forzarnos á creer; y el sencillo remedio que propor es *hacer como si creyéramos*; aceptar la idea á título provisional, y d jarla hasta que por sí misma se posesione del espíritu. Sobre esta ba ha construido Renouvier su teoría del *vértigo mental*, que expone e estos términos:

«Así como la imaginacion del acto posible conduce á la obsesio al vértigo y finalmente al acto, así la imaginacion de un hecho ó d un sistema llamado á dar cuenta de ciertos fenómenos, conduce, rep tiéndose y fijándose cada vez más, por extraño que pueda ser, á afirmacion decidida del hecho ó del sistema. Vemos, pues, que la m nomanía de las ideas se deriva del mismo principio que la monom nía de los actos.... El pensamiento constante de lo falso ó de absurdo, retenido al principio por una negacion igualmente consta te, pero unido á alguna idea de posibilidad, tiende á los mismos efe tos que la representacion repetida de un acto impropio, ridículo ó cr minal. Esto es, en verdad, la tentacion de la demencia, y no podrí mos desconocer aquí una aplicacion de la ley del vértigo, considerad ahora en el caso de las determinaciones puras de la conciencia, com ántes en el de las representaciones aptas á arrastrar inmediatamen consecuencias orgánicas.»

El último caso, cuyas relaciones con el anterior son muy estrecha

nos vuelve á llevar á uno de los principios más fecundos de la vida psíquica, la imitacion. Aquí vemos que el acto ejecutado por otros, objeto para nosotros de percepcion, determina en nuestro espíritu la ejecucion del mismo acto. Desde el punto de vista en que ahora estamos, es un corolario natural que si la representacion del movimiento, lo provoca, la percepcion del movimiento lo ha de provocar con más energía. Sabemos que hay degradacion, de la percepcion á la idea; hay, pues, progresion de la idea á la percepcion. La imitacion, prescindiendo de sus fundamentos fisiológicos de que ya hemos hablado, es una ley psíquica perfectamente inteligible, como que es derivada. Así es tan vasto su imperio.

Basta observar un niño de uno á tres años para que salte á la vista la extraordinaria parte que toma la imitacion en sus movimientos. El niño todo lo repite, la palabra, el gesto, la actitud. La percepcion lo domina y lo determina. Y aquí se nos presenta una explicacion muy natural de la onomatopeya. La percepcion del sonido determina su reproduccion, y ésta se asocia con el objeto, adquiriendo el valor de un signo. Tengo una niña de dos años que llama á las trompetillas con que la obsequian el *tararí*. En otras condiciones semejantes, se reproduce el hecho; así en los objetos naturales de sonido estruendoroso, en los nombres que dán á los pájaros los pueblos primitivos, etc. Siempre he notado el crecido número de nombres onomatopéyicos de los pájaros cubanos; baste citar, cao, totí, pitirre, crequeté, tucutuco, títere, guatíbere, sijú, dejando otros muchos. La influencia de la imitacion en los adultos, desde los actos puramente reflejos como el bostezo, la risa, hasta los más complicados, como los que ejecuta una multitud electrizada, es de observacion cotidiana.

Todos estos casos nos hacen ver la regla primitiva, á la percepcion del acto ó su representacion siguen los movimientos adecuados para realizarlo. El apetito, el deseo, son aumentos de intensidad que contribuyen á dar mayor energía á la determinacion. Pero, hay otros muchos que se apartan de este tipo. Por una parte tenemos actos cuya determinacion no se presenta á la conciencia; por otra actos que sólo se producen despues de una deliberacion, de un conflicto de motivos. En los primeros la determinacion es inconsciente; en los segundos

parece ser voluntaria. ¿Entran unos y otros en la regla general?

Estamos sumidos en una profunda reflexion, nada percibimos de cuanto nos rodea; sin embargo, llega á molestarnos la posicion de nuestras piernas, y sin darnos cuenta del acto, las cruzamos, si estaban en su posicion natural ó vice versa. Una persona totalmente dormida cambia de postura en el lecho, cuantas veces llega á ser incómoda la que tenía. En estos hechos sencillísimos, pero en que los resultados son perfectamente adecuados al fin solicitado por el estímulo exterior, la conciencia no tiene noticia de la determinacion, pero ¿podemos negar que ha existido? Sin duda, y ha seguido el mismo ciclo fatal de las determinaciones conscientes que acabamos de estudiar.

Todavía son más notables los casos de sonambulismo. Acciones perfectamente coordinadas y determinadas tienen lugar durante los accesos de sonambulismo espontáneo. Un habitante de Lyon, en estado de perfecto sonambulismo, deja su lecho, se dirige al Ródano, llega á un lugar adecuado, se despoja de sus vestidos, los deja en la orilla, toma un baño, regresa á su habitacion, y vuelve á acostarse. Al despertar nada sabia de lo ocurrido. Otro caso, citado como el anterior por el doctor Despine, es el de un sonámbulo que cada noche se robaba á sí mismo una moneda de oro y todas las iba acumulando en el mismo lugar. Para esto necesitaba dirigirse á donde guardaba ordinariamente su dinero, sacar una moneda, trepar sobre una mesa, y colocar el hurto sobre un estante. Tan léjos estaba de tener conciencia de sus actos nocturnos, que la desaparicion de su dinero le ocasionaba las más vivas inquietudes, y acabó por indisponerse con una hija suya que habitaba en su compañía, y de la cual llegó á sospechar. Pudieran multiplicarse indefinidamente los ejemplos.

Aquí debemos suponer percepciones y sobre todo representaciones inconscientes que determinan sin contraste los actos sucesivos que completan el fin ideado. Esta explicacion deja de ser una conjetura, si se considera lo que ocurre en el hipnotismo ó sonambulismo provocado.

En los casos de esta especie el automatismo del paciente es de tal naturaleza, que llega á ser un juguete en manos del experimentador. No hay más que sugerirle una accion, para que instantáneamente la

ejecute; y se le puede llevar de una á otra hasta hacerle representar una ó más escenas totalmente diversas.

«Despues que un individuo se ha dormido (artificialmente), dice Richet, se le puede tratar como una verdadera máquina. Si se le dice: «Levántese V., siéntese V., alce el brazo, alce la pierna, baje el brazo, arrodíllese, eleve la mano, siéntese,» y todo esto durante el tiempo que se quiera, obedecerá sin esfuerzo; será un verdadero autómata, una máquina á que se ha dado cuerda, y que obedecerá sin resistencia, con una docilidad de que no se encontrarán otros ejemplos.»

De Parville refiere que, habiendo hipnotisado unos indios Mosquitos, imitaron servilmente todos sus gestos; si él corria, corrian ellos, si se sentaba, se sentaban, si se postraba en tierra, no tardaban en postrarse. Aquí tenemos la influencia preponderante de la percepcion; en los más de los casos obra simplemente, pero no con ménos imperio, la representacion. Las consideraciones de Richet, á este respecto, son preciosas para el punto que tratamos.

«De cualquier modo que sea, dice, lo que domina la escena es el automatismo, y éste hace que toda la inteligencia esté esclavizada por las ideas que en ella se hacen nacer. Por ejemplo, digo á V.. «Acaricia ese perro.» Y en seguida va á acariciarlo. Si el perro trata de esquivarse, V.. corre tras él, lo sigue por todas partes; si se le escapa de la pieza, trata de atraparlo. Si se le interpone una silla ó un banco, para impedirle que pase, derriba el obstáculo, ó si no lo logra, se irrita y lo rechaza encolerizada. Pero á una señal se detiene, temblando aún de cólera é indignacion. Puedo darle un objeto cualquiera, un lápiz, por ejemplo, prohibiéndole que se lo deje quitar por nadie absolutamente; y si entónces alguno de los presentes quiere apoderarse del objeto, opondrá una resistencia desesperada, corriendo por la habitacion, resistiéndose, mordiendo, pateando, en un estado de indignacion y furor, de que no se puede tener idea, sin verlo.... Nada es más positivo que esta subordinacion de todas las fuerzas intelectuales (del hipnotisado) á una órden expresada verbalmente. Parece que la única preocupacion del individuo dormido es conformarse á la indicacion recibida. Una idea ha conmovido su inteligencia, y se ha hecho soberana y dominadora; el resto ya no es nada; todo es sombrío al lado de

ésta idea única y luminosa. Así es que todo lo que pueda estorbar su ejecucion se rechaza y repele con cólera. Si digo á A... que se vista y salga, va en seguida á tomar las prendas de su traje; primero reflexiona, y, despues de una buena meditacion, va, con los ojos cerrados, á buscar el objeto al lugar en que debe estar. La meditacion del acto es lenta; pero su ejecucion se lleva á cabo con una vivacidad extraordinaria. Si una cerradura, un cordon ó cualquier otro estorbo ofrecen alguna resistencia, A.... se impacienta, se irrita y derriba con cólera todo lo que se opone á su intencion. Sus movimientos son febriles y pulsátiles, pero notablemente precisos. Se detiene algunas veces, como estenuada por el esfuerzo que acaba de ejecutar; pero pronto comienza con nuevo ardor. Sin embargo, se habla á sí misma, se inquieta por lo que se pensará cuando venga, supone que llegará tarde; en una palabra todas las fuerzas de su sér están aplicadas á la ejecucion, tan rápida y completa como es posible, de la órden que le ha sido dada.»

Vemos, pues, que en todos los casos en que hay abolicion ó disminucion de la conciencia, la ley general es que á la percepcion ó representacion del acto siga su ejecucion. Pero tenemos conciencia de los fenómenos que en nuestro interior ocurren, surge la deliberacion, y este determinismo parece romperse: hay actos representados y áun apetecidos que no se realizan, los hay que se modifican al ser realizados, y hasta hay impulsos que vienen á parar en un acto contrario. ¿Son estos casos totalmente distintos de los anteriores? ó podemos hacerlos entrar de algun modo en la ley enunciada?

Es indudable que el automatismo ha desaparecido; el acto no sigue inmediatamente despues de la idea. Pero ¿ha surgido un nuevo factor, una fuerza nueva que venga á producir tan extraordinario resultado? Nos parece que bastan los elementos ya conocidos, la fuerza ya estudiada y sus modos de funcionar, para explicarnos cómo escapamos en tantos actos de los que llamamos voluntarios á ese automatismo descrito hasta aquí, y que nos convertiría en meras máquinas.

De todas nuestras investigaciones fisiológicas ha resultado una concepción de lo que se llama fuerza nerviosa, segun la cual ésta se elabora en centros adecuados y se manifiesta por una doble corriente

centrípeta y centrífuga, la primera de las cuales lleva los estímulos de la periferia al centro, y la segunda las repuestas del centro, donde se ha verificado una modificacion, á la periferia. Como los estímulos tanto del medio externo, como del interno, son incesantes, las descargas del centro ó centros son tambien incensantes; de aquí esa sorda conciencia de tension que constituye el fondo de nuestra personalidad, y privados de la cual dejamos de sentirnos como existiendo. Hay, pues, una sensacion predominante, lo que algunos psicólogos han llamado el esfuerzo inmanente de tension, ya activa, ya pasiva, si caben aquí esos términos, la cual sigue una ámplia escala de intensidad, cada uno de cuyos grados se traduce para nosotros en un grado más ó ménos de conciencia. Claro está, por tanto, que cuanto mayor sea la suma de estímulo, ó mayor la de fuerza impulsiva gastada, ó de ámbas, dentro de los límites orgánicos, mayor ha de ser la plenitud de conciencia. No es ésta un nuevo factor que se introduce subrepticiamente, es el resultado natural del funcionamiento de nuestros centros nerviosos. Hé aquí por qué el placer y el dolor, que revelan grados extremos de ese funcionamiento, son los puntos culminantes de la conciencia, más allá de los cuales sólo queda el síncope ó la muerte.

¿Qué viene á hacer, pues, la conciencia en el momento de la determinacion? ¿Viene á decidir el conflicto? No, viene á probarnos, que hay allí una mayor intensidad de estímulos, una accion vital más rica, más complicada, que en vez de presentarse una idea y de ser seguida por un movimiento, se han presentado varias, y de su choque ha resultado una momentánea paralizacion del movimiento.

Aquí nos importa ver, si la fisiología nos autoriza para aceptar esta paralizacion del movimiento, y, si es así, que consecuencias puede tener en la funcion psicológica que aquí la acompaña. Tal vez acabemos de penetrar así en el misterio de la determinacion que se llama voluntaria.

Todos recordareis que al tratar del interesante fenómeno de la atencion lo comparé á lo que llaman los fisiólogos una accion inhibitoria. Este es el mismo caso, sólo que aquí estamos en presencia de mejores datos para averiguar, si esa comparacion pasa de analogía á identidad; si es el mismo fenómeno en su forma subjetiva.

Los fisiologistas antiguos explicaban la accion suspensoria, en cier-

tos casos de acto reflejo, por movimientos antagonistas, es decir, por la excitacion simultánea de centros opuestos; el profesor Schlosser, de Berlin, ha vuelto á esta interpretacion, asentándola en minuciosas é importantes experiencias. Sin entrar en pormenores que no son del caso, basta recordar lo que pasa, cuando voluntariamente queremos impedir una accion refleja. En estos casos el profesor Schiff acepta la intervencion de una actividad antagonista de orígen encefálico. «Para detener el pestañeo, dice Schlosser, matengo los ojos tan abiertos como puedo; para no estornudar, guardo el mayor tiempo posible la posicion de la inspiracion. El movimiento de degluticion ó los vómitos contienen el hipo ó vice versa; para evitar la tos se prolonga la inspiracion; por otra parte la tos, así como la accion de sonarse y las expiraciones violentas, detienen las inspiraciones forzadas espontáneas, como se producen cuando estamos sometidos á la accion de un baño frio ó de una ducha caliente; si queremos contener la risa, apretamos los lábios contra los dientes, arrugamos la frente, porque en la risa hay una ligera abduccion de las arcadas superciliares, y hacemos ó prolongamos una inspiracion profunda.» Es casi inútil recordar que estos movimientos antagónicos, voluntariamente provocados, sólo vencen sus contrarios cuando la excitacion original no es muy violenta.

Otra série de pruebas no ménos convincentes podemos encontrar, cuando una causa extraña á nuestra voluntad estimula el sensorio, y se produce espontáneamente el movimiento antagonista. Así el profesor citado enumera los casos en que el espanto suspende la tos, y podemos añadir, recordando una experiencia familiar á todos, que tambien el hipo; en que un pesar determina movimientos de inspiracion; en que los sollozos cesan á causa de un susto repentino, porque las inspiraciones profundas ó la inmovilidad del tórax en inspiracion mantienen durante largo tiempo abierta la glótis. Si para no reir, continúa diciendo Schlosser, los estudiantes se esfuerzan por pensar en algo triste; si para evitar que se manifiesten en el rostro impresiones penosas, tratamos de alegrarnos por medio de narraciones jocosas y chistes; y áun recurrimos á las cosquillas si la cosa es más grave, la razon fisiológica de todo esto es que esos diferentes estados psíquicos pueden ser el orígen de reflejos antagonistas.

Y todavía hay más. La representacion de un acto reflejo, como se verifica en un centro superior, y determina la produccion de una corriente poderosa, puede estorbar ó disminuir la produccion del acto, para el cual basta la funcion de un centro inferior, cuando hay la irritacion adecuada de la periferia. Es decir, que concurriendo á la vez el impulso del órgano sensitivo y el del órgano de la ideacion, se paralizan. Darwin ha hecho la experiencia en varios jóvenes muy impresionables á la accion del rapé. Apostaba con ellos á que no estornudarian tomando un polvo, y siempre les ganaba la apuesta. El mismo autor refiere que conocia á un antiguo médico, el cual para detener las lágrimas en las señoras, les aseguraba que nada las aliviaria tanto como un largo y abundante lloro. Cualquiera que se fije en que vá á estornudar, notará que el estornudo aborta ó se suspende un largo rato.

Las consecuencias de lo expuesto son importantísimas. Así como en los centros inferiores los movimientos antagónicos se paralizan, y los impulsos partidos de los centros encefálicos pueden tambien tener en suspenso ó abolir los meduladores y ganglionares, nada nos impide presumir que en los centros superiores se verifica el mismo proceso, y que las ideas antagónicas pueden dar nacimiento á una verdadera accion inhibitoria. Desde ese momento comprendemos cómo la série de los estados mentales puede interrumpir en cierto modo su curso, y dar márgen á los fenómenos que ya hemos estudiado en la reflexion y atencion. Si venimos ahora á la deliberacion, todo concurre á hacer más fácil, casi necesaria diremos, la constante produccion de esos momentos de suspension. Toda la vida psíquica está aquí interesada, los impulsos parten de los más distintos centros; á una idea puramente abstracta puede oponerse un apetito momentáneamente suscitado, una conmocion poderosa, un sentimiento ya habitual; á una emocion intensa puede salir al paso toda una série de cuadros que nos pintarán las consecuencias de una accion quizás iniciada; y al mismo tiempo lo objetivo nos está enviando nuevas y constantes percepciones que vienen á pedir su puesto en el conflicto. No hay posibilidad, por tanto, de que en la generalidad de los casos la série mental siga su curso automático; entre la idea y sus movimientos correspondientes puede surgir, surge las más de las veces un momento de suspension, y todo cambia.

Supongamos dos representaciones en conflicto. Ya hemos visto en la conferencia anterior que es imposible que permanezcan en el campo de la conciencia equilibrándose; los nuevos estimulos que vienen del interior ó del exterior se han de repartir desigualmente, los más han de acumularse en torno de una, y ésta irá robusteciéndose á la plena luz de la conciencia, ó en la penumbra de la inconsciencia, hasta que arrastra el sujeto á la accion, hasta que lo determina. ¿Qué es, por por tanto, la deliberacion? La conciencia del antagonismo de las ideas que nos solicitan á la accion; y la determinacion voluntaria, no es en realidad sino una simple determinacion, á que ha precedido un tiempo de indecision. No somos nosotros, ni una entidad desconocida la que viene á decidir el conflicto; es una de las ideas que triunfa merced al concurso de nuevas fuerzas; siendo, despues que ha adquirido la intensidad necesaria, tan fatal la determinacion que ella provoca, como todas las estudiadas anteriormente.

La objeccion más grave, por lo especiosa, que se opone á esta verdad, es la que formulan los neo-kantistas, diciendo: si es necesaria esta determinacion del sujeto, ¿cómo nuestra conciencia nos la presenta como contingente? Pero la conciencia no puede presentar como necesaria una determinacion que no existe. Durante el conflicto no hay determinacion; tan contingente es una de las acciones apetecidas como la otra, miéntras una no venza; en el momento en que ha vencido, la conciencia no nos dice nada de su contingencia; para la conciencia ya aquella es necesaria. Toda determinacion es necesaria; lo contingente es la direccion á que se inclinará la determinacion cuando hay conflicto; y esto no lo resuelve nuestro capricho, sino los antecedentes que hemos estudiado. Lo que si podemos es representarnos, imaginar una accion distinta ó contraria á la que hemos ejecutado, podemos idealmente desarrollar la série de actos que constituia el grupo de motivos adversos; pero este es un fenómeno de inventiva que no nos autoriza á creer que hubiéramos podido determinarnos por nuestro libre querer á hacer lo que no hicimos. Motivos contrapuestos me solicitan á salir á la calle y quedarme en casa; vencen los primeros, salgo. Puedo en seguida representarme haciendo lo contrario, quedándome en casa; pero este acto puramente intelectual no modifi-

ca, ni puede modificar el fenómeno impulsivo que se ha verificado, ni prejuzga los que puedan ocurrir. Puedo siempre representarme la accion contraria á aquella á que me he determinado; pero no puedo realizar sino ésta. La imaginacion puede fantasear libremente, la determinacion, una vez formada, va en línea recta á su fin.

¿Qué hay, pues, de nuevo en esas determinaciones que llamamos voluntarias? Ya lo hemos indicado: Un tiempo de suspension, provocado por el conflicto de impulsos diversos, y que basta para romper el automatismo de la vida inconsciente, dando una amplísima esfera de accion á nuestras determinaciones. En ellas nos sentimos libres, es verdad, del mecanismo con que tan repetidamente procedemos; porque no siguen arrebatadamente los movimientos á su impulso, porque hay tiempo suficiente para que nuestro sér interior, ese sér tan complejo á que concurren tantos y tan varios elementos, se revele á la conciencia, resista, pugne y venza. Así se nos patentizan las fuerzas que sordamente trabajan en las profundidades de nuestro organismo, nos solicitan los afectos, mandan las pasiones, aconseja la razon, resiste el hábito, protestan las preocupaciones, y todo á veces se doblega y refrena, al presentarse un motivo superior como ideal para todos, superior en realidad para algunos y que se llama: deber. Aquí no consideramos el orígen de este sentimiento tan complejo, bástanos presentarlo á su verdadera luz, como un *motivo* desconocido para unos, ineficaz para aquellos, variable para muchos, omnipotente para otros; idea que ilumina, fuerza que solicita, elemento importante, capital á veces para la determinacion.

Así comprendido, no se debe extrañar esta paradoja sublime, á que pudiera reducirse el pensamiento del filósofo que más encumbradamente ha tratado del deber moral. No sabemos si el hombre es ó no es libre; pero *debe serlo;* tiene el deber de serlo. Nosotros no dudamos, como Kant; sabemos que el hombre no es libre, en el sentido metafísico; pero sabemos tambien que puede, quiere y debe libertarse del yugo de las pasiones inferiores, por la contemplacion, la práctica y el amor de los sentimientos superiores, de los cuales el de mayor importancia social, el moral, por tanto, es el *deber*.

## LECCION VENTINUEVE.

SUMARIO.—Momento final: la actuacion.—Proceso que une los actos mentales á los movimientos musculares.—La percepcion principio de la actuacion.—Consecuencias del enlace de la idea y el acto.—Análisis de la idea de finalidad.—Expresion de las emociones.—El gesto convertido en signo.—El lenguaje.—Leyes psicológicas que regulan los movimientos.—Fórmula y análisis de la ley del hábito. Condiciones que requiere.—Como la modifica la ley de determinacion.— Del antagonismo de estas dos leyes se derivan otras secundarias.—Fórmula y análisis de la ley de imitacion de los movimientos.—Ley de modificacion de los movimientos.—Papel del sujeto en el ejercicio de esta ley.—Fórmula y análisis de la ley de acomodicion de los movimientos.—Principios fundamentales de todo este dominio de la vida psíquica.—Movimientos preconscientes.—Movimientos subconscientes ó automáticos.—Estos están sometidos á la ley de herencia.—El instinto.—La tendencia de la idea á exteriorizarse realiza la perfecta unidad del acto psíquico.

SEÑORES:

«La condicion primordial de existencia para todos los séres, ha dicho Spencer, es obrar de maneras diferentes y especiales en respuesta á excitaciones diferentes y especiales». Todo el largo trabajo de elaboracion mental á que hemos asistido puede considerarse, en cierto modo, como preparatorio de este término necesario del circuito psíquico: la accion ó acciones con que respondemos al estímulo inicial. Cuanto más ricos y varios sean los elementos de que disponga la sensibilidad y la inteligencia, tanto más diversos serán los movimientos y combinaciones de movimientos con que nos adaptemos á las solicitaciones de lo que nos rodea. Hé aquí cómo puede decirse que toda la vida psíquica tiene por fin y término la *actuacion*.

Desde la accion refleja más sencilla hasta la série complicadísima de actos con que desarrolla un estadista sus planes políticos; desde el gesto y el grito inarticulado hasta el encadenamiento sucesivo de cláusulas y períodos en el discurso de un orador, los movimientos con que responde el espíritu á sus estímulos, recorren una escala de infinitas gradaciones. No tratemos, pues, de ensayar siquiera una enumera-

cion; limitémonos á describir el proceso psíquico que une los actos mentales á los movimientos musculares; y procuremos establecer las leyes que rigen esta fase tan interesante de los fenómenos anímicos.

Debo suponer que recordais nuestros análisis del sentido muscular, y que teneis presente que, desde la contraccion más ténue hasta el movimiento más ámplio, toda sensacion muscular dejó su resíduo en el espíritu, su impresion en el sensorio. Sabeis tambien que estas sensaciones acompañan invariablemente todas las otras, y no habreis olvidado ciertamente la luminosa conclusion de Hughlings Jakson: «una idea es un compuesto de elementos sensibles y motrices.»

Coloquémonos, señores, en este punto central, la idea, la representacion, y veamos las importantes deducciones que nos ofrece la verdad enunciada. La representacion es la percepcion más débil, ménos intensa. Pero la representacion puede adquirir una intensidad anormal y tenemos la alucinacion. Hay aquí una como incidencia del rayo visual interno, la modificacion subjetiva se exterioriza, los elementos sensibles de la idea cobran un relieve inusitado y determinan un retroceso de la corriente centrípeta. Quizás es más sensible esta reaccion de la idea sobre el mundo de las sensaciones especiales, en los casos en que la representacion auxilia y aclara ó fortifica la percepcion. Cuando los oyentes de una ópera tienen la partitura en las manos y van leyendo la letra, oyen distintamente las palabras del canto, que se pierden para la generalidad. Lo mismo resulta si las saben de memoria. Estos son casos anormales, y ya vemos que basta una mayor suma de intensidad en la idea para trocar, en cierto modo, la direccion del circuito psíquico. De aquí concluimos que sólo es necesaria una adicion de fuerza á la idea para que los elementos motrices entren en juego, como han entrado los sensibles. La idea muy viva provoca la sensacion; la idea igualmente viva ó ménos viva provoca el movimiento; es un punto móvil é instable que ha de proseguir ó retroceder; todo, ménos detenerse. La idea es una vibracion atenuada, aumentemos la vibracion, ó los elementos sensibles ó los motrices ó unos y otros han de pasar á la esfera de actuacion; generalmente son los motrices. ¿Por qué? No presumo dar una respuesta concluyente; pero nótese que de todas las sensaciones las musculares son las más constantes, las más

frecuentes y sobre todo las que en estas condiciones, dependen más exclusivamente de nuestro organismo. Una sensacion visual, sonora, etc., dependen más de lo objetivo externo á nuestro cuerpo; la sensacion muscular puede nacer y nace á cada instante sólo por el esfuerzo inmanente que nos revela nuestra personalidad; la respuesta más fácil á un estímulo es siempre un movimiento. De modo que todo nos lleva á concebir la estrecha union de la idea y el movimiento; todo nos prueba que este es el término más frecuente, ya que no el único, del circuito que empieza, sin nuestro concurso, en lo objetivo y va á terminar por nuestros actos en lo objetivo. A toda solicitacion objetiva el espíritu responde percibiendo y actuando; ya vemos por qué la percepcion es el principio de la actuacion.

Para ver un color, para oir un sonido, para asir ó rechazar un objeto, es necesario que intervengan diversas sensaciones musculares; cuando todo esto pasa en la esfera de la representacion, los resíduos musculares, entran tambien en ejercicio, y sólo es necesario una débil carga más para que ese ejercicio sea consciente, para que se realice una ú otra forma de movimiento.

Si esto ocurre con los elementos de la percepcion y con las percepciones individuales, claro está que cuanto más ampliemos el círculo de la percepcion, cuando pasemos á movimientos variados, á actos diversos, más fácilmente ha de verificarse el principio enunciado; los resíduos musculares serán imágenes perfectas de movimientos distintos y de séries coordinadas de movimientos.

Desde ese punto todos los fenómenos intelectuales, el antagonismo de los estados mentales, la asociacion de las ideas, las nuevas construcciones y sobre todo los impulsos emocionales, tienen su natural derivacion en actos correspondientes. Notables y numerosas son, como ya he indicado, las consecuencias de este íntimo enlace de la idea y el acto, principio el más fecundo de los que ha puesto en claro la nueva psicología; pero aquí me limitaré á considerar sólo dos, por su particular importancia filosófica.

Los primeros movimientos que ejecuta un recien nacido con sus miembros son singularmente inconexos é inciertos. Hasta los tres meses, próximamente, no puede volver la cabeza en una direccion deter-

minada, hasta los ocho ó diez no comienza á ensayar los primeros movimientos de la marcha; pero á medida que aumenta en edad y enriquece su experiencia vemos que sus movimientos se organizan, se coordinan y se adaptan con mayor ó menor exactitud al acto que van á realizar. Las impresiones y representacion de estas operaciones han de seguir la misma marcha; y así es como dados una tendencia, un impulso, un deseo ó una volicion, nos encontramos con representaciones ó imágenes de las escenas que han de ser la consecuencia. En este período de progreso intelectual, al acto precede, las más de las veces, su representacion; dada ésta, si los nuevos motivos que pueden surgir la alteran ó modifican, veré dibujarse mentalmente los cambios que más adelante han de realizar mis movimientos. Hé aquí lo que se ha llamado la idea de finalidad. Esta se reduce á una representacion de actos de que ya tengo experiencia, es decir de actos ocurridos, y que voy á repetir; ó de actos ideales en que interviene mi poder constructivo y que voy á realizar. El conocimiento del objeto á que voy á aplicar mi actividad, el conocimiento de los movimientos con que he de aplicarla, hé aquí todo lo que encuentra el psicólogo en esta idea á que han dado tan señalada importancia los metafísicos. Y dadas las anteriores consideraciones, ya vemos cómo una imágen clara de un objeto acompañada de imágenes igualmente claras de actos con él relacionados lleva al sujeto á la realizacion de esos actos. Aquí está la fuerza misteriosa de las ideas finales; hé aquí como un proyecto puede ejercer una verdadera fascinacion sobre el espíritu, y todo el gran fondo de verdad que hay en la teoría de las ideas fuerzas de Fouillée.

De aquí ahora la tendencia del espíritu á suponer una finalidad en los objetos que le parecen realizar un plan, tanto más vasto y perfecto cuanto sea más rico en elementos y poder constructivo el sujeto que los contempla; porque, como ha dicho excelentemente Maudsley, «cada observador descubrirá en cualquier hecho precisamente la suma de finalidad que es capaz de entrever.»

Cuando estudiamos las emociones, nos hicimos cargo del interesante fenómeno de la difusion emocional; ya vemos que hay aquí un caso de actuacion, y una nueva demostracion de lo correlativos de los esta-

dos mentales. Determinadas conmociones, emociones, pasiones y áun sentimientos producen los movimientos adecuados para satisfacer la necesidad original, ya de defensa, ya de ataque, ya de postracion, ya de prehension, etc.; cuando estos movimientos ó el impulso á ejecutarlos son contrariados por otros antagónicos ó que los atenúan, resultan movimientos mixtos ó, por lo ménos, contracciones musculares iniciales, que son siempre la respuesta del organismo al estado mental intenso que consideramos, constituyendo así lo que se ha llamado *la expresion de las emociones.* El cuerpo y en especial la fisonomía se convierten en un maravilloso y sensible teclado que responde al más ligero matiz del sentimiento que se produce en el espíritu. Ahora bien, la constancia con que la expresion sigue ó acompaña á la emocion, y la tendencia simpática que provoca bastan para establecer entre ellas una asociacion espontánea, cuyo resultado es la significacion. Los movimientos expresivos *significan* un estado mental de cierta especie; porque á más de experimentarlos en nosotros, vemos que su presencia en los demás despierta nuestros estados emocionales correspondientes. Las lágrimas significan dolor, porque á más de que á nuestro llanto ha precedido siempre ó las más de las veces un estado doloroso, cuantas ocasiones vemos llorar á otros, nos sentimos compungidos y empiezan por aguársenos los ojos. *Si vis me flere* ...

La disposicion de la laringe y de todo el aparato respiratorio hace que la inspiracion y emision del aliento sufra considerables modificaciones bajo el influjo de los estados emocionales, constituyendo una gama de signos especiales desde la aspiracion profunda, el sollozo, el suspiro, la risa, el grito, hasta el sonido articulado, con cuyos elementos acaba por formarse el lenguaje. Esta es la última forma y la más complicada de la actuacion; por ella el acto mental más abstracto cobra forma y cuerpo, reacciona sobre el sujeto y establece la más directa comunicacion entre los espíritus, no ya para los sentimientos elementales y primitivos, sino para las más sutiles disquisiciones á que puede elevarse la inteligencia, elaborando sus materiales.

Tiempo es ya de que procuremos generalizar los principios que rigen esta parte tan capital de la vida psíquica, de ver las leyes psicológicas que regulan los movimientos.

Siendo éstos, en su sentido más general, una funcion orgánica, han de estar sometidos al principio más universal que se conoce en los séres organizados, la disposicion á conservar y solicitar los estados agradables, y á repeler y evitar los desagradables. De esta ley se deriva, como corolario natural, la primera de las leyes de la actuacion, la ley del hábito, que pudiera formularse así:

El mismo movimiento provechoso se repite en las mismas condiciones.

El infante estimulado por el hambre ensaya vagos y variados movimientos, sin un fin preciso; atraido al seno, las sensaciones de calor y de contacto en la megilla y los lábios provocan movimientos de presion y de prehension, y la presencia del líquido nutricio, tibio y dulce, acaba por determinar un movimiento más ó ménos intermitente de succion; el resultado es la satisfaccion de la necesidad impulsiva y el consiguiente bienestar. Al cabo de pocas experiencias, bastan los primeros estímulos para provocar la série de movimientos provechosos. En esto estriba precisamente el establecimiento del hábito. Los movimientos repetidos mediante una série de estímulos, se coordinan de tal suerte, que se reproducen tan pronto como se presenta el primero, áun en ausencia de los otros términos de la série.

El principio de todo hábito es una coordinacion de movimientos provechosos. Despues de establecido puede ocurrir y ocurre las más de las veces una curiosa transformacion. Sea por la repeticion, sea por el cambio de las circunstancias orgánicas ó externas, los actos habituales llegan á no afectar agradablemente la conciencia; pero el modificarlos, cuesta un esfuerzo penoso, y de aquí que persistan merced á la ley del menor esfuerzo; de aquí que, cuando ménos, tengan una utilidad indirecta. Digo, cuando ménos, porque en la generalidad de los casos la utilidad es inmediata, son realmente provechosos, mas faltando las condiciones que producen el placer actual, han pasado sus impresiones á la region de la subconciencia. Y con esto no sufre menoscabo ninguno la personalidad, ántes al contrario, la ejecucion inconsciente del gran número de actos que son necesarios para nuestra vida habitual de relacion, es la que permite la produccion de los otros estados mentales que la hacen más varia, más ámplia y más relacional. Si el

escritor hubiese de ocuparse de los diversos movimientos musculares que necesita producir para guiar la pluma y para el trazo de cada letra, muy difícil sería que adelantase gran cosa su discurso. No hay más que extender á otros casos no ménos importantes este ejemplo.

Para que pueda apreciarse hasta qué punto es general este principio y como depende de las condiciones orgánicas y físicas del sujeto, es decir como tiene sus raices en lo más profundo del sér, baste recordar que psicólogos tan distinguidos como Leon Dumont han dado una extension tan demesurada al término hábito, que no contentos con descubrirlos en las plantas, han llegado á verlos en el mundo inorgánico. «Un vestido, dice el profesor citado, despues que se le lleva cierto número de veces, se presta á las formas del cuerpo mejor que cuando era nuevo; ha habido un cambio en los tegidos, y este cambio es un hábito de cohesion. Una cerradura funciona mejor despues que ha servido; al principio se necesitaba más fuerza para vencer ciertas resistencias, ciertas asperezas del mecanismo; esta destruccion de las resistencias es un fenómeno de hábito.»

Estos casos, aunque de mera analogía, ilustran suficientemente un principio psíquico como éste, que dirige todo lo que podemos llamar la organizacion de los movimientos. En cuanto á la influencia de los hábitos en los estados intelectuales es no ménos decisiva, puesto que determinan la frecuencia de ciertas imágenes de actos; y de este modo se robustece más su tendencia á la ejecucion. Hay, pues, mayor aptitud de los músculos á moverse en determida direccion, y de las representaciones de movimientos á coordinarse en una série especial. Por otra parte, constituyen una especie de momento, de fuerza adquirida, que sirve ó puede servir de obstáculo poderoso al impulso súbito de las pasiones, cuando éstas tratan de llevar al sujeto en una direccion contraria. De aquí su importancia capital en la educacion moral; y esto nos revela la profundidad del viejo concepto de Aristóteles: la virtud es un hábito.

Dada nuestra exposicion de los fenómenos de rememoracion, la conexion entre la memoria y el hábito salta á la vista; así es que no nos puede sorprender encontrarnos con que los hábitos para establecerse requieran las mismas condiciones que las ideas para fijarse en la

memoria, una repeticion más frecuente, ó mayor intensidad en los primeros actos.

Si la ley del hábito se ejerciera sin contraste, el resultado sería convertirnos en meros autómatas; los actos una vez realizados se producirian indefinidamente. Pero las solicitaciones objetivas—tanto internas como externas—y el antagonismo de los estados mentales, que de ellas principalmente se deriva, hacen ese caso puramente ideal. Los movimientos iniciados abortan las más de las veces, porque nuevos impulsos más poderosos determinan al sujeto en distinta direccion. Esta es la ley de determinacion, que ya hemos estudiado, y que nos limitarémos á consignar de nuevo:

El motivo más poderoso determina el nuevo movimiento.

En tésis general el juego concertado de estas dos leyes regula toda la actuacion. Ejecutamos nuestros actos habituales, en tanto que percepciones, representaciones ó deseos actuales suficientemente intensos no vienen á ponerles obstáculo, suscitar la accion inhibitoria de la deliberacion, y provocar la nueva determinacion, que se realiza por medio de movimientos distintos de los iniciados. En este choque, no obstante, de los dos principios se producen casos distintos, que nos permiten reconocer otras leyes derivadas y ménos generales, pero no ménos interesantes.

Vamos á enumerarlas.

Es la primera la ley de imitacion de los movimientos. En ausencia de un impulso motriz espontáneo y poderoso, la percepcion de un movimiento provoca su repeticion.

En más de una ocasion he aludido á este principio; permítaseme una última observacion. Ya apunté en la conferencia anterior que si la imágen del acto (fenómeno de menor intensidad) basta para determinar la accion, con mayor motivo la determinaria la percepcion del acto, que supone mayor intensidad. Faltábame examinar cómo puede ejercerse esta influencia, y un principio experimental expuesto por Gratiolet, viene á indicárnoslo.

«En los órganos, dice, cuya conciencia actual tenemos, es decir, sobre los cuales se dirige la atencion del alma, se despierta una tendencia particular al movimiento.»

Véase ahora las consecuencias. Vemos á una ó más personas golpeando cadenciosamente unas con otras sus manos. La percepcion no puede ménos de despertar la conciencia de nuestras manos, substratum de toda percepcion de miembros de esta clase, á esta conciencia va unida la idea de movimiento cadencioso, sugerida tambien por la percepcion, nace la tendencia, y si nada se opone, siguen la determinacion y el acto.

Es claro que cuanto ménos ocupado esté el espíritu, ó cuanto menor sea el poder moderador de la reflexion ó el imperio del hábito, mayor campo tendrán los movimientos imitados para producirse.

A veces los estados mentales que están en posesion del campo de la conciencia ponen obstáculo, y ó no se produce el movimiento, ó no logra más que iniciarse, ó deriva en una especie de resultante. Los espectadores de una lucha encarnizada, segun su mayor ó menor impresionabilidad, adoptan aptitudes semejantes á las de los luchadores, inician ciertos movimientos, y á veces presentan todos los síntomas de la fatiga. «Los espectadores estaban más inundados de sudor que los mismos combatientes,» dice Eurípides, refiriendo el combate de los dos hijos de Edipo. Las alegres carcajadas de compañeros regocijados logran arrancar por lo ménos una sonrisa á un hombre profundamente preocupado.

En estos mismos casos, en que el movimiento provocado adquiere toda su amplitud ó cambia de forma, estamos viendo surgir una nueva ley, la de modificacion de los movimientos. La anterior nos descubre la correlacion y simpatía entre organismos é individuos semejantes, que parecen vibrar al unísono; ésta nos deja ver que en cada uno hay caractéres especiales que constituyen su personalidad. Suponiendo la sugestion externa de una idea de movimiento, ya hemos visto que era necesario un estado de indiferencia mental, por decirlo así, para que tuviera libre curso; por poco que esté agitado el espíritu ó que las modificaciones íntimas se hagan lugar, el movimienta por lo ménos cambia de forma. Hay además en cada individuo un fondo vastísimo de elementos motrices con una determinada coordinacion, y así como hay una organizacion de elementos sensibles que dá su forma peculiar á las percepciones y representaciones, y constituye el modo de pensar

de cada cual, ésta coordinacion fundamental de movimientos propios, que constituye el modo de actuar de cada individuo, modifica forzosamente, en la generalidad de los casos, la direccion y forma del movimiento sugerido. Miéntras todos aplauden en la forma comun, habrá quien golpée la palma de la una mano con el dorso de la otra, quién acompañe las palmadas con golpes en el suelo, quién con violentas contorsiones de todo el cuerpo.

Gratiolet, que ha hecho un estudio profundo de los movimientos expresivos, ha puesto en claro como se unen determinados movimientos á uno inicial, en lo que llama movimientos simpáticos. Ahora bien, dada la disposicion de cada órgano capaz de producirlos, estos movimientos son infinitos en número y forma, y han de depender del estado general del individuo; considérese qué poderosos medios de modificacion para un acto especial, espontáneo ó sugerido. Aquí vemos, pues, que el movimiento percibido puede modificarse á tenor del sujeto.

Desde este momento vemos la facultad utilísima, que han de presentar los actos ejecutados voluntaria é involuntariamente, de modificarse, no ya sólo á tenor de la disposicion subjetiva, sino de las solicitudes del medio, de la disposicion de lo objetivo. Esta es la ley de acomodacion de los movimientos, corolario de las anteriores. Esta no es más que la modificacion en vista de la adaptacion; el fin deseado ó impuesto modelando de antemano los actos que han de realizarlo.

Si deseamos ver toda la amplitud que alcanza este principio. no nos limitemos á considerar los actos realizados por el hombre, veamos esos movimientos que una deficiente observacion nos habia enseñado á considerar como automáticos, los trabajos que ejecutan ciertas especies animales. Las abejas construyen generalmente empezando por lo alto y descendiendo; Huber ha logrado, modificándoles las condiciones externas de trabajo, que edifiquen de abajo á arriba, y áun horizontalmente. Se las vé así mismo modificar la forma de sus construcciones, y en vez de prismas de seis planos edificar cavidades pentagonales. Las golondrinas de la isla de Gorea no emigran, porque el calor del clima les permite hallar alimento todo el año. En las distintas especies de estas aves se ha podido observar la modificacion y adaptacion del

la percepcion del movimiento—todo esto sin conciencia del sujeto—determinan el acto. Así Chevreul ha venido á parar, con otros términos, á la conclusion que he enunciado tantas veces.

«Hay una íntima conexion entre la ejecucion de ciertos movimientos y el acto del pensamiento que á ellos se refiere, aunque este pensamiento no sea aún la voluntad que manda á los órganos musculares».

Tenemos aquí, pues, movimientos que merecen el nombre de preconscientes; al hablar del hábito hemos visto que actos perfectamente sentidos acaban por convertirse en automáticos; caen en la region de la subconciencia. Los hábitos, así convertidos en una especie de organizacion subconsciente de actos determinados, pueden considerarse sometidos á la ley de todo organismo, á la herencia. Si los hábitos son hereditarios, fácilmente podemos darnos cuenta de lo que se ha llamado instinto.

En una ciencia tan plagada de términos ambiguos como la psicología, difícilmente se encontrará uno que lo sea más; y tanto que los mismos autores, que empiezan por distinguir cuidadosamente sus acepciones, acaban por confundirlas.

Desde luego descarto por inadmisible la acepcion de tendencia ó deseo, que le dan algunos; y no puedo de ningun modo aceptar que se designen con el nombre de instintivos todos los fenómenos psíquicos que presentan los animales. Esto es preguzgar una cuestion, sin datos, ni aproximados, para ello. Si en los copiosos estudios de lo que se llaman instintos se hubiera descartado todo lo que es la obra del medio, de la imitacion, de la experiencia y áun de la inteligencia, nos vendríamos á encontrar frente á un número escasísimo de hechos bien comprobados. El defecto de distincion ha venido á complicarse además con el de observacion. Para mí es pasmoso ver que, cuando se habla de la educacion ó de la experiencia de un animal inferior, se quiera someterlas á nuestra apreciacion del tiempo. Nada nos autoriza á medir con nuestros cronómetros, el período que transcurre entre la salida del huevo de un polluelo y sus primeras tentativas de caza.

Refiriéndome, pues, á esos actos al parecer auténticos, y en que no cabe admitir la accion de la experiencia ó la imitacion, como en los cachorros de que habla Knight, que, á pesar de haber sido criados léjos

## LECCION TREINTA.

SUMARIO.—Rectificacion de la clasificacion provisional del contenido de la psicología. La fase subjetiva de la realidad ha sido la materia de nuestro estudio.—Atributos que caracterizan los estados mentales: son conscientes y sucesivos.—Concepto fundamental de la psicología.—Conexion entre los fenómenos fisiológicos y los psíquicos.—El organismo funcional del medio.—Modificacion del organismo bajo el influjo del medio, y triple gradualidad que presenta: preconciencia, conciencia y subconciencia.—Relaciones del objeto con el sujeto; fenómenos de sensibilidad.—Placer, dolor, indiferencia.—Punto culminante de la vida mental: la percepcion.—Sus transformaciones nos descubren la organizacion del espíritu.—Imágenes, ideas, abstracciones, nuevas construcciones.—Juicios y raciocinios.—Conmocion y emocion.—Todas estas modificaciones son adaptaciones para la reaccion del sujeto sobre el medio.—La actuacion.—La reaccion del sujeto puede producir actos subjetivos: la atencion y la reflexion.—Leyes que rigen los fenómenos descritos.—Leyes primarias y secundarias de la sensibilidad.—Leyes últimas y derivadas en la ideacion.—Leyes primarias y derivadas en la actuacion.—Todas éstas son derivadas con respecto á la ley fuddamental del sér.—Principios que entraña esta ley, sus formas y aplicaciones en todo el dominio de la psicología.—Cuadro sinóptico de los fenómenos psíquicos y sus leyes.—Indicacion de los estudios ampliatorios: psicología comparada y étnica.—Aplicaciones de la psicología y sus relaciones con otras ciencias.—Conclusion.

SEÑORES:

Encuéntrome en la situacion del que ha realizado un largo viaje, obediente en principio á las indicaciones de una guía más ó ménos fiel; pero que se ha visto obligado por las necesidades del momento y las exigencias de la realidad á desviarse más de una vez y á modificar no pocas su itinerario. Al cabo de la jornada sus apuntes no corresponden estrictamente al plan ideal que se trazó á los comienzos, y necesario es que los ordene, si quiere dejar una relacion fiel de sus impresiones y saber hasta qué punto concuerda lo ideado con lo visto.

Nosotros tambien nos trazamos una carta provisional del espíritu humano—que iba á ser el objeto de nuestras investigaciones—y sin apartarnos mucho de ella, hemos tenido que modificar en no pocas ocasiones nuestra direccion, segun lo exigia el desarrollo de nuestro estudio. Completo ya, en los límites en que nos hemos encerrado,

objetivos, y hemos demostrado su concomitancia con ciertas propiedades de la materia organizada, y más en especial con los fenómenos nerviosos.

La primera y más fundamental concepcion que se desprende de esta manera de considerar los fenómenos anímicos es que estamos en presencia de un organismo que subsiste, y en el cual se producen dos séries paralelas y conexas de fenómenos distintamente caracterizados, de las cuales la primera, la de los fenómenos fisiológicos, nos sirve sólo de base para tratar de explicarnos la segunda, la de los estados mentales.

Desde el momento en que trasladamos la nocion de organismo al campo de nuestros estudios, surge como su correlativo indispensable la de *medio*, pues todo sér organizado subsiste adaptándose á un medio, mediante una série de acciones y reacciones que oscilan en torno de un punto de equilibrio particularmente instable. El medio actúa sobre el organismo, y el organismo sufre una modificacion para reactuar sobre el medio. De estas operaciones la más particularmente propia de nuestro objeto es, sin duda, la modificacion en el organismo, puesto que vá acompañada de un fenómeno característico: llegada á cierto grado, la modificacion es consciente, el organismo se siente modificado, se siente distinto de como estaba un momento ántes, se siente como conciencia; hay una especie de desdoblamiento del sujeto, que hasta en el dolor más agudo objetiva algo que le duele. Pero vemos que toda modificacion supone un estado antecedente y uno consecuente, porque las solicitaciones del medio no cesan jamás. La modificacion consciente no surge, pues, de súbito, ni surge siempre con igual claridad; áun en el espacio bañado por la luz de la conciencia hay gradaciones de menor á mayor, y de mayor á menor; tenemos, pues, una sucesion de estados más ó menos conscientes, y nuestros análisis anteriores nos permiten aseverar que la gradualidad no comienza en el umbral de la conciencia, que, ántes de llegar á la intensidad máxima que supone la cualidad de concientes, las modificaciones del sujeto han ido acumulando fuerza en una forma que hemos llamado preconsciente; tambien sabemos que al ser desalojadas del campo de la conciencia no se extinguen las modificaciones recibidas, sino que se registran ó quedan como estados sub-

con contornos ménos bien delineados, con relaciones objetivas ménos precisas; y esto nos la presenta modificada, reducida á imágen, y nos prueba que ha permanecido en ese fondo oscuro que hemos llamado subconsciencia. Las formas que presenta la imágen, sus cambios, sus conexiones, los estados consecutivos que suscita, todo nos prueba que ha hecho más que permanecer, que ha subsistido coordinada, organizada. Así vemos que las modificaciones producidas por el medio, no tienen una vida efímera, que no pasan para nunca más volver, sino que dejan una huella permanente, con lo que cada percepcion actual se extiende y ramifica, adquiriendo un relieve extraordinario, una fuerza inmensa. El sujeto conservando sus impresiones nos muestra un contenido cuya riqueza no desmerece en nada de la cópia infinita de aspectos que presenta el objeto. Así fenómenos seriales, fenómenos sucesivos pueden representar fenómenos coexistentes, fenómenos extensos.

La modificacion recibida no viene á ocupar un lugar totalmente desocupado; encuentra allí fuerzas latentes, impresiones que han dejado sus surcos, si se me permite la expresion, y cada una es una fuerza incidente que entra en conflicto con las existentes, y tiene que producir una resultante. La percepcion, y más aún, la imágen, están sujetas á una degradacion y descomposicion forzosa que dán por resultado las idea, las abstracciones, las nuevas construcciones. La modificacion se irradia, se difunde, el estímulo pone en vibracion mil elementos dispuestos á entrar en actividad; una percepcion trae imágenes que suscitan ideas, las cuales coordinan nuevas imágenes, establecen las relaciones más abstractas, y hacen bullir toda esa vida espiritual que se nos presenta en los juicios, raciocinios y áun discursos. Desde la sensacion más rudimentaria hasta las relaciones de diferencia, semejanza, contigüidad y causalidad todo no es más que una modificacion ó série de modificaciones del sujeto. Sentidas como afeccion placentera ó dolorosa, sentidas como cambio de estado de tal ó cual intensidad, de tal ó cual cualidad, siempre es el mismo acto por el cual un ser consciente se siente modificado. No cambia el carácter de la modificacion, porque atendamos más á sus caractéres útiles ó dañosos al organismo; de aquí que la emocion no constituya una nueva forma de modifica-

ciones. La conmocion es una percepcion placentera ó dolorosa; la emocion una representacion placentera ó dolorosa.

Nuestra concepcion primordial nos dice, que no termina en la modificacion del organismo la série de efectos iniciados con los estímulos del medio. La modificacion es una adaptacion para la reaccion. El placer ó el dolor la provocan instantáneamente; la percepcion y las ideas la provocan despues de una difusion de modificaciones más ó ménos prolongada. El tipo que descubrimos en la accion refleja se realiza, con mayor complicacion, en todos los fenómenos de actuacion. En vez del estímulo único, tenemos diversos estímulos concurrentes; en vez del cambio de estado en un centro, se producen cambios simultáneos y sucesivos en centros diversos y subordinados; en vez de un movimiento automático, la respuesta es una série de actos coordinados. Por otra parte la reaccion del sujeto no se dirige invariablemente al exterior; puede ir encaminada á producir actos subjetivos, como la atencion y reflexion, que paralizando—aunque sea por corto tiempo—el acto iniciado dá lugar á que se modifique y transforme. El estado subjetivo central se nos presenta con caractéres varios, á medida que predomina más y más en él la tendencia al acto, implícita ya en su formacion. Hay la fase de apeticion, que provoca el proceso imaginativo, surgiendo entónces las previsiones que motivan la determinacion. Esta es la última fase del proceso meramente subjetivo, su consecuencia inmediata es una série de movimientos en que entra de nuevo el elemento objetivo, en que el organismo reacciona contro su medio.

Estos son los fenómenss cuya variadísima trama, forma lo que llamamos el espíritu humano; brillante kaleidoscopio, á primera vista, donde se agrupan para disolverse las más caprichosas combinaciones; cuadro suficientemente coordinado cuando se le observa detenidamente, y se considera la unidad del acto psíquico, como se desprende de la nocion primera de un organismo relacionado con un medio. Esta unidad resplandece aún más cuando se agrupan las leyes que se verifican en cada dominio de la vida espiritual, segun que responden al momento del estímulo, al momento de la modificacion subjetiva, al momento de la reaccion. Estas leyes confirman en cada grupo el principio general establecido, y nos muestran cómo funciona nuestro espíritu.

Considerémos las leyes de la sensibilidad.

Cualquiera sensacion que se suponga idealmente prolongada con igual intensidad se borra de la conciencia; es necesario, pues, un cambio en grado ó en especie para que el organismo se sienta afectado. Esta es la ley de relacion que hemos de descubrir con otras formas y otros nombres en los grupos sucesivos.

Pero la vida mental no se reduce á meros cambios de sensacion, al mero tránsito de un estado mental á otro, la organizacion que hemos descubierto en el espíritu nos demuestra que ninguna modificacion se pierde por completo, que todas obran oportunamente para modificar las nuevas impresiones, en una palabra que el organismo conserva la huella de su afeccion: hé aquí la ley de conservacion, que verémos repetirse igualmente segun el dominio espiritual que estudiemos.

Estas dos leyes que pueden considerarse como primeras dentro del dominio de la sensibilidad, dan por resultado otras tres que vienen á ser sus derivadas, y que nos las muestran influyendo en la aparicion, formacion y transformacion de las sensaciones y por consiguiente de las percepciones.

Dada una sensacion, para que continúe siendo perceptible, ha de ir aumentando su intensidad dentro de ciertos límites; ésta es la ley de la *progresion* de las sensaciones. Y si consideramos que no podemos fijar el comienzo de la vida psíquica en el umbral de la conciencia, esta ley nos dice cómo existe la region de lo preconsciente, en que las sensaciones débiles van cobrando intensidad por acumulacion hasta dibujarse en el campo de la conciencia.

Pero el aumento de intensidad no puede ser indefinido, pues el aumento excesivo de desgaste sin reparacion acabaria por destruir los tejidos; hay un punto en que la sensacion nos afecta plenamente, pudiendo oscilar un tanto en más ó en ménos, pero más allá del cual la sensacion demasiado intensa se convierte en un dolor agudo; hay, pues, condiciones para que los órganos sensibles ejerzan adecuadamente sus funciones, hay límites para esta funcionalidad, y todo esto constituye la ley de tension de las sensaciones. Esta ley nos descubre el punto preciso de la conciencia, y nos demuestra cómo el placer y el dolor nos indican si esta ley se ejerce normalmente ó comienza á ser

violada. Entre la falta completa de tension, ó sea la inaccion, y el exceso de tension, ó sea la hiperaccion, (una y otra dolorosas) están los estados que se caracterizan por la presencia del placer, y el punto de indiferencia, tan favorable para la mera distincion y los demás actos intelectuales.

En el funcionamiento normal del espíritu, el mismo reflujo de nuevas impresiones se anticipa á la ley de tension, y la sensacion no pasa de ciertos límites; despues de ocupar algun tiempo la conciencia comienza, á borrarse á degradarse; hasta tal punto, que, aún tratando de evitar nuevas impresiones, con sólo conservar la actual en un mismo grado de intensidad, sufre la misma degradacion, como ya se ha indicado. Esta es la ley de degradacion de las sensaciones. Y como sabemos que la ley de conservacion rige estos fenómenos, la ley de degradacion nos lleva á comprender ese grado de menor intensidad en que quedan las sensaciones en la region de lo subconsciente. Así las tres leyes derivadas de la progresion, tension y degradacion de las sensaciones nos dicen cómo los estados mentales pasan forzosamente por los tres estados que he llamado preconsciente, consciente y subconsciente; y la ley de tension por sí sola comprende los cuatro casos que sabemos existen en esos fenómenos primordiales de la vida subjetiva que se llaman, placer y dolor.

Si pasamos ahora á la region de los estados intelectuales, veremos lo que ya tenemos indicado, las leyes fundamentales de la sensibilidad tomando la nueva forma que exigen estos estados derivados. La de conservacion se verifica en esa tendencia constante del estado mental á repetirse en las mismas condiciones; si fuese posible acomodar un medio que pasara por solas dos ó tres fases sucesivas, el espíritu que en él se desenvolviera repetiría automáticamente sus estados mentales. Esta es la ley de reproduccion.

Pero ya sabemos que es condicion de la vida mental el cambio, la relatividad, de aquí que vengan nuevos estados, se provoquen conflictos, surjan choques, y el resultado sea que el estado mental más intenso se sobreponga á los demás, los desaloje, y ocupe la conciencia. Hé aquí la ley de antagonismo, que podemos considerar como una nueva forma de la de relacion.

Del alternado influjo y preponderancia de estas dos leyes, se derivan tres tambien, que les son secundarias. Las ideas tienden á coordinarse y, por tanto, á evocarse en el órden en que han sido adquiridas. Aquí vemos el principio de reproduccion informando la ley de la asociacion de las ideas. Pero las solicitaciones del medio extra é intra orgánico y las condiciones mismas de la formacion de las ideas, el antagonismo, en fin, de los diversos estados mentales, dan por resultado que esas coordinaciones no sean todas igualmente estables, y que se produzcan desprendimientos en los grupos, infidelidad en la reproduccion. Así tenemos la ley de disociacion de las ideas. Los elementos ya dispersos no escapan, sin embargo á la ley mental que los fuerza á reproducirse, á unirse á sus semejantes y contíguos, y de aquí las nuevas formas que reviste la asociacion de las ideas ó partes de ideas que se desagregaron, esa atraccion de ciertos núcleos que las van llamando á sí, para darnos nuevos arreglos mentales. La ley de construccion de las ideas, en fin.

Quédanos el último dominio; el de la actuacion. Los movimientos adquiridos, las ajustaciones de actos á fines útiles para el indivíduo, entran en el principio de conservacion, y de aquí la ley del hábito, cuya fórmula es, como sabemos: el mismo movimiento provechoso se repite en las mismas condiciones. Mas este enunciado nos dice que los movimientos habituales no pueden dominar sin contraste, puesto que no es fácil que se repitan siempre las mismas condiciones, las solicitaciones que llaman á la accion varían, los motivos cambian, y de aquí que el más poderoso determine el nuevo movimiento; que es como formulamos la ley de determinacion, la cual equivale á la de antagonismo, en los actos representativos, y á la de relacion, en los presentativos.

A su vez estas leyes se combinan para formar las tres siguientes: la de imitacion de los movimientos, por la cual vemos que el sujeto repite los movimientos percibidos; la de modificacion de los movimientos, por la cual los actos percibidos y habituales sufren el influjo de la disposicion actual del indivíduo; y la de acomodacion de los movimientos, por la cual, los ya modificados toman la forma que requiere el medio contra el cual reacciona el sujeto.

De esta suerte se realizan todos las fases del acto psíquico, en cada

## CUADRO SINOPTICO.

Objeto estudiado:—Un organismo heredado que se adapta á su medio; merced á funciones especiales, cuyos actos se caracterizan por ser sucesivos y gradualmente conscientes.

*Funciones.*

A.—Presentacion.
- *a.* Sensacion.
- *b.* Percepcion.
- *c.* Conmocion.

B.—Representacion.
- *a.* Imágen.
- *b.* Idea.
  - nocion.
  - juicio.
    - distincion.
    - semejanza.
    - contigüidad.
    - causalidad.
  - raciocinio.
- *c.* Emocion.

C.—Actuacion.
- *a.* Apeticion.
  - *a'.* deliberacion.
- *b.* Determinacion.
- *c.* Accion.

Leyes de estas funciones.

*Ultimas.*

Ley del sér.—Retener lo provechoso, repeler lo dañoso, con el menor gasto de esfuerzo.

De donde se derivan:

1. La ley de herencia.
2. La ley de adaptacion.
3. La ley del menor esfuerzo.

*Secundarias.*

A.
- 2. Ley de relacion: el organismo se siente afectado por todo cambio, en grado ó especie, de sus impresiones.
- 1. Ley de conservacion: el organismo conserva la huella de sus impresiones.

*a*
- 1 Ley de progresion
- 2 Ley de tension
- 3 Ley de degradacion

} de las sensaciones
- preconciencia.
- conciencia
  - placer
  - indiferencia
  - dolor
- subconciencia.

B.
- 1. Ley de reprpducion: el mismo estado mental se repite en las mismas condiciones.
- 2. Ley de antagonismo: el estado mental más intenso se sobrepone á los demás.

*b*
- 1. Ley de asociacion.
- 2. Ley de disociacion
- 3. Ley de construccion

} de las ideas.

C.
- 1. Ley del hábito: el mismo movimiento provechoso se repite en las mismas condiciones.
- 2. Ley de determinacion: el motivo más poderoso determina el nuevo movimiento.

*c*
- 1. Ley de imitacion
- 2. Ley de modificacion
- 3. Ley de acomodacion

} de los movimientos.

Despues de este resúmen me atrevo á creer, señores, que cualquiera que sea la extension que se dé á los estudios psicológicos, no vendrá más que á ampliar el cuadro trazado, dando más riqueza á su contenido, más precision á sus enunciados; pero no alterará sustancialmente sus límites. Es cierto que puede llevarse más léjos la intervencion de ciertos conceptos, que puede seguirse más léjos la aplicacion de los principios; pero conceptos y principios que están ya contenidos en esa clasificacion. Así el concepto de herencia, así el del influjo de la vida social, de la comunicacion de los hombres entre sí, en los estados anímicos. Pero adviértase que mi propósito ha sido trazar los lineamientos é indicar el método y sus más ciertos resultados, no desenvolver en su totalidad una ciencia que cada dia recibe copiosos aumentos.

Esto mismo os dice por qué he dejado de seguir dos direcciones que pueden dar abundantísima cosecha, como estudios ampliatorios: los de psicología comparada y los de psicología étnica. La observacion y des-

cripcion de los fenómenos psíquicos, tales como se presentan en los animales, son interesantísimas, siempre que se lleven á cabo con un espíritu verdaderamente científico, y á la luz de una psicología humana suficientemente adelantada. En este estudio, tanto como en los de biología comparada, hay que repetir el profundo concepto de Claudio Bernard: lo superior explica lo inferior. Nos hemos de encontrar frente á fenómenos, que no podremos interpretar sino por inferencia; y éstas serán tanto más sólidas cuanto más lo sean los principios en que descansen. Ahora bien, todo nuestro trabajo ha venido á probarnos que los principios psicológicos no se obtienen sino por el doble método subjetivo-objetivo, y éste no puede aplicarse sino en el hombre y por el hombre. Nada hacemos con convertir á los animales en autómatas; nada en derogar á las leyes de toda buena clasificacion, agrupando la diversidad de fenómenos que presentan con el nombre oscuro de instinto; pero entre estos dos extremos igualmente anticientíficos y el que pretende encontrar en los séres inferiores la misma complegidad de estados mentales que en el hombre, hay una region intermedia, donde caben las observaciones fructuosas y las inferencias sérias; donde hay lugar para una verdadera psicología comparada. No vayamos á fuerza de querer reaccionar contra las divisiones artificiales á dar en el extremo de trastrocar las verdaderas; y acabar, como un sabio contemporáneo, por ofrecer á las sociedades humanas á guisa de ejemplo y modelo las sociedades de las abejas y hormigas, exentas—son palabras suyas—de nuestras mezquinas preocupaciones.

En cuanto á la psicología étnica, que abre un campo inmenso á la investigacion de los psicólogos, necesita casi igualmente de principios bien depurados para ser fructuosa; sin embargo de que, bien conducidas sus investigaciones, contribuirá no poco á poner en su punto los ya adquiridos. El estudio de las manifestaciones anímicas del hombre, colocado en las más diversas suertes de medios, no puede dejar de ser un auxiliar precioso, y con el tiempo quizás el más precioso, para completar la obra de la psicología; para poner en claro sobre todo sus relaciones con la sociología, y venir en auxilio de ésta con el caudal de conocimientos adquiridos.

Porque no debemos olvidar nunca que ninguna ciencia vive aisla-

da; y que todo conjunto de conocimientos para merecer el nombre de ciencia, ha de facilitarnos un medio de accion sobre los fenómenos que estudia, y ha de propender á que podamos explicar los fenómenos conexos de las ciencias que con ella se relacionan. La psicología ha adelantado mucho, pero no ha terminado su carrera. A medida que avanza, se hacen más perceptibles sus aplicaciones; y esa ciencia del carácter sobre que ha de basarse un dia toda la educacion moral, dejará, gracias á sus progresos, de ser un desideratum para convertirse en una realidad.

Ya tenemos algunas hipótesis que pretenden decirnos qué son los estados mentales; sabemos cuáles son, y en virtud de qué leyes se producen, se organizan y se reproducen. La forma especial con que esto se verifica en cada indivíduo constituye su personalidad; la manifestacion más frecuente y permanente de la personalidad es el carácter. El dia en que de la inspeccion de las condiciones fisiológicas y de los datos psíquicos personales podamos deducir científicamente el carácter de un indivíduo; es decir, como reaccionará en el mayor número de casos contra los estímulos del medio en que se encuentre, sabremos positivamente lo que hasta ahora ha estado la humanidad haciendo á tientas; sabremos educar.

Ya veis, señores, esta psicología tan pobre al parecer que se limita á describir los estados mentales en su triple gradualidad y á investigar sus leyes, nos abre de súbito tales perspectivas, que palidecen ante ella las ciencias que con razon se han titulado hasta aquí las mejores amigas del hombre.

En cuanto al gran problema que se cierne sobre todas estas investigaciones, el de la percepcion de lo objetivo, que no es otro que el de la conciencia.... quizás no hemos hecho otra cosa que dejarlo á un lado. Pero el hombre no está obligado á taladrar todas las montañas que le cierran el paso; ahorrando las fuerzas que habia de gastar en una empresa quimérica, avanza más á veces dando un rodeo, y al verse del otro lado del temible obstáculo, al encontrar ante sí ancha y despejada la vía, llenos aún de vigor el cuerpo y el ánimo, puede saludar al coloso inmóvil, y darle la espalda, gritando con su voz más entera: ¡adelante!

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Habana, 29 de Octubre de 1881.

# EL CEMENTERIO DE CAMPO.

**[IMITACION DE JHON GRAY.]**

Ya el lúgubre clamor de la campana
Del sol poniente anuncia la caida.
Y el alma religiosa y conmovida,
La oracion de la tarde va á elevar:
Busca el rebaño su distante aprisco
Mugiendo en torno del risueño prado,
Y el labrador, de trabajar cansado,
En busca va de su tranquilo hogar.

Huye la luz del cárdeno horizonte
Y en negras sombras húndese el paisaje,
Y el mundo envuelto en fúnebre ropaje
En letargo profundo va á caer:
Sólo perturba esta solemne calma
Del perezoso cárabo el zumbido,
Que al compás del cencerro entristecido
Va el distante rebaño á adormecer.

Allí, en aquella torre derrumbada,
Que el verde manto de la yedra viste,
Se oye tambien de la lechuza triste,
El grito melancólico y fugaz:
La que al dejar su pavoroso asilo
A la luna se queja con misterio,
De todo aquel que de su antiguo imperio
Turba el reposo y la solemne paz.

Aquí, debajo de la agreste sombra
De estos olmos y tilos encumbrados,
Donde el musgo en canteros amoldados
Tiende su alfombra lleno de verdor:
Cubiertos con el polvo de la tumba
Que una insondable eternidad rodea,
Los venerandos padres de esta aldea
Descansan para siempre en el Señor.

Ya no más el aliento de la brisa
De bálsamos y aromas empapada,
Al asomar la aurora sonrosada
Les vendrá de su sueño á despertar:
Ni el áspero chirrido penetrante
Del gallo y de la ronca golondrina,
Ni el eco de la rústica bocina
Del lecho humilde les podrán alzar.

En el hogar la lumbre enrojecida
No arrojará su llama esplendorosa,
Ni los cuidados de la amante esposa,
Premiarán con afecto conyugal:
Ni el hijo, balbuceando á su regreso
Mil canciones de júbilo sencillas,
Volará á recibir en su rodillas
El envidiado beso paternal.

¡Cuántas veces la tierra endurecida,
Al cubrirla de surcos sus arados,
Dió por fruto á sus penas y cuidados
El rubio grano y la dorada mies!
¡Cuán alegres entonces dirigian
Los mansos bueyes por el campo rudo,
Y del hacha cortante al filo agudo
Derrumbaban los bosques á sus piés!

¡Oh! No se mofe el ambicioso impío
Del parco fruto de tan duras penas,
Ni el rigor de estas útiles faenas
Venga con alma impura á escarnecer:
Ni el grande con sardónica sonrisa,
Libre de angustias y fatigas tales,
Venga á escuchar del pobre los anales
Porque humilde su historia habrá de ser.

La arrogancia del noble, sus blasones,
El poder heredado en régia cuna,
El oro que derrama la Fortuna
Y el esplendor que á los mortales dá:
Y el fausto, en fin, y el lujo, y la belleza,
Y cuanto el orbe encierra de envidiable,
Todo tiene una tumba inevitable:
¡Tumba es la senda que á la gloria vá!

Y vosotros ¡soberbios! que en la huesa
Alzáis estátuas de mentida gloria,
No culpeis de estos hombres la memoria
Porque la Fama no les dió un laurel:
Ni con sonrisa amarga y desdeñosa
Pongáis en duda su virtud sencilla,
Porque en la nave de imperial capilla
De gloria un himno no retumba fiel.

¿Puede, tal vez, de un rico monumento
La inscripcion esplendente y fementida,
Retornar el aliento de la vida
Al que la Parca devoró sutil....?
¿Ni pueden del honor las preces graves,
Ni el grato aroma que el incienso vierte,
Derrocar el imperio de la muerte
Con el poder de la lisonja vil....?

Tal vez en estos sitios pavorosos
De muerte y lobreguez sólo habitados,
Reposan corazones esforzados
Que latieron con célica virtud:
Tal vez el polvo de estas fosas guardan,
Envueltos entre olvido y abandono,
Genios capaces de regir un trono,
O extasiar con el canto y el laud.

Pero la ciencia que avarienta esconde
Los tesoros que arranca el tiempo cano,
Nunca con franca y generosa mano
Sus páginas de gloria les abrió:
El noble ardor de sus robustos pechos
Ruda miseria subyugó inclemente,
Y de sus almas el genial torrente
En un lago de escarchas convirtió.

¡Oh! ¡cuántas perlas de esplendor bañadas
No arrulla el mar en ondas espumantes!
¡Cuántas conchas de nácar deslumbrantes
No aprisiona en su lecho de cristal!
¡Cuánto aromoso y tímido capullo
No guarda el bosque en su recinto incierto!
¡Cuánta flor ruborosa en el desierto
No derrama su aliento virginal!

¡Quién sabe si estas fosas desoladas
Encierran entre el polvo y el olvido,
A un hombre como Hampden, atrevido,
Que al déspota insolente resistió!
¡Quién sabe si algun Milton ignorado
Aquí, ya mudo, su baldon devora,
O un Cromwell inocente que deplora
La sangre del tirano que vertió!

Captarse elogios de un senado atento,
Aplausos arrancar en la tribuna,
Los dones despreciar de la Fortuna
Y el encono del mundo desafiar:
Verter con franca y dadivosa mano
La abundancia en un suelo empobrecido,
Y en la historia de un pueblo esclarecido
Su verdadera gloria contemplar....

¡Tales favores les negó el destino!
Pero en su oscura soledad horrenda,
Vedóles ir por la escabrosa senda
Que frecuentan el vicio y la maldad:
Vedóles escuchar el fiero grito
Que arrojan la venganza y el encono;
En lagunas de sangre alzar un trono
O albergar en sus almas la impiedad.

Luchar del vicio entre las férreas garras
Y los gritos ahogar de la conciencia;
Apagar del pudor y la inocencia
La ruborosa llama juvenil:
Henchir de lujo, y de oropel, y galas
El modesto santuario de la vida,
Y abismarse en la hoguera enrojecida
Y en las torpezas de un amor gentil....

¡Léjos de ellos tan viles ambiciones!
Porque apartados del voraz tumulto,
Siempre rindiendo á las virtudes culto
Sus pasiones lograron refrenar.
Ancho camino ante su paso abrieron
El tórpe vicio y la virtud cumplida,
Y ellos al ver las sendas de la vida
Siguieron la virtud sin vacilar.

Pero esta huesa, que la muerte escuda
De todo insulto y agresion bastarda,
Tambien tesoros de memorias guarda,
Relicarios de afectos y de uncion:
La tosca sencillez del epitafio,
Y áun de los versos el inculto giro,
Arrancan el tributo de un suspiro
De todo aquel que tiene corazon.

Sus pobres nombres, sus augustos años
Aquí trazados con rudeza extrema,
El lugar de la Fama y del poema
Vienen cual pompa fúnebre á suplir:
Que en torno de este gélido recinto
Se encuentran por do quier desparramados,
Ejemplo de virtud, textos sagrados
Que al moralista enseñan á morir.

Porque ¿quién esta vida misteriosa
De gratos goces y amarguras llena,
Pudo con alma impávida y serena
A eterno olvido condenar jamás?
¿Ni quién que contempló del sol brillante
La corriente de luz enrojecida,
Vió apagarse la llama de la vida
Sin arrojar una mirada atrás....?

El hombre al espirar, gusta en el seno
De un tierno amigo derramar su llanto,
Y espera recibir en su quebranto
Lágrimas puras de ferviente amor:
La muerte todo lo destruye y tala,
Pero ese amor que en nuestro ser se imprime,
Aún con nosotros en la tumba gime,
Aún en cenizas guarda su calor.

Por eso yo, que al infortunio atento,
Vengo á honrar de los muertos la memoria,
Y en pobres versos su sencilla historia
Me complazco piadoso en relatar:
Pido á los cielos, que un amigo un dia,
Por la tristeza y el dolor llevado,
Al cruzar por mi túmulo olvidado,
Por mí tambien se pare á preguntar.

Pluguiera al cielo que un pastor anciano
Bajo el peso de rústica fatiga,
Con afligido corazon le diga:
Hé aquí su historia limpia cual crisol:
«Yo le he visto mil veces afanado
«Al recorrer el alba el horizonte,
«Ir entre escarchas á trepar el monte
«Para encontrar en su carrera al sol.

«Y allí, debajo de la agreste sombra
«De aquel robusto y corpulento alerce,
«Cuyo ramaje en espiral se tuerce
«Queriendo hasta las nubes penetrar:
«De somnolencia y languidez cargado
«Bajo el ardiente sol del mediodía,
«Perezoso en la hierba se tendía
«Oyendo el manso arroyo murmurar.

«Y en ese bosque que aparece ufano
«Como un sarcasmo de placer perdido,
«Palpitaba su pecho conmovido
«Sofocando tal vez una pasion:
«Y ora con frente lívida vagaba
«Y en dolorosa reflexion se hundía;
«Y ora de dicha y de placer reía
«Como aquel que ha perdido la razon.

«Una mañana yo le eché de ménos
«Al buscarle en la loma acostumbrada,
«Y no le hallé en la selva enmarañada,
«Ni de su alerce favorito al pié:
«Y otra mañana silenciosa vino,
«Y vanamente le busqué en mi anhelo,
«Que ni al borde del límpido arroyuelo
«Ni en el espeso bosque le encontré.

«Poco despues, envuelto en el ropaje
«De la mortaja y del sudario santo,
«Le miré conducir al camposanto
«Sin más pompa que un canto funeral:
«Y tú, viajero, que su tumba helada
«Te has parado á buscar en el camino,
«Lée lo que bajo de ese viejo espino
«Han grabado en su losa sepulcral».

EPITAFIO.

Ya reclinó su lánguida cabeza
Aquí en el seno de la tierra fiel,
Un jóven sin honores ni riqueza
A quien la Fama le negó un laurel.

Pero no porque humilde fué su cuna
Saludarle la Ciencia desdeñó;
Pobre nació, sin nombre ni fortuna,
Y el dolor con su sello lo marcó.

Su noble pecho, que la tierra oprime;
Fué generoso y franco y sin doblez;
Inmensa fué su caridad sublime,
Y el Cielo, en pago, le premió á su vez.

Cuando á sus puertas se paró el mendigo
Las lágrimas ardientes le enjugó;
Y en cada pobre saludó á un amigo;
Fué cuanto al Cielo en su ambicion pidió.

No, pues, busquéis sobre su tumba inerte,
La historia de su mísero dolor;
La esperanza le arrulla con la muerte
En el inmenso seno del Señor.

LUIS GARCIA PEREZ.

Noviembre 2 de 1882.

# PROLEGOMENOS DE HISTORIA UNIVERSAL.

## PRELIMINAR.

### LECCION PRIMERA.

Determinacion de la Historia en el organismo científico,--Concepto del conocimiento histórico.— Carácter *sistemático* de este conocimiento.— Unidad del hecho; su variedad: enlace y conexion de los acontecimientos, mediante la causa que los produce y mediante su recíproca influencia.— *Verdad* del conocimiento histórico; su *certidumbre.*— Caractéres de la certidumbre histórica; su division; su posibilidad.

La ciencia que, por exigencia racional, convierte en reflexivos los conocimientos simples, no es un nuevo género de conocimientos, ni un conocimiento entre otros, sino la plenitud de nuestro conocer.

Como tal conocimiento pleno, la ciencia ha de ser: 1º Manifestacion entera de su objeto; adecuada conformidad entre el pensamiento y lo pensado *(adecuatio intelectus et rei); conocimiento verdadero;* y 2º Conocimiento entero para el sujeto; seguridad inquebrantable del sujeto en su conocimiento; *conocimiento cierto.*

El conocimiento que no alcanza estas condiciones no es conocimiento científico.

La ciencia es, por tanto, en su contenido, conocimiento *verdadero* y *cierto.* La verdad y la certeza sin sus condiciones reales.

La verdad del conocimiento pide que el pensamiento sea espejo fiel de lo pensado. Así decimos que lo que se piensa debe ser tal como es, que debemos pensar las cosas como son; y en este sentido, el que piensa está subordinado á lo pensado. Esto es lo que expresamos con la palabra *sujeto*, derivada de las voces latinas *sub* y *jaceo*.

La seguridad inquebrantable que la ciencia pide en el sujeto, no debe confundirse con la aparente y mudable que temporalmente pueda tener fundada en falsos supuestos, la cual nunca puede resistir á la evidencia de la realidad. La certeza científica no puede existir sin la verdad, toda vez que es la misma verdad, vista como tal, siendo tal verdad para el que la contempla.

Del cencepto de la ciencia se sigue que la ciencia es *como es*, es decir, que tiene una forma, cuyas condiciones son las que podemos llamar *condiciones formales* de la ciencia.

La ciencia es pensada como la plenitud del conocimiento, es indudable que no hay más ciencia que la ciencia; no hay más conocimiento que el conocimiento.

La ciencia es, por tanto, *una*, ántes y sobre toda distincion interior.

La unidad de la ciencia debe darse en el *sujeto* que conoce, en el *objeto* conocido y sobre ámbos en la *relacion* de uno á otro.

En el *sujeto* la unidad de la ciencia debe darse como un conocimiento que contenga todo conocimiento particular; en el *objeto*, como una realidad sin limitacion en que se funde y contenga toda realidad determinada; y en la *relacion*, como una verdad que sea el sér dándose á conocer al sér mismo.

Esta exigencia es la que ordinariamente formulamos diciendo que la ciencia debe tener un *principio*.

Ahora bien: si la unidad de la ciencia no es unidad abstracta, ó sea, unidad sin contenido *(unicidad)*, la ciencia debe tener una distincion interior, y ser, por consiguiente, interiormente vária.

La *variedad* debe darse, lo mismo que la unidad, en el *sujeto* que conoce, en el *objeto* conocido y en la *relacion* de sujeto á objeto.

En el sujeto se dá la distincion como una variedad de conocimientos y séries de conocimientos; en el *objeto*, como una variedad de séres y reunion de séres particulares *(mundos)*; y en la *relacion* como una

variedad de verdades y séries de verdades *(ciencias particulares)*.

La *relacion* entre la variedad y la unidad de la ciencia, siendo la unidad el todo, y la variedad el contenido, exige:

1º Que todos y cada uno de los miembros de la variedad sean realmente contenidos en la unidad, y ésta en aquella variedad demostrada.

2º Que toda verdad particular deba referirse, en relacion coordinada, á las otras verdades, porque toda verdad es condicion para otras verdades.

Y como esta doble relacion de nuestra coordinacion entre las partes y subordinacion de todas á la unidad, es lo que se llama sistema ú organismo (por ejemplo el cuerpo humano, el sistema solar, etc.), bien pueden resumirse las condiciones formales de la ciencia, diciendo que *la ciencia es un sistema de conocimiento*. Reuniendo, ahora, como este concepto pide, las condiciones *reales* y *formales*, podemos definir la ciencia diciendo que es: *un sistema de conocimiento verdadero y cierto*.

El contenido de la ciencia, como queda visto, implica la variedad interior de ésta; la variedad implica la divisibilidad, porque lo que es vario puede distinguirse; y si la ciencia determina en esencia, la relacion de sujeto á objeto (cuya relacion es lo que llamamos conocimiento verdadero y cierto), las razones naturales de dividir la ciencia son: el *sujeto*, el *objeto* y *la relacion* entre ámbos.

La obra del sujeto en la ciencia consiste: 1º En elevarse hasta el principio; y 2º En ver ordenada y sistemáticamente en el principio todo conocimiento particular.

La primera parte se llama *Análisis* ó parte analítica de la ciencia; la segunda se denomina *Síntesis* ó parte sintética de la ciencia.

Como concentracion y elevacion del espíritu que busca el principio de la ciencia en el propio conocimiento y sobre él, la parte analítica es puramente mostrativa é inductiva.

La parte sintética en donde el sujeto vé, deduce y construye en el principio todo el contenido de la verdad científica, es esencialmente construccion deductiva. En ella se demuestran por deduccion las verdades inducidas y mostradas en el análisis.

Por razon del objeto la ciencia se divide segun los objetos del conocimiento.

Siendo Dios ó el Sér el objeto entero de nuestro conocer, porque es la realidad una, absoluta é infinita, la primera de las ciencias, por razon del objeto, es la ciencia del Sér ó de Dios, ó sea, la *Ontología*, que tambien suele llamarse Teología racional.

En Dios y bajo él, conocemos el conjunto de los séres finitos que componen el universo ó mundo; y este segundo objeto del conocer dá orígen á la ciencia del Mundo ó *Cosmología*, la cual contiene una ciencia del Espíritu ó *Pneumatología*, una ciencia de la Naturaleza ó *Fisiología* y una ciencia del Hombre ó *Antropología*.

Y como Dios excede infinitamente al mundo, de esa superioridad nace una nueva ciencia que explica las soluciones entre Dios y el mundo, en cuanto aquél es Sér Supremo, y éste su inferior subordinado bajo su Providencia: esta ciencia es la *Teodicea racional*.

La division de la ciencia por razon del objeto, vale igualmente para todo espíritu, porque está fundada en la naturaleza de las cosas. Todo el que conozca, si conoce con verdad, ha de conocer el Sér, el Mundo y las relaciones entre los séres finitos y el sér uno, absoluto é infinito, en cuyos puntos se encierran todos los objetos posibles de nuestro conocer científico.

En cuanto á la relacion que existe entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, ó sea lo que se llama *fuente de conocer*, se divide la ciencia en tres ramas.

El sujeto puede conocer lo permanente y constante en las cosas (haciendo abstraccion de lo individual), es decir, su idea, su ley; y este conocimiento, cuya fuente es la inteligencia determinada por las relaciones superiores de las cosas, ó sea, la razon, es lo que denominamos *Filosofía*.

Puede tambien el sujeto conocer lo singular y mudable (haciendo abstraccion de lo constante y permanente), es decir, el hecho; y este conocimiento, cuya fuente es la inteligencia dirigida á lo determinado, ó sea, la experiencia, es lo que llamamos *Historia*.

Puede, además, el sujeto conocer la relacion del hecho á la ley, de lo variable á lo permanente, de lo determinado á lo indeterminado; es decir, puede conocer cómo lo permanente, siendo uno y lo mismo, se muestra diferente y vario en los distintos hechos, ó único éstos, siendo

Del estudio que precede se deduce que la Historia es una de las ramas de las ciencias dividida en cuanto á la relacion entre el sujeto que conoce y el objeto conocido: ese es el lugar que ocupa en el organismo científico.

Ahora bien: si la Historia es un miembro del organismo científico, ha de reflejar las condiciones de la ciencia toda, de igual modo que una rama refleja los caractéres del árbol á que pertenece, como en un órgano se dán todos los caractéres del cuerpo humano á que corresponde; porque la variedad interior de todo organismo no es más que la unidad orgánica interiormente repetida y diferenciada. Para ello el conocimiento de los hechos ha de reunir las condiciones formales y reales de la ciencia, único caso en que podemos afirmar científicamente que la Historia es un *sistema de conocimiento* de hechos *verdadero y cierto.*

Pues bien: el conocimiento histórico expresa una relacion esencial entre el sujeto que conoce y el hecho conocido, objeto de la Historia, y en esa relacion, que es lo que denominamos conocimiento, y que constituye precisamente su concepto, se dan las condiciones formales y reales que hemos señalado ántes al conocimiento pleno, á la ciencia. Las primeras determinan el carácter sistemático del conocimiento histórico; las segundas manifiestan sus caractéres de verdad y certidumbre.

En efecto: el hecho humano, contenido de la Historia, en cuanto manifestacion de actividad, es siempre uno, cualesquiera que sean el sujeto que lo realice y la manera de verificarse. Así llamamos hecho á toda actuacion de nuestra esencia, á toda realizacion de nuestra posibilidad, sin distincion de tiempo, lugar, ni actor, y así el acto humano de hoy es esencialmente el acto humano de todos los lugares y de todos los tiempos.

Y como nuestra actuacion es varia y múltiple, porque muchas y distintas son las esferas de nuestra actividad, la unidad del acto implica su variedad interior y ámbas manifiestan la naturaleza orgánica del hecho, el cual sin dejar de ser nunca acto, puede revestir y reviste caractéres diversos segun los varios fines humanos con que puede realizarse. Así un hecho moral, otro religioso, otro jurídico, uno público y

posible la Historia. Las dos unidas constituyen la experiencia, que, como hemos visto ántes, es la inteligencia dirigida á lo determinado, única fuente para el conocimiento de hechos.

La observacion propia nos suministra, sin duda, conocimientos históricos, pero tan escasos que bien puede decirse que casi todos los conocimientos de hechos reconocen por fuente el testimonio, el cual, ya sea inmediato ó mediato, ya indirecto ó directo, es siempre en esencia el mismo; no siendo las fuentes históricas, como luego veremos, más que distintas formas de consignar el hecho atestiguado.

Ahora bien: ¿es posible la certidumbre histórica? Desde luego, la que procede directamente de la observacion propia existe áun para los mismos excépticos, quienes al dudar por sistema, tienen que reconocer, por lo ménos, el hecho cierto de su propia duda. La certidumbre que tiene por orígen y fuente el testimonio, ha sido puesto en duda por los que niegan la posibilidad de la certeza histórica; pero existe tambien para todo espíritu observador cuando el testimonio está rodeado de todas las garantías necesarias para que produzca la certidumbre. Esto se consigue por la crítica aplicada á los medios que tenemos para alcanzar el conocimiento verdadero y cierto de los hechos, ó sean, las fuentes históricas, cuyo estudio es objeto de la leccion siguiente.

RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO.

# UNA ESTROFA DE "LA MARSELLESA".

Sábese que aparte de la copla que Andrés Chénier ha añadido á las seis de Rouget de Lisle, hay otra aún, olvidada no sabemos por qué, y cuyo autor probable es M. de Montesquiou, antiguo constituyente, académico, poeta y, además, general. En 1792, comandante en jefe del ejército del Mediodia, envió al general Anselme á apoderarse de Niza, miéntras que él invadia personalmente la Saboya y cazaba á los piamonteses.

«El 28 de Setiembre (1792) se dirigió sobre Chambéry, dice M. Thiers, é hizo su entrada triunfal con gran satisfaccion de los habitantes, que amaban la libertad como verdaderos hijos de la montaña y á la Francia como hombres que hablan la misma lengua, tienen las mismas costumbres y pertenecen al mismo pueblo. Formó de momento una asamblea de saboyanos para que deliberase sobre una cuestion que no podia ser dudosa; la de la incorporacion á la Francia».

Que los montañeses de los Alpes estuvieran tan bien preparados para recibirnos, como lo afirma Mr. Thiers, parece dudoso, puesto que por dos veces Montesquiou fué acusado de excesiva apatía, porque vacilaba de entrar en Saboya, y que, mandado á la barra de la Legislativa, se disculpó explicando que sus tardanzas no provenian de su falta de celo, sino de la escasez de medios suficientes para atacar al enemigo. Tenía, pues, materia para una fuerte partida, y la estrofa que hizo

cantar á sus tropas invadiendo esta parte del territorio piamontés es prueba bastante de que tenía necesidad de ganar el país á su causa. Hé aquí los ocho versos, tales como los he hallado en uno de los cuadernos de mi antiguo maestro de música; ocupan el sexto lugar en el órden de las coplas de LA MARSELLESA:

*Savoisiens, peuple paisible,*
*Va, ne crains rien de nos guerriers;*
*Le Français est fier, mais sensible;*
*Il joint l'olive à ses lauriers (bis).*
*Guerre aux châteaux, paix aux chaumières,*
*Voilà désormais nos traités;*
*Loin de conquérir des cités*
*Nous cherchons des amis, des frères.*
*Aux armes, etc.*

Habia ahí toda una táctica, y *La Marsellesa* se presenta así á nuestros ojos bajo un nuevo aspecto. Imagínase de buena fé á los franceses, de entónces, como hombres desenfrenados, arrojándose ciegamente sobre los pueblos vecinos y no hallando recursos sino en la fuerza. Tenían tambien sangre fria, tacto y habilidad. Testigo la copla que cantaban los soldados de Montesquiou, miéntras que en el Norte el ejército de Dumouriez avanzaba hácia los belgas, repitiendo igualmente: «¡Guerra á los palacios, paz á las cabañas!».

Este último hecho nos ha sido revelado por Chamfort, y por Roederer en el *Journal de Paris* del 17 de Marzo de 1795. ¿Quién no ha reconocido, por fin, el quinto verso de la estrofa de Montesquiou como de Chamfort? ¿Y no es esta frase, célebre más tarde, la que ha inspirado al general que mandaba el ejército de los Alpes?

Durante la revolucion, Chamfort no imitó á este otro hombre, de espíritu como él, Rivarol; no fué reaccionario, muy léjos de ello, pues frecuentó por algun tiempo el club de los Jacobinos. Pero llegó un dia en que pareció desertar de sus principios, en que lanzaba á derecha é izquierda sarcásticos ataques que, repetidos y comentados, podian llegar á serle funestos. Alguien creyó conveniente advertírselo.

«¡Ten cuidado!» le decian. Ah! no tengo miedo, replicaba Chamfort; ¿No he marchado yo siempre en el primer puesto de la falanje republicana? ¿No he profesado yo altamente mi cólera contra los reyes, los nobles, los clérigos, en una palabra, contra todos los enemigos de la razon y de la libertad? ¿No he sido yo quien ha dado por divisa á nuestros soldados al entrar en país enemigo: ¡Guerra á los palacios, paz á las cabañas!?»

Es así que *La Marsellesa*, en 1792, servia para un doble fin: de una parte se la oia retumbar, terrible, "alada, como dice Víctor Hugo, y cantando en las balas." Por otra parte, presentaba un aspecto pacífico, llamaba á los pueblos á la alianza del pueblo francés y de la libertad: les presentaba el ramo de oliva. ¡Proclamaba al hombre sensible, á tu hombre, oh Juan Jacobo!

J. DURANDEAU.

(*De la Revue Politique et Litteraire*).

# MISCELANEA.

## CURSO ELEMENTAL DE MINERALOGIA.

El sábio cubano señor don Felipe Poey nos ha obsequiado con un ejemplar de su *Curso elemental de Mineralogía*, tercera edicion reformada.

«La dificultad de un Curso elemental, dice en el Prólogo, consiste no sólo en la acertada eleccion de las materias útiles, sino tambien en su mesurada extension; siendo fácil pecar por carta de más ó de ménos. Yo he tenido que arreglarme á lo que permite un programa de veinte y cinco lecciones, en la Real Universidad de la Habana; y he procurado condensar en pocas palabras los conocimientos más indispensables en el estudio de los minerales.

«Los lectores notarán que he dado á la primera parte de este Curso, que contiene las nociones fundamentales de la ciencia, más extension que á la segunda, concretado á la descripcion de especies minerales. Los que quieran completar esta segunda parte, podrá acudir al Manual de Mineralogía de don Felipe Naranjo, donde encontrarán la relacion extensa de los criaderos que ofrece la Península española; y á los Elementos de Mineralogía de don Antonio Orio y don Tomás Andrés, los cuales entre otras ventajas tienen la de presentar las Analogías.

«La ampliacion que aparece al final de la obra, ha quedado reducida en esta edicion á lo que está al alcance del alumno, que cursando los Estudios comunes desea adquirir un grado mayor de instruccion en Mineralogía. He creido oportuno imprimir la mayor parte de lo escrito anteriormente acerca de la doble retraccion y de la Polacigacion, cuya inteligencia exige altos conocimientos matemáticos, propios de la Física superior; remitiendo á los eminentes físicos Jamin, Doguin y Bontan, y á los ilustres mineralogistas Beudaut, Dupéney y Delofosse.

«Para mayor ampliacion, remito á la obra ya citada de los señores Orio y Andrés; principalmente á los capítulos intitulados «Fórmulas cintalográficas, problemas cristalogocíficos y clasificaciones mineralógicas más notables,» incluso la de estos distinguidos profesores.»

Despues de aconsejar á los amantes de la ciencia la adquisicion de esta notable obra, felicitamos calurosamente á nuestro eminente colaborador y amigo el sábio don Felipe Poey.

### PROLEGOMENOS DE HISTORIA UNIVERSAL.

En este número de la Revista de Cuba damos comienzo á la publicacion de los *Prolegómenos de Historia Universal*, por el doctor don Rafael Fernandez de Castro. No vacilamos en recomendar este erudito trabajo á la consideracion de los hombres que entre nosotros se dedican á los estudios sérios; y en particular á los estudiantes de nuestra Universidad, orgullosos de contar hoy entre sus catedráticos á un jóven de tan vasta ilustracion y clara inteligencia como lo es nuestro distinguido colaborador y amigo el doctor don Rafael Fernandez de Castro.

### DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS EN ROMA.

En las excavaciones para las obras de ensanche de la ciudad Eterna, han salido á luz tantas y tales preciosidades arqueológicas, que no pudiendo convenientemente contenerlas el antiguo Capitolio, se vá á abrir un nuevo museo arqueológico en Roma.

El año pasado propuso el profesor Maes se practicasen excavaciones cerca de *Saint Louis des Français*, donde se suponia que estaba

enterrado un obelisco. Comenzáronse en efecto las pesquisas en busca del mismo, que fueron infructuosas hasta el 20 de Junio último. A las diez de la mañana, socavando los trabajadores detrás de la iglesia de la Minerva, tropezaron con un obelisco de granito rojo, con geroglíficos en sus cuatro lados. En aquel lugar se elevaba antiguamente el templo de Isís y Serapis.

Poco después se descubrió en aquellas cercanías una hermosa esfinge.—Representa ésta á Faraon Amasís, penúltimo rey de la dinastía Saítica. En cuanto al obelisco, lleva el nombre de Faraon Ramsés, lo que indica que el monumento debe pertenecer al siglo décimo cuarto ántes de la Era cristiana. Hay quien opina, sin embargo, que el monumento sea una cópia.

Además de estos objetos se hallaron columnas y otros restos del antiguo templo de Isís y Serapis; una de las columnas tiene una inscripcion de relieve representando sacerdotes egipcios llevando las insignias de su profesion.—La mayor parte de estos objetos se hallan en el patio de una casa particular.

Las excavaciones de la Vía de San Ignacio han dado ya por resultado el descubrimiento de una esfinge-cinocéfalo, cuyo valor é importancia son tales que, al decir de un profesor muy entendido en estos asuntos, difícil sería hallar en el mismo Egipto nada que le iguale.

### DOS CARTAS.

Debemos las interesantísimas cartas de Casas y La Luz, que insertamos en este número de la REVISTA DE CUBA, á nuestro distinguido amigo el notable artista señor Mungol.

### ERRATA.

En el sumario de la Leccion 30 de las Conferencias del señor Varona, línea 5, dice: *El organismo funcional del medio;* debe decir: *El organismo, funcion del medio.*

---

Habana, 30 Setiembre de 1883.

*Director propietario*: DR. JOSÉ ANTONIO CORTINA.

# PROLEGOMENOS DE HISTORIA UNIVERSAL.

## LECCION II.

### FUENTES HISTÓRICAS.

Distintas formas en que el hecho se consigna: forma oral (*tradiciones*); monumental (*monumentos*); escrita (*narraciones*).—Fines de la crítica con relacion á las fuentes históricas.—*Tradiciones*: su orígen y naturaleza; sus períodos; reglas de crítica relativas á su autoridad.—*Monumentos*: su naturaleza y clasificacion; reglas de crítica relativas á su autoridad.—*Narraciones*: su carácter y clasificacion; reglas de crítica relativas á su autoridad.

Las fuentes históricas constituyen las diversas pruebas de la existencia de los acontecimientos, y pueden definirse diciendo que son: *las distintas formas en que los hechos se consignan.*

Varias son las fuentes históricas, porque varias son las formas en que puede consignarse el hecho; y así se clasifican en inmediatas y mediatas, directas é indirectas, *generales* y especiales.

Las generales, únicas que importa conocer aquí, son tres: *tradiciones* ó forma oral, *monumentos* ó forma monumental y *narraciones* ó forma escrita.

Las tradiciones constituyen en el órden cronológico la primera fuente histórica, porque la historia de los primeros tiempos de todos



AN.IE

los pueblos, no se consigna por escrito ni por medio de monumentos, sino en el relato que de aquellos hechos pasan de una á otra generacion. Esta fuente histórica es el medio importante que tenemos para conocer los hechos realizados por la humanidad en los primeros tiempos de su historia; en los cuales son desconocidas la escritura y todas las artes.

En épocas posteriores aparecen los monumentos, los cuales, aunque son de varias clases, como luego veremos, tienen de comun el dejar consignados, por medios exteriores y sensibles, los hechos de que dan testimonio y de cuya existencia certifican.

Aparecen despues las narraciones, que, en el órden del desarrollo de las fuentes históricas, son las últimas y comprenden las narraciones escritas, ó sean las historias propiamente dichas.

Pero para alcanzar el conocimiento científico de los hechos no basta conocer simplemente las fuentes históricas; es necesario, además, apreciar y juzgar esas formas para obtener la verdad cierta de los acontecimientos que en ellas se consignan. A esta necesidad responde la crítica, cuyos fines, con relacion á las fuentes históricas, son tres: *asegurarse de su autenticidad, estimar su valor é investigar su significacion interpretándolas.*

La palabra tradicion puede tomarse en tres sentidos distintos: en el teológico, en el jurídico y en el histórico. En el primero expresa aquellas doctrinas de fé, que sin estar consignadas en los libros religiosos pasan como ciertas para los creyentes, porque revisten carácter de revelacion milagrosa; en el segundo indica el acto de dar ó entregar alguna cosa; y en el tercero (á que aquí nos referimos) significa el conjunto de *rumores, narraciones verbales de familia, himnos, poesías de los primeros tiempos,* fundado todo en creencias vagas, sin más carácter de autenticidad que el que da el prestigio de lo antiguo.

Las tradiciones tienen su orígen en la infancia de todos los pueblos, en cuyo tiempo los hombres no se distinguen, no se dan cumplida cuenta de su existencia y se rigen únicamente por instinto, guiados por su excesiva imaginacion. Idea muy aproximada de las tradiciones en los pueblos nacientes puede formarse apreciando el tiempo que en nuestros mismos dias media desde que se verifica un hecho hasta que

adquiere carácter oficial ó se desmiente; tiempo en que toman cuerpo y vida vagos rumores nacidos del dicho de un testigo presencial.

Diferéncianse las tradiciones de las otras fuentes históricas, en que son precisamente orales, vienen de padres á hijos y se trasmiten de boca en boca, de generacion en generacion. Esta es su naturaleza.

Hay que considerar en ellas tres períodos. En el primero la tradicion se confunde con la fábula, porque el hecho se rodea de circunstancias fantásticas que fácilmente se exageran en la trasmision verbal, y que con mayor facilidad creen las sencillas y candorosas generaciones de los primeros tiempos. En el segundo período los hombres tratan de perpetuar sus dichos simbolizándolos, ora en monumentos, ora por medio de poesías y cantos populares, en cuyo estado, que es el llamado connogónico, las tradiciones adoptan cierta forma monumental. En el tercer período, los pueblos, algo adelantados ya, tratan de depurar y dar cuerpo á sus tradiciones, y entonces es cuando se consignan por medio de la escritura (simbólica ó alfabética) y cuando desaparecen, á pesar de su antigüedad, muchas tradiciones primitivas.

La tradicion en todos sus períodos es de carácter dudoso. En el primero puede decirse que es casi por completo falsa. En el segundo tambien se altera la verdad de los hechos por las ficciones de la fantasía, naciendo de aquí las alegorías y mitos que indican la existencia de un hecho que paulatinamente se ha ido desfigurando. En el tercer período adquieren las tradiciones marcadas notas de verdaderas.

Con relacion al carácter de certeza que puedan tener las tradiciones, la crítica ha establecido las reglas siguientes:

*Primera.*—Todo hecho tradicional que no tenga á su favor una antigüedad inmemorial debe reputarse como falso.

*Segunda.*—Todo hecho que no aparezca consignado monumentalmente ó por escrito dentro de los ciento ó, á lo sumo, ciento cincuenta años posteriores al uso de la escritura, ó no es importante ó no existió.

*Tercera.*—Todo hecho tradicional que no aparezca consignado por escrito dentro de los ciento ó ciento cincuenta años posteriores al descubrimiento de la imprenta, ó no existió ó no es importante.

*Cuarta.*—La historia anterior á las Olimpiadas (año 776 antes de J. C.) es dudosa en todos los pueblos, exceptuando: el Egipto, cuya

historia arranca del año 5004; el pueblo aria, que aparece en la historia el año 3000; el chino, cuya historia comienza el año 2697; el caldeo que nos es conocido desde el año 2458, y los pueblos iranio é indio, cuyos límites en la historia han retrocedido á los años 2500 y 1800 respectivamente.

*Quinta.*—Todo hecho tradicional que se oponga á las leyes naturales, cualquiera que sea la época en que se suponga verificado ó el pueblo á que se refiera, humanamente hablando, debe reputarse falso.

*Sexta.*—Todo hecho tradicional que, sin oponerse á las leyes naturales, tenga, sin embargo, condiciones de inverosimilitud, debe desecharse.

Los monumentos, como hemos visto, marcan el segundo período de las tradiciones; y siendo la línea divisoria entre el hecho tradicional y el hecho escrito, ocupan el segundo lugar entre las fuentes históricas generales. Los monumentos son de distintas clases; y así pueden definirse, con arreglo á la especial naturaleza de cada uno, como especies de narraciones consignadas en piedras, maderas, metales, edificios, etc.

Los principales monumentos son las inscripciones, ó sea, aquellos relatos breves y cortos puestos en piedra ó metal, los cuales constan, por lo regular, del suceso escrito brevemente, de la fecha en que se verificó y del nombre de las personas que en él intervinieron. Exceptúanse, sin embargo, algunas inscripciones que, como las egipcias, son de mucha extension y contienen muchos detalles.

Para apreciar el carácter de autoridad de que sean susceptibles los monumentos hay que atender á su autenticidad, á su claridad y á su verdad.

La autenticidad exige que el monumento pertenezca á la época á que se refiera, para lo cual la regla crítica que hay que aplicar es compararlo con otros de su época y ver si corresponde al grado de cultura y adelantamiento á que las artes (sobre todo, la escritura) habian llegado en aquella época.

La claridad pide que el sentido de los monumentos sea concreto y claro, porque bien pueden tener inscripciones en lengua desconocida ó en abreviaturas poco inteligibles ó revestir carácter de dudosos por mo-

*tivos* diversos, y entónces no pueden utilizarse para el conocimiento *histórico*.

La verdad exige que los monumentos contengan el hecho consignado tal como se realizó. Para apreciar esta veracidad es necesario tener en cuenta las condiciones del autor, el momento histórico en que se erigen, las circunstancias del estado social y político del pueblo en la época á que se refieran. En ninguna otra fuente histórica se nota, como en los monumentos, el peligro de que por ódio ó adulacion á determinadas personas ó por otras distintas causas, se falte á la verdad; porque generalmente los monumentos se levantan en elogio del que los manda construir. Así se observa, por ejemplo, en el arco de Tito, en Roma; en cuyo edificio se lee una inscripcion que dice que ese Emperador fué el primero que tomó á Jerusalen, cuando todos sabemos por Ciceron, que Pompeyo tomó á dicha ciudad en tiempos anteriores. Lo mismo se nota en las medallas del emperador Galieno; las cuales llevaban la inscripcion *ubique pax* dando á entender que aquel reinado fué tranquilo y pacífico, cuando sucedió precisamente todo lo contrario; porque en tiempos de Galieno se sublevó Egipto, se rebelaron las Galias, se sublevaron las legiones del Norte y hasta el mismo emperador murió luego asesinado.

Las narraciones constituyen la principal fuente histórica. Si en el órden cronológico aparecen las últimas, en el de importancia ocupan el primer lugar.

Bajo el nombre de narraciones se comprende toda clase de relatos de hechos, cualquiera que sea la forma específica en que estén consignados, ya en documentos, ya en simples apuntes, ó memorias, diarios, etc., y esto determina, desde luego, su carácter.

Clasifícanse las narraciones, no por el contenido, ni por la forma, ni por el estilo, sino por el órden cronológico en que se han presentado. Bajo este punto de vista pueden dividirse en dos grupos. Constituyen el primer grupo las narraciones simples, y forman el segundo las compuestas, ó historias pragmáticas. En el primero se cuentan las actas oficiales del gobierno, de las autoridades, de las corporaciones legales, los diarios privados y públicos, los periódicos políticos, los apuntes ó notas biográficas, los anales, las crónicas, la correspondencia literaria,

la diplomática, etc., etc. En el segundo grupo se comprenden todas las historias propiamente dichas, las cuales abrazan los hechos que, desparramados en las narraciones simples, en los monumentos y en las tradiciones, reunidos despues con cierto órden y regularidad, constituyen la historia de un pueblo, de un continente, de toda la humanidad.

Para apreciar la veracidad de esta clase de fuentes históricas, hay que aplicar diversas reglas críticas, segun la naturaleza y carácter de las narraciones. Al efecto examinaremos separadamente cada una de las mencionadas.

1ª Actas oficiales del gobierno, de las autoridades y de las corporaciones legales.

Estos documentos tienen grande analogía con las inscripciones en cuanto á la brevedad del contenido; pero se diferencian de ellas en que explican, aunque brevemente, las causas y motivos de los hechos. La forma en ellos es esencialmente pragmática, y su contenido es conciso, severo y grave. En cuanto á su veracidad puede decirse que son de autenticidad intachable, porque emanan de autoridades y corporaciones en quienes hay que suponer veracidad y buena fé. Casos hay, no obstante, en que esas entidades tienen interés en desfigurar los hechos, pero nunca se cambian estos completamente en su esencia; lo único que puede alcanzar la artería en este caso es la modificacion de circunstancias y pormenores que no tienen grande importancia para la historia. No faltan tampoco casos de falsificacion de documentos oficiales, por ejemplo, las decretales de Isidoro Mercator, conocidas comunmente con el nombre de Falsas Decretales, especie de consultas hechas en el siglo VIII de nuestra Era, sostenidas y combinadas con impostura y atribuidas á supuestos Pontífices de épocas anteriores, con objeto de rehacer la historia de la Iglesia primitiva poniendo en boca de los Papas del siglo I el lenguaje y las tendencias políticas temporales de los del siglo VIII.

Para apreciar el valor y la veracidad de estos documentos hay que ver si convienen con las ideas y tendencias de la sociedad á que se refieran y si concuerdan con las miras é intereses del gobierno de su tiempo. Si en ellos no se observa esta compatibilidad, la crítica exige que se desechen por apócrifos.

4ª Memorias, Anales y Crónicas.

Son las Memorias narraciones escritas por el mismo que realizó los acontecimientos contenidos en ellas; y tienen, generalmente, por objeto, justificar la conducta del autor. Pueden servir de ejemplo *La retirada de los diez mil* de Jenofonte y los *Comentarios* de Julio César.

Los Anales y las Crónicas se diferencian de las Memorias en que son narraciones más extensas y se refieren á hechos ocurridos en el transcurso de un año, ó á sucesos de un reinado, ó á hechos de la vida de un personaje importante. Como Anales notables pueden citarse los de Tácito; y como Crónicas célebres tenemos la de D. Pero Lopez de Ayala.

Para apreciar el valor y la veracidad de todos estos documentos hay que tener en cuenta los siguientes preceptos críticos: primero, ver si el autor se encontraba en disposicion de conocer y hacerse cargo de los hechos; segundo, considerar si el que los escribe reunia los conocimientos necesarios para juzgar los acontecimientos; y tercero, apreciar la opinion que respecto á probidad y veracidad tenga el autor.

Uno de los cronistas más distinguidos es el español citado, D. Pero Lopez de Ayala, porque siendo fiel y leal á D. Enrique el Bastardo no ocultó, sin embargo, sus defectos.

Y 5ª La correspondencia literaria y diplomática.

Estos documentos contienen, generalmente, juicios y apreciaciones de hechos cuyas causas verdaderas quizá se manifiestan, con mayor exactitud que en las otras narraciones, en las correspondencias de los personajes notables; de tal manera que, averiguada su autenticidad (única dificultad que ofrecen), bien puede decirse que reflejan con marcada claridad y cierta lisura el espíritu del que las escribe.

Entre las correspondencias literarias y políticas pueden enumerarse. como ejemplos, las *Cartas* de Ciceron, las de Plinio el jóven á Trajano, las de San Jerónimo, las de Mad. de Sevigne, las de Mad. de Maitenon y las de Santa Teresa. Entre las correspondencias diplomáticas pueden contarse igualmente las de Chateaubriand, las de M. Guizot y las del célebre Sully, ministro de Enrique IV de Francia. Y son aplicables á todas, los mismos preceptos críticos anteriormente mencionados.

Las narraciones compuestas constituyen las historias narrativas propiamente dichas, y consideran los hechos en relaciones generales. Diferéncianse de las narraciones simples: primero, en que tienen carácter objetivo, es decir, en que en ellas desaparece por completo el historiador; al contrario de lo que se observa en las narraciones simples, en donde aparece siempre la personalidad del que escribe; y segundo, en la generalidad de ideas, porque en ellas no se trata ya de un diario, ni de una memoria, ni de una biografía, sino de hechos relativos á la generalidad de los hombres.

Atendido el órden de sucesion de los hechos pueden ser las narraciones contemporáneas ó posteriores á los acontecimientos. Así es que la historia puede ser escrita por los testigos directos, ó sea, los de vista, y por los indirectos que son los de oidas ó inmediatos, y los mediatos ó de referencia.

A todos estos testigos hay que aplicar las leyes críticas llamadas de Cicerón por haberlas consignado este insigne escritor del siguiente modo: *¿Quis nescit, primam esse historiæ regulam, ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspitio gratiæ sit in scribendo, ne qua simultatis?*

Estas leyes, como se vé, son cuatro.

Primera.—*Ne quid falsi dicere audeat;* nadie se atreva á decir falsedad. Dedúcense de esta ley las reglas críticas siguientes: 1ª que el testigo que depone de los hechos no se engañe ni quiera engañar; 2ª que al narrar el hecho prescinda el testigo de la inclinacion del hombre á embellecer y exagerar las circunstancias del acontecimiento; 3ª que la autoridad del testimonio depende de la calidad, capacidad y competencia de las personas que atestigüen; 4ª que el testimonio de muchos tiene más autoridad que el de uno solo, salvo el caso en que este se halle mejor enterado que aquellos del hecho y sus circunstancias.

Segunda.—*Ne quid veri non audeat;* nadie se atreva á callar la verdad. Para apreciar el valor de esta ley es necesario tener en cuenta que los hechos que pueden caer bajo el dominio de la historia son de dos clases: hechos de carácter privado y hechos de carácter público; y que tanto unos como otros han de tener cierta importancia, porque de

lo contrario no merecen ser objeto de la historia. Los hechos de la vida privada no son, por regla general, del dominio del historiador; pero si se refieren de algun modo á la vida pública caen de lleno bajo aquella jurisdiccion. Hay que distinguir, sin embargo, en estos hechos las circunstancias del historiador respecto al tiempo en que escribe. Si el historiador es contemporáneo de esos sucesos debe omitirlos porque su narracion podrá producir escándalo; pero si no es contemporáneo debe exponerlos y juzgarlos con completa libertad.

De la mencionada ley y de la explicacion que precede se deducen las siguientes reglas críticas: 1ª, que el historiador no falta á la verdad cuando calla acciones indiferentes ó hechos que pertenecen á la vida puramente privada; 2ª, que si los hechos privados se refieren de alguna manera á la vida pública, deben omitirse, por prudencia, si son contemporáneos del historiador; y 3ª, que el historiador no debe omitir nada que conduzca al esclarecimiento de la verdad de los hechos, sobre los cuales pueda emitir juicio la posteridad.

Tercera y cuarta.—*Ne qua suspitio gratiæ sit in scribendo—ne qua simultatis;* que el historiador no se deje llevar por la adulacion ni por el ódio. Estas dos leyes se refieren á la imparcialidad del historiador, la cual, á su vez, hace relacion al hecho en sí ó al enlace y significacion de los acontecimientos.

Opinan algunos que la historia debe ser meramente narrativa si ha de ser imparcial; pero esta opinion es errónea, primero, porque el historiador no es solamente testigo de los hechos, sino tambien juez de la historia; y segundo, porque la historia no se compone sólo de hechos, sino de hechos narrados, apreciados y juzgados. Por esto precisamente exige la crítica que en la exposicion se enlacen los hechos de tal manera que parezca que el historiador ha sido testigo de todos ellos; y que en la relacion y juicio manifieste el historiador espíritu alto y levantado en consideracion á la idea absoluta de lo bueno y de lo justo, como fiscal que acusa ó defiende en nombre de la ley y como juez que en virtud de la misma absuelve ó condena.

Respecto á la imparcialidad deben tenerse presentes estas tres reglas críticas: 1ª, conocer las condiciones sociales del historiador, patria, costumbres, religion, vida pública é instruccion, su temperamento,

índole y carácter moral; 2ª, prevenirse contra la imparcialidad de que blasonan ciertos hombres de poca instruccion ó de saber adquirido en la vida social de un modo más brillante que sólido y más abundante de palabras que de ideas; y 3ª, desconfiar de las personas de carácter violento no dominado por la educacion y de los que escriben asalariados, ó por espíritu de sistema, ó bajo la influencia de ideas preconcebidas.

Entre las narraciones compuestas escritas por testigos de vista puede citarse la historia de la guerra del Peloponeso por Tucídides, quien, al comenzar la mencionada guerra, tenia cuarenta años y fué testigo presencial de todos los hechos que consignó en su obra y que acaecieron, no en los veinte y ocho años que duró la guerra, sino durante los veinte y uno que escribió el historiador.

Otro ejemplo de testigo directo es, en la Edad Media D. Pero Lopez de Ayala, cronista de D. Pedro I de Castilla, de D. Enrique II el Bastardo, de Juan I y de D. Enrique III el Doliente, de quienes fué contemporáneo el historiador.

Narracion escrita tambien por testigo directo es, en la Edad Moderna, la historia de la guerra de la independencia española por el Conde de Torene.

Como testigos de oidas ó inmediatos pueden citarse, en la Edad Antigua, á Herodoto en parte de su historia (porque en otra fué testigo presencial), y á Salustio que escribió la guerra de Yugurta veinte y tres años despues de concluida. Como ejemplo de testigos mediatos pueden citarse, tambien en la Edad Antigua, Tácito respecto á la vida y gobierno de Augusto, y Polibio en su historia de las guerras púnicas, en donde se encuentran consignados hechos acaecidos cincuenta años ántes de nacer el historiador.

Para apreciar el valor y la veracidad de toda clase de narraciones compuestas, es preciso tener en cuenta las siguientes reglas críticas relativas á su autoridad.

*Primera.*—Toda historia escrita á los ciento ó ciento cincuenta años despues de realizado un suceso, no tiene en sí más autoridad que la que le dan las fuentes históricas de que se haya tomado.

*Segunda.*—Al escribir la historia debe manifestar el autor las fuen-

tes en que se funda, para que, evacuando las citas, pueda comprobar los hechos el que dude de ellos.

*Tercera.*—Todo hecho citado como importante por un historiador y no mencionado por los historiadores contemporáneos, debe reputarse como dudoso.

*Cuarta.*—Entre las varias narraciones de hechos sucedidos en un país, las escritas por historiadores nacionales son preferidas á las compuestas por escritores extranjeros.

*Quinta.*—En todos los hechos y en todas las instituciones, como en todos los juicios que formen los historiadores, es por completo extraño á la historia lo que no revista carácter puramente humano.

RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO.

# LA ESPADA DE BOLIVAR.

La gloriosa espada que regaló el Perú al Libertador en 1825, despues de la victoria de Junin, es sin disputa alguna, el recuerdo histórico más notable que posée la América del Sur, entre los muchos que se conservan del grande hombre.

Esta espada, que ha estado guardada durante cuarenta y dos años, se exhibió por la primera vez á la sociedad de Caracas, en la suntuosa fiesta que preparó la cuna de Bolívar al genio de América. Parece que la familia del Libertador, al conservar con el mayor sigilo una prenda tan célebre, aguardaba una ocasion solemne y única para desprenderse de ella, por pocas horas; contribuyendo de esta manera á los honores patrios del gran dia, á la festividad que saludará con himnos de alborozo y entusiasmo el sol de 28 de Octubre.

Esta espada gloriosa fué conducida por los restos del Ejército del Libertador que han sobrevivido al mártir de Santa Marta; y Caracas al contemplarla en sus calles, no vió en ella sino el símbolo de la gloria, la gratitud de los pueblos y la justicia de la Historia que realza la memoria de sus hijos predilectos.

La espada fué fabricada en Lima por Chungapoma en 1825 y bajo la direccion del señor C. Freire. Cuando ahora años estuvo de Ministro del Perú cerca del Gobierno de Venezuela un hermano del señor Freire, notificó á la familia de Bolívar que su hermano habia gastado en las

diversas joyas que habia tenido que comprar para la empuñadura de la espada 50,000 soles. Esto explica el por qué todos los juegos de brillantes que hermosean la obra son de un mismo tamaño y de igual mérito.

La vaina es toda ella de oro macizo de 18 quilates, con una de sus caras cincelada, y en la cual sobresalen elegantes y variados dibujos. En la parte superior de ésta, en los bordes de la entrada de la hoja, está la siguiente inscripcion: «C. Freire.—Comisionado.—Año de 1825» y en su parte inferior hay una serpiente de nueve pulgadas de largo y con ojos de rubí que la abraza. El peso de la vaina es más ó ménos de sesenta y cuatro onzas.

La hoja es de acero grabado al estilo de Damasco, y tiene en el reverso la siguiente inscripcion: «Simon Bolívar—Union y Libertad—Año de 1825.» mientras que en el adverso se lee: «Libertad de Colombia y el Perú»—«Chungapoma me fecit en Lima». Cada una de estas inscripciones está separada por dibujos alegóricos, como trofeos de armas, laureles, genios, etc., etc., todo hecho al estilo damasquino.

La guarnicion de la espada es de un mérito indescriptible. El pomo lo constituye en bello busto de oro macizo: el genio de la libertad, coronado por el gorro frígio. Al contemplar el busto sobresale por el brillo el gorro, todo él formado de brillantes artísticamente colocados, sobre todo el superior, de tres y medio quilates, que está circundado por una corona de laurel compuesta de diamantes. El gorro contiene 155 piedras.

La empuñadura tiene la figura de dos pirámides de oro macizo, truncadas y unidas por sus bases, y cada pirámide de cuatro caras llama la atencion por las diversas obras que en ella sobresalen. En la pirámide superior se exhibe por una cara el escudo de armas del Perú, en relieve, teniendo sobrepuesta una corona de laurel tachonada de treinta brillantes. En el reverso de esta pirámide se ve un trofeo de armas sostenido por dos cuernos de la abundancia, en relieve, que derraman una cascada de brillantes. En los otros dos lados se tocan en su parte media dos racimos de palmas que penden de cada extremo y que parecen como lluvia de estrellas que desciende.

La pirámide inferior tiene en el anverso la dedicatoria siguiente:

«El Perú á su Libertador», sobre fondo mate y con letras en relieve; el todo circundado por una cinta de treinta brillantes. En el reverso están el laurel y la oliva, en relieve, sobre fondo mate y circundados por otra cinta de treinta brillantes; mientras en los otros dos lados se ostentan los racimos de piedras á manera de festones.

Las dos pirámides están unidas por sus bases por medio de una cinta de diez y ocho brillantes de primer órden, y sobre los cuales juega el rayo de luz de una manera que cautiva la mirada, y en sus extremos están igualmente dos cintas de brillantes tan notables como las del centro, produciendo todo el conjunto sorprendentes efectos de luz.

Uno de los gavilanes de la cruz tiene por cada lado un brillante de primera clase, mientras en el gavilan opuesto, que remata en forma de voluta, sobresale de cada lado una constelacion de brillantes.

La cazoleta es de un trabajo admirable. Es una masa de oro macizo en figura de escudo que llama la atencion, no sólo por los brillantes que contiene, sino por la bella escultura que sobsesale en su centro. Un grupo de dos indios de oro mate en relieve, sosteniendo con dos manos una asta que lleva el gorro de la libertad, empuñan con las manos libres dos banderas, tambien en relieve. Los penachos que adornan la cabeza de los indios y el gorro, son de brillantes hacinados, que aparecen como tres constelaciones sobre la hermosa masa de oro. A derecha é izquierda de este grupo hay dos palmas de laurel tachonadas de brillantes, y más al exterior, y partiendo de la base de las palmas y de la parte inferior de la cazoleta, se destacan dos hermosísimos cuernos de la abundancia, ambos engastados y rematados por dos grandes brillantes de dos quilates cada uno.

En la union de la cruz con la cazoleta sobresale un cintillo que contiene treinta y cuatro brillantes.

El pomo, las pirámides, la orla de la dedicatoria, las palmas, los laureles, los cintillos y la cazoleta forman un conjunto de más de ochocientas estrellas, todas ellas perfectamente colocadas de una manera tan bella como simétrica.

De la parte inferior del pomo se desprende un dragon de oro que llevando dos brillantes en la enroscada cola, dos rubíes por ojos y una corona de diez y seis brillantes en la cabeza, sostiene con su boca un

floron de espigas de oro montadas de brillantes, que va á entrarse con otro floron igual que parte de uno de los gavilanes. Al unirse los dos florones para formar el arco de la empuñadura, aparece un medallon orlado de brillantes por ambos lados y que contiene en su centro estas iniciales: «S. B.», superpuestas, ambas formadas por brillantes aglomerados.

El broche del cinturon que acompaña á esta espada, es una placa sólida de oro en forma de rectángulo, de cuatro y media pulgadas de largo por tres y media de ancho. Tiene en el centro un gran sol en relieve con trece rayos que remata cada uno con brillantes. En el centro del sol están las iniciales «S. B.», formadas por treinta y dos diamantes y orladas por una guirnalda de setenta y tres brillantes. Mas no termina aquí la belleza de este broche. Casi abarcando los extremos de los rayos del sol aparecen dos ramajes de laureles y palmas formadas de brillantes, que se destacan de la parte inferior central del broche, unidos en sus extremos, por un lado de rubíes. Por último la pieza está guarnecida en todo su contorno por un cintillo que contiene 128 brillantes. El broche solo consta de 496 brillantes.

El cinturon se compone de tres franjas de grana bordadas en oro con tres cargadores y tres hebillas de oro.

El total de brillantes que contiene esta célebre espada llega á *mil trescientos ochenta.*

El señor B. Vogler de la muy conocida y respetable casa de joyería de Ammé hermanos, considera esta obra, despues de un detenido exámen que hizo de ella, como una de las espadas más notables que existen en el mundo, por la riqueza y calidad de las piedras, las esculturas y todo el trabajo de mano. Su construccion hace honor al artista que la construyó, al país que dispuso de ella y á la época en que fué ejecutada.

La espada de Bolívar es propiedad de la respetable matrona, la señora Benigna Palacios, sobrina del Libertador.

ARÍSTIDES ROJAS.

(Del Papel Periódico Ilustrado de Bogotá.)

# VARSOVIA. (1)

## SETIEMBRE 7, DE 1831.

**A RAMON IGNACIO ARNAO.**

Finis Poloniæ
Kosciusko Sehrzynuhhe.

Brillaba el Sol. Varsovia moribunda
En sopor convulsivo
Insomne descansaba cual enfermo
Que perdiendo las fuerzas agoniza,
Y cuyo cuerpo débil solamente
El fuego de la fiebre galvaniza.
Los almenados muros, ya por tierra
No son reparo al invasor impío
Y el fin augura de la inícua guerra
Con eco triste el sojuzgado rio.
El triple cinto de montados bronces

(1) Para dar unidad á la composicion, he acumulado en un solo dia los sucesos acaecidos el 6 y 7 de Setiembre; así como para dar más energía y viveza á las escenas de la Dieta, pongo en boca del Dictador Kruckowieki las proposiciones que envió por medio de un delegado.—NOTA DEL AUTOR.

Que la ciudad indómita ceñía,
Con un raudal de sangre salpicado
Sólo un grupo de ruinas ofrecía
Por el cañon del ruso ametrallado;
Y el águila bifronte de Moscovia
Padron de la ominosa tiranía,
Flotaba en la ya muda batería,
Baluarte ayer de la inmortal Varsovia.

Como el graznido ronco y repugnante
De los cuervos, hambrientos,
Apaga los enérgicos acentos
Del águila caudal amenazante;
Así al rumor de roncos atambores,
De amenazas, de aplausos y clamores
Que atruenan confundidos
La campiña desierta,
Domina un sólo acento formulado
Por la voz del patriótico soldado
Que repercute el vigilante: ¡Alerta!
Y á la bárbara hueste
Que con sarcasmo despreciable insulta
La mole grave de la inerte plaza
Que tanto noble patriotismo esconde,
Varsovia sin plegarse á la amenaza,
Con un silencio aterrador responde.

El Sol, en tanto, perezoso avanza
Cual no queriendo presidir el dia,
Que ha de ver insaciable de matanza
Agitar su pendon la tiranía;
Mas llegado á mitad de su carrera
Inunda en luz la dilatada esfera
Y su paso fatídico apresura;
Y al punto Taskewitth ... ¡nombre funesto!

Domador de ciudades,
Alma de esclavo, corazon de roca,
El ejército sálmatha convoca.
Ya acorren á su voz! Del Czar la guardia
La envidia escita de la rusa tropa
En los hombres luciendo y los caballos
El oro que arrebata á sus vasallos
El cruel coloso insultador de Europa.
Los ásperos boyardos en sus filas
Bajo el mando se muestran altaneros
Del Gran Duque Miguel. En líneas densas
Más distantes se forman decididos
De Souvarow y de Astrakan y Varna
Los célebres guerreros. No oscurece
Tanto la luz el polvo que difunden
Húsares, coraceros,
Y dragones, y hulanos y lanceros
Que impida ver el diferente equipo
Del inmenso tropel de los infantes
Que amenaza cubrir el horizonte.
Allí ostentan plumajes carmesíes
Las tiras de los altos granaderos,
Y más allá, en los cascos puntiagudos,
El águila imperial los cazadores
De espaldas recias y semblantes rudos.
¡Cómo brillan al Sol! Yelmos, corazas,
Bandoleras, arneses.
Hevillas, placas.... todo centellea
Con lúgubre fulgor.... Mas ¿quién podría
Dar nombre á los revueltos batallones
Que saliendo del fuerte campamento
Se extienden por los ámbitos del llano?
¿Ni quién á retratar alcanzaría
Al bello y mal domado circasiano,
Al tártaro feroz, al samoyedo,

Al horrible calmuko
Y por fin, al cosaco infatigable;
El, más que todos, impaciente y fosco
Que evocando con ásperos ahullidos
La sangre y el botin de la pelea,
A toda brida, con la lanza en ristre,
Sobre el potro ukranés se gallardea?

Mas ¿qué extraño furor, qué rabia ciega,
Qué demencia sus ánimos domina,
Que la hueste confusa arremolina
Y al paroxismo del delirio llega?
¿Cómo olvidan la antigua disciplina?
¿Cómo, en vez de formar vivientes muros
Se agitan como espigas tembladoras
Que azota el vendaval? Los mismos jefes,
Sin reprender el insolente alarde
Unen su voz á las blasfemias sordas;
Y aplauden, revolviendo las espadas,
Los gritos de furor y carcajadas
Que al aire arrojan las revueltas hordas....
¡Ebrios están! El triunfador soberbio
Del Asia envilecida
Queriendo enaltecer sus corazones,
Perturba la razon de sus legiones,
Y, en vez de patrio amor ó sed de gloria,
Sólo vierte en sus pechos encendidos
El fuego vil del afrentoso Baco.
¡No hay duda, no! La rabia amenazante
Que brilla audaz en su pupila ardiente,
No es el valor plausible que se irrita;
Es la rabia del ébrio que demente
A muerte sin honor se precipita.
¡Honor al varsoviano, al ruso mengua,
Pues ya no puede desmentir la historia,

Que así dirá para baldon eterno:
«Los que en París, en Erivan y Varna,
Con paso regular, firme y seguro,
Del turco, persa, y del francés vencieron,
Sólo inflamados en licor, pudieron
Subir resueltos de Varsovia el muro!»

¡Y Varsovia entretanto agonizaba!
Cual la fiera del Atlas perseguida
Por el grupo tenaz de cazadores,
Qne acosada, sin tregua, en su guarida
Del feliz vencedor por los clamores;
Lanza ronco y enérgico rugido,
La melena terrífica enarbola,
Bate el trémulo hijar despedazado
Con el pincel de la flexible cola,
Sus propias carnes con furor desgarra
Y pierde al fin la sanguinosa vida,
En lo interior de la mortal herida
Revolviendo frenética la garra;
Así el polaco en su rencor furente,
Más bien exasperado que abatido
Procura alzar la destrozada frente
Del voluble francés abandonado,
En ruinas el recinto y arrabales,
Por la peste y la guerra devorado,
Aunque débil y exangüe y moribundo,
Despedaza con ánimo iracundo
Sus abiertas y míseras entrañas,
Haciendo estéril el valor fecundo
Que inspira con sus ínclitas hazañas
Al ruso miedo, admiracion al mundo!

¡Mirad al pueblo! En grupo amenazante
Saciado ya de sangre y exterminio

Siempre grande aparece;
De la Dieta el Palacio circunvala
Y, al martirio sublime aparejado,
Un trueno de amenazas impregnado
En sólo un grito simultáneo exhala
Que el blando seno de la Paz aterra;
«¡No haya conciertos, dicen, haya guerra!
Y nuncios, generales, dictadores,
Todo el que apreste la cerviz al yugo,
Humíllela ante el hacha del verdugo,
Que polacos no son, sino traidores!»

En lo interior del Templo de las Leyes
Ruge tambien la tempestad. Los nuncios
Se indignan escuchando
Al Dictador osado que propone
Rendirse á Paskewish.... «¡Cómo!» exclamaba
El bando más temible y animoso:
«Sólo para olvidar tanto heroismo
Derrocando su infame despotismo
Retar osamos al feroz coloso?
¿Será vana la sangre que á torrentes
De Ostrolenska y Varsovia en las derrotas
Vertimos, los que ayer torpes ilotas
Alzamos hoy las rescatadas frentes?
Por nuestras propias manos arrancados
¿Arrojarémos hoy á sus corceles,
Juntos con nuestras armas, los laureles
A esos viles salvajes desalmados?
¡Nunca.... jamás! Y, si morir es fuerza,
Con un coraje al opresor funesto,
Muramos en la brecha defendida
No prolongando la afrentosa vida
Que la Siberia acabará tan presto!

«Mirad, exclama el Dictador perjuro,
Mirad, por compasion que se aproxima
El terrible momento ... Yo os conjuro
Que salveis á Varsovia amenazada
De destructor y horrible bombardeo.
Mirad que no son dioses los polacos
Que defienden la brecha ya accesible
Con la fé de un sublime fanatismo....
¡Héroes son nada más, y el heroismo
Nunca pudo vencer de lo imposible!

«¡Silencio al Dictador! ¡Fuera cobardes!
Exclama un nuncio; y el que sienta extinto
Su pecho de furor y de venganza
No profane más tiempo este recinto
Refugio de la patria, y esperanza!
Polonia su poder nos ha legado:
No entreguemos atada la Polonia
A los piés de ese mónstruo coronado.
Dictador, Dictador, son invencibles
Los que saben morir!.... Incendios, muertes
Son males, para el pecho de los fuertes,
A la vil servidumbre preferibles!....

«¡Abajo el Dictador!» En el instante
De resonar el tumultuoso grito
«¡Abajo el Dictador!» ruge indignada
La noble muchedumbre convocada,
Y «¡Abajo el Dictador!» con voz tonante
De extremo á extremo respondió Varsovia....
Más ¡ay! ¿Qué ruido regular, lejano
Interrumpe á la plebe amotinada?
¡Es que junta su voz á la asonada,
El estampido del cañon del ruso,
Que dá principio á la fatal jornada!

Al punto que lo escuchan los magnates
«¡Al muro, al muro!» con ardor exclaman
Sedientos de combates;
Y, cual nubes que en cielo encapotado
Al campesino tímido amedrentan,
Del arrabal de Cziste amenazado
En la línea de fuego se presentan.

. . . . . .

. . . . . .

A la incierta metralla resonante
Que el bronce innumerable de los rusos
Amenazando esclavitud envia;
Con acierto fatal, envuelta en llamas,
Responde la polaca artillería:
Al impulso tremendo
Que el pecho de los tímidos aterra,
Se cubre de cadáveres la tierra,
Saltan las piezas con fragor horrendo.
Restablecerlas quieren los soldados
Y, aunque avanzan con furia las legiones
Se estrellan á los piés de los cañones,
En menudos fragmentos destrozados.
El fuego vá á morir cuando empezaba
Apénas á tronar. El patrio brío,
Secundando al saber, ya se previene
A vencer otra vez el poderío
De la fuerza brutal: ¡Otra victoria
Vá del polaco á sancionar la gloria!

Lo teme Paskewish; y al punto vuelto
A los suyos exclama:
«¡De léjos, nunca combatió el valiente!
¡Está abierta al valor digna palestra;
Dad de vosotros generosa muestra;

Más sabed que no da láuros la fama
Sino en sangre bañados que derrama,
Al arrancaros, la animosa diestra!....
¡Llevad, llevad la abrasadora llama
Del varsoviano muro á lo más alto!
¡Hurra al Emperador! ¡Hurra! ¡Al asalto!»

Y llama al fiero Wit, que á su mandato
Lanza las ébrias hordas sin concierto
A escalar la mortífera trinchera
Donde el águila augusta de Polonia
Se repliega en la indómita bandera.
Secundan los briosos capitanes
El empuje brutal de las legiones
Animando con voces al valiente
Y aguijando al remiso que vacila
Con la punta feral de las espadas.
En pos una de otra, cada fila
Unidas y cerradas
Corren en confusion cual las manadas
De los salvajes toros. Impelidos
Los unos por los otros, sin que puedan
Evitar los primeros
La obstinada impulsion de los postreros,
Se adelantan las moles redobladas
Siguiendo las tendidas banderolas,
Como una mar de turbulentas olas
Que rueda con mugido amenazante
Y vá á estrellarse á la eternal barrera,
Que opone el cielo á su agresion constante.

No esperan los polacos en sus líneas
La viviente avalancha de guerreros,
Y salen á su encuentro denodados
Sus valientes robustos granaderos.

Como el rayo encendido
Que abrasa lo que toca
Se lanza la patriótica columna,
Con fiero impulso con la rusa choca,
La turba, la atropella, la extermina
Y abrevada de sangre y de matanza,
Desbandada la arroja á los reductos
Perdida de vencer toda esperanza.
De los jefes, empero, á las razones
Que el ejemplo secunda, vuelve el rostro
El fugitivo ruso; titubea
Y á morir con honor se determina
Tornando con ardor á la pelea....
Mas.... ¿qué nube de polvo se avalanza
Que á trechos rompen, augurando muerte,
Cual fúnebres relámpagos sombríos
Los fulgores terríficos que esparcen
El sable alzado y la tendida lanza?
¡Miradlos y temblad! Si quereis gloria
Esperad y morid: mas si la vida
Preferís al honor.... volad, que llegan!
¿Los Lanceros-Azules, los Dragones
De Sandomir no veis? ¡Ah! ¡sí!.... ¡victoria!
¡Los conoceis! ¿Los conoceis, cosacos,
Y firmes esperais? ¡Vana locura!
¡Llegan!... ¡Hieren!... ¿Dó están esas legiones
Cuyos piés ocultaban la llanura?
¡Huyeron!....
—¡Ah! Miradles cuán distantes
Como nube de tímidos gorriones
Que persigue el azor en la espesura
Esquivando el furor de los ginetes,
Generales y jefes y soldados
Hasta el pié de las rusas baterías
Con insano rencor son degollados....

Del duro Paskewish á los acentos,
Bramando con furor, ya se adelantan
Millares de ginetes. El polaco
No los cuenta, embriagado con el triunfo,
Y arrostrando la furia del cosaco
A su encuentro se lanza decidido;
Empero por las masas repelido,
Tras breve lid, con rápida carrera
En sus líneas se abriga. Allí le sigue
El imprudente ruso: le persigue,
Y con furor salvando la trinchera,
Con otros nuevos batallones choca,
Rompiendo en ellos su pujanza grave
Como se estrella en la escarpada roca
Con rudo impulso la orgullosa nave.

Al verse de los suyos separada
Quiere huir la columna: pero aislada
Envuelta en humo y fuego se estremece,
Batalla con temor... y fulminada
Por el plomo y el hierro desparece,
Que, ardiendo en saña, el varsoviano añade,
De la polaca sangre en holocausto
Y en mengua de la furia moscovita,
Otra página fúnebre á su historia
Con sangre vil del opresor escrita....

En tanto ¡ay Dios! en tanto enardecido
El ruso general que ha conseguido
Distraer la certera batería
Cuyo fuego nutrido
El asalto de Czisti le impedía;
Con hórrido estampido
Renueva el espantoso cañoneo;
Y al ver los muros ya despedazados

Guerreros lanza en denegrida nube
Que avanzan con horrible clamoreo
Por la embriaguez y cólera escitados....
Del baluarte fatídico delante
Ya están los granaderos esforzados:
Relámpagos de lumbre amenazante
Despiden impacientes los fusiles,
Y al enérgico grito de: ¡Adelante!
Del Czar avanzan los esclavos viles.
Nada á su paso destructor es valla,
Marcha triunfal parece su carrera,
Y el polaco, impasible en la muralla,
La mecha en alto, la señal espera.

Ya, con valor irreflexivo y ciego
A medio tiro se encontraba el ruso,
Cuando responde á su clamor confuso
La voz siniestra y funeral de: ¡Fuego!
Los globos inflamados
Barren filas enteras: impasible
Sobre ellas salta el moscovita fuerte,
Y al verlos cada vez más agrupados
Parece que el acero de la muerte,
En vez de aniquilar, forma soldados.
Tres veces truena el bronce
Antes que el ruso destrozado llegue
A los piés del reducto fulminante,
Y tres veces se agita la columna
Y en su sangre se aniega,
Y en brusco movimiento trepidante
En sí misma, turbada, se repliega.
Pero no retrocede, que cerradas
Las ámplias brechas que en las densas filas
Ha abierto la metralla devorante,
Se aproxima con furia asoladora

Alfombrando la ruta aterradora
Con líneas, en fragmentos, separadas.
Donde ruedan, sin órden, confundidos
Sobre arroyos de sangre, moribundos,
Cadáveres, banderas, atambores,
Clarines, bandas, armamento y plumas.
En vano los polacos iracundos
Derriban en la arena á los audaces;
Más numerosas, cuanto más diezmadas,
Como enjambre de abejas irritadas,
Subiendo siguen las revueltas haces.

¡Y al fin llegan! Los bravos defensores
Los reciben rugiendo de alegría,
Y pecho contra pecho encarnizados
Defienden la ominosa batería.
El chocar de los bárbaros aceros,
El golpe abrumador de los fusiles
Convertidos en mazas de combate,
El funeral silencio rompe solo.
No se escuchan clarines ni atambores
Provocando á la cruel carnicería,
Ni áun arrancan el miedo y la osadía
Al débil ayes ni al audaz clamores.
Atravesando un seno generoso
Hiere la bayoneta el bronce duro
De las ya mudas piezas, y al empuje
Salta el hierro templado ó se doblega.
Ruedan los bravos: las teñidas plumas
De polacos y rusos se confunden;
Y, ya sin armas en la diestra fuerte,
Nuevas presta al sitiado la energía,
Y á la inútil presion del brazo inerte
El triunfo incierto de la patria fía.
Allí un noble polaco moribundo

Arranca el hierro que le rasga el pecho,
Lo esconde del contrario en la garganta
Y: ¡Adios, Polonia! con ardor clamando,
Sucumbe con delicia contemplando
Que besa el ruso, al espirar, su planta.

Mas ¡ay de mí! no puede prolongarse
Lid tan horrible... Espiran los valientes
Unos tras otros: inflamados globos
Incendian la ciudad: llega la noche
A aumentar el horror. Los que resisten,
Pocos; pero resueltos á abismarse
Con la noble Varsovia,
Por la voraces llamas divididos,
Sucumben por el número oprimidos
Y mueren con placer. Los moribundos
Batallan con furor. La faz airada
Revuelven contra el ruso en su agonía,
Tenaces muerden la enemiga espada;
Y.... terror del Imperio todavía,
Con sus cuerpos defienden la estacada
Que en vano cubre muchedumbre impía.

Mas ¡ay! ceded, polacos.... Es inútil
La defensa. ¡Mirad! ¡Cayó Varsovia!
¡Cayó por cuarta vez! Ya vuestros jefes
Han resuelto ceder. En los baluartes
Donde aún la sangre derramada humea,
En vez de los polacos estandartes,
El blanco lienzo de la Paz ondea.
¡Os conceden la paz! La paz.... ¡no hay duda!
¡Qué insultante sarcasmo! ¿Ni qué lazos,
Qué vínculos de afecto estrechar pueden
La paz que ofrece el vencedor que llama
Rebelde siervo al infeliz vencido?

¡Como los tigres del romano Imperio
Paz llaman á la infame servidumbre
Y á la horrenda quietud de los sepulcros!
¡Vivid, vivid para besar la mano
Del triunfador tirano,
Y haced que olvide la imperial alteza
Que fuísteis de Varsovia defensores;
Imitando ese grupo de señores,
Que al yugo rinde la servil cabeza
Con la audacia infernal de los traidores!

Mas, no más tiempo, con osado labio
La sangrienta ironía
Vuestro valor santificado insulte....
Y si quereis vengaros.... ¡escuchadme!

¡Nada espereis de pueblos ni de reyes!
Y pues mirais que las naciones callan,
Y «el mercader de Julio» os desconoce,
Y.... como Luis y Napoleon lo hicieron,
Permite que la patria tinta en sangre
Se debata á los piés de los triunviros
Que su naciente libertad insultan:
Castigando tan vil apostasía
Unid vuestros robustos batallones
Del Czar triunfante á la aguerrida tropa,
Y, en mengua de Occidente y Mediodía,
Haced, con vuestra noble bizarría,
Colonia rusa la mitad de Europa.

JOAQUIN LORENZO LUACES.

# MI CULTO.

## MANUSCRITO DE UN BOHEMIO.

Yo soy cristiano como es súbdito del déspota ruso el hijo de Polonia: en virtud de una fórmula hipócrita, llamada derecho por una ironía de lenguaje. Cuando mi voluntad no era gérmen, cuando mi razon, no siendo ni áun larva, no podia decidir entre el Talmud y el Evangelio, un hombre vestido de diplomático me llevó á la pila bautismal, envuelto en una especie de sudario de seda, y un sacerdote haciendo no sé qué ridícula ceremonia de iluminado con agua, aceite y algodon, me inscribió en la gran secta instituida por el inspirado y revolucionario demagogo de Judea.

Cuentan los testigos de aquella vulgar escena que yo lloraba á cántaros y que aullaba como un lobo. ¿Fué mi llanto una protesta? No acepto este género de precocidad, pero es lo cierto que si hubiese muerto allí de una apoplegía de dignidad, el cura se habria contentado con afirmar á los dolientes que yo no tardaria en transformarme en querubin yendo á servir de barítono ó tenor en el celeste coro, consuelo cómicamente lírico; como tampoco es dudoso que si algun dia, ejerciendo mi soberanía individual, se me antojára convertirme al mormonismo ó á la religion de Mahoma, esa opinion pública que no supo indignarse ni protestar el dia en que sin mi asentimiento me hicieron

sectario de Cristo, me entregaria al ludibrio de las multitudes llamándome tránsfuga y apóstata.

Afirman ilustres pensadores que el sentimiento religioso es como la perla de la concha del alma, que nace con el indivíduo, de modo que cuando la turbia pupila apénas distingue las líneas y los colores, ya el tal sentimiento se ha incubado en el espíritu; otros artífices del pensamiento, revolviéndose airados, contra lo innato, creen que la religion y los sentimientos que engendra nacen del culto un tanto terrorífico que la antigüedad profesára á los muertos; un filósofo-poeta lo refiere al espanto que en el hombre primitivo produjeron el huracan y el terremoto, y muchos otros, en fin, sin curarse del orígen, proclaman que es una necesidad imperiosa y absoluta la profesion de una creencia religiosa, tanto como lo es la alimentacion para empleo de las actividades del sér físico.

Juro en mi ánima que á fuerza de meditar en estas afirmaciones, yo, para quien no fué hecha la filosofía, he estado á punto de ser alojado en un manicomio; mas despues de múltiples exploraciones por los intrincados laberintos y oscuras florestas de mi sér moral, no he encontrado la maravillosa madrépora, ni sorprendido, en mis relaciones con el mundo externo, la necesidad que para alimento de su actividad tenga mi espíritu del tubérculo espiritual de una creencia religiosa.

Venerando el pasado como venero las cenizas de mis abuelos, lo aborrezco con ódio de convencional y, como todas las religiones son otros tantos engendros de la tradicion, huyo de ellas como de una momia, un anticuario, un pergamino, en una palabra, como de todo lo arqueológico.

Nacido en una época donde la innovacion es una epidemia, donde todo atavismo es mirado con repugnancia, la sola religion que se habia asimilado algunas conquistas del pensamiento en su incesante evolucion, era la cristiana, que si se hizo clásica en el Renacimiento, volvió despues á caer en el mutismo á que la condenaba aquel esfuerzo, llevando su calenturiento delirio de moribundo, hasta consagrar en el dogma la virginidad de una ardiente y voluptuosa judía, y la infalibilidad humana, amen de la audaz ingerencia del apócrifo heredero de San Pedro en el movimiento político de los pueblos.

Huí del santuario católico porque la tela de araña del pasado lo cubria todo; porque allí, como en el gran estadío de la Naturaleza, en torpe parodia de la lucha por la existencia, el fuerte aplastaba al débil, la luz tiranizaba la sombra, la fe se imponia y asfixiaba á la razon, haciendo que el creyente adore con igual fervor la estátua de la Vírgen María que el busto romano de Lucrecia Borgia, y que no pare mientes en que la profunda angustia del Crucificado, más que la huella del dolor por su cruento suplicio, es el reflejo de un desengaño cruel, de una desesperacion tan impotente como infinita al ver su magna obra mistificada y prostituida.

Y no obstante la lúgubre profecía del crítico Lord, el catolicismo fué á mis ojos como una Jerusalem ideal en sus postrimerías, rodeada de los tristes sáuces del indiferentismo, de los enhiestos pinos del racionalismo moderno, sobre la cual, como tempestades de ideas más poderosas que los huracanes que procrea la atmósfera, bullian amenazadores, como preludios de cercana catástrofe, el criticismo de estos tiempos, el positivismo con su desapiadada piqueta, el materialismo con su frio escalpelo; y cual los implacables arcángeles bíblicos, la Duda, esa Diana hija del siglo, con su cortejo de rientes ninfas, la burla, el sarcasmo, la despreocupacion, la ironía. Y para completar la semejanza de la santa ciudad con el dogma divino, veia en torno de ella á una especie de Jeremías, con sombrero de copa, frac negro y corbata color de nieve, que en medio del gran combate de la vida moderna lanzaba gemidos de angustia, gritos de espanto, en mórbidas y candentes estrofas, rivales de los trenos del poeta hebreo, llorando prematuramente la muerte de la fe religiosa que aún está en la postrer agonía, y que morirá como murió el mamífero primitivo, porque la atmósfera moral de esta época envenena y dilacera su organismo, construido y adaptado para la atmósfera moral que se respirára en las edades del trovador, el archero y la castellana.

*
* *

Un miembro de nuestro Cenáculo siempre errabundo como la tienda del beduino, que habia hecho de la indolencia un apostolado,

que forjaba rimas rodeándolas con aureolas de melodías, Omar, como nosotros lo llamábamos, llevó un dia á su nido una costurera de veinte años, pálida como el alabastro, de lánguidos ojos de criolla y abundosa cabellera color de ébano, esbelta y delicada como un efebo cincelado por un escultor de la escuela ática. Norisa pasaba el dia y la noche sumergida en un silencio estúpido y monótono; si salia á la calle era para ir á poblar las naves con los mumullos de sus plegarias, á todos nos llamaba herejes, impíos, ateos y sacrílegos, y su fervor religioso hizo exclamar un dia al más grave de los bohemios: Tú, Norisa, serás canonizada, y estás á punto de serlo en vida, pues Mimi nos asegura que haces tus abluciones higiénicas con agua bendita.

Norisa era la hermana ó la discípula de la alondra, teniendo además al decir de Omar, el delicioso encanto de tener éxtasis de araña. El primer rayo de la mañana parecia bañar con su luz el alma de la bohemia, que á su influjo se transfiguraba. Poníase en pié, besaba con uncion la cruz de nácar que dormia en su seno, y entonaba una cancion en boga, haciendo las delicias de todos, aquellos sonoros y argentinos arpegios que brotaban á raudales de su garganta, unidos á la móvil expresion de su semblante siempre en armonía con el espíritu de la cancion, que ora parecia animado por místico fervor, ora por descocada y frenética alegría, tomando ya la serena actitud de una musa, la pudorosa de una vírgen, ó la desenvoltura de ardorosa bacante. Pasado aquel instante de inspiracion de sibila, la beata volvia á eclipsar á la artista, tomaba su carátula de basilisco, la alondra se metamorfoseaba en buho.

Una ocasion, Norisa, casi sollozando, pues en su corazon de mujer creia que es el sentimiento el más hábil catequista, rogaba á Omar que se hiciera católico. ¡Ten fe!—le decia gimiendo—sin ella estarás condenado al fuego eterno. Como Omar opusiera á estas endechas razonadas una risa compasiva y burlona, Norisa, colérica, exclamó: ¡Un hombre sin fe es ménos que un pollino!

Omar, sonriendo con solemnidad, repuso:

—Hubo en el Mediodia de España un gran poeta, cuyo genio tenía perfumes de la selva. Negra silueta de las brumas del cielo aleman, poeta que mezclando en la plástica arcilla de la palabra sus

sentimientos y sus ideas, labraba camafeos, miniaturas, estatuitas y áun mezquitas y palacios, con el primor, con la gracia y delicadeza de los artistas que cincelaron ese ensueño cristalizado de un bardo árabe que se llama la Alhambra. Pues bien, Norisa, aquel gran melancólico, bautizado en el Jordan amargo de la duda, paseando con su amada por unas ruinas, donde su genio se espaciaba como el ruiseñor en primavera, se detuvo frente á un arco vacilante cuya simbólica clave era una mano que sostenia un corazon. ¡Mira!—dijo la jóven—ese es el verdadero emblema de mi constante amor! Más tarde, meditando el poeta en aquella lírica efusion, repuso con tristeza: «¡Cuán cierto es lo que entónces me dijo! Verdad que el corazon lo llevará en la mano, en cualquier parte, pero en el pecho nó!» Lo mismo, Norisa, exactamente lo mismo puede decirse de los atrofiados por la fe religiosa: ¡Verdad que la razon, la llevarán en la mano, en cualquier parte, pero nó en el cerebro!

Norisa, un año más tarde, murió de tísis en un hospital, oprimiendo entre sus flacos dedos un ramo de violetas marchitas que Omar depositó la víspera bajo la almohada de su lecho.

Ya se habia borrado de nuestra memoria el recuerdo de la piadosa bohemia, cuando una mañana penetramos en la alcoba de Omar, y la escena de que allí fuimos testigos, nos hizo impresion tan profunda, que á su influjo las miriadas de pensamientos, vagos é informes que se agitaban en nuestra mente, tomaron la forma, el colorido, el resplandor brillante de la idea.

Habia en la pared un medallon de mármol, que se creeria arrancado de un sepulcro, y en el cual se destacaba el relieve del perfil de María Malibran, aquel ser extraordinario, santa más que mujer, musa más que artista, divina más que ente corpóreo y deleznable. Omar, lleno de religioso fervor, grave, abstraido, con la palidez que es como la penumbra del alma cuando ésta se siente agitada por afectos poderosos, recitaba con acento campanudo la magnífica é incomparable elegía en que Alfredo de Musset escribió el epitafio eterno, digo mal, esculpió el nombre de aquella diosa en el templo de la inmortalidad, arrancando su memoria de las garras del olvido, ya que como Rafael no dejaba tras sí, cual monumento erigido á su propia gloria, mística

vírgen cristiana, ni un legislador hebreo tallado en piedra, como Miguel Angel. La exaltacion, el iluminismo de una mártir ó una santa, dará una idea exacta de la ferviente devocion con que Omar, clavada la mirada en el mármol, recitaba la doliente elegía del nervioso hijo del siglo.

Cuando Omar hubo acabado de recitar la fúnebre oracion, se volvió á mí y me dijo:

—Quizás pienses, lleno de sorpresa por lo que acabas de ver, que estoy enagenado; sin embargo, jamás ha brillado mi razon con resplandor tan puro. Cuando la tristeza me invade, cuando el hastío me pide asilo, cuando me siento devorado por ánsias de confidencias, por anhelos indefinibles, cuando afectos extraños, salvajes y brutales á veces, asedian mi espíritu, por una abstraccion que ya me es familiar, convierto mi alcoba en templo, á la artista en imágen sagrada, la elegía en plegaria, yo en creyente y sacerdote, y despues de un éxtasis profundo é inefable, me siento, ó me creo regenerado, como un católico sincero despues de sus oraciones. Esto dá derecho á la risa, pero yo te eximo de la labor penosa de la crítica, como me eximo de la propaganda y renuncio al proselitismo.—

Esto fué dicho con tan enérgica rudeza, que el silencio era una necesidad y un deber.

*
* *

El comunismo me horripila, es la mengua, la negacion despótica de la personalidad; el nihilismo, como todas las asociaciones, es un cementerio de voluntades, el individuo pierde su independencia y se degrada á la autonomía de simple célula de organismo. Jamás seré asociado ó conspirador, conservaré siempre pura la fiera virginidad de mi yo, y en este solemne voto comprendo el de celibato, consagracion suprema de la personalided humana, comparable á la que dá el duelo, segun el sentir de los germanos, sus grandes apóstoles.

El problema, pues, consistia en conciliar este amor savaje á la independencia con el afán de encontrar un culto que no mancillara la

pureza de mi personalidad, pues la influencia de la masa tiene por consecuencia engendros adulterinos, procrea en mi cerebro fetos que más tarde repudio con horror; un culto sin fe, dogmas ni sacerdotes; que no se desvelara creando misteriosos telégrafos de ideas entre el llamado Creador y mi pensamiento; que no divagara investigando si es mi cuerpo urna de materia magnética ó de un alma inmaterial y eterna; que tuviera por gloria y por infierno el lauro ó el anatema de la propia conciencia; que no me obligára á la práctica del bien por esé egoismo utilitario, creacion bastarda de la teología, que despoja la accion de toda espontaneidad y la convierte en una letra de cambio pagadera con bienandanzas en el cielo; un culto, en fin, puro, espiritual, subjetivo, que en nada se pareciera á los creados hasta el dia.

No creo que de lo expuesto se pueda deducir que abrigo la ambicion de imitar á Lutero, por más que la era de las reformas religiosas diste mucho de ser palenque en clausura; como el bohemio de que ántes he hablado no quiero prosélitos ni hago propaganda. Es más, el culto ya existia, tal como habia trazado su boceto mi deseo, ese arquitecto de ideales; existia con sus templos, sus sacerdotes, sus imágenes, sus Prometeos, que no sus dioses; culto grandioso y purísimo cual ninguno, pagano, digno del disperso de Babel, que no pudiendo escalar el Infinito, lo crea en el santuario de su conciencia.

Esa gran religion, dotada de una juventud eterna como la palmera del trópico, es el Arte; son sus templos el teatro, el museo, la biblioteca; sus Prometeos se llaman Shakespeare ó Calderon, Bellini y Thomas, Praxíteles ó Scopas, Víctor Hugo ó Lord Byron; sus sacerdotes, Salvini, Tamberlick, la Risttori, la Nilson; sus imágenes, vivas, animadas por el rayo que el génio arranca á la conciencia de la humanidad, se llaman Ofelia y Desdémona, Segismundo y Crespo, Norma y Mignon, Vénus de Gnido y Bacantes, Manfredo y Childe-Harold, «Los Castigos» y «Los Miserables»; su dogma, la bandera de combate del pigmeo-gigante, el ideal.

Esta religion, que tiene por plegaria la admiracion extática; que si ofrece á nuestra adoracion una imágen donde hay una mirada llena de beatitud, la dota de los contornos, de la plástica real que hermoseaba el modelo latente, no tiene más objeto que producir la belleza, que una

vez realizada llevará al ánimo un tesoro de castas y nobilísimas emociones.

Ante las prácticas del rito me siento el Robinson de la isla-mundo; todos los anhelos generosos se encienden en mi pecho como germinan todas las ternuras en el alma del enamorado al sentir sobre su frente el beso quemante de la novia; siento todos los dolores de la humanidad, todas las alegrías de sus esperanzas, todas las decepciones de sus derrotas, y todos los delirios de sus victorias; diríase que el espíritu, en alas de la emocion, huye de su cárcel y va á formar parte, á convertirse en fibra de la conciencia social.

Cuando todo ha acabado, aún queda en mi ser la vibracion del sentimiento simpático, como la melodía en la memoria; como he llevado á mis labios la copa sagrada rebosando en la luz increada del ideal, porque la sed que produce la reñida lucha es el único bálsamo que la sácia, una dulce melancolía envuelve mi espíritu como las penumbras del crepúsculo, huella que deja tras sí la emocion estética, tan inefable como la Música, tan desinteresada y pura como el amor sublime de la madre.

Tal es mi culto, tal es su influencia en mi personalidad; no me promete el cielo ni me amedrenta con las iras de Satan; me dignifica, me ennoblece, corona mi espíritu con nimbos de luz divina; alimenta mi sensibilidad, esa eterna hambrienta de emociones, hambre ménos absurda que la sed imaginaria que, para algunos, tiene el espíritu de creencias religiosas ó ultra-humanas.

Yo ruego á los que amo, á los que rodeen mi lecho en mi hora postrera, que cuando la Muerte derrame su pálida sombra sobre mi semblante, no llamen al eterno panegirista de Jesus para que en nombre de su Dios me pida cuenta de mis acciones y me conceda, salvo aprobacion superior, un perdon que no imploro; no, no quiero que me asorde el estridente sonido de la esquila, ni el ronco murmullo de la salmodia, tanto valdria apostatar vergonzosamente de mis principios. Si es cierto que al morir, el espíritu, inmaterial segun algunos, remonta el vuelo hácia la cúpula azul, os juro que las plegarias oficiales serían como el plomo en las alas del condor. Así, dejad al cogulla en su poltrona, aspirando con sensual deleite el humo de su aromático puro, sacer-

dote del culto de la diosa Bartola, ó ministro de una religion, que es todo uno.

En ese instante, en que un sentimiento piadoso ha hecho de la súplica un mandato, os ruego que lleveis junto á mi lecho una sacerdotisa del culto que profeso, vestida de blanco, coronada de cándidas rosas, el blondo cabello esparcido con desórden por el curvo seno y la torneada espalda; haced que gima el piano bajo una mano diestra, y dejad que duerma, entre los eflúvios de sentimientos que inundarán mi espíritu como lluvia de lágrimas y besos, arrullado dulcemente por las querellas é histéricas carcajadas de la pálida Ofelia, cuando en el delirio de su locura, á la sombra de los tristes sauces, arranca flores como Hamlet ha arrancado las esperanzas de su corazon, y se arroja en las serenas y transparentes ondas del pérfido lago....

M. DE LA C. Y F.

1883.

# BOTURINI. (1)

Idea||de una nueva||Historia General||de la||América Septentrional|| Fundada||sobre material copioso de figuras,||Symbolos, Caractéres,||y Geroglíficos, Cantares,||y Manuscritos de Autores Indios||últimamente descubiertos.||Dedícala||Al Rey Nuestro Señor||En su Real y Supremo Consejo||de las Indias||El Cavallero Lorenzo Boturini Benaduci,||Señor de la Torre, y de Hono.||Con licencia||En Madrid: En la Imprenta de Juan de Zúñiga||Año M.D.CC.XL.VI.

Se ha hecho una segunda edicion en la Biblioteca de *La Iberia*, tomo XI.

Es muy notable esta obra por el catálogo de geroglíficos y manuscritos que habia reunido el autor, y de que fué desposeido por el gobierno vireinal.

En el segundo tomo del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, publicó el señor Icazbalceta una noticia de Boturini. Los datos para escribir su vida y trabajos, hasta su expulsion de Méjico, se encuentran en la causa criminal que se le instruyó, la que, original, se conservaba en el Museo Nacional. No hay documento más á propó-

(1) Publicado en *El Federalista* de Méjico en Enero de 1876.—(N. DE LA R. DE LA «REVISTA DE CUBA».)

sito para el objeto, pues en él, Boturini da razon minuciosa de su vida. Abrióse la causa, porque llevado nuestro colector de su celo religioso, habia obtenido de la Basílica Vaticana de Roma la coronacion de la Vírgen de Guadalupe; y como no llenó el registro del pase del Consejo de Indias, y habia solicitado por todo el país auxilios para los gastos cuantiosos de la funcion solemne de la coronacion, despertóse la susceptibilidad del gobierno vireinal, y se le encausó. En su primera declaracion tuvo cuidado de hacer constar su noble ascendencia, y allí se sabe que su casa tenía entonces novecientos catorce años de antigüedad, y que contaba entre sus antepasados al Conde Vifredo de Borge, principio de su alcurnia, y á los condes de Poitu, Auvergne, Masson, de Borge y Tolosa, marqueses de Nevers y duques de Aquitania; por lo cual, su escudo tenía ambas coronas, la ducal y la de conde. Nació en la Villa de Londrio, Obispado de Como, en donde tenía varias heredades; fué criado en Milan, y concluidos sus estudios, pasó á Viena, donde vivió ocho años. Se le habia concedido una cátedra togada en el Senado de Milan; pero no pudo gozarla, por haber estallado en Italia la guerra entre España y Austria. Con este motivo, mandó la córte de España, en 1733, que saliesen de Austria todos los caballeros italianos. Hízolo así Boturini, y marchó á Portugal, recomendado por el conde de Zeckendorff, gran canciller del emperador, al ministro imperial residente en Lisboa, por la archiduquesa María Magdalena á la Reina de Portugal su hermana, y por el embajador lusitano al Secretario de Estado D. Diego de Mendoza Cortereal. Recomendaciones tan importantes acreditan que nuestro caballero habia gozado pesicion distinguida en Viena. Lo mismo sucedió en Portugal, en donde fué muy bien recibido, pues á su viaje á España, fué recomendado por el Infante don Manuel de Portugal, al Sr. Patiño, primer ministro de la Monarquía. Estando en España, *la Señora Doña Manuela de Oca Silva y Motecuhzuma, condesa de Santibañez, le animó á pasar á las Indias.* Le dió sus poderes el 16 de Marzo de 1735, para que le cobrase en Méjico lo vencido y corriente de una pension de 1,000 pesos, que gozaba como descendiente del emperador Moteczuma. Despues de haber naufragado cerca del puerto de Veracruz, en el bajel de Santa Rosa, se encontró ya en Méjico en Febrero de 1736.

Mientras se dedicaba al cumplimiento de su mision, vínole la idea de escribir la historia de la aparicion de la Vírgen de Guadalupe, y al efecto comenzó á reunir los preciosos documentos de que nos da cuenta su catálogo. Ya hemos visto como, llevado de su celo religioso, fué esto motivo para que se le encausase. Graves cargos le hacia la susceptibilidad de aquellos tiempos: era un extranjero que sin el permiso respectivo habia venido á Indias; habia procurado la coronacion de una Vírgen mejicana sin cumplir con todos los requisitos que las leyes exigian; y para este piadoso objeto habia solicitado donativos, ya en moneda, ya en oro, ya en piedras preciosas. No se le hacia cargo, ó solamente aparecia como cosa muy secundaria, la formacion de su importante museo. Para aquellas buenas gentes, la cuestion histórica era de muy poca importancia: el delito era haber faltado, aun cuando fuera indirectamente, al respeto y prerogativas del Consejo de Indias, y haberse mezclado en una cuestion religiosa, con las circunstancias agravantes de que el acusado era extranjero, y de que el escudo que queria poner en la corona de la Vírgen no era el de las armas de los reyes de España.

Fué reducido á prision el 4 de Febrero de 1743 «poniéndose en las casas del Ayuntamiento de esta nobilísima ciudad y encargándose por tal al corregidor de ella».

Se le dieron entonces cien pesos para sus alimentos. Por los autos parece que fué pasado á la cárcel de ciudad; pues en varias diligencias se dice que de ella fué llevado; pero como de diligencias posteriores consta que aún estaba preso en las casas del Ayuntamiento, y no es creible que se le estuviese mudando de un lugar á otro, yo me persuado á creer que no fué por entonces variada su prision, viniendo sin duda el equívoco de que la de ciudad estaba, como está ahora, en el mismo edificio en que se halla la casa municipal.

Por la misma razon pudiera creerse que su prision fué en la Sala Capitular, privilegio de que solo podian gozar los regidores; pero comparando las diversas diligencias, se comprende que fué en las piezas de la Corregiduría, que eran poco más ó ménos las actuales del gobierno del Distrito.

Entretanto todos sus bienes, y entre ellos su museo, habian sido

secuestrados y el armario de sus papeles guardado en la Real Caja.

Nada adelantó el proceso en lo sustancial hasta el mes de Setiembre, y el desgraciado Boturini se encontraba en la prision sin recursos, pues vivia de limosna, como tuvo que confesar en su último pedimento al oidor D. Domingo Valcarcel.

Por auto de 21 de Agosto, habia mandado el virey que se formara inventario de los objetos secuestrados, con asistencia del mismo Boturini, lo que se le hizo saber en diligencia de 6 de Setiembre. Documento es este de mucha importancia. El gobierno colonial no conocia la resistencia; sus mandatos, sus más simples caprichos eran leyes ineludibles. Debia causar extrañeza un extranjero que con la conciencia de sus derechos, con la educacion ilustrada de las córtes de Europa, respondia «que no puede ni debe al presente hacer dicho inventario, y que de ninguna manera consiente en dichos embargos y depósitos, contra los cuales tiene que alegar repetidas nulidades, y ménos piensa que la gran justificacion de S. E. (el virey) despues de cinco meses que su museo se halla fuera de su poder, le pueda obligar en derecho á hacer dicho inventario, y á suplir los defectos del proceso cometidos aun contra la sustancia é identidad del depósito».

Tales ejemplos, que podian despertar sentimientos dormidos en la colonia, eran parte sin duda para no permitir la venida de los extranjeros, por *los perniciosos efectos*, segun las palabras del oidor Valcárcel, *regularmente producidos de semejantes trasportes*. La ira vireinal estalló ante la oposicion del pobre preso; ¿cómo podia admitirse que un sabio tuviera razon contra un virey? Se mandó, pues, que se hiciese el inventario con presencia de Boturini, y que hecho, se remitiera *á éste á la Veracruz, poniéndole en el castillo de San Juan de Ulúa para que se embarque y conduzca en partida de registro á España.*

Se mandó llevar al preso á las Cajas reales, de que él se excusaba por no tener vestido ni espadin; pero al fin se le hizo entrar *en un forlon y dos soldados de infantería con sus chuzos que iban á su lado en su custodia.*

A los que amamos los libros y respetamos á esos estudiosos colectores que pasan la vida salvando los preciosos monumentos de nuestra historia, danos pena contemplar la miseria de Boturini, que sin espadin

ni traje decente para salir se encontraba. ¡Con qué triste sencillez hacia constar la penuria á que se le habia reducido! Contestó en la diligencia «que se halla preso desde el dia 4 de Febrero pasado á esta parte (9 de Setiembre), sin haber merecido á S. E. (el Virey) la honra de que se le comunicasen los motivos de dicha su prision como lo prescribe la ley, y además embargado y despojado de su archivo y Museo Histórico Indiano, sin preceder deuda alguna civil, y ménos criminal..... que por lo tocante á dicho inventario no tiene S. E. que cansarse, pues sabiendo el mismo Don Lorenzo mejor que ninguno de cuanta importancia sea al servicio del Monarca Católico, por indeficiente prueba de su rendida y apasionada fidelidad, tiempo ha que lo tiene dedicado á S. M. (que Dios guarde) á cuyas soberanas manos no dejará de llegar cuanto ántes con su duplicado, y la misma diligencia practicó con el Real Supremo Consejo de Indias.... que no se ha sabido hasta el dia de hoy, que alguno pueda obligarse á ejercer actos científicos, intelectuales y voluntarios, sin tener honorario público, ó privado, y sin constar de contrato donde pueda dimanar una tal obligacion, y además no habiendo recibido de la grandeza y benignidad de S. E. *los precisos alimentos*, segun la dignidad de la persona en su actual prision aunque haiga sabido del Señor Don Antonio de Rojas, á quien fué esta causa por la primera vez delegada, el ningun caudal que poseía y mandase socorrerle con cien pesos el mismo dia que fué preso que apénas le bastaron por un mes, y para vivir en los demás y suplir á sus menesteres ha debido contraer deudas y empeñar sus propios muebles y *vestidos*, de suerte que viéndose preso, embargado, despojado, pesquisado, ni oido en justicia, abandonado, sin alimentos, lastimado en su honra y fama (con el más profundo acatamiento la más humilde sumision) apela, etc.»

He querido copiar la parte más notable de esta diligencia, que pinta el carácter de Boturini, su clara inteligencia, el conocimiento que tenía de sus derechos y de su inocencia, y al mismo tiempo la injusticia, la miserable pequeñez, la infamia, digámoslo de una vez, del virey conde de Fuenclara.

La diligencia no se practicó por la oposicion del preso; pero éste, de las Cajas Reales, ya no volvió al lugar distinguido que tenía en las

casas del ayuntamiento; se le puso en la *prision de abajo*, que es la misma llamada hoy de ciudad. De allí, confundido con los criminales del órden comun, se le sacó con tres soldados en un forlon, el dia 13 siguiente. El virey habia mandado que se procediese con todo rigor, porque *á reos de esta naturaleza no se deben oir*. Boturini se resistia otra vez á practicar el inventario, apoyándose en su justo derecho, que el Oidor llama *motivo supérfluo*; por lo que fué pasado á la cárcel de Córte (que entonces estaba en la parte Norte del Palacio), y encerrado *en la quinta bartolina, y la llave de ella entregada al cabo que está de guardia en el principal del Real Palacio*. Esto se hizo para *cortarle toda comunicacion, y estrecharlo á que cumpla con lo mandado*.

Debió padecer mucho don Lorenzo en aquella bartolina, pues tres dias despues, aunque reproduciendo sus protestas, se prestó á hacer el inventario. Puede creerse tambien que, convencido el virey de su injusticia y de que tenía que habérselas con un hombre de grande energía buscó la obediencia del acusado, con buenos tratamientos y promesas de libertad. Parece ser así, porque se hizo constar por certificaciones, que el escribano de la Guerra habia pasado, de órden del Oidor, á persuadir al preso, y que no siendo esto bastante, pasó el Oidor mismo; despues de lo cual se le mandó sacar de la bartolina y que se le atendiese con todo lo necesario para su mantenimiento y bienestar. Y en la diligencia de inventario, consta que el escribano fué por él, á la Real Cárcel, *á la pieza de la asistencia de don Lorenzo, y dado el recado político de dicho señor juez*, bajó con dos soldados. Además concluido el inventario, pidió el oidor Valcárcel que se diesen por conclusos los autos, por no resultar delito en Boturini, aunque por otra parte pedia su expulsion de la Nueva España. De acuerdo, se decretó en 7 de Octubre, que «el conductor de cargas que está próximo á conducir doscientos mil pesos á Veracruz, llevará á don Lorenzo Boturini al citado puerto, entregándolo al gobernador de aquella plaza, para que lo embarque y envíe á España en partida de registro.» Hízose así, y Boturini fué entregado por el alcaide de la cárcel de la Córte don Ignacio Gonzalez, al conductor don Sebastian de Torres.

Los biógrafos de Boturini aseguran que el buque en que iba, cayó

en poder de los corsarios ingleses, los que lo pusieron en tierra en Gibraltar, habiéndole despojado de sus ropas, y dádole un vestido de marinero y dos pesos; y que el sábio en ese traje, emprendió á pié su viaje, hasta parar en casa de nuestro historiador don Mariano Veytia, en Madrid.

En esto tenemos que hacer rectificaciones. El erudito coleccionador, Mr. Ternaux Compans, publicó, como apéndice á la Relaciones de Ixthlxochitl, el relato del Proceso de Boturini, hecho en el Consejo de Indias el 27 de Abril de 1790. Formóse este expediente por haberse dirigido al Consejo en 12 de Junio de 1745, por el Marqués de la Encenada, un memorial de don Lorenzo, en que, despues de expresar que habia llegado á su noticia que el virey conde de Fuenclara habia enviado al Consejo las actuaciones seguidas contra él, pedia que se le juzgára, castigándosele si resultaba culpable, ó indemnizándole y volviéndole su Museo si era inocente: concluia suplicando que se dieran las órdenes necesarias para coronar solemnemente á Nuestra Señora de Guadalupe, proyecto piadoso, causa de todas sus desgracias. Cuenta que las persecuciones y el haber sido preso por los ingleses, le agotaron todos sus recursos.

El Consejo dá cuenta de que cuando recibió el informe del Virey, aprobó desde luego su conducta, y como resultaba que la audiencia de Méjico habia dado pase al breve para que se coronára á la Vírgen con armas extranjeras, sin consultar al consejo, se habia escrito al Virey, el 2 de Abril de 1744, mandándole que á puerta cerrada, y en secreto, dirigiera una *viva mercurial* á los miembros de la Audiencia; que les manifestára que habian faltado á sus deberes; que habian merecido un castigo mucho más severo, que no se les imponia por esa vez, por consideracion á su carácter personal y por tratarse de una obra pía; que en cuanto á Boturini, se le enviara á España, con las actuaciones y un catálogo de sus papeles, los cuales debian depositarse con todas las formalidades legales.

Hé aquí como se disminuye, en parte, la responsabilidad del Virey, y pasa esta al Consejo de Indias, por cuyo mandato se continuó el proceso; pero hay que observar, en honor del Consejo, que reconocia en Boturini un hombre piadoso y un sábio dedicado al estudio, causa,

sin duda, de que el Virey mitigára los malos tratamientos al principio empleados con nuestro colector.

Del mismo relato resulta que Boturini fué preso por los ingleses en el navío *La Concordia*; pero no es cierto que de Gibraltar marchára para Madrid y que llegára, en traje de marino, á la coronada villa, pues se dirigió á Cádiz y se presentó voluntariamente á la Casa de Contractacion de Sevilla. Desde luego presentó un memorial y su *Idea de una nueva historia de la América*, pidiendo que se imprimiese, lo que hace creer fundadamente que el libro fué escrito durante la navegacion.

Consta tambien del relato, que cuando fué reducido á prision Boturini, *fué encerrado en un calabozo al lado de dos bandidos.*

Ahora bien, el presidente, á quien se presentó Boturini, no teniendo noticia de su proceso, lo dejó en libertad, y entónces se dirigió á Madrid y se apersonó al Consejo, que le reconoció el haberse presentado libremente.

Vista la causa, el Consejo dió los tres siguientes pareceres, muy importantes en verdad:

1º Que se proclamára la inocencia de Boturini, y se le volviera su honra y buena opinion pública.

2º Que no se practicase la coronacion de la Vírgen de Guadalupe.

3º Que era digno de escribir la Historia de América, que se le debia indemnizar por sus trabajos y pérdidas; y para que se llevase á cabo la obra ántes dicha, «sería digno de S. M. que mandára formar en Méjico una academia particular para la historia de la Nueva España, como la que se ha formado en Madrid, nombrando personas que se encargáran de trabajar en esta obra, sobre los documentos recogidos por Boturini, y sobre todos los que se pudieran procurar.»

Hermosa idea, que no se llevó entónces á cabo, y que con 54 años de independencia tenemos descuidada, dejando que se pierdan los ricos tesoros de nuestra historia.

El rey Felipe V, más justo que sus delegados en Nueva España, nombró á Boturini historiógrafo de las Indias, con el sueldo de 1,000 pesos anuales, para lo cual mandó que se le devolviese su museo.

El acuerdo del Rey dice á la letra:

«Adopto la opinion del Consejo sobre el primer y tercer punto; me opongo á la formacion de la academia propuesta; ordeno que Boturini vuelva á Méjico, y le nombro historiógrafo de mis reynos de Indias, con sueldo de mil pesos por año, para que escriba la historia general que propone. Todos sus documentos y papeles, *sin que falte uno solo*, le serán devueltos en el más breve plazo, y *sin la menor réplica*. Tan pronto como haya escrito la historia, y ántes de darla á conocer ó publicarla, se enviarán tres ejemplares á España, á fin de que, despues de ser examinada por el Consejo, se dé la autorizacion de publicarla ó que se le hagan las correcciones necesarias.—Ordeno que así se haga.—Diciembre 19 de 1746.»

Las comunicaciones correspondientes á este decreto, con el título de historiógrafo de Indias, fueron expedidas el 1º de Junio del siguiente año de 1747.

Como Boturini no volvió á Méjico, no tuvo lugar la devolucion, y sus papeles quedaron en la Secretaría del Vireinato. En 1746 publicó la obra de que hemos hecho referencia, y en 1749 tenía ya escrita la «Cronología de las principales naciones de la América Septentrional», que nunca llegó á publicarse.

En efecto, en Abril de 1749, Boturini presentó su primer volúmen de la *Historia general de la América Septentrional*, bajo el título de *Chronología de las primeras naciones de este país*. Pidió autorizacion para imprimirlo, y le fué acordada, prévia censura del fiscal D. José Borral y del padre Pedro Tresneda. Antes de que pudiera imprimirse murió Boturini, y el Consejo ordenó que se aseguraran todos sus papeles relativos á la historia. Los únicos documentos que se encontraron fueron el m. s. de dicho primer volúmen, un ejemplar de la «Idea general» y el título de historiógrafo. El m. s. fué enviado á la Secretaría del Vireinato de Nueva España, y se ignora su paradero.

En 1750 publicó en Valencia, de cuya academia era miembro, un cuaderno de 12 hojas 4º menor, que tiene las dos siguientes portadas: Oratio||ad Divinam Sapientiam,||Academiæ Valentinæ,||Patronam,|| Auctore,||Equite Laurentio,||Boturini Benaduci,||Domino de Turre, et de Hono,||Regio Indiarum Historiographo,||Academico Valentino.||Un escudo que representa un cuerno con rosas, atravesado por varias fle-

chas, con el lema *flores fructus parturiunt.*||Val. Typ. Viduæ Antonni Bordazar, ad Plat. Archiep.

Síguese, en 5 fojas libres, un «Juicio de D. Gregorio Mayans y Siscar, Censor de la Academia Valenciana».

La segunda portada dice: «Divinæ Sapientiæ,||Ob Feliciter Servatam,||Valentinam Academiam,||Eques Laurentius,||Boturini Benaduci,|| Dominus de Turre, et Hono,||Regius Indiariun Historiographus,||Academicus Valentinus,||Prævia Brevi Oratione,||De Jure Naturali Gentium,||Septentrionalis Americæ,||Solitum Gratiarum Pensum,||Solvebat,||Quarto Nonas Januaria,||Anno M. DCC. L.

Sigue la oracion, pág. 1—12. Boturini, á quien en su causa se le habia hecho gran cargo de ser extranjero, tuvo la satisfaccion de que un hombre tan distinguido como el Sr. Mayans y Siscar, escribiera de él: «le elegimos por académico nuestro, aunque extranjero, *si deve tenerse por tal el hombre sabio y útil.*»

El Sr. Icazbalceta no habla de esta obra, y Beristain toma las dos portadas como dos distintas obras, aunque á la segunda le da la fecha de 1751, lo que haria suponer una reimpresion que no creo que se hiciera, por la naturaleza misma del escrito.

¿Escribió su obra sobre la aparicion de la Vírgen de Guadalupe? Yo solamente tengo copia de un fragmento de su Prólogo Galeato. El título es:

«Laurentii Boturini de Benaducis, Sacri Romani Imperil Equitis, Domini de Turre et Hono cum pertinentiis, Margarita Mexicana, id est apparitionis Virginis Guadalupensis Joanni Didaco, ejusdem avunculo Joanni Bernardino, necnon alteri Joanni Bernardino. Regiorum tributorum exactori, acuratius expensæ, tutins propugnatæ, sub auspiciis»....

No habla de esta obra Beristain. Proponíase el autor probar la aparicion con 31 fundamentos. El fragmento sólo abraza parte del primero, y contiene los siguientes capítulos, que dan noticias importantes de nuestras antigüedades.

1.—De Filis Indorum Historicis, qui Peruani *Quipus*, Mexicani *Nepolhuotzintzin* apellant.

2.—De Indorum Poetarum Canticis, sive Prosodiis.—En esta parte

trae el MS. la traduccion en prosa y verso, que de los cantares de Netzahualcoyotl hizo Don Fernando Alba Ixtlixochitl, y un cantar en mejicano.

3.—De Figuris Historicis Indorum.

4.—De Figuris Indorum Geographicis.

5.—De Characteribus Indorum Chronologicis.

Este fragmento comprende las páginas 157 y 318 del tomo 14 de Opúcu, los Históricos, coleccion de sus MSS.

---

Volvamos al famoso Catálogo del Museo. Hemos visto ya que fué publicado con la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional.* No era, sin embargo, el índice completo de los papeles y geroglíficos que se le habian secuestrado; y el decir en su idea de la historia de América, que escribia tan solo por lo que conservaba en la memoria, hace suponer que por sus recuerdos formó dicho catálogo. Yo no puedo creer que tan prodigiosos recuerdos tuviese, más cuando en su *Prólogo al Lector*, le dice que fué tambien despojado de todas las apuntaciones que traia de las Indias. Claro es, por lo mismo, que no tenía á la mano copia del inventario que se hizo en su causa, el cual, además es mucho más extenso que el primero.

Por una parte de su declaracion, copiada anteriormente, se ve que habia mandado dicho Catálogo al Rey de España y al Consejo de Indias; y parece deducirse de sus palabras que lo habia formado en su prision, cuando tenía sus recuerdos muy frescos y en su poder sus *apuntaciones.*

Creo que uno de esos Catálogos enviados á España, fué el que sirvió de original á la impresion.

Conozco, además, copia de los siguientes, que forman la historia de tan importante Museo.

—Inventario del Museo de D. Lorenzo Boturini, formado por el oidor don Diego Valcárcel, juez de su causa.—Año de 1743.—M. S. de 126 páginas en 4º

—Inventario del Museo de D. Lorenzo Boturini, formado por don Patricio Antonio Lopez.—Año de 1745.—M. S. de 200 páginas en 4º

—Inventario del Museo de Boturini, formado por D. Ignacio de Cubas, en el año de 1804.—M. S. de 78 páginas en 4º

—Reconocimiento del estado que guardaban los Monumentos históricos y papeles del Museo de Boturini, en el año 1823, formado por D. Ignacio Cubas.—M. S. de 10 páginas en 4º

—Lista de los documentos que faltan, del Museo de Boturini.—1823.—M. S. de 4 páginas en 4º. Los documentos están marcados nada más con su número.

—Razon de los mapas y documentos de la antigüedad mejicana, que en el dia existen en la Secretaría de Estado y Relaciones, pertenecientes al Museo de D. Lorenzo Boturini Venaduci.—(Lo supongo de 1823.)—M. S. de 38 páginas en 4º

Estos inventarios nos van marcando la destruccion paulatina de tan rica coleccion. De la Secretaría del Vireinato pasó á la biblioteca de la Universidad, de allí al Ministerio de Relaciones, y al fin al Museo Nacional; y cada vez fué disminuyéndose más y más. Hoy casi no existe. La parte más importante está en París, en poder de Mr. Aubin, quien, segun mis noticias, la adquirió en el convento de San Francisco de Méjico. Esto me hace suponer que, si no todo el Museo, lo más importante fué enviado á aquel convento, cuando se formó la coleccion de copias, de las que un ejemplar está en el archivo, con excepcion del primer tomo, y otro se mandó al cronista Muñoz, y hoy se encuentra en la Academia de la historia de Madrid con el primer tomo duplicado. En mi concepto se formó una tercera coleccion de la cual tengo casi todos los tomos. (1) Para que los lectores califiquen, les contaré que en San Francisco estaba el famoso *Tonalamatl*, y que habiendo preguntado Mr. Aubin á los frailes qué querian por él, le pidieron un ejemplar del *Genio del Cristianismo*, edicion de Cumplido, que se vendia en 8 pesos.

---

El Sr. D. José F. Ramirez, empeñoso siempre por conservar para Méjico los documentos de su historia, consiguió de M. Aubin, que se litografiáran algunas de las pinturas de Boturini.

(1) Hoy en poder del Sr. D. Manuel Fernandez del Castillo.

Estos documentos son:—1. Un ritual geroglífico de las fiestas de los indios, que se agregó como apéndice á las estampas del Padre Duran.—16 láminas en fólio, con colores.—Tienen en la parte inferior: «De la coleccion de Mr. Aubin.—Lit. de Jules Desportes Instit Impér des Sourds Muets.»—Es muy notable la lámina 16, que representa la verdadera figura del templo mejicano, que tanto se ha discutido.—Hay ejemplares de este Códice, en el Museo, y en poder de los señores Orozco, Agreda, Altamirano, mio, y del Sr. Fernandez del Castillo.

En esta impresion las láminas están en direccion vertical para acomodarlas á la obra de Duran; hay otro tiro en direccion horizontal en 9 láminas, como se hallan en el original, del cual conozco un único ejemplar.

2.—Tonalamatl, calendario ritual mejicano del año religioso, de 260 dias.—20 láminas con colores.—No tienen marca de imprenta ni coleccion, y el fondo imita el color del papel de maguey.—Encontré solamente cinco ejemplares con colores, y están en el Museo, y en mi poder y de los señores Orozco, Altamirano y Fernandez del Castillo.

El Sr. Ramirez tenía otro ejemplar, al cual habia agregado las láminas 11, 13 y 19 del Tonalamatl de la Biblioteca de París que tiene algunas variantes.

3.—Mappe de Tepechpan. (Histoire Synchronique et Seignoniale de Tepechpan et de México.)

Bajo este título fué publicado en la misma imprenta de Desportes, en París, un geroglífico que abraza la historia de los reyes mejicanos y la de los *tecuhtli* de Tepechpan. Además del ejemplar de Mr. Aubin, existen dos cópias más extensas: una, la más completa, del P. Pichardo, y la otra, en pergamino, del Museo Nacional. Ambas se tuvieron presentes en la impresion, en donde están marcados sus límites respectivamente.

Ni la copia del P. Pichardo, ni la del Museo, tienen colores: y así están los muy pocos ejemplares que corren de la imprenta. El original es una sola tira de una cuarta de ancho y como ocho varas de largo. En la impresion se ha doblado el ancho, cortando á la mitad el geroglífico, y poniendo la segunda mitad en otra faja debajo de la primera. Así tengo un ejemplar.

Tengo otro en que he colocado en la encuadernacion toda la faja continuada. Este tiene colores en la parte tomada del original de Mr. Aubin, habiendo servido para el caso una copia de este monumento mandada sacar en París por el Sr. Ramirez. Esta copia, tercer ejemplar de mi coleccion, aparece dividida en páginas, como el original, y tiene 12 de ellas.

Tiene el geroglífico varias leyendas manuscritas en mexicano, letra del siglo XVI; y en la impresion varias notas y referencias, en francés, de Mr. Aubin.

Este es el número 4, párrafo III del Museo de Boturini.

4.—Mappe Tlotzin.—Histoire du Royaume d' Aculhuacan ou de Tezcuco. (Peinture non Chronologique). La misma imprenta. Tiene la parte geroglífica vara y media de largo por 13 pulgadas de ancho. Grandes leyendas en mejicano, letra del siglo XVI: notas y referencias en francés, de Mr. Aubin. Este geroglífico es el núm. 3 del párrafo III del Museo de Boturini (página 4), en donde dice: «Otro Mapa en una Piel curada, donde se pinta la Descendencia, y varios parentescos de los Emperadores Chichimecos, desde *Tlótzin*, hasta el último Rey D. Fernando de Cortés *Ixtlilxochitzin*. Lleva varios renglones en lengua *Náhuatl*.

Son muy raros los ejemplares de la impresion. No tiene colores.

5.—Mappe Quinatzin.—Cour Chichiméque et Histoire de Texcuco.—La misma imprenta. Tiene la parte geroglífica una vara de largo por media de ancho. Leyendas en mejicano, letra del siglo XVI: referencias en francés de Mr. Aubin. No tiene colores. Son muy raros tambien los ejemplares. Este geroglífico es, en mi concepto, el número 5 del párrafo III del Museo de Boturini.

6 y 7.—En la misma imprenta dió á luz Mr. Aubin, en un cuaderno de 168 páginas en 8°, dos geroglíficos con colores. Es el número 14 del párrafo VIII del Museo de Boturini, quien lo describe así: «Otra *Historia de la nacion Mexicana*, parte en Figuras y Caractéres; y parte en prosa de lengua *Náhuatl*, escrita por un Autor Anónymo el año de 1576, y seguida en el mismo modo por otros Autores Indios hasta el año de 1608. Lleva al principio pintadas las quatro *Triadecateridas* del Kalendario Indiano, y al fin una figura de los Reyes Mexicanos, y

otros Governadores Christianos, con las cifras de los años que governaron.»

Esta última parte de que habla Boturini, es un segundo anaglifo.

No sé que haya más ejemplares en Méjico, que el mio, el del señor Fernandez del Castillo y el que tuve el gusto de regalar al señor Orozco.

En el Museo habia otro ejemplar, de que tengo cópia, y que creo fué el de Boturini: tiene algunas diferencias con el de Aubin. Desde luego son diferentes los colores; y además, mientras el de Aubin tiene sólo una laguna, en éste faltan los anales correspondientes á las páginas 33 á 50 del otro, y á las 68 hasta entrar las figuras con que concluye la 86. En esta cópia, hay á veces diferencia en la disposicion de las figuras y generalmente en cada página se comprenden dos de la edicion de Mr. Aubin.

8.—Anales tolteca-chichimeca. Comienzan con la salida de la tríbu del cerro de Culhuacan, hasta llegar á Tollan, y su incorporacion con los Nonoalca. Terminan el año 1527.—Reproduccion litográfica del MS. original en mejicano.—18 fojas en fólio con algunas figuras; una foja sencilla y otra doble con geroglíficos.—Hay una traduccion de letra de Mr. Aubin, y otra hecha por el Sr. Galicia Chimalpopoca.—No tiene nombre de imprenta.

No se ha publicado más de la preciosa coleccion de Boturini. Como ya he dicho, gran parte de sus manuscritos existen en París en poder de Mr. Aubin; algunos hay en nuestro archivo general, y varios muy interesantes, entre ellos los relativos á la Vírgen de Guadalupe, fueron mios, y hoy son del Sr. D. Manuel Fernandez del Castillo. Los demás se han perdido por la incuria con que se han visto siempre los preciosos anales de nuestra historia pátria.

ALFREDO CHAVERO.

# EL POEMA DEL NIAGARA.

¡Pasajero, detente! Este que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros,—que lo son porque á nadie repitieron,—ni decidor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan á los hombres honrados á esconder sus pesares como culpas y sagrados lamentos como pueriles futilezas! Este que viene conmigo es grande, aunque no sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Perez Bonalde, que ha escrito el Poema del Niágara. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro—porque éste es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira,—y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse á medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acontecimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el

ejercicio de la grandeza! Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, ó sublimadas en sonante prosa ó en alados versos, mas luego que se han abrazado á la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneracion de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía á ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!—no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella; para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos á los piés y á los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacar del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar,—como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol,—y sentarse, á par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira á las viajeras, á ver volar las águilas:—pero ahora el poeta á mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apénas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él á las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razon, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene á suceder que esta época de elaboracion y transformacion espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden á toda grandeza, á entrar en el goce de sí mismos, y á ser reyes de reyes, es para los poetas,—hombres magnos,—por la confusion que el cambio de estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave

de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, dias y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve á las de su alma.—De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esas nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal necesaria consecuencia de los tiempos, ingénua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado, como el pavon de plumaje brillante, del don del canto.

Hembras, hembras débiles parecerian ahora los hombres, si se dieran á apurar, coronados de guirnaldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebetes, el falerno meloso que sazonó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fué hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal del Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, ó como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ánsia investigado,—que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado á profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte á colorear con la nubedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso ó predicador que ponga uncion y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincon más callado están airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Vision Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin

reposar ni dormir, por toda la tierra—y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir á la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del dia que muere, deleite de alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables é inquietas; no hay caminos constantes; vislúmbranse apénas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas—y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, ó se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboracion del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian á cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad ó vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios é intranquilos; alarmado á cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que ántes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobrezas de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribian pausadamente, año sobre año, en el reposo de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, ó en el ancho sillon de cordoban de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponia en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura. Sólo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la produccion de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de

obras, pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aún para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce, —por ser sentimiento culminante y vehemente cuya tension fatiga y abruma,—obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; este es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan á andar sin tropiezos por toda la tierra; ántes, apénas echaban á andar, daban en muro de solar de señor ó en bastion de convento. Se ama á un Dios que lo penetra y lo pervade todo. Parece profanacion dar al Creador de todos los séres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno sólo de los séres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los piés desnudos y los brazos abiertos; no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiado, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como ántes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos dias y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentandose con las impresiones y juicios análogos, que volaban á agruparse á la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, dejo natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habian de convertirse en sonajas de bufon de rey, ó en badajo de campana de iglesia, ó en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresion del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias de amor trabadas entre las cazoletas de la espada y vuelos del guarda-infante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pié en pié. El hablar no es pecado, sino gala; el oir no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oido puesto á todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo

sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansion, comunicacion, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como ántes, ni casa, ni larga vida. Nacen á caballo, montadas en relámpago, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, despues de salida trabajosa, á número escaso de lectores; sino que, apénas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen á la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma á lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguian en silencio en la mente como recias torres, por lo que, cuando surgian, se las veia de léjos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran,—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas, se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas; de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece tambien, que con la gran labor comun de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mútuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso, la aparicion aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de indole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando á las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las

llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan ménos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba ántes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo á cosechar los frutos de la naturaleza y á estimar sus flores, tocan los antiguos maestros á ménos flor y fruto, y á más las gentes nuevas que eran ántes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asístese como á una descentralizacion de la inteligencia. Ha entrado á ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual á colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se dilúen, se expanden las cualidades de los privilegiados á la masa; lo que no placerá á los privilegiados de alma baja, pero sí á los de corazon gallardo y generoso, que saben que no es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá á la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene á verse, anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy—auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa—la nostalgia de la hazaña. La guerra, ántes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza á ser crímen. La córte, ántes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados á los bardos modernos, que aunque á veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y áun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden á las breñas agrestes de Inglaterrra, y de otro á la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones;—y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay oc-

cidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio á que asistimos, y en esta refaccion del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladradores; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses,—la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros á los labios sedientos de los poetas:—¡vacien de sus copas de piedras preciosas el agrio vino viejo, y pónganlas á que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma,—y muevan con sus manos febriles, á los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los piés y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fué, en más ó en ménos, poeta personal,—y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales ó sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.—¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más ó ménos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía á su hijo; mas él á sí propio: no hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún, y harto confusas, las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí—porque á los pueblos viene el perfume, como al vino, con los años—elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raices desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbélica; la vida íntima febril, no bien

enquiciada, pujante, clamorosa, ha venido á ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas cuánto trabajo cuesta hallarse á sí mismo! El hombre, apénas entra en el goce de la razon que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable—alimentada. No hay más difícil faena que ésta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la expontánea y pre-natural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas los que ántes de él han venido. So pretexto de completar al sér humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pié junto á su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene á la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene á ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida á las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, á la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar á los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposicion de ajenos perjuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada: ¡hé ahí el único modo de poblar la tierra de la generacion vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste, mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres á sí mismos: urge sacarlos del mal gobierno de la convencion que sofoca ó envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frio y falso. Sólo

lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca á cada hombre reconstruir la vida: á poco que mire en sí, la reconstruye. ¡Asesino alevoso, ingrato á Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir á las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oido, ántes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del ódio! Reo es de traicion á la naturaleza el que impide, en una vía ú otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicacion directa y el expontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre!

¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana—que es órden magna de caballería,—el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas, en tono de plegaria, y las sacó de la oracion á modo de ánfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos!—El poema está en el hombre, decidido á gustar todas las manzanas, á enjugar toda la savia del árbol del Paraiso y á trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios en otro tiempo la espada exterminadora! El poema está en la Naturaleza, madre de senos próvidos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la Naturaleza!

¡El Poema del Niágara!—lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido que pide á su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un sólo pecho; el túmulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y enala la frente del hombre á la faz de la grandioso; la compenetracion profética y suavísima del hombre rebelde é ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo Eterno, y el vertimiento deleitoso en la creacion, del

que vuelve á si el hombre ébrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido co-rey de la Naturaleza!

¡El Poema del Niágara!—el halo de espíritu que sobrerodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno; ménos fragosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va á parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que desvasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de un hálito, como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruge; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar ó en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: hé ahí el poema imponente que ese hombre de su tiempo vió en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente á lo general y á lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relacion de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiracion del genio cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estalos animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Bonalde, apénas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vió sólo, catecúmeno enérgico de una religion no establecida, con el corazon necesitado de adorar,

con la razon negada á la reverencia; creyente por instinto, incrédulo por reflexion. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse á rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastrocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio, del análisis que las reprime, cuando no las prohibe ó ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora á gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la Libertad,—que no debiera, por cierto, llevar jamás espada; en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la sávia de un árbol en el cuerpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batian las sienes; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, ¡todo es castillo solitario y armadura vacía! lo presente ¡todo es pregunta, negacion, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo! lo venidero, ¡todo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fué el poeta á saludar la hazaña de la Naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemido de dolor á la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios, como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heróicas. El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaria sin miedo el cetro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa: enfríase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el hosanna! La luz es el gozo supremo de los hombres.—Ya pinta el rio sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata,

evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventisquero; ora columnas de fuego; ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Ícaro. Es nuestro tiempo, en frente de nuestra naturaleza. Ser eso, es dado á pocos. Contó á la Naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fué pujante, porque fué sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fué impresion, choque, golpe de ala, obra genuina, rapto súbito. Vése aún á trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la Naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma; pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero á poco pone bien el oido, y á despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla: el consonante magulla siempre;—allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo comun, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió á estos versos; la majestad evoca y pone en pié todo lo majestuoso. Su estrofa fué esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y vá á morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos á forma ni extension; acá enseñoreándose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfeccion de la forma se consigue casi siempre á costa de la perfeccion de la idea. Pues el rayo ¿obedece á marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fué jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Perez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como éste de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y á cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la

mente que el estudio esmerado y la aplicacion oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la diccion de este poema redonda y hermosa; la factura ámplia; el lienzo extenso; los colores á prueba de sol. La frase llega á alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, ó plegada con majestad, ó fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imágen fugitiva, el verso queda sin concluir, ó concluido con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima PÉREZ BONALDE lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por decontado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otros frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, á mellar aquí un extremo, á fortificar allí una juntura, á abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriria la perla de ella. El verso es perla. No han de sér los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmin del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todas los retoños entecos, ó amarillentos, ó mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con ménos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa, y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente, y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza, y de una sola inspiracion, porque no es obra de artesano que trabaja á cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de BONALDE este poema, y es una de sus fuerzas: fué hecho de una pieza.

Oh! esa tarea de recorte, esa mutilacion de nuestros hijos, ese trueque de plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar pala-

bras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar á destiempo en cuanto á las causas reales de la union. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente, ni con ese encanto de cosa vírgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de traje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aún con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrúsgulo osado; que á cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Termo en cielo sembrado de astros, gemidos de contagio. y desesperanzas aprendidas; ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene á recoger las piedras del camino. Saluda el sol, y acata al monte. Estas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oido. Pues; ¿quién no sabe que la lengua es ginete del pensamiento, y no su caballo? La imperfeccion de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algun momento abatida y azorada de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada

de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. BONALDE mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fé absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado que ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oido lo que no dice. Saca fé en lo Eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el *Eco* que juega con las palabras,—porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dió,—le responde que nada sobrevive á la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del terrente. Ni hay torrente como nuestra alma. No! la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término. La mente no podria concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se dá á los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invencion repugnante y bárbara, si estuviera limitada á la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, cementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan á la imaginacion de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra—¿y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado á tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo, y sale íntegro y no empleado de la tierra?—Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la

fé en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que á veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbra? Echa su cuerpo á la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado que te alimentas de tí mismo. —Hé aquí una lira que vibra! hé aquí un poeta que se palpa el corazon, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone á los aires vivos la arrogante frente! He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! He aquí un vigoroso braseador que pone el pié seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afan siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno.—El no persigue á la poesía, breve espuma de mar hondo, que sólo sale á flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa á los importunos sus caprichos. El aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, á vientos desconocidos, y se anda naturalmente á paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y vé en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida á las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fué libre, ingénuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrogan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la Naturaleza, de privar del ejercicio natural de sus facultades á criatura tan augusta como el sér humano? ¿Quienes son esos buhos que vigilan la cuna de los reciennacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaides de la mente, que tienen en prision de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender á Dios, se arroja á corregir la obra divina? Oh, Libertad! no

manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de tí el recien nacido!—Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres á la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienza ahora, con más indecoroso humillamiento, á ser esclavos de la Libertad! Bien hayas, cantor ilustre, y vé que sé qué vale esta palabra que te digo! Bien hayas tú, señor de espada de fuego, ginete de caballo de alas, rápsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno á la Naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste á la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja á los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimiento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas agenas, males de libros, fé prescrita, y caliéntate á la llama saludable del frio de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pié sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando á la vida su secreto.

JOSÉ MARTÍ.

Nueva-York, 1882.

# CUESTION DE HONRA.

Ha publicado *El Globo* de Madrid una notable carta de su corresponsal en Amsterdam, el erudito y reputado publicista Sr. D. J. del Perojo, cuya lectura nos ha conmovido profundamente. La alta calificacion que de tan discreto y competente juez ha obtenido la REVISTA DE CUBA, y el lugar prominente que ha ocupado esta coleccion en el gran certámen de Amsterdam, donde obtuvo medalla de oro, segun informes autorizados, no podrán ménos de ser acogidos con el sentimiento que debe rebosar en los que amando á su patria se regocijan y enorgullecen con esta clase de triunfos, anteponiendo los timbres y la gloria con que la enaltece la cultura intelectual, á todas las ventajas que el mundo envidia, de su dulce clima y su riquísimo suelo.

Pero á la primera expansion de legítimo orgullo ha sucedido despues en nuestro espíritu una triste duda, un temor cuya causa dirémos á nuestros lectores despues de trascribir, como vamos á hacerlo, la carta del Sr. Perojo.

Dice así:

Amsterdam, 21 de Julio de 1883.

Una de las cosas más dignas de estudio en nuestra seccion, es la parte bibliográfica. Muy grande es el número de libros que hemos ex-

puesto procedentes de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y aunque no están todos los que podian haberse enviado, sin embargo, con los que existen hay número suficiente para conocer algo del movimiento intelectual en aquellas islas.

Entiendo para mí que la verdadera importancia de los pueblos consiste en la altura que alcanza su desarrollo intelectual, y que nada es ni significa la riqueza material de sus productos, cuando el espíritu no ha podido levantarse á las altas concepciones intelectuales. Débese, pues, examinar con mayor detenimiento, si cabe, esta interesantísima parte bibliográfica de nuestra seccion, pues á más de ser superior á las otras bajo todos aspectos, es la única que puede revelarnos el nivel científico en que nuestras provincias ultramarinas se encuentran.

Bien sé que lo corriente en estas Exposiciones es detenerse sólo ante los escaparates y armarios de los objetos más ó ménos raros y más ó ménos ricos que encierran, y que en cambio se pasa de ligero por las hileras de libros y folletos que por lo regular hasta suelen relegarse al peor de los sitios, donde pocos ó casi nadie, suelen detenerse.

. . . . . .

. . . . . .

Un país no está en los productos de su suelo ni en los artefactos de sus naturales. Un país solo en sus libros puede ser conocido; es decir, en las obras del entendimiento, únicas que pueden darnos muestras de su espíritu y su genio.

. . . . . .

. . . . . .

Por esto séame permitido aconsejar á los que quieran conocer nuestra Exposicion, que se detengan á examinar la seccion bibliográfica. Y viene como de molde á probar nuestras aserciones, lo que con la isla de Cuba nos sucede. Ya hemos dicho lo muy poco que á Amsterdam ha enviado Cuba, tan poco, que puede temerse mucho de los errores que sobre esta escasez de productos han de nacer. Esto bajo el punto de vista material. En cambio, la série de trabajos científicos y de obras de todo género que existen es tan importante su valor, es tan inmenso, que los más de ellos honrarian á cualquiera de esos grandes centros europeos que la ciencia parece privilegiar. Así que todo lo que por

aquel concepto material pierde, lo gana por este otro, puesto que se presenta á nuestros ojos con todas las condiciones y requisitos que pueden pedirse al pensamiento moderno.

En la imposibilidad de señalar una por una las obras de importancia que existen, me ocuparé principalmente de aquella que, por decir así, resume en sus páginas todos los diferentes aspectos de la cultura cubana: de la Revista de Cuba. Además, nada tan propio como las Revistas para apreciar la altura en que un pueblo se encuentra, y nada á la vez tan característico para estimar las particularidades de su especial modo de pensar y de sentir. Una Revista, en efecto, es el mejor espejo que puede escogerse para estudiar íntimamente la forma en que el entendimiento humano se desenvuelve, particularmente en los diferentes centros del mundo civilizado; porque en sus páginas podemos, no sólo estimar el valor literario ó científico de los numerosos escritores que allí estampan el proceso de su pensamiento, sino tambien el verdadero genio, la natural idiosincracia del pueblo en que se publica. Por las Revistas se aprende, á más de los trabajos de un gran número de escritores y del modo general en que informan sus pensamientos, los gustos, aficiones é ideales del público que los lee, colaborador de todos el más importante, y cuyo concurso mudo, pero asíduo, es de tanta monta como los trabajos todos de los mismos escritores.

En toda Revista existen, pues, dos elementos, ámbos á cual más significativos; el que lee y el que escribe, el redactor y el suscritor. Por una Revista se puede determinar holgadamente el genio del pueblo en que se publica, por lo ligados que en ella han de estar el concurso del que lee con las producciones del que escribe; en lo que notablemente se distingue del libro propiamente dicho, pues este en muchos casos es solo fruto de una individualidad que en nada afecta á los gustos y tendencias del sitio en que se ha producido. Un libro es un trabajo singular que puede ser extemporáneo y contrario al medio mismo en que se publica, mientras que una Revista es una obra colectiva, compuesta de los elementos principales en accion en las sociedades, lo que hace el modo genuino y particular que todas presentan, á pesar de proponerse siempre el mismo fin. No cabe que el más torpe confunda una con otra las diferentes Revistas que existen en el mundo, áun

cuando se escribieran todas en una misma lengua, pues entre la *Revue des Deux Mondes*, por ejemplo, y la *Edimburgh* ó *Quartely Review*, hay todas las diferencias que existen entre un francés y un inglés.

La Revista de Cuba, que dirige en la Habana el distinguido escritor D. José Antonio Cortina, tiene siete años de existencia, duracion más que suficiente para que sea tenida su existencia como definitiva y podamos, por lo tanto, estimarla como la fuente más á propósito para el que quiera conocer la cultura de Cuba.

Respecto al juicio que en conjunto me merece la Revista de Cuba, puedo decirlo en muy pocas palabras: creo que es la mejor Revista que se publica en nuestro idioma, y que está á la altura de muchas de las reputadas buenas en Europa. Y no se crea que hablo á humos de paja ni halagado por el amor propio que todos siempre tenemos por la tierra natal. He tratado de formar mi opinion con el mayor desinterés posible, y he examinado uno á uno y con la detencion que se merecen los ocho tomos que lleva publicados, por lo que tengo la más entera tranquilidad respecto al juicio que he aventurado, y segurísimo estoy de que lo mismo pensarán cuantos se entretengan en su lectura.

. . . . . .

. . . . . .

Varios son los servicios que á las ciencias presta la mencionada Revista. En primer término, á ella debemos el conocimiento de la existencia de un extraordinario movimiento filosófico en Cuba, en el que se descubren todas las novísimas tendencias del pensamiento moderno.

Desde sus primeros números parece que el Sr. Cortina presentía el empuje que á la filosofía iba á dar con su publicacion, pues de muy al principio nos hace conocer los trabajos de los antiguos filósofos cubanos, sobre todo, los del Sócrates cubano D. José de la Luz Caballero, pedagogo insigne, filósofo profundo y maestro en todas las ciencias.

Necesario en verdad era á las nuevas direcciones tener un punto lógico de partida, que fuera base de todo su movimiento, si en el órden de las ideas queria alcanzar alguna importancia. Ha cabido en esto inmensa fortuna á Cuba, teniendo á un maestro tan insigne como Caba-

llero, cuyas enseñanzas por sí solas despertarian á la reflexion y al exámen el pensamiento, por aletargado que pudiera encontrarse.

. . . . . .

. . . . . .

Entre los que figuran á la cabeza del actual movimiento científico en la Habana, hay uno que todos en Madrid conocemos muy bien, y que, aunque hace años que falta de entre nosotros, al decir su nombre no hay quien no esté conforme en reconoecr que su poderosa inteligencia, en cualquier parte que se hallare, habia de alcanzar altísimo puesto: me refiero á D. Rafael Montoro. En el Ateneo, en las Revistas todas, y particularmente en la *Revista Contemporánea*, de la que fué en union con el malogrado Revilla, uno de los principales elementos en la prensa periódica, por todas partes dejó envidiable reputacion cuando apénas contaba veintidos años.

Señalar este movimiento es asunto que exige alguna extension, y que por no ser en extremo largos, aplazamos para otro dia. Diremos nada más que en él se distinguen escritores como Montoro, cuyos triunfos en el Ateneo y en las Revistas de Madrid y acreditaron entre nosotros sus extraordinarias dotes como orador de primera fuerza y filósofo consumado, no obstante sus poquísimos años; D. E. J. Varona, pensador tan universal y crítico tan profundo, que sólo en Taine se halla algo semejante; Mestre, Montané y otros que, como prometo, serán objeto de un estudio especial.

*José del Perojo.*

Ahora, y despues de felicitar calurosamente al Dr. Cortina, Director de la laureada Revista de Cuba, á nuestros compañeros los señores Montoro y Varona, y á los demás distinguidos escritores que tanto han contribuido con sns trabajos á colocarla en el alto puesto que le asigna el Sr. Perojo entre todas las que se publican en nuestra lengua, debemos explicar los motivos de la duda que ha sobrecogido nuestro ánimo en los momentos en que nos vanagloriamos de que una publicacion cubana hubiese merecido calificaciones tan honrosas para el pueblo que la sostiene, puesto que como dice tan atinadamente el inteligente corresponsal, es aquel siempre el más eficaz y activo colabo-

rador de las de su clase, porque éstas no pueden mantenerse mucho tiempo, sino cuando hallan elementos de vida en la cultura de aquellos para quienes se escriben.

¿Se halla en este caso la REVISTA DE CUBA? ¿Es ella el exponente genuino de la ilustracion del país, índice de nuestros adelantos en los esjudios científicos y literarios, ó únicamente la obra laboriosa de una voluntad individual, solitaria columna que en vez de ostentar los timbres de la civilizacion cubana, solo lleve grabado el nombre del generoso y entusiasta jóven que á costa de grandes sacrificios la ha sostenido durante siete años, sin otra recompensa que este purísimo regocijo de que su abnegacion, desconocida por sus compatriotas, ilustre á su patria en el extranjero con los reflejos de una aureola que acaso no le pertenece?

La resolucion de este problema, en que tanto se interesa nuestro patriotismo, la remitiremos á la conciencia, á los sentimientos de dignidad y decoro de las personas ilustradas cuya cooperacion imploramos para que la REVISTA DE CUBA, cuya suscricion apénas basta para cubrir la mitad de sus gastos, pueda continuar publicándose sin abusar como hasta aquí de la generosidad de su fundador, y dentro de las condiciones normales que son indispensables para darle estabilidad, y á la vez para que no resulten mentidas é irrisorias las deducciones que en honra de nuestra sociedad ha consignado en su escrito el corresponsal de Amsterdam.

¿Será atendida nuestra indicacion? Así lo esperamos:—es cuestion de honra.

(De *El Triunfo*, 13 de Octubre de 1883.)

# MARATON.

A MI BUEN AMIGO J. MAYOL.

«¡A Grecia, mis valientes!
Sus hijos orgullosos,
Vencidos, aherrojados,
Conozcan mi poder!
¡Marchad!.... ¡marchad al punto!
En ruegos y sollozos
Cambiadme sus desprecios;
¡Vengado quiero ser!»

Clama el señor que impera
Del Indo hasta el Egeo,
Y desde Euxino y Caspio
Hasta de Arabia el mar;
No es de vengar ultrajes
Del déspota el deseo;
¿Ultrajes?.... ¡Ah! no existen....
¡Desea conquistar!

Y henchidos sus bajeles
De innúmeras legiones,
El Helesponto surcan,
Y ceden al furor
Del viento y de las olas....
Empero.... aún hay millones
De esclavos en Oriente....
Darío es el Señor....

Es el Señor, y en nuevos
Bajeles presuroso,
Envía sus soldados....
¡Mirad!.... mirad allí....!
Llegaron! Triste Grecia!
Darío, rencoroso,
¡Qué suerte tan horrible
Reserva para tí!

Si libre te llamaste
Y al par independiente,
Guay! perderás ahora
La dulce libertad!
Te postrarás sumisa,
Doblegarás la frente,
Y acatarás del déspota
La fiera potestad!

Uncida de sus triunfos
Al carro trepidante,
Irás allá.... muy léjos....
Por él á combatir;
Y allá en esas regiones,
Cada laurel brillante
Que alcancen tus proezas,
¡Él sólo ha de ceñir!

Y para tí... ¡desprecios!
Y el nombre vergonzoso
De sierva.... ¡y nunca, nunca,
Justicia reclamar!
Justicia? ¡A tus clamores,
Airado ó desdeñoso,
Tus hierros aumentando
Supiera contestar!

Las cultas atenienses
Y austeras espartanas,
En las mansiones régias
Del lúbrico Señor,
Adornarán el cuerpo
Con joyas cortesanas....
Y arrojarán en tanto
Del alma su pudor....!

Doblega, resignada,
La entristecida frente!
Los hados son adversos
Y es vano resistir!
El que sus leyes dicta
Al anchuroso Oriente,
¿Qué intentará que luego
No llegue á conseguir?

¿Pretenderás, osada,
En desigual pelea,
A Dátis, su caudillo,
Que á Aténas vá, vencer?
¡Cayó tu gran baluarte!
¡Cayó por fin la Eubea!
Al persa victorioso,
¿Quién puede contener?

Contémplalo.... Confiando
En otro lauro, avanza....,
A Maraton se acerca....,
Detiénese.... El leon,
Tal hace en el desierto:
Despues.... ¡despues se lanza
Sobre la débil presa
Mas ráudo que el turbion!

Así.... mas, ¡ah! ¿qué miro?
Allá.... no muy distante,
Del sol á los reflejos,
Distínguense brillar
Cascos.... escudos.... lanzas....
Espadas.... y delante
Milciades.... ¡Los de Aténas
Que vienen á luchar!

¿Con qué es verdad? Al paso
De la invasora gente,
¿Opónense atrevidos?
Inútil ha de ser
Su patriotismo heróico!
No el láuro el más valiente
Ha de ceñir, que el láuro
La fuerza ha de obtener!

Y llegan.... ¡Ay! cuán pocos!
De Aténas lidiadores,
Pronto!.... volved la planta!
Que al ménos conservar
Podais vuestra existencia!
¡Son diez los invasores
Contra un patriota.... ¡Pronto!
¡Locura es no tornar!

Ah! pronto, sí.... ¿Qué digo?
¿Quisieran esos bravos
Por conservar la vida
Sumirse en la abyeccion?
¿Qué suerte más horrible
Qué confesarse esclavos?
Morir? ¡Eso pretenden
Huyendo del baldon!

¿Qué voz.... qué voz ahora
Robusta se levanta....?
¡Milciades, que el momento
Señala de la lid!
El de potente brazo,
El de la firme planta,
Aumenta el entusiasmo
Del ateniense.... ¡Oid!

«De odiosos enemigos
No el número amedrenta
A libres corazones....
¡Las armas preparad!
Están frente á vosotros
Las huestes del que intenta
Hacer á Grecia esclava:
Patriotas!.... ¡Avanzad!»

Y avanzan.... y en la lucha
Revuélvense.... ¡Oh! atletas!
Triunfantes ó vencidos,
Sereis la admiracion
¡De las futuras gentes....
De Aténas los poetas,
Os deberán mañana
Fogosa inspiracion!

«¡Qué grandes! Qué sublimes!»
La pregonera fama,
Hablando de vosotros
Al mundo le dirá:
En varoniles pechos,
La inestinguible llama,
Del noble patriotismo
Así se prenderá!

¡Sublimes, ¡oh! sublimes!
De persas circundados,
Vibrais la lanza fiera,
Y luego, al descender,
Mirais á vuestra plantas
A innúmeros, postrados,
Y haciendo con su sangre
La tierra enrojecer....

Seguid!.... Mas.... ay!... En vano!
Que el brazo diligente,
Aunque certeros golpes
Dirige sin cesar,
Al fin.... ha de rendirse....
Que inmenso ese torrente
De persas, desbordado,
No es dable, no, atajar....

Oh! dioses!.... No de Aténas
Los bravos defensores,
Perezcan en la lucha!....
De Oriente el opresor,
Vencidas y deshechas
Sus huestes las mejores,
A un pueblo no arrebate
Su libertad y honor....!
.....
.....

Fatalidad!.... El centro,
El centro titubea!....,
Temístocles!.. . Arístides!....,
Valor!.... valor! mas,...., ¡ah!
Las álas atenienses
Repléganse...., ¡qué idea!
¡Qué idea tan grandiosa!
¡Salvada Grecia está!

El flanco de los persas
Envuelven los patriotas....
Redóblase el esfuerzo....
Victoria!!.... Con pavor
De Dátis las legiones
A sus bajeles, rotas,
Huyen.... ¡Loor eterno
De Grecia al salvador!

¡Gloria á Milciades! ¡gloria!....
Su nombre refulgente,
Helénicas ciudades,
Por siempre conservad
En mármoles y lienzos....
¡Laureada sea la frente
Del héroe que ha lidiado
Por vuestra libertad!

Alza su voz.... ¡oidlo!....
Increpa á la aterrada
A la dispersa tropa:
«Hácia el Oriente huid
Imbéciles esclavos!
De la ateniense espada
Los tremebundos golpes
A vuestro rey decid!»

«Decidle que los griegos
No quieren la existencia,
Si abyectos cual vosotros
La frente han de doblar:
Que fuera la deshonra
Perder su independencia,
Y veces mil primero
La Grecia han de incendiar!»

Calla el guerrero invicto,
Y luego, presuroso,
A Aténas vá un patriota;
No cuida si sus piés
Se cansan y ensangrientan....
Prosigue.... y siempre ansioso.. .
¡Nuncio de la victoria
Ese patriota es!

Jadeante.... sin aliento,
Dirígese al sagrado
Recinto de las leyes....
Penetra en el salon....
Convulsa allí la diestra
Extiende hácia el Senado,
Y al suelo rueda.... y muere
Diciendo: ¡Maraton!!

CÁRLOS RAFAEL.

## ASILO DE HUERFANAS EN BRUSELAS.

Este establecimiento ha sido construido para recibir ciento cincuenta niñas. Las recibe á los seis años y las despide á los diez y ocho, provistas de un oficio.

A los trece ó catorce años se las separa en dos clases. Las que han demostrado más aptitud para la instruccion son puestas aparte. Reciben éstas una educacion complementaria y concurren á obtener los certificados y diplomas que confieren el derecho de enseñanza; á la salida se les nombra institutrices adjuntas en las escuelas de la ciudad. Algunas quedan en la casa para trasmitir á las niñas que se envian los mismos cuidados que ellas recibieron. La vida transcurre así apaciblemente en esta casa que es á la vez una patria y una familia.

Es el menor número de las elegidas, el impulsado en la carrera de la enseñanza.—La mayor parte son educadas para modistas, planchadoras, criadas, cocineras, recibiendo al efecto lecciones del arte culinario, no para la cocina de casa que es sencilla y poco variada, pero sí para satisfacer los pedidos de algunas personas de la ciudad que encargan ya platos, ya ramilletes. Las aprendices cocineras ejecutan su trabajo bajo las órdenes de sus maestras.

Parece que las mucamas que salen de ese establecimiento son muy apreciadas en Bruselas, pues saben todo lo que concierne á su estado; todos los detalles del servicio, sin olvidar la cocina.

En la casa los cuidados están á cargo de las mismas niñas: las más grandes se ocupan de las más pequeñas; hacen ellas mismas sus vestidos y todo lo que sirve al uso de la vida. Hacen tambien, por cuenta de particulares, ciertos trabajos de costura. El dinero ganado se divide en dos partes. Una queda á beneficio de la casa, la otra es puesta á beneficio de la huérfana; en una libreta de caja de ahorro, y la masa es entregada á la jóven á la salida de la escuela.

Pero en general no se impulsa á las niñas en esa clase de trabajo remunerado, pues tienen bastante que hacer en la casa para que tomen otros nuevos de fuera.

La instruccion es muy variada. Examiné muchos de los cuadernos y de los libros de esas escolares.

—Y quiere usted hacer mucamas con ellas? le pregunté á uno de los administradores. ¿No teme usted que sepan más que sus amos?

Me confesó que esa aprension no dejaba de tener su fundamento y que le habia inquietado más de una vez.

—Ahí tiene usted, me dijo; yo no sé hasta qué punto tenemos razon al estimular los estudios musicales en esas niñas; sin embargo, debo confesarle que hasta ahora los inconvenientes que tenemos no se han hecho sentir en la práctica. Las personas con quienes hemos colocado nuestras huérfanas se hallan muy contentas con ellas; las muchachas se mantienen en su puesto y hacen su servicio con regularidad y buen humor.

Sin embargo, yo conservo mis dudas. Quisiera saber, por medio de una estadística exacta, lo que llegan á ser esas huérfanas lanzadas al mundo. Algunas se hacen institutrices; esto es muy bueno; una gran cantidad se casan perfectamente; pero, ¿y las demás?... No me he atrevido á pedir datos....

Me inquieta sobremanera la cuestion de calcular el grado de instruccion que conviene dar á las personas á quienes la fatalidad de su orígen ha condenado á vivir en las capas ínfimas del órden social. Me temo mucho que por un espíritu de reaccion muy natural contra las costumbres del tiempo pasado, que consagraba alegremente las más montruosas desigualdades, no nos hayamos lanzado con un impulso demasiado brusco al otro lado, y no esparzamos aturdidamente una

educacion muy vasta para personas á las cuales embriagará el vino generoso al que no están acostumbradas.

Lo que hay de encantador en esa casa de huérfanas, es el aspecto de salud y de alegría que brilla en todos esos alegres rostros de niñas regordetas y rosadas. No se diria nunca, al verlas tan bien cuidadas, tan limpias, tan alegres y sonrientes, que no conocieron jamás la dulzura de los besos de una madre. Todo aquel pequeño mundo parece que vive feliz. Llamé una niña al acaso; debia tener de siete á ocho años.

—Veamos, niña, le dije, ¿sabes alguna fábula, una poesía cualquiera? Recítala; no tengas miedo.

Aquella tierna niña, de ojos despiertos, no manifestó temor, sin embargo. Éramos unos quince los que íbamos á oirla.

Nos recitó muy bien una poesía, que nos pareció un trozo de la *Comedia infantil* de Ratisbone.

Todos la cumplimentamos, la acariciamos, y yo sentia, en verdad, que ninguno de nosotros se hubiera llenado de dulces los bolsillos para entrar al Asilo de Huérfanas.

Todos los domingos viene un párroco á decir la misa. El altar está encerrado en una especie de alacena, á las que todas las piezas convergen.

Cuando se abre, las huérfanas no tienen más que arrodillarse sobre las bancas de sus pupitres, asistiendo así á la misa sin cambiar de lugar. Es una combinacion muy sencilla y muy ingeniosa. Por otra parte, la disposicion de la casa es muy práctica.

Las construcciones están dispuestas en cuadro y dán sobre un patio interior que queda completamente cerrado. El aire de este patio, que semeja un vasto pozo, no se renueva jamás. El sistema adoptado ahora es más preferible. Los diversos cuerpos de construccion dejan entre sí intervalos á través de los cuales pasa y circula el aire libremente.

Los administradores han reconocido este defecto, y lo han corregido, no utilizando el patio interior para el recreo de las huérfanas; éstas juegan en los grandes jardines al campo.

Los dormitorios son vastos, limpios y lucientes; la luz entra ám-

pliamente por sus anchas ventanas. El material escolar está admirablemente cuidado, como lo es siempre entre los belgas, que hacen de esto una especialidad.

Uno de los administradores me decia que el sostenimiento de esa casa de huérfanos, no pasaba de 50,000 francos al año. Está bueno; quise saber cuánto habia costado su instalacion. No supieron decírmelo.

En todo caso, es dinero bien empleado. Bruselas puede enorgullecerse de tener en él, un establecimiento modelo, que merece ser propuesto como ejemplo á todas las naciones del mundo.

FRANCISCO SARCEY.

# MISCELANEA.

### RECTIFICACION.

El señor don Alfonso Betancourt, hijo de don Gaspar Betancourt Cisneros, se ha acercado á nuestra redaccion para decirnos que no fué el dia 8 sino el 7 de Diciembre de 1866, cuando murió el insigne *Lugareño*.

### OBRA NOTABLE.

Hemos recibido varias entregas del *Diccionario Tecnológico inglés-español y español-inglés de los términos y frases usadas en las ciencias aplicadas, artes industriales, bellas artes, mecánica, maquinaria, minas, metalurgia, agricultura, comercio, navegacion, manufacturas, arquitectura, ingeniería civil y militar, marina, arte militar, ferrocarriles, telégrafos, &c*, por Néstor Ponce de Leon.

Nuestros lectores pueden formar juicio de la importancia de la obra, emprendida por tan distinguido hombre de ciencia, fijándose en la *Advertencia* que precede á la primera entrega; y es como sigue:

«Innecesario considero, dice, ocuparme en demostrar, no ya la gran utilidad de la presente obra, sino su imprescindible necesidad. En vista del extraordinario desarrollo que ha alcanzado el comercio entre

los paises donde se habla la lengua inglesa y los en que domina la castellana, desarrollo que vá tomando cada dia mayor incremento, el estudio de ámbos idiomas es hoy indispensable para los que en ese comercio se ocupan. Diariamente es preciso traducir cartas, pedidos, facturas, etc., etc., que á más de dar inmenso trabajo ocasionan pérdida de tiempo y grandes y perjudiciales errores, por falta de un diccionario como el que hoy me atrevo á presentar al público, pues no existe ninguno que dé los términos técnicos, ni áun siquiera los de su propia lengua.

»La monumental obra de Webster, acaso el más completo y mejor diccionario de una lengua hoy conocido, es pobrísimo bajo este concepto; sólo trae los términos más importantes, y esos con muy pocas acepciones; los relativos á artes industriales, ferrocarriles, telégrafos, etc., faltan en él, en su mayor parte, como podrá verlo el que quiera tomarse el trabajo de examinarlo: igualmente faltan en el excelente diccionario de Worcester y en todos los demás de la lengua inglesa. Nada agregaré acerca de este particular respecto á los diccionarios en español é inglés, pues áun el mejor de éstos, el de López y Bensley, sólo dá un número cortísimo.

»Largos años llevo de práctica como traductor, y á menudo sólo á costa de grandes esfuerzos me ha sido posible llevar á cabo algunas de las traducciones que me han sido encomendadas; teniendo que importunar á personas competentes para obtener la equivalencia de muchas palabras, y malgastando un tiempo precioso en consultar gran número de tratados y manuales para encontrar voces que ningun diccionario presenta. Unas veces me he visto obligado á dejar en claro algunas palabras, confesando francamente que no me era posible averiguar su significado; otras me he negado á admitir algunas traducciones por creer que no podria hacerlas debidamente; y algunos casos pudiera mencionar de trabajos rechazados por mí, y de que se han hecho cargo personas ménos concienzudas, que los han llevado á cabo á su modo, dando lugar unas veces á chascos ridículos y otras á graves perjuicios.

»Por hallarme tambien ocupado en la publicacion y comercio de libros, he tenido oportunidad de conocer la falta que esta obra hace, pues no pasa dia sin que alguno venga á solicitar diccionarios técnicos

en inglés y español, teniendo que contentarse con los de Tollhausen, Mothes, Smith, etc., en inglés, francés y aleman, ó con deplorar la falta de uno análogo en nuestra lengua.

»Estas consideraciones me movieron á emprender la obra cuya primera entrega sale ahora á luz. Puedo asegurar, sin temor de ser desmentido, que será más completa que cualquiera de los diccionarios hasta hoy existentes en lengua alguna, pues en ella he refundido todos los de algun mérito que conozco. El método que para ello he seguido es muy sencillo: he tomado por base el Diccionario Tecnológico, inglés, francés y aleman de Tohllhausen, indudablemente el mejor que existe, y lo he traducido; á éste he agregado todas las voces técnicas contenidas en los 33 diccionarios cuyos títulos al pié cópio, y además las que he encontrado en un gran número de tratados, manuales, etc., sobre las materias que con mi asunto se relacionan, y en un número aún mayor de catálogos industriales publicados, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos.

»Debo advertir que este libro no es un diccionario de *definiciones*, sino simplemente de *equivalencias;* á imitacion de todos los diccionarios análogos, sólo doy definiciones de aquellas palabras que por representar objetos, aparatos, instrumentos ó aplicaciones nuevas, no se encuentran en ningun diccionario de la lengua castellana: de lo contrario, las proporciones del libro hubieran tenido que ser enormes, y su precio lo pondria fuera del alcance de las personas que más lo necesitan.

»Una de las dificultades mayores con que he tenido que luchar ha sido la variedad de nombres con que á veces es conocido un mismo objeto en las diferentes provincias de España y en los diversos países de América en que se habla la lengua española. He aceptado siempre con preferencia los términos que se encuentran en alguno de los diccionarios de la lengua, pues los demás en su mayoría sólo los conozco por catálogos, generalmente muy mal traducidos, ó por informes verbales de personas de la profesion, muchas de las cuales, por su falta de instruccion, no me prestaban suficiente garantía para considerarlas autoridad. Doy, sin embrrgo, todos los términos americanos y provinciales que por conducto fidedigno han llegado á mi noticia.

»No dejará algun purista timorato de echarme en cara que he admitido ó que pretendo incorporar en el idioma palabras de orígen extranjero: responderé que he tenido que aceptar, como se ha hecho en otros idiomas, las palabras extranjeras que por representar objetos nuevos ó no usados entre nosotros no tienen equivalentes en nuestra lengua; y que miembro de una comunidad en que se dá carta de naturaleza á todo extranjero que la solicita despues de una residencia de cinco años, no he titubeado en aplicar á la lexicografía un sistema que tan buenos resultados ha dado en política. Advertiré sí, que sólo lo he hecho cuando he encontrado la palabra aplicada oportunamente por algun autor de nota, cuando me ha sido dada á conocer por persona competente, ó cuando el uso la ha naturalizado. Además, si escritores como Ochoa y lexicógrafos como Dominguez, Salvá, Fernandez Cuesta, Caballero y otros aceptan *biela*, *manivela*, *piston*, *tender*, etc., habiendo en castellano palabras rancias equivalentes; si se usan *chucho*, *rana*, *estacion*, *conexion*, *riel*, *wagon*, *tramvia* y otras muchas que á distancia trascienden á extranjería, ¿por qué no aceptarémos *cablear*, *cablegrama*, *calograma*, *telefonear*, *etc.*, siendo tan expresivas, y cuando de no usarlas tendríamos necesidad de un largo rodeo para explicarnos?

»Muy léjos me hallo de suponer que este diccionario sea una obra perfecta, completa y exenta de errores; necesitaríase para ello en primer lugar, que yo conociera á fondo las múltiples materias á que se refiere (lo cual ni por un momento pretendo), y en segundo que existiera un gran número de obras análogas en nuestra lengua que me hubiesen servido de base, presentándome los equivalentes. A pesar de ésto no quiero imitar á los antiguos dramaturgos, diciendo al final: *perdonad sus muchas faltas*, sino que por el contrario suplico encarecidamente á los críticos benévolos y á los que por trabajos de esta naturaleza se interesen, que me comuniquen los errores que en él encuentren y las palabras nuevas que se les presenten, para enmendar unas é insertar las otras, en el apéndice que tiene que llevar imprescindiblemente este libro.

»En cuanto á los Zóilos empedernidos que me critiquen despiadadamente, sólo por afán de criticar y sin tener en cuenta las infinitas

dificultades que una obra de esta naturaleza ofrece, me contentaré con pasarles el *palito* y decirles como el andaluz del epígrama:

«Pues hágalo usted mejor.»

La REVISTA DE CUBA felicita calurosamente al señor Ponce de Leon, por su nueva y utilísima obra.

### EL POEMA DEL NIÁGARA.

El artículo del señor Martí que lleva este título y publicamos en el presente número de la REVISTA DE CUBA, sirve de prólogo al notable *Poema del Niágara*, del conocido y popular poeta sud-americano don José A. Perez Bonalde.

### LA LIBERTAD.

El distinguido literato mantancero, señor don Emilio Blanchet, correspondiente de la Academia de Buenas letras de Sevilla, ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de su preciosa oda *La Libertad*. En el próximo número de la REVISTA DE CUBA la darémos á conocer á nuestros lectores.

### ERRATAS.

En el número 3 de esta REVISTA, correspondiente al mes de Setiembre, se han deslizado las siguientes: Página 201, en la nota, línea 2, dice *Tuz*, léase *Fernandez*.—Página 205, línea 11, dice *Machuca*, léase *Marchena*.—Página 275, línea última, dice *sin*, léase *son*.—Página 276, línea 15, dice *La*, léase, *Si la*.—Página 278, línea última, dice *único*, léase, *cómo*.—Página 281, línea 33, dice *limitarse*, léase, *extenderse*.

---

Habana, 31 Octubre de 1883.

*Director propietario*: DR. JOSÉ ANTONIO CORTINA.

# DON FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO

## Y SUS CENSORES.

Muy amenudo se ha hablado sobre las ideas que el ilustre Arango tenía en materia de esclavitud y de la trata; y los hombres que pertenecen á una tercera generacion descarian que hubiera pensado como ellos. Hay quien ha juzgado con harta severidad la influencia de sus servicios al suponer lo que contribuyó al aumento de la esclavitud. Arango no se ocupó como hombre práctico y de gobierno, de esa *sensiblería* de nuestros dias en que la teoría y la práctica riñen al verse juntas; pensó alguno que con llamar *rescate* á la esclavitud podia hasta renovarse la trata: el mal era el nombre por lo visto; otros hacian discursos y cantaban himnos á la libertad pero seguian ni más ni ménos haciendo prácticamente lo que defendia Arango como *necesario* miéntras él *creyó* que necesario era.

Mi querido maestro y primo D. Anastasio Carrillo y Arango, decia del respetable deudo:

«Pero en honor de su bello corazon sea dicho, al entablar su pretension para que se concediera una absoluta libertad en la introduccion de africanos, deploraba la urgencia que exigía tan odiosa franquicia, y se escapaban á su pluma aquellos principios de humanidad que más tarde le *obligaron á pensar de otro modo* y á llorar, quizás como el

ilustre y santo obispo de Chiapa el extravío del entendimiento. (1)»

Y más adelante considera el panegirista como la página más bella de su vida cuando «se nos presenta como el apóstol más celoso de la abolicion del tráfico.»—Fué en 1832 cuando elevó al rey su informe *sobre la condicion de los esclavos de Cuba y la necesidad de la supresion de la trata africana.* (2) Cerca de diez años despues ratificó estas nuevas ideas en el informe que pidió la Córte al país sobre las pretensiones del gobierno inglés sobre cumplimiento de los tratados. La gestion de Arango á favor de la abolicion fué más ámplia que la primera de Wilberforce: éste pidió la suspension del tráfico que monopolizaban los ingleses, siquiera de *sólo los extranjeros:* Arango la supresion *de hecho,* que de derecho existia como *perjudicial* ya al país.

¿Y pudo Arango olvidar las tradiciones españolas al calificar á la trata? ¿Pudo olvidar lo que dijo Solórzano y tantos otros magistrados dignísimos, el magistrado moderno? No; pero trató de la cuestion conformándose á una necesidad que consideraba fatal é ineludible en la época. Veamos, pues, lo que decia al rey, ó para el rey, su oficio que acompañó á la *Representacion sobre introduccion de negros,* con motivo de la insurreccion de Santo Domingo. Ved cómo pinta á los traficantes de la ahora suprimida trata: «Estos corazones de piedra, estos hombres inhumanos que ultrajan la humanidad y se envilecen al punto de hacer un miserable comercio de sus hermanos, de hombres..... su estupidez y codicia tienen encadenadas las facultades de sus almas.» No me parece que puede ennegrecerse más el cuadro.

Era un hecho el de la necesidad de brazos, y era otro lamentable, sin duda, miserable é inhumano, el de la trata ejercida *no por los españoles* sino por «los dinamarqueses, holandeses, portugueses, franceses, especialmente por los ingleses que concurren á satisfacer su ambiciosa necesidad y hacen de primera mano este *miserable comercio.* Nuestra España únicamente se abstiene de tal empresa. ¿Y es porque tiene en sus recursos con que sufrir el expresado defecto? *¡Ojalá!* (medítese en

---

(1) Elogio de D. Francisco Arango. (1862).

(2) Nota de la biografía de Arango inserta en el Diario de 24 de Abril 1837.—Habana.

esta exclamacion); pero la *desgracia* es que los suyos son menores comparativamente que los de cualesquiera de aquellos, y su necesidad es mayor que la de todas juntas. ¿Y *cómo satisfacerla?* No se *presenta otro medio, ni vemos abrazado otro* desde que sériamente piensa en su verdadero interés, que el rescatar los negros de las naciones rivales».

La legislacion de Indias prohibia la introduccion de extranjeros pobladores, y áun su comercio. Las palabras copiadas ántes son de un *papel sobre el comercio* de negros, que escribió el apoderado de la Habana contra una representacion del *comercio de la Habana* que estaba por los monopolios en el comercio de esclavos. Arango continuó entónces «Todo lo que de extranjero necesite una nacion búsquelo por aquel medio que le sea ménos costoso.» Por eso estaba por la libertad del tráfico en todo, y para que su semejanza con el obispo de Chiapa fuese mayor, en ese papel pedia, que si se sostenía á la compañía que representaba D. Felipe Alwood en su monopolio se le exigiera que trajese *cuatro mil esclavos* al año, y que el *tercio fuera de mujeres.* Uno ó dos años despues, escribió la «Representacion hecha á S. M. con motivo de la sublevacion de Santo Domingo,» que dirigió por circular á los tres secretarios, por creerlo de la competencia de todos y cada uno en Consejo de Ministros ó *haciéndose en Junta Suprema.*

«No nos debemos cansar de repetir, decia en 1811 («Documentos que hasta ahora se conocen, etc. pág. 43») que los negros vinieron y están aquí por *nuestras culpas;* pero no por *nuestra culpa*, sino por los que abrieron y allanaron ese camino con las armas de la ley, y áun la religion que, segun se nos decia, y *dicen todavía* (y añado yo que han seguido diciendo muchos libros de autores respetables) era muy interesada en libertar esas almas de su eterna condenacion.» Miéntras Arango no comprendia que pudieran los ingleses ocuparse de los bárbaros sin cuidarse de los nacidos en su casa y en sus familias; miéntras como hombre público y de gobierno aceptaba lo existente sin renunciar á mejorarlo, condenaba la hipocresía que invocaba á Dios: «Dios no permita que profanemos nuestra moral santísima cubriéndonos con el velo impío con que se pudo cubrir la desenfrenada codicia. Dios no permita, decimos, que ahora defendamos nosotros como un acto de

piedad la violencia....» Todas las corporaciones de la Habana en cuyo nombre se hablaba, aceptaron é hicieron suyas las palabras de Arango, traducidas al francés con el expediente formado, y merecieron los aplausos del gran escritor de la época, de Humboltd.

Entre las medidas que se presentaban como remedios de un mal evidente, y por lo evidente mayor, que era la ruina de la agricultura, Arango eligió el menor á su juicio, siendo para él problemático que se pudiera mejorar la suerte del negro en Africa: de ser esclavo en las naciones extranjeras, parecióle á Arango que con ventaja inmensa venía á servir á Cuba. Esta consideracion disminuyó á sus ojos la fealdad moral del consejo. Ni él establecia nueva esclavitud ni pedia más que suprimir un monopolio que encarecia los brazos, que impedia establecer las condiciones que él introducia en la trata, proporcionando más cómodo pasaje; la inmigracion obligatoria de mujeres; el medio de facilitar la formacion de familias cristianas, elementos de órden en los campos, sin ningun peligro por tres razones que alegó, siendo la principal el modo de tratar á los esclavos en el país por la dulzura de sus costumbres, por la muy adelantada legislacion de él: «Los franceses, decia, en su representacion (1793) los han tratado como bestias, y los Españoles como hombres. El principio de aquellos amos y áun su legislacion Negrera ha sido siempre el excesivo rigor..... De aquí el derecho de prision, de vida y muerte, y en fin, todo lo que hay de más bárbaro en la legislacion de Lacedemonia y de Roma para tratar sus esclavos.» En contraste á esa barbarie organizada presentaba Arango el de nuestras costumbres y legislacion: «De todo..... carece en la colonia francesa el negro, y ninguna de ellas le falta en las nuestras, tanto porque se las dan las leyes, como porque los blancos cuidan de observarlas por su utilidad....». Por ese estado de relativa felicidad nada temia de los conflictos futuros, á pesar del ejemplo del Guarico.

Léjos de negar Arango (1811) la conveniencia de tomar medidas en el sentido de abolir, no ya la trata, sino la esclavitud, sólo se oponia á que se hiciera en absoluto privando de brazos á la agricultura: pero queria que se verificase de una manera prudente y luego que estuviera constituida la nacion, y que entre otras cosas se supieran «las

leyes y facultades que se deben reservar al gobierno provincial y forma de este gobierno». (Pág. 81. Documentos etc.). (1)

Siempre que habló de los negros en sus datos oficiales, les llamaba *infelices*, ó usaba de un calificativo análogo: así se lee en varias partes de su coleccion de papeles inéditos y publicados, sobre sus gestiones como apoderado del gobierno; así se lee en su informe de 1796, sobre el cual se calcó el *Reglamento* de Simarrones, propuesto al Rey por él, redactado á nombre de los síndicos del Consulado y del Comun.

«Para aprehender á estos *infelices* no se necesitan armas ni gente aguerrida,» decia hablando de los simarrones. (2)

Arango, que tuvo larga correspondencia con Wilberforce, le precedia en sentimientos é ideas prácticas, pues la obra del benéfico inglés todavía no dió sus últimos resultados hasta transcurrido un tercio del siglo actual: todavía al dictarse la ley de 18 de Julio de 1845, relativa al régimen de esclavos, en Francia, se escribieron 1,024 páginas en 4° (3) para que se concedieran á los esclavos los derechos que ya tenían los de España en 1789 y áun ántes. No es extraño que Arango marchase más que los extranjeros, pero ninguno le precedió en el terreno práctico y conservador que reforma, y que empuja sin violencia el legítimo progreso.

En la biografía que del ilustre cubano publiqué hace muchos años, (4) consigné mi juicio, de que procuré inspirarme en la época que atravesaba; favorable le era en todo; y haciéndome cargo de lo que decian sus censores, entre sus contemporáneos, en especial, la acusacion de infidencia, arma de todos tiempos y que nunca se embota. En cuanto á sus ideas sobre esclavitud nadie las ha censurado hasta los tiempos que le siguieron. En su época llamó *modistos de la política* á sus censores porque variaban de *casacas*, con el viento de la opinion

(1) El sabia que dando intervencion al país se evitaban perjuicios á los propietarios, interesados en la conservacion del órden por sus propiedades en peligro.

(2) Pág. 23.

(3) Son las páginas que contiene el libro titulado «Exposé, des motifs, rapports et debats des Chambres concernant les lois de 18 & 19 juillet 1845.»—Imprenta Real. París.

(4) Tomo tercero de mis «Apuntes &».

que soplaba. La moda no era por aquellos dias hablar contra las instituciones que se defendian prácticamente. Ni era Arango de los fariseos que predican teóricamente contra lo que aceptan en sus costumbres.

El creia, que los brazos únicos que podian encontrarse eran los negros y los pidió; esperaba que el comercio extranjero y las franquicias traerian brazos blancos y abogó por todo conjunta y separadamente. A esos esfuerzos debió Cuba progreso innegable, y yo no pude ménos de extrañar que un escritor portoriqueño, muy apreciable, desintiese de mi opinion, que revelaba *un hecho* al hablar de la influencia de Arango en los destinos de nuestra tierra natal.

Efectivamente, en una nota (pág. 360 de la Historia de Puerto Rico) se lee lo siguiente: «Tomo 3º pág. 12. *Apuntes para la Historia de las letras, etc., en Cuba*, por D. Antonio Bachiller y Morales, como se verá, disentimos del respetable Sr. Bachiller y Morales en el juicio que emite acerca de este particular».—Lo que dijo en seguida el señor Acosta fué: «La severidad de la historia nos obliga á consignar que en esta ocasion su celo por la prosperidad de su patria estuvo muy mal dirigido, y que en vez de los bienes que se prometia sembró para el porvenir gravísimas complicaciones». Lo más singular es que jamás supuse que la prosperidad de la Habana ó Cuba dependió de que se hubiera concedido la libertad del tráfico de negros: ni Arango pensó que se desbordase aquí el Africa cuando se *conformaba* con una inmigracion de 4,000 esclavos al año y una gran parte de éstos de hembras.

Inmediatamente que leí la nota, protesté de sus conceptos, y como no encuentro nada que modificar en lo que dije en la biografía, ahora que se califican de *ominosas* las frases de Arango, he creido conveniente la publicacion de estos pormenores, que se refieren á los móviles que lo animaron, y demuestran que si se hubieran seguido sus últimos consejos como los primeros, especialmente desde 1832, nada, absolutamente nada se le pudiera censurar, ni en el campo de las posibilidades, por los más ingeniosos *posibilistas*.

Lo que era Arango en sus teorías, acertadas ó no, ahí lo dicen sus palabras: siempre honrosas á su carácter como hombre de gobierno, sin exageracion; que era abogado *práctico* del progreso, ahí lo acabo

de consignar: yo repito al finalizar lo que se imprimió por *cuarta vez* en 1861, y á cuyas frases se refería el Sr. Acosta.

«Y sin embargo, él (Arango) fué la causa impulsiva de la prosperidad no ya de la Habana, sino de Cuba: así consta del tenor de las inolvidables disposiciones reales que se comunicaron al país, á fin del pasado siglo. Recibida en la Córte la noticia de la insurreccion del Guarico, comprendió Arango la importancia de ocurrir inmediatamente á medidas que refluyeran en el progreso material de Cuba; (agrego ahora que consideraba como un coloso azucarero el que habia caido, casi invencible de otro modo: caida que no habia ocasionado, que sentia como hombre, pero que debia aprovecharse) comprendió que estando para concederse próroga de la Real Cédula de introduccion de negros (no se permitian otros brazos, téngase presente) podia influir en que se desmayase y se *perjudicaria tambien el proyecto de concesion de gracias* al comercio é industria agrícola que él fomentaba.... Y sin más citas, basta leer el Real decreto de 22 de Noviembre de 1792 para convencerse de que á Arango se debió, ó á su iniciativa, pues así lo dice S. M. la *exencion de todos derechos, alcabala y diezmos* por 10 años al algodon, café y añil; que durante el mismo plazo *pudieran* llevarse *frutos insulares á cualquiera puerto de Europa*, sin circunstancia de tiempo para sus viajes, con las demás notables concesiones que la Real disposicion contiene y sin otras que se reservaron á mayor exámen y proponia el ilustrado representante de la Habana».

Yo repito por quinta vez ahora las palabras que preceden no para honrar la memoria de un cubano que ha merecido elogios del gran Humboldt, y que figura entre lo más noble de la historia; sino porque es un deber de gratitud de los que heredamos los beneficios, hasta el de disipar las sombras que se levantan para empañarla siquiera sea desintencional el aserto.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES. (1)

(1) Por lo que á mí hace me refiero á los informes que dí al Gobierno local en diferentes épocas, y que se han publicado en los *Anales de la Real Sociedad Económica* (Habana); *Gaceta de los Economistas* (Madrid); y en mis artículos «*Los Negros en el Mundo Nuevo*», *America Ilustrada*, (Nueva York).

# PROLEGOMENOS DE HISTORIA UNIVERSAL.

## LECCION III.

Definicion de la Historia.—Clasificacion de esta ciencia.—Principios de clasificacion: sujeto, objeto y forma.—Por el sujeto: *Universal*, *General*, *Particular*, *Genealógica*, *Biográfica* y *Monográfica*.—Por el objeto: historia de la *Ciencia* y del *Arte*. Por la forma: 1º por la manera de realizarse los acontecimientos: historia de la *Religion*, del *Derecho*, de la *Moral* y de la *Estética*; 2º por la manera de exponerlos: *Narrativa*, *Pragmática*, *Filosófica y Crítica*; y 3º por la manera de agruparlos: *Crónicas*, *Décadas*, *Anales*, *Efemérides ó Diarios* y *Memorias*.—Escuelas históricas, su exposicion y juicio.

Determinado ya el lugar que ocupa la Historia en el organismo científico y vistos los medios de que podemos valernos para adquirir el conocimiento verdadero y cierto de los acontecimientos, importa definir esta ciencia y clasificarla á fin de saber cuál es su particular organismo.

Puede definirse la Historia, en general, diciendo que es la ciencia que estudia lo contingente, lo temporal, lo mudable, los hechos; porque en su fondo es un conjunto de lo que pasa, cambia y sucede; y en su forma, narracion y estudio de lo pasado, cambiado y sucedido.

Siendo el hecho el contenido de la Historia, la clasificacion de esta ciencia ha de fundarse, para que sea real y positiva, en los elementos esenciales de todo acontecimiento. Estos elementos que constituyen los principios fundamentales de la clasificacion, son tres: 1º El sujeto que realiza el hecho; 2º La cosa realizada ú objeto hecho; y 3º La forma ya de verificarse, ya de exponerse, ya de agruparse las cosas sucedidas.

Por razon del sujeto que realiza los acontecimientos, se divide la Historia en *Universal*, *General*, *Particular*, *Genealógica*, *Biográfica* y *Monográfica*.

*Universal* es la historia cuando estudia los hechos realizados por toda la humanidad en todos tiempos y lugares.

*General* es llamada la historia cuando estudia los sucesos realizados por la parte más importante de la humanidad, en cuyo caso el sujeto que hace, no es el conjunto de hombres y pueblos que han existido y existen sobre la tierra, sino la parte principal y conocida de esos actores.

*Particular* es la historia cuando el sujeto que verifica los acontecimientos es una nacion, un pueblo ó una raza.

*Genealógica* se denomina la historia cuando el sujeto que realiza los hechos es una familia que en aquella se estudia.

*Biográfica* es la historia cuando el sujeto cuyos actos se estudian, es un individuo particular.

*Monografía* es la historia de un suceso cualquiera.

Por razon de la cosa realizada ú objeto hecho se clasifica la Historia en atencion al fin de la actividad. Éste, segun veremos despues, es el bien, y se cumple en los dos fines reales principales de la *Ciencia* y del *Arte*, ó sea, el pensar y el hacer, la idea y la vida. Así se divide la Historia, en cuanto al objeto, en historia de la *Ciencia* é historia del *Arte*, subdividiéndose la primera en tantas partes cuantas son las ramas del organismo científico (historia de la Analítica, de la Sintética,

de la Teología, de la Cosmología, de la Teodicea, de la Filosofía de la Historia y de la Filosofía); y la segunda en tantas partes cuantas son las ramas del organismo artístico (historia del Arte bello, del Arte útil y del Arte bello-útil ó compuesto).

Por razon de la forma hay que distinguir, según queda expuesto, la manera de realizarse los acontecimientes, la manera de exponerlos, y la forma de agruparlos.

En cuanto á la manera de realizarse los acontecimientos, clasifícase la Historia con arreglo á la forma única de nuestra facultad de hacer, la libertad humana, la cual en su aspiracion al bien se manifiesta en tantos actos cuantas son las formas del bien considerado como fin racional de la actividad humana; y siendo estas formas la religiosa, la moral, la jurídica y la estética, la historia, por razon de la forma de realizarse los acontecimientos, se divide en historia de la *Religion*, de la *Moral*, del *Derecho* y de la *Estética;* subdividiéndose: la primera, en historia de los dogmas y de los cultos; la segunda, en historia de los sistemas de conducta y de los usos y costumbres; la tercera, en historia de los sistemas jurídicos y de las constituciones ó códigos; y la cuarta, en historia de los ideales estéticos y de los gustos y modas.

Por la manera de exponer los hechos divídese la historia en *Narrativa*, *Pragmática*, *Filosófica* y *Crítica*.

*Narrativa* es la historia que expone meramente los hechos sin enlazarlos en sistema por sus causas y consecuencias.

*Pragmática* es la historia que expone los acontecimientos enlazados sistemáticamente, averiguando sus causas y explicando sus consecuencias.

*Filosófica* es la historia que expone los hechos, no sólo señalando sus causas y explicando sus consecuencias, sino haciendo consideraciones sobre ellas y razonando, además, sobre las instituciones, examinando su carácter, su razon de ser, su utilidad, su duracion, su reforma.

*Crítica* es la historia que expone los hechos examinando cada acontecimiento con relacion á su verdad mediante el estudio de sus orígenes ó fuentes históricas.

En cuanto á la manera de agrupar los acontecimientos clasíficase la historia en *Crónicas*, *Décadas*, *Anales*, *Efemérides* y *Memorias*.

*Crónica* es la relacion contemporánea y circunstanciada de un reinado ó de otros hechos cualesquiera, expuestos sin órden interior y aprupados por órden extrictamente cronológico.

*Décadas* son las narraciones de sucesos acaecidos en el espacio de diez años y agrupados igualmente en el órden cronológico.

*Anales* son las narraciones de hechos verificados en el transcurso de un año y agrupados por el historiador en el mismo órden.

*Efemérides* ó *Diarios* son los apuntes ó publicaciones en que se agrupan los sucesos por dias.

*Memoria* es la narracion de ciertos hechos agrupados y reunidos con objeto de que sirvan más tarde para escribir ó ilustrar algun punto histórico importante.

La clasificacion de la Historia puede apreciarse completamente en los siguientes cuadros que constituyen el organismo particular de esta ciencia:

Principios de clasificacion (fundados en los elementos del hecho)
- Sujeto que hace.
- Objeto ó cosa hecha.
- Forma.
  - de realizarse los acontecimientos.
  - de exponerlos.
  - de agruparlos.

Por el sujeto
- Historia Universal.
- » General.
- » Particular.
- » Genealógica.
- » Biográfica.
- » Monográfica.

- Por el objeto
  - Historia de la Ciencia.
    - Historia de la Analítica.
    - » de la Sintética.
    - » de la Teología.
    - » de la Cosmología.
    - » de la Teodicea.
    - » de la Filosofía.
    - » de la Historia.
    - » de la Filosofía de la Historia.
  - Historia del Arte.
    - Historia del Arte bello.
    - » del Arte útil.
    - » del Arte bello-útil.
- Por la manera de realizarse los acontecimientos.
  - Historia de la Religion.
    - Historia de los dogmas.
    - » de los cultos.
  - » de la Moral.
    - Historia de los sistemas ó máximas de conducta.
    - » de los usos y costumbres.
  - » del Derecho.
    - Hist.ª de los sistemas jurídicos.
    - » de las constituciones y códigos.
  - » de la Estética.
    - Hist.ª de los ideales estéticos.
    - » de los gustos y modas.
- Por la manera de exponer los hechos.
  - Historia narrativa.
  - » pragmática.
  - » filosófica.
  - » crítica.

| | |
|---|---|
| Por la manera de agrupar los acontecimientos. | Crónicas.<br>Décadas.<br>Anales.<br>Efemérides.<br>Memorias. |

La necesidad de dar unidad á los hechos que hayan de investigarse ó exponerse en cualquiera de las historias mencionadas en la clasificacion anterior, obliga á ajustarlos á un criterio que sea como el molde en que deban vaciarse su juicio y narracion.

Los diversos procedimientos que los historiadores han seguido, para investigar y explicar los acontecimientos, han dado orígen á las escuelas históricas, entre las cuales pueden distinguirse, como principales, las tres siguientes: la escuela histórica pura, la escuela filosófica y la escuela filosófico-histórica. La primera funda el valor del hecho en el hecho mismo y sigue un método analítico ó *á priori*. La segunda funda el valor del hecho en su idea y sigue un método sintético ó *á posteriori*. La tercera acepta el hecho como manifestacion de la idea y ésta como causa de aquél, parte de ámbos principios para explicar los sucesos como determinaciones de la actividad humana en el tiempo y en el espacio y sigue un procedimiento compuesto que podríamos llamar analítico-sintético.

La escuela histórica pura fué iniciada por Cujacio en el siglo XVI, seguida por Montesquieu en su *Espíritu de las leyes* y desenvuelta en todas sus aplicaciones por Bourke, quien llegó á afirmar que todas las sociedades realizan su espíritu en unas mismas instituciones sin necesidad de formarlas *á priori*. Desenvolvieron y determinaron despues el principio de esta escuela Hugo y Savigni, quienes sólo han admitido los hechos como base para explicar los mismos hechos. Segun estos escritores, los gobiernos malos ó ilegítimos, por ejemplo, caen por la fuerza misma de los acontecimientos.

Innecesario es señalar los inmensos servicios prestados á nuestra ciencia por la escuela histórica pura. Para reconocer su importancia basta citar los nombres de los escritores mencionados y los notables

trabajos que han hecho sus mantenedores en las aplicaciones de ese sistema al estudio de la historia del Derecho.

La escuela filosófica comenzó á desarrollarse en el siglo XVII en cuya época tuvo un representante distinguido, Bossuet, quien, en su célebre *Discurso sobre la historia universal*, trató de explicar los hechos por la idea de la Providencia determinando, fijando y regulando todos los acontecimientos. En el siglo XVIII intentó Juan B. Vico, con su *Ciencia nueva*, explicar la historia por la naturaleza del pensamiento humano; intento que con originalidad quiso realizar aplicando su escuela al estudio del Derecho romano. En el mismo siglo desenvolvió estos principios el filósofo de Ginebra, Juan J. Rousseau, quien explicaba todos los acontecimientos por la idea de la libertad que, á su juicio, se manifestó primeramente por el contrato que celebraron los hombres para vivir en sociedad y hoy se muestra en el sufragio como procedimiento natural para la vida de los Gobiernos y de los pueblos.

F. Hegel, en los tiempos modernos, establece como criterio de la Historia el absoluto que, considerado en sí (Dios) y *ad extra* ó fuera de Dios (el Universo), se manifiesta en la tierra en el desarrollo de la naturaleza humana. Las grandiosas concepciones de este insigne filósofo aleman en materia histórica, están comprendidas en las divisiones fundamentales que hizo de la Historia Universal, cuyo vasto contenido se reduce, en el sistema hegeliano, á cuatro conceptos: 1º Lo inmóvil, primera revelacion de Dios, Historia de Oriente. 2º Lo vario y lo libre efectuándose, Historia de Grecia. 3º Lo vario y lo libre en lucha, Historia de Roma. 4º Lo vario y lo libre en armonía despues de la caida del imperio romano, Historia de las naciones germánicas y pueblos modernos.

Los trabajos de Herder y de sus innumerables discípulos explicando el desenvolvimiento de la humanidad segun las circunstancias de tiempo, clima, lugar, etc., han dado orígen á otras escuelas importantes, como son las fundadas en los sistemas panteistas y conceptualistas. Entre aquellas escuelas puede contarse, aunque algunos no lo admiten, la denominada teológica, cuyos representantes son De-Maistre, Dux y Bonald quienes, al negar que la razon individual sea criterio seguro de verdad despues del pecado, fundaban todo juicio en la revelacion y

explicaban toda la historia por el dogma católico de la caida y rehabilitacion del hombre.

Con posterioridad ha nacido la escuela filosófico-histórica que trae su orígen de las últimas evoluciones de la filosofía alemana y está representada por Cárlos C. J. Krause, cuyo sistema, síntesis de las doctrinas de Kant, Fichte, Schlelling y Hegel, sostenido y propagado por Ahrens, Tiberghien, Laurent y otros, armoniza los elementos ideal y real, absoluto y temporal que se dán en la Historia, la cual no es otra cosa que la manifestacion de la idea en los hechos realizados libremente por la humanidad en cumplimiento del bien y en prosecucion de su ideal.

La escuela histórica pura, funda la legitimidad del derecho y de las instituciones en los hechos mismos. Sus sostenedores colocan el criterio histórico en punto tan elevado como poco expuesto al capricho y la arbitrariedad; hacen tambien distincion entre el derecho y la ley, siendo aquél la razon y ésta la voluntad del legislador, é introducen, además, un elemento de órden en las naciones, la tradicion, y otro elemento de justicia, las instituciones; pero se olvidan: primero, de que el hecho, la tradicion ó la institucion no son un criterio fijo, invariable y universal para establecer la bondad, la justicia y la razon, si se quita á la Historia su valor absoluto: segundo, de que el hecho por sí sólo no explica su bondad, su significacion, ni la ley á que obedece, porque de la existencia del acontecimiento no se siguen precisamente aquellas; y tercero, de que los hechos cambian, mudan y pasan, porque no son permanentes sino individuales, y ni áun reunidos todos podrian formar un hecho universal que representase la verdad absoluta. La escuela histórica, por tanto, confundiendo el hecho con su ley y significacion, no puede servir de criterio, porque no establece regla fija, evidente y universal para apreciar la justificacion de los acontecimientos.

La escuela filosófica ofrece base más segura que la anterior al afirmar como fundamento del criterio histórico, el predominio de la idea sobre el hecho; pero no puede aceptarse, primero porque el criterio que establece es demasiado absoluto; y segundo, porque los sistemas ensayados hasta ahora sobre esa escuela, no han llegado á constituir un

criterio de evidencia universal; pecando unos, como el de Rouseau, de arbitrario, y otros, como los de Hegel y Herder, de fatalistas, convirtiendo á los hombres en simples modificaciones de la sustancia divina.

La escuela filosófico-histórica no admite el hecho aislado, ni la simple idea absoluta sobre él, sino ámbos elementos aplicados á la naturaleza humana desenvolviéndose progresivamente en tiempo y espacio en cumplimiento de un fin, bajo las leyes biológicas. Así esta escuela tiene en cuenta además de los hechos y de sus relaciones, las instituciones, el espíritu de los tiempos, la tendencia de las épocas, la libertad de los hombres y las leyes lógicas de los acontecimientos.

RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO.

## LA LIBERTAD.

¿Eres acaso, Libertad, ensueño
Pérfido, cual las ondas, y halagüeño?
Meteoro que cruza deslumbrante
La atmósfera un instante
Para dejar oscuridad más densa?
De la mudable juventud ardiente
Creencia loca, aspiracion intensa,
Que sin cesar la realidad defrauda?
Responde tú, Milcíades valiente!
Cual avalancha ponderosa, rauda,
Sobre tu escasa gente
Desplómase el ejército potente
Del soberano persa envanecido;
Pero, despavorido,
Halla un rayo mortal en cada acero,
En cada brazo ariete irresistible,
En cada heleno un semidios terrible,
Y en vez de silenciosa
Esclava lagrimosa
Que, por sus horas, sus dolores cuenta,

Es Grecia la matrona vigorosa
Que larga prole ostenta
De excelsos pensadores,
Artistas y poetas y oradores;
Arbol de incomparable lozanía
Que al orbe todavía
Con sus frutos riquísimos sustenta;
Astro cuyos fulgores
Los siglos no apagaron,
Y pueblos ciento con ardor buscaron!

¿Quién de valor tu pecho revestia
Y abnegacion tan pura te infundia,
Leónidas sublime?
¿De qué diosa en el ara
Tú te inmolaste, víctima preclara?
¿De auréola esplendente,
Quién rodea tu nombre, Salamina?
¿De qué bendita fuente,
Manaba, Epaminondas,
Tu copia de virtudes peregrina?
¿Quién dió á tu labio mágia sorprendente,
Palabra tan divina,
Y el ala audaz del águila á tu idea,
Domóstenes austero?
Al contemplarte de sosten privado,
¿Quién te alentaba en desigual pelea
Contra Filipo artero,
En su oro, en sus falanges, apoyado?
¿Quién te prestó la indómita energía
Que en la mayor adversidad crecia,
Madre de Cincinato, labradora?
¿Quién hizo de tus hijos tan constantes
Incontrastable raza de gigantes?
¿Y quién á tí, de pueblos mil señora,

Sumisa esclava del deber te hacia?
¡La libertad, la libertad augusta,
De la justicia eterna compañera,
Alumna fiel de la razon severa!

Para cantarte, Holanda,
Quisiera los acentos de Tirteo.
Con indecible admiracion te veo,
Matrona veneranda,
Sin más ayuda que tu fé y tu brío
Contrarestar al sin igual tirano
Que, en la embriaguez de inmenso poderío,
De orgullo ilimitado en la demencia,
Quiso apagar la luz de la conciencia,
Cual un mortal que pretendiera insano
Quitar su brillo al astro soberano;
Afanóse en atar el pensamiento,
De Jerjes imitando el desvarío,
Cuando cadenas puso al mar bravío;
Acarició el intento
De emparedar el mundo
En fanatismo sórdido infecundo.

En vano tus cosechas, tus hogares,
Holanda noble, ardian,
Y tus viriles hijos, á millares,
El hacha del verdugo enrojecian;
En vano tus esfuerzos desdeñaba
Injusta la victoria
Y el hambre tus entrañas torturaba,
Y duelos mil tu corazon herian!

Acometiendo la encendida brecha
Que un cráter semejaba,
O murallas fortísimas trepando,

O en tus campos queridos
Por tu despecho en mares convertidos,
Con hombres y con aguas reluchando,
Vibrabas firme, con vigor, tu acero,
Que así como el nauclero
En noche amenazante,
Pugnando con el piélago espumante,
Busca la lumbre del polar lucero
Y al encontrarla siéntese pujante,
En medio á tu agonía
Siempre á la libertad vivificante
Ansiosa enderezabas tu mirada!
¡Pero lograste al fin la recompensa!
De lauros coronada,
Con alegría inmensa
Alzaste á Dios tu frente inmaculada
Y en ese caro suelo
Que al ponto sustrajiste,
Brillar virtudes y riquezas viste!

Cual sol que en el oriente
Tras larga noche de tormenta impía
Risueño muestra su radiosa frente,
¡Oh! libertad, un dia
Vertiste á Francia tu esplendor, y el mundo
Con júbilo profundo
El portento magnífico aplaudía.
No ya escabel de envanecidos reyes,
No ya esquilmadas, infelices greyes,
Acémilas del cielo abandonadas
Y á faena eternal predestinadas,
Fueron los pueblos. Razas orgullosas,
Por la fuerza, el azar, privilegiadas,
Bajaron de sus cumbres usurpadas;
Ataduras rompiendo ignominiosas,

Volaba el pensamiento
Y, cual la luz, su imágen hechicera,
Al mísero tugurio, al opulento
Palacio, sus favores concedia;
No ya el trabajo, ley que regenera.
Ley del Omnipotente,
Inagotable fuente
De humillaciones y tormentos era,
Y el hombre ya podia
En alas de su genio y ardimiento
Y sin pedir apoyo al nacimiento
A la cima subir que pretendia.
¡Oh, cómo entonces Cristo sonreia!

Mas, ¡ay! á veces tras brillante aurora
Se apiñan nubarrones temerosos,
Oscuridad profunda se dilata,
Derrámase en torrentes impetuosos
La lluvia hora tras hora,
Estalla el rayo, mata,
Lúgubre muge el viento,
Ruinas sembrando en su furor violento;
Los labradores claman lagrimosos
Por la esplendente luz y fecundante
Que vida y gozo á un tiempo les vertia.
¡Oh libertad! tras delicioso instante,
Tus fulgores vivíficos nublaron
La cólera y el odio y cien pasiones
Hijas de abominables corazones
Y á Francia desgarraron
En vil consorcio el crímen y la muerte!
Mesalina feroz, desatentada,
Con tu bendito nombre disfrazada,
Trocó el cadalso en ara vergonzosa
Y en hombros del verdugo levantada,

Entre los himnos de la chusma fiera,
Allá subió cual diosa,
Cual diosa digna de caribe infando,
En sangre su mirada apacentando,
Y sangre oliendo, cual si orobias fuera.
¡Ay! ¡ay, mil veces! á sus piés cayeron
Ciencia, valor, grandeza,
Genio, hermosura, juventud, pureza,
Y su holocausto predilecto fueron!

Al mundo en que natura
Ostenta exuberante galanura
Y más riquezas que fingió el deseo,
Mundo pasmoso, de Colon trofeo,
Guardada estaba la sin par ventura
De levantarte, libertad divina,
Por las manos de Washington glorioso
El templo más grandioso
Que el padre de los astros ilumina
Y las edades vieron;
Templo que, en el trabajo cimentado
Y con virtudes sólidas labrado,
El célico saber en luz inunda!
¡Con qué solemne gratitud ferviente,
Con qué sincera devocion profunda,
Aun más que con la voz, con las acciones,
Allí te adora pueblo vigoroso!
Ya surca el ponto hirviente,
Ya esplora de la ciencia las regiones,
Ya al seno de la tierra misterioso
Confía el útil grano,
Ora con infinitas invenciones
Para el placer ó el bienestar humano,
A la materia da trasformaciones,
Tantas combinaciones,

Que enumerar el labio no podria;
Ora, por aliviar al indigente,
Prodiga el fruto de su afan ardiente;
Ora, campeon de generosa idea,
Con indecible decision pelea....
En la tierra, en el mar, en todas partes,
Sin trabas desplegando su energía
La actividad del cuerpo y de la mente!
¡Cuadro de bienandanza y poësía!
Así vivaz cautiva la mirada
Region americana, fecundada
Por caudaloso rio,
Por deslumbrante sol iluminada,
Y que, en el llano y en el bosque umbrío,
De frutos y de flores,
De formas y colores,
De fuerza y hermosura y lozanía,
Embriagadora profusion ostenta,
Que el arte en vano trasladar intenta
Y no sabe igualar la fantasía!

Ménos alegre, ménos refulgente,
Hechiza el sol en despejado cielo
Tras huracan rugiente
Que por do quiera el suelo
Dejó de extragos y pavor sembrado,
Que tú, radiosa libertad, el dia
En que, tras ruda, pertinaz contienda,
Que tantos hijos te robaba impía,
Tu pié triunfante en la cerviz pusiste
De la codicia horrenda,
La esclavitud en el infierno hundiste!
¡A Lincoln, tu ministro infatigable,
Gloria, por siempre gloria!
¡Bendiga todo labio su memoria!

Con íntimo contento
Vió Washington lavada
La mancha singular de su portento,
Y respiró por fin naturaleza,
De inexplicables modos ultrajada.
Raza desheredada
Del Africa infelice, que has vertido
Mares de acerbo, inconsolable llanto:
Que sólo has conocido
Baldones y cadenas y quebranto.
Porque la suerte dura
Cerebro sin vigor te ha concedido
Y tu piel afeó con la negrura;
Tú, que palacios diste á tus señores
¡Ay! con tu sangre, tu sudor, tus huesos
Y más que á tí preciaban sus sabuesos,
Ya puedes leda contemplar las flores.
Los árboles, las mieses sonrientes,
Pues ya no son las pruebas elocuentes
De tu forzado afan y desventura;
Tu corazon entrega á la ternura;
Ya no eres animal predestinado
A que su prole de alimento sirva
Al látigo infamante y al mercado;
Te es posible creer que hay Providencia,
Pues te volvieron ya tu inteligencia!

¡Esclavitud, engendro pestilente
De la fuerza brutal y la codicia,
De vicio y crímen inexhausta fuente,
Prodigio de sevicia,
A quien no bastan físicas torturas,
Cadáveres sin cuento,
Y anhelas convertir en sepulturas
Almas que son emanaciones puras,

Vislumbres del supremo entendimiento,
Para execrarte desmayado fuera
El ígneo verso del terrible Dante,
Un verso, como el rayo, fulminante;
Para llenar la sima de tu infamia
Nunca tendrá la humanidad entera
Ni menosprecio ni baldon bastante,
Mónstruo peor que Minotauro y lamia!
¡Ay! de los pueblos que te dan asiento!

Como pintada nube de la aurora,
Pasará su riqueza tentadora;
Su dicha, su contento.
Serán festin de Baltasar insano;
Con hambre y desnudez y oprobio ingente,
Con mar de llanto y perennal lamento,
Han de pagar al Juez Omnipotente
Cada lágrima ardiente,
Cada suspiro del ilota hollado
Y la inflexible Historia
Con su buril candente
Su nombre estampará donde ha grabado
El de Sodoma, de la tierra escoria!

¡Oh Dios sacrificado en el Calvario
Por redimir la humanidad que llora
Siglos hace en innúmeras prisiones,
De recibir tu galardon es hora!
Brille el saber en todas las naciones
Y limpie la virtud los corazones,
Para que al fin la libertad sagrada,
En medio á universales bendiciones
Halle, en la tierra, perennal morada.

EMILIO BLANCHET.

# EL AUTOR DE LOS "SIETE TRATADOS"

## EN MADRID (1)

Al tiempo que con las armas consiguen los ecuatorianos un triunfo sobre la tiranía y la barbarie, uno de nuestros compatriotas lo alcanza con la inteligencia y la pluma. Montalvo y Alfaro, los dos amigos, cada cual completa su obra para honra de la pátria, y, como por feliz compromiso, uno y otro salen bien á un mismo tiempo. No olvidarémos la inmensa parte del señor Sarasti en la libertad del Ecuador, ni sería justicia que nos contentásemos con darle la palma literaria á nuestro don Juan, cuando todos saben lo que ha hecho contra los tiranos, y en especial contra el malvado Veintemilla. Las armas coronan la obra de la pluma: Alfaro y Sarasti son los colaboradores de Montalvo. Al ménos Ignacio Veintemilla puede gloriarse de ser personaje célebre, aún en España, gracias á las «Catilinarias». Mas ahora no se trata de esto, sino de un libro de interés más general; pero, incompetentes para meternos en éstas que para nosotros son honduras, nuestra tarea es puramente material: nos proponemos poner en conocimiento de nuestros compatriotas, con vista de los periódicos de Madrid, el papel que

(1) Folleto publicado en Paris en elogio de Don Juan Montalvo, distinguido escritor ecuatoriano.

ha hecho allí Montalvo y cómo ha sido tratado por los españoles. Los periódicos de España no tienen circulacion en América: nos ha parecido, pues, conveniente, hacer llegar á los ecuatorianos ciertas noticias, bien que no á todos les serán agradables. Sentimos por ellos, mas nos alegramos por la pátria, considerando que no á todos les es dado venir á España á hombrearse con los primeros personajes de esta orgullosa nacion.

*La Correspondencia Española* del 5 de Junio dice: «Ha llegado recientemente á Madrid el afamado escritor americano D. Juan Montalvo, hablista consumado, filósofo profundo, original y elocuente. Nos complacemos en la visita que hace á la madre pátria, en donde su justa celebridad le tiene conquistadas de antiguo muchas simpatías».

«Acaba de llegar á esta córte el célebre escritor americano D. Juan Montalvo, cuya elocuencia, estilo original y lenguaje castizo le colocan entre los más conspícuos literatos castellanos.

Le saludamos fraternalmente».

*El Progreso*, 5 de Junio de 1883.

«Hemos tenido el gusto de saludar al afamado escritor americano, Sr. D. Juan Montalvo, cuyas obras literarias son bien conocidas y justamente apreciadas en toda Sur-América. La última que ha dado á luz en Francia es notabilísima: se titula "Siete Tratados." En el tratado "Del Genio" habla de Victor Hugo y Castelar. Con este nuestro ilustre amigo conferenciará el Sr. Montalvo en la presente semana. Montalvo es, al mismo tiempo que literato, uno de los hombres públicos más importantes de su país».

*El Globo.*

*El Dia* da noticia de que se habia visto la tarde anterior á Castelar y Montalvo paseando por los jardines del Retiro, junto con el poeta Campoamor, el ministro plenipotenciario de Venezuela, y otros caballeros de Madrid.

*El Globo* del 22 de Junio dice lo siguiente: «Ayer visitó el Sena-

do el ilustre Castelar acompañando al publicista americano Sr. D. Juan Montalvo, etc».

No les parecerá mal á los ecuatorianos que D. Emilio Castelar sirva de cicerone á nuestro amigo y compatriota el Cosmopolita. Sabemos que con Castelar visitó asimismo D. Juan las Córtes, los Museos, las Academias de Madrid, igualmente que á varios personajes célebres y hombres de Estado. Vanos han sido nuestros esfuerzos por conseguir de D. Juan el que nos franquee algunos de los autógrafos que posee, para insertarlos en este folleto: hemos visto cartas de todos los poetas ilustres de España, en las cuales le felicitan fervorosamente por sus escritos, como D. Manuel del Palacio, D. Antonio de Trueba, Balaguer, el trovador Catalan. Literatos y escritores, como Castelar, el Sr. de Rute, Dª María del Pilar Sinués de Marco. Académicos, como D. Manuel Tamayo y Baus, D. Pedro Antonio Alarcon, D. Juan Valera, ministro de España en Portugal. Hombres de Estado, como Cánovas del Castillo, Núñez de Arce, el poeta, ministro de Ultramar. Ni la carta que por medio de su secretario le ha dirigido la Academia Española hemos podido obtener; y con todo nos parece que éstos deben ser, á lo ménos para el Ecuador, documentos públicos. Como muestra de los preciosos papeles de Montalvo, publicamos ahora solamente la honrosísima pieza que verán luego nuestros lectores, que es una soberbia misiva de la «Academia Franco-Hispano-Portuguesa» de la ciudad de Tolosa de Francia, acompañándole el diploma de miembro de esa ilustre corporacion.

En la Academia Cervántica de Vitoria (España) ha sido tambien propuesto por medio de su presidente; noticias que no les desagradarán á los ecuatorianos amantes de las glorias nacionales. En cuanto á los «Siete Tratados», ya principian á venir los juicios críticos de España. Obra tan larga, largo tiempo requiere para ser examinada. En París lo ha sido por el *Moniteur des Consulats* en dos magníficos artículos de Mr. Augusto Meulemans; artículos que han sido traducidos al castellano por el jóven Topete, hijo del conocido general de este nombre, y publicados por «Los dos Mundos,» gran periódico de Madrid.

*El Globo* del 23 de Julio trae un artículo crítico sobre los «Siete

Tratados». Sus redactores advierten que el autor es un hombre ilustre, y que tienen á honra publicar una obra suya. «Ilustre amigo nuestro, eminente historiador y literato,» le llaman; pero no dan su nombre. De este escrito no tomaremos por ahora sino algunos lugares, por ser muy largo; y para que se vea si somos imparciales, y para que haya de todo, no omitiremos la censura que se hace. Ya los ecuatorianos están viendo sobre qué punto recae ella, viniendo, como viene, de un rancio católico-apostólico-romano español. Le tacha á Montalvo, no de irreligioso, sino de poco clerical; y le aconseja estudiar los buenos autores católicos y los Santos Padres. Nuestro amigo D. Juan sabrá su cuento; nosotros vamos á ver cómo escribe y lo que dice ese «ilustre historiador y eminente literato» que ha honrado con su pluma á *El Globo*.

«El señor D. Juan Montalvo es uno de los escritores más notables de la América del Sur, y la importante obra que acaba de dar á luz afianzará, de seguro, la bien merecida reputacion de dicho ilustrado publicista. En los «Siete Tratados» contenidos en dos lujosos volúmenes admirablemente impresos en Besanzon, el autor se ocupa de importantes asuntos de filosofía, ética, estética é historia, terminando la obra con un trabajo curiosísimo en doce capítulos, *El Buscapié*, prólogo de un libro inédito titulado «Capítulos que se le olvidaron á Cervantes». En sus *Siete Tratados* el Sr. Montalvo presenta y discute con habilidad consumada las más elevadas cuestiones de filosofía y moral, y manifiesta su profundo conocimiento de las civilizaciones de los pueblos antiguos y modernos. En el tratado «De la nobleza» se ocupa del orígen del género humano y presenta muy evidentes pruebas de que no repugna á la razon la idea de que los hombres, tantos cuantos son los millones que cubren el haz de la tierra, provengan todos de un sólo y mismo padre. Dios es uno: la unidad es el infinito del cual nacen todas las cosas; y remontando hácia el orígen de ellos, siempre vamos á parar al *uno*, gérme fecundo que llena el universo con su multiplicacion infatigable.

»Con gran sensatez dice Montalvo que conviene averiguar si los grandes hechos de ciertos varones ínclitos inoculan en la sangre de sus

descendientes un principio que comporte el respeto y la admiracion de los demás, y si á causa de sus mayores han de gozar de inmunidades y prerogativas que los levanten sobre la comunion social. Convenimos con el Sr. Montalvo en que los grandes hombres trabajan para su posteridad, y en que sus hijos son acreedores á ciertos miramientos, si prescindiesen de los cuales los pueblos darian en la ingratitud, el peor de los vicios. Es incontestable tambien que los varones más esclarecidos de la antigüedad fueron hombres de humilde cuna, sin antecedentes por parte de sus mayores, cuya gloria se cifraba en sus hechos puramente. Temístocles en Aténas, Camilo en Roma, nacieron de la plebe, y uno y otro tuvieron la gloria de arrancar á su pátria de las garras de los bárbaros; el Griego en Salamina escarmentando á los Persas, el Romano en las plazas de Roma esterminando á los Galos. Nada encarece más Plutarco en estos héroes que el haberlo debido todo á su mérito personal, sin que en su grandeza entrasen por algo títulos ni bienes de fortuna de sus padres. Es grato ver con cuánta imparcialidad y sensatez un demócrata ilustrado como el Sr. Montalvo, verdadero filósofo, trata el asunto de *la nobleza*. No ataca de ningun modo la nobleza de raza; pero de sus brillantes períodos resulta de una manera muy evidente el gran aforismo de que *no hay más nobleza que la de las virtudes*.

»En el tratado de la *belleza* el autor raya á gran altura, y su poderosa imaginacion se lanza á grandes vuelos. La variedad infinita de tipos de hermosura femenina sobresale con marcada nitidez en los elocuentes cuadros que traza con pericia suma, acabando por manifestar cuánta verdad encierra la sentencia de Sófocles: ¡Oh hermosura, funesto don del cielo! cuyo sentido se halla tambien expresado por Quintana cuando exclama:

Ay infeliz de la que nace hermosa!

»Los siete tratados de Montalvo, dice un crítico francés, contienen tantas ideas diversas, tantas apreciaciones de varia índole, tanta filosofía personal, tanta poesía, tanta inspiracion, que se hace casi imposible analizar rigurosamente los *Ensayos*, de Miguel de Montaigne; el *Libro*

*de la Sabiduría*, de Pierre Charron, ó las *Máximas* de Larochefoucauld.

. . . . . .

»Con las ideas religiosas del Sr. Montalvo no estamos conformes. Sin ser incrédulo, el autor viaja por un sendero muy diverso del trazado por la Iglesia. Es un hombre que busca la verdad con ánsia y ardor; pero.... Deploramos tambien el apasionamiento con que á veces, en algunos de sus tratados, impugna á algunos indivíduos del clero. Es fácil que con el tiempo, tan insigne escritor como Montalvo, vuelva en sí respecto de estos puntos (Si para allá me la dejas....), y adopte un modo de ver más correcto y más conforme con las creencias y enseñanzas que indudablemente le fueron inculcadas en su primera juventud, pero que quizá los sinsabores de la vida y las luchas de la política han lastimado lamentablemente. Prescindiendo de este defecto, no podemos ménos de tributar al Sr. Montalvo un rendido tributo de sincera admiracion por las magníficas cualidades literarias que profusamente adornan su obra de los *Siete tratados*. Creemos que esta obra será juzgada con aplauso general, no sólo en América, sino tambien en Europa, por cuantos admiran la belleza de la forma y la riqueza del pensamiento, cualidades que preeminentemente distinguen las brillantes obras de este escritor, las cuales con justicia le han colocado ya entre los primeros polemistas de América. Hace dos dias tan sólo que el que escribe estas líneas oía de los elocuentes labios de una autoridad, por todo extremo competente, los más favorables juicios respecto al libro de que hacemos mérito. Nos referimos al Sr. Castelar, quien hizo los mayores elogios de la admirable pureza de lenguaje, de la hermosura de estilo, y de la férvida imaginacion de su autor».

. . . . . .

Así se habla en España de Montalvo; y fíjense los *católicos* del Ecuador y de las otras Repúblicas de América, que el primero que con tanto acatamiento ha salido á tratar á ese libre-pensador, es un ciego creyente, un cristiano fervoroso, segun lo deja conocer. Allá en nuestras tierras de papas y cacao, nada solemos conceder á los que no piensan como nosotros: en los pueblos civilizados de Europa no es así: al hombre de mérito se le trata con el sombrero en la mano, sea católico,

protestante ó volteriano, siempre que le realcen las virtudes. Y con esto pasemos á los artículos del *Moniteur des Consulats* traducidos para "Los dos Mundos".

*Le Moniteur des Consulats*, acreditado periódico de París, publica el siguiente juicio, firmado por Augusto Meulemans, de los *Siete Tratados*, obra que ha dado á luz el fecundo escritor ecuatoriano Sr. Don Juan Montalvo, quien posee merecido renombre, especialmente como periodista y eminente patriota, que ha consagrado su vida y su pluma' convertida ésta en sus manos en la maza de Hércules, á espurgar á su pátria de los tiranos que sucesivamente la han dominado.

«Proponiéndose esta redaccion dar á conocer en Europa la literatura hispano-americana, sus progresos, sus especialidades y sus adelantos sorprendentes, no podemos ménos que reservar algunas páginas para un juicio extenso de la obra del Sr. Montalvo. Dejando esta agradable tarea á pluma mejor cortada que la nuestra, traducimos hoy el artículo en que emite su opinion sobre esa obra nuestro colega parisiense»'

«Tenemos á la vista el primer volúmen de una obra que acaba de publicarse, *Siete Tratados*, por D. Juan Montalvo, uno de los más notables escritores de la América del Sur.

Es una obra de alto vuelo, de gran inspiracion y de corte á la antigua.

Los Griegos llamaban bárbaros á todos los que no eran Griegos. ¿No imitamos á veces á los Griegos al hablar de los Hispano-Americanos?

Conocidos los *Siete Tratados*, nos sería imposible justificar el calicativo de semi-bárbaros que algunas veces se ha aplicado á los naturales de la América española.

El modo como se tratan los más difíciles problemas filosóficos y morales demuestra claramente el profundo conocimiento que el autor tiene de las civilizaciones antiguas y modernas, y la historia aparece bajo una forma tan original y amena, que viene como á proyectar poéticos rayos de luz sobre los pueblos que fueron.

En el tercer tratado la sombra de Ciceron se reviste de tal majes-

tad, que el alma contempla absorta y admira entusiasmada aquella noble figura de la historia romana, esclareciéndose magistralmente la delicada cuestion del divorcio.

¡Cuán léjos estaba de Chateaubriand la idea de que un hijo del nuevo mundo destruiria la acusacion que aquel hizo á los Romanos llamándolos el *más corrompido de los pueblos!* Sí; este hijo del nuevo mundo viene á demostrar que Ciceron fué *el más virtuoso de los antiguos*, y de acuerdo con los doctores de la Iglesia y los anales del pasado, con Erasmo y San Agustin, acumula datos que, sacando el nombre de Ciceron de entre las ruinas de Roma, le hacen digno de los altares del cristianismo por la pureza de sus principios y la fuerza sobrenatural de sus facultades.

Ancho campo de exámen y reflexiones se nos ofrece en los diferentes tratados que contiene este primer volúmen. Juan Jacobo Rousseau y Mr. Renan rodearon de magnificencia la figura de Jesus; otro es el Redentor descrito por Montalvo. En pocas líneas el autor nos presenta un retrato simpático, lleno de novedad y dulzura; es el Jesús que amamos todos, por poco católicos que aparezcamos, porque en él resplandecen los esplendentes rayos de humildad, ternura y luz divina.

La buena fé y la sinceridad del escritor se revelan siempre en las hermosas producciones de su pluma. Si es severo para los abusos de la Iglesia, y los vicios de los que indignamente visten sus hábitos, es justo y respetuoso con los eclesiásticos que la ensalzan y santifican con acciones virtuosas. ¿Qué eclesiástico amante de sus deberes no contempla encantado y agradecido el retrato que Montalvo traza del *Cura de Santa Engracia?*

No es ménos interesante y curioso el Tratado de la *Nobleza.* Cuando sabemos que un escritor demócrata se ocupa de esta clase social, la costumbre nos hace anticipar los latigazos que la aristocracia recibirá de su severo censor: la pluma que nos ocupa no se convierte en látigo, porque Montalvo es filósofo, y sin espíritu de partido, sin preocupaciones de escuela, busca únicamente la verdad, y siguiendo su sendero termina en apreciaciones justas. Las páginas dedicadas á la nobleza, escritas con pluma de fuego, se resumen en este aforismo, comun á todos los hombres de bien y á todos los sabios: «No hay más aristocra-

cia que la de la virtud: tal fué el orígen de la nobleza; él es su base, su ideal». Recuérdese el episodio característico de la *Flor de Nieve:* el Emperador de Rusia al abrazar en 1863 en San Petersburgo á un sabio, Anthoskoff, le declaró noble y le hizo conde en presencia de la corte, por un descubrimiento científico: este es un de los hechos que regocijan á la humanidad, porque los triunfos del saber y el mérito serán siempre una victoria para ella.

Es el autor uno de esos profundos pensadores que no se detienen en la superficie. En su tratado de la *Belleza*, punto casi inaccesible, llega á conclusiones inesperadas; y no es la imaginacion la causa sola que produce el asombro, sino tambien la historia natural que viene á ayudarla poderosamente. Diversidad infinita de tipos de belleza femenina; la belleza de la adolescencia, la del jóven, la del anciano, forman el grandioso cuadro tan magistralmente acabado por Montalvo. Las queridas de Mitridates; las heroinas de los poemas de Ossian; las bellezas modernas, inglesa, francesa y española; las mujeres americanas, esas hijas de las grandes montañas, la *bogotana*, la *quiteña*, la *limeña*, y tantas otras admiradas por el viajero, el artista y el poeta, pasan deslumbradoras ante la ansiosa mirada, concluyendo siempre las descripciones, enriquecidas con multitud de modelos, en la más austera leccion de moral. Montalvo demuestra con las tristes peripecias de una novelita histórica, que sirve de epílogo al tratado, de lo que es capaz el hombre arrastrado por la fuerza de las pasiones, y la verdad que encierra la clásica exclamacion de Sofócles: ¡Oh belleza.... funesto don del cielo!

No es posible dar una idea exacta de lo que son los tratados de Montalvo, como sucede con los *Ensayos* de Michel de Montaigne, el *Libro de la Sabiduría* de Pierre Charron, ó las *Máximas* de Larochefoucauld: hay multitud de ideas, apreciaciones, teorías filosóficas, poesías é inspiracion propias, y solo el libro es lo que puede dar á conocer las riquezas que encierra; lo único posible, á lo sumo, es indicar algunos de sus elementos y delinear ciertos rasgos. Los franceses, en general, se contentan con leer en su idioma, sobrio y expresivo, sin estudiar los extranjeros: si allá en el colegio aprenden, mal ó bien, el inglés, se empeñan luego en olvidarlo; y en cuanto al español, el número de

los que lo leen en Francia es muy limitado, lo mismo entre los escritores que entre los sabios. No quieren recordar que la lengua de Cárlos V fué traducida por Corneille, y que hoy todavía se habla por cincuenta millones de hombres civilizados. Pero lo que está fuera de toda duda es que los españoles de uno y otro hemisferio leerán con entusiasmo los *Siete Tratados*, tanto más, cuanto que la tendencia del autor es la de unir más y más los dos miembros de una familia, al ascendiente con el descendiente; el español de Europa y el de América aparecen juntos en muchas partes de la obra, especialmente en el *Tratado de los héroes de la Independencia*. Boves, héroe sombrío y terrible, engrandece con su indomable valor las hazañas de Bolívar; y Barreiro, vencido en Boyacá, es uno de los ejemplos de aquellos singulares tipos de aventureros de la España guerrera.

Tratándose de una obra escrita en español, carecemos de autoridad para juzgar su estilo; pero sabemos que se reconoce al autor como un maestro del bello idioma castellano. El Sr. Paez, en su célebre Revista literaria, declara que Montalvo es el primer escritor polemista de la América del Sur, y no vacila en colocarle en tal concepto al lado de Junius y de Paul Louis Courier. Escritores como D. Juan Montalvo contribuirán con su pluma á poner fin en el Ecuador á la vieja tiranía que amenaza eternizarse allí, á derrumbar los malos gobiernos y á exterminar los déspotas políticos que solo tienen por base de su poder el terror que inspiran y la audacia con que llevan á cabo sus excesos.

En un número próximo daremos cuenta del segundo volúmen de los *Siete Tratados*.

*El Genio*, *Los Héroes*, *Los Banquetes de los filósofos*, son los fragmentos principales: este último tratado será para los españoles y para los eruditos de Francia de gran aprecio, porque se dedica á Miguel de Cervantes y *Don Quijote*, su inmortal obra maestra que siempre parece nueva y que despues de tres siglos no ha saciado la curiosidad.

Madrid, Junio 18 de 1883.

Terminamos hoy el agradable trabajo que nos habíamos propuesto dando á conocer á los lectores de Los Dos Mundos el segundo y último

artículo de la notable crítica que con la elegancia y erudicion que le distinguen ha hecho M. Auguste Meulemans en el *Moniteur des Consulats* de la obra del Sr. D. Juan Montalvo:

«Otro de los puntos tratados por Don Juan Montalvo es el olvido en que los hombres tienen á sus contemporáneos ilustres. Con su hermosísimo y peculiar estilo pone de relieve la triste verdad de que la justicia se manifiesta solo ante la tumba, y la amargura que encierra la frase de Scipion el Africano: *Patria ingrata, no poseerás mis huesos.*

Es seguramente imposible que en idioma castellano se haya hecho un retrato de Bolívar igual al que Montalvo nos presenta. Veinte años de homéricas luchas contra una de las más grandes naciones de la vieja Europa por su historia, y de las más temidas por el poderío de sus armas, habian de dar altísima resonancia al nombre de aquel ilustre patricio, y hallar elocuente voz que dijese al mundo entero los hechos del que fué el alma de ellas. Cierto es que en la época en que la lucha comenzó y se desarrolló, las guerras de conquista vinieron á oscurecer y ocultar las de la libertad. Napoleon se interpuso entre Bolívar y el mundo. Pero los meteoros desaparecieron: á las grandes derrotas sucedieron las gloriosas victorias; los horizontes se despejaron; tras el ruido de los combates sobrevino el fecundo silencio de la paz, y parece llegada la hora de que los europeos admiren sin reserva y conozcan en sus más minuciosos detalles los hechos de abnegacion, valor y audacia que inmortalizan la epopeya americana, y que rivalizan por su grandiosidad con los de los tiempos heróicos de la antigua Roma. El jóven oficial que espera al enemigo, y con firme brazo hace volar el parque de artillería, no cede en heroismo á Mucius Scœvola al dejar consumir su mano por el fuego en presencia de Pórsena.

Veinte años significan una generacion, constituyen la vida de un hombre: la guerra fué la de Bolívar y la de sus compañeros Paez, Giraldot, Urdaneta, Córdova, sublimes figuras de aquel grandioso cuadro. Brillante colorido, riqueza en detalles y exactitud son los preciosos elementos de las descripciones que Montalvo hace de las batallas. ¿Qué hispano-americano no anhelaria leer y releer las páginas en que aparece fotografiada la historia de los primeros dias de su patria?

Muchos son los paralelos que se han hecho de Washington y Bolí-

var: en uno de ellos el general O'Leary no vacila en conceder superioridad al segundo; pero no existia ninguno, que sepamos, de Bolívar y Napoleon. Montalvo lo ha hecho, y de tal manera, bajo aspectos tan nuevos, que hacen preguntar dónde ha hallado lo que escribe de Napoleon despues de la oda de Manzoni, los versos de Lamartine y los cantos de Víctor Hugo. Este paralelo es uno de los más curiosos fragmentos de la obra. La muerte del Libertador en una casa abandonada sería tal vez, segun la filosofía de la historia, el fin lógico y natural del ilustre hispano-americano. Cristóbal Colon tuvo su fin en un lugar oscuro, olvidado y llevando en su cuerpo las cadenas que le aprisionaron; de igual modo Bolívar cumplia, cuando le sorprendió la muerte, con el decreto de proscripcion de su patria.

El tratado del *Genio* es un inagotable caudal de ricas imágenes, de sorprendentes conceptos y maravillosos juicios: al leerlo el hombre pensador no puede ménos de preguntarse si para discurrir sobre el asunto es necesario que el alma se sienta tocada de la locura de que nos habló Horacio; si, no siendo el genio, como se sabe, más que una clase de locura sublime, es necesario que los que de ella se ocupan se sientan iluminados por una luz divina. Pero sea como quiera, si Víctor Hugo posee el español, se sentirá sorprendido y orgulloso al escuchar las aclamaciones de entusiasmo que pueblos adolescentes del nuevo mundo le envian, de cuyas aclamaciones es Montalvo intérprete elocuente y convencido.

El retrato de Castelar, á quien los españoles consideran como el primer orador del siglo presente, constituye un acabado estudio, y patentiza la grandiosa revelacion que ilumina al autor de los *Siete Tratados*.

Los *Banquetes de los filósofos* acrecienta, si es posible, nuestro entusiasmo.

El conde de Saint-Germain, aquel iluminado del siglo XVIII, afirmaba que durante una de las diferentes existencias sucesivas por que creia haber pasado, asistió á la entrada de Alejandro el Grande en Babilonia, dando como prueba de su afirmacion el canto mismo, extraño, místico y clásico con que saludó á aquel gran triunfo; canto, decia, que no hizo más que repetir despues. Podríamos afirmar la existencia de este fenó-

meno en Montalvo, al considerar lo familiares que le son Sócrates, Jenofonte y Aristóteles; al ver reproducidas en los vuelos de su elegante pluma la voz, las doctrinas y el alma de aquellos sabios.

Somos cervantistas: esta afirmacion explica por sí sola el placer que nos causa el capítulo dedicado al ilustre Manco de Lepanto y á su incomparable creacion, *D. Quijote*. ¡Cuántas grandes lecciones encierran sus locuras! ¡Cuán sublime la moral que haciendo reir enseña! Las dos naturalezas, moral y material, se encarnan en los dos personajes que las edades no han destruido; y de esta sabia antítesis que constituye la parte cómica, nace el encanto universalmente sentido y que no acabará nunca. Preciso es leer todo lo que sobre tal autor y tal produccion ha escrito Montalvo, empleando sus vastos conocimientos psicológicos y su correcta lógica. Allí nos convencemos una vez más de que los gobiernos no saben sentir, y de que las naciones son ciegas. Sólo el repetido eco de voces extranjeras viene á despertar el sentimiento de aquellos y abrir los ojos de estas, para considerar el olvido en que yacen las glorias propias. Para muchos, y durante siglos, Shakespeare fué sólo un borracho incorregible; y apénas si á Corneille se le concedia la honra de que sus obras fuesen dignas de coleccionarse y reproducirse.

Hemos tratado de indicar á vuela pluma los atractivos que por su forma literaria y fondo filosófico tiene la obra de Montalvo. Es, en resúmen, el perfecto trabajo de un elocuente propagador de ideas, grandioso foco de luz científica, clara manifestacion de la elevada talla moral del autor, y patente prueba de su erudicion y profundidad filosófica. Si el nombre de Montalvo no fuese ya por otros conceptos conocido; si no lo iluminase ya la aureola de la fama, como lo prueban las entusiastas ovaciones de la prensa madrileña, esta obra bastaria por sí sola para darle gloria y perpetuarla.

*Juan Andrés Topete.*

Concluirémos con la nota del presidente de la Academia Franco-Hispano-Portuguesa, que es como sigue, fielmente traducida:

Tolosa, á 22 de Mayo de 1883.

*Al señor don Juan Montalvo.*

Señor: Tengo el honor de poner en vuestro conocimiento que la Academia Franco-Hispano-Portuguesa, á propuesta mia, os ha nombrado miembro correspondiente.

Tiempo ha que la «Sociedad Académica» se ve rodeada de los hombres más eminentes en la literatura, las ciencias y las artes; á este título, señor, nada más natural que ella registre vuestro nombre en sus anales, cosa que le causará un justo orgullo.

Tengo el honor, señor y eminente colega, de ofreceros mis más decididas afecciones.

El Secretario general,
*H. Sépiére.*

El Presidente,
*Clément Sépiére.*

Sentimos no hallarnos á la altura de las circunstancias para hacer las reflexiones que vinieran al caso: nuestro objeto no ha sido sino ponerles á los ecuatorianos al corriente de lo que está pasando con uno de sus compatriotas por estos mundos, para que vean si no hay quienes honren la patria y la engrandezcan, á pesar de la barbarie y el crímen que la ha envilecido por tantos años.

Con la libertad viene la consideracion: á Montalvo, Alfaro y Sarasti, mucho les debemos los ecuatorianos.

CIRO VICENTE VERA.

Paris, Agosto de 883.

# VICTOR HUGO COMO POETA SATIRICO (1).

SEÑORAS, SEÑORES:

Nada ménos que estas significativas muestras de benevolencia me son necesarias para dominar un tanto el temor que me embarga, al encontrarme en esta tribuna y en vuestra presencia. Me asaltan á la vez el recuerdo de las voces elocuentes que desde aquí han resonado, para provecho y encanto del selecto auditorio que atrae siempre esta favorecida Sociedad, y el convencimiento de mi propia deficiencia, pues acostumbrado al estudio solitario y á la comunicacion por escrito, no en todas ocasiones me obedece dócil la palabra. ¿Cómo habria de lisonjearme de que se me mostrase hoy ménos rebelde, cuando estoy cierto de que no he de acertar á vestirlas con las galas que demanda la asistencia de tantas distinguidas señoras, como han venido á honrarme esta noche? Mucho creeria haber conseguido si lograse siquiera dar á mis frases el calor de la emocion que me anima y poner en mis asertos el sello de la sinceridad con que los entrego á vuestra benévola crítica.

Por otra parte, áun sin olvidar un punto la índole de esta fiesta puramente literaria, no está en mí sustraerme por completo á la in-

(1) Conferencia pronunciada en *La Caridad del Cerro* el 17 de Junio de 1883.

fluencia de estos lugares, donde tantas veces se ha levantado la voz enérgica del tribuno, defensor del derecho conculcado, juez severo de las torpezas ó de las iniquidades del poder ensoberbecido, y donde tantas veces el estruendo del aplauso popular ha dado á la palabra del orador la dignidad solemne de las protestas de la opinion pública contra los desafueros de la fuerza. Parecíame que, aquí donde se han tratado con tanta elevacion y fogosidad los más graves problemas del presente y del porvenir de un pueblo, cualquier asunto habria de parecer descolorido; y me hubiera encontrado singularmente perplejo en la eleccion de tema, si los distinguidos oradores que me han precedido en esta tribuna, en ocasion semejante, no hubiesen establecido, con feliz acierto, una especie de tradicion, que ha venido á marcarme el rumbo que me dispongo á seguir. A imitacion suya, he querido buscar un asunto que, sin sacarme de la esfera del arte, á que se dedican estas veladas, me permitiera tocar á esas materias más inmediatamente conexas con las ideas, los designios y las pasiones, cuyo conflicto constituye el dramático interés de la vida de las sociedades, y considerarlas en la forma con que hoy se presentan á solicitar la atencion del espíritu humano. Nada podia ser más adecuado á este propósito, que escoger en nuestra época uno de esos hombres que, por la superioridad de su genio y el vigor de su actividad, han logrado abarcar é iluminar las árduas cuestiones que preocupan y conmueven hoy á la humanidad, y han sido actores prominentes en las grandes luchas del siglo; buscando en su obra, ó en alguna parte de ella, los materiales para el estudio que nos descubra su carácter, clave de toda personalidad, y nos explique el secreto de su accion y de su influencia. Me he fijado en Víctor Hugo, en el gran poeta y gran patriota, cuyo nombre es por sí solo un programa; y he escogido la época de su vida y la parte de su obra que descubren mejor su corazon.

Temerario, y en alto grado temerario considero formular apreciaciones absolutas; no obstante me atrevo á aseverar que Víctor Hugo es el mayor poeta del siglo. No olvido, al decir esto, que ha sido el jefe y porta-estandarte de una escuela, ni que ha estado mezclado personalmente, sosteniéndola con su propaganda y vigorizándola con su ejemplo, en la contienda más ruidosa y empeñada que registran los

anales literarios; léjos de eso, cuando lo veo levantarse sobre las preocupaciones de bandería y secta, y sobrevivir glorioso al triunfo, siempre efímero, de una doctrina, que es tanto como decir de una manera parcial y limitada de considerar la realidad multiforme é ilimitada; cuando lo veo resistir á todo el torrente de la crítica adversa, vencedor de las veleidades del gusto, y continuar produciendo, sin cansancio aparente, obras maravillosas, para generaciones sucesivas de lectores; áun sin entrar todavía en la apreciacion de sus cualidades intrínsecas, no me es posible dudar que el aliento poderoso de las grandes inspiraciones ha levantado su pecho y que ha oreado su frente el soplo divino de las concepciones soberanas; que ha sentido como artista y ha producido como génio. Porque en medio de este flujo y reflujo eternos de las cosas y de las ideas, no es siempre del vencedor del momento la última palabra; y solamente los que han sido dignos en verdad de la victoria logran la sancion suprema, la de la posteridad imparcial y desapasionada. Y no es posible desconocer que su larga y gloriosa ancianidad ha permitido al poeta egrégio oir esa voz del porvenir, que resuena propicia para tan pocos.

Mas no pretendo que os contenteis con este favorable testimonio de los hechos; á otras consideraciones más decisivas voy á fiar la confirmacion de mi aserto. Si nos preguntamos: ¿qué es lo que caracteriza nuestra época? nadie titubeará en contestar: la mayor proximidad á que se encuentran unos de otros los hombres, y en consecuencia la mayor intensidad de vida individual y social. La imprenta estableció la república universal de los espíritus; pero el vapor está realizando una obra mucho más grandiosa, la federacion universal de los corazones. Las líneas férreas van allanando por todas partes las fronteras, los buques de hélice suprimen el mar inmenso y unen los remotos continentes. A la comunicacion de los productos sigue la de las ideas, y á ésta la participacion de unos mismos afectos, de los propios sentimientos y pasiones. ¡Qué vasto es el horizonte intelectual del hombre de nuestros dias! ¡qué rica su escala emocional! ¡qué suma de conciencia colectiva no revelan las luchas cotidianas, los sacudimientos periódicos de los pueblos coetáneos! Así vemos cómo cambian y se transforman á nuestra vista y en pocos años los indivíduos, cómo evolucionan y

varían en pocas décadas las naciones. Los cambios, las revoluciones en los gustos, en los sistemas, en las creencias que ántes tardaban siglos en realizarse, de una á otra generacion los realiza hoy la humanidad.

Circunscribámonos á la esfera de las ideas y la produccion literarias. Siglos tardó la literatura cristiana en desarrollarse y florecer; siglos la reaccion clásica, el Renacimiento, en dar todos sus frutos. Alborea el nuestro, y un inusitado movimiento de los espíritus anuncia, primero en Alemania, más tarde y con más fogosidad en Francia, que iban á trastornarse por completo los cánones á que se ajustaba la composicion literaria; se denuncian como estrechas las viejas formas, se befan como pueriles las antiguas reglas, se desechan por gastados los asuntos tradicionales; la gravedad y decoro en el estilo se tilda de prosopopeya senil; la armoniosa sencillez de los planes acusa miopía intelectual; la graduada proporcion de las partes revela timidez y pobreza del vigor mental; la eleccion cuidadosa de los temas, esterilidad y deficiencia manifiesta de númen. Con tal que bulla la vida é hiervan las ideas y replandezcan luminosas y multicoloras las imágenes y resuene musical el verso, todo se acepta, y la fantasía se enseñorea sin contraste del dominio entero del arte. Parecía que una nueva sávia discurria por las venas de los viejos pueblos de Europa y que un soplo de juventud refrescaba sus sienes. Al contemplar el ardor con que una generacion entera de jóvenes génios se precipitaba por las nuevas sendas, lanzando á la palestra una tras otra, obras inmortales, y cómo ganaba el contagio, hasta las literaturas más modestas y ménos brillantes en el vasto escenario del mundo civilizado, ¿quién no hubiera creido asistir al advenimiento del arte definitivo de toda una época? Pero aguardad un poco; mirad más adelante; no pasan treinta años, y ya comienza á reaparecer el gusto por la forma, torna á rebuscarse la frase y á cincelarse la idea en su manifestacion verbal; surge una poesía tan pulcra y castigada como la del Renacimiento, aunque más rica en conceptos y afectos, y los parnasianos anuncian la primera derrota del romanticismo en la misma Francia, su más formidable baluarte. En Alemania los humoristas, discípulos de Heine, y los cantores de la poesía filosófica y de la poesía patriótica; en Inglaterra, los poetas psicólogos con Browning á la cabeza; en Francia los naturalistas acaban

de hacer perder al público el gusto romántico; y áun ántes de que estas escuelas ó tendencias logren duradera popularidad, y para mayor sorpresa y contraste, se presenta el inglés Swinburne, seguido de los pre-rafaelitas, tremolando un estandarte aún más radical y revolucionario que lo fué el del romanticismo.

¿Qué resultados ha debido producir en la capacidad estética de los contemporáneos esta variedad en la manera de concebir y exteriorizar, esta diversidad en los argumentos mismos de los poetas? Hemos oido todos los tonos que puede producir la lira humana, hemos descubierto recursos no sospechados en el lenguaje, el ritmo y la rima han producido maravillas, el verbo en realidad se ha hecho carne; las emociones más profundas, como las más sutiles, los afectos más permanentes como los más pasajeros, todos los meandros del corazon, todos los matices del carácter individual han sido analizados y expresados con tino magistral; se han evocado todos los personajes de la historia, se han exhumado pueblos y civilizaciones, hemos pedido á los hombres de todas las épocas la clave de sus pensamientos y hemos imitado su lenguaje, el secreto de sus sentimientos y hemos reproducido su arte; gracias á nuestra literatura no hemos considerado meramente, como desde un punto culminante, los sucesos, ni hemos asistido al drama de las pasiones, como espectadores; hemos recorrido el campo de la historia viviendo en cada época, hemos sido actores de sus mil trágicas escenas y en nuestros pechos se han repercutido todos los dolores de la humanidad. Hemos vivido más y mejor que los hombres de ninguna otra época.

Y decidme ahora: de todos los singulares artistas que han realizado esta obra singular, verdaderamente única, ¿cuál es el que ha recogido de la contemplacion del mundo y del hombre más emociones, ha animado más ideas, ha poetizado más aspectos de lo realidad; ha dado expresion más luminosa á sus creaciones; ha conmovido de un modo más vario, más profundo y más permanente á sus semejantes? ¿No es el que ha recorrido todas las cuerdas de la lira poética, y alternativamente tierno ó sublime, lleno de gracia ó lleno de majestad, patético ó indignado, gemebundo ó tonante, ha puesto ante nuestros ojos, por la asombrosa mágia de su génio, hombres de todos los tiempos y de todos

los países, nos ha hecho comprender las ideas que ya murieron, nos ha hecho descifrar los símbolos que ya se deslustraron, poseernos de las creencias que ya para siempre se eclipsaron; y al mismo tiempo ha encarnado mejor en nosotros todas las concepciones de nuestra época, los nuevos sentimientos que nos hacen hombres nuevos, agitando todos los problemas de la hora actual y elevándolos, por el esfuerzo incomparable de su generosa fantasía, á las regiones del arte, donde todo concepto se depura y dignifica, donde toda nocion se hace luz y vida, y cobra nueva fuerza y actúa más enérgicamente sobre mayor número de inteligencias y corazones? ¿No es el cantor de las *Contemplaciones* y las *Orientales*, no es el trovador de las *Canciones de las calles y de los bosques*, no es el autor de *Los Burgraves*, de *Nuestra Señora* y *Los Miserables*, no es el Juvenal de *Los Castigos* y de *El libro Satírico*, no es el épico sublime de *La leyenda de los siglos*, no es Víctor Hugo?

Demos todo lo que corresponde á la época de transicion que alcanzamos y al medio social tan complejo en que ha florecido el poeta; consideremos todo lo que hay excesivo, vicioso y supérfluo en la maravillosa produccion de ese talento gigantesco; no olvidemos que en muchos de sus cuadros hay más inventiva prestigiosa que nímia verdad histórica; no neguemos que su estilo cae muchas veces en lo amanerado y puramente convencional; más aún, digamos con franqueza que su ideal poético, su concepcion del arte, aunque magnífica y grandiosa, lo limita por tanto, hasta cierto punto, lo empequeñece, porque mira sólo y como fin supremo al desplegamiento de la fuerza, á la exteriorizacion de la vida bullente y enérgica, á la aspiracion contínua á lo colosal y sobrehumano; con todo eso, es tan grande su génio, tan vivaz y pura de toda mezcla vil su inspiracion, tan excelsos sus sentimientos, tan noble su nocion del hombre y la humanidad, tan rica y profunda su intuicion de la naturaleza, que han logrado proyectar sobre sus coetáneos un raudal de divina poesía, nunca ántes ni despues superada. Esta época de vida intensa, de conciencia exquisita, á veces enfermiza, aclama en él á su poeta, al que le ha revelado mejor y en más bello lenguaje el secreto de su espíritu y de sus aspiraciones.

Cierto estoy de que no me faltaría vuestra ilustrada atencion, si

me extendiese ahora en el estudio de la obra entera del insigne autor, pero no lo consienten los límites de mi trabajo. Basta á mi intento escoger, como ya he indicado, aquella parte que nos permite comprender mejor el carácter del poeta, y que encierra, además, una enseñanza más alta.

Aclamado habia ya la crítica á Víctor Hugo como insuperable poeta lírico, cuando reveló de súbito un nuevo aspecto de su génio eminentemente subjetivo; una nueva musa hablaba por sus lábios inspirados, y el siglo tuvo su Juvenal, tan elocuente como el antiguo y mucho más generoso, porque no disimula sus acerados dardos, ensañándose con los muertos, sino que hace blanco de sus fulminantes censuras á los vivos y poderosos. El poeta deja la trompa heróica, olvida la lira y hace restallar con mano de hierro el látigo lacerante de la sátira.

Tal vez para algunos, encariñados con la vieja poética escolástica que establece géneros y dá á unos la preminencia sobre otros, sea un punto de vista desfavorable éste en que voy á considerar la obra de Víctor Hugo, por parecerle un género inferior el que acabo de mencionar. El alma humana es demasiado compleja y las peripecias del drama á que asiste, á la vez como actora y espectadora, son harto intrincadas, para que la manifestacion de sus sentimientos por medio del arte de la palabra se deje encerrar fácilmente en clasificaciones que se conviertan en títulos de preferencia. Por más que lo pretendan así ciertas escuelas, lo bello no es la única materia del arte; las fases trágicas de la vida, los aspectos risibles del indivíduo humano, las deformidades mismas de nuestra naturaleza física ó moral atraen con absorbente interés la atencion del artista y de su público. La malignidad ha sido una musa tan fecunda como el entusiasmo y la admiracion. Mas sin ahondar este interesante problema de estética á la vez y de moral, ¿no vemos á cada paso que el buen humor predispone á poner de relieve los defectos ó las meras incongruencias del carácter, y á convertir los rasgos normales en elementos de caricatura? ¿no advertimos cómo otro sentimiento, austero ya, el deseo de corregir, nos lleva á acentuar las imperfecciones del sér moral, los desórdenes de las organizaciones sociales, y convertirlos en vicios dignos de reprobacion y censura? y

sobre todo, ante los males verdaderamente acerbos que infestan el espíritu y hacen del mundo campo sombrío de luchas infames y de inícuos triunfos; ante la intriga rastrera que usurpa sus recompensas á la virtud, ante la hipocresía vil que suplanta al mérito; ante el perjurio descarado que conculca el honor; ante la fuerza desapoderada que encadena y enmordaza el derecho; ante la maldad proterva que despoja de sus atributos santos á la justicia y los profana ostentándolos sobre sus hombros estigmatizados, ¿no se iergue la indignacion, que purifica y hasta redime, con sus anatemas fulminantes, con su voz profunda que aterra como el rayo, con su semblante airado que paraliza y suspende el corazon en los pechos criminales? Pues todos estos elementos componen la poesía satírica; y épocas hay tan decadentes y corrompidas que no otra cuerda puede vibrar en la lira del poeta, abominador del presente y vaticinador del porvenir. De esos elementos, el más noble, el más capaz de los sublimes movimientos y de la grandilocuencia del génio, la indignacion, ha sido la que ha inspirado el libro en que voy á fijarme. Sus antecedentes históricos demuestran que nada hubo conenvencional en su produccion; que fué el fruto espontáneo de un período tristísimo y de un grande y hermoso corazon; conviene que lo tengamos presentes.

El 20 de Diciembre de 1848 subia á la tribuna de la Asamblea Nacional francesa el príncipe Luis Napoleon Bonaparte, electo presidente de la República, ostentando en el pecho la placa de la gran cruz de la Legion de honor. Allí pronunció este juramento:

«En presencia de Dios y ante el pueblo francés, representado por la Asamblea Nacional, juro permanecer fiel á la República democrática una é indivisible, y llenar todos los deberes que me impone la Constitucion.»

El presidente de la Asamblea respondió:

«Tomamos á Dios y á los hombres por testigos del juramento que acaba de prestarse.» Los destinos del pueblo francés quedaban en manos del representante de las ideas napoleónicas, la República francesa estaba á merced de un príncipe imperial, sin más defensa que la débil barrera de un código político, obra de la desconfianza y de la imprevision. Muchos espíritus nobles se retiraron á sus casas entriste-

cidos, asediados por el espectro del 18 Brumario y por el recuerdo de los juramentos del primer cónsul.

Sin embargo, los actos y principalmente las palabras del nuevo presidente tenian por único objeto calmar esos recelos, disipar esos temores. En su primer discurso, en la misma sesion, protesta que cumplirá sus deberes como hombre de honor, y que tratará como enemigos de la pátria á los que intenten cambiar las instituciones por vías ilegales. Meses despues en una alocucion pronunciada en Ham, en los mismos lugares donde habia sufrido una larga cautividad, condena su pasada conducta, por haber sido un ataque al gobierno regular, y se muestra resuelto á respetar las instituciones del país. Casi dos años más tarde, rechaza indignado el pensamiento que se le atribuye de cambiar la Constitucion, porque el título que más ambiciona es el de hombre honrado, y no reconoce nada superior al deber. En Noviembre del año 1850, recuerda con toda solemnidad en su mensaje que está atado por su juramento, que no le es lícito ni áun desear la revision de la carta fundamental. En torno suyo sus parciales, sus amigos, dán á la nacion las mismas seguridades; hay quien llega á llamarlo «el hombre más honrado de la República.»

Pero llega el 2 de Diciembre de 1851, y París, al despertar, se encuentra ocupado militarmente por un ejército considerable, y sabe con estupor que ha sido violado el palacio de los representantes del pueblo, aprisionados los más ilustres generales de Francia y sus políticos más prominentes, disuelta la Asamblea Nacional. El autor de tamaña felonía era Luis Napoleon Bonaparte, presidente de la República. La comedia del juramento, la farsa del honor, la mogiganga carnavalesca del deber no habian durado siquiera tres años. La conspiracion se habia incubado en los consejos supremos del Estado; el crímen habia ido creciendo á la sombra del custodio del derecho; la rebelion habia empuñado la espada de la ley; la traicion se habia desposado de antemano con la impunidad.

Mas aún era pequeño el atentado; la usurpacion necesitaba su bautismo de sangre generosa é inocente. Apénas vuelto en sí de la sorpresa, el pueblo intenta la resistencia, algunos representantes que han logrado escapar á los esbirros lanzados en su busca, algunos ciudadanos

poseidos de indignacion patriótica se precipitan á las calles, aclamando la ley hollada y la República prostituida; empiezan á levantarse barricadas, y resuenan por todos los ámbitos de la gran capital el estruendo de la fusilería y el ronco y grave estampido del cañon. Es la hora de los héroes de la conviccion y de los mártires del deber. Uno de esos héroes fué Víctor Hugo; representante del pueblo, y habiendo escapado á la primera furia de los conspiradores, trata de organizar la resistencia, va por los sitios más públicos, arenga á la multitud, y da el ejemplo de resistir, escudado con el derecho, á la infame presion de la fuerza. Las terribles peripecias del lúgubre drama que tenía por escenario á la populosa metrópoli, pasaron todas ante sus ojos. Treinta mil soldados franceses, traidores á su fé y á su bandera, fusilaban y cañoneaban á mil doscientos ciudadanos armados en defensa de la Constitucion y de la ley; en un lugar, una mujer que llevaba armas á los patriotas, era detenida y ejecutada en el acto, en otro era fusilado un consejero general, más lejos una casa ocupada por trescientos ciudadanos, era tomada á punta de bayoneta, y los ocupantes mataban á cuantos hacian resistencia; en otras partes se lanzaba al rio á los que combatian; el general Herbillon hacia azotar á los prisioneros menores de veinte años; sobre los principales bulevares tronaba el cañon, haciendo blanco de las casas; y en la primera barricada caia mortalmente herido el diputado Baudin, que habia opuesto por únicas armas á aquella soldadesca mercenaria, su banda tricolor y el código fundamental de Francia, que estaban rasgando con sus bayonetas tintas en sangre francesa. Cuando se hubo perdido toda esperanza, cuando toda resistencia fué ya inútil, los que no fueron á expiar su heroicidad á los pontones, á los presidios ó á las colonias penitenciarias, buscaron ó encontraron su salud en el destierro.

La isla inglesa de Jersey prestó asilo al gran poeta, comprendido en la primera lista de proscripcion. El mundo iba á presenciar un extraño espectáculo. Entre nubes de incienso se adelantaba el usurpador á ocupar un trono, para el que le habian servido de escabel el perjurio, la perfidia y el asesinato; Francia, despues de las primeras convulsiones y los primeros amagos de resistencia, se sometia sin murmurar apénas al César improvisado en los cuarteles; Europa miraba con cu-

riosidad, pero sin indignacion; el tiempo, cómplice dócil de todas las violencias de la protervia y de la injusticia, se preparaba á traerles la suprema sancion de los hechos consumados; sólo un hombre se aprestaba á la lucha y forjaba en su mente inflamada por el ódio patriótico los rayos para herir de frente al coloso. El poeta iba á tomar la voz del derecho escarnecido, á volver por la santidad del juramento despreciada, á defender la ley hecha trizas, á derramar toda la hiel del desprecio sobre el déspota cobarde y sus sicarios, á fustigarlos alternativamente con la injuria, la befa y el sarcasmo. No seria Ovidio llorando sus tristezas en las riberas inhospitalarias del Ponto, sino un nuevo Ezequiel, colocado en sublime atalaya, escarneciendo los crímenes nefandos de la nueva Salem, y vaticinando la desolacion y ruina total de los inícuos. No era el libro de *Los Tristes*, el que iba á salir de su pluma mojada en lágrimas y sangre, sino el libro de *Los Castigos*.

Nunca pasion más verdadera ha sido expresada con mayor verdad; jamás un acontecimiento tan terrífico ha inspirado una poesía más patética, ni la cólera grandiosa de un hombre representando el derecho y la justicia habia logrado jamás convertirse así en imágenes de fuego, en cuadros luminosamente sombríos, en frases magníficas de elocuencia indignada que van á grabarse como indelebles estigmas sobre las frentes pálidas de aquellos reos vestidos de púrpura. Es tan profunda en esta obra única la compenetracion del sentimiento estético y del sentimiento moral, que casi resiste al análisis. En el alma del poeta parece que se ha transfundido el alma de su pueblo, y su voz adquiere todas las inflexiones, todos los acentos, desde el tono de la sencilla cancion que parece un sollozo ahogado, hasta el de la imprecacion sublime en que llora desolada la elegía y truena furiosa la sátira; para pintar todas las escenas de horror que han compuesto el lúgubre drama de la traicion y la usurpacion, su estilo adquiere una flexibilidad ilimitada y gime y maldice y rie sarcásticamente, y á ocasiones parece que arrulla á la muerte, y á veces se ilumina con la vision profética de tremendas catástrofes. La empresa es titánica, porque se trata de sacudir, conmover y levantar á un pueblo postrado y desfallecido, pero las fuerzas son de un titan. Habla á toda Francia, y á toda ella cita y emplaza para que presencie la terrible ejecucion; hiere implaca-

blemente al perjuro, lo acosa sin trégua ni descanso, lo clava en lo más alto de la picota, para evocar en torno suyo las imágenes sangrientas de todas sus víctimas, para hacer llegar á su oido los ayes dolientes y atroces blasfemias de las viudas, de los huérfanos, de los galeotes y de los proscritos, para animar en contra suya á todos los objetos puros de la naturaleza y á todos los sentimientos nobles del alma, para dejarlo solo en su infame altura, y consagrarlo al desprecio; atrahilla luego á la vil jauria de sus cómplices, á los traidores que le vendieron su espada, á los cobardes que á cambio de mercedes le entregaron sus votos, á los indignos que hicieron con él almoneda de su conciencia, y arranca sus galones á los generales, despoja de sus mantos de armiño á los magistrados, desnuda de sus túnicas de lino á los obispos, y uno por uno los lanza á la fétida piscina de su vileza y de su prostitucion; no perdona tampoco á los tímidos que se escondieron, á los prudentes que esperaron, á los débiles que aceptaron, á la innumerable caterva que no auxilia á la resistencía y que forma luego la masa plástica de los que consienten; á todos viste con el sambenito de su egoismo y los declara autores de su propia ignominia, merecedores de su infamia y dignos de soportarla.

La sinceridad de la emocion es tanta, en esta obra de tan grande aliento, que no hay una sola nota que suene discordante; y la unidad del sentimiento es tan cabal, que todos los que expresa el poeta, apesar de ser tantos y tan varios, se funden armónicamente, para mostrar en toda ella uno predominante que es como la clave del libro y la fuente inexhausta de su inspiracion: la confianza plena del patriota en que el triunfo de la maldad es efímero y en que se restablecerá el reinado de la justicia.

Entre tantos recuerdos como evoca, entre tantas imágenes como crea, entre tantos símbolos como anima, la imágen de Josué aparece á sus ojos, y en el asédio de Jericó encuentra una alegoría sublime que expresa todo su pensamiento. Cuando el juez de Israel, á la cabeza de los suyos, comenzó á rodear la ciudad al son de sus trompetas, el rey se echó á reir, y á medida que se sucedian las vueltas del extraño ejército en torno de los fuertes muros, iban acudiendo los moradores de Jericó á presenciar y escarnecer el singular espectáculo: primero fueron los

niños, que escupian el arca é imitaban con las manos en la boca el son fatídico de los clarines; luego las mujeres, hilando tranquilamente sus ruecas, y arrojando piedras á los sitiadores; despues los inválidos, que les lanzaban injurias y sarcasmos; por último los ancianos prudentes, que reian tan regocijadamente como su rey. Mas en medio de tanta confianza y algazara, llegó la vez á la sétima vuelta y las murallas de Jericó cayeron. Resonad, resonad siempre, clarines del pensamiento, dice el poeta; y su verso robusto resuena por toda la Francia, como vaticinio de seguro cumplimiento.

Mientras así lloraba ó imprecaba año tras año el desterrado ¿qué ocurria en su patria? ¡Ah! La demostracion insensible de los hechos, segun la frase feliz de Saint-Beuve, parecia empeñarse en deponer en contra suya: el país habia pasado del estupor á la indiferencia, el grupo de los fuertes de espíritu, de los íntegros de voluntad iba siendo cada vez menor; el derecho, la libertad, todas las consagraciones que debe la ley á la personalidad humana habian desaprecido; pero la agricultura prosperaba, la industria florecia, el comercio extendia su círculo de accion; las grandes concepciones del espíritu, las nobles aspiraciones del sentimiento se ahogaban en esa atmósfera enrarecida, pero la actividad social tomaba otros canales, y la prosperidad interior de la nacion aumentaba dia por dia, haciendo que todos los pueblos quisieran asegurarse en ella un puesto de preferencia para el tráfico. Paris mismo se transformaba, la piqueta infatigable del ingeniero y del arquitecto derruia barrios enteros, y una vara mágica parecia improvisar en lugar suyo bellos parques, magníficas avenidas, monumentos suntuosos. A tal alarde de riqueza no podia mostrarse insensible crédito, y el de Francia era ilimitado. Estas prestigiosas apariencias no le servian ménos en el exterior; su voz era oida con respeto en los consejos del mundo, su voto era buscado con ahinco en los conflictos internacionales, y despues de las guerras de Crimea y de Italia, su preponderancia parecia decisivamente establecida entre las potencias de primer órden. El nuevo César podia sentirse satisfecho; el tiempo habia borrado aquellas manchas de sangre, el éxito habia trocado el nombre de las cosas, la usurpacion era la legitimidad, el pueblo que habia dado sus sufragios no sólo habia elegido segun su voluntad, sino que habia

elegido para su provecho. Una vez más la fortuna se entregaba deslumbrada á la audacia.

Las oposiciones más acerbas, al cabo de tantos años de prosperidad, comenzaban á flaquear ó guardaban silencio. Pero hubo quienes permanecieron inflexibles. No hay que decir que fué de ellos Víctor Hugo. A cada amnistía contestaba enérgicamente: nó; y cuando la voz misma de la amistad vino á solicitar su aquiescencia, abrió el libro de *Los Castigos*, y repitió:—«Si no quedan más que diez, yo seré el décimo; si sólo resta uno, ese seré yo». Así puso magníficamente el sello de la verdad á la obra espléndida de su fantasía; así probó que el comercio constante de su alma superior con todos los grandes ideales de la humanidad, el amor, el honor, el derecho, la justicia, tan gloriosamente cantados en su obra, le habian dado en cambio la verdadera libertad, dejándolo inaccesible al interés, al temor y á la flaqueza, autores de toda prevaricacion. El artista habia santificado al hombre, y el poeta egregio hizo ver una vez más al mundo que si estamos frente á frente á un gran misterio, á una noche profunda: el espíritu humano, hay una gran claridad que súbitamente lo baña: el deber. Donde todos veian tinieblas, el poeta distingua una luz inextinguible, y allí las visiones de su espíritu cobraban cuerpo, se realizaban y sus versos salian de sus labios, ardientes y luminosos como profecías.

Luis Napoleon tenía demasiada fe en su audacia y en la accion decisiva de la victoria sobre la inércia del mayor número, para no acoger con sonrisas burlonas los relámpagos de la ira santa de un proscrito. Muy lejos estaba de sospechar que algun dia habrian de asediarle los versos centellantes del poeta, como las furias vengadoras que perseguian al parricida Orestes hasta en el santuario mismo de los dioses. Pero los años pasaron, y el suelo comenzó á temblar bajo sus piés; embriagado por la prosperidad y ciego por el humo del incienso, se lanzó irreflexivamente al abismo que habia de sepultarlo. ¿Habré de referiros su caida, cuando á todos nos ha espantado? El gran político que dirigia la Francia habia enmordazado la opinion, habia negado el campo á las ideas, se habia divorciado del espíritu público, y estaba sólo con sus cortesanos y sus aduladores; el gran diplomático que dirigia la Europa, no habia advertido el trabajo subterráneo de sus enemigos, nada sabia

de la red sutil en que estaba envuelto, y se encontró sin aliados; el gran administrador que habia hecho brotar tesoros del suelo francés, no tenia provisiones, ni equipos, ni armamentos, ni defensas, y se encontró con soldados pero sin ejército; el gran guerrero, que habia heredado el genio del primer Napoleon, amenaza fuera de tiempo, rompe sin consultar sus fuerzas, deja su capital amagando invadir el país hostil, avanza, retrocede, titubea, y apénas se encuentra cara á cara con el enemigo, deja caer á los piés del invasor la bandera y la espada de la Francia.

La tremenda profecía del poeta estaba cumplida; confirmando la aparente paradoja de Aristóteles, la poesía habia dicho más verdad que la historia. Víctor Hugo, lleno de dolor y de gloria, volvió á la patria al cabo de diez y ocho años, para presenciar tristemente el triunfo de su obra. De entre las ruinas de la Francia imperial se alzaba vibrante la voz del bardo inspirado, mostrando que las fundaciones de la iniquidad son desleznables, y que en el mundo de los hombres sólo es permanente y estable lo que se asienta en la justicia.

Pocas veces se ha puesto el genio al servicio de una idea más generosa; por eso entre tantas obras maestras como ha producido el gran lírico francés ninguna posee un valor tan permanente; y si consideramos únicamente el género á que pertenece, podemos decir que es el esfuerzo supremo y la más alta produccion de la poesía satírica. Rasgos y áun cuadros maravillosos tiene el Dante, inspirados por la musa de las venganzas patrióticas, más de un poeta popular ha conmovido en la Edad Media los férreos pechos de los grandes ó pequeños tiranos de la época, con sus atrevidos serventesios, pero ántes de Víctor Hugo solo Juvenal habia elevado la sátira á tanta dignidad, y sin embargo, el poeta latino es inferior al poeta francés. Uno y otro abarcan en su obra los extravíos, las flaquezas, los vicios y los crímens de una sociedad entera, el cuadro es igualmente vasto en ámbos, quizás algo mayor en Juvenal, la lengua de la imprecacion y del dicterio es igualmente rica en los dos poetas, más sentenciosa en el latino, más brillante en el francés, el tono es completamente adecuado á la idea, el arte en ámbos se muestra pujante y vigoroso; pero Juvenal es la expresion de un dolor sin esperanzas, y su misma desesperacion lo hace desinteresarse

en cierto modo del triste espectáculo que contempla y reproduce, y ya que no puede corregir, no pierde las oportunidades de moralizar, es un filósofo que saca las conclusiones de una experiencia, por más que ésta sea la corrupcion y la podredumbre de un mundo; Víctor Hugo no pierde un momento la fé en la realizacion del fin que persigue, en la reintegracion del derecho, en el castigo de la maldad, de la violencia y del cinismo; se indigna con cada golpe, con cada desengaño, su corazon sangra con todas las heridas que recibe la patria, se estremece con todas las infamias que la manchan y degradan, pero confía y contesta con un noble y magnífico canto que es á la vez terrible para los malvados y consolador y fortificante para las víctimas inocentes y para los partidarios de la razon y del derecho; es siempre un poeta inspirado por un ideal divino, que le muestra la humanidad regenerada en las aguas lustrales del amor y la equidad.

Podrán pasar los años y cambiar los gustos, de la corona del poeta caerán quizás hojas que aún hoy están verdes, el libro de *Los Castigos* no morirá. Donde quiera que haya hombres abrumados por el peso de las injusticias sociales y pueblos domeñados por la brutal pesadumbre de la fuerza; donde quiera que el hombre de recto corazon vea erguirse triunfante al crímen, tortuoso en sus caminos, y las naciones presencien los largos eclipses que pueden sufrir la ley y la moral, los versos del poeta desterrado, del patriota fiel á la causa de los vencidos, se repetirán de boca en boca para bañar de fortaleza los corazones. Ellos enseñarán á todos los oprimidos la fuerza oculta pero incontrastable del derecho, el triunfo final del bien contra el mal, de la inteligencia contra la pasion, de la libertad contra el despotismo, y les harán repetir su invocacion sublime:—«Resonad, resonad siempre, clarines del pensamiento, y las murallas de la iniquidad, los alcázares de la injusticia se hundirán al cabo y por su propio peso en los abismos!»

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

# EL ANGEL DE LA FRATERNIDAD.

## I.

En el vacío del caos, ántes de que se diseñáran las cosas y los séres, hace más de cien millones de años umínicos, estaba inmóvil en el negro espacio un ángel inmenso, que quizá no ha tenido nacimiento y que probablemente no tendrá fin. Ceñida á la cabeza una corona de incorrupto alerce, plegadas las inconmensurables álas, envuelto en una túnica formada de hervideros de vapores, de esbozos de cristales y berilos, de semillas criptogámicas, de ovarios imperceptibles y de otros gérmenes y materias aún desconocidas á los habitantes de la tierra, volvia la mirada hácia todas partes, como esperando un gran acontecimiento.

Alguna vez se iluminaban aquellas tinieblas y pasaba ante sus ojos una vision deslumbrante; el *Supremo Sér*, cruzaba por los ámbitos desiertos en su carro rutilante, cuyos ejes eran el tiempo y el espacio. El ángel fijaba sus ojos en la *Potencia increada*, con expresion interrogativa; pero la vision proseguia su vuelo vertiginoso; el foco, y luego la estela de luz se desvanecian á lo léjos y el vacío volvia á quedar en la sombra.

El ángel continuaba en su inmovilidad durante millares de millares de siglos, con la mirada escrutadora y el oido atento.

## II.

Llegó el supremo instante, resonó en los espacios el verbo, esto es, la palabra fecunda; el *fiat* repercutió en sí mismo, y el ángel sintió que la veste que le ceñia, desprendiéndose, volaba por los espacios con un ruido semejante al que producen los aludes; hecha innumerables girones, ténuemente bañados por la primera luz del Cosmos. Millones de puntos brillantes, posteriormente trasformados en soles, se diseñaron en el caos, atravesando torbellinos de sombras que se compenetraban, se repelian y se unian de nuevo en elaboraciones incesantes y el ángel siempre inmóvil, parpadeó de alegría al comprender que el Creador le habia hecho principio y gérmen de todas las cosas.

Al resplandor de la luz ya formada, con sus miradas que abarcaban las distancias infinitas, el ángel, quizá gemelo de Dios, vió la idea divina tomar vida, cuerpo, designio é inmanencia; comprendió la armónica concatenacion del naciente universo, glorioso espectador de tantas maravillas.

Asistió á aquel connubio de fuerzas, impulsadas por el raudal de la vida; á los trabajos de la fecundacion que reventaba como las espigas de la tierra en granos que eran semilleros de mundos; á la conjuncion de las partículas moleculares agrupándose en nebulosas cuajadas de estrellas; al nacimiento de los planetas, que sólo constituyen un grado más de vida en donde todo lo es; y viólos poblarse de séres, que eran el complemento sintético de la potencia creadora.

Los moradores de todos los mundos se asemejaban y diferian entre sí; estaban hechos de fiemo, barro, carne, metales, piedras, líquenes y sustancias que ninguna imaginacion ha presentido y que ninguna ciencia podrá nunca clasificar, y no obstante, llevaban el sello universal de la primitiva matriz que los habia animado; bien así como en una sinfonía, surge siempre la pristina melopea.

## III.

Deslumbrado por aquella incesante rotacion de astros, penetrado por éxtasis de cielos, desvanecido por el rápido cruzar de cometas que le distraian de la absorbente idea de la sabiduría de Dios, el ángel, sintiéndose inmóvil, cuando todo bullia, se chocaba, crecia y titilaba en su derredor, se extremecia de impaciencia, sentia el anhelo del infinito y aunque no se rebelava contra los designios del Hacedor, contraia inconscientemente sus músculos como para desplegar las álas que no obedecian á su voluntad.

Pasaron los tiempos sin medida; continuaron las luchas, el trabajo, las palpitaciones del universo. Espacios luminosos quedaban súbitamente sombríos; esbozos informes tomaban de repente consistencias esculturales; se extinguian soles lejanos; astros llenos de conos rozaban con astros esféricos y los deshacian; cintas de costelaciones se tegian y destegian; los humos se trasformaban en zoófitos y éstos se anegaban en trombas que se solidificaban y se volvian á liquidar.

Era una convulsion inmensa, un vértigo incesante, en el que sólo el ángel permanecia en su inmovilidad.

Pero quizá la creacion habia llegado á su primera etapa, etapa que no tendrá fin; y el ángel oyó otra vez resonar el verbo que le mandaba, iniciándole en sus designios, y entónces, comprendiendo su propia grandeza, elevó los brazos ya libres, como rindiendo homenaje á la grandeza de Dios.

## IV.

Abrió las álas que al desplegarse desviaron pavesas de mundos y átomos de cometas, y se lanzó á los espacios, seguido de vivientes remolinos impulsados por la atraccion. Así comenzó su viaje portentoso, que tiene descansos, pero nunca término; así aquel sér elegido que resume la idea matriz, dió principio á su excelsa mision.

No ha existido nunca criatura más gloriosa y más feliz; su pecho absorbe á torrentes la eterna vida. Su mirada abarca todo el universo

creado y le recorre en aletazos incalculables. Como el limax que vaga en las nieblas de la tierra, él, limax luminoso de los espacios ingentes, acecha las creaciones y los anihilamientos, y sólo él vé *llenos* esos ámbitos vacíos para la mirada de todos los séres.

Él ha cruzado por todos los planetas volando en medio de los colosales habitantes de *Júpiter*, se ha mecido en las vivientes linfas de *Neptuno;* ha visto los candentes ojos de las moradoras de *Vénus*, cuyo resplandor, atravesando la ténue y sonrosada atmósfera, embellece á los astros más lejanos, y se ha sumergido en el ambiente de oro líquido de *Tileo*, con las flores mariposas que la pueblan.

Una vez, pasando por *la Tierra*, vió á un hombre espirando en el suplicio de la Cruz, por haber predicado la fraternidad humana; y el ángel se quedó inmóvil detrás del infamante madero, para asistir á la agonía de aquel justo. Cuando ésta se consumó, el glorioso é invisible viajero, golpeando el suelo, dolorido, se remontó á los espacios; al golpe retembló la tierra extremecida y al desplegarse las inmensas alas se nubló el sol en el puro y espléndido cielo de Palestina.

## V.

Antes del pecado de la ceguedad humana ya el ángel habia presenciado las dos catástrofes del orgullo superior y del orgullo inferior: las catástrofes de *Saturno* y de la *Luna*. Los habitantes de aquel planeta, sobreexcitados por la soberbia, quisieron atraerse los ocho satélites que le rodean, y la Omnipotencia divina le encerró en un triple anillo de fuego, que le sirve de valladar, y castiga á aquellos, haciéndoles vivir en una atmósfera abrasada. Los moradores de la *Luna*, humillados de su servidumbre, intentaron romper el hilo invisible que la une á la *Tierra*, y entónces la punicion fué más terrible, si bien no tan dolorosa; el *Bula* empapó su cabellera en la lumbre del sol, y cruzando por la paralaje del rebelde satélite, quemó en él todo cuanto vivia; ningun sér orgánico escapó al fuego del cometa, y desde aquel momento la *Luna* es la tumba vacía del espacio.

Alguna vez, el ángel llega á sus ámbitos desiertos y se deja caer sobre la cresta de aquella montañas calcinadas, no para reposar de su

viaje prodigioso, sino para absorberse en la idea del poderío de Dios, único á quien es dado tener orgullo, por ser el único que puede admirarse en sus obras.

## VI.

Y así, fortalecido con la consideracion de aquella ruina contra las sugestiones de la soberbia; el ángel vá de esfera en esfera y de mundo en mundo, dejando caer en todas partes el gérmen de la idea divina. Nadie le vé, pero todo siente su influencia, y el pensamiento de Dios, llevado por su incesante mensajero, referente en el pensamiento de todos los séres inteligentes.

Ellos oyen en su conciencia un concento sin expresion, un mandato no formulado que les impulsa los unos hácia los otros; un anhelo infinito de buscarse, de conocerse, de vivir en la misma existencia.

El ángel se cierne sobre ellos fermentando esta actividad que tiende á trasponer todos los límites. La criatura aislada se siente incompleta, y unida en un comun esfuerzo quiere explorarlo todo. Ha tomado las fuerzas vivas de la naturaleza, haciéndolas tributarias; ha surcado el curso de las aguas, se ha hecho de vapores para acortar las distancias, se ha servido del fuego para trasmitir las ideas y atraerse las palabras.

Aún tiene grandes vacíos que llenar, antros que descubrir, espacios que recorrer. Los séres no caben en los mundos en que viven, y se acechan mútuamente desde incalculables distancias, midiéndose y explorándose con la imaginacion. Su esperanza es infinita como su anhelo; tienen delante de sí la vida inextinguible, el tiempo y el espacio y sobre estas tres bases trabajan sin cesar.

Su vista se engrandece incesantemente merced á sus gigantes telescopios; cuando sea el segundo *fiat*, cruzarán los espacios que ahora sólo ven ó imaginan. Las leyes del Génesis son la atraccion y la unidad, y por eso todas las criaturas inteligentes se buscan para unirse en la suprema inmanencia, que es Dios.

Entónces habrá terminado su mision el ángel de la fraternidad.

F. MORENO GODINO.

# LA EDUCACION POLITICA. (1)

Consideremos ahora á la asamblea de representantes elegida de este modo. Ya hemos visto la impropiedad de la composicion de esta asamblea en lo que á los intereses de sus miembros se refiere, y acabamos de ver tambien lo que la misma teoría representativa implica con respecto á su inteligencia. Examinemos, empero, y más de cerca aún, á los representantes bajo este último aspecto.

Y, en primer lugar, ¿qué tarea es la que emprenden? Obsérvese que no decimos, la tarea que *deben* cumplir, sino la tarea que se *proponen* y que *tratan* de cumplir. Comprende ésta la reglamentacion de casi todas las acciones que en la sociedad se desenvuelven. A más de ingeniar medidas para impedir la agresion mútua entre los ciudadanos, y para asegurar á cada uno en la tranquila posesion de lo suyo; á

(1) Traducido por G. Z.

Estos fragmentos, reimpresos en forma de artículo con el título que encabeza, por Mr. E. L. Youmans en el interesante libro que ha editado «The Culture Demanded in Modern Life» (New-York, 1881) están tomados de la obra de Mr. Herbert Spencer «Essays: Moral, Political and Æsthetic» (New-York, 1880) páginas 182 á 187 y 371 á 376. Remitimos á este libro á los que quieran conocer por entero estos interesantísimos trabajos, de los que hoy no tomamos más que una parte.—N. DE LA R.

más de asumir tambien la obra, tan necesaria en el estado actual de la humanidad, de defender á la nacion de invasiones extranjeras; échanse encima y sin titubear, la pena de proveer á necesidades sin cuento, de curar dolencias sin número, de prever asuntos infinitos. Presumen decidir cuál es la cierta entre las muchas creencias abrigadas por la humanidad sobre Dios, la Creacion, el Futuro, etc., y sostienen un ejército de sacerdotes para que se la estén repitiendo perpétuamente al pueblo; empéñanse en hacer desaparecer la miseria que inevitablemente resulta por la falta de provision, y la variable influencia de la poblacion en la produccion; quieren fijar el mínimum que cada contribuyente ha de dar para caridad, y el modo en que lo obtenido por este concepto se habrá de emplear; figurándose que la emigracion no se verificará naturalmente tan de prisa como quisieran, buscarán los medios para llevarse á las colonias cierta parte de las clases trabajadoras; en la certeza de que las necesidades de la sociedad no producirán una extension bastante rápida de la cultura intelectual, y en la confianza de que saben cuáles son los conocimientos más útiles, harán uso del dinero público para construir escuelas y sostener profesores, imprimirán textos para la enseñanza por cuenta del estado y emplearán inspectores para ver si su plan de educacion se sigue; haciendo el papel de médicos, insistirán en que todos tomen sus específicos y se libren del peligro de caer malos con la viruela sometiéndose á un ataque de vacuna; y el papel de moralistas, decidiendo cuáles dramas deben representarse y cuáles nó; y el de artistas, estableciendo escuelas de dibujo, nombrando maestros y proveyendo modelos, y hasta decretarán, como en *Marlborough House*, qué cosa debe ser considerada como de buen gusto y qué cosa como de malo; por medio de sus lugar-tenientes, las corporaciones municipales, suministrarán medios para lavar la piel y ropa de las gentes; en algunos casos fabricarán gas, colocarán tuberías, construirán alcantarillas y pondrán tapas á los sumideros, establecerán bibliotecas y jardines públicos; más todavía: determinarán la manera de fabricar las casas y el modo más seguro de construir barcos, tomarán medidas para que se pueda viajar sin peligro por los trenes, fijarán la hora en que no deben estar abiertos los establecimientos públicos, reglamentarán los precios del alquiler de los vehículos que circulan por las calles de Lón-

man á ella, aunque á alguna distancia? Fuera de duda queda que son muchos de ellos sabios en materias clásicas: no pocos han escrito versos latinos irreprochables y pueden gozar ante la representacion de una obra dramática de los griegos; pero no existe propia relacion entre una memoria bien abastecida con las palabras que se hablaban hace dos mil años, y una inteligencia disciplinada en el estudio de la sociedad moderna. Cierto es que al aprender las lenguas del pasado habrán tenido que enterarse de algo de su historia; pero considerando que esta historia es principalmente una narracion de batallas, intrigas y tratados, no da por tanto mucha luz á la filosofía social;—ni siquiera los más sencillos principios de la economía política han podido obtenerse en ella. Tampoco disputaremos que unos cuantos miembros del Parlamento son buenos matemáticos, y que la disciplina mental matemática es de mucho valor. Sin embargo, como los problemas políticos no son susceptibles del análisis matemático, sus estudios en esta direccion no habrán de servirles de mucho en sus cargos de legisladores.

Al gran número de oficiales militares que toman asiento entre los representantes del país, tampoco ni por un instante negaremos su competente conocimiento de la castrametacion, de la estratégia y del arte de regimentar; pero no vemos cómo estas cosas pueden ilustrar las causas de los males de la nacion, ni enseñar la manera de curarlos. Y en verdad que al considerar que toda guerra es anti-social, y que el gobierno de los soldados es necesariamente despótico; la educacion militar y los hábitos que en esa carrera se obtienen parecen más á propósito que para habilitar, para incapacitar á los hombres para la reglamentacion de los actos de un pueblo libre.

Los muchos abogados que nuestros electores han mandado al Parlamento, pueden sin duda invocar su extenso conocimiento de las leyes; y á primera vista parece que esta informacion especial que poseen tiene alguna relacion con el oficio que están llamados á desempeñar. Pero si esta informacion no es más que técnica, si no la acompañan á un conocimiento de las ramificadas consecuencias que las leyes han producido en el pasado y están aún produciendo, (y que nadie puede afirmar que posee); no sabrán lo bastante tampoco para penetrar en la ciencia social. El conocimiento íntimo de las leyes sirve tanto

para legislar racionalmente, como serviria el íntimo conocimiento de todos los específicos que los charlatanes han empleado, para la práctica racional de la medicina. No encontramos, pues, en parte alguna de nuestro cuerpo representativo, la cultura apropiada. Tenemos sí, aquí, á un hábil novelista, allí á un afortunado constructor de ferrocarriles; este miembro ha adquirido un gran capital en los negocios, aquel tiene fama como mejorador del cultivo agrícola; pero ninguna de estas hazañas implica la capacidad para ordenar y manejar los procesos sociales. Ninguno hay, entre los muchos que han pasado por las escuelas públicas y seguido todo el plan universitario—contando tambien los pocos premiados que pueda haber, *double-firsts* y *wranglers*, de Oxford y Cambridge—que haya recibido la disciplina intelectual requerida para ser un buen legislador. Ninguno posee ese conocimiento competente de la ciencia en general, que culmina en la ciencia de la vida, y que únicamente puede formar la base de la ciencia social.

Porque es uno de esos secretos abiertos, que parecen tanto más secretos por lo mismo que tan abiertos están, que todos los fenómenos desplegados por una nacion, son fenómenos de la vida, y todos están sin excepcion sujetos á las leyes de la vida. Ningun desarrollo, ni decadencia, ni mal, ó mejoramiento ó cambio de cualquier clase que sea, puede verificarse en el cuerpo político si no tiene su causa original en las acciones de los séres humanos; y no hay accion humana que no sea conforme á las leyes generales de la vida, sin que puedan éstas comprenderse si esas leyes no son préviamente comprendidas. No vacilaremos en afirmar que sin un conocimiento de las leyes de la vida y una clara comprension de la manera en que hacen surgir y dirigen el desarrollo de la organizacion social, las tentativas todas para reglamentar la vida social habrán de resultar siempre en disparates.

Véase, además, la inmensa incongruencia entre el fin y los medios empleados para conseguirlo. Véase, por una parte, la dificultad infinita de la gigantesca tarea; y, por otra parte, la cuasi total falta de preparacion de los que se proponen realizarla. ¿Nos admirarémos entónces de que la legislacion se esté siempre desbaratando? ¿No es natural que la atencion de los recursos de queja, las enmiendas y las derogaciones de leyes ocupen principalmente todas las sesiones? ¿Puede

esperarse nada más del absurdo Jack-cadeismo (1) que casi todas las noches (2) desgracian los debates? Aun sin tener en cuenta el elevado tipo de capacidad que arriba hemos definido, la incompetencia de la mayoría de nuestros representantes está sobradamente probada. No hay más que tender rápidamente la vista sobre esa abigarrada reunion de nobles, caballeros, comerciantes, abogados, ingenieros, militares, marinos, directores de caminos de hierro, etc., y preguntarles luego qué enseñanza han obtenido de su vida anterior que pueda servirles para el complicado trabajo de la legislacion, y se verá al punto cuán extremada es su incompetencia. Pudiera creerse que todo nuestro sistema legislativo se habia construido siguiendo los consejos de algun Dogberri (3) político, que así dijera, por ejemplo: «El arte de curar es difícil, el de gobernar fácil. El conocimiento de las matemáticas se adquiere estudiando y el de la sociedad viene por el instinto. El oficio de relojero exige un largo aprendizaje, pero no se necesita ninguno para hacer las instituciones. El buen manejo de una tienda ha de ser enseñado; pero el manejo de un pueblo puede emprenderse sin preparacion».

---

Contra este peligro, la única salvaguardia parece ser la difusion de ideas más sanas entre las clases trabajadoras; y el mejoramiento moral que en esas nociones más sanas vá implicado.

«Quiere decir esto que debe educarse al pueblo», dirá el lector. Sí; eso es lo que hace falta, la educacion; pero no esa educacion por la que tantos hombres se agitan. Las clases ordinarias de las escuelas

---

(1) Jack Cade, jefe de una insurreccion popular en 1450 en Kent, que entró en Lóndres á la cabeza de una gran muchedumbre armada, despues de derrotar á las tropas reales en Sevenoaks. Eran graves momentos para la nacion y este desórden era un resultado del malestar general. Las quejas de la rebelion de Jack Cade se formularon en lo que se llamó la «Complaint of the Commons of Kent».—N. DE LA R.

(2) Las sesiones del Parlamento inglés son generalmente nocturnas.—N. DE LA R.

(3) Un personaje ridículo de la comedia *Much Ado Abont Nothing*, de Shakespeare.—N. DE LA R.

que se han instruido y ejercitado en esa misma funcion ¿por qué hemos de esperar que la idoneidad para la ciudadanía se produzca por medio de una disciplina que nada tiene que ver con los derechos del ciudadano?

Probablemente se replicará que haciendo de los trabajadores buenos lectores se les abrirá así camino hácia las fuentes de informacion, donde pueden aprender á usar bien su derecho electoral; y que los demás estudios que hagan les aguzarán las facultades y les permitirán que juzguen mejor las cuestiones políticas. Eso es verdad, el resultado final de su aplicacion será indudablemente bueno. Pero ¿y si por mucho tiempo aún no léen más que lo que confirma sus errores? ¿Qué sucederá si existe una literatura que lisonjea sus preocupaciones, y facilita falaces argumentos á sus erróneas creencias, que naturalmente han de aceptar? ¿Qué, si rechazan toda enseñanza que tienda á desengañarlos de su queridas y mentirosas ilusiones? ¿No habremos, pues, de decir que esa cultura, que meramente sirve al trabajador para mantenerlo en el engaño, es propia para incapacitarlo y no para habilitarlo para la ciudadanía? Y los *trades'-unions* ¿no nos suministran pruebas de lo que decimos?

De lo poco que los prepara para el uso de los derechos políticos eso que las gentes llaman comunmente educacion, puede juzgarse por la falta de competencia de los que han recibido la educacion más alta que el país ofrecer puede. Dése una retrospectiva mirada á los errores de nuestra legislacion, y recuérdese luego que los hombres que los cometieron habian en su mayoría recibido grados universitarios; habrá de admitirse luego que la más profunda ignorancia de la ciencia social puede existir simultáneamente con la mayor sabiduría de todo lo que nuestras clases ilustradas consideran ser ciencia de mucho valer. Tómese á cualquier miembro, fresquecito de Oxford ó Cambridge, y pregútesele qué es lo que él crée que la Ley debe hacer, y por qué; ó qué no debe hacer, y por qué nó; y se verá entónces que ni su intimidad con Aristóteles ni su lectura de Tucídides le han preparado para responder á la primera pregunta que todo legislador debe contestar. Un solo ejemplo bastará á demostrar cuán diferente á la que se recibe generalmente, es la educacion que necesitan los legisladores, y los que

La segunda salvaguardia de importancia en que debemos confiar es, pues, la difusion, no de ese saber meramente técnico y miscelánico que los hombres propagan hoy con tanto afán, sino del saber político; ó para hablar con más precision: el conocimiento de la ciencial social.

Sobre todo, la cosa esencial es que se adopte una teoría cierta del gobierno: una nocion cierta de la utilidad de la legislacion, para qué sirve, y cuáles son sus exactos límites. Esta cuestion, olvidada generalmente en nuestros debates políticos, es de más momento que otra alguna. Las investigaciones que los hombres de Estado ridiculizan hoy por especulativas é impracticables, serán mañana consideradas infinitamente más prácticas que todas esas que ahora estudian, y constan en sus «Libros azules», y en cuya discusion gastan muchas horas todas las noches. Las consideraciones que ocupan cada mañana doce columnas del *The Times*, no son sino meras frivolidades comparadas con esta consideracion fundamental.—¿Cuál es la esfera propia del Gobierno? Antes de discutir la manera en que la ley ha de reglamentar una cosa dada, ¿no sería más sensato proponer esta cuestion prévia de si la ley debe ó nó entrometerse en esa cosa dada? Y ántes de contestar esto, proponer aún esta cuestion mucho más general:—¿Qué debiera hacer la ley y qué debiera dejar sin hacer? Si la legislacion tiene algunos límites, es seguro que la fijacion de estos límites ha de producir efectos mucho más profundos que los que pueda tener cualquiera otra ley del Parlamento; y ha de ser, por tanto, de mucho más momento. Y tambien es seguro que si existe peligro en que el pueblo haga mal uso de sus derechos políticos, es de suprema importancia que se le enseñe, con qué único objeto deben usarse esos derechos políticos.

Si las clases superiores comprendieran bien su posicion, verian, así lo creemos, que la difusion de los sanos conocimientos en estas materias importa más á su bienestar propio, y al de toda la nacion en conjunto, que ninguna otra cosa. La influencia popular ha de ir aumentando con el tiempo inevitablemente. Y si las masas ganan el poder predominante, y conservan al mismo tiempo sus ideas de arreglo social y accion legislativa con la crudeza que actualmente tienen, resultarán por necesidad desastrosas intervenciones en la relacion del trabajo y del capital, así como tambien una desastrosa extension de las adminis-

traciones del estado. Inmenso perjuicio se causará, primero, á los que emplean y á los empleados despues; lo que á la postre redundará en el de toda la nacion. Estos males pueden solo evitarse arraigando en la mente pública la profunda conviccion de que las funciones del estado tienen ciertos límites muy estrechos, relativamente, y que estos límites no deben traspasarse bajo ningun concepto. Y despues que las clases superiores aprendan primero cuáles son estos límites, deben hacer cuanto en su mano esté y con la mayor energía, para enseñárselos al pueblo.

HERBERT SPENCER.

# BOLIVAR, ORADOR MILITAR (1).

Cuando quiere la Divina Providencia realizar sus asombrosos planes en el mundo, escoge los instrumentos, los enriquece con las dotes convenientes para que, bajo sus auspicios y como guiados por su invisible mano, realicen prodigios que sobrepujan las fuerzas humanas. Tal cosa, si es lícito á ojos profanos penetrar en tan recónditos misterios, se verificó en hombres como Colon y Bolívar, en aquél para descubrir el Nuevo Mundo, en éste para hacer independiente media América de la dominacion española.

Para cumplir tan alta empresa, Bolívar debia poseer dotes extraordinarias, y las poseyó, en efecto; amor á su suelo nativo, libre de vulgares ambiciones; amor á la libertad, llevado hasta el delirio, hasta el fanatismo; gran corazon, á prueba de los mayores reveses é infortunios, y aquel rayo del fuego del cielo que se llama génio en el lengnaje de los hombres.

Refieren que, de jóven, viajando por Europa, llegó una vez á pisar en Roma el Monte Sagrado; y que allí, doblando la rodilla sobre aquella tierra de antigua libertad, é invocando las sombras de Camilo, de

(1) Publicado en la *Opinion Nacional* de Carácas, del 4 de Abril de 1883.—NOTA DE LA REDACCION DE LA REVISTA DE CUBA.

Fabio y de Cincinato, juró consagrar su vida á la independencia de su pátria. Bolívar atravesó el Atlántico, y al pisar la primera playa colombiana, desenvainó el acero y empezó de luego á luego, la tremenda lucha.

Lo que obró hasta coronar la empresa de emancipar su Nacion y fundar á Colombia, y despues libertar á la tierra de los Incas y crear la nueva república que lleva su nombre, y las penalidades y trabajos que para esto sufrió, con esa constancia que no desmaya nunca ni en medio del fiero horror de las estaciones inclementes, guerreando, ora en las inmensas sabanas inhospitalarias y abrasadoras, ora entre los desfiladeros de los páramos bravíos, en la cumbre de los volcanes, con reducidas huestes, faltas de todo, de vestuarios, de vituallas, de municiones, contra ejércitos reglados, veteranos y valerosos, muchos de ellos vencedores de los soldados de Napoleon I; todo esto y las providencias administrativas para organizar sociedades no educadas para la vida de la república, que "salian con miembros entorpecidos por las cadenas" á respirar de repente el aura de la libertad; y su valor, su magnanimidad, su desprendimiento, son cosas que pertenecen á la Historia, en cuyas páginas van apareciendo más y más grandes sus hechos, á medida que corren los tiempos y callan las voces de la calumnia, y más tarde servirán de grandioso argumento á la epopeya hispano-americana.

Voy á examinar rápidamente sus escritos, voy á considerarlo como orador militar, faz por la cual no ha sido considerado todavía.

En las democracias antiguas se hacian las leyes, se elegian los magistrados y se decretaba la paz ó la guerra en las juntas populares; los oradores eran, por decirlo así, los árbitros de la suerte de la república, y la elocuencia deliberativa alcanzó entónces el más alto grado de perfeccion. Las modificaciones y cambios introducidos despues de la forma de gobierno, la limitaron á las asambleas ó cámaras representativas; y el cambio de auditorio templó su vehemencia primitiva; pues no era lo mismo perorar al pueblo reunido en la plaza de Aténas ó en Roma, que hablar delante de pocos oyentes en un Congreso. En los tiempos modernos, queda como ejemplo O'Conell arengando al pueblo irlandés, tanto por lo numeroso del concurso, como por la magnanimi-

dad del orador y la importancia suma del asunto. La antigua clasificacion de la elocuencia en los tres géneros deliberativo, demostrativo y judicial pareció insuficiente en nuestro tiempo, y la crítica hizo un género aparte de la elocuencia militar: en la cual no sólo es justo colocar las alocuciones y proclamas, sino tambien toda expresion segun el lugar y las circunstancias en que se profiera.

Tal género no se ajusta á las estrechas reglas que rigen en las composiciones de otro órden; cosa natural, porque siendo la escena y el auditorio diferentes, diferentes deben ser tambien los pensamientos, el lenguaje, la accion. El orador militar necesita una palabra de fuego que caiga rápida é inflame instantáneamente los corazones del pueblo ó del ejército, para inclinarlo á tomar alguna suprema resolucion, ó empujarlo á la muerte ó á la victoria. No en el recinto estrecho de la sala de un parlamento, ni en las bóvedas de un templo debe resonar esa voz, sino en el campo, al aire libre, bajo el pálio espléndido del firmamento: el orador militar habla, no en la tribuna, sino al pié de las banderas que sacude el viento, delante de los tupidos batallones, cuyas armas brillan al sol; en frente, no léjos del enemigo, en cuyo campo se mezcla con el ronco redoble del atambor guerrero, el relinchar de los caballos impacientes, y el ágrio son del clarin que manda el combate. Allí todo debe ser rápido, animado, vehemente: una breve exposicion, recuerdos de glorias antiguas, grito de venganza por las derrotas sufridas, voz animadora, llena de conviccion y de esperanza; á veces insulto mordaz lanzado atrevidamente al enemigo; la promesa de los bienes que ofrece la victoria, y esto, declamado, gritado con acento alto, desgarrador, solemne. De modo que si hubiera de tomar una comparacion para ilustrar este asunto, diria que la elocuencia militar es como las ondas de un mar alborotado por la tormenta, cuyas inmensas moles corren aceleradas con el soplo del huracan, llegan al alto promontorio, y allí se rompen con estruendo, y espuman, y borbotan, y hierven; en tanto que otras especies de elocuencia, en grado mayor ó menor, se asemejan, ó á mansos rios que corren apacibles, lamiendo campos tupidos de grama y colmados de flores, ó á lagos tranquilos, en los cuales se pintan las estrellas de un cielo sereno.

Esta elocuencia, como eco que es de la pasion en su último paro-

xismo, admite la esplendidez del estilo metafórico en su mayor grado, y tal forma, natural en ella, sería hinchada en arengas de otra clase: diferencia que no han tenido en cuenta los que tachan de ampulosos los discursos del Libertador. Quien se halla al frente del enemigo en el trance de una batalla; quien habla á soldados, si valientes, rudos por lo comun; quien debe aprovechar las circunstancias del lugar y el momento, mal puede detenerse á buscar giros y formas que no se atemperan á la situacion. Así es como son naturalísimas estas palabras de Napoleon I: «Cuarenta siglos os contemplan de lo alto de esas pirámides», y las de Bolívar despues de Ayacucho: «¡Soldados colombianos! centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo».

Por las mismas razones, nos parecen naturales y propias de la situacion la respuesta de Mario al Pretor de Utica que le intimaba partir: «Dí á tu amo que viste á Mario fugitivo, sentado en las ruinas de Cartago», y la de Pompeyo, á quien hablaban de las victorias de César: «En cualquiera parte de Italia en que yo dé con el pié, brotarán legiones»; y la exclamacion de Camilo cuando halló á los Senadores pesando el rescate de Roma al caudillo galo: «El hierro, y no el oro, debe rescatar á los romanos».

En ocasiones una de estas frases es el arranque de una suprema resolucion. Bolívar en medio de la batalla de San Mateo, viendo que la balanza de la victoria se inclinaba á sus contrarios, echa pié á tierra, manda desensillar su caballo y grita á sus soldados: «¡Aquí, aquí moriré el primero!» palabras, que recuerdan las de Sila, quien, para detener las huestes que huian, dijo arrebatando una bandera: «Es glorioso para mí morir aquí. Si os preguntan en dónde habeis abandonado á vuestro General, respondereis que en Orcómeno.» Otras veces es un recuerdo. Napoleon decia ántes de una gran batalla: «¡Soldados! este es el mismo sol de Austerlitz»; y Escipion el Africano, citado delante del pueblo: «En tal dia como hoy vencí á Aníbal y á Cartago. ¡Romanos! acompañadme al Capitolio á dar gracias á los dioses».—«Por Dios, amigos, decia Du-Guesclin, recorriendo las filas, ántes de la batalla de Cacherél, acordaos que tenemos un nuevo rey en Francia: que seamos nosotros quienes hoy estrenemos su corona». Otras veces, la elocuencia militar

emplea el lenguaje sublime. Catinat, obligado á atacar con fuerzas inferiores al Príncipe Eugenio junto al Oglio, respondió á un oficial que le decia:—«¿A dónde nos llevais? ¿A la muerte?—Sí, es verdad; la muerte está delante de nosotros, pero la infamia detrás». Y en otras ocasiones el tono de candor y de dureza militar. Enrique IV elogió á Crillón en medio de su Córte diciendo:—«¡Señores! ved aquí al primer Capitan del mundo.—Habeis *mentido*, sire, pues sois vos, le respondió Crillón».

Si á la altitud del pensamiento ha de corresponder la diccion, la de Bolívar debia ser notable por su grandeza. El lo miraba todo excelso; y lo eran en efecto, las empresas que acometía: eran nada ménos que la libertad de medio mundo; la refundicion en un sólo cuerpo político de la Capitanía General de Venezuela, el Nuevo Reino de Granada y la Presidencia de Quito, con el nombre y bajo el estandarte de Colombia; era la reunion del Congreso de Angostura en un rincon de las soledades de América, "en donde nada brillaba sino su génio, nada habia de grande sino él mismo," á tiempo que el resto del país ardia en las llamas de la guerra, ó estaba dominado por los españoles; era la reunion del de Panamá, especie de Liga anfictiónica que debia servir «de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias»; era la extincion de la esclavitud de la raza negra; y todo esto concebido sin probabilidades de realizacion, y llevado á cabo finalmente á esfuerzos casi sobrehumanos, en lucha tenaz de veinte años.

A los ojos del héroe desplegaba el Nuevo Mundo la majestad de sus portentosas magnificencias: sabanas dilatadísimas y desiertas, caldeadas por el sol de los trópicos; selvas primitivas, muchas de ellas no pisadas por planta humana, invadeables rios, gigantescos montes, que las nieves perpétuas ciñen con argentina diadema. En la conflagracion de la guerra, los pobladores de las ciudades siguen á veces en masa á la retaguardia de los ejércitos republicanos; y éstos, compuestos de hombres arrancados ayer no más de entre los bueyes y las labores del campo, sin equipajes, sin raciones, sin hospitales, obligados á vivaquear al raso, librando su defensa sólo en el corcel y la lanza. Todas estas escenas y las vicisitudes de la campaña debian herir profundamente el

alma y despertar ideas de sublime grandeza. Pero el espectáculo diario de aquellas, nada egendraba en la mente de sus obstinados enemigos; los cuales, respirando entónces bajo el mismo cielo y pisando el mismo territorio, no lograron traspasar los límites de una pobre medianía en sus proclamas y comunicaciones oficiales: todo es, en efecto, pobre en ellas, pensamiento y formas; como quiera que es privilegio del génio fecundizar, por decirlo así, la nada, y hacer aparecer vivo y palpitante lo que yacía dormido, como si se tocara con la vara mágica de los encantadores de la leyenda.

A esto debe agregarse la profunda conviccion de la justicia de la causa el desinterés con que Bolívar la servía y la fe inquebrantable en la Providencia que dirigia sus armas.

«Yo soy uno de vuestros hermanos de Carácas, decia al empezar la reconquista de Venezuela en 1813, que, arrancado prodigiosamente por el Dios de las misericordias de las manos de los tiranos que agobiaban á Venezuela, vuestra pátria, he venido á redimiros del cautiverio en que yaciais.... Prosternaos delante del Dios Omnipotente, y elevad vuestros cánticos de alabanzas hasta su trono, porque os ha restituido el augusto carácter de hombre.» Y despues de la victoria de Araure decia, hablando á una Junta popular en Carácas: «No he podido oir sin rubor, sin confusion, llamarme héroe y tributarme tantas alabanzas.... La Providencia y no mi heroismo, ha operado los prodigios que admirais». Y cuando, despues de haber atravesado, como por entre un Océano de llamas, los campos de Venezuela, y llevado la libertad á Cundinamarca, logró ver realizado el sueño de sus sueños, el anhelo eterno de su alma, con la creacion de la República de Colombia, exclamaba: «La República de Colombia, proclamada por el Congreso general, y sancionada por los pueblos libres de Cundinamarca y Venezuela, es el sello de vuestra independencia, de vuestra prosperidad, de vuestra gloria nacional.—Yo contemplo con gozo inefable este glorioso período en que ván á separarse las sombras de la opresion de los resplandores de la libertad. Tan majestuoso espectáculo me asombra y encanta.—Vuestra suerte vá á cambiar: á las cadenas, á las tinieblas, á la ignorancia, á la miseria, ván á suceder los sublimes dones de la Providencia: la libertad, la luz, el honor y la dicha.—Cundina

marqueses ¡quise ratificarme si deseabais aún ser colombianos; me respondísteis que sí, y os llamo colombianos.—Venezolanos! siempre habeis mostrado el vivo interés de pertenecer á la gran República de Colombia, y ya vuestros votos se han cumplido. La intencion de mi vida ha sido una: la formacion de la República libre é independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos: lo he alcanzado: ¡VIVA EL DIOS DE COLOMBIA!» Grito sublime de un noble propósito satisfecho, que contrasta con la repudiacion del nombre de Dios hecha por los que vinieron luego, indignos hijos de la Pátria, á suceder en la primera magistratura nacional al héroe sur-americano.

El estilo de Bolívar es propio suyo, no imitado de original alguno, como no fueron imitaciones las luchas que encabezó; y diferente por esto de los escritos trabajados á la luz de la lámpara; dominan en él como rasgos característicos, la viveza de la imágen con que reviste el pensamiento y la fuerza ó la gracia de la frase con que lo enuncia. Si comparaba á sus soldados, lo hacía con los héroes de la Edad Media: «En ménos de dos meses habeis terminado dos campañas, y habeis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dió la vida. Vosotros, fieles republicanos, marchareis á redimir la causa de la independencia colombiana como los Cruzadas libertaron á Jerusalem, cuna del cristianismo». Mariño es «salvador de la Pátria»; Cedeño era «el bravo de los bravos de Colombia», quien «desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su division por los obstáculos del terreno, dió contra una masa de infantería, y murió en medio de ella del modo heróico que merecia terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia».

Rivas es un general «sobre quien la adversidad no puede nada; héroe de Niquitao y los Horcones, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana»; Urdaneta, «el más constante y sereno Oficial del ejército»; Delhuyar, «el intrépido vencedor de Monteverde en las Trincheras»; Campo Elías, «pacificador del Tuy y libertador de Calabozo»; y Villapol, el bizarro coronel que, desriscado en Vigirima, contuso y desfallecido, no perdió tanto de su valor que tanto contribuyó á la victoria de Araure». Y de éstos y de los demás guerreros dice que «no combatiendo por el poder, ni por la fortuna,ni áun por la

de la República por «la señora de las naciones», la Gran Bretaña, «es gloriosa».

Y al participar al Congreso el triunfo de Carabobo, escribe: «Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República.... Acepte el Congreso Soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en un campo de batalla».

Y de él mismo decia: «Venezuela me vió aparecer en su territorio cubierto con los favores de la fortuna».

En medio del fuego de la pasion encuentra siempre la imágen poética para expresar las ideas más comunes, y esta es la dote característica de su estilo: *difficile est prope conuunia dicere.* «El desastre de La Puerta sepultó en el caos nuestra afligida Patria; y nada pudo entónces parar los rayos que la cólera del Cielo fulminaba contra ella.... La atroz é impía esclavitud cubria con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la proteccion del Dios de la humanidad, y luego la redencion disipó las tempestades». Hablando de las esperanzas del triunfo: «Morillo.... muy pronto no fechará en Venezuela sus mentirosos despachos», escribia al capitan general de la Barbada. Anuncia desde la ciudad de Angostura la libertad de Cundinamarca: «Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas provincias de vuestro territorio; y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, ahogará en los mares á los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio altares á la libertad». Al marchar al Perú con el ejército colombiano, exclamaba: «¡Soldados! vais á completar la obra más grande que el cielo ha encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.—Los enemigos que debeis destruir se jactan de catorce años de triunfo: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y áun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo».—«Los soldados liber-

tadores que han venido desde la Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, decia al Congreso peruano, no volverán á su pátria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú, ó todos morirán: señor, yo lo prometo». Y despues de Junin: «¡Peruanos! Bien pronto visitarémos la cuna del Imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer dia de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de los Incas».

Ningun hombre en América, en los tiempos antiguos ni modernos, se vió elevado á mayor altura que Bolívar: la gloria del mismo Washington, con ser tan grande, aparece pálida, si se compara con la del héroe colombiano: aquel disponia de copiosos elementos para labrar la Independencia de la América del Norte; Bolívar debia libertar un territorio más vasto, y carecia de todo; pero la fortuna, que le fué contraria tantas veces, tenía la rara virtud de fortificar su ánimo, y al otro dia de la más completa derrota, formaba nuevo ejército como por encanto, y comparecia denodado al frente de su enemigo. Su presencia entusiasmaba al soldado; sabiendo que Bolívar era el jefe, los ciudadanos reposaban tranquilos: su tránsito por las poblaciones era un triunfo; al saberse que se acercaba á una de ellas, las campanas se echaban á vuelo, alfombrábanse de flores los caminos, y las gentes salian á recibirlo proclamándolo, alborozados, Padre de la Pátria y Libertador de la República; los Congresos le daban gracias, le tributaban honores y lo invistieron muchas veces del tremendo poder de la Dictadura; la Poesía cantaba sus triunfos, y la Historia se preparaba á «grabar su nombre en las tablas del templo de la Memoria con el buril incomparable que hace resplandecer cuanto toca». Pues á colocarlo en grado tan inminente no contribuyó ménos que su valor, su talento y su acendrado patriotismo, la elocuencia de su palabra, que era necesaria para sacudir corazones inertes con el hielo de una esclavitud de siglos, llevar los pueblos al combate, vencer y fundar una pátria. Su estilo oriental, lleno de imágenes, era el conveniente, para hablar á hombres de la raza latina; y el timbre mismo de su voz que resonaba rápido, animado vehemente, como se oyen rodar en las bóvedas de una antigua iglesia las notas terribles del *Dies iræ* que se alcanzan, se

atropellan, se mezclan, sin que ese tumulto pasmoso dañe en manera alguna á la armonía, no contribuia poco para lograr el efecto apetecido. Unas veces, llevado en triunfo por la ola popular, subia al Capitolio y arengaba á los Senadores; otras, recorriendo á caballo las filas del ejército, descubierta la cabeza, con la espada desnuda, proclamaba á los soldados: tal fué en Araure, en Boyacá, en Junin. Es preciso haberlo visto, es preciso haberlo oido, para saber lo que valia su palabra. En la coleccion de sus discursos y proclamas, no están incluidas sus improvisaciones, en las cuales brillaba todo el fuego de su espontánea elocuencia.

En Octubre de 1827 volvió Bolívar de Carácas á Bogotá. El Congreso Colombiano lo esperaba reunido en la iglesia de Santo Domingo. Un pueblo inmenso llenaba ese recinto y se extendia en las calles circunvecinas. El Libertador atravesó á largo trote de su caballo la carrera, pasando por debajo de los arcos triunfales, al son de la música guerrera y del estallido del cañon, y se desmontó en el atrio del templo. Resonaron las espuelas del héroe en el pavimento; todo el concurso se puso de pié, y él fué rápidamente á colocarse debajo de un dosel á que hacian sombra las banderas de la Pátria, que parecian inclinarse respetuosas al Libertador; éste despues de saludar al Senado y al pueblo, habló. El eco de su voz era alto, estridente, desgarrador, como acostumbrado á arengar al ejército, prolongando el sonido de las erres y las eses de las palabras. Se hallaba entónces Bolívar en la plenitud de la vida, lleno de fuerza y lozanía: su estatura, sin ser elevada, era gallarda; sus movimientos, rápidos y graciosos; sus cabellos negros y crespos empezaban á argentarse ya, más que por el trascurso del tiempo, por las tormentas de la vida; su faz, ántes de una blancura perfecta, ahora tenía el color bronceado, que dá el sol de los trópicos, y sus ojos, negros, vivos, inquietos, tenían la mirada del águila unida al brillo del relámpago de los cielos.

Aquel momento fué solemne. Yo, niño entónces, al presenciar tal escena, comprendí el alto prez que alcanzan el heroismo puro y la sublime virtud; y su recuerdo quedó grabado en mi mente con la profundidad que imprimen los sucesos extraordinarios que no se repiten en la vida.

El corazon de Colombia, ensanchándose, palpitaba de gozo; sus brazos se abrian para estrechar en ellos á su hijo predilecto, y sus manos se alzaban para colocar en su frente las coronas debidas al vencedor. Detrás del héroe, reverberaba el resplandor de la gloria; las banderas acribilladas á balazos que habia llevado á la pelea, le formaban un dosel; los que lo contemplaban creian oir resonar los nombres de las grandes batallas: Araure, Boyacá, Junin.... en las que rindieron las armas los soldados afamados de Zaragoza y de Bailén. Ese hombre extraordinario, que estaba allí de pié, habia corrido de victoria en victoria, «desde las orillas del Orinoco á las cimas argentinas del Potosí», y la espada que le pendia al lado era la misma con que habia roto las cadenas de cinco millones de esclavos y fundado tres naciones; ese hombre era á modo de los caballeros de las antiguas leyendas, vaciado en el molde de César y Napoleon, por el ingenio y el valor, y más grande por la virtud que los Godofredos, los Bayardos y los Turenas de otras edades. El sentimiento que despertaba era extremo: el amor de los suyos corria pareja con el odio que le profesaban sus enemigos; aquel rayaba en el frenesí, éste iba hasta intentar el asesinato; su nombre era escudo para los buenos, infundia terror en los malos, y se invocaba como talisman sagrado en los peligros de la pátria.

El remate de su magna empresa, como dije ya, no se debió únicamente á la fuerza de su espada, pues por mucho debe contarse el poder de su palabra. Fué así, en efecto; y para convencerse de ello, bastará saber que en tiempo de la guerra, era un crímen digno del cadalso el poseer alguna de las proclamas de Bolívar, y conocer el recurso á que apelaban los patriotas para comunicárselas. Habia personas, por lo regular jóvenes doncellas, en quienes podian recaer ménos sospechas, que las aprendian de memoria y las iban repitiendo de casa en casa, en el más retirado apartamiento y á puerta cerrada: especie de rapsodas de la libertad, encantadoras por su belleza, por su juventud y por su amor pátrio, que remedaban á los que iban recitando por las ciudades de la Grecia los cantos del poeta inmortal.

No prestándose los límites de este estudio para dar largas muestras de los escritos del Libertador, copiaré uno ó dos fragmentos únicamente.

Hoy, cuando ha corrido ya más de medio siglo y nos hallamos tan léjos de los sucesos de la guerra; cuando el tiempo ha cicatrizado las heridas que ella abrió; nosotros ligados á la Madre pátria, con los santos vínculos de un orígen comun de una misma religion y de un mismo idioma; exentos de los odios feroces y anticristianos que infunden la ignorancia de la historia y las exageraciones de las escuelas ultrademocráticas, reconocemos, á la luz de un sano criterio, que el grave error del Gobierno español en la época de la guerra de la independencia consistió en la clase de hombres, ó desalmados ó facinerosos, desnudos de toda piedad y sentimientos humanos, que envió á Colombia para subyugarla. Refiriéndose á éstos, dice el poeta laureado Quintana:

Su atroz codicia, su inclemente saña
Crímen fueron del tiempo, y no de España.

Es cosa innegable que las atrocidades que cometieron fueron tales y tantas, que pusieron al General Bolívar, varon que acreditó por otra parte su generosidad en veinte campos de batalla, en la terrible necesidad de declarar la guerra á muerte.

La lucha entre los beligerantes habia sido larga y obstinada: se habia peleado donde quiera; en las ciudades, en las sabanas, en los rios, en los desiertos, en la cumbre de las montañas, en la falda de los volcanes. Fuera de los muertos en las escaramuzas, en las sorpresas repentinas, en las batallas campales, habian perecido en los patíbulos á cientos, y las cárceles y los pontones estaban llenos de prisioneros. La guerra habia paralizado las operaciones del campo, y se sufria carestia y hambre. Padres, hijos, esposos, cuantos podian disparar un fusil, habian abandonado sus hogares para correr al campo de la lucha; la espada y la tea pasaron segando vidas é incendiando poblaciones; parecia como si el génio de la destruccion hubiera paseado su fúnebre carro por la vasta extension de la tierra colombiana, y el Libertador entónces, haciendo violencia á sus naturales sentimientos, se vió forzado á usar de justas represalias: «¡Españoles y Canarios, dijo en el tremendo decreto de Trujillo, contad con la muerte áun siendo indiferentes, sino obrais activamente en obsequio de la libertad de Venezuela!»

Bolívar, sin embargo, ansiaba por la paz. El general Don Pablo Morillo la ofreció al cabo, pero con dependencia á España. Bolívar respondió: «Se nos ha ofrecido Constitucion y paz; hemos respondido: paz é independencia, porque sólo la independencia puede asegurar la amistad de los españoles, la voluntad del pueblo y sus derechos sagrados.—Nadie tema al Ejército Libertador, que no viene á romper sino cadenas; que lleva en sus banderas los colores del íris, y que no desea empañar sus armas con la muerte.»

Movido de estos sentimientos, convino en un armisticio, y más luégo tuvo una entrevista con el jefe español en el pueblo de Santa Ana, y se firmó un tratado para la regularizacion de la guerra. Allí debió acabar ésta; no lo quiso así el Cielo, que reservaba todavía para Colombia largos dias de dolorosa prueba y que habia decretado que dos pueblos hermanos por la naturaleza fueran irreconciliables enemigos.

«¡Soldados!—decia Bolívar anunciando la tregua,—¡soldados! el primer paso se ha dado hácia la paz.... El Gobierno español, ya libre y generoso, desea ser justo para con nosotros: sus generales han mostrado franca y lealmente su amor á la paz, á la libertad y áun á Colombia.... La paz hermosea con sus primeros y espléndidos rayos el hemisferio de Colombia, y con la paz contad con todos los bienes de la libertad, de la gloria y de la independencia. Pero si nuestros enemigos, por una ceguedad que no es de temer ni áun remotamente, persistieren en ser injustos, ¿no sois vosotros los hijos de la victoria?»

Notificando despues al ejército la terminacion de la tregua, le encarecia la clemencia: «¡Soldados! escribió, la paz debió ser el fruto del armisticio que va á romperse; pero la España ha visto con indolencia los horrorosos tormentos que padecemos por su culpa.... Colombia espera de vosotros el complemento de su emancipacion; pero espera aún más, y os exige imperiosamente que, en medio de vuestras victorias, seais religiosos en llenar los deberes de nuestra santa guerra.... Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasion que sentireis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestros rostros la alegría que inspira la libertad, y la tristeza que causa una victoria contra hermanos.—¡Soldados! interponed vuestros pechos entre los vencidos y vuestras armas victoriosas, y mostraos tan grandes

en generosidad como en valor.... Esta guerra no será á muerte, ni áun regular siquiera: será una guerra santa; se luchará por desarmar al adversario, no por destruirlo. Competiremos todos por alcanzar la corona de una gloria benéfica....—Todos son colombianos para nosotros, y hasta nuestros invasores cuando quieran serán colombianos. Sufrirá una pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularizacion de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos, para que la gloria de Colombia no se mancilla con sangre».

Bolívar marchaba al Perú. En Pacto proclamó á los pueblos de este modo:

«¡Colombianos! Ya toda vuestra hermosa Patria es libre. Las victotorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroismo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el Ejército Libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extension de Colombia. Una sola plaza resiste, pero caerá.

»¡Colombianos del Sur! La sangre de vuestros hermanos os ha redimido de los horrores de la guerra. Ella os ha abierto la entrada al goce de los más santos derechos de libertad é igualdad. Las leyes colombianas consagran la alianza de las prerogativas sociales con los fueros de la naturaleza. La Constitucion de Colombia es el modelo de un gobierno representativo, republicano y fuerte: no espereis encontrar otro mejor en las instituciones políticas del mundo, sino cuando él mismo alcance su perfeccion. Regocijaos de pertenecer á una gran familia, que ya reposa á la sombra de bosques de laureles, y que nada puede desear sino ver acelerar la marcha del tiempo para que desarrolle los principios eternos del bien que encierran nuestras leyes.

»¡Colombianos! participad del océano de gozo que inunda mi corazon, y elevad, en los vuestros, altares al Ejército Libertador que os ha dado gloria, paz y libertad».

Es notable la descripcion siguiente en su discurso al Congreso de Angostura:

«La reunion de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado, ha sido el voto uniforme de los pueblos y Gobierno de estas

Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginacion se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiracion y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta region, me siento arrebatado, y me parece que ya la veo en el corazon del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas entre sus Océanos que la naturaleza habia separado y que nuestra Pátria reune con prolongados y anchurosos canales; ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio á la familia humana; ya la veo enviando á todos los recintos de la tierra, los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida á los hombres dolientes del antiguo hemisferio; ya la veo comunicando sus preciosos secretos á los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces á la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza; ya la véo sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al Mundo Antiguo la majestad del Mundo Nuevo».

JOSÉ JOAQUIN ORTIZ.

# ODA.

## A FRANKLIN, INVENTOR DE LOS PARA-RAYOS [1].

Eripiut celum fulmen sceptrumques tyrannis

*Turgot.*

A mi amigo Domingo Figarola y Caneda.

Todo cede al poder del hombre osado,
En vano le negó Naturaleza
Sus dones prodigiosos;
De audacia vencedora
Su noble genio armado
Lucha, y el orbe atónito, domina,
Y en un trono soberbio levantado,
Casi desplega majestad divina.

---

En su serena frente centellea
Luz inmortal, recorre su mirada

(1) Esta oda fué premiada con una medalla de oro en los Juegos Florales del Liceo de esta Ciudad, el 30 de Noviembre de 1857.—Nota del Autor.

La eternidad pasada,
Y creando su mente pensadora
En cada maravilla un gran portento,
En la marcha del genio triunfadora
Es la tierra del hombre un monumento.

---

En vano la ignorancia alzando el velo
Opone á la sublime inteligencia
Las nubes del error; ella en su vuelo
En entusiasmo férvido se enciende,
La frente, mudo, el universo inclina,
Y escalando los cielos se levanta
Al fuego celestial que la ilumina.

---

¡Newton sublime, perdurable gloria
De la soberbia Albion! El tiempo impío
Pasó sobre tu nombre, y lo respeta,
Y atravesando el piélago vacío,
Obedecen tu excelso poderío
De la estrella invisible hasta el cometa.

---

Así en tu curso infatigable vuelas
Por la etérea region: su negro manto
La atmósfera recoje, y á tu vista
En el tendido cielo resplandecen
Júpiter centellante,
Saturno de su anillo revestido,

La hermosa Vénus y el distante Urano,
Y en las álas del genio conducido
En esa inmensidad vagas perdido
Desde el Orion hasta el confin lejano.

---

¡Copérnico inmortal! ¡Fulton sublime,
Colon, Descártes! ¡Sombras generosas,
El mundo su homenaje de alabanza,
Tributa á vuestra gloria,
Y la fama magnífica os ofrece,
El láuro duradero
Que salvando la noche del sepulcro,
De la inmortalidad en el sendero
Triunfa del tiempo audaz!.... ¡Franklin divino!
¿Cómo olvidarte? Iluminando el mundo
Aparece tu nombre. El Delaware
Al despeñar sus ondas tempestuosas
En el hirviente Oceano
Sus hielos detenia,
Y el genio de atleta americano
Como el brillante sol resplandecia.

---

¡Oh! vedlo en los espacios suspendido
La frente armada de alta inteligencia
Recorriendo en su curso majestuoso
Un desierto vastísimo: su ciencia,
Alas le presta, el genio su osadía,
Y en tu sólio, ¡sublime Omnipotencia!
El rayo encadenado deponia.
¿Cómo seguir en la region del cielo

Su carrera triunfal? Las tempestades
Estallan con furor: su soplo ardiente
La atmósfera revuelve, y sacudida
Amenaza turbar el equilibrio
Del eje de la tierra conmovida.—
¿No ois? Del fondo pavoroso
De este abismo profundo,
Entre tinieblas lúgubres renueva
El cáos tenebroso
La universal desolacion; en vano
Que fuerte y poderoso
En alas de la física te elevas,
Y en medio de ese Océano tempestuoso
La ley que rige el universo, llevas.
En silencio meditas,
Y el pensamiento osado precipitas
Tras el rayo veloz: salvas las nubes
Donde sereno en majestad paseas,
Y hasta su cuna á dominarlo, subes,
Do cercado de gloria centelleas.
¿Lo veis? Ante la luz que le ilumina
El fiero meteoro
Atónito se oculta: estremecido
Lo fuera tu poder: baja disuelto
De una cadena eléctrica impelido
Sin la luz del relámpago, y el trueno,
Y del ígneo ropaje despojado,
Inclina la cabeza, silencioso,
En abismo profundo sepultado.

---

¡Y es éste el mónstruo fiero
Que el universo atónito, temia,

El rayo poderoso
Que al orbe, mudo, de terror heria,
Al brotar estallando en la tormenta
De nube turbulenta!
¡Oh, Franklin inmortal! sólo, y guiado
Por la luz celestial que te inflamaba,
El vuelo suspendias,
Y turbando el reposo de la esfera
Esa region sin límites medias,
Encadenando el rayo en su carrera.

---

¡Loor eterno á tu sublime nombre,
Genio del bien! Acepta el voto puro
Del férvido entusiasmo que me anima
Y que mi ardiente cítara te ofrece,
Del alto Empíreo en el celeste asiento
Tu gloria resplandece....
¿Qué importa que la tumba silenciosa
Cubra tu cuerpo en polvo convertido?
No envolverá tu sombra majestuosa
Con su manto el olvido....
Cuando el orbe entre escombros derrocado
Detenga su carrera,
Escucharás del labio moribundo
La admiracion postrera.
¿No oyes el mundo? En himnos de alabanza
Reverencia tu nombre y tu memoria:
Tuya es esa invencion, tuya la gloria,
Y al erigirte altares
A la par de sus dioses tutelares
La augusta humanidad te abre su historia.

---

Mas no siempre espectáculo tan bello
El hombre nos presenta: armado en ira,
Aquí oprime, allí mata, acá se encumbra,
Y cual cometa fúnebre deslumbra
Ante el Dios del averno que le inspira.

---

Por un instinto ciego arrebatado
Vuela y domina audaz: mares y tierra
Acusan su furor, y atormentado
Por la ambicion y la funesta guerra
En su saña demente
Osa exclamar: «El Universo es mio»,
Y el láuro vencedor orla su frente.

---

¡Y la tierra le ofrece el holocausto
De admiracion sacrílega! Su planta
Bañada en sangre sin piedad humea,
Entre soberbias ruinas se levanta,
Y el mundo combatido titubea.

---

¡Maldicion á esos mónstruos! ¡Calla, oh lira!
En el silencio de tu hogar tan solo
Himnos te arranca la virtud austera,
No el crímen insolente,
Y si triunfa del uno al otro Polo,
Odio mi inspira su laurel fulgente.

---

Pero naciste ¡oh Franklin! y en tu cuna
El cielo sonrió, ciñó en tus sienes
Minerva su corona,
Y el ángel de la gloria sacudia
Sus alas misteriosas, y en silencio
La centella divina te imprimia.

---

¿No es eterna la fama que te abona?
El mundo un himno á su alabanza entona—
¿Quién más digno que tú? No fué tu vida
De la austera virtud sublime ejemplo?
Hoy tu patria levanta agradecida
A tu memoria perdurable un templo.
¿Qué pudieron los tiempos y los siglos
A tu audacia ocultar? Tu inteligencia
Midió inspirada la region etérea
Y en vastas soledades tu osadia
La tempestuosa nube sacudia
De la electricidad rasgando el velo.

---

Hoy tu sepulcro silencioso cubren
La gloria y la virtud: bajo sus alas
Tu alto renombre al porvenir ligado
De las edades rápidas al vuelo
Triunfa, te escuda, y el laurel sagrado
De la inmortalidad te ciñe el cielo.

---

¡Oh, Franklin! El sencillo monumento
Donde reposas, la oblacion recibe
Del universo atónito, los tiempos
En su veloz carrera
Respetarán tus restos venerables,
Y la tierra guardando tu memoria
Uniendo el homenaje á la alabanza,
Te ofrecerá una página en la Historia,
¡Tributo al hombre que la gloria alcanza!

RAMON VELEZ HERRERA.

# MISCELANEA.

### MUERTE DEL CAPITAN WEBB.

Cuando se anunció que el famoso nadador inglés, capitan Webb, se proponia atravesar á nado el poderosísimo remolino que forman las aguas del Niágara á las dos millas de haberse despeñado en altísima catarata, pronosticose un desastre para el temerario nadador. Los temores se han realizado. El capitan Webb, léjos de cejar en su propósito, al cual nadie le obligaba, y cuyos peligros él mismo conocia, como lo muestra el haber hecho su testamento ántes de acometer la empresa, se encaminó sereno hácia la fatal vorágine, hallado que hubo un batelero que se arriesgó á conducirle cerca de ella; y á pesar de las exhortaciones de éste, lanzóse con ánimo sereno á las revueltas aguas, que no tardaron en arrebatarlo con violencia creciente. El nadador luchó denodado, pero las aguas coléricas pudieron más que él, y lo sepultaron en su insondable seno. Escasamente presenciaron la lucha suicida del capitan Webb unas doscientas personas desde la orilla: tan poca era la fé que se tenía en que el nadador acometiese una empresa tenida por imposible.

El porfiado empeño de Webb no es ni más ni ménos que un suicidio deliberado.

Habana, 30 Noviembre de 1883.

*Director propietario*: Dr. José Antonio Cortina.

# PROLEGOMENOS DE HISTORIA UNIVERSAL.

## LECCION IV.

Determinacion de la *Historia Universal* en el organismo de la ciencia histórica; su concepto; su objeto; su definicion; su unidad; su universalidad; sus fines; su importancia; su utilidad; sus relaciones con la Geografía, Etnografía, Cronología, Arqueología, Filología, Estadística y Crítica.

En la clasificacion de la ciencia histórica se ve que la *Historia Universal*, objeto de nuestro estudio, es una de las ramas de aquella ciencia dividida por razon del sujeto que realiza los hechos. Este es el lugar que en el organismo de la ciencia histórica ocupa la *Historia Universal.*

De lo expuesto en la leccion anterior se desprende que esta ciencia expresa y representa los diferentes estados por que ha pasado toda la humanidad desde su orígen hasta nuestros dias; en donde se ve que su objeto es la vida humana, la cual consiste en la realizacion de la esencia y naturaleza de la humanidad en una série de actos, libremente ejecutados, con sujecion á tiempo y espacio.

Del objeto de la Historia Universal se deduce el concepto de esta ciencia, el cual no es otra cosa que el conocer con plan y método los hechos sucedidos en los diferentes pueblos y naciones que han fundado los hombres en todos tiempos y lugares.



CANJE

Reuniendo ahora los conceptos precedentes bien puede definirse la Historia Universal diciendo que es: «*la ciencia que expone los hechos realizados en tiempo y espacio por toda la humanidad, para conocer de qué modo han ido formándose y desenvolviéndose el hombre y la sociedad*».

Si la ciencia histórica, en general, refleja las condiciones reales y formales de la ciencia toda, porque es una rama del organismo científico, segun queda explicado en la leccion primera, la Historia Universal ha de reflejar tambien las mismas condiciones, porque es una rama del organismo particular de la ciencia histórica; y ley general de todo organismo es que lo que es propio del todo sea propio de cada uno de los miembros que lo componen.

En efecto: á la Historia Universal puede aplicarse en absoluto todo lo que queda dicho respecto á las condiciones formales y reales de la ciencia histórica, que es precisamente, lo mismo que se ha dicho de la ciencia toda. La aplicacion puede apreciarse en el análisis de la unidad de la historia, primera condicion formal de la ciencia y único concepto que importa fijar aquí, para afirmar la unidad de la Historia Universal.

Esta condicion se da, en efecto, en los tres elementos constitutivos de todo acto; en el *sujeto* que hace, en el *objeto* ó cosa hecha, y en la *forma* ó manera de hacer.

En el *sujeto* se dá la unidad, que es llamada identidad cuando se atiende á la sucesion de un actor á otro en órden del tiempo, y solidaridad cuando se considera la coexistencia de los actores en el espacio. La identidad y solidaridad del sujeto histórico son evidentes. Véase lo que dice á este propósito el Sr. Sales y Ferre. (1) «A la manera que por la memoria el indivíduo se reconoce idéntico á sí mismo, por más que haya sufrido en su larga y azarosa vida tantas y tales vicisitudes que, á ser posible, le hubieran transformado en otro hombre numéricamente distinto; del mismo modo por la historia, que es la memoria de la humanidad, reconocemos que el hombre de hoy es, individual y colectivamente, el mismo que el de la Edad Media, que el

(1) Resúmen de Historia General por D. Fernando Castro.—Madrid. 1878.

de la Antígua y de los tiempos primitivos, sin que haya cambiado lo más mínimo en su naturaleza, propiedades y fines, no obstante las mudanzas propias de tiempos y lugares. La solidaridad es la cualidad por la que todos los hombres se reconocen solidariamente responsables de los males que trastornan á la sociedad en épocas críticas; porque si todos directamente no han tomado parte en el público malestar, los más han contribuido á él indirectamente, ora dejando de cumplir sus deberes políticos y sociales, ora viendo impasibles cómo los demás los olvidan y descuidan».

En el *objeto* la unidad de la Historia Universal es tambien evidente, y se muestra en la identidad del *tiempo*, en la del *espacio* y en la *periodicidad* de los sucesos. El tiempo y el espacio son las dos formas necesarias de los hechos, sin los cuales no podrian realizarse los acontecimientos. El tiempo es la forma del mudar, la manera de producirse la vida, de sucederse los hechos unos á otros seguidamente en continuidad nunca interrumpida. El espacio es la forma de coexistir los cuerpos, unos juntos á otros, en el órden natural. Sin hechos que se sucedan no se concibe el tiempo; sin cuerpos que coexistan no se comprende el espacio. En cada momento del tiempo pueden realizarse, simultáneamente, muchos sucesos; en cada lugar del espacio puede realizarse tambien, pero no simultánea sino sucesivamente. Pues bien: estas «formas del tiempo y del espacio son las mismas hoy que ayer y que el primer dia de la vida humana en la tierra.» (1) y prueban de un modo incuestionable la unidad de la Historia Universal en razon del objeto. Igualmente lo demuestra la *periodicidad*, ó sea la cualidad de reproducirse las mismas edades y en el mismo órden, así en el indivíduo como en los pueblos, con lo cual se prueba que el hombre de hoy, de la misma naturaleza que el de ayer, está regido en sus actos por las mismas leyes. Así se observa que todos los pueblos nacen, crecen, se desarrollan, florecen y decaen de la misma manera, y así tambien se ve que los hechos de pueblos diversos en una misma edad guardan bastante analogía por diferentes que sean sus moradas.

Notoria es tambien la unidad de la Historia Universal en cuanto

(1) Obra citada.

á la forma de verificarse los acontecimientos. Esta, segun queda dicho en la leccion tercera, es la *libertad*, forma necesaria y única de nuestra actividad racional, dentro de la cual se comprenden todos los hechos históricos que para tener valor han de proceder de hombres libres. Por otra parte: el indivíduo, en su aspiracion al bien, que es su fin, tiende en todo lo que ejecuta á realizar los dos fines reales de su vida, la ciencia y el arte, el pensar y el hacer; actos que ha de ejecutar necesariamente en forma religiosa, moral, jurídica y estética. Así, en efecto, nos enseña la historia que en todos tiempos el hombre, actuando libremente, ha tenido su religion con dogmas y cultos, su moral con máximas, usos y costumbres, su derecho con sus escuelas, sistemas, constituciones y códigos, y su estética, más ó ménos perfecta, con sus ideales artísticos, sus gustos y sus modas.

La Historia Universal es, por tanto, una por razon del sujeto que hace, de la cosa hecha y de la manera de realizar la humanidad sus actos.

De la unidad de la Historia se desprende su universalidad; porque si hay identidad y solidaridad en el actor; si hay identidad en el tiempo, en cuyos momentos se verifican los hechos, y en el espacio, en cuyos lugares se realizan; si hay periodicidad en los acontecimientos y unidad de forma en todas las cosas realizadas por la humanidad, es incuestionable que hay universalidad en la ciencia que estudie todos los hechos humanos. «Podemos, por consiguiente, seguir la Historia humana, sin interrupcion, desde el principio hasta el fin, enlazarla y comparar la de la Edad Antigua con la de los tiempos medios, aquella y ésta con la de la Edad moderna; porque es una y homogénea en todos los instantes y puntos». (1)

Los conceptos anteriormente analizados determinan los fines, la importancia y la utilidad de la Historia Universal.

Varios y muy recomendables son los fines de esta ciencia; porque varias y muy importantes son las cosas que nos proponemos conseguir con su estudio. Aparecen como principales los siguientes: indagar la verdad de los hechos pasados y exponerlos sin falsedad ni pasion; ave-

(1) Obra citada.

riguar sus causas, sus consecuencias y las ideas que los inspiraron, para conocer por todas estas circunstancias, el desenvolvimiento del hombre y de la sociedad en órden al fin total de la vida, el progreso; y «buscar razones y experiencias que muevan al hombre á dar una direccion más racional á sus actos, en conformidad con los principios de la filosofía, con las leyes de la naturaleza y con la eterna sabiduría de Dios, cuya providencia rige el mundo, con tal seguridad hácia el bien, que, no obstante los mil contratiempos, nunca debe el hombre perder la fé en los destinos de la humanidad». (1)

Los fines principales mencionados acusan la importancia de esta ciencia á lo que no en vano, llamó Ciceron «maestra de la vida, testigo de los tiempos y luz de la verdad».

De igual manera todos los conceptos hasta aquí expuestos determinan la inmensa utilidad de la Historia Universal, cuyo estudio ayuda á la edificacion y mejoramiento del hombre y de la sociedad. Esta utilidad se ve en las relaciones de dicha ciencia con todos los organismos y fines humanos; y así puede apreciarse: 1º en sus aplicaciones al Estado, al indivíduo y á las sociedades que existen entre el indivíduo y el Estado; 2º, en sus aplicaciones á los fines de la Religion, de la Moral, del Derecho, de la Ciencia y del Arte; y 3º, en sus aplicaciones á la Naturaleza y al progreso de la humanidad.

El conocimiento histórico universal tiene grande utilidad en sus aplicaciones con relacion al Estado. El hombre no puede, en representacion del Estado, imponer leyes á otros sin conocer las necesidades sociales, cosas que sólo pueden estimarse debidamente en el desenvolvimiento general del pueblo á que se refieran. En este sentido existen entre el estudio histórico universal y la ciencia política, relaciones tan íntimas, que la naturaleza de los gobiernos y de las constituciones de los pueblos, descansa, como en base natural, en el proceso histórico.

Con relacion al indivíduo la utilidad de la Historia Universal es evidente. El hombre, sujeto de la historia, tiene dos valores: uno absoluto, considerado solamente en su especie, y otro relativo, considera-

(1) Obra citada.

do con respecto á su siglo, á su nacion y á la humanidad; y de ámbos dá medida exacta el estudio histórico, sin el cual no podrian resolverse ciertas cuestiones relativas al fin y destino humanos, como son, por ejemplo, las de si el hombre es esencialmente bueno y la sociedad le pervierte ó si es en sí malo y la sociedad le perfecciona; cuál es su fin, su destino, su ley de perfeccionamiento; si efectivamente progresa ó si, como dijo alguien, permanece estacionado en todos tiempos y lugares; y cómo pueden influir en él las instituciones y el libre trato social.

Con relacion á las sociedades intermedias entre el indivíduo y el Estado, tambien es utilísima la aplicacion del estudio histórico universal, por cuyo medio podremos saber la importancia y distintas formas que han tenido en los pueblos antiguos y modernos aquellas sociedades, entre las cuales se cuentan la familia, el municipio, la provincia, la nacion y todas las asociaciones de fines totales y parciales.

La utilidad de la Historia universal bajo el punto de vista de la Religion y la Moral, existe desde que se considera que para la realizacion de estos fines es enseñanza saludable la narracion de los hechos verificados en esas mismas esferas por los hombres de otros tiempos, de otras razas y de otros lugares; y se deduce, principalmente, de la identidad histórica, de la solidaridad humana y de la periodicidad de los sucesos; porque como el hombre es el sujeto de la historia, como los hechos presentan, segun queda dicho, cierto encadenamiento y, si precisamente no se repiten, reproducen, á lo ménos, sus mismas fases en la série de los tiempos, y como las pasiones humanas con sus aberraciones é intransigencias son siempre las mismas, el estudio de la Historia Universal es un ejemplo vivo de las consecuencias á que conducen los extravíos en materia religiosa y moral.

Inmensa es tambien la utilidad de nuestra ciencia en sus aplicaciones al Derecho; porque para conocer bien este organismo hay necesidad de estudiar su orígen, su desarrollo sucesivo y las modificaciones que ha experimentado. Así se explica el predominio que, áun hoy, ejerce en la enseñanza del derecho la escuela histórica propiamente dicha, que tantos servicios ha prestado al estudio de las ciencias jurídicas.

Ejemplo de esta utilidad ofrece el derecho español, en el que entran, como fuentes principales, el romano, el germánico y el canónico, y cuyo cumplido estudio no sería posible si la Historia no diera bases para apreciar las instituciones que representan esos elementos. Así es indispensable en ese estudio saber quiénes eran los romanos, y cuál fué la dominacion, conducta, organizacion y legislacion del pueblo rey en España; quiénes eran los germanos y cuál fué la dominacion, influencia, legislacion de estos pueblos en la Península ibérica; y, finalmente, la historia de la Iglesia allí, de sus concilios, de sus relaciones con el Estado y todo lo que constituye la disciplina eclesiástica española.

Por lo que toca á las demás ciencias, es incuestionable que todo el organismo científico tiene sus precedentes históricos. Por eso las investigaciones científicas sólo producen resultados verdaderamente útiles cuando las verdades adquiridas por los antepasados sirven de fundamento á las que nuevamente se descubren. La humanidad en el órden científico se aprovecha de todos los trabajos anteriores; porque la ciencia tiene carácter universal y no puede considerarse como conjunto de verdades de tal ó cual época ó generacion, sino como la suma del conocimiento humano adquirido en la série de los pasados siglos. A esta concepcion responden las exigencias de la enseñanza actual, cuyo método real pide que en todas las ciencias conviene la exposicion de la materia por una reseña histórica (historia del Derecho romano, del civil, del penal, del canónico, del mercantil, etc., etc.).

Notoria es, igualmente, la utilidad de la Historia en sus aplicaciones al arte, cuyo estudio tiende al fin permanente de la belleza; porque en el exámen de los hechos pasados, de la lucha de las pasiones humanas, de los choques de las razas y de los conflictos de los pueblos, puede encontrar el arte recursos inagotables para la realizacion de la belleza. Esto, sin contar con que las glorias y vicisitudes de la pátria, su legislacion, usos y costumbres, y, finalmente, todo lo que constituye su historia, llega á los hombres, ántes que por los datos de la ciencia, por las revelaciones de las artes.

Importa mucho tambien que el hombre estudie en la naturaleza física el desarrollo que en épocas anteriores han tenido las ciencias á

ella referentes; porque así podrán encadenarse los nuevos descubrimientos con las antiguas aplicaciones.

En cuanto al progreso de la sociedad humana es incuestionable la utilidad de la historia universal; porque si esta ciencia es útil al individuo, al Estado, á las sociedades intermedias, á la Religion, á la Moral, al Derecho, á las Ciencias y á las Artes, desde luego, es útil al estudio del progreso de la sociedad humana.

En lo expuesto puede observarse que la historia por su índole es ciencia enciclopédica, porque abarca todas las manifestaciones de la naturaleza humana en todas las esferas de su actividad; lo cual supone en el que haya de estudiarla conocimientos universales para poder apreciar debidamente los múltiples hechos realizados por los hombres en su variada vida.

No quiere esto decir que se exija al historiador que sea profundo en toda clase de estudios; pero sí que posea esas nociones generales de las ciencias, las letras y las artes, que constituyen lo que denominamos cultura general. Los principios científicos dán á conocer la naturaleza y propiedades de los séres y el criterio para apreciar las instituciones y juzgar á los hombres que las fundaron ó que con ellas han gobernado. Los conocimientos literarios enseñan á narrar la historia con verdad, nobleza y elocuencia, con estilo tan acomodado al asunto y con diccion tan pura y correcta que las narraciones además de contener la exactitud de los hechos interesen por las bellas condiciones de la forma. Los recursos artísticos suministran al historiador materia abundante para su fantasía, mediante ejemplo é imágenes que presenten con viveza y enseñanza moral «las consecuencias desastrosas de la guerra, los crímenes de las revoluciones, la heroicidad, hidalguía y patriotismo de unos, la cobardía, deslealtad y egoismo de otros. Hay, por último, una cosa que enseña mucho al hombre y que no debe descuidar el que aspire á conocer la Historia, á saber, el *trato social* con toda clase de personas, observando atentamente lo que á su alrededor pasa, viajando y enterándose detenidamente de lo más importante; porque todo es necesario para conocer el corazon humano, para adquirir alteza de miras y espíritu de tolerancia, para poder comparar las instituciones y costumbres de unos pueblos con

las de otros y juzgar de su grado de cultura y civilizacion» (1).

Contribuye tambien en gran manera al completo estudio de la Historia el auxilio poderoso que prestan á esta ciencia enciclopédida las ramas científicas que con más intimidad se relacionan con ella, entre las cuales pueden contarse la Geografía la Etnografía, la Cronología, la Arqueología, la Filología, la Estadística y la Crítica.

Innecesario es encarecer la importancia de la Geografía y de la Cronología como ciencias auxiliares de la historia, porque realizándose los hechos que estudia esta ciencia en un momento del tiempo y en un lugar del espacio, es incuestionable que la ciencia que describe los lugares y la que fija los tiempos, prestan indispensables socorros á nuestro estudio. Por eso se ha dicho que esas ciencias son los *ojos de la historia.*

El auxilio que dá la Geografía á la Historia es más trascendental de lo que á primera vista parece; porque no basta conocer geográficamente los países en sus divisiones generales y apreciar, por la topografía de los lugares, las localidades donde exactamente se realizaron los acontecimientos; es preciso saber, además, la estructura interna del territorio y sus grados de longitud y latitud para poder estimar la vida de la tierra en su influencia sobre la vida del hombre, la influencia del planeta que habitamos sobre el sér humano y las relaciones de la Geografía con la Historia, que son las del medio material con el hombre, los del ciudadano con la pátria, las del indivíduo con el universo, cosas que esclarece tambien el estudio de la Etnografía que trata del orígen, filiacion y emigraciones de los pueblos, de su distribucion en el globo por razas dándonos cuenta de su conformacion física, de sus aptitudes morales, de su religion, usos y costumbres.

De grande importancia es tambien el auxilio que presta á la Historia la Cronología, ó sea, la ciencia que trata del cómputo de los tiempos y ordena los hechos con relacion al año, siglo ó época en que acaecieron. Así, de igual modo que la Geografía ha sido considerada la ciencia Cronológica, como uno de los poderosos auxiliares de nuestro estudio. Como todo hecho—segun se ha dicho—se realiza en un

(1) Obra citada.

punto del espacio y en un momento del tiempo, la Geografía señalando los lugares y la Cronología indicando y computando los tiempos, son los verdaderos *ojos de la Historia.*

Tambien es más trascendental de lo que parece el auxilio que presta á la ciencia histórica el estudio de la Cronología; porque teniendo en cuenta sus aplicaciones, es como puede apreciarse con exactitud los hombres y las instituciones de los siglos pasados. La significacion de los hechos y la importancia de las ideas sólo pueden valorarse con relacion á su tiempo.

Es igualmente ciencia auxiliar de la Historia, la Arqueología que estudia todas las antigüedades representadas principalmente en las artes, en los monumentos y en la escritura. Entran además, en esta ciencia la Arquitectura, la Pintura y la Escultura; la Epigrafía, que estudia las inscripciones; la Numismática, que estudia la monedas; la Paleografía, que estudia la escritura; y la Diplomática que estudia los papeles ó documentos que se redactaron en pasados tiempos para legalizar actos de la vida pública ó privada. En cada una de estas ciencias deben hacerse tres clases de trabajos, como indica el Sr. Sales y Ferré (1): el de investigacion ó descubrimiento de los objetos, el de su clasificacion é interpretacion y el de su aplicacion crítica á los usos de la Historia. Lo primero es propio del anticuario; lo segundo, del arqueólogo; lo tercero del historiador.

Tambien presta recursos poderosos á la Historia la Filología ó ciencia que estudia las lenguas. Comprende esta ciencia el estudio de la Palentología lingüista y el de la Filología comparada, cuyos adelantos en los tiempos modernos nos han dado á conocer el estado y cultura de pueblos que no nos dejaron de su existencia más testimonio que el lenguaje, como reflejo exacto de las ideas que concibieron, y de los sentimientos que experimentaron.

Además tiene la Historia estrechas relaciones con la Estadística y con la Crítica. La primera reduce los hechos á números y los ofrece al hombre de Estado, al político, al moralista, á los hombres de gobierno, á los maestros y á los legisladores de los pueblos para que ten-

(1) Obra citada.

gan presente en sus proyectos el valor de las instituciones en otros países, y el grado de cultura que han alcanzado sus reformas. «Así, dice el Sr. Sales y Ferré, (1) respecto á la instruccion pública en un país, (la Estadística) indaga el número de escuelas, de universidades, de centros literarios y de enseñanza, y reunidos estos datos, los aprecia aisladamente ó los compara con los de otras naciones; respecto á la moralidad pública, recoge con exactitud todos los datos relativos á la criminalidad en hombres y mujeres, clasificándolos por edades y por las circunstancias de saber ó no leer y escribir, de profesar esta ó la otra religion, de ser casados ó solteros y de ejercer esta ó la otra profesion ó ninguna; y así los demás órdenes de la vida».

Las relaciones de la Crítica con la Historia son tan evidentes que no hay necesidad de señalarlas. Basta recordar que el primer requisito de la Historia es que el hecho sea verdadero para comprender la íntima relacion que tiene con ella la ciencia que examina los hechos en todas sus circunstancias y pormenores, tanto con relacion al testigo como á la cosa testificada, hasta depurar su verdad ánte el crisol de la razon y de la experiencia.

RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO.

(1) Obra citada.

# EL PROBLEMA PLANTEADO (1).

Entre los extremos del optimismo y del pesimismo existe por supuesto una gran variedad de opiniones con respecto al valor relativo del bien y el mal, y la creencia de la final extincion de éste en la vida como resultado de las providencias del hombre y de su progreso. Pensadores hay—y creo que ya forman escuela—cuya manera de ver en esta cuestion queremos hacer constar aquí. No son optimistas ni pesimistas y, en cierto modo, son ámbas cosas. Son optimistas en cuanto creen que la suma de los goces de la vida es mayor que la de los padecimientos; pero son tambien pesimistas en cuanto créen que el mal es inherente á la constitucion de las cosas y que no podrá ser jamás apartado de la existencia. Créen que lo más que el progreso puede producir en algun futuro período de la carrera del mundo, es la modificacion de los caractéres del bien y el mal, con el desarrollo del uno

(1) Traducido por G. Z.

Este artículo es el Capítulo V del libro anónimo recientemente publicado en Nueva York con este título: «Conflict in Nature and Life: A Study of Antagonism in the Constitution of Things. For the Elucidation of the Problem of Good and Evil, and the Reconciliation of Optimism and Pessimism». La nueva obra es un interesante estudio ético sobre el hombre en relacion con el órden establecido en la naturaleza.—N. de la R.

y el menguar del otro, creciendo así, en beneficio del hombre, el predominio de la felicidad sobre la infelicidad. Nosotros simpatizamos con esta creencia.

Despues de los capítulos sobre el Pesimismo y el Optimismo, deberia seguir quizás otro sobre el Meliorismo; pero no existe aún reunido el material para ello. No se ha presentado sino muy recientemente á la consideracion de la moderna filosofía, esa nocion esencial y definida del mal, como de algo que puede ser modificado y templado, pero no suprimido, ni aún dominado por completo. Durante la primera mitad de este siglo ha estado en vigor la doctrina del progreso, cuya natural inferencia era que el desarrollo del progreso implicaba un perfeccionamiento que no habia de cesar hasta alcanzar la perfeccion. Muchos créen esto aún.

La protesta contra el optimismo asume dos formas: una extrema, la pesimística; otra moderada, la meliorística. Cuando nosotros empezamos el estudio de esta cuestion, hace unos veinte años, en 1861, creíamos que todo el mundo era en algun sentido optimista, con la excepcion de muy pocos excéntricos que eran pesimistas. La palabra meliorismo no se habia inventado aún; la idea no estaba cristalizada. El raciocinio habia de fomularse así, poco más ó ménos: el mal es curable ó incurable; si es curable somos optimistas; si es incurable, claro, por fuerza ha de ser cierto el pesimismo. Gustamos de las cosas así, de uno ú otro modo; decisivas é incisivas. Pero el pesimismo no emana por necesidad de la indeleble naturaleza del mal. Muchos males que no pueden extiparse pueden suavizarse con paliativos, y los dolores de que no podemos librarnos pueden ser mitigados. Y con este incentivo á la accion, debe trabajarse para conseguir aquello que parece ser lo mejor posible. Esta es la manera de ver meliorista. En ella tambien van incluidos todos los casos de ciertos males que cobran más fuerza con el transcurso del tiempo: hay que oponerse á ellos paso á paso, que retardar su progreso todo cuanto se pueda; porque es ésta una forma de mitigacion que conviene promover. Es la vida una batalla constante, sólo bajo la oposicion y en las dificultades adquiere la humanidad la plenitud de sus fuerzas; y así sucede que hasta esos mismos males que no pueden más que mitigarse ó contenerse á medias

en su curso, no dejan de ejercer alguna redentora influencia en la economía de la vida.

El optimismo y el pesimismo son, por lo exclusivo de sus formas, sistemas extremos que contienen simultáneamente la verdad y el error, como casi siempre sucede en sistemas tales. La verdad se cristaliza generalmente en alguna forma intermedia, prévio su paso por los dos extremos. El medio en donde se vé á la postre que yace la verdad comunmente, es siempre el último que se adopta. Esto pasa hasta en la ciencia, como lo prueba sobradamente su historia; aunque los extremos teóricos son debidos más bien al descuido de la aplicacion de los métodos rígidamente científicos. Pero, como tambien lo demuestra la historia de los descubrimientos, es éste el medio que tiene el intelecto humano de saber dónde se encuentra precisamente la verdad. En el caso que ahora consideramos, la funcion del método correcto consiste en agrupar las verdades contenidas en los extremos en un sistema integral, cuya base se asiente en los hechos de la ciencia y de la historia.

Ahora bien: si ese optimismo es extremo que contiene un error cardinal, debe abandonarse por otro sistema que contenga más verdad y ménos error; de aquí la necesidad de un nuevo exámen de la cuestion y, por ende, la utilidad de este libro—si es que se halla á la altura de la exigencia á que se refiere. No será ésta, quizás, muy grande para algun lector, pero basta que se acepte como concluyente para el autor. Miéntras que este libro ha estado en preparacion, háse ido verificando un cambio en la mente de muchos con respecto á la naturaleza del mal y á sus relaciones con la vida. Parece que se ha verificado silenciosa y cuasi inadvertidamente—como ha sucedido con tantos otros cambios;—su causa estaba «en la atmósfera» y las inteligencias diversas han sido simultáneamente afectadas. Muy pocos años hace, en efecto, que algunos pensadores, libres de preocupaciones, han creido necesario atacar á la legion de optimísticos espíritus que han surgido á la evocacion de palabras tan mágicas como son las de Libertad, Igualdad, Fraternidad. Nacida de las mismas condiciones, la exigencia de los tiempos se ha revelado, y satisfecho tambien, en los esfuerzos para cerrar el paso á las invasiones del

pesimismo. Y debemos confesar que hemos sido sorprendidos leyendo hace poco en la *North American Review* la declaracion que hace un escritor inglés de que el gozoso optimismo predominante en el último medio siglo habia desaparecido completamente de las cátedras de los profesores de algun crédito, y que su lugar habia sido ocupado por una fe modificada en la capacidad humana—nó para borrar el mal del mundo, sino meramente para disminuirlo. De esto no se hace ostentacion en la literatura del dia, que está obligada á teñirse de color de rosa más ó ménos subido; el cambio se muestra más bien negativo y subordinado, váse poco á poco dejando un tono para adoptar por grados otro con la mayor tranquilidad posible; por lo que la evolucion podria pasar fácilmente inadvertida á los contemporáneos. El escritor de la *Review* dice que el cambio es mucho mayor de lo que nosotros nos hubiéramos atrevido á asegurar, pero quizás no esté equivocado en lo que afirma. Hemos tenido el lugar de observar que entre los hombres de mundo prácticos, muchos hay que piensan tambien de este modo; pero estos hombres piensan espontáneamente, trabajan en sus profesiones y nunca escriben. Y cuán comunmente sucede que los instintos de hombres como éstos son más razonables que los trabajosos juicios de muchos pensadores de gabinete y acreditados profesores públicos.

Las consideraciones de un órden intermedio en esta cuestion variarán mucho, por supuesto, inclinándose con algunos hácia el pesimismo, con otros hácia el optimismo. Apuntaremos la siguiente ahora, para que sirva de auxiliar en la formacion de un concepto definido de lo que es este terreno intermedio, aunque advertirémos ántes que tiene un ligero sabor pesimista: «Esta manera de considerar la vida humana, que se mantiene entre el optimismo y el pesimismo, ha sido llamada meliorismo por G. H. Lewes, si no me equivoco. Sully dice que el nombre se debe á Mrs. Lewes (1). Asume que la miseria es, despues de todo, el lote de la humanidad; pero que la cantidad de sufrimientos é incomodidades que actualmente existe es susceptible de indefinida reduccion por el humano esfuerzo. En esta manera de con-

(1) La eminente novelista Mariana Evans, ó sea, Jorge Eliot.—N. de la R.

siderar la situacion, el progreso consiste en la continuada usurpacion del esfuerzo humano del dominio del mal. Así, pues, concebimos «lo que pudiera ser» no como un cielo de dicha positiva, sino como un poco mayor descanso de la pena inevitable del existir».—(Mark Pattison. *North American Review*, Ap. 1881.)

Los melioristas pueden aceptar las distintas maneras de considerar las fuerzas contrarias á que tienen que resistir. Pueden creer que el optimismo tiene un gran predominio debido á su preocupacion, y, por tanto, que ha de ser desalojado; ó pueden creer tambien que el pesimismo es un contrario más jóven, vigoroso y agresivo, y que más deben temer. Al leerse la obra de Mr. James Sully sobre este asunto (el pesimismo), parece como que se vé claramente el modo de comenzarse y ejecutarse el libro: el autor habia estudiado el pesimismo aleman en su valor filosófico y en su desarrollo práctico de proselitismo, y advirtió por fin que era una potencia digna de ser atacada por su importancia. El objeto principal del libro es probar que el pesimismo no puede ser racionalmente mantenido. Esta es la direccion del ánimo del autor ó, más bien, la idea que determinó su esfuerzo. No hace, en verdad, ningun argumento esencial contra el optimismo; pero de su discusion del pesimismo se deduce accidentalmente que hay muchas buenas razones para concluir que el optimismo en su forma extrema tampoco es defendible. El autor, por ende, rechaza á ámbos y adopta el meliorismo. Pero aunque parezca que los esfuerzos para favorecer el meliorismo deben dirigirse principalmente contra el pesimismo, el objeto de este libro es apercibir contra el optimismo. Háse concebido y escrito bajo la impresion de que los pueblos que hablan inglés están más sujetos á inclinarse á los extremos optimistas que á los pesimistas. Parecia necesario demostrar que la forma predominante de optimismo, con respecto al carácter incidental del mal y su eliminacion gradual y cierta, no está justificada ni por la ciencia, ni por la historia, ni por la experiencia contemporánea. Y esto no sólo concierne á la filosofía, sí que tambien á la vida práctica.

El sistema de la naturaleza es una unidad cuyas partes todas están mútuamente relacionadas, y si la conexion inseparable del bien y el mal en la existencia moral y sentidora es inherente al sistema, algo

habrá que á ella corresponda en el mundo puramente físico, y ese algo debe encontrarse en su más simple forma en la accion primitiva de las fuerzas cósmiscas. Si esta manera de pensar es cierta, podremos entónces, y hasta cierto punto, despues de encontrar el gérmen de la armonía y del desacuerdo en las formas más simples de la accion, ir siguiéndolo segun se vá complicando en el curso de su desenvolvimiento á través de la evolucion del mundo, primero en la física, luego en la vida sentidora y, finalmente, en las esferas intelectual y moral de la existencia. El término «conflicto» ha sido escogido para designar este hecho general. En su forma primitiva puede ser simplemente la atraccion y la repulsion, que, más tarde en el curso de la evolucion, asumirá una multiplicidad de formas con sus accesorios que podrán indicarse con las palabras alteracion, contraste, antítesis, contrariedad, dualidad, polaridad, compensacion, accion refleja, accion y reaccion, mocion circular, equilibrio imperfecto, conflicto de fuerzas y leyes, bien y mal, goce y padecimiento, placer y pena, felicidad y miseria, etc.

Este libro se propone por objeto elucidar la ley que contiene la necesidad del desacuerdo físico y moral. Las ideas de los antiguos sobre el bien y el mal no fueron, si acaso, más que vagas anticipaciones de la verdad; miéntras que las modernas son en su mayor parte fragmentarias y contradictorias. No se ha dado una explicacion que satisfaga de las dificultades que se reconocen comprendidas en la cuestion; y existiendo un desacuerdo en cuanto se refiere al carácter esencial del bien y el mal y á sus relaciones, no se nos ha dado nunca una cuenta adecuada de la causa y el orígen del mal. Si la cuestion es susceptible de tratarse á la manera moderna, científicamente, la tentativa no se ha acometido con éxito aún. Los capítulos subsiguientes pueden, quizás, llenar algun tanto este vacío del pensamiento sistemático en una cuestion cuya dificultad está reconocida por todos.

* * *

# A CIRO FIELD.

## POR LA INMERSION DEL CABLE ELECTRICO SUBMARINO. (1)

Cœlo tonantem credidimus Jovem
Regnare; præsens divus habibitur
Augustus, adjectis britannis
Imperio, gravibus que persis.

Horat, lib. III, od V.

«¡Oid, oid! ¡Silencio!
«¡Monarcas, sabios, pueblo, de rodillas!
«¡Gloria á Dios, gloria á Dios en lo más alto!
«¡De buena voluntad, paz á los hombres!
«¡Honor á la metrópoli britana,
«Aplausos al saber y la fortuna;
«Y salud á la Union Americana
«De Field, de Fulton y de Franklin cuna!»....

(1) Premiada esta composicion en los Juegos Florales del Liceo, no me he creido autorizado para corregirla. Sin embargo, me he permitido borrar dos versos, y variar ligeramente otros dos, trasladando una estrofa á distinto punto del que ocupaba; todo lo que en nada hace cambiar sus anteriores condiciones.—NOTA DEL AUTOR.

¿Oís? ¡Victoria! Oceano embravecido
En vano encorva las robustas olas
Del mar que azota el mejicano golfo
Al que brama en las costas españolas
De Gales bella en el torreado muro,
Agitando la atlántica llanura
Y evocando los vientos iracundos
Para impedir el fraternal abrazo
Que con gigante lazo
Los pueblos une de encontrados mundos,
Ya la eléctrica sierpe sumergida
Reposa en las entrañas de los mares
Y toca ya Bretaña encanecida
De la jóven América los Lares.

---

Entre el Nuevo y Antiguo Continente
Del mar tendiendo la insegura vía
Naturaleza pródiga una ruta
Al navegante impávido ofrecia.
Desconociólo la Ignorancia un dia,
Nególa el Fanatismo.... y pavoroso
El pálido Terror se extremecia
Al contemplar el piélago horroroso.
Si alguna vez avaros comerciantes
Con almas de mezquinos mercaderes
El mar ignoto á hollar se decidieron,
Sin el ánimo heróico del soldado
Al rugido del mónstruo amotinado
Con mengua del valor retrocedieron....

---

La Ciencia se afanaba
Por explicar en vaga teoría
De nuestro globo la figura esférica
Y del Orbe faltaba á la armonía
El inmenso volúmen de la América
Que el no surcado Atlántico envolvia,
En tanto que las ondas impacientes
Con que Tajo á la mar tributos rinde
A las salobres olas se juntaban
Y unidas con las rápidas corrientes
Del Anahuac las tierras saludaban.

---

¡Mas fué Colon! Sus bravas carabelas
El furor del Oceano domeñaron
Y los lucayos puertos abrigaron
Las españolas atrevidas velas.
Abrió el ilustre genovés piloto
Al comercio del mundo otras regiones
Y preparó, surcando al mar ignoto
La paternal union de las naciones.
Pero el rebelde Ponto amenazante
Siempre irritado con furor bramaba
Y, terror del experto navegante,
Un abismo á sus plantas desplegaba
Que los dos Continentes separaba....
¡Vino Fulton! Su diestra poderosa
Lanza el vapor al devorante abismo.

---

Domina audaz el viento,
Enfrena al mónstruo que feroz se agita
Del tardo tiempo el vuelo precipita;
Y rápida cual nuncio de ventura
La Savanah intrépida devora
En breves dias la distancia inmensa
Del ronco viento y de la mar señora.
Al verla, los altivos moradores
De la celosa Albion se demudaron,
Y las distantes extranjeras playas
Con un grito de amor se aproximaron.

---

En fin, y más que todos venturoso
Field atrevido con la ciencia armado
La cadena gigante
Lanza de Erin á Terranova osado
Y de Valencia á Trinidad distante,
Escrita apénas, la palabra llega.

---

Al esfuerzo triunfante
El Espacio y el Tiempo suprimidos
En su inflexible despotismo cesan.
¡Ya el mundo de sus leyes se emancipa!
¡La Europa con la América se abraza!
¡Mas, no! ¡Mentí! Mayor es el prodigio....

---

No hay América ya; ya no hay Europa;
No hay pueblos diferentes,
Unos los hombres son, una la raza,
Uno solo y no más los continentes....
¡Si Dios los separó, Field los enlaza!
Más no fué sin luchar, que Dios tan solo
al *Hágase* fecundo
Del seno pudo de la noche umbría
Hacer surgir al luminar del dia.

---

Pero los hombres pueden
El triunfo asegurar con la constancia
Cual tú, valiente Field, que en tu arrogancia
Del Océano las iras desafiaste
Y por vencer el mofador sarcasmo
Tus fuerzas y tesoros prodigaste....
¡Miradle, pueblos! ¡Aplaudid, naciones!
¡Pensó, luchó, venció! Los temerosos
En confusion trocada la jactancia
Unen su ofrenda al nacional trofeo
Y saludan, con alma reverente,
El lauro que el saber y la osadia
Del Genio ciñen á la noble frente.

---

En dos años dos veces te miramos
Luchar con el destino inexorable;
Dos veces tu desgracia deploramos
Vencido el Genio, destrozado el cable.
¡Resistir infructuoso! La materia

En vano á tu constancia se oponia;
Cada nuevo desastre te animaba
Y nuevas armas á tu fé prestaba
Con que todo, á tu aliento, sucumbia,
La vez postrera.... A tu sonoro acento
El eléctrico alambre se escondia
Y al encendido Oriente
Y pálido Occidente
Como el rayo flamígero corria,
Los ocultos abismos visitaba
Y á las opuestas playas se acercaba....
¡Llegó, por fin, llegó! De lo profundo
¡Incólume surgió! ¡Cielos, victoria!
¡Oh triunfo digno de eternal memoria!
¡Cumplida está la comunion del mundo!
¡Cumplida está! ¡Cumplida! Las naciones
Por el poder magnético ligadas
Se agrupan en legiones
Al banquete social aparejadas.
Aunque rujan las olas sublevadas
Aunque perezcan en comun naufragio
Las naves todas que la mar oprimen
Quedarán las naciones congregadas.
Será vano que el mar oponga hirviente
Al Progreso sus líquidas barreras,
Que al paso de la rápida corriente
Se abrirán con aplauso las fronteras,
Las doctrinas del sábio venerable
El Orbe inundarán de polo á polo,
La guerra al Orco bajará rugiendo,
Ilustraráse el pueblo embrutecido,
Y elevará la profanada frente
El paria en la ignominia sumergido.

---

¡Heredera de Albion, Hija de Washington,
Y tú Bretaña, de la mar señora,
Vosotras fuísteis para gloria eterna
Columnas graves de la empresa ilustre!
Los hombres, los tesoros, los navios
Con generosa mano prodigáisteis
Y dignas fuísteis del laurel frondoso
Con que altivas las frentes coronásteis.
Los eléctricos signos ya conduce
Esclavizado el borrascoso Atlante
Y al grito que en el Támesis resuene
Responderá Mississippí gigante,
¡América, lo has visto orgullecida!
Solemnizando de la ciencia el triunfo
El trueno del aplauso,
De palmadas y vítores nutrido,
Aún el eco en Europa dilataba
Y ya, por la corriente conducido,
En sus vírgenes bosques resonaba.

---

¿Qué gloria comparable habrá á tu gloria,
Gigante americano? ¿Puede el hombre
Hallar en su anales
Quien, eclipsando el brillo de tu nombre
Pueda lucir tus timbres inmortales?

¡Ciro, Cambises, Alejandro, Cesar
Pasad con vuestros carros y corceles
Que de cien pueblos la cerviz hollaron!
¡Pasad; vuestros estériles laureles
El incendio y la muerte marchitaron!

Pero no los de Field. Ellos florecen
Y sin llanto ni sangre reverdecen....
¡Vedle, sinó! Con diestra inmaculada,
Del sabio ilustre conquistando el solio,
Ha subido al moderno Capitolio
Laureado y solo sin pavés ni espada.

---

Predestinado Field, tu nombre augusto
Por la extension del Orbe se derrama
Y América radiosa de entusiasmo
Por hijo predilecto te proclama,
La Union, solemnizando tu victoria
Al Templo te conduce de la Gloria
Y ha consignado tus heróicos hechos
En sus veraces páginas la historia.
En fiesta nacional tus compatriotas
Honrándote, se honraron....
Los hombres, los donceles,
Los ancianos, los niños, las matronas,
Soldados, sacerdotes, oradores
Tus pisadas cubrieron de laureles
De palmas, de coronas
De verdes ramos y olorosas flores.
Los vivas, las palmadas
En la celeste bóveda morian
Y del pueblo entusiasta las oleadas
Tu cortejo triunfal interrumpian.
De noble palidez cubierto el rostro
Tu heróico pecho se espació arrogante
Y con la fiesta popular gozabas
Al aplauso del pueblo americano....

Al rumor de festivo clamoreo
Arrastrando al vencido soberano
Del Pueblo-Rey en la oblacion gigante
Gozaba ménos triunfador romano.
La rebelde á los hombres
La no domada, audaz Naturaleza
Que fascinan tus ojos,
Te mira, gime, inclina la cabeza
Y exclama, prosternándose de hinojos:
«El hombre es digno del augusto cetro
«Con que rige los ámbitos del Orbe....
«¡Que á la imágen de Dios sobre la tierra
«El mundo altivo la cerviz encorve!»
De tu gloria pacífica disfruta
Field inmortal el merecido premio,
Nada interrumpe tu brillante hazaña;
La gratitud del pueblo te sublima
La bendicion del Cielo te acompaña!
¡Goza Genio del bien, goza del triunfo
Que con divino esfuerzo has conquistado,
Tu nombre ilustre vivirá en el bronce
Y en el mármol y el oro eternizado!
El mismo Dios, desde su trono augusto
A tí baja los ojos celestiales
Y agitando la diestra omnipotente
De su gloria, con rayos inmortales
Un círculo de luz pone en tu frente.

JOAQUIN LORENZO LUACES.

Setiembre de 1858.

# CONFERENCIAS FILOSOFICAS.

**Tercera série.—MORAL.**

## LECCION PRIMERA.

SUMARIO.—Objeto de nuestro estudio.—Método que hemos de aplicar.—Division de los actos individuales en indiferentes, morales é inmorales.—Característica de los actos morales.—La moralidad nace de la sociabilidad.—Elementos biológicos y psíquicos de la asociacion.—La subordinacion de la moral á la sociología es el punto de partida de nuestras pesquisas.—Dos órdenes de pruebas de esta subordinacion.—Pruebas de que la moralidad aparece despues de la sociabilidad.—Asociacion doméstica en la série zoológica.—Organizacion en sociedades.—Relaciones de domesticidad.—Pruebas de que la evolucion de la moralidad sigue á la evolucion de la sociabilidad.—Etapas de la civilizacion y caractéres morales que las distinguen.

SEÑORES:

Al abordar un asunto tan ámplio por su contenido, tan grave por su importancia y tan árduo por la diferencia de opiniones y criterios con que ha sido tratado por los filósofos desde los tiempos más remotos, necesito con mayores veras de toda vuestra benevolencia; pues me propongo examinarlo á la luz de un sistema extrictamente científico, que ha de hacer singularmente áridas estas lecciones.

Esto es decir que el estudio de la moral no será para nosotros materia de apasionadas discusiones, ni pretexto para tiradas sentimentales, sino un nuevo é interesante objeto de análisis, en que procederémos, en cuanto sea posible, á la manera de los naturalistas; estudiándalo todo sin prejuicios ni teorías preconcebidas. Recoger los fenómenos, apreciar sus elementos, agruparlos y descomponerlos, hasta dar con el verdadero problema que nos plantean, éste será el objeto de nuestros esfuerzos en esta nueva série de conferencias.

Si consideramos los numerosos actos con que un indivíduo se acomoda á las solicitudes del medio en que vive, para satisfacer sus propias necesidades, pronto descubrirémos que aunque todos son naturales—como ajustes más ó ménos perfectos y adecuados de un organismo á su medio—no todos pueden calificarse de morales. Esto quiere decir que en el género, actos individuales, hay una especie más ó ménos lata que llamamos, actos morales, en oposicion á los actos inmorales; y unos y otros en oposicion á los actos indiferentes.

Debiendo tratar especialmente de los actos morales é inmorales, necesario es que tratemos de indagar cuándo merecen esa calificacion.

Una persona pasando en revista diversos trajes de su uso, y escogiendo uno *ad líbitum* para salir á paseo, ejecuta un acto del todo indiferente, en la generalidad de los casos. Un hombre sin recursos que pide prestado un lujoso traje, para ir á tomar á un establecimiento efectos al crédito, con el propósito de estafar mediante su buen porte, realiza un acto del todo inmoral.

Un campesino que trepa á uno de sus árboles frutales para recoger el fruto ya sazonado, ejecuta un acto que, inmediatamente considerado, es sencillamente natural. El mismo individuo trepando á un árbol de su vecino, para hacer la misma operacion, es considerado como un ladron.

Un hombre paseándose una clara noche de luna para tomar el fresco, ejecuta la accion más indiferente que puede concebirse. Ese mismo hombre, rondando de noche la casa de otro, para indagar lo que en ella ocurre y en nada le concierne, es un espía, ejecuta una accion reprobada.

El hombre metódico que todos los dias á la misma hora escribe su

diario, por gusto ó por costumbre, realiza un acto que bien podemos llamar indiferente; el tenedor de libros que lleva al dia y con escrupulosidad las cuentas que le están confiadas, ejecuta un acto útil y laudable.

El aficionado que cria con el mayor esmero un ruiseñor ó un sinsonte no puede aspirar á que se califique de moral su accion; tampoco la llamará nadie inmoral; el rico que costea la educacion de un niño menesteroso, inteligente y aplicado realiza un acto del más subido valor moral.

Aquí no tratamos de establecer grados en el mérito ó desmérito relativo de estas acciones, sino de contraponer las morales ó innmorales á las indiferentes.

Ahora bien, la más somera observacion basta para hacernos notar que tan pronto como aislamos al individuo y su accion, como prescindimos de sus conexiones con motivos que puedan afectar á semejantes suyos, el carácter moral ó inmoral se eclipsa. Tan pronto como sus actos afectan mediata ó inmediatamente á otros, en daño ó provecho, el carácter de inmorales ó morales reaparece. De aquí, para mí, este principio en que estriba toda la ciencia y el arte todo de la ética: el hombre es moral porque es sociable.

Un hombre abandonado en una isla desierta, sin esperanza de entrar en la sociedad humana, ejecutará actos más ó ménos provechosos á su conservacion, pero no actos laudables ó censurables desde el punto de vista moral.

Solo cerrando los ojos á lo que declaran y enseñan los hechos, pudieran invertirse los términos de mi proposicion fundamental, como se han invertido, y decir que el hombre es sociable, porque es moral. La asociacion deriva inmediatamente de los elementos biológicos y psíquicos del hombre. La organizacion es una forma de asociacion; la reproduccion es una extension de la organizacion, y dá márgen á una nueva forma de asociacion, primero entre los dos individuos reproductores, y luego entre los padres y la prole; la comunicacion de los sentimientos individuales por medio de los movimientos y del lenguaje amplía, extiende y estrecha la asociacion en el espacio y el tiempo. La constitucion física y la constitucion psíquica determinan la asociacion; la asociacion determina la moralidad.

Esta subordinacion de la moral á la sociología es, desde el punto de vista del método, tan capital para nuestras pesquisas, que no debemos adelantar un paso, sin dejarla sólidamente establecida. Dos órdenes de pruebas vamos á considerar sucesivamente. Primero veremos que no encontramos actos que puedan calificarse de morales, sino cuando ya están avanzadas las formas de la asociacion; para esto tendrémos que descender á los séres inferiores al hombre. Despues veremos cómo á medida que la asociacion evoluciona y se completa, la moralidad evoluciona y se completa. De esta suerte quedará demostrado que la moralidad aparece despues de la sociabilidad y que la sigue en sus transformaciones.

Descendiendo en la escala zoológica hasta esos séres en que la separacion neta en individuos no se ha complicado todavía con ninguna forma de asociacion temporal, fuera de la copulacion accidental entre el macho y la hembra, nos encontramos con un estado permanente de lucha encarnizada, en que las exigencias del apetito no encuentran otro límite que la fuerza mayor. El animal hambriento devora lo mismo los animales de diferente especie que los de la suya, siempre que sean más débiles. Aun en animales de organizacion bastante adelantada como los aracnóideos, vemos los impulsos destructores sobreponiéndose á los reproductores, en el hecho de que las hembras devoran á los machos.

Pero á medida que la union sexual vá perdiendo más y más los caractéres de accidental, y hay primero eleccion y sigue luego la alimentacion y educacion de la prole; es decir tan pronto como la asociacion por familias se ha presentado como un hecho constante en determinadas especies, encontramos que ha surgido el respeto á la vida del animal semejante que ayuda á la funcion reproductiva, comienza la simpatía, y los actos adquieren un carácter manifiestamente moral.

La cooperacion del macho en el acto de la incubacion es ya el extremo opuesto á la destruccion del más débil por el más fuerte; y se encuentra organizada en muchas clases de peces y batracianos. El salmon y la trucha abren cavidades en la arena para depositar sus huevos, y en esta operacion se auxilian machos y hembras. Pero en

los espinosos, espinosillos y otras especies son los machos los que construyen los nidos, introducen en ellos á las hembras, y en caso de peligro á los pececillos. El *Chromis paterfamilias* del lago de Tiberíades protege y nutre hasta doscientos pequeñuelos en sus fauces y cavidad branquial. Segun M. Lortet, despues que la hembra ha depositado los huevos entre la arena ó los juncos, se acerca el macho y los hace pasar por aspiracion á la cavidad bucal, y de allí á las branquias. Aquí sufren los huevos la metamórfosis y nacen los pececitos, que van á alojarse en la boca del padre, donde permanecen apretados unos contra otros, hasta el punto de distenderla enormemente. Las costumbres de algunos batracianos no son ménos notables á este respecto. «Entre los *sapos comadrones*, cuyos huevos están reunido en la forma de un rosario biscoso, dice Milne Edwards, el macho se apodera de ellos á medida que los vá poniendo la hembra, se los rodea de las patas posteriores y sale con ellos á tierra, hasta el momento en que se han de romper, y entonces se sumerge en el agua.... El *Pipa*, ó *sapo de Surinam* presenta, con este motivo, particularidades todavía más notables; el macho ayuda al parto de la hembra, y coloca los huevos sobre la espalda de ésta.... cada huevo queda bien pronto alojado en una especie de alvéolo. Así se abren en la espalda de la hembra como cincuenta pequeñas cavidades, que son otras tantas cámaras incubatrices, en donde se forman y desarrollan los embriones».

Pero todo esto es poco ante el desarrollo que toma la cooperacion doméstica entre las aves. Los cuidados prodigados por la hembra á su cria, el esfuerzo con que arrostra los mayores peligros por defenderla son hechos de observacion vulgar. El papel del macho, con excepcion de algunas especies, es tambien sumamente interesante. Cuando no construye el nido, ayuda á su construccion, protege la incubacion de todo ataque exterior, trae el alimento. En muchas especies políganas, el macho adquiere una importancia singular y practica sus funciones protectoras de un modo especial. Un amigo mio poseia un gallo hermosísimo, en quien pudo notar muchas veces que, tan pronto como echaban el maiz al gallinero, llamaba y recogia todas sus gallinas, presenciaba tranquilamente su comida, y no tocaba un grano hasta que todas no se habian satisfecho.

La educacion de los polluelos es tarea á que faltan muy pocas especies entre las aves. Espinas cita, entre otros varios, un caso muy notable suministrado por Jœckel. Se refiere á las aves acuáticas llamadas colimbos: «Al principio los padres colocaban siempre el alimento sobre el agua, delante de los polluelos; hácia el octavo dia de su existencia comenzó su educacion. El viejo nadó todavía dos ó tres veces delante de los pequeños que querian apoderarse inmediatamente de la comida, y zabulló con el pez, para obligarlos á que lo siguieran. Sin embargo como todavía estaban muy torpes, les tendió la presa desde léjos. Llamó á los polluelos con ruidosos *cuony, cuony;* entónces éstos se aproximaron, remando sobre la superficie, y atravesaron una distancia bastante grande; el mejor nadador obtuvo el pez como recompensa».

Las familias de mamíferos, como mucho más adelantadas en la organizacion, han de presentar ejemplos más palmarios de desarrollo de los sentimientos morales; pero me contentaré con citar dos casos altamente sugestivos. Hablando de dos oseznos de los Pirineos, refieren Leuret y Gratiolet que «un dia comenzaron á reñir; la madre impacientada les dió una patada vigorosa, que los separó. Cuando está descontenta de ellos, añaden, gruñe y les pega, y aunque ahora es más débil que ellos, los oseznos nunca le resisten, ni se defienden de ella». Brehm cita la narracion siguiente de Schomburgk: «He sido testigo de un rasgo conmovedor de amor maternal..... Me volvia á mi barco, cuando se oyó la voz plañidera de un mono jóven abandonado por su madre en su fuga precipitada, sobre un árbol encima de mi cabeza. Uno de mis indios trepó á él. Apénas vió el mono aquella cara desconocida, empezó á lanzar grandes gritos, á los cuales respondieron muy pronto los de la madre que venia á buscar á su pequeño. Éste entónces lanzó vn nuevo grito muy singular, á que contestó tambien la madre. Un disparo de fusil hirió á ésta, y tomó apresuradamente la huida; pero los gritos del pequeño la hicieron volver en seguida sobre sus pasos. Un segundo disparo, que no la alcanzó, no fué óbice para que saltase dificultosamente á la rama donde se mantenia el pequeño á quien se colocó rápidamente sobre la espalda. Iba á alejarse con él, cuando un tercer disparo, hecho contra mi mandato, la hirió mortalmente.

Continuó apretando á su cría entre los brazos, durante las convulsiones de la agonía, y cayó en tierra tratando de escaparse».

Si de la asociacion doméstica pasamos á la organizacion en sociedades, vemos que la division de las funciones y la cooperacion de los indivíduos revisten un carácter cada vez más moral, llegando hasta el punto de prestar auxilios los indivíduos de una especie á los de otras vecinas. Prescindamos de las sociedades de los himenópteros, interesantes sobre todo para el sociologista, y vengamos á las de estos animales superiores, cuyos actos legitiman completamente nuestras inferencias, dadas su semejanza y áun paridad con los nuestros. Para encontrar descripciones de hechos dignos de estudio en el órden de ideas de que tratamos, no tendremos sino el trabajo de la eleccion.

En las bandadas de diversos géneros de zancudas y en las hordas de rumiantes, paquidermos y simios, la organizacion sistematizada que se corona por las funciones de centinela y jefe ya alternativas, ya constantes, supone una comunicacion de afectos y servicios y un desarrollo tal de representaciones del órden moral, que no deben sorprendernos los hechos que voy á citar.

Brehm asegura que cuando una banda de *Cercopithecus griseoviridis* ha atravesado un lugar plantado de helechos espinosos, cada mono se vá extendiendo alternativamente sobre una rama, á donde acude un compañero á sacarle las espinas.

Los hamadryas, segun Darwin, levantan las piedras para buscar insectos, etc.; y cuando encuentran una demasiado grande, se agrupan en tanto número como pueden pata levantarla, la vuelcan y se dividen el botin.

«Brehm encontró, en Abisinia, una numerosa tropa de babuinos que atravesaban un valle; una parte habia llegado ya á la montaña opuesta, los otros estaban todavía debajo. Estos últimos fueron atacados por una jauría de perros; en seguida los machos viejos se precipitaron de las rocas, con las fauces abiertas y lanzando alaridos tan terribles que las perros echaron á huir. Se les animó á un nuevo ataque, pero en el intervalo tados los babuinos habian ganado las alturas, á excepcion de uno, jóven como de seis meses que, encaramado en un trozo de roca donde fué rodeado por los perros, clamaba á gritos por

socorro. Uno de los machos más grandes, como un verdadero héroe, bajó de la montaña, se dirigió lentamente hácia el jóven, lo tranquilizó y se lo llevó triunfalmente; pues los perros estaban demasiado sorprendido para atacarlo». (Darwin).

El mismo naturalista cita este otro hecho: «Un jóven cercopitheco aprehendido por un águila, se agarró de tal modo á una rama, que no pudo ser arrebatado de seguida, y empezó á gritar pidiendo socorro. Los otros miembros de la banda acudieron, lanzando grandes alaridos, rodearon el águila, y empezaron á arrancarle tantas plumas que soltó la presa, y no trató más que de escaparse».

Todavía podemos registrar actos de verdadera simpatía entre los animales. El capitan Stansbury encontró, en un lago del Utah, un pelícano viejo y completamente ciego, pero sumamente grueso, lo cual prueba que sus compañeros le suministraban el alimento. Otro viajero. M. Blyth, dió á Darwin noticias de haber visto varios cuervos indianos que alimentaban asíduamente á dos ó tres compañeros suyos tambien ciegos.

Swainson cita este notable ejemplo: «El reverendo M... S... de M... en Denbighshire, tenía un terranova favorito, que vivia regaladamente, de todo se le daba una parte, y usaba de su poder con gran dulzura. Se le vió más de una vez saltar la puerta que separaba el patio de la casa del de la granja, para llevar algunos de los grandes huesos, con que se le obsequiaba, á un perro de caza que estaba atado en la cuadra».

Las relaciones de los animales superiores en estado de domesticidad con el hombre ofrecen á cada paso caractéres evidentemente morales. Braubach ha consignado la observacion de que el perro se abstiene de robar alimentos en ausencia de su dueño; y á este propósito refiere Romanes un caso, á que dá extraordinario valor el testimonio suyo.

Hablando de un perro huronero de la isla de Skye, dice: «Este perro no ha robado sino una sola vez en toda su vida; un dia que tenía mucha hambre, se apoderó de una costilla que estaba en la mesa y se la llevó debajo de un canapé. Fuí testigo del hurto, pero aparenté no haberlo notado; y el culpado permaneció muchos minutos bajo el canapé, fluctuando entre el deseo de sátisfacer su apetito y el senti-

miento del deber. Este último acabó por triunfar, y el perro vino á depositar á mis piés la costilla que habia robado. Hecho esto, se volvió á esconder bajo el canapé, de donde no pudo hacerlo salir ningun llamamiento. En vano le pasaba suavemente la mano por la cabeza; esta caricia no dió otro resultado que hacerle apartar la cara con un aire de contriccion verdaderamente cómico. Lo que dá un valor muy singular á este ejemplo es, que el perro de que se trata no habia sido castigado nunca; de modo que no pudo haber sido el temor de una pena corporal el que lo impulsó á obrar».

Hay más, señores, algo como el sentimiento de la justicia parece despuntar en estos animales. Leuret cita una anécdota ocurrida á Arago, sorprendido por una tempestad en una aldea del Sur de Francia. Los aldeanos que lo hospedaron no pudieron ofrecerle para comer, sino un pollo. Habia de cocerse en un asador, provisto de un tambor en que entraba un perro para hacerlo girar. Uno de los que se tenía adiestrados para este oficio estaba en la cocina; y al ir el aldeano á cogerlo, empezó á resistirse, á enseñar los dientes y acabó por esconderse. Nada pudo vencer su obstinacion. Sorprendido Arago inquirió la causa; y le dijeron que el perro se incomodaba porque tocaba el turno á su compañero; deseando cerciorarse hizo traer el otro perro, que entró sin dificultad en el tambor. Para completar la experiencia, el insigne astrónomo, despues que pasaron unos diez minutos, hizo detener el asador y soltar el perro, pidiendo que trajesen el que ántes se habia mostrado tan rehacio. Vino sin dificultad, y entró espontáneamente en el tambor, convencido, dice Leuret, de que le tocaba su turno de servicio.

Acabaré por citar casos en que la agresion contra la injusticia no es ménos manifiesta que lo pudiera ser en el hombre. Bohn, el editor de la obra de White, los refiere de esta suerte:

«Se me han comunicado muchos hechos interesantes sobre la disposicion vengativa de los vencejos, cuando son invadidos sus nidos por los gorriones. Una vez, en Hampton-Court, un caballero me informó, la misma mañana del hecho, que una pareja de gorriones habia hecho nacer sus polluelos en un nido de vencejos. Dos ó tres dias despues, llegaron varios vencejos é hicieron trizas el nido; el observador halló

á los polluelos, implumes todavía, muertos por tierra debajo de la ventana. En otra ocasion, el contramaestre carpintero del palacio, en Hampton-Court, me informó de que, miéntras trabajaba en su taller, cerca de la ventana, una pareja de golondrinas habia edificado su nido en un rincon de ella, donde los observaba frecuentemente. Acabado el nido, llegaron algunos gorriones que se apoderaron de él, y depositaron allí sus huevos. Miéntras la hembra los estaba empollando, llegaron muchos vencejos y obstruyeron la salida. Algunas semanas despues, examinó el nido y encontró el pájaro muerto sobre sus huevos».

Quizás he pecado de difuso, pero estos hechos interesantes, que no son sino una mínima parte de la que nos ofrecen hoy observadores constantes é inteligentes, suplen con ventaja á todos los razonamientos y establecen la verdad de mi primera proposicion: á medida que se desenvuelve el estado social, en las especies animales, los actos que pueden calificarse de morales se desenvuelven y amplían.

Pasemos á la segunda, consideremos las sociedades humanas. El progreso de la moral es un corolario del progreso de sus instituciones, en el sentido más lato de la palabra. Cada etapa sucesiva en el camino de la civilizacion aporta nuevos perfeccionamientos en las costumbres, mayor delicadeza en los sentimientos morales, mayores exigencias de la nocion de deber.

Fijémonos en esas hordas en que los lazos sociales sólo se estrechan, cuando las exigencias del apetito obligan á la union sexual, ó cuando el peligro inminente fuerza á aceptar un jefe, como las de los bosquimanes del Africa austral, ó los tasmanianos de la Melanesia; tan desconocidos les son los sentimientos morales que nos parecen más primitivos, que el infanticidio es un hecho natural: nadie está obligado á embarazarse con la carga de un chicuelo ó con la obligacion de atender á una boca más. El respeto á la propiedad está sólo en razon directa de la fuerza del que se intitula propietario; la simpatía por el individuo de su misma colectividad temporal no llega á evitar que se abandone á una muerte cierta, en las marchas penosas, á los enfermos ó heridos. El pudor es de tal suerte desconocido, áun en sociedades algo mejor organizadas, que los esquimales están en sus habitaciones completamente desnudos y duermen así confundidos hombres, mujeres y niños. El relato que ha-

ce d'Orbigny de las costumbres de los Itonamas de la América del Sur excede cuanto se pueda imaginar en indecencia. En Benin las jóvenes van completamente desnudas hasta el dia de su matrimonio; costumbre que se puede señalar en otros muchos pueblos salvajes. La prostitucion doméstica, como gaje de hospitalidad, pasa hasta á sociedades algo adelantadas; así acontece en Ceilan, así en Groenlandia, así en gran parte de la Polinesia; fué uso de los guanches canarios y hoy todavía lo comprueban los viajeros que se han internado entre las tríbus indígenas del noroeste de Méjico. En Birmania el marido puede ceder la mujer, mediante precio; y esto no redunda en desdoro de ésta, ántes bien aumenta su consideracion, en proporcion del servicio que ha prestado á su marido.

Pero á medida que se organizan estas asociaciones informes, que el más anciano, ó el más fuerte, ó el más rico, es jefe reconocido, y la tríbu ó la familia patriarcal adquieren más individualidad, los rudimentos de una moral comienzan á aparecer, por remotos que estén de los principios que guían á los pueblos más adelantados. Ya el respeto á la propiedad y la obediencia al superior se estiman como virtudes; el valor es prenda tan estimada, que un jefe pasonee definia así los buenos: «Los buenos son los guerreros valientes y los cazadores infatigables». La mujer agena es respetada, ciertamente como una mera propiedad, pero al fin respetada. Y toda estas cualidades tienen un valor social tan marcado, que como se ha observado frecuentemente, no obligan sino en los límites de la tríbu. La propiedad, las mujeres, la vida de los extraños no merecen ningun respeto; ántes bien es más honrado y apreciado el que más atentados ha cometido contra ellos. En el estado de lucha por la vida, tenaz y sin cuartel, que se libran los salvajes las prendas mencionadas adquieren tal importancia social, que se sobreponen á todas. La vida de un guerrero es de un precio altísimo; así es que su muerte vá seguida siempre de formidables venganzas, dirigidas contra el enemigo en masa, no contra un individuo determinado. Pero la cohesion interna necesaria para resistir con fruto dá nacimiento á verdadera virtudes sociales, como la justicia y la equidad en las relaciones más frecuentes y dentro del predominio forzoso del más fuerte; la obediencia al padre y al superior; el respeto á los ancianos.

Constituida la familia, los vínculos de simpatía adquieren un desenvolvimiento inusitado, que afianzan luego la participacion de los mismos peligros y el disfrute de los mismos goces. Como ha observado profundamente Darwin los pueblos en este estado rudimentario no consideran y aprecian sino las virtudes sociales. Con el desenvolvimiento posterior ván ésas dando nacimiento á las personales.

Esto es así, porque á medida que se engrandece la comunidad por el número, nace una potencia moral, que es la opinion, y desde entónces la trasmision de los preceptos queda asegurada, y de aquí por un lento trabajo de elaboracion psíquica que la herencia perpetúa, la diferenciacion de las virtudes que parecen alejarse más y más de su primitivo orígen.

Todos los vínculos sociales, la familia, la ciudadanía, la nacionalidad, la religion, la lengua, ván aportando aumentos al caudal de los sentimientos morales, y aunque la supervivencia de las viejas costumbres, ritos y preocupaciones, la mezcla de las razas, la desigualdad de la fortuna, contribuyen á que quede siempre un sedimento considerable de imperfecciones éticas en el fondo de la sociedad más culta; es indudable que, así como los pueblos bárbaros conocen otras formas más perfectas de la justicia y la caridad, las naciones grandemente adelantadas en su organizacion poseen un código completo que regula tanto los deberes estrictos como los imperfectos. ¡Cuánta distancia, señores, para tomar un ejemplo de sentimientos ya enunciados, cuánta distancia entre ese impudor, indicio de la bestial promiscuidad de los pueblos más salvajes, y esa glorificacion de la pureza á que se elevan el mazdeismo y el mithraismo entre los pueblos iranios! Y adelantando aún más, consideremos los pueblos antiguos, en que la diversidad de castas dividia los habitantes invariablemente en opresores y oprimidos, Grecia, por ejemplo, desde el punto de vista del sentimiento de la probidad: cuán rudimentario se presenta, cómo se estiman la astucia y la duplicidad, armas de todos los débiles! Comparémoslos con los hábitos y costumbres de los pueblos verdaderamente libres, como Inglaterra ó la Union Americana, donde á ningun ciudadano se le ocurre qué deba disimular su modo de sentir en los asuntos más árduos del procomun.

De propósito he citado estas dos cualidades, porque son de aquellas que á primera vista parecen interesar ménos á las relaciones sociales; haciendo ver que aparecen sin embargo como producto de un mejor desarrollo social. En cuanto á las que son de todo punto indispensables, como la justicia, el respeto de los pactos, el resarcimiento del servicio contratado, la seguridad del prógimo, los deberes para con el Estado, etc., bien vemos cuánta diferencia media entre el estado de pleno salvagismo, y áun entre aquel en que la voluntad de un déspota ó de un cuerpo privilegiado es el único freno á las pasiones antisociales, y el período de los pueblos con derecho escrito, en que los principios morales reconocidos y acatados tienen en su favor todas las sanciones; los estrictos en los códigos y el poder público; los de benevolencia en la opinion, en las costumbres y en la herencia psíquica.

Estas indicaciones sumarias, únicas que pueden tener lugar aquí, bastan suficientemente para hacernos ver que el desarrollo de la moralidad es consecuencia del desarrollo social. De esta suerte converjen los dos órdenes de pruebas que he presentado al fin único que me proponia. Demostrar la subordinaeion de los fenómenos del órden moral á los fenómenos del órden social. Desde el punto de vista del método, esta demostracion prévia era indispensable, porque ya sabemos que la moral depende de la sociología, y que ésta nos ha de ofrecer los principios fundamentales en que ha de descansar aquella. No, señores, el hombre no es sociable, porque es moral. Ya lo hemos visto asociado en el grado más completo de inmoralidad. El hombre se ha hecho moral á fuerza de ser sociable. De aquí que cuanto redunde en provecho de la sociedad, redunda en beneficio de la moralidad, sentimiento perfectible en grado eminente.

Esta conclusion nos dará luz y nos servirá de guía en todas nuestras pesquisas.

## LECCION II.

SUMARIO.—Diferenciacion de los fenómenos morales.—Caractéres fundamentales de los hechos sociales.—Del concurso y conflicto de los individuos en la asociacion nace el carácter peculiar de los fenómenos éticos.—Definicion provisional de los actos morales ó inmorales.—Efectos psíquicos del contacto de individuos semejantes.—La simpatía.—Tésis de Schopenhauer.—Cómo modifica el deseo de conservacion los impulsos de la simpatía.—Estados mixtos que resultan del conflicto de esas dos tendencias.—Su importancia decisiva en el desarrollo social.—Los sentimientos egoistas son plenamente antisociales.—Los sentimientos altruistas pueden llegar á serlo.—Los sentimientos ego-altruistas son la materia normal de la moralidad.—Qué es la moralidad desde el punto de vista psíquico.—Elementos que se integran para formar un sentimiento moral.—Cómo implican un precepto y una sancion.—Ejemplos.—Cómo actúan los sentimientos morales.—La descomposicion de los sentimientos morales en sus diversos factores ha de preceder al establecimiento de sus leyes.—Plan de estas conferencias.

SEÑORES:

Establecida la subordinacion de los fenómenos del órden moral con respecto á los del órden social, una apreciacion exacta de nuestro asunto nos exige que limitemos con la perfeccion posible el carácter de los fenómenos especiales que estudiamos, distinguiéndolo de los caractéres que se adscriben á la generalidad de los fenómenos sociales. Es decir, que tratemos de señalar en qué se distinguen los hechos morales ó inmorales del resto de los hechos sociales.

Empecemos por considerar el fenómeno de la asociacion en sí. Indivíduos totalmente distintos, forman grupos que ocupan un lugar del globo; por el concurso de sus unidades, este grupo acciona y reacciona en el medio en que se encuentra, es decir, que subsiste y se propaga, trasmitiendo de unidad en unidad sus adquisiciones. Aquí están los dos carácteres fundamentales del hecho social: el concurso y la trasmision hereditaria.

Ahora bien, el acto primordial del concurso, por la individualidad de las unidades sociales, dá orígen á cooperaciones y conflictos; y aquí entra un nuevo factor, el factor moral. Si la cooperaccion de todos los

indivíduos agrupados para los fines sociales se realizara sin roces, sin choques, de un modo espontáneo y natural, todos sus actos serían indiferentes. Pero como lo contrario es lo que ocurre con más frecuencia; como las necesidades, las tendencias, los intereses y los sentimientos de los indivíduos entran en conflicto los de unos con los de otros, los actos que de aquí nacen, entran desde ese momento en la categoría de morales ó inmorales. De suerte que, de un modo totalmente empírico, podemos decir por ahora que los actos que constituyen la conducta de un indivíduo son morales ó inmorales segun que redunden en provecho ó daño de sus coasociados.

Partiendo de esta definicion tan restricta, en apariencia, veremos sin embargo, desenvolverse todo el órden de las ideas morales más elevadas y refinadas.

De aquí resulta que todo un órden importantísimo de los fenómenos sociales, el de la filiacion histórica, no contribuye *directamente* á la distincion de los fenómenos morales; es decir, que el hecho de que los actos sociales de hoy se distingan por ser consecuencia forzosa de los actos sociales de ayer, no nos dá ningun nuevo concepto para la connotacion de la moralidad, como el hecho de que son obra del concurso de unidades distintas. Hago esta salvedad, porque desde otro punto de vista el concepto de filiacion histórica interviene poderosamente en las ideas morales.

El concurso de indivíduos distintos, aunque más ó ménos semejantes, es la base de la sociología; sus raíces, penetran profundamente en el terreno biológico y en el terreno psíquico. Donde aparece un organismo policelular, ya la biología descubre una forma de asociacion. Pero no necesitamos descender tanto; bastan para nuestro actual propósito los elementos psicológicos del problema. La presentacion ó representacion en un sér de otro sér semejante, es el punto de partida de toda una série de fenómenos de un órden especial. Hay como una extension y reduplicacion del indivíduo, que se traduce primero por la repeticion ó imitacion involuntarias de los movimientos, y acaba por el acuerdo más ó ménos perfecto del estado anímico del uno con el del otro. Las funciones biológicas de la copulacion y la reproduccion fortalecen poderosamente esta correspondencia de invíduo á indi-

víduo, cuando no sean su orígen. De esta suerte se establece una comunicacion de afectos, de tal naturaleza, que los dolores y males sentidos por un indivíduo, así como los placeres y bienes, son sentidos mediatamente, aunque á veces con no menor intensidad, por otro ú otros. Y así resulta que el impulso íntimo que nos lleva á evitar la pena y buscar el bienestar propios, se extiende hasta forzarnos á actos que redundan en inmediato provecho ó alivio de otro indivíduo. Ya tenemos entónces en accion la simpatía, fuerza no ménos activa, no ménos poderosa que el apetito de conservacion, el cual parece contrariar muchas veces y á qué, en último término, se refiere.

La existencia de la simpatía pura, sin mezcla ninguna de egoismo, ni de consideracion que, por rodeos más ó ménos largos, conduzca al interés personal, es un hecho que no debe perderse de vista en estos estudios. El hombre que, pasando por una ribera solitaria, ve á otro en peligro de ahogarse, y sin detenerse siquiera á despojarse de sus vestidos, se arroja al agua, con peligro manifiesto de su vida, para tratar de salvarlo, no ha obedecido á otro móvil que á la pura compasion, á la simpatía pura. El interés que se toma el espectador de una regata por alguno de los justadores, que le es completamente desconocido, el regocijo que experimenta por su triunfo, han nacido indudablemente de la pura simpatía. ¿Quién no advierte que entre los personajes coetáneos y extranjeros, con quienes no nos ligan intereses de raza, ni de comercio, ni de religion, etc., hay alguno ó algunos cuyos pasos seguimos con amor, por cuyas altas acciones nos llenamos de alegría y cuyos fracasos nos dejan profundamente pesarosos? ¿Y qué otro sentimiento nos domina aquí, sino la más desinteresada simpatía? El amor entrañable con que una mujer cualquiera adopta un niño huérfano y desconocido, en quien derrama todos los tesoros de un cariño verdaderamente maternal, es un caso de simpatía, por más que se le busquen explicaciones de otro órden más fisiológico, que en nada se oponen á lo que voy exponiendo. Es un hecho innegable: el placer y el dolor agenos pueden ser un motivo determinante de nuestras acciones, por mera simpatía.

Uno de los filósofos más profundos de nuestro siglo, Schopenhauer, acepta en parte, y en parte rechaza este principio. Acepta y reconoce

la compasion ó sea la simpatía por las penas, como un poderoso móvil del corazon humano; y hasta llega á considerarla como el único fundamento de la moral; pero niega que la simpatía por los placeres pueda movernos.

«Nuestra simpatía, dice textualmente, no se dirige de una mamera directa sino solamente á los *dolores* de los otros; su *bienestar* no la despierta, á lo ménos directamente: por sí mismo nos deja indiferentes".

Sus razones descansan exclusivamente en postulados que se derivan de su sistema pesimista. «Esto es así, añade, porque el dolor, el sufrimiento—y en estas expresiones es preciso comprender toda especie de privacion, de defecto, de necesidad y áun de deseo—son el objeto positivo, inmediato, de la sensibilidad. Por el contrario, lo propio de la satisfaccion, del goce, de la felicidad, es no ser más que la cesacion de una privacion, el apaciguamiento de un dolor, y por consiguiente obran de un modo negativo».

Nuestras investigaciones psicológicas nos ponen al desnudo lo falaz de semejante argumento: el placer es tan positivo como el dolor, y la simpatía por los placeres no ménos real que la compasion. En medio de un agradable reposo, cuando ningun ruido desapacible viene á molestar nuestro oido, ántes bien, suavemente halagado por el rumor de una tranquila corriente de agua y el susurro de un aire manso entre la fronda, se levanta una música ténue, que poco á poco vá creciendo hasta convertirse en una exquisita sinfonía ejecutada por varios y acordados instrumentos. El placer intensísimo de que disfrutamos, ¿es resultado de algun contraste, de la cesacion de algun dolor, siquiera de la privacion anterior de actividad? No, porque el oido no sufria, no estaba inactivo; y porque el placer ha ido uniéndose al placer, hasta llegar al grado máximo. Basta analizar este ejemplo, para derrocar toda esa teoría, mera reproduccion de la vieja doctrina epicúrea.

Lo que hay es que el ejercicio de la simpatía pura se encuentra las más de las veces limitado por el poderoso llamamiento del deseo de conservacion; y que de los compromisos necesarios entre estas dos tendencias y de sus adaptaciones á las variadísimas condiciones del medio social resultan diversos estados anímicos de carácter mixto, que

encubren más ó ménos el fondo realmente simpático con un barniz más ó ménos egoista.

Ni el egoismo por sí solo, ni la simpatía por sí sola, favorecerian de un modo adecuado el desarrollo social, y por consecuencia el individual. De aquí lo fundado de muchas críticas dirigidas al sistema meramente utilitario, y de aquí que no sea aceptable el sistema de Schopenhauer que coloca en la completa abnegacion el criterio de las acciones verdaderamente morales. Debemos considerar el individuo tal cual es, y los sentimientos morales, tales como han sido elaborados en el espíritu humano por las condiciones en que han crecido y se han robustecido. La disciplina moral, si ha de ser fructuosa, no ha de fundare en meras abstracciones, ha de prender en el suelo de lo real, en el conocimiento de los fenómenos que trata de reducir á sistema, para sacar de él reglas y principios. Donde quiera que Schopenhauer descubre en una accion un fermento egoista, niega el calificativo de moral. De esta suerte la suma de moralidad en las acciones humanas quedaria reducida á una expresion infinitesimal; y tanto valdria renunciar á la moral. Pero no es así. Supongamos un caso extremo: un indivíduo que se preocupa exclusivamente de fomentar sus intereses materiales. Puro egoismo; ciertamente. Pero, si ilustrado por un conocimiento cabal del valor de la probidad en las transacciones humanas y del respeto á los contratos, ese hombre guarda escrupulosamente los suyos y no infiere perjuicio de ninguna suerte á los extraños, estará en los linderos de la moralidad, pero dentro de ella; primero, porque no daña; despues, porque, sabiéndolo ó no, coopera al bien comun. Y adviértase que el mismo insigne autor enuncia la máxima general que contiene la regla de las acciones morales, por una frase de dos miembros, el primero de los cuales dice: *Neminem lœde*, no dañes á nadie.

De todo esto resulta que la fuerza que nos arrastra á favorecer, socorrer y proteger á un semejante nuestro, ó por lo ménos á tomar una participacion propia en sus bienes ó males, se modifica al entrar en conflicto con el egoismo, y dá nacimiento á muy diversos estados emocionales, los cuales constituyen una gran parte de los móviles que nos llevan á los actos morales.

Conveniente nos será, ántes de pasar más léjos, poner de manifiesto cómo este compromiso de sentimientos ha sido el factor más necesario para el progreso social; cómo los sentimientos primitivos egoistas ó altruistas hubieran sido ó pueden ser ántes rémora que impulso para este fin.

Respecto á los egoistas, la tarea es fácil. Ya hemos visto en la leccion anterior, cómo en las primeras etapas de la vida social el egoismo prepondera en tan alto grado, que la prole es sacrificada sin miramientos, tan pronto como llega á ser siquiera un estorbo para los padres. Por otra parte, el predominio del más fuerte es tan absoluto, que la mujer y el vencido reciben sobre sí lo más pesado de las faenas domésticas y agrícolas. Examinando estos dos hechos solamente, se advertirá á primera vista todas sus funestas consecuencias para el agregado social. La mujer, depauperada por el trabajo excesivo, llenará mal sus funciones primordiales, y la prole se resentirá forzosamente; abandonada además la educacion más rudimentaria, esa nueva forma de reproduccion, que consiste en la trasmision por el ejemplo y la doctrina de las buenas cualidades adquiridas, falta por completo; y faltan con ella las probabilidades de variabilidad y de mejor adaptacion. Como al mismo tiempo los sentimientos egoistas dominan en los hombres, en los señores, y su única ocupacion y placer es la depredacion, resulta de aquí que la crueldad y el endurecimiento ante el mal ageno, en los próximos como en los remotos, son lo normal en la escala de sus emociones. ¿Cómo extrañar entónces que estos agregados humanos no se eleven nunca de ese estado rudimentario? Pero áun en pueblos más adelantados, desde que un grupo privilegiado se aisla del resto de los coasociados, comienzan á producirse obstáculos insuperables para el desenvolvimiento nacional. Lo que se ha llamado el espíritu de clase no ha sido más que un egoismo colectivo de determinadas partes de un cuerpo social, en frente del resto y en antagonismo permanente. El resultado ha sido siempre una série de conmociones más ó ménos profundas que han alterado, desviado ó anulado el progreso de los organismos en que han tenido lugar.

Por otra parte el altruismo sin contraste acabaria por ser igualmente funesto. En el momento en que todos se desinteresaran en absolu-

to de sí propios para sacrificarse por el provecho ageno, este provecho sería nulo, porque se habria agotado la fuente de donde habia de manar. El altruismo verdadero impone una limitacion, mas no un sacrificio pleno de la propia personalidad. Hablo de los casos normales, de que se deriva el mayor provecho para la sociedad. La viuda que roba al reposo necesario las horas que consagra á una labor ímproba, para sustentar á sus infantes sin padre, si extrema el sacrificio y pone en peligro su vida ó la pierde, acarrea á sus hijos males mucho mayores que los que trató de evitar. El hombre benéfico, á quien una comarca debe cuidados, esfuerzos y trabajos que la mejoran y la llevan por el camino de la prosperidad, si en su afan patriótico sacrifica toda su fortuna ó toda su salud, tendrá que terminar su tarea ántes de que haya producido todos sus frutos, y arriesga quizás la pérdida, para esa comunidad predilecta, de tantos y tan nobles actos de abnegacion. El sabio, que persigue la resolucion de un problema de que depende el aumento de la potencia del hombre, si se sacrifica hasta perder ó aminorar esas fuerzas mentales que son su gran instrumento de produccion, bajará á la tumba, robando á sus semejantes un progreso que les hubiera asegurado con una dósis más alta de egoismo bien entendido.

En cambio como, en realidad, los impulsos meramente egoistas se encuentran por fuerza limitados, primero por el hecho mismo de la asociacion que pone en conflicto los impulsos tambien egoistas de los diversos indivíduos, y despues por las inclinaciones altruistas que nos llevan á ceder poca ó mucha parte de nuestro interés en alivio ó provecho de nuestros semejantes; y como además estas inclinaciones sólo en casos muy excepcionales ahogan toda exigencia de los sentimientos egoistas, lo normal, lo constante es un compromiso entre esas dos tendencias opuestas, la produccion de una suerte de impulsos ó motivos de conducta en que dominan á la par ó en dósis diferentes el amor propio debidamente limitado y el amor del prógimo bien entendido.

Como toda desviacion en uno ú otro sentido es perjudicial, las necesidades mismas de la vida en comun establecen una especie de seleccion, cuyo resultado es un equilibrio más ó ménos justo de esas dos

tendencias, en los impulsos que nos dirigen, los cuales desde entónces merecen el calificativo de morales.

Tenemos, pues, que la poderosa fuerza de conservacion que dirige al individuo en todos sus actos para adaptarse al medio circunstante, se modifica al contacto del medio social, reviste nuevas formas, se atempera á la nueva situacion, y es tanto más adecuada á sus fines, en cuanto cede más en provecho de los nuevos impulsos. La conducta del individuo reviste el carácter de social, porque sus actos no pueden quedar aislados del agregado de individuos semejantes con quienes vive; ahora bien, si esa conducta obedece sólo á impulsos de interés exclusivo, si pierde de vista las relaciones que la unen con la conducta de los coasociados, es una conducta inmoral, dañosa en último término al agente, como á los demás; si esa conducta obedece á impulsos de interés colectivo, si no pierde de vista las relaciones sociales en que se encuentra forzosamente colocado el agente, es una conducta moral, provechosa al todo social y no ménos al que la sigue.

De esta suerte vemos patente que, dada la existencia social, la conducta humana ha de revestir indudablemente en casos especiales caractéres especiales que le dan derecho al nombre de moral ó inmoral.

Pero aún nos falta, para darnos cuenta de cómo obran estos nuevos impulsos, producidos por la existencia en sociedad, detenernos en un punto interesante. Los motivos que rigen la forma de conducta que aquí examinamos tienen el carácter emocional; del compromiso de las tendencias egoistas y altruistas resulta una clase de sentimientos que se llaman morales. Es decir que la vida moral es posible, no porque esté informada por conceptos, sino porque depende de la esfera afectiva. La moralidad es un impulso á la accion, mediante la vida emocional. Las reglas morales empiezan por ser sentimientos morales.

En otros términos: el hombre vive en sociedad; de esta vida en comun nacen diversas suertes de conducta, á que se siente impulsado el hombre por diversas suertes de sentimientos de un órden especial que se llaman morales. Es decir que en la vida social, el hombre está dirigido por cierta clase de sentimientos, entre otros, que son los morales.

Recordemos aquí la definicion que propuse del estado anímico que

se llama sentimiento, en las conferencias sobre psicología. Dige que era «el tono general de nuestra sensibilidad, con respecto á una clase entera de ideas y acciones». Y establecí entre la emocion y el sentimiento la misma gradualidad que entre la imágen ó idea concreta y la idea abstracta. La repeticion de emociones determinadas, provocadas por ideas semejantes, constituye una predisposicion permanente á sentirnos afectados de un modo placentero ó penoso cuando surjan las imágenes ó ideas de ese órden, y para actuar en consecuencia de un modo adecuado.

Ahora bien todas aquellas relaciones sociales, en que entren de un modo ú otro en juego el interés personal ó la simpatía ó entrambos ó sus resultados, producen estados emocionales que se repiten á cada paso, y se agrupan por sus semejanzas, y nos llevan á ejecutar ciertas acciones en consonancia con el estado afectivo. Para llegar á la accion, hemos de pasar por los estados intermedios, la representacion de los actos preparatorios adecuados, la prevision de las consecuencias, el conflicto de los motivos, el fin propuesto, etc.; de suerte que cada sentimiento de esta especie despierta un sin número de estados mentales conjuntos, que quedan comprendidos en una misma generalizacion. Como el punto de partida ha sido una relacion social, un acto que hay que ejecutar para llenar alguno de los fines sociales, el sentimiento moral lleva especialmente imbíbita una representacion de actos que realizar ó de que abstenerse, que se formula la más de las veces y de un modo más ó ménos claro, en una regla de conducta. Esta se produce por sí sola, adquiere relieve y estabilidad mediante el hecho de que es sólo una parte de un estado afectivo, y por tanto de que si es seguida favorece el estado actual del organismo, lleva consigo su recompensa, si es violada contraría el bienestar orgánico, lleva consigo su pena. Así es como descubimos, por un sencillo análisis y de un modo natural, en los sentimientos morales, estos dos factores, que parecen especialmente adscritos á ellos y de un modo extra-natural: el precepto y la sancion. No debe extrañarnos ahora que aguijoneados por la parte afectiva, obedezcamos en los más de los casos al criterio moral, por un impulso emocional. Esto depende de que el sentimiento moral es, como lo hemos visto, un verdadero sentimiento; y dada la preponderan-

cia que en él tiene la idea de accion, la idea de fin, se destacan más elementos que se encuentran en el fondo de todo estado de esa naturaleza.

Aun cuando todo esto ha de ser más minuciosamente analizado al tratar de las fórmulas que sugieren los sentimientos que estudiamos y al establecer su desarrollo, conveniente será que aclaremos el punto con algun sencillo ejemplo.

Supongamos un jóven salvaje que hace sus primeras armas: el trance es peligroso, los enemigos son muchos en número y aguerridos, el novel combatiente está separado del grueso de los suyos por algunos árboles y matorrales, fácilmente puede tomar la huida, ya comienza á flaquear.... sin embargo se le representan con más ó ménos claridad las consecuencias de esta conducta, no quizás en lo que tiene conexion con los intereses de su tríbu, sino en lo que á él personalmente se refiere, las reprensiones y castigos de los ancianos, las burlas de sus compañeros, el desdén de las mujeres; y la necesidad de la aprobacion, del honor social, le aguija tan poderosamente que es bastante para vencer las excitaciones del temor naciente, resiste, pelea con fortaleza y al cabo vuelve triunfante. Aquí ha vencido un sentimiento ego-altruista, que pudiera formularse en forma de precepto: debes merecer la aprobacion de los tuyos, ó te es útil la aprobacion de los tuyos ó te complace la aprobacion de los tuyos, segun el carácter predominante del indivíduo. Sin embargo, vemos que ha obrado no como precepto, sino como emocion, para neutralizar otra emocion. Y ¿por qué ha vencido? Porque la suma de fuerzas, que se ha ido aglomerando en todas las emociones prévias que han determinado su inclinacion á las alabanzas y estimacion de sus coasociados, supera á la fuerza impulsiva del miedo en aquella ocasion; porque de desobedecerle se le hubiera seguido un estado anímico intolerable en la presentacion y en la representacion. Habia llegado á ser pundonoroso, y el sentimiento del pundonor violado era para él un mal mayor, que el de conservacion en peligro. Otro indivíduo más indiferente á los aplausos y reprimendas no hubiera titubeado en abandonar el puesto; así como otro en quien hubieran estado más desarrollados los puros sentimientos altruistas, se hubiera decidido á quedarse y resistir, por la consideracion de los males que podrian sobrevenir á los otros combatientes

por falta de su auxilio, por el abandono de su puesto, y por la representacion de su aduar entregado á las llamas, su padre anciano, su madre, sus hermanas y esposas esclavizadas y maltratadas.

Esto nos permite considerar cómo funciona en la normalidad de los casos el sentimiento que vamos estudiando. El acto que tenemos que ejecutar reviste el carácter de fin á que hemos de adaptar nuestra conducta; los casos posibles de adaptacion son otros tantos motivos que se refuerzan ó contrarían, y el impulso moral viene á decidirnos, ya se presente en su carácter primario de emocion que aguija y domina, ya con el carácter de acto meramente intelectual en forma de regla de conducta, ya con el carácter de estado mixto, á la vez sensible é ideacional, en forma de precepto.

De todos modos vemos que se trata aquí de una clase especial de estados mentales sumamente complejos; y que sólo un análisis de su génesis, que los descomponga en sus diversos factores, nos puede permitir desentrañar el importante fenómeno de la moralidad, seguirlo á través de sus transformaciones, bosquejar las leyes que lo rigen, y distinguirlo de las nociones accesorias con que más ó ménos propiamente aparece mezclado.

Esta será, en resúmen, la materia de las presentes conferencias. Por lo pronto en las próximas hemos de considerar los diversos factores de que se componen los sentimientos morales. Si es posible este análisis, si nos lleva á conclusiones satisfactorias, mucho tendremos adelantado para constituir la ciencia de la moral.

Bien se me alcanza que esta manera de estudiar y concebir los fenómenos morales se aparta muy mucho de los senderos trillados; y que mis conclusiones podrán parecer singularmente extrañas y aventuradas. Pero adviértase que yo entrego á mis oyentes todos los materiales con que pretendo construir; si mis análisis son completos, en los elementos simples que encontremos, no en mi intencion, estará lo que de ellos se desprenda; si son deficientes ya será más fácil completarlos al que venga despues. De todos modos no se me acusará de dogmatizar en una materia, esterilizada durante tantos siglos por el dogmatismo.

## LECCION III.

SUMARIO.—Tres clases de factores de los sentimientos morales: biológicos, psíquicos y sociales.—Factores biológicos.—La herencia.—Enunciado de esta ley biológica.—Su empleo como instrumento de deduccion.—Su significacion como factor biológico de los sentimientos morales.—Condiciones en que se verifica la ley de herencia dentro de los grupos naturales ó familias.—Pruebas de que se heredan los sentimientos, tendencias y predisposiciones morales.—Consecuencias de este hecho.—Importancia social de la ley de herencia.—La trasmision hereditaria es una de las concausas del carácter nacional.—Resultado de esta ley en la evolucion de la moralidad.

SEÑORES:

Cuando se trata de estados subjetivos tan eminentemente complejos como los sentimientos morales, nunca puede pecar el análisis de minucioso; así es que me propongo llevarlo hasta donde me sea dable, en la pesquisa de los factores que entran á componerlos.

Considerando el sujeto en que se producen y las influencias principales á que está sometido en su produccion, podemos desde luego inferir que hemos de encontrar tres distintos órdenes de factores. El sujeto es primeramente un organismo, cuyo estados, cambios y afecciones tienen una grande y constante resonancia en sus estados subjetivos; en los sentimientos morales, por tanto, como en todos los demás, hemos de encontrar un órden de elementos que debiéramos llamar biológicos, porque dependen de las leyes de la vida, tales como se manifiestan en las funciones orgánicas. Pero en este organismo se desarrolla toda una série variadísima de fenómenos gradualmente conscientes que influyen sobre los anteriores, así como son influidos por ellos; en la clase de sentimientos que ahora estudiamos hemos de encontrar tambien elementos que merecen el nombre de psíquicos, porque obedecen á las leyes del espíritu. Pero, desde el punto de vista más especial en que nos coloca nuestro estudio, ya sabemos que el medio social es el que modifica más directamente estos estados emocionales; de aquí una tercer clase de *elementos*, que llamarémos con propiedad sociales. En resúmen, los

factores de los sentimientos morales se han de encontrar comprendidos en una de estas tres clases: biológicos, psíquicos y sociales.

Nuestro estudio se limitará ahora á los primeros.

Desde el momento en que estamos en presencia de un organismo, un hecho capital se destaca á nuestra vista, como queriendo dominar todos los otros. Fuera de esos séres de todo en todo rudimentarios que, no poseyendo una forma definida, no pueden trasmitirla, los efemeromorfos de Bastian; la primera ley de los séres organizados es que el semejante produce el semejante. Estamos en presencia de este gran hecho: la herencia. Los descendientes, en un ciclo más ó ménos largo, repiten las formas de los ascendientes. Enunciamos así la ley á la vez más general y más misteriosa del mundo orgánico. Considerada la reproduccion como un exceso de crecimiento en organismos plenamente nutridos; su forma más simple, la segmentacion, nos explica la semejanza del nuevo sér, que no es sino una parte del anterior apénas diferenciado. Pero, á medida que se diferencian los organismos, el acto de la reproduccion se complica cada vez más, y cuando llegamos al proceso de copulacion, es decir cuando ya el nuevo sér es producto de séres diferenciados sexualmente, de la ley de herencia lo que casi únicamente podemos afirmar es la existencia: la forma del hijo será semejante á la del padre ó á la de la madre, ó participará de entrambos ó se referirá á un ascendiente. De modo que ya esa gran generalizacion, cada ser produce su semejante, ha perdido en gran parte su carácter de exactitud absoluta. Hé aquí cómo, sabiendo á ciencia cierta que existe y que se manifiesta en todos los fenómenos orgánicos esta gran ley de permanencia, hasta ahora, como instrumento de deduccion, ha sido de una utilidad muy relativa. Por donde quiera, en el gradual desarrollo y extension de las especies vegetales y animales, vemos su obra; importa muy mucho señalarle su parte; pero hasta ahora sólo podemos decir que funciona, mas no cómo funciona. Dado un fenómeno, estamos en aptitud de determinar que es un caso de herencia; pero son tantos y tantos los elementos que intervienen para reforzarla, templarla ó desviarla, que si, dados los ascendientes, queremos determinar lo que de ellos heredará la prole, tendrémos que contentarnos con vagas generalidades y probabilidades.

Esto no se opone á que, considerada una gran masa de hechos, podamos señalar con alguna mayor precision sus efectos; así dentro de las especies, variedades, grupos y familias, la ley de herencia nos permite previsiones muy útiles y aplicables al conocimiento y á la accion. Desde este punto de vista es como habrémos de considerar la ley de herencia, en su carácter de factor biológico de los sentimientos morales. Su accion no es tan inmediata y directa que, dado un sentimiento especial, lo hayamos de encontrar invariablemente reproducido en la descendencia; pero es suficientemente constante, para que sus efectos no sean perdidos y entren como componentes en las predisposiciones del indivíduo, la familia ó la tríbu, segun se considere un radio más ó ménos extenso. Así áun desde este punto de vista tan limitado, vemos cómo todo sentimiento adquirido ha debido ser una ganancia real, para el grupo humano en que se hizo su adquisicion. Comprobada la existencia de esta ley en el campo de nuestros estudios, no sabrémos cómo se ha hecho la trasmision, pero podemos estar seguros de que se ha verificado.

Esto nos lleva á tratar de indagar si, dentro de los grupos formados por la generacion, los sentimientos, tendencias ó predisposiciones morales, se heredan como se heredan la estructura y sus modificaciones. Despues verémos las consecuencias de este hecho primordial.

Forzado me veré á detenerme en la enumeracion de casos; áun á riesgo de ser prolijo; pero en los estudios de esta naturaleza no es posible perder de vista el consejo de Buffon: recojamos hechos para adquirir ideas.

Desde luego importa advertir que cualquier indivíduo de la especie humana es el resultado de la union y mezcla de las numerosas influencias hereditarias que representan sus dos líneas de ascendientes; así es que, ya en el primer grupo natural, la familia, no debemos prometernos encontrar una reproduccion invariable de los sentimientos de los padres, sino matices más ó ménos acentuados de esos sentimientos, cuando no otros al parecer nuevos que se refieran á ascendientes más lejanos. Pero, con esta salvedad, debemos interrogar los hechos, á ver si nos permiten aseverar la trasmision hereditaria de los sentimientos. Las condiciones mismas del problema, dadas las diversas

causas que concurren á atenuar, desviar y áun contrariar la obra de la herencia, nos obligan á fijarnos solamente en los sentimientos que salen del órden normal; pero de éstos podemos legítimamente concluir á los normales, pues no son nuevas manifestaciones de la vida subjetiva, ni tienen distinto orígen, ni entran por distinta manera en la composicion del carácter.

Como ha dicho excelentemente Ribot, los modos de la sensibilidad están ligados tan íntimamente á los órganos y á la constitucion entera, que *a priori* se puede suponer que la herencia los trasmite. Veamos primeramente esas necesidades primordiales, que encontramos en la psicología formando la base de toda la vida afectiva; y si las consideramos exacerbadas hasta el punto de constituir una forma grosera de pasiones, se nos ofrecerán mil casos auténticos de trasmision hereditaria.

En la *dipsomanía* ó alcoholismo todos los autores la admiten. Gall cita el caso de una familia rusa, en que el padre y el abuelo habian muerto prematuramente, víctimas de su aficion á las bebidas alcohólicas; el nieto comenzó á manifestarla de un modo notable desde la edad de cinco años.

El doctor Morel refiere la historia de una familia de los Vosgues, cuyo bisabuelo era dipsómano, y á quien su pasion costó la vida; el abuelo murió maniaco, á consecuencia de lo mismo; en los descendientes se transformó la tendencia, degenerando en hipocondría é inclinaciones homicidas en el hijo, y en estupidez é idiotismo en el nieto.

M. Trélat cuenta de una señora de muy buenas costumbres, á quien acometian irresistibles accesos de dipsomanía. Nada era omitido por su parte para llegar á curarse de un vicio que le parecia abominable; pero todo en vano. La madre y un tio de esta señora eran dipsómanos.

El apetito voraz se trasmite igualmente por herencia. Una de las familias reinantes de Europa es célebre á este respecto, desde hace siglos. Saint-Simon fué testigo de la voracidad del *gran rey;* y se sal que el hermano de Luis XIV y todos sus hijos se distinguieron co golosos y glotones. La glotonería de Cárlos V, reaparece en su ni el infante D. Cárlos.

La trasmision del apetito sexual, en el grado de pasion, es fácil de comprobar. Ribot cita nombres muy conocidos de personajes históricos, como Alejandro VI y sus hijos, Luisa de Saboya y Francisco I, etc.; pero tomaré á Lúcas dos casos dignos de especial nota. «He conocido, dice, un hombre muy gentil, de excelente salud, pero dominado por una pasion sin freno por el vino y las mujeres. Tuvo un hijo que, desde la adolescencia, era extremado en ámbos vicios.... El hijo de éste segundo acaba de morir jóven, pero incorregible de los mismos vicios que su padre y abuelo».

Hé aquí el otro: «Un cocinero de rara aptitud para su oficio, ha sido toda su vida, y hoy mismo con más de sesenta años, dado con frenesí á las mujeres. A esta pasion se une el gusto por la sodomia. Uno de sus hijos naturales que vive separado de él, *que no lo conoce*, y que no cuenta todavía diez y nueve años cumplidos, ha presentado, casi en la infancia, todas las señales del erotismo lúbrico; y lo más notable es que tiene, como su padre, la aficion de dirigirse indistintamente á uno ú otro sexo».

Elevémonos ahora á otras formas más complejas de los estados impulsivos y afectivos; consideremos los sentimientos que se derivan de una poderosa personalidad que lucha resueltamente por la vida, el espíritu de dominacion, la actividad política, y áun aquellas desviaciones que descienden hasta el despojo de los bienes ajenos, la acometividad no ya para la defensa, sino para el crímen; y verémos la ley de herencia ejercitándose en las familias imperantes, como en los criminales congénitos.

Veamos estos ejemplos que cita Voltaire: «Lo físico, padre de lo moral, trasmite el mismo carácter de padres á hijos durante generaciones. Los Apios fueron siempre orgullosos é inflexibles. Los Catones siempre severos. Toda la línea de los Guisas fué audaz, temeraria, facciosa, amasada del más insolente orgullo y de la cortesía más seductora. Desde Francisco de Guisa, hasta el que, sólo, sin ser esperado, fué á ponerse á la cabeza del pueblo de Nápoles, todos fueron de una apostura, valor é imaginacion que exceden á lo comun en los demás hombres. He visto los retratos, en pié, de Francisco de Guisa, del Acuchillado y de su hijo; su talla es de seis piés, tienen las mismas faccio-

nes, el mismo valor é idéntica audacia pintados en la frente, en los ojos y en la actitud».

Debemos á Ribot un extensa lista de hombres políticos y guerreros, donde la abundancia es la única dificultad que se presenta para la eleccion. Me contentaré con citar la familia de los Médicis, que parte desde Silvestre, gonfalonier de Florencia, y se divide en dos ramas, compuestas de personajes célebres en la política de su tiempo, hasta la quinta y sexta generacion. Entre los guerreros citaré al gobernador de los Países Bajos, Mauricio de Nassau, uno de los más ilustres capitanes de su época: su padre fué Guillermo de Orange, el Taciturno; su abuelo, el elector de Sajonia, Mauricio; su hermano, el estatuder Federico Guillermo, su sobrino, el gran Turena, y el nieto de su hermano, Guillermo III, estatuder y rey de Inglaterra.

Como contraste, pero no ménos instructivo, veamos ahora los impulsos criminales, debidos á la acometividad é irascibilidad, trasmitiéndose de padres á hijos. Respecto á la tendencia al robo el Dr. Despine ha acumulado los ejemplos, pero elegiré, á imitacion de Ribot, uno que vale por todos, el de la familia Chretien.

Con motivo de los atentados de una banda de criminales, juzgada en 1857, se publicaron las genealogías de los cuatro principales: en todos la criminalidad era hereditaria. Fijémonos sólo en la ascendencia del llamado Lemaire.

Juan Chretien, bisabuelo de éste, tuvo tres hijos: Pedro, Tomás y Juan Bautista.

1º Pedro tuvo por hijo á Juan Francisco, condenado á trabajos forzados á perpetuidad, por robo y asesinato.

2º Tomás tuvo: *a)* Francisco, condenado á la misma pena, por haber asesinado á su mujer;—*b)* Martin, condenado á muerte por asesinato. Un hijo de éste murió deportado en Cayena por robo.

3º Juan Bautista tuvo por hijo á Juan Francisco, esposo de María Tauré, tambien de una familia de criminales; de este matrimonio nacieron: 1º Juan Francisco, condenado por muchos robos; 2º Benito, que murió en un escalamiento para robar; 3º Clain, condenado por diversos robos; 4º Marí-Reina, murió en prision, donde estaba por numerosos robos; 5º María Rosa, cuya historia es la misma; 6º Víctor,

preso por robo; 7º Victorina, madre del acusado. La quinta hija, María Rosa, tuvo un hijo natural condenado varias veces por robo. Todavía entre los ascendientes y colaterales de Lemaire pudiéramos encontrar otros criminales, en el árbol mucho más detallado de Lombroso.

Lo mismo pudiéramos demostrar respecto á homicidas é incendiarios; pero basta con lo expuesto. Como últimos datos pondré los estadísticos que nos ofrece el criminalista citado. Segun las observaciones del profesor Virgilio, éste, en sus investigaciones en las cárceles de Italia, habia encontrado un 28,80 por 100 de reos, cuyos padres habian sido criminales, sin contar un 6 por 100 de colaterales. Sobre 3,580 reos de menor edad, 707 eran hijos de sentenciados, y 308 de padres que vivian en concubinato. El mismo Lombroso cita la descendencia de una mujer de pésima fama llamada Motgar: de 900 descendientes salieron 200 malhechores y 200 entre locos y vagabundos.

Consideremos ahora sentimientos de un órden superior. Ese estado anímico tan complejo, en que entran por partes desiguales y cambiantes el temor, la admiracion y áun movimientos de erotismo perfectamente definido, la religiosidad, sobre todo en el grado extremo que toca al misticismo, se hereda, apesar de su misma complejidad. Los padres de Santa Teresa de Jesús fueron singularmente devotos; y sabido es que uno de sus hermanos la acompañaba en sus fervores y prácticas infantiles. El padre de Swedenborg fué un eclesiástico grandemente dado á las investigaciones teológicas, que lo condujeron al deismo.

La aficion artística, el sentimiento estético es trasmisible en grado sumo. Ribot trae una extensa lista de poetas, en cuyas familias ha sido hereditaria esta suerte de inspiracion. Básteme citar á Lope de Vega y su hijos; los dos Corneille, de quienes fué sobrino Fontenelle; los dos Musset, los dos Chenier; el Tasso y su padre; los dos Moratin, padre é hijo; Andrés Bello y su hijo Emilio; y por último á Víctor Hugo, sus dos hermanos Eugenio y Abel y sus dos hijos Cárlos Víctor y Francisco Víctor.

Galton nos ofrece una lista de pintores en quienes es hereditario el talento pictórico; hasta el punto de constituir familias, como la de los Landseers, en Inglaterra; la de los Bonheur, en Francia; las de los Bellini y los Caracci en Italia, las de los Téniers, los Van Ostede,

los Mieris y Van der Velde, en los Países Bajos. Murillo era sobrino del celebrado Juan de Castilla, así como de Agustin del Castillo y primo de Antonio del Castillo, pintores afamados. Pero sobre todo la famila del Ticiano, en la cual se cuentan nueve pintores notables.

En cuanto al sentimiento musical, ha dicho con razon Letourneau, que en él parece haberse extremado la ley de herencia. Nada sería más fácil que acumular los ejemplos. La familia de los Benda, notables violinistas, que empieza con Francesco, y sigue en sus tres hermanos, dos hijos, dos hijas y dos sobrinos. El abuelo de Mendelssohn escribe notablemente sobre estética, su padre es un distinguido aficionado en materias musicales, su hermana, hábil pianista que lo acompaña en todos sus trabajos. La familia de Mozart empieza á hacerse notar desde su padre; su hermana demostró un talento precoz para la música, su hijo Cárlos fué un verdadero *amateur*, y su hijo póstumo Wolfgany fué compositor. Pero el caso más señalado, y, como dice Ribot, el caso más bello de herencia mental que pueda señalarse es el de la familia Bach. Hé aquí lo que dice Fétis:

«Comienza en 1550 y atraviesa ocho generaciones..... De esta familia ha salido, durante cerca de doscientos años, una multitud de artistas de primer órden. No hay otro ejemplo de una reunion de facultades tan notables en una sola familia. Su jefe fué Weit Bach, panadero en Presburgo, que descansaba de su trabajo, entregándose al canto y la música. Tuvo dos hijos que comenzaron esa série no interrumpida de músicos del mismo nombre que invadieron á Thuringia, Sajonia y Franconia, durante cerca de dos siglos. Todos fueron organistas ó cantores de parroquia, ó lo que se llama en Alemania músicos de ciudad. Cuando se dispersaron los miembros de esa familia, ya demasiado numerosos para vivir juntos, convinieron en reunirse una vez por año y en dia fijo, á fin de conservar entre sí una especie de vínculo patriarcal. Este uso se perpetuó hasta mitad del siglo XVIII; y muchas veces se vió hasta ciento veinte personas, hombres, mujeres y niños, del apellido Bach, reunidas en el mismo lugar». En esta familia se cuentan 29 músicos eminentes, entre ellos el célebre Sebastian, y Fétis menciona cincuenta y siete en su Diccionario.

La afirmacion de que los sentimientos se heredan aparece ahora

suficientemente justificada. Mas no debemos perder de vista la forma que forzosamente adopta aquí la herencia. Un indivíduo viene á ser un foco á donde han convergido muy diversos rayos, para formar una mezcla, un todo especial, que es su temple afectivo. A su vez irradia en distintas direcciones, por la generacion, los sentimientos adquiridos, y así viene á ser un nuevo punto de partida para sentimientos ya modificados. Cada indivíduo puede ser, y es por lo general, tronco de una familia que se enlaza con otras diversas, y lleva la influencia comunicada á través de la masa de sus coasociados en un radio cada vez más extenso.

De aquí una conclusion importantísima. La familia, como entidad parcial, puede degenerar y degenera. Jacoby acaba de probar que ésta es ley de todas las familias que adquieren una superioridad cualquiera. Mas, para el conjunto social, los sentimientos que en una familia se han depurado y ennoblecido no son por eso una fuerza perdida. Sin hablar ahora de la imitacion, el ejemplo, etc., y meramente por la alianza de las familias entre sí, la trasmision hereditaria actúa en todos sentidos y afianza las adquisiciones hechas. Los indivíduos que, en los albores de la moralidad social, adquirian ó robustecian ciertas tendencias morales que los hacian superiores en su medio, en su tribu, los trasmitian en tan diversas direcciones, qne al cabo habia de ser una adquisicion para la unidad étnica en conjunto. Aunque todos los hijos é hijas de un guerrero prudente no fuesen tan prudentes como su padre, lo poco ó mucho que heredasen de esta cualidad se habia de trasmitir á su respectiva descendencia, donde se encontrarian nuevas cualidades, derivadas de otras líneas, que vinieran á reforzar ó modificar la prudencia ya adquirida.

Hé aquí cómo la herencia obrando, en la familia y por medio de la familia, ha tenido y tiene gran importancia como factor moral; es decir, cómo ha sido una gran fuerza social. En los grupos formados por la extension de la familia y sus allegados, como la *fatria* ateniense, la *gens* romana ó el *mir* ruso, ha propagado y fortalecido los sentimientos morales dominantes, los ha acentuado y así ha hecho más segura su trasmision. El sentimiento de un indivíduo se ha difundido más ó ménos en sus descendientes y los cognados de éstos, y al fin

adquiere un color colectivo que puede servir para distinguir todo el grupo. Aun en nuestra época, en que estamos tan léjos de la organizacion por familias, en aquellos lugares donde ha sobrevivido más ó ménos, nada es más frecuente que ver atribuir á un indivíduo virtudes ó vicios, no más que en atencion á la familia á que pertenece.

El tránsito de aquí á la unidad superior, como organizacion social, ciudad, nacion, se hace por extension de los mismos medios. La trasmision en virtud de la generacion no cambia de carácter, por más que sus resultados sean tan complejos que escapen á todo cálculo. La existencia, sin embargo, de los que se llaman carácteres nacionales es un hecho; y la trasmision hereditaria una de sus concausas.

«Cuando hombres venidos de lugares diversos, dice el Dr. Clavel, sufren, en un mismo país, influencias climatéricas análogas y que traen consigo analogías, si no identidades, en el ejercicio de todas las funciones; cuando la sangre de las familias se mezcla por el matrimonio, y esto durante una série de generaciones, resulta que las desemejanzas originarias se borran poco á poco, y las constituciones se aproximan á un tipo que representa á la vez el término medio de las organizaciones primitivas y el término medio de las influencias climatéricas y geográficas. Durante mucho tiempo los niños ostentan caractéres extraños á ese tipo y que se referian á otras razas; durante mucho tiempo su organizacion está mal equilibrada ó hecha para adaptarse á otro clima. Pero llega el momento en que se establecen la proporcion y la armonía entre los diversos aparatos, que adquieren vigor, prestándose mútuo apoyo, en que las facultades se equilibran, en que los hombres de una mismr ciudad parecen hermanos y llevan igualmente el sello de los lugares que habitan. La raza está ya formada».

Esta descripcion física se adapta punto por punto á los caractéres morales. Aquí aparece toda la importancia de la herencia, como engendradora y trasmisora de los sentimientos éticos. Al mezclarse las familias, se mezclan sus cualidades; la herencia puede trasmitir el sentimiento, puede descomponerlo y trasmitir alguno ó algunos de sus elementos. No se olvide la complejidad de los estados subjetivos á que me estoy refiriendo. Ese análisis, si se me permite la expresion, favorece la síntesis que requiere el estado social; así se refuerza, cuando

no se forma por completo, una predisposicion favorable á determinados sentimientos morales, que son los que se compadecen con el estado social de la época; así la herencia hace evolucionar la moralidad. ¿Cuál es el resultado? Un término medio de moralidad para cada grupo étnico en cada período de su historia.

Para no perdernos en las vaguedades de una descripcion más ó ménos fiel de los sentimientos de éste ó el otro pueblo; busquemos un caso especial; veamos uno de esos grupos que circunstancias particulares han conservado en el aislamiento, en medio del cruzamiento y alianza de los que los rodean, y verémos destacarse el papel de la herencia en lo físico y moral. Los judíos, los cagotes de los Pirineos son ejemplos de éstos, pero me detendré en los gitanos. Borrow, que ha hecho de ellos un notable estudio, traza su retrato en lo intelectual y moral, y puede resumirse así: tienen la movilidad del niño, y su inconstancia; son esclavos de sus pasiones como el salvaje, pero dominados por el estado social de los pueblos entre quienes habitan sin confundirse; son ántes taimados y astutos que violentos; tienen la credulidad del ignorante, y perezosos y vagabundos por naturaleza, se dan al robo con pasion desenfrenada. Un rasgo, que refiere este autor, acabará de pintarlos. Borrow les tradujo en su lengua el Evangelio segun San Lúcas; los gitanos aceptaron el libro, lo miraron como talisman, y lo llevaban consigo cuando salian á robar. Léanse ahora los cuadros de gitanos en que abundan las literaturas meridionales de Europa, desde el siglo XV acá, y dígase si este retrato moral hecho por un escritor de nuestra época, no es de un sorprendente parecido.

No necesitamos mayor prueba. El sentimiento moral ó mejor dicho los sentimientos morales, se trasmiten por la herencia de padres á hijos, pasan de generacion á generacion, y acaban por extenderse en los grandes grupos étnicos, que llamamos naciones y razas. Las adquisiciones del hombre, en este importante dominio de su sér, se perpetúan; mas como todas, se perpetúan evolucionando. Hemos visto hoy la parte que toca á la permanencia, á lo constante; en la próxima conferencia dirémos algo de lo que toca á la variabilidad, á lo mudable. Son términos correlativos, los elementos mismos de la evolucion.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

# LA DIVA.

Sola en su *bouloir*, indolente, extendida en su silla de hamaca, la Diva se fastidia.

No con ese fastidio, vago, inmotivado, mezclado de fantasía, que se apodera algunas veces de las naturalezas más activas, y que no siempre deja de tener su encanto; pero sí, con ese fastidio enervante, insoportable, que se experimenta cuando es necesario aplicar el espíritu á resolver uno de esos problemas difíciles que nos propone la vida, y cuya solucion quisiéramos aplazar indefinidamente.

—Oh! gimió la encantadora artista, cuán ridículamente fastidioso es reflexionar!....

Y cerrando los ojos se abandonó con un gesto de desaliento, que reforzó con un prolongado y doloroso suspiro.

No tiene ella, la pobrecilla, sin embargo, aspecto de haber nacido para sufrir. Miradla! su perfil fino se destaca con nitidez sobre el fondo negro del mueble. El conjunto espiritualmente rebuscado, denota una naturaleza viva, sensual; pero de ninguna manera melancólica. Esa boca pequeña de labios rojos y redondos, debe saberse reir deliciosamente, morder tambien cuando se presenta la ocasion; pero de ningun modo hacer muecas en medio de lágrimas.

Esos bellos cabellos oscuros, coquetamante levantados sobre la nuca, á manera de casco, dan á su fisonomía algo de imperioso y

audazmente picaresco que no provoca precisamente ideas fúnebres.

En todo ese conjunto no hay nada de desolado, ni desolador, ¿verdad? Y, sin embargo, una nube oscurece, sin duda alguna, su espíritu, pues vedla, que contrae sus cejas, y que su pié, de una pequeñez inverosímil, se agita nerviosamente en una chinela que pocas mujeres podrian calzar.

Ah! es que el reflexionar es tan fatigoso! Tener que tomar una resolucion por sí sola, qué fastidio! Verse forzada á distender, á romper, todos los nervios de su pequeño cerebro para pesar el pro y el contra de dos cosas, que os desagradan casi en igual grado, ¡qué trabajo! Ah! la pobre Diva!.... Si, á lo ménos, ese, ese absurdo camarada de los antiguos dias, ese poeta bueno y altivo que la habia aconsejado, guiado, hasta el dia del éxito, estuviera allí! Pero no; fuese hace dos años, para no se sabe qué ridículo viaje, á no se sabe tampoco qué salvaje parte del mundo! Qué estúpidas criaturas son estos hombres! Nunca se encuentran cuando se necesitan!....

Y la infortunada continuaba perpleja!..... Ah! la jaqueca, la espantosa jaqueca va á caer sobre la débil criatura y entónces, ménos que nunca será capaz de juzgar, de decidir.... Cruel embarazo!

En primer lugar tiene un príncipe, un verdadero príncipe, que enamorado violentamente de su talento y de sus encantos, la suplica que acepte su mano y su corona y vaya á reinar con él, en un enojoso Versalles en miniatura, que él llama pomposamente *la residencia.*— ¡Dios mio! una corona ¡y ella tan humilde! es un adorno muy seductor para una mujer, y muy tentador! Pero una córte, la etiqueta, la vida constante de gala, hé aquí lo que debe ser abrumador. ¡Y el príncipe! bastante guapo en verdad, pero frio, tieso, sin talento, orgulloso de su raza, y hablando de su amor casi con el mismo tono que si leyera un discurso del trono. Ah! caramba, si se pudiera ser princesa sin el príncipe, eso sería encantador quizá, bien que despues de todo, ser reina del teatro, será probablemente más divertido todavía!

Pero hay, además, otro curioso personaje,—ese es americano,— especie de Júpiter teatral, gran empresario de constelaciones dramáticas y líricas, que quiere llevarla al país de los dollars. Un hombre práctico como él, no es una novela lo que propone, es un negocio.

Quinientos mil francos por ciento cincuenta representaciones, todos los gastos pagados durante el año que dure la contrata.

Diablo, no es bueno ser avariento ... medio millon redondo ganado en tan poco tiempo, eso hace soñar. Y despues allá, el entusiasmo yankee, ruido que haria en París, y las excelentes compañeras que reventarian de rabia.... hay algo en verdad con que perder la cabeza!

Y, sin embargo, la pobre grande artista, continúa tan perpleja, tan indecisa!.... Sobre todo desde que sus dos admiradores—sus dos verdugos más bien—aunque ignorándose recíprocamente, la han intimado—cruel coincidencia—de que se pronuncie por cualquiera sin demora.

Hoy mismo quizá, vendrá á exigir una respuesta categórica. Y ¿qué les dirá? ¿A cuál de los dos favorecerá? ¿Acaso sabe ella, lo que la movió á escuchar sus proposiciones? El fastidio sin duda, la laxitud de esta vida siempre la misma, que tanto la habia aturdido, ántes, pero que ahora!!.... Sí, ella ansiaba cambiarla; hé aquí todo.

Ah! el absurdo, el insensato viajero, que en esos momentos quizá cazaba cocodrilos ó elefantes en países raros, ó bien asistia estúpidamente á danzas de negros ó amarillos salvajes, bajo pretexto de dar satisfaccion á sus aspiraciones poéticas! No estar á su lado ese loco para soplarle lo que habia de decir! ¿No se habia acostumbrado ella á seguir ciegamente sus consejos? Y ahora, en una de las circunstancias más graves de la vida, la dejaba á merced de los peligrosos azares de alguna fastidiosa resolucion! Oh! qué detestable egoista!

Y la agitacion nerviosa de su lindo pié fué tal, que la microscópica chinela,—que felizmente no era de vidrio—fué lanzada hasta el techo en un movimiento demasiado vivo que demostraba la furia de su cólera.

Pero ¿qué ruido es ese? Una puerta es abierta y en seguida cerrada.... Andan en la pieza del lado.... Oh! sin duda uno de sus perseguidores.—¿Cuál?—Toma! por un intersticio detrás de las cortinas se puede ver muy bien lo que pasa en el salon sin ser vista.

Ella, la curiosa, mira.... Es el príncipe; está sentado, tieso y solemne, en una ancha butaca; tiene en su mano un folleto, que no lee, pero que le dá un continente digno; un príncipe no puede tener el aire de espera, como cualquier otro simple mortal..... Tiene una figura

singular, visto así de perfil, con sus espesos bigotes colorados echados hácia atrás y sus cabellos de un color amarillo pálido aplastados sobre la frente y separados por una raya tan ancha como un *voulevard.*

En verdad! él no hará subir las acciones de la Residencia!..... Bueno! La puerta se abre otra vez..... un nuevo personaje que entra en escena. ¿Quién será? Pues! es el otro, el americano, expositor de estrellas. Tiene algo de puerco-espin ese, por su aspecto y por su pelo. ¿Qué va á pasar entre esos dos hombres? Algo de curioso seguramente, que vale la pena de ver y oir.

Así esa cabeza loca, se instaló bien cómodamente para no perder nada de la escena, los ojos chispeantes de malicia, y la risa en los labios.

Atencion. Es *Tui Sam*, que empieza, midiendo el salon á grandes pasos, con profundo escándalo del correcto príncipe.

—Huff! no tengo un momento que perder. Me es necesario un *sí* ó un *nó* ántes que yo salga..... Si es un *nó* corro á casa de la *Domadora de los cascabeles*.... Muy atractiva tambien, una mujer que dice versos en las jáulas de las bestias feroces.... Ah! no, ella no me va á dejar plantado, así lo espero....

*Apercibiendo al príncipe.*—Eh! no estoy solo..... Quién es este *gentleman?*—Un concurrente quizá?... Aquí, se encuentran siempre, á lo ménos dos negocios á la vez, entónces uno no sabe.... Esto es muy incómodo. Por mi tierra! es necesario saber *(dirigiéndose al príncipe).*

—¿Espera usted á la Diva, señor?

*El príncipe.*—Sí.

*El americano.*—¿Por asunto sério?

*El príncipe.*—Sí.

*El americano.*—¿Tiene usted cita con ella?

*El príncipe.*—No.

*El americano.*—Poco comunicativo es éste. ¿Crée usted que esperaremos mucho tiempo?

*El príncipe.*—Quizá!

*El americano.*—*Wash!* esto no marcha. Es menester atropellar. Pienso, *gentleman*, que seguimos la misma pista?

*El príncipe.*—Ah! ¿un americano? ¿La misma pista? ¿Qué quiere usted decir?

*El americano.*—No hay necesidad de echar cálculos. Escuche usted. ¿Quiere arreglar el negocio, aquí, entre nosotros dos? Es mejor para no pagar tan caro. Veamos. ¿Cuánto ofrece usted?

*El príncipe.*—¿Yo? No le comprendo á usted.

*El americano.*—Oh! Insoportable! Mucho tiempo perdido, lo que no me gusta. Mire usted, yo doy 125,000 dollars. ¿Y usted?

*El príncipe.*—Ciento veinticinco mil dollars!..... ¿Para qué?

*El americano.*—Para que la Diva me siga á América, pues!

*El príncipe.*—Qué! ¿Qué dice usted?

*El americano.*—*Yes*, exactamente. Además, proporciono hoteles, caballos, carruajes, etc..... ¿Está usted?

*El príncipe.*—Oh! ¿Y usted me dice eso á mí?

*El americano.*—A usted! ¿Por qué no?

*El príncipe.*—¿Sabe usted que tengo furioso deseo de hacerlo echar á la calle?.....

*El americano.*—(socarronamente) ¿Sí? ¿De veras?

*El príncipe.*—A usted y á sus ofensivas proposiciones.

*El americano.*—Ofensivas! ¿No ofrezco bastante..... Usted crée?

*El príncipe.*—Basta, señor! O no respondo de mí.

*El americano.*—Bueno! Se confiesa usted derrotado, eh!

*El príncipe.*—Pero, demonios!

*El americano.*—Se ha enloquecido usted. Bah! no vale la pena. Retírese usted de buena gana, y *hurra!* por la Union!

*El príncipe.*—(furioso) Cállese usted. Me pone usted en los extremos. Se atreve usted, en su propia casa, á hablar de una mujer, de una artista, como si se tratara de una vil mercancía?

*El americano.*—¿Mercancía?

Y es exactamente. ¿Su talento no lo es?

*El príncipe.*—Esa no es la cuestion.

*El americano.*—Me parece que usted está bromeando. ¿Qué cosa crée usted que yo pago en 125,000 dollars? Dígalo.

Aquí debemos dejar á los dos interlocutores desenredarse sobre su burlesco *imbroglio*, y volver á la que era la causa, la estimada Diva, pues ella tal vez tenga necesidad de nuestros cuidados.

La risa loca, inextinguible, que se habia apoderado de ella hacía

un momento y que la sacudia sin piedad, la había echado sobre su silla de hamaca, casi sofocada; amenazaba convertirse en un ataque de nervios.

Pero no, tranquilicémonos, no hay el menor peligro, la crísis pasará pronto. Además no está sola, la interesante criatura que ha sido aplastada por su extremada alegría.

Una mano tiernamente inquieta se coloca sobre su hombro y la hace dar vuelta.... Dios mio! qué grito de alegría!

El viajero, el querido y absurdo viajero, habia vuelto y estaba delante de ella. De un salto la Diva se arrojó en sus brazos y lo estrechó convulsivamente contra su seno.

Dios me perdone!—despues de haber reido tanto, hace un momento, llora ahora á mares.

Pero esas lágrimas tienen su orígen en lo más profundo del corazon. Ah! Diva encantadora, al fin tenemos el secreto de tu completa indiferencia por las coronas de los príncipes y por los dollars.

El, entretanto, le interrogaba ansiosamente con los ojos. Ese ruido de altercado que se oye al lado.... esas dos voces irritadas.... ¿qué hay?

Entónces tomándole por la mano lo lleva al salon donde su presencia produce repentino silencio.

Señores, dice ella á los dos rivales, todavía descompuestos por la lucha, la suerte ha decidido: ninguno de ustedes puede contar conmigo. Ha vuelto mi galan! La risa vuelve á apoderarse de ella, la malvada, al verlos retirarse, el uno con la impetuosidad de un tren rápido de la Trascontinental Railway Cº, lanzado á todo vapor; el otro con el aspecto gracioso y noble de un cabo prusiano que vá á pasar la lista.

En cuanto al viajero querido, queda, y debemos pensar que renunciará para siempre á la vida vagabunda que pudo costarle tan cara, á ménos que.... Pero no, tiene demasiado talento para eso.

S. CANOBY.

# BASE FISIOLOGICA

## DE LA EDUCACION PRIMARIA. (1)

Comunica, pues, la educacion á un pequeño cuerpo con todos los cuerpos, á un pequeño intelecto con las leyes generales del universo, por medio de los específicos instrumentos de la percepcion.

Como esta es la ley de la percepcion de los fenómenos, nada importa cuál sea el sentido con que percibimos: verificándose por entero la misma operacion en la mente, es siempre idéntica á sí propia; y esta ley nada ménos, es el principio de nuestro método fisiológico de educacion.

La ley de la evolucion de las funciones de los sentidos que termina en la facultad intelectual, rige lo mismo para el niño más tierno que para el aparato nervioso más enciclopédico. El corolario de ésto es otra ley, á saber: que el modo de percibir y de idealizar las impresiones se verifica siempre en ciertas condiciones, que se conforman á las enseñanzas de la anatomía y fisiología. Para los animales inferiores la ley de la percepcion sensorial es: una sola cosa á la vez; para la comprension intelectual del hombre: tantas cosas á la vez cuántas sean

(1) "Idiocy, and its Treatment by the Physiological Method". By Edward Seguin, M. D.—New York, William Wood & C?—p.

necesarias para formar una idea completa. En los animales algunos sentidos son más perfectos que en el hombre, de aquí que sus sensaciones sean más perfectas que las nuestras; sin embargo, como las reciben una á una y las conservan sin asociaciones, no pueden construir ideas, pues que sus nociones adquiridas aisladamente viven ó mueren aisladamente tambien incapaces de fecundacion. Esta es la condicion de los animales más inferiores.

Pero no podemos estudiar el progreso de la evolucion sensorial é intelectual sin notar que existen algunos animales inferiores á los mamíferos que conservan sus sensaciones y sentimientos comparando unos y otros y con su significacion adaptada. Estos animales deben recibir impresiones comparadas y comparables entre sí para que puedan combinarlas desde luego, ó más tarde, para formar nuevos juicios ó determinaciones. La hormiga, la abeja, la araña y otros muchos, dan pruebas de su capacidad para idealizar las nociones y de la racionalidad de sus determinaciones. Mas para la inmensa mayoría de los animales la regla parece ser una percepcion en cada vez, cuya nocion aislada es incapaz de hacer las colecciones de imágenes que son las generadoras de las ideas. Y cada nueva observacion confirma que la diferencia que en este caso existe entre el hombre y la bestia es sólo de grados, comenzando la escala de éstos más abajo aún que los corales, pues saben ellos en qué direccion deben fabricar y propagarse, y concluyendo en un punto á que los humanos no se atreven todavia á aspirar. Pocas inteligencias, empero, están hoy preparadas para esta afirmacion, á no ser que se sostenga en vista de la siguiente observacion:

Los ganglios sensorios son en los aparatos nerviosos de los animales, mayores que los hemisferios, en proporcion al desenvolvimiento de sus respectivas funciones; siendo en ellos las percepciones sensoriales más extensivas que los productos ideales de la comparacion. Y, al contrario, en nuestro sistema nervioso humano, los ganglios intelectuales son mayores que los sensoriales en proporcion al predominio de las facultades reflectivas y volitivas sobre las perceptivas.

Véanse ahora las siguientes reflexiones, que constituyen el corolario fisiológico de la anterior observacion:

El motor de la vida en los animales es casi enteramente centripe-

tal, el motor de la vida en el hombre es casi enteramente centrifugal Pero, ¡cuántos hombres sin educacion, ó viciosamente educados, ejercen sólo la fuerza centrípeta feroz de la bestia!.... Miéntras que un perro puede afrontar la muerte para defender á su amo, ese mismo amo quizás esté consumando la ruina de veinte familias para satisfacer un solo apetito brutal; y, sin embargo, el motor de la bestia se llama instinto, y el del hombre alma. Y bien, contestaremos, sí; instinto es la cepa silvestre, no atendida ó inatendible, y alma despues que se ha ingertado en ella la educacion, la revelacion. Pero en tésis general, los animales no tienen más que una vida centrípeta, individual; los hombres, educados y partícipes en la revelacion incesante, tienen además una existencia social y centrífuga, siendo, sintiendo y pensando en la humanidad como la humanidad siente y progresa en Dios. Lo que puede hacerse hasta cierto punto para con los animales, puede hacerse para con los idiotas y sus congéneres: modificar su vida, tornarla más centrífuga, es decir, más social, por medio de la educacion.

Cierto es que por nuestro modo de ver se le concede una especie de alma á los animales; pero nuestra mente debe estar ya hecha á esta clase de concesiones, si se considera que ya no se le niega esa alma á las mujeres, á los judíos, á los campesinos, y á los sudras, párias, índios, negros, imbéciles, locos é idiotas, como en otros tiempos se hacía por las leyes civiles y religiosas. Algunas naciones han perecido por la excesiva educacion del menor número; y la humaninad puede mejorarse únicamente con la elevacion de los inferiores por la educacion y el goce de las comodidades, que sustituyan la armonía al antagonismo, y hagan sentir á todos los séres igualmente la unidad que por todos ellos circula, la vida.

Contrariando á las enseñanzas de varias mitologías sobre el cerebro, y con todas las desventajas consiguientes del que obra en contra de una fórmula antropológica predominante, nos hemos visto, sin embargo, obligados á usar la mayoría de sus términos; hemos desarrollado á nuestro niño, no como una dualidad, ni como una trinidad, ni como una poli-entidad ilimitada, sino, en lo que nos ha sido posible, como una unidad. Cierto es que la unidad de la educacion fisiológica no podia verificarse sin hacer concesiones al lenguaje del dia y á las ne-

cesidades del análisis, harto repugnantes á sus principios; cierto es que hemos estado hablando de funciones musculares, nerviosas y sensoriales como de cosas tan evidentes para nosotros como son los músculos, nervios y huesos para los anatomistas; pero tras una larga lucha con todas esas dificultades, la psico-fisiología ha reivindicado sus fueros de la insuficiencia de nuestra inteligencia y la minuciosidad de nuestros vocabularios.

Mirábamos al idiota, á esa masa aparentemente inmovible ó ingobernable, con la creencia de que donde no aparecia más que la materia mal organizada, no podia existir más que una mal concertada ánima. Y en respuesta á esta conviccion, cuando educamos sus músculos, la contractibilidad contestó á nuestras solicitaciones con una chispa de la volicion; ejercitamos variamente los sentidos, y no se podia hacer impresion alguna en su presunta material naturaleza, sin que la impresion ocupase su puesto correspondiente entre las idealidades acumuladas; pusímonos á ensanchar el pecho, y de él brotaron voces nuevas que expresaban nuevas ideas y sentimientos; dimos fuerzas á sus manos, y ellas realizaron creaciones ideales y trabajos; iniciamos la imitacion como ejercicio pasivo, y dió en breve lugar á toda clase de acciones espontáneas; hicimos sentir sobre la piel y el paladar dolores y gustosas impresiones, y el idiota, en respuesta, trató de agradar con la exhibicion de sus nuevas cualidades morales; en fin: no pudimos tocar una fibra suya sin que no nos devolviera la vibracion de su instrumento colmado de alma.

En oposicion á este testimonio dado por los idiotas, desde que reciben una educacion fisiológica, de la unidad de nuestra naturaleza, pudiera colocarse el testimonio de millones de niños educados artificialmente por sistemas dualistas ó antagonistas, con el mismo efecto que se pondrian millones; de tiros de bueyes y caballos para probar la impotencia de las máquinas de vapor. El hecho de que el dualismo no está en nuestra naturaleza sino en nuestros sufrimientos se demuestra por sí mismo. En general, esos hombres que se oponen por sistema á todo, han sido desde la cuna opresos por alguna especie de fajas ó pañales apretados; los que aborrecen el estudio fueron obligados á estudiar por castigo; los dados á la gula sufrieron hambres; los

mentirosos empezaron mintiendo de miedo; los que odian el trabajo han trabajado de balde para otros; los codiciosos han sufrido privaciones: cualquiera opresion hace surgir el elemento contrario, exógeno, del dualismo. Entre los dos que se disputan la posesion de la casa, es evidente que hay un intruso; y nosotros hemos desalojado á éste al educar á los idiotas, nó por la represion que lo hubiera creado, sino meramente olvidándolo.

Uno de los antagonismos más fatales, y que se le enseña primero á los niños, se produce prohibiéndole el uso de sus manos para que pueda asegurarse de las cualidades de los objetos que le rodean, y sobre los cuales su vista no le dá más que una idea incompleta que debe perfeccionarse con el tacto; impidiéndole que rompa muchos para que adquiera una justa idea de la solidez y la fragilidad. La imbecilidad de los padres en estos asuntos, ha favorecido muy amenudo el nacimiento del espíritu malo del dualismo. El niño apénas empieza á andar tambaleando sobre sus arqueadas piernecillas váse por todos lados tocando, manoseando, rompiendo cuanto alcanza. Nuestro deber es fomentar y dirigir esa hermosa curiosidad, para que sea el regular conducto por donde adquiera percepciones correctas y precision del tacto; en cuanto á la inclinacion de quebrar las cosas débesela tornar en voluntad de conservacion, y la potencia de dominarse con la voluntad; nada es más sencillo, y el siguiente ejemplo lo probará.

Erase un niño muy excitable, de unos diez y ocho meses de edad, inclinado á tocar romper, y tirar cuanto hallaba, y que parecia propio en verdad, si por ello lo castigaran una vez sola, de ser poseso por el viejo intruso maligno; mas no era así nuestro deseo. Compramos tazas de porcelana finas deshermanadas, y copas de cristal que fuesen bien bonitas aunque de avería, y servimos de beber al niño en una de ellas, despues de haberle hecho notar la elegancia de la forma, la brillantez de los colores y lo demás que pudiera hacerle apreciar el objeto. Pero apénas hubo bebido arrojó el vaso contra el suelo. Ni una palabra se le dijo, y no se recogieron tampoco los pedazos rotos; pero luego, cuando se sintió con sed y pidió de beber, lo llevamos donde las reliquias yacian, y le dejamos crecer la sed ántes de darle otro vaso tan bonito como el roto. Algunos se hicieron añicos por su petulancia,

hasta que, por último, dejó caer uno poco á poco y al mismo tiempo nos miraba para sorprender en nuestros ojos alguna señal ds incomodidad. Pero no vió nada, ni tampoco en nuestra voz pudo notar más que el acento, aunque tranquilo, de lástima hácia un niño que queria voluntariamente privarse de una cosa bonita, como un bobo. Pues desde entónces, *baby* cuidó mucho sus tazas y copas, más finas que las nuestras; enseñó á sus deditos la manera de sujetar delicada pero seguramente el cuello fino de ésta, el amplio vientre de la otra ó las diminutas asas de las demás. Y al practicar estos ejercicios su mente entendió la economía, su voluntad quiso el ahorro, y sus manos fueron un modelo de seguridad.

DR. EDWARD SEGUIN.

## EL SUEÑO DEL POETA.

Por las tupidas rejas
de la humilde ventana,
que la yedra, ese Mayo de las ruinas,
con sus verdes festones enlazaba;

en un sital antiguo
que el tiempo respetara,
ví al Poeta, sumido en blando sueño,
en la penumbra de su pobre estancia.

Era el momento grave
cuando ya el sol se apaga
y sin ruido parece y entre sombras
que un ángel triste por la tierra pasa.

La habitacion tranquila
en media luz bañada,
semejaba el santuario misterioso
que algo sagrado en sus secretos guarda.

Sobre el pecho caida
la augusta frente pálida,
del sol poniente el rayo fugitivo
con divino esplendor la coronaba.

En el sereno rostro
sus flores sonrosadas
ya la risueña juventud no abria;
más cual sérias heridas lo surcaban

esas arrugas tristes
—hondo lecho de lágrimas—
que dejan los engaños de la vida
y las luchas incógnitas del alma.

Comtemplé de aquel sueño
la paz profunda y santa;
confiado reposar de una conciencia
en cuyo armiño no cayó una mancha.

¿Qué espíritus alados
allí por él velaban?
¿qué cántico de amor con dulces notas
de un inefable encanto lo arrullaba?

Cansado combatiente
despues de árdua jornada,
¿qué bálsamos benéficos caian
de su alma enferma en las ocultas llagas?....

No sé; pero en sus labios
sonrisas jugueteaban,
cual las del niño que entrevé la gloria
mecido en suave cuna de oro y nácar.

Ni de un insecto al vuelo
los aires se agitaban,
porque el sueño del hijo predilecto
Naturaleza entera respetaba.

Sólo de vez en cuando
de la ciudad cercana,
como el sordo bramar de una tormenta
el confuso rumor á mí llegaba.

Ay! yo lo ví dormido,
ví distante las olas alteradas;
y me alejé en silencio, y deseando
que no se despertara!

MERCEDES MATAMOROS.

1883.

# JUAN CLEMENTE ZENEA (1).

Todos los periódicos han juzgado el fusilamiento de Zenea, y lo han comentado segun sus creencias y aspiraciones políticas. Se han contentado algunos con lamentarlo; otros lo han condenado con energía y los demás lo aplauden, lo explican ó lo disculpan. Esto sucede siempre en casos parecidos y no debe extrañarnos, pero hemos visto con sorpresa y con indignacion que algunos diarios, olvidando la tradicional hidalguía de los españoles, han descendido hasta el extremo de insultar á Zenea despues de fusilado.

Algunos periódicos injurian á Zenea llamándole traidor: no lo ha sido seguramente á la tierra en que nació. Otros le injurian precisamente porque en las últimas horas de su vida no quiso ser traidor á sus creencias. Era Zenea racionalista y libre pensador, y se negó, como hombre digno y honrado, en las solemnes horas que pasó en capilla, á cometer la indignidad que se le proponia; la de abjurar sus creencias, la de hacer traicion á las ideas que más habia amado en el trascurso de su vida. Y por esta prueba de valor y fe, por haber sido superior á

(1) El presente artículo del Sr. Estebanez, Ministro que fué de la República Española, vió la luz en un periódico de Madrid y se reprodujo en *La Vanguardia* de la Habana del 1º de Julio de 1883.—N de la R de C.

toda pueril debilidad, por haber sido consecuente y noble hasta el instante crítico de pagar el tributo de su vida, hay diario *liberal* que ultraja su nombre, injuria su memoria y le apellida traidor. Compadezcamos á sus miserables destractores y prescindamos de ellos.

Juan Clemente Zenea, que habia nacido en Bayamo en 1831, murió en los fosos de la Cabaña, víctima de una sentencia inmerecida, el dia 25 de Agosto de 1871. Desde el triste lugar de su suplicio veria con honda pena las blancas azoteas de la Habana, la casa en que nacieron sus hijos, los campos que circundan la ciudad y la pintoresca bahía, descrita tan admirablemente en sus preciosos y sentidos cantos.

Más afortunado que algunos paisanos suyos, anteriormente inmolados, obtuvo la gracia de morir pasado por las armas, no porque se le quisiera dispensar este favor, sino porque el verdugo de la Habana se encontraba á la sazon enfermo. Quién sabe si la grave enfermedad del ejecutor de *la justicia* procederia de exceso de trabajo en el ejercicio de su ministerio. Ciertamente es demasiado poco, para una ciudad tan grande como la hermosa capital de Cuba, un solo ejecutor de *la justicia.*

Proponemos, por tanto, al nuevo Ministro de Ultramar, D. Víctor Balaguer, que triplique siquiera los verdugos, consagrando este patriótico recuerdo á su hermano en las musas Juan Clemente Zenea, cuya afinada lira se consagró en un tiempo á cantar las glorias de la madre España, así como D. Víctor Balaguer dedicaba la suya á entonar loores y cantares á las grandezas de Isabel II.

El ministro encargado de nuestros negocios de Ultramar puede llamarse propiamente ministro de ultratumba, porque todos sus administrados van desapareciendo poco á poco del mundo de los vivos.

No habia sido necesario que la insurreccion diera principio para que las musas enlutadas miráran con dolor fusilamientos como el de Zenea. Si este ilustre poeta ha sido sacrificado á la pasion política en el período de la lucha armada, otros poetas no ménos ilustres, no ménos inspirados, habian perecido de igual modo cuando Cuba gozaba de una paz completa, sólo porque en sus versos revelaban sentimientos de libertad y honor. Plácido, el más conocido y celebrado de los poetas de Cuba, fué tambien fusilado en lo mejor de su vida. Heredia el

*cantor del Niágara*, tambien murió léjos de las playas de su querida Cuba, en la expatriacion, á donde fué lanzadopor la tiranía de Fernando VII.

Lo mismo Zenea que Plácido, lo mismo Plácido que el inmortal Heredia, son bastantes conocidos en el mundo literario. No harémos, pues, una crítica de sus bellísimas obras, cuyo trabajo por otra parte sería superior á nuestras fuerzas. Deseando, sin embargo, que los lectores de *La Ilustracion* conozcan la pérdida sufrida por las letras castellanas con la prematura muerte de los inspirados vates que más han honrado á Cuba, no vacilamos en trascribir algunos fragmentos de sus poesías, no precisamente de las mejores, sino de las que por casualidad tenemos á la vista ó conservamos en la infiel memoria.

Demos principio por Zenea, cuya muerte ha motivado este artículo. Veamos de qué manera encantadora y sencilla nos dice que es poeta:

«Al salir temblando Véspero
del seno azul de los mares,
viene á besarme la frente
la musa de mis romances.

. . . . . .

Yo canto como los pájaros;
yo entónces lanzo á los aires
en la voz de la elegía
la expresion de mis pesares.
Morirá mi acento lánguido,
y si algun eco dejare
en la atmósfera del siglo,
no podrá ofender á nadie».

Cantando la *Ausencia*, dice:

«Dos aves detenidas en un ramo
cantando glorias y caricias mútuas,
al áspero silbido de las balas
nos fué preciso comenzar la fuga.

Mas yo te adoro, el corazon ardiente
tu imágen guarda en su interior oculta,
y está mi pecho con tu ausencia opreso,
rota mi lira y mi garganta muda».

El precioso romance *Las tres novias del poeta*, que parece una balada rhiniana, merece que lo copiemos íntegro:

«Tres novias tiene el poeta:
La primera es la mañana,
Rubia vírgen que se envuelve
En un manto de oro y plata.

Y la segunda es la tarde,
La beldad morena y lánguida
Que con gasas de luz fúlgida
Adorna su frente pálida.

—¿Cuál es la tercera entónces?
—La noche, la más amada,
La que entre blondas de luna
Soñolienta y triste pasa.

Cuando llega la primera,
Con las puntas de sus alas,
Hace vibrar los idilios
Sobre las cuerdas del arpa.

Al beso de la segunda
Salen del fondo del alma,
Con la voz del sentimiento,
Los romances y baladas.

La tercera viene luego,
La bella musa elegiaca,
Y le brinda en copa de oro
La inspiracion de las lágrimas».

En uno de sus mejores *nocturnos* encontramos la siguiente estrofa impregnada de melancolía:

«Vengo á pulsar el arpa un breve instante;
y en mi suerte más bella sólo espero....
¡que me sirva de tumba como al Dante,
un camino tal vez del extranjero!

Y poco despues, como presintiendo su desgraciado fin, añade:

«Tengo el alma, señor, adolorida;
y aunque á la voz de un triste no te asombres,
no me quieras culpar porque te pida
otra patria, otro siglo y otros hombres;
que en esta edad de tránsito que asoma,
con mi país de promision no acierto:
¡mis tiempos son los de la antigua Roma,
y mis hermanos con la Grecia han muerto!
..... .....

¡Señor, señor! El pájaro perdido
puede hallar donde quiera su alimento,
en cualquier árbol colocar su nido
y á cualquier hora atravesar el viento.

¡Y el hombre, el dueño que á la tierra envías
armado para entrar en la contienda,
no sabe al despertar todos los dias
en qué desierto ha de plantar su tienda!

Dejas que el blanco cisne en la laguna
el canto de los céfiros aguarde,
jugando con el brillo de la luna,
nadando entre los rayos de la tarde.

¡Y á mí, Señor, á mí no se me alcanza,
en medio de la mar embravecida,
jugar con la ilusion y la esperanza
en esta triste noche de la vida!

. . . . . .

Y yo, Señor, como apacible rio
que oculta un mónstruo en su callado seno,
canto en reposo y de mi mal me rio,
¡y tengo el corazon de angustia lleno!»

Pero la mejor, la más perfecta, la más sentida de las composiciones de Zenea es la que lleva por título *Noche tempestuosa*. Tiene estrofas como las siguientes, que revelan toda la nobleza de alma de su autor:

«¡Murió la luna! El ángel de las nieblas
Su cadáver recoge en blanca gasa,
Y en un manto de rayos y tinieblas
El Dios del huracan envuelto pasa.

¡Qué oscuridad! ¡Qué negros horizontes!
¡Qué momentos de angustias y pesares!
¡Ay de aquellos que viajan por los montes!
¡Ay de aquellos que están sobre los mares!

¡Cuántos niños habrá sin pan ni techo
Que se lamenten de dolor profundo!
¡Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho!
¡Cuánta pobre mujer sola en el mundo!

Cansado el marinero se arrodilla
En la cubierta del bajel errante,
Y en vano busca en la lejana orilla
El faro salvador del navegante,

¡Qué triste noche! Y en mi hogar en tanto
Todo en el órden y en la paz reposa:
Duerme mi niña en su silencio santo,
Y se entretiene en su labor mi esposa.

Sentimos ella y yo las agonías
Que sufre el hombre de diversos modos,
Me acuerdo yo de mis revueltos dias,
Y no ponemos á rogar por todos».

NICOLÁS ESTEVANEZ.

(Madrid, 1871.)

# MISCELANEA.

## EL FILIBUSTERISMO.

De un capítulo del libro «L'Aristocratie en Amérique» de Frédéric Gaillardet, recientemente publicado, entresacamos este párrafo que nos parece curioso por lo ménos.

«Pierre Soulé, acusado una vez en el parlamento inglés de filibusterismo, hízose cargo en el Senado americano de esta injuria, y se la devolvió á Inglaterra observando que esta nacion deberia mirar bien su propia historia ántes de tirarles piedras á los demás. Y recordó, á propósito de esto, que en los archivos ingleses se habia encontrado un plan, con la fecha del 14 de Mayo de 1739, en el cual se exponia la manera de despojar á España de la isla de Cuba con fuerzas reclutadas en las colonias americanas, y «con muy poco gasto para Inglaterra». Y parece probado que este plan fué aceptado por el Gabinete de Saint-James, por una carta de sir William Putney, fecha 27 de Agosto de 1740, en la que hablando de Cuba le dice al almirante Vermon: «Tomar y guardar, que sea esta vuestra divisa. Cuando estemos en posesion de la Isla, el mundo entero no nos la podrá arrancar».—Si, pues, añadia Soulé, tenemos nosotros los americanos realmente esa tendencia á la rapiña de que nos acusa Inglaterra, ya sabemos de quién la hemos heredado!—La salida esta fué acogida con gran carcajadas en el Senado».

### CONVERSACIONES LITERARIAS.

Las que tienen lugar en casa de nuestro amigo el Dr. D. José María de Céspedes todos los mártes adquieren cada vez más importancia. Los amantes de las ciencias y de la literatura allí leen y discuten notables trabajos, que más tarde ven la luz en la prensa de esta capital. La poesía de la señorita Mercedes Matamoros, que damos en este número, fué en una de dichas conversaciones objeto de las más justas y entusiastas celebraciones por parte de los señores Sanguily, Varona y Cortina.

### LAS RUINAS DE SONORA.

Si se confirman las noticias que verán nuestros lectores en las siguientes líneas, que traducimos de un periódico norte-americano, la ciencia estará de enhorabuena, y los vecinos mejicanos tendrán en su país una de las más grandes maravillas de la tierra.

Dice el periódico:

«Acaban de descubrirse en Méjico las reliquias asombrosas de una civilizacion perdida hace ya muchos siglos. Están en el Estado de Sonora, á unas cuatro leguas poco más ó ménos de la Magdalena. Háse encontrado en plena selva vírgen una pirámide cuya base mide 4,356 piés, con unos 750 de altura; ¡casi el doble de las dimensiones de la pirámide de Cheops! De la base á la cima tiene la pirámide una ancha calzada carretera que sube en espiral todo al rededor de la jigantesca construccion. Los muros exteriores de la fábrica son hechos de bloques de granito tallados con esmero y las bóvedas están combinadas con una perfecta precision. Al Este de la pirámide, y á poca distancia de ésta, elévase un montículo de la misma, altura la cual se encuentra toda labrada con habitaciones abiertas en la roca. Hay una centena de estas habitaciones que tienen de cinco á quince piés de anchura, y de diez á qnince de largo, todas labradas en la peña con mucha curiosidad. Estas celdas tienen casi todas unos ocho piés de altura, no tienen ventanas, nada más que una sola entrada, la cual se encuentra ordinariamente en el medio del techo. Las paredes están cubiertas de geroglíficos en gran número y de figuras fantásticas que tienen piés y manos de hombre, y

además, encuéntranse tambien regados por todas partes muchos utensilios de piedra.

Es muy difícil precisar desde luego exactamente el pueblo y la época á que deben atribuirse estos monumentos, pero hay algunas razones para creer que fueron construidos por los antepasados del pueblo Maya, una tríbu la cual vive aún al sur del estado de Sonora. Esta raza, segun dicen, tiene los ojos azules, rubio el cabello y la tez clara, distínguese por sus buenas costumbres y su aplicacion al trabajo. Esos Mayas poseen una escritura y ciertos conocimientos de astronomía y matemáticas.

### POESIAS DE LUACES.

Además de las poesías del inmortal Luaces que hemos publicado, gracias á la bondad de nuestro distinguido amigo y entusiasta colaborador D. Domingo Figarola y Caneda, pronto daremos á conocer algunas inéditas, dignas del estro fecundo del cantor de Misolonghi.

### EL TRABAJO CEREBRAL.

El *Journal of Science* asegura que el trabajo cerebral no es físicamente perjudicial sino, al contrario, ostensiblemenaé favorable á la salud y á la larga duracion de la vida. Pero advierte que es condicion esencial que el órgano esté ya bien desarrollado, maduro, ántes de someterlo á la presion del trabajo y que, por ende, es desastrosa la costumbre de atiforrar el cerebro de los muchachos. Otra condicion importante para que sea sano el estudio consiste en la «ausencia de toda prisa, de toda ansiedad é incomodidad. Ilústrase admirablemente esta condicion con la carrera de casi todos los grandes investigadores de la naturaleza. Wachler por ejemplo, que murió á los ochenta y dos años, contribuyó nada ménos que con doscientas veinte y cinco Memorias á los periódicos científicos ó á las reuniones de Sociedades sábias. Casi todos estos trabajos tienen un gran valor y muchos centienen los resultados del trabajo constante y la delicadísima experimentacion de varios meses. Pero nunca se vió él obligado á concluir ninguna de sus tareas en un tiempo dado; bajo la amenaza de los castigos. Y lo mismo pasó con Darwin, adelantaba en sus investigaciones tranquila y desapasionadamente, si no le bastaba un año, se tomaba dos ó tres;

sin el temor de desagradables consecuencias si algo que emprendia no le producia nada.

Pero si se le dice á un jóven y, mucho peor, á un niño:—Tú habrás de alcanzar en tal fecha cierto grado fijo de saber y sufrirás que tu capacidad se juzgue de sumaria manera.... se le pone en condiciones en que el estudio es malsano y áun ruinoso y esto será tanto más grave cuanto ménos madurado esté el cerebro».

Por supuesto que esta es una advertencia que los padres deben tener muy en cuenta.

### MORS ET VITA.

Este oratorio que para la fiesta nacional de Birmingham compone el maestro Gounod se encuentra casi terminado. Los amigos del sublime compositor hacen los más exagerados elogios de algunos trozos con que ha regalado sus oidos el autor de *Fausto*.

### VIAJE AL SPITZBERG.

Mr Rabot ha leido ante la Sociedad de Geografía de París, la excursion que hizo el Otoño último á Spitzberg, en una pequeña embarcacion. Dice que se dirigió primero al Este de aquella region, pero que habiendo quedado interrumpida su marcha por bancos de hielo, ganó la costa occidental por la parte que una rama del Gulf Stream mantiene todos los veranos libre de hielos. Cuando el sol luce en esas regiones, lo que muy raras veces sucede, próximamente un dia por cada diez, el espectáculo es maravilloso y sorprendente. Visitó en esa costa Green Harbor, donde halló un abeto enano de unos 6 metros de altura y que constituye el árbol más hermoso de Spitzberg, y despues se dirigió á la estacion meteorológica sueca del cabo Thordsen donde se ha construido un ferrocarril de plano inclinado, el más septentrional del mundo. Segun asegura Mr. Rabot, las focas, los osos, los renos, etc., están amenazados de exterminio, por la incesante caza que les hacen los pescadores noruegos. Ratifica la opinion general que supone el Spitzberg absolutamente enterrado en los hielos. En la parte sur y central de la grande isla, no se encuentran grandes depósitos de hielo, sino con las masas montañosas de formacion alpina; en el resto apénas se encuentra. Pocas exploraciones han contribuido al conocimiento

del Spitzberg como la de la Recherche en 1838 y 1839, y no obstante, ningun punto de aquella tierra lleva los nombres de los valientes exploradores. Mr. Rabot ha reparado ese olvido, dando á una punta del golfo que lleva el nombre de la Recherche el de la Punta de Xavier Marmier.

### FENOMENOS ATMOSFERICOS.

Recientes experimentos verificados con la nieve de las montañas parecen confirmar la creencia de que existen esparcidos por la atmósfera diminutas partículas de hierro. El conocido profesor de Gottingen, Groneman opina que cerca del Sol se establecen corrientes que las contiene en abundancia al extremo de que caen como lluvia sobre la Tierra, atraidos por los polos; y dan lugar á esas hermosas auroras boreales de tan antiguo admiradas y estudiadas por los hombres de ciencia. Y no solo hierro; fósforo, cabalto y diatomácea ha encontrado el sabio Nordenskiold en los experimentos que ha llevado á cabo con las nieves del Epitzberg.

### LOS COLORES DE LAS FLORES.

El Dr. August Vogel concluye de este modo un interesantísimo estudio que se ha publicado en el *Westermann Monatshefte* sobre este tema, y que está lleno de novedad y grandes sugestiones.

«Cuando contemplamos la infinita variedad de los matices de las flores, surge en nosotros mismos espontáneamente esta pregunta muy natural: ¿Para quién luce la flor en la soledad? Los ojos humanos no pueden admirarla y, sin embargo, brilla con una pompa incomparable en la triste soledad, desdeñosa del humano aplauso. Y no podemos empero, creer que es debida al acaso esa ignota riqueza de colores; nada es en la creadora naturaleza accidental ó supérfluo, aunque seamos incapaces de apreciar su objeto; la Naturaleza no desperdicia sus energías en producciones inútiles. Así como el pájaro pierde su canto cuando su pluma se adorna de lucientes colores, tambien la coloracion de la flor olorosa es más modesta comparada con la de las que no tienen aroma y que deslumbran á los ojos con la magnífica brillantez de sus matices. Este hecho tan conocido, y que es cierto en la mayoría de los casos, no debe despreciarse por baladí ó casual. Arraigada profundamente se encuentra en nuestra alma la firme creencia en la re-

lacion bien definida que existe entre todas las manifestaciones terrenales. Hay una ley á que están sometidos los diversos matices de las flores que la munificencia de la Naturaleza nos regala, y esa ley será, ántes de mucho tiempo, revelada á la observacion del hombre estudioso.—¡Tambien en el insondable laboratorio de los colores de las flores se prueba la justeza de la célebre exclamacion de Gustusvon Liebig, de que el conocimiento de la Naturaleza es el camino que nos conduce á la admiracion del Creador!»

### ODIADOS ADMIRADORES.

Una revista europea hace notar con mucha gracia que Schopenhauer, el filósofo pesimista, parece condenado á la admiracion de los que él despreció. Por ejemplo: á la de las mujeres. Schopenhauer no las podia ver; decia que á su actual irrupcion en los salones escogidos, se debia el que hubiese bajado lastimosamente el tono de la conversacion moderna. La conversacion de los hombres de talento ha perdido miserablemente en la presencia de ese sexo «perni-corto y de estrechos hombros», que sólo en un paroxismo de locura ha podido ser llamado hermoso. Y una mujer precisamente, la señorita Hellen Zimmern ha hecho de Schopenhauer el héroe de un libro, y otra, la señorita Isabel Ney, ha pintado su mejor retrato. Schopenhauer tambien odiaba á Wagner y no podia sufrir su música, y los wagneristas en Alemania sostienen que entre el sistema musical de Wagner y el sistema filosóficos de Schopenhauer existen tal analogía que casi constituyen una identidad.

### RESTOS DE UN MASTODONTE.

En unas excavaciones hechas á no mucha distancia del pueblo de Siracusa, se han descubierto, dias ha, un diente, un pedazo de colmillo y otros restos de mastodonte ó más bien mammuth. El diente tiene doce pulgadas de largo, pesa veinticinco libras y está muy bien conservado; el colmillo, á juicio de entendidas personas, debia tener en su integridad de diez á once piés de largo. El animalito tendría catorce piés de alto, y deberia pesar como una tercera parte más que *Jumbo*, el famoso elefante de Barnúm. Se van á continuar las excavaciones en busca de más restos del monstruo.

### UNA MOMIA DE LA 23ª DINASTIA.

El presidente de la Universidad de Cornell (E. U.) acaba de recibir una carta de Mr. Pomeroy, cónsul general americano en el Cairo, anunciándole que remite por la vía de Liverpool al establecimiento dicho, una mómia que para él acaba de adquirir. A la carta del cónsul acompaña una memoria de Emilio Brugsch Bey, director del Museo de Antigüedades Egipcias, donde consta que la reliquia en cuestion procede de la necrópolis de Tébas, y pertenece probablemente á la vigésima tercera dinastía.

La mómia es de un hombre que se llamó Peupi. Está cubierta de una envoltura acartonada pintada de brillantes colores, con dibujos y geroglíficos. Sobre la cabeza tiene el sagrado Escarabajo, y sobre el pecho un dibujo que representa un collar cuyas perlas y otras piedras preciosas están bien imitadas. Sobre la parte inferior del cuerpo encuéntrase un cuervo de cabeza humana, que en las garras tiene los sellos, emblema de la eternidad. Bajo del cuervo hállase un halcon con sellos tambien en cada garra. Al lado de éste el pintor ha representado á la serpiente Aracus, seguida del dios Osíris ante el cual Peupi, el difunto, se prosterna en adoracion. En medio del carton léese esta inscripcion: «Prascineme á Osíris, Dios de Amenti, Dios bueno, gobernador de Abidos. Ojalá conceda tranquilo reposo á Peupi, que se ha justificado».

### DATOS PRECIOSOS.

Tomás Torquemada, desde 1481 á 1493, quemó 10,220 españoles vivos; en efigie, 5,480, y condenó á cárcel ó galeras, 97,381.

Deza, segundo inquisidor general, desde 1498 á 1507, quemó vivos 2,592; en efigie, 829, y condenó á galeras ó cárceles, 32,925.

Cisneros, tercer inquisidor general, desde 1507 á 1517, quemó vivos 3,564; en efigie, 2,232, y condenó á cárceles ó galeras, 48,030.

Auriano Florencio, cuarto inquisidor general, desde 1517 á 1521, quemó vivos, 1,620; en efigie, 560, y condenó á cárceles ó galeras, 21,855.

En el interregno de 1521 á 1523, fueron quemados vivos, 824; en efigie, 112, y condenados á cárceles ó galeras, 4,481.

Alfonso Manrique, quinto inquisidor general, quemó vivos, 2,250; en efigie, 1,125, condenó á galeras ó cárceles, 11,250.

Tavera, sexto inquisidor general, desde 1545 á 1556, quemó vivos, 840; en efigie, 420, condenó á cárceles ó galeras, 6,620.

Durante Loaisa, sétimo inquisidor, y en todo el reinado de Carlos V, fueron quemados vivos, 1,320; en efigie, 660, condenados á cárceles ó galeras, 6,600.

Desde 1550 á 1596, bajo el reinado de Felipe II, fueron quemados vivos, 3,990; en efigie, 1,845, condenados á cárceles ó galeras, 18,450.

Desde 1597 á 1621, y bajo el reinado de Felipe III, fueron que, mados vivos, 1,840; en efigie, 692, condenados á cárceles ó galeras- 10,276.

Desde 1621 á 1665, bajo el reinado de Felipe IV, fueron quemados vivos, 2,852; en efigie, 1.428, condenados á cárceles ó galeras, 14,080.

Desde 1665 á 1700, bajo el reinado de Cárlos II, fueron quemados vivos, 1,680; en efigie, 540, condenados á cárceles ó galeras, 6,512.

Desde 1700 á 1746, bajo el reinado de Felipe V, fueron quemados vivos, 16; en efigie, 760, condenados á cárceles ó galeras, 7,120.

Desde 1746 á 1750, bajo el reinado de Fernando VI, fueron quemados vivos, 10; en efigie, 6; condenados á cárceles ó galeras, 170.

Desde 1759 á 1780, bajo el reinado de Cárlos III, fueron quemados vivos, 4; condenados á cárceles ó galeras, 56,

Desde 1738 á 1808, bajo el reinado de Cárlos IV, fueron quemados en efigie, 1, condenados á cárceles ó galeras, 42.

Total, 34,848 españoles quemados vivos, 17,589 en efigie y 287,964 condenados á cárceles ó galeras.

### UNA DECIMA CELEBRE.

La siguiente anécdota, que vamos á referir corre de boca en boca, como vulgarmente se dice, en Santiago de Cuba. Apénas hay algunas personas de mediana ilustracion en aquella ciudad para quienes sean nuevas las líneas que trazamos.

Ya de alguna edad el célebre poeta Rubalcava, el veterano bardo cubano, hubo de necesitar cien pesos. En la época de que tratamos,

pedir prestada esa cantidad, era tan natural, como poco despues pedir una onza, ó en los tiempos actuales pedir un doblon.

Por aquellos años, se estableció en la ciudad que fundó Diego Velazquez, un rico comerciante inglés, Mr. Bell, que enamorado allí de una criolla, renegó de su religion judía, y se convirtió al catolicismo con el fin de casarse, como lo hizo.

A Rubalcava y á Mr. Bell los unian los lazos de la amistad; tiene necesidad de dinero el poeta, se acuerda de su amigo el opulento inglés, y le escribe una carta pidiéndole los cien duros que le hacian falta. Mr. Bell leyó la carta-peticion; se asombró del montante de la cantidad que le pedia Rubalcava; quiso negarse á hacer el favor que le suplicaban.... pero.... ¡oh comprometedora sociedad! tuvo al fin que ser víctima de su conciencia, aunque ex-judía, gritaba: «Mándale aunque sea la tercera parte; es tu amigo».

Mr. Bell mandó *treinta* duros en vez de cien, al poeta.

Recibe Rubalcava dicha cantidad, y acto contínuo escribe la décima siguiente:

Cien duros para un cumplido
te pedí necesitado;
treinta sólo me has mandado....
¡Notable número ha sido!
Dime, recien-convertido,
tesorero de Israel,
mi malhadado papel,
¿qué cara ó fisonomía
de Jesucristo tenía
que distes treinta por él?

Despues de escrita la décima, envolvió Rubalcava los treinta pesos en el papel en que habia escrito los versos, y le remitió ámbas cosas al inglés. Éste al enterarse del contenido de la carta, rió hasta más no poder, y en prueba de lo mucho que le habia hecho gozar la ocurrencia del poeta, le envió, en vez de cien duros prestados, doscientos regalados.

---

Habana, 31 Diciembre de 1883.

*Director propietario*: Dr. José Antonio Cortina.

# INDICE

## DE LAS MATERIAS DEL TOMO DECIMOCUARTO.

### JULIO.


| | | PÁGS. |
|---|---|---|
| Jorge Manrique y H. W. Longfellow | *Antonio Bachiller y Morales* | 5 |
| A Lucila Cortés, en el dia de nuestras bodas.—Poesía | *Rafael M. Merchan* | 12 |
| Conferencias filosóficas.—Segunda série.—Lecciones XXIV y XXV | *Enrique José Varona* | 17 |
| El esclavo.—Poesía | *Cárlos Rafael* | 44 |
| Bibliografía | *Domingo Figarola y Caneda* | 49 |
| Cartas sobre el cuidado de las flores | *Manuel de Monteverde* | 52 |
| Crítica de la idea de Sancion | *E. Guyau* | 87 |
| Cartas sobre el cuidado de las flores / Descubrimiento arqueológico | *Miscelánea* | 95 |


### AGOSTO.


| | | |
|---|---|---|
| Desfiguracion á que está expuesto el idioma castellano al contacto y mezcla de las razas | *Antonio Bachiller y Morales* | 97 |
| Mi vuelta á Cuba.—Poesía | *José Fornaris* | 105 |
| Cartas sobre el cuidado de las flores | *Manuel de Monteverde* | 112 |

PÁGS.

Conferencias filosóficas.—Segunda série.—Lecciones XXVI y XXVII..... *Enrique José Varona*..... 143
El muchacho y la tórtola.—Poesía..... *José María de Cárdenas y Rodríguez*.... 169
Biografía del general O'Farrill..... *Francisco Calcagno*..... 172
Matanzas en 1512..... *Francisco Javier de la Cruz*..... 185
Facultad de Ciencias de Paris.....
Discursos y arengas políticas de Gambetta.....
Víctor Hugo.....
Don Luis García Perez..... } *Miscelánea*..... 192

## SETIEMBRE.

Don José de la Luz.—Documentos para su vida. ..... 193
Colon y Pinzon..... *Antonio Bachiller y Morales*..... 201
Idilio.—Poesía..... *Pablo Hernandez*..... 212
Un discurso del Lugareño..... ..... 217
Conferencias filosóficas.—Segunda série.—Lecciones XXVIII, XXIX y XXX..... *Enrique José Varona*..... 226
El cementerio de campo..... *Luis García Perez*..... 266
Prolegómenos de Historia Universal. — Leccion primera..... *Rafael Fernandez de Castro*..... 275
Una estrofa de "La Marsellesa"..... *J. Durandeau*..... 282
Curso elemental de mineralogía.....
Prolegómenos de Historia Universal.....
Descubrimientos arqueológicos en Roma..... } *Miscelánea*..... 286
Dos cartas.....
Errata.....

## OCTUBRE.

Prolegómenos de Historia Universal. — Leccion segunda..... *Rafael Fernandez de Castro*..... 289
La espada de Bolívar..... *Aristides Rojas*..... 301
Varsovia.—Poesía..... *Joaquin Lorenzo Luaces*..... 305
Mi culto..... *M. de la C. y F.*..... 320
Boturini..... *Alfredo Chavero*..... 329
El Poema del Niágara..... *José Martí*..... 344

## ÍNDICE


| | | PÁGS. |
|---|---|---|
| Cuestion de honra | | 362 |
| Maraton —Poesía | *Cárlos Rafael* | 368 |
| Asilo de huérfanas en Bruselas | *Francisco Sarcey* | 376 |
| Rectificacion | *Miscelánea* | 380 |
| Obra notable | | |
| El Poema del Niágara | | |
| La Libertad | | |
| Erratas | | |


### NOVIEMBRE.


| | | |
|---|---|---|
| Don Francisco de Arango y Parreño y sus sucesores | *Antonio Bachiller y Morales* | 385 |
| Prolegómenos de Historia Universal.—Leccion tercera | *Rafael Fernandez de Castro* | 392 |
| La libertad.—Poesía | *Emilio Blanchet* | 401 |
| El autor de los "Siete Tratados" en Madrid | *Ciro Vicente Vera* | 410 |
| Víctor Hugo como poeta satírico | *Enrique José Varona* | 424 |
| El ángel de la fraternidad | *F. Moreno Godino* | 440 |
| La educacion política | *Herbert Spencer* | 445 |
| Bolívar, como orador militar | *José Joaquin Ortiz* | 456 |
| Oda.—A Franklin, inventor de los para-rayos.—Poesía | *Ramon Velez Herrera* | 472 |
| Muerte del capitan Webb | *Miscelánea* | 480 |


### DICIEMBRE.


| | | |
|---|---|---|
| Prolegómenos de Historia Universal.—Leccion cuarta | *Rafael Fernandez de Castro* | 481 |
| El problema planteado | | 492 |
| A Ciro Field.—Por la inmersion del cable eléctrico submarino | *Joaquin Lorenzo Luaces* | 498 |
| Conferencias filosóficas.—Tercera série.—Moral.—Lecciones I, II y III | *Enrique José Varona* | 507 |
| La diva | *S. Canoby* | 542 |
| Base fisiológica de la educacion primaria | *Dr. Edward Seguin* | 548 |
| El sueño del poeta | *Mercedes Matamoros* | 554 |

PÁGS.

Juan Clemente Zenea..... *Nicolás Estevanez*..... 557

El filibusterismo.....
Conversaciones literarias.....
Las ruinas de Sonora.....
Poesías de Luaces.....
El trabajo cerebral.....
Mors et vita.....
Viaje al Spitzberg.....
Fenómenos atmosféricos..... *Miscelánea*..... 564
Los colores de las flores.....
Odiados admiradores.....
Restos de un mastodonte.....
Una momia de la 23ª dinastía.....
Datos preciosos.....
Una décima célebre.....

# REVISTA

# DE CUBA

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, DERECHO, LITERATURA Y BELLAS ARTES

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

EN LA EXPOSICION DE MATANZAS

DIRECTOR:

DR. JOSE ANTONIO CORTINA.

AÑO VII.—TOMO XIV.
31 DE JULIO DE 1883.
NUMERO 1.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA DE SOLER
calle de Ricla número 40.
1883

CANJE

# SUMARIO.

**ANTONIO BACHILLER Y MORALES.**

JORGE MANRIQUE Y H. W. LONGFELLOW.

**RAFAEL M. MERCHAN.**

A LUCILA CORTÉS, EN EL DIA DE NUESTRAS BODAS.—*Poesía.*

**ENRIQUE JOSE VARONA.**

CONFERENCIAS FILOSÓFICAS.—*Segunda série.*—Lecciones XXIV y XXV.

**CARLOS RAFAEL.**

EL ESCLAVO.—*Poesía.*

**DOMINGO FIGAROLA Y CANEDA.**

BIBLIOGRAFÍA.

**MANUEL DE MONTEVERDE.**

CARTAS SOBRE EL CUIDADO DE LAS FLORES.

**E. GUYAU.**

CRÍTICA DE LA IDEA DE SANCION.—*Continuacion.*

MISCELÁNEA.—*Cartas sobre el cuidado de las flores.*—*Descubrimientos arqueológicos.*

ANUNCIOS.

# ADVERTENCIAS.

La Revista [illegible] cada mes [illegible] entregas que no bajarán de doce pliegos [illegible] en 4.º mayor.

[illegible] ejemplares.—No se dan [illegible]

La [illegible] PAGA [illegible] se entregarán en pliegos sueltos á cada número, y [illegible] por cuenta de [illegible] subscritor.

[illegible] Calle de Tacon, núm. 2.

# REVISTA

# DE CUBA

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, DERECHO, LITERATURA Y BELLAS ARTES,

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

EN LA EXPOSICION DE MATANZAS

DIRECTOR:

DR. JOSE ANTONIO CORTINA.

AÑO VII.—TOMO XIV.
**31 DE DICIEMBRE DE 1883.**
NUMERO 6.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA DE SOLER
calle de Ricla numero 40.
1883

# SUMARIO.


**RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO.**

PROLEGOMENOS DE HISTORIA UNIVERSAL.—LECCION CUARTA.

EL PROBLEMA PLANTEADO.

**JOAQUIN LORENZO LUACES.**

A CIRO FIELD.—POR LA INMERSION DEL CABLE ELÉCTRICO SUBMARINO.—*Poesía.*

**ENRIQUE JOSE VARONA.**

CONFERENCIAS FILOSOFICAS.—*Tercera série.*— MORAL. — *Lecciones* I, II *y* III.

**S. CANOBY.**

LA DIVA.

**DOCTOR EDWARD SEGUIN.**

BASE FISIOLOGICA DE LA EDUCACION PRIMARIA.

**MERCEDES MATAMOROS**

EL SUEÑO DEL POETA.—*Poesía.*

**NICOLAS ESTEVANEZ**

JUAN CLEMENTE ZENEA.

MISCELANEA.—*El filibusterismo.—Conversaciones literarias.—Las ruinas de Sonora.—Poesías de Luaces.—El trabajo cerebral.—Mors et vita.—Viaje al Spitzberg.—Fenómenos atmosféricos.—Los colores de las flores.—Odios admiradores.—Restos de un mastodonte.—Una momia de la 23ª dinastía.—Datos preciosos.—Una décima célebre.*

ANUNCIOS.


# ADVERTENCIAS.


La REVISTA DE CUBA se publicará el día último de cada mes, por entregas que no bajarán de cinco pliegos de impresos, en octavo, ocho páginas en 12 mayor.

Publicará además un número de ejemplares de toda obra de que se le remitan los ejemplares.—No se devolverá ningun manuscrito.

La REVISTA DE CUBA admite anuncios que se insertarán en pliegos anexos á cada número y cuyos precios se estipularán en la página cuarta de esta cubierta.

La correspondencia se dirigirá al Director, Calle de la Habana número 2.

# PUNTOS DE SUSCRICION.

## ISLA DE CUBA.

| | |
|---|---|
| *Habana* | En la Administracion Empedrado, n.º 15, y en las principales librerías. |
| *Santiago de Cuba* | Ravelo y hermano. |
| *Santa Clara* | A. Gonzalez y hermano |
| *Güines* | Santiago Roussille. |
| *Matanzas* | Julio C. Yarini. |
| *Cárdenas* | Alejandro Muxo Pablos |
| *Cienfuegos* | G. Carbajal de Castilla. |
| *Sagua la Grande* | Pedro Pozo. |
| *Puerto-Príncipe* | J. Garcini. |
| *Colon* | José María Pereda |
| *Pinar del Rio* | Marcos Mijares. |

## ISLA DE PUERTO RICO

| | |
|---|---|
| *S. Juan de Puerto Rico* | Manuel Fernandez y Junco, San Francisco 103 |
| *Ponce* | Manuel Lopez |

## ESPAÑA.

| | |
|---|---|
| *Madrid* | Carlos Bailly Bailliére. Antonio San Martin. Miguel Guanes |
| *Barcelona* | Librería Española de V. Piera y C.ª Rambla 5. Canaletas núm. 5 |

## FRANCIA.

| | |
|---|---|
| *París* | Denné Schmitz, calle de Mon[illegible] 27 |
| *Lyon* | Paul y Bandet |
| *Marsella* | Camoin |
| *Burdeos* | Cassignol |

## INGLATERRA

| | |
|---|---|
| *Lóndres* | Trubner y Cox. Sampson Low y C.ª Boleter |

## ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

| | |
|---|---|
| *Nueva York* | N. Ponce de Leon, 10 Park 12 Broadway. Chevalier |
| *Nueva Orleans* | Hebert |

## ITALIA

| | |
|---|---|
| *Roma* | Bocca Hermanos y C.ª |
| *Nápoles* | L. y M. Gaudiano |
| *Turin* | Casanova |

## ALEMANIA

| | |
|---|---|
| *Berlin* | Asher. Le Soudier |
| *Hamburgo* | W. Mauke Sohn |

## RUSIA.

| | |
|---|---|
| *San Petersburgo* | Mellier |
| *Odesa* | Rousseau |
| *Moscow* | Gautier |

## SUIZA

| | |
|---|---|
| *Ginebra* | Cherbuliez y C.ª |
| *Berna* | Peyrot |

## PORTUGAL.

| | |
|---|---|
| *Lisboa* | Silva y C.ª. Antonio María Pereira. |

## AUSTRIA HUNGRIA

| | |
|---|---|
| *Viena* | Gerold é hijos. W. Braumuller é hijos. |

## GRECIA

| | |
|---|---|
| *Atenas* | Wilberg. |

## HOLANDA.

| | |
|---|---|
| *Amsterdam* | Van Bakkenes. |
| *Rotterdam* | Kramers |

## VALAQUIA

| | |
|---|---|
| *Bucarest* | Sotiscekck y C.ª |

## EGIPTO.

| | |
|---|---|
| *Alejandría* | Marius Nicolet. |

## TURQUIA.

| | |
|---|---|
| *Constantinopla* | S. H. Weiss. |

## POLONIA

| | |
|---|---|
| *Varsovia* | Szanoward. Maur Orgelbrand. |

## NORUEGA Y SUECIA.

| | |
|---|---|
| *Stockholmo* | Samson y Wallin. Lonstroem y C.ª |

## DINAMARCA

| | |
|---|---|
| *Copenhague* | G. A. Reuzel. Hoest |

## BELGICA

| | |
|---|---|
| *Bruselas* | Mayolez |

## ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA.

| | |
|---|---|
| *Bogota* | Kirkpatrick y hermano. |

## CHILE.

| | |
|---|---|
| *Santiago* | Salas y Posse. C. Kirsinger y C.ª |
| *Valparaiso* | E. Gay, A. Raymend. C. Kirsinger y C.ª |

## URUGUAY.

| | |
|---|---|
| *Montevideo* | Ferrepan y hermano. |

## BUENOS AIRES

| | |
|---|---|
| *Buenos Aires* | Etcheparrioréa. Lacen, C. M. Joly S. |

## MEXICO.

| | |
|---|---|
| *Mexico* | N. Bella |

## BRASIL.

| | |
|---|---|
| *Rio de Janeiro* | B. L. Garnier. J. B. Londbaerts |
| *Pernambuco* | E. Lathouar y C.ª |

## VENEZUELA

| | |
|---|---|
| *Caracas* | E. Bert. |

# REDACCION DE LA REVISTA DE CUBA.


**José Antonio Cortina.**

**Ricardo del Monte.**
**Antonio Govin.**
**Vidal Morales y Morales.**
**Jose Manuel Pascual.**
**Enrique José Varona.**
**Antonio Bachiller y Morales.**


# COLABORACION.


Arango, Dr. José Francisco.
Armas, D. Juan Ignacio de.
Arnao, D. Ramon Ignacio.
Baralt, Dr. Luis A.
Bernal, Ldo. Calixto.
Bernal, Ldo. José Eugenio.
Berriel, Dr. Leopoldo.
*Betancourt Cisneros, D. Gaspar.*
Betancourt, Ldo. José Ramon.
Betancourt, Ldo. Luis Victoriano.
Blanchét, Dr. Emilio.
Borrero y Echevarría, Ldo. Esteban.
Calcagnó, D. Francisco.
Cancio, Ldo. Leopoldo.
Carbonell, Dr. José María.
Cárdenas y Rodriguez, Ldo. José María.
Carrerá, D. Rafael R. de.
Carrillo y O'Farrill, Ldo. Isaac.
Coppinger, D. Cornelio C.
Cortina, Ldo. Fernando.
Delmonte, D. Casimiro.
Echeverría, D. José Antonio.
Fernandez de Castro, Dr. Rafael.
Fernandez de Castro, Dr. Manuel.
Ferrer y Peabia, Dr. Emilio.
Figarola y Caneda, D. Domingo.
Fornaris, D. José.
Freyre de Andrade, D. Fernando.
Galvez, Dr. Jesus Benigno.
Galvez, Ldo. José María.
*Gossie, Ldo. Julian.*
Gener, D. Pompeyo.
Gonzalez de Mendoza, Dr. Antonio.
Gonzalez del Valle, Dr. Ambrosio.
Gonzalez, D. Nicanor A.
Guell y Renté, D. José.
Guiteras, D. Antonio.
Guiteras, D. Pedro José.
Heredia, D. Nicolás.
*Heredia, Ldo. José María.*
Hernandez, D. Pablo.
Jiménez, Ldo. Francisco.
Jorrin, Dr. José Silverio.
*Kruger, Sra. Rosa.*
Labra, Ldo. Rafael María de.
Leal, Dr. José Roman.
*Lopez Prieto, D. Antonio.*
*Luaces, D. Joaquin Lorenzo.*
Martinez de Escobar, Dr. Teófilo.
Matamoros, Srta. Mercedes.
Medina, D. Tristan de Jesus.
Mendive, D. Rafael María de.
Mestre, Dr. Antonio.
Montalvo, Dr. José Rafael.
Montané, Dr. Luis.
Montoro, D. Rafael.
Navarrete y Romay, Ldo. Cárlos.
Perez de Zambrana, Sra. Luisa.
*Perez de Molina, Ldo. D. Manuel.*
*Pichardo, Ldo. Esteban.*
Pierra de Poo, Sra. Martina.
Piñeyro, Ldo. Enrique.
Poey, Ldo. Felipe.
Ramirez, D. Serafin.
Rafael, D. Cárlos.
Reyes, Dr. Agustin W.
Rodriguez, Dr. Felipe.
Rodriguez, Dr. José Ignacio.
Ruiz de Espadero, D. Nicolás.
*Saco, D. José Antonio.*
Santacilia, D. Pedro.
*Saez, D. Gerónimo.*
Sellen, D. Antonio.
Sellen, D. Francisco.
*Suarez y Romero, D. Anselmo.*
Teiera, D. Diego Vicente.
Valdés Dominguez, Dr. Eusebio.
Varela Zequeira, D. José.
Velez Herrera, D. Ramon.
Villanova, Manuel.
Zayas, Ldo. José María.
Zayas, Pr. Francisco.
Zéndegui, Ldo. Gabriel.
*Zeno, D. Juan Clemente.*


## PRECIOS DE SUSCRICION.

| HABANA. BILLETES. | | PROVINCIAS. BILLETES. | | España, Pto. Rico y Extranjero. ORO. | |
|---|---|---|---|---|---|
| Por un mes | $ 2-00 | | | | |
| Por un trimestre | $ 5-50 | Por un trimestre | $ 6-00 | Por un trimestre | $ 3-50 |
| Por un semestre | $ 10-00 | Por un semestre | $ 11-00 | Por un semestre | $ 6-00 |
| Por un año | $ 20-00 | Por un año | $ 21-00 | Por un año | $ 11-50 |
| Número suelto | $ 2-25 | | | | |

## PRECIOS DE ANUNCIOS.

| Por cuatro meses. BILLETES. | | Por un trimestre. BILLETES. | | Por un semestre. BILLETES. | |
|---|---|---|---|---|---|
| Por una plana | $ 25-00 | Por una plana | $ 65-00 | Por una plana | $ 125-00 |
| Por media id. | $ 15-00 | Por media id. | $ 40-00 | Por media id. | $ 75-00 |
| Por un cuarto id. | $ 8-00 | Por un cuarto id. | $ 22-00 | Por un cuarto id. | $ 40-00 |
| *Por un octavo id.* | $ 5-00 | Por un octavo id. | $ 13-00 | Por un octavo id. | $ 25-00 |

Stanford University Libraries
3 6105 124 439 907